SARAH LARK

EN LA TIERRA DE LOS ARCES



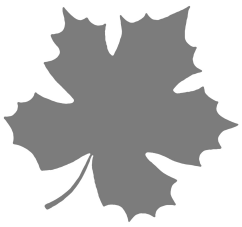


EN LA TIERRA DE LOS ARCES

SARAH LARK

Traducción de Ana Guelbenzu
y Laura Manero





NACIDOS CON SUERTE

Castillo de Altham, otoño de 1861-Fort Garry, verano de 1862

1

Castillo de Altham, otoño de 1861

—¡De verdad que algún día deberías ver un ballet, padre! La música, los bailarines… Así entenderías que no se trata de una frivolidad ridícula, ¡sino de un gran arte! —Vivian hablaba llevada por la pasión y, mientras lo hacía, parecía estar contemplando un escenario imaginario.

Su padre sospechaba, y con razón, que allí no solo veía bailar a príncipes y hadas de los bosques, sino sobre todo a sí misma en el papel protagonista.

—Por favor, padre, he trabajado muchísimo. Llegar a bailarina de ballet requiere una gran disciplina, y tú siempre dices que eso es lo que me falta, pero en este caso…

Lord Altham suspiró. Amaba a su hija, una joven preciosa y vivaracha, aunque en ocasiones no sabía cómo tomarse sus ocurrencias y escapadas. De hecho, dos años atrás la había enviado a París, a casa de su tía, porque no hacía más que rebelarse contra los intentos de educarla por parte de institutrices demasiado complacientes y de una estricta escuela de señoritas. En aquel momento, su padre había esperado que el ambiente de Francia, país natal de su esposa —fallecida a temprana edad—, encajara más con el espíritu inquieto de la muchacha que los venerables muros del

castillo de Altham y el pueblo adscrito a este. Emmanuelle, su cuñada, había estado encantada de acoger a su sobrina, que había encontrado a una amiga en su prima Mireille, más o menos de su misma edad. Emmanuelle nunca le había hecho llegar ninguna queja con respecto a la conducta de la joven, pero también había resultado ser una mujer mucho menos convencional de lo que el lord habría deseado y no parecía ver nada de malo en que su hija Mireille estudiara ballet en la Escuela de Danza de la Ópera de París. Vivian, por supuesto, se había apuntado con ella y enseguida había decidido que quería hacer carrera como *prima ballerina*. Aunque lord Altham la obligó a regresar a casa en cuanto se enteró por carta de ese deseo, para entonces Vivian ya había cursado dos años de clases de ballet y, según ella misma escribía, había descubierto que tenía un talento excepcional para el baile. A quien sí parecía haberle llamado la atención era al joven profesor que le daba clase, por lo visto. Lord Altham encontraba todo aquello más que sospechoso, así que se había negado en redondo a dejar que su hija volviera a Francia después de las vacaciones de otoño.

—¡Eso no tiene nada que ver! ¡Una Altham no debe ir haciendo piruetas por ahí con vestiditos cortos y dejar que perfectos desconocidos la lancen por los aires para luego, además, agarrarla de la entrepierna! —Al lord, un robusto exponente de la nobleza rural, le gustaba hablar claro.

Vivian se echó a reír.

—Ay, padre… Como bailarina, solo piensas en que los pasos te salgan bien —explicó—, y también esperas que el bailarín se concentre en no dejarte caer.

Lord Altham se llevó una mano a la frente. Por lo menos parecía que su hija, con diecisiete años recién cumplidos, conservaba intacta la inocencia. Aun así, Emmanuelle debía de haber perdido el juicio para exponer a las chicas a semejantes peligros.

—¡Me niego a ello, Vivian! —exclamó con vehemencia—. Pronto debutarás en sociedad y, entonces, podrás disfrutar de los mejores bailes del país. Pero vestida como corresponde y junto a hombres que saben comportarse. Tal vez incluso encuentres a algún príncipe entre ellos, pues tienes belleza y encanto de sobra.

En cuanto al encanto de Vivian, sin duda las clases de ballet habían contribuido a él en gran medida, aunque lord Altham jamás estaría dispuesto a reconocerlo. Antes de pasar esa temporada en Francia, su hija siempre había sido algo masculina y había preferido los establos y los bosques al salón de baile. De hecho, había tenido que reprenderla por sus travesuras más a menudo a ella que a su hermano mayor. Francis, que había sido un niño serio, se había convertido en un estudiante de Derecho excepcional que nunca le daba a su padre motivo para castigarlo, mientras que Vivian… En lugar de portarse bien y tocar el piano o tomar el té con las damas de la alta sociedad, la muchacha se escapaba en cuanto podía para ir a montar durante horas. ¡Y casi siempre sin acompañante!

—Por cierto, ¿has ido a ver a lady Almquist hoy? —preguntó su padre para cambiar de tema.

La dama había invitado expresamente a Vivian justo después de que regresara de París. La idea que la había movido a ello, por supuesto, era que tenía un hijo de la edad adecuada.

—No, iré mañana —contestó ella a media voz, y se retiró hacia atrás los delicados rizos de color canela. El pelo le brillaba como el

de un ángel, pero se sometía de tan mala gana a las manos de la doncella que lo peinaba como su propietaria a las reglas de la casa —. Holly necesitaba moverse. Con tanta lluvia, no han podido llevarla a la dehesa, así que he preferido salir a montar con ella. Pero también ha venido Ross, así que no he cabalgado sola, padre.

—Bueno, al menos… —masculló el lord—. Pero ¿quién diablos es Ross?

Vivian arrugó la tersa frente mientras sus ojos verdes y relucientes lo miraban con reprobación.

—Pues Ross. ¿Quién va a ser? ¡Ross Wallett! ¡Tu caballerizo mayor!

Ross Wallett y el padre de este, sobre todo, insistían en usar ese título tan grandilocuente para el que, en realidad, todavía era demasiado joven.

—Ah, sí, y ya que hablamos de él… —Vivian hizo como si el siguiente comentario acabara de ocurrírsele, aunque eso era del todo imposible—. He pensado que, tal vez, ya que no me dejas seguir haciendo ballet, ¿permitirías que me casara con Ross Wallett, al menos?

—¡¿Cómo?! —Lord Altham se encolerizó—. Vivian, ¿acaso oyes lo que estás diciendo? Casarte con un hombre al que solo conoces desde hace unos días, que está por debajo de tu posición, que… ¿No me hablabas hace nada de un bailarín de París con el que…, en fin, con el que trabajabas y que también te gustaba mucho?

—Ah, Jean-Luc. —Vivian se sonrojó un poco y se sintió algo culpable. En realidad se había encaprichado bastante de ese joven. ¡Bailar con él había sido un auténtico sueño! Pero jamás habría logrado convencer a su padre para que le permitiera tener una

relación con un artista francés que ni siquiera pertenecía a la nobleza, de modo que se había limitado a soñar con una carrera al lado de Jean-Luc Dimarche. Aun así, de repente le avergonzó haberse olvidado tan deprisa de él—. Jean-Luc es un bailarín excepcional, pero… —Dejó caer un argumento definitivo—: ¡Acabas de prohibirme bailar! A ver, ¿qué tienes en contra de Ross? ¡Los Wallett son nobles! —Y siguió hablando deprisa porque su padre ya torcía el gesto—: Puede que sean de una nobleza algo más baja que la nuestra, pero, si no entendí mal a la tía Emmanuelle, *maman* tampoco estaba a la altura de tu posición y, aun así, te enamoraste de ella. ¡Igual que Ross y yo! Solo nos hizo falta mirarnos para entendernos desde el primer momento. Es el hombre adecuado para mí y, ahora que me has obligado a regresar y no quieres que baile, tarde o temprano tendré que casarme.

Lord Altham volvió a llevarse una mano a la frente. Podía vivir con que su hija montara a caballo como una salvaje, y lo del ballet ya conseguiría quitárselo de la cabeza, pero ¿que coqueteara con uno de sus empleados? Vivian no podía haberse equivocado tanto. Su niña y el díscolo hijo de su viejo amigo William Wallett tenían verdaderamente algo en común: a ambos les faltaba seriedad y disciplina. Por eso mismo, en un principio su amigo William había querido meter a Ross en el ejército. Los Wallett pertenecían a la pequeña nobleza y no eran muy adinerados, así que sin duda William había tenido que hacer de tripas corazón para aceptar un puesto de caballerizo; como tal, ocupaba una categoría a medio camino entre un alto cargo administrativo y un criado, según si trabajaba para alguien de la alta nobleza o para un comerciante rico. De todos modos, William Wallett no tenía nada de lo que

avergonzarse, ya que en el castillo del conde de Somerset disfrutaba de gran reconocimiento. Su hijo podría haber encontrado plaza en una buena escuela, pero no le gustaban los estudios y lo habían expulsado de dos instituciones por jugarles toda clase de malas pasadas a sus compañeros. Su padre había empezado a verlo más como soldado de caballería que como médico o abogado; Ross era un jinete extraordinario que ya de joven había dado que hablar. Como aspirante a oficial, había destacado porque se entendía hasta con los caballos más difíciles. En cambio, las armas de fuego y la esgrima eran menos de su agrado, y la disciplina militar no era lo suyo en absoluto. Además de servir en el cuartel, Ross había trabajado también como jinete de carreras en Ascot y se había saltado alguna que otra guardia para ir a entrenar a un caballo. «¿Quién iba a querer entrar aquí? —se defendió con toda tranquilidad cuando lo pillaron—. ¿Y quién iba a escaparse? ¡Es del todo innecesario pasarse horas enteras plantado ahí fuera como un pasmarote!».

Al final, también la caballería de Su Majestad prescindió de los servicios de Ross, un muchacho apuesto, de cabello oscuro y figura algo enjuta, cuyos ojos castaños solían brillar con la misma intensidad que los verdes de la joven Vivian. Lord Altham se arrepintió de inmediato cuando lo contrató a petición de su padre. Sin embargo, hasta la fecha había hecho muy buen trabajo en el castillo de Altham, aunque el total de siete caballos de su cuadra tampoco suponían un desafío muy grande. Tenían un tiro de dos animales para el carruaje y cuatro monturas de cacería, así como el viejo poni de Vivian, del que esta no había querido separarse. Entrenar a los caballos de cacería era una de las responsabilidades

de Ross, pero a lord Altham le gustaba montar casi siempre a su propio caballo y, desde la vuelta de Vivian, su hija sacaba muy a menudo a su yegua, Holly. A Ross, por tanto, solo le quedaban el potro y el castrado de Francis mientras el hermano de Vivian se encontraba en la universidad. En ocasiones también montaba a Holly para que no se acostumbrara a llevar solo silla de amazona: otro motivo de discusión entre padre e hija. Vivian afirmaba que podía montar sin ningún problema en una silla normal, algo que él, sin embargo, consideraba de lo más indecoroso y se lo tenía terminantemente prohibido. Lord Altham, por el momento, prefería no plantearse cuánta contención habrían demostrado Vivian y Ross después de considerarse almas gemelas tras pasar apenas unos días juntos. Antes debía poner fin a esa desagradable conversación con su hija.

—Por supuesto que espero que te cases algún día, Vivian —declaró con esforzada calma—. Pero no con el primero que se presente y, sobre todo, no antes de debutar. En especial porque, por desgracia, hasta ahora no te estás comportando como se espera de una joven adulta. Aún tienes diecisiete años, hija, todavía te queda mucho tiempo para…

—¡Eso nunca se sabe! —argumentó ella con dramatismo—. ¡Quiero vivir el presente! ¡Mañana, todo podría haber terminado!

Lord Altham sonrió con suficiencia. A su hija no parecía faltarle talento para hacer carrera en los escenarios.

—Si quieres, puedes acompañarme a Ascot, al encuentro de otoño —dijo como oferta de paz—. He recibido varias invitaciones y podríamos ver las carreras desde el palco de los propietarios. Coincidiremos con un par de personas y será una experiencia nueva

para ti. Desde luego, solo si antes no se te ha caído nada en la cabeza, o lo que sea que temas que pueda provocar tu repentino final.

Vivian sonrió.

—¡Ay, qué maravilla, padre! ¿Puedo encargar un sombrero nuevo? ¿Nos llevará Ross en el carruaje?

Solo relativamente contenta con el resultado de la conversación con su padre, Vivian se dirigió a los establos. Las salas de recepción de Altham Castle, unos espacios formales y con frecuentes corrientes de aire, tenían poco atractivo para ella. Prefería estancias más luminosas y agradables, como los amplios salones del apartamento de su tía en París, con alfombras de vivos colores en lugar de los antiquísimos tapices descoloridos de la casa de su padre. El mobiliario imponente de Altham Castle la agobiaba sobremanera. A veces se preguntaba cómo pudo gustarle todo eso a su madre. ¿Había amado a su padre lo suficiente para dejarse encerrar en esa casa? Seguro que la tía Emmanuelle no se habría sentido a gusto allí. Vivian decidió que más tarde le escribiría, pero antes quería tomar un poco el aire, y tal vez coincidiera con Ross.

Recorrió animada el pequeño parque del castillo, en cuyo extremo sur se encontraban los edificios de los establos, y ya de lejos vio a Holly, que sacaba la cabeza por la media puerta de un compartimento. Al llegar junto a la bonita yegua alazana, le dio la manzana que le había llevado y le prometió que saldrían a cabalgar al día siguiente; ya había olvidado la invitación de lady Almquist. Holly levantó entonces las orejas y relinchó. También Vivian oyó

cascos de caballos, y en ese mismo instante apareció por allí Blackboy, el castrado de cacería de Francis. Sentado en su silla, tal como había esperado ella, iba Ross.

—¡Viv! —Los rasgos cincelados del joven se iluminaron—. ¿Qué haces aquí? ¿No estás tomando el té con nadie?

Vivian negó con la cabeza.

—Hoy no, para variar. Por suerte, en los alrededores no viven tantas damas a las que deba convencer de que he crecido y me he convertido en un precioso cisne. Eso fue lo que dijo lady Fenton, hablando con total sinceridad, cuando fui a su casa la semana pasada. ¿Tú ves un cisne en mí?

Ross se echó a reír.

—Mejor que un ganso o que un pato —repuso—. Aunque, si me paro a pensar la de veces que te sostienes sobre una sola pierna cuando bailas, casi habría sido mejor compararte con un flamenco.

Vivian seguía tomándose muy en serio su sueño de ser bailarina y practicaba ella sola, casi siempre en los establos, con un madero para amarrar a los caballos como barra de ballet.

—Pues son muy bonitos —comentó mientras Ross desmontaba—. El té, por cierto, lo he tomado con mi padre —añadió, porque quería hablarle de su conversación—. Y le he preguntado otra vez por París.

Ross la miró con cierta compasión.

—Pero él no quiere que vuelvas, ¿verdad? —supuso el joven, llegando a la conclusión más evidente—. No es capaz de aceptar que seas bailarina.

Vivian asintió con pesar.

—Ni siquiera quiere que me case contigo —dijo entonces.

El rostro de Ross adoptó una expresión de alarma.

—¿No habrás…? ¡No le habrás preguntado de verdad si puedes casarte conmigo!

Vivian le devolvió la mirada con candidez.

—¿Y por qué no? Me ha salido así, sin más. He pensado que podría allanarte un poco el terreno.

Ross, que estaba amarrando al caballo, retorció el cabestro. Parecía algo descolocado.

—Pero, Viv, si ni siquiera habíamos hablado de ello entre nosotros…

Vivian lo miró y parpadeó.

—¿Acaso no quieres casarte conmigo?

—Claro que sí. —Ross desabrochó la cincha de Blackboy—. Pero quería hacerte la proposición primero a ti y luego…

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Y qué te lo impide? Hazlo cuando quieras. Te miraré con timidez, me concederé un segundo para pensarlo y luego aceptaré tu anillo con una sonrisa deslumbrante. Eso no es ningún problema, lo haremos cuando sea. Lo difícil vendrá después. Mi padre es un hueso duro de roer. Espera que su hija pequeña encuentre un buen partido y, como tú no eres ni rico ni un príncipe, no te lo pondrá fácil. Por eso he pensado… Bueno, he pensado que aprovecharía la oportunidad. Acababa de prohibirme ser bailarina y seguro que eso le ha hecho tener cargo de conciencia.

—¿Qué oportunidad? —preguntó Ross—. Viv, estaba clarísimo que no iba a permitirte bailar en un escenario. Podrías haberte ahorrado la pregunta. Y presentarle después nuestra boda como una especie de premio de consolación tampoco ha sido muy hábil por tu parte.

—¡Tú no eres ningún premio de consolación! —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Además, creo que aún no se ha dicho la última palabra. A nuestras familias las une una amistad, al fin y al cabo, así que no hay obstáculos de peso. Solo es una cuestión de dinero.

—Que no tengo —señaló Ross, y suspiró—. No puedo ofrecerte un matrimonio digno de tu posición. No tenemos ni tierras ni un castillo, y yo ni siquiera soy el primogénito. Tu padre tampoco necesita un heredero varón, ya que la finca irá a parar a tu hermano, y a ti te casarán con alguien que sea capaz de darte la vida a la que estás acostumbrada.

—La vida a la que estoy acostumbrada es bastante aburrida —apostilló Vivian.

Como noble de campo, ciertamente, ya tenía su existencia predeterminada. Llevaría una gran casa, supervisaría al servicio y de vez en cuando organizaría reuniones. Al menos podría montar a caballo, aunque intuía que, en cuanto se quedara embarazada, también le prohibirían eso.

—Quizá debería irme a vivir a otra parte y buscar suerte allí —dijo Ross, que apenas la había escuchado, pensando en voz alta—. Partir en busca de aventuras. Al fin y al cabo, soy caballero.

Los Wallett, en efecto, poseían el menor de los títulos nobiliarios, el de caballero.

Vivian se echó a reír.

—¿Acaso quieres matar un dragón y quedarte con su tesoro? —preguntó—. A mí no me parece un plan muy prometedor.

—No. ¡Pero podría buscar oro! —exclamó él. Casi parecía aliviado con su ocurrencia—. En América, por ejemplo. Allí podría conseguir

una concesión y cavar para extraer el mineral. Dicen que muchos se han hecho ricos de esa forma.

Vivian se quedó impresionada.

—¡Pero no sin mí! —exigió—. ¡De ninguna manera vas a irte a América tú solo! Si emigras, lo haremos los dos juntos.

—Para lo cual, a su vez, necesitaríamos dinero. Los pasajes del barco, las herramientas, el capital inicial… Es la pescadilla que se muerde la cola.

—¡Qué dices! —Vivian meneó la cabeza con vehemencia—. Las pescadillas no hacen eso porque no son tontas, y nosotros tampoco. ¡Ya se nos ocurrirá algo, Ross! Ahora dame un beso de verdad. No lo hemos hecho nunca, ¡y eso que estamos prometidos!

Vivian pensó que el corazón iba a estallarle de felicidad cuando Ross la estrechó entre sus brazos. Así, por lo menos, era como había leído que podía describirse lo que se sentía con un primer beso. En realidad, no experimentó mucho más que un hormigueo en el estómago cuando él la apretó contra su cuerpo, y casi le resultó algo extraño notar la lengua de él en el interior de su boca. De todos modos, le pareció maravilloso tenerlo tan cerca y percibir su aroma a caballo, cuero y virilidad, fundirse con él. Era un poco como flotar, o como bailar. Como cuando bailaba con Jean-Luc… Al instante se prohibió pensar en el joven parisino. En lugar de eso, le contó a Ross lo de Ascot.

—¡Vamos a ir a las carreras! —anunció entusiasmada—. Será muy emocionante. Caballos, sombreros, champán… ¡Pasaremos un día fantástico!

Olvidaba que Ross no iría como acompañante suyo, sino que solo sería el cochero. Y él no se lo recordó… porque tampoco pensaba

ceñirse a ese papel.

2

Vivian llevaba un vestido verde claro de encaje con unas mangas largas y anchas. Debajo, una blusa verde oscuro cuyo cuello y cuyas mangas de puño vuelto, que sobresalían de las del vestido, constituían un encantador contraste con el otro verde, más claro. Como complemento, se había puesto un elegante sombrerito de lo más particular sobre el moño holgado del pelo. Estaba preciosa cuando subió al carruaje. Una doncella le acercó entonces también una mantilla verde oscuro.

—Por si refresca, milady —dijo con afecto.

Vivian le sonrió. Tenía buena relación con el personal de la casa, sobre todo con las doncellas, que por regla general no eran mucho mayores que ella, e incluso las había más jóvenes. La arrogancia era algo del todo ajeno a Vivian.

—¡Gracias, Dora! ¡Pero hace un día maravilloso!

En efecto, era un soleado día de septiembre, los caballos resplandecían delante del carruaje y Ross estaba muy gallardo en el pescante. Sin embargo, en lugar de ponerse la librea de cochero, se había ataviado más bien como un joven señorito que iba a las carreras acompañado de su familia o de unos amigos. Lord Altham frunció el ceño al verlo y pareció plantearse si reprenderlo, pero decidió no hacerlo. El día había empezado muy bien, su hija estaba de buen humor y seguro que sería una compañía agradable si no la

contrariaba. Soltarle una reprimenda a Ross delante de ella estropearía sin lugar a dudas el ambiente, que de todos modos no era el mejor desde que había hecho llamar a su caballerizo para preguntarle por sus intenciones matrimoniales. Ross se había mostrado extremadamente avergonzado al respecto y había contestado, con evasivas, que de momento su relación con Vivian no estaba tan avanzada. Le confesó a su señor que todavía no le había pedido la mano, aunque desde luego ella era una mujer de lo más encantadora. «Veo que en ese punto estamos de acuerdo —había contestado lord Altham con severidad—. En adelante, no deje que la cosa prospere más. ¿Nos hemos entendido? Vivian es todavía una niña. No sabe lo que hace».

Esa última apreciación había llegado a oídos de su hija, que después se había pasado todo el día enfurruñada. Solo el vestido nuevo y el sombrerito habían conseguido que volviera a perdonar a su padre.

—Partamos ya, Wallett —se limitó a ordenar lord Altham—. Por su vestimenta, deduzco que tiene pensado unirse al público de las carreras. ¡No pierda todo su dinero!

Ross no contestó. Quería apostar, por supuesto, y primero iría a los establos para recabar información. Al fin y al cabo, él mismo había trabajado allí como jinete. Si se encontraba con algún conocido, podría sacarle algún dato interesante. Los trabajadores del hipódromo solían disponer de más detalles en cuanto a la forma física y las probabilidades de victoria de los caballos que cualquier aficionado a las apuestas externo.

Vivian, a quien desde luego le había explicado eso, habría querido acompañarlo. Sin embargo, en cuanto Ross detuvo a los

caballos ante la entrada del hipódromo para dejar bajar a sus señores, comprobaron que no tendría ocasión de hacerlo. Lord Altham mostró su invitación y un ujier lo dirigió enseguida al palco de propietarios. Su hija tuvo que seguirlo, por supuesto. Fue entonces cuando Vivian descubrió que desde allí se disfrutaba de una vista excelente de la pista, pero no había ningún acceso directo a las gradas donde la gente corriente seguía la competición. Aun así, debía de existir alguna salida hacia las ventanillas de apuestas. Resolvió que lo investigaría más tarde; de momento tenía que dejarse ver al lado de su padre. Saludó a los amigos de este, contestó con educación las preguntas sobre su próximo debut en la corte y recibió sin sonrojarse los numerosos cumplidos que le dedicaron. Dio unos sorbos a una copa de champán, pero luego decidió pasarse al té, ya que todavía era por la mañana y en el palco habían preparado un amplio desayuno para los espectadores de las carreras más distinguidos. Algo después servirían un almuerzo, luego habría pasteles… y el champán empezaría a correr sin mesura en cuanto los primeros propietarios celebraran las victorias de sus caballos.

Mientras lord Altham entablaba una animada conversación con un criador, Vivian vio su oportunidad y salió del palco sin llamar la atención. Siguió a unos hombres que iban a ver a sus animales a los establos o al cercado de exhibición, y tal vez también a las ventanillas para realizar alguna apuesta. Los primeros caballos se dirigían ya a la línea de salida. Ella sabía que por la mañana no tenían lugar carreras con apuestas muy altas, sino que más bien competían los purasangres de segunda categoría. Sin embargo,

quizá esos hombres quisieran ver de todas formas a sus animales y comentar sus probabilidades con los yoqueis y los entrenadores.

En efecto, encontró una escalera que bajaba a la zona pública y semipública del hipódromo. Mientras que cualquiera podía acceder a las ventanillas de apuestas, la entrada a los cercados de exhibición solo se permitía a personas autorizadas. Vivian se cruzó con Ross entre los cercados y las ventanillas.

—Vaya, ¿ya has conseguido escapar de los lores y las ladies? —le preguntó él, sonriendo de oreja a oreja—. Lástima que no puedas venir conmigo a los establos, porque los yoqueis y los entrenadores son mucho más interesantes que esos ricos de frac en su palco.

—En los establos, lo más interesante son los caballos —repuso Vivian—. Me encantaría montar uno de esos purasangres algún día. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vemos juntos una carrera mientras todavía no me echan en falta? ¿O querías ir a apostar?

—Por supuesto que quiero ir a apostar —afirmó Ross, y sacó su cartera—. Si no, esto no es divertido. ¡Además, me han dado un soplo segurísimo! Sweet Eagle en la cuarta. Será el ganador.

Ross había llevado a Vivian a una de las ventanillas, donde se volvió hacia el hombre que aceptaba el dinero y anotaba las apuestas.

—Diez chelines a Sweet Eagle, cuarta carrera —dijo Ross.

Ella tomó aire de golpe.

—¡Pero eso es muchísimo dinero! —señaló.

La mayoría de la gente que había apostado lo había hecho por un máximo de cinco chelines.

—Es que estoy muy seguro —contestó Ross con aplomo—. ¿Y tú? ¿No vas a hacer ninguna apuesta?

Vivian, pesarosa, negó con la cabeza.

—No, no tengo dinero. Tendría que pedírselo a mi padre y acabo de escapar de él. De hecho, debería regresar pronto al palco…

Ross le sonrió.

—¿Sabes qué? Te regalo una apuesta. Aquí tienes diez chelines tú también para que escojas un caballo. Lo mejor sería que apostaras por Sweet Eagle y, así, luego juntaríamos las ganancias y tendríamos un primer dinero ahorrado para irnos a América.

A Vivian se le iluminó la cara.

—¡Ay, sí, sería maravilloso! Ganaremos el dinero para el viaje. Pero ¿será suficiente?

Hizo un cálculo rápido y vio que a Sweet Eagle no lo consideraban precisamente un perdedor. En todo caso, muchos habían apostado ya por él, lo cual haría disminuir las posibles ganancias.

—Por lo menos será un comienzo —afirmó Ross—. Mis amigos me han dicho que no hay duda alguna de que ganará.

Vivian arrugó la frente.

—Aun así, si los dos apostamos por el mismo caballo, ¡será muy aburrido! Y tampoco deberíamos apostar en la misma carrera, porque no pueden ganar dos caballos diferentes. No. Voy a escoger un caballo para mí. —Examinó con interés el programa y enseguida tomó una decisión—. ¡Yo apostaré por Ballerina en la sexta carrera!

Antes de que Ross pudiera objetar nada, Vivian se acercó a la ventanilla para apostar. Un caballero de edad avanzada y muy bien vestido que acababa de registrar su propia apuesta contempló con simpatía a la guapa y emocionada muchacha y le sonrió.

—¿Lo ha pensado usted bien? —preguntó con cordialidad—. Esa yegua es una perdedora irredenta.

Vivian, segura de su victoria, le devolvió la sonrisa.

—¡Pero tiene un nombre precioso! —dijo para justificar su elección.

—Bueno, entonces nada puede salir mal —repuso el hombre con afabilidad—. ¡Mucha suerte, joven dama!

—¡Lo mismo le deseo a usted! —contestó ella, radiante.

Justo entonces reparó en que Ross miraba con admiración al caballero, que ya se alejaba de ellos.

—¡Caray, Viv, ese era el duque de Carleton! Un reconocido experto en carreras, además de gran criador de caballos. ¡Tendrías que haberle pedido consejo!

Vivian sonrió.

—¡Ya tengo mi caballo! —exclamó—. Y ahora voy a reunirme con mi padre, que seguro que empieza a echarme de menos. Pero espero poder bajar al cercado de exhibición antes de la sexta carrera. ¡Así por lo menos conoceré a Ballerina!

Le dio un beso en la mejilla a Ross y corrió en dirección a la escalera del palco de propietarios, donde subió los escalones con pasos ligeros. El miriñaque y el corsé no eran ningún obstáculo para ella, que pese a su rígida vestimenta se movía con el mismo garbo que si llevara los delicados vestidos de sus clases de ballet. Llegó al palco sin que le faltara el aliento, cogió un sándwich y una limonada del bufet y se acercó a su padre, que se encontraba junto a varios caballeros, discutiendo sobre los favoritos de las grandes carreras de la tarde.

—Espero que no estés aburriéndote mucho, Vivian —dijo el hombre con alegría—. Si quieres, después podemos bajar a los cercados de exhibición.

Ella negó con la cabeza.

—No hace falta, padre. Desde aquí arriba se tiene una vista estupenda. Estudiaré bien el programa y cruzaré los dedos por los caballos que compitan. Todo esto es muy emocionante. ¡Me encanta el hipódromo!

Antes de marcharse a Francia, Vivian a menudo había acompañado a su padre a Ascot y a otras carreras. Los Altham no poseían ningún caballo que compitiera, pero el lord estaba considerado un gran experto y contaba con muchos amigos entre criadores y propietarios.

Vivian miró alrededor y vio al duque de Carleton, whisky en mano, comentando asuntos de entendidos con otros caballeros. El hombre le sonrió, pero no parecía tener intención de delatarla. Ella correspondió a la sonrisa con un alivio enorme, aunque se puso algo nerviosa cuando, al terminar la cuarta carrera, el duque se le acercó.

Había tenido que esforzarse por no proferir gritos de alegría cuando Sweet Eagle se erigió vencedor.

—Su amigo ha ganado —dijo el duque con afabilidad—. Y yo también, por cierto, ya que ese semental es mío. A nadie le parecerá extraño que baje a felicitar al yóquey y al entrenador. Si le apetece acompañarme, podrá ver a su yegua en el cercado de exhibición.

Vivian asintió con alegría y se apresuró a felicitarlo.

—Ross Wallett sabe mucho de caballos —le comentó al hombre cuando lo siguió, con permiso de su padre—. Es nuestro caballerizo.

—Y también ha corrido en las carreras —repuso el duque—. Creo que antes ha ido a informarse sobre Sweet Eagle, así que no se ha arriesgado mucho. En cambio, usted, señorita Vivian…

Antes de que pudiera seguir hablando, se encontraron con Ross, que quería ir a cobrar su apuesta. La innegable satisfacción que se le veía en la cara se convirtió en un profundo respeto cuando el duque lo saludó con simpatía.

—¿Tiene más caballos que corran hoy, señor? —preguntó Ross con una reverencia.

El hombre se echó a reír.

—Oh, sí, joven, pero no espere ningún soplo por mi parte. En las siguientes carreras tendrá que valerse de su conocimiento de los caballos. Con todo, acompañe primero a la señorita Vivian al cercado y no se exceda consolándola en caso de que su yegua pierda. Le he prometido a lord Altham que cuidaría de su hija.

Le guiñó un ojo a Vivian y luego se volvió en dirección a otro cercado, donde realizarían la entrega de premios. Ella lo siguió con la mirada, casi con una leve decepción. De haber ido con él, sin duda le habrían permitido acariciar a Sweet Eagle. Sin embargo, ¡ahora tocaba cruzar los dedos por su yegua!

Cuando reunieron a los participantes de la sexta carrera en el cercado de exhibición, Vivian reconoció a Ballerina por el número de su dorsal. Era una yegua negra, más bien pequeña y delicada, con unos ojos enormes y asustados. Se removía nerviosa, sobre todo cuando los demás caballos se le acercaban demasiado; era evidente que no se sentía cómoda entre todos esos animales y esas personas a las que no conocía.

—Parece tímida —comentó—. Seguro que no quiere estar aquí.

Ross se rio.

—¿Y qué caballo quiere? Seguro que todos preferirían estar en una pradera y solo echarían una carrera con sus compañeros de juegos. Aun así, la pequeña yegua negra parece muerta de miedo. Para mí es un misterio que la hayan inscrito siquiera en la competición. Yo la habría entrenado unos cuantos meses más para que no tire al yóquey de la montura en cuanto la obligue a pasar de largo por las primeras florecillas que vea junto a la pista.

Ballerina no parecía tenerles ningún miedo a las flores del borde de la pista. Solo se la veía a punto de estallar cuando se le acercaba otro caballo, en especial si este levantaba las orejas con agresividad. Su yóquey intentaba mantenerla a cierta distancia de los demás competidores. Había sobre todo dos grandes sementales que parecían provocarle auténtico terror, y precisamente entre ambos se colocó entonces en la línea de salida.

—No lo conseguirá. No arrancará siquiera —comentó Ross—. En el mejor de los casos, echará a correr tras los demás cuando ya hayan salido todos, o buscará un rincón donde esconderse enseguida.

—No hables así de ella… —empezó a decir Vivian, pero calló en cuanto se oyó el pistoletazo de salida y Ballerina los sorprendió a todos.

Antes de que los caballos que la flanqueaban pudieran echar a correr, ella ya estaba galopando por la pista a toda velocidad, impulsada a todas luces por el pavor que sentía.

—No aguantará así hasta el final —opinó Ross.

A Vivian, la imaginación ya la hacía volar por la pista junto a su animal. Se le habían encendido las mejillas solo con ver cómo se

sobreponía al miedo la pequeña yegua en su intento de huida. Los dos sementales habían salido como favoritos y sus yóqueis intentaban mantenerlos en el centro de la pista hasta llegar a la recta final. Ballerina, por el contrario, no miraba ni a izquierda ni a derecha. Lo único que quería era alejarse de allí, así que se mantuvo en cabeza durante todo el recorrido. Ross daba por hecho que quedaría rezagada en cuanto los demás caballos cogieran velocidad de verdad, pero, en lugar de eso, no hizo más que acelerar, en especial cuando el semental que llevaba detrás intentó morderla; la antipatía entre ellos parecía ser mutua.

Vivian tomó aire cuando Ballerina cruzó la línea de meta al galope y siguió corriendo hasta que su yóquey logró detenerla por fin.

—¡Ha ganado! ¡Ha ganado!

Casi no podía contener su entusiasmo. Corrió hacia el cercado al que llevaban a los caballos para que los yóqueis pudieran desmontar con tranquilidad y allí vio al duque de Carleton, que debía de haber seguido la carrera desde ese lugar. El hombre los llamó a ella y a Ross con la mano, y entonces los guardas los dejaron pasar.

—Su amiga entiende mucho de caballos —le comentó el duque a Ross—. O tiene muchísima suerte. ¡El beneficio de esa apuesta no será nada desdeñable! ¿Qué ha pensado hacer con todo ese dinero?

Vivian le sonrió.

—Tal vez compre la yegua para que no tenga que competir en ninguna otra carrera… Pero, bromas aparte, no le diga nada de esto a mi padre, por favor. No quería que apostara.

El duque enarcó una ceja.

—Ya me he dado cuenta, joven dama, de que ha sido aquí su amigo el que ha pagado la apuesta. Ahora, la distancia social entre ustedes dos es aún mayor, porque acaba de hacerse usted más rica todavía. Y eso que antes ya existía bastante diferencia: es usted hija de lord Altham, y usted, joven, es hijo de William Wallett, el caballerizo mayor del conde de Somerset, ¿verdad? Dele recuerdos a su padre de mi parte. ¡Y no seduzca a esta muchacha! No llegarían a buen puerto.

Cuando se despidieron de él, Vivian parecía algo decepcionada, y no solo a causa de los comentarios del duque. Después de ver el miedo de Ballerina cuando le colgaron la corona de la victoria en el cuello, casi se sintió un poco culpable. El yóquey saludaba con el trofeo y el propietario parecía no acabar de creerse su suerte, pero Vivian sintió lástima por la pequeña yegua. Le supo mal haber sacado provecho de hacerle pasar ese terror y ese espanto en aras de la gloria y el dinero. Le habría gustado comentarlo con Ross, pero todavía se lo veía afectado por las palabras del duque de Carleton, puesto que se había tomado la pulla de este mucho más a pecho que ella.

—¿Qué se ha creído ese engreído? ¿Cómo se atreve a aconsejarme sobre a quién puedo amar?

—El duque hablaba más bien de seducir —lo calmó la paciente Vivian—. Y, en realidad, ha sido muy simpático. ¿Cuánto hemos ganado al final?

Enseguida anunciaron cómo había quedado la apuesta: cien contra uno.

—Es… es increíble —tartamudeó Ross—. Eso son mil chelines. ¡Cincuenta libras!

—¿Y qué haremos con todo este dinero? —preguntó Vivian, insegura, cuando le entregaron el fajo de billetes—. No puedo explicárselo a mi padre…

Ross negó con la cabeza.

—Claro que no. ¡No dejaría que lo invirtiéramos en nada! ¿O acaso lo quieres todo para ti, Viv? ¿Para tu ajuar o qué sé yo? —También a él se lo veía algo vacilante delante de tantísimo dinero.

Ella le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Claro que será para mi ajuar. Sigues queriendo casarte conmigo, ¿verdad?

Ross se limitó a cogerla de una mano, porque allí, en público, no podían abandonarse a mayores demostraciones de cariño. Aun así, ambos necesitaban sentirse un poquito más cerca el uno del otro.

—La pregunta es si tú sigues queriendo casarte conmigo, Viv. A pesar de tu padre y de todos esos agoreros como el duque de Carleton. Tienes que pensarlo bien, porque aquí, en Inglaterra, no llegaremos a nada. En eso Carleton tiene razón. Para construir algo juntos aquí, no nos bastaría con cincuenta libras. Tendrías que estar dispuesta a vivir conmigo en algún otro lugar.

Vivian asintió con seriedad.

—¡Ya te lo prometí! —exclamó—. ¿Crees que este dinero será suficiente para emigrar?

Ross se frotó la frente.

—¿Para comprar un pasaje a América? ¡Seguro que sí! —contestó —. A Nueva York, por ejemplo…

—¿Y qué haremos allí? —preguntó Vivian en un arrebato de realismo—. Tal vez haya alguna escuela de ballet donde podría…

—Yo buscaré trabajo —prometió Ross—. Uno en el que se gane mucho dinero. O probaremos suerte de verdad y nos haremos buscadores de oro.

—¡Eso es lo que deberíamos hacer! —exclamó Vivian, asintiendo —. Ya lo ha dicho el duque: ¡tengo mucha suerte! Y tú también, porque tu caballo también ha ganado, al fin y al cabo. ¡Solo tenemos que creer en ello!

3

Lord Altham no llegó a saber que su hija había ganado una apuesta. El dinero, por el momento, fue a parar a una cuenta bancaria que abrió Ross, y donde también ingresó las ocho libras que había ganado él. Ross y Vivian se sentían más tranquilos gracias a esa nueva riqueza, aunque sin duda estaban más vigilados que antes de que ella anunciara su deseo de casarse con el joven Wallett. En los meses siguientes, lord Altham lo intentó todo para que su hija ocupara el tiempo en algo más útil a sus ojos. Incluso invitó a una prima lejana, mayor que ella, que estaba viuda y vivía en una casa en Londres, a pasar un par de semanas en el castillo de Altham a fin de preparar a Vivian para su debut en primavera. Lady Louise también la acompañaría al acontecimiento y se la presentaría a la reina. Esa labor recaía siempre en una pariente de la debutante que, de joven, había pasado por la misma experiencia. La temporada estival del año siguiente, Vivian viviría con ella en Londres, donde asistiría a todos los bailes, pícnics y demás entretenimientos en los que se suponía que las jóvenes de edad casadera conocían a pretendientes adecuados.

Lo primero que hizo la dama fue comprobar la buena educación general de su joven pariente y darle consejos sobre el comportamiento correcto en sociedad. La acompañó a inauguraciones y a conciertos y confirmó que Vivian era capaz de

conversar con gracia y sin preparación previa sobre arte y música, aunque se mostraba reservada y no llegaba a expresar opiniones del todo concretas. Por supuesto, también había planeado numerosas pruebas de vestuario. Aunque el debut no tendría lugar hasta varios meses después, se esperaba que las jóvenes realizaran unas primeras apariciones en bailes regionales y otros acontecimientos sociales, como cacerías o paseos en trineo durante el invierno. Todo ello requería de unos modelos muy concretos, tanto para Vivian como para lady Louise, puesto que esos últimos años había vivido bastante retirada y su vestuario había quedado un poco pasado de moda.

—Mi padre va a gastarse una fortuna —le comentó Vivian a Ross con cierta crítica—. Si hubiese dejado que nos casáramos y me hubiera dado todo ese dinero como dote, fácilmente podrías haberte establecido por tu cuenta montando unos establos o una cuadra de carreras.

Aun así, en el fondo le resultaba muy estimulante saberse el centro de atención como próxima debutante. Le gustaban los vestidos bonitos, sobre todo por la expresión de admiración de Ross cuando la veía aparecer luciendo alguno. También le apetecía mucho asistir a su primer baile, aunque estaba algo nerviosa porque nunca había ido a clases de bailes de salón.

—¿No sabes bailar el vals? —preguntó Ross cuando se lo confesó —. ¡Venga ya! ¡Será broma! Si en París bailabas varias horas todos los días y aquí sigues practicando, aunque ya no te hace falta. ¿Y un simple vals te parece demasiado difícil?

—No digo que no sea capaz de aprender —repuso Vivian, ofendida—. Es solo que hasta ahora nadie me ha enseñado. Yo

bailaba ballet, que es muy diferente. Tienes una coreografía y practicas los pasos con tu pareja. El bailarín no guía a la bailarina, aunque lo parezca. Lo que hacen ambos, la forma de moverse y las posiciones que adoptan, todo eso lo determina la coreografía. En el vals o en otros bailes de salón, sin embargo, el hombre le indica los movimientos a la mujer. Bueno, si lo he entendido bien.

Ross negó con la cabeza.

—No del todo —señaló—. Los pasos son siempre los mismos, más o menos, pero cada pareja los realiza de una manera diferente. Una buena bailarina se adapta y un buen bailarín lleva a su pareja con destreza. Yo podría bailar contigo alguna vez.

Vivian se puso contentísima. En el fondo era lo que esperaba. Ross había ido a un internado y, por supuesto, entre las asignaturas que impartían allí estaban los bailes de salón, de modo que debía saber bailar e incluso resultó ser muy buen profesor. Ella aprendió los pasos enseguida y siguió su delicada guía de buena gana. Se divirtió y disfrutó dando vueltas entre sus brazos por la explanada del establo mientras él contaba para marcar el ritmo. Aun así, no era comparable a bailar con Jean-Luc en París. Le faltaba la ligereza, esa sensación de escapar de la gravedad cuando saltaba y él la atrapaba en el aire como si tal cosa. Jamás lo olvidaría, aunque en realidad no había bailado tantas veces con él. Jean-Luc era el profesor de su curso de ballet y se costeaba sus propios estudios dando clase a alumnas de pago, ya que era discípulo de la Ópera, una formación para la cual debía pasarse una prueba de entrada muy estricta. Después de eso, la carrera era gratuita, pero también había gastos, por supuesto, como las zapatillas de ballet o la manutención. Muchos bailarines se ganaban la vida dando clase, y para ello les

permitían utilizar las instalaciones de la escuela. Jean-Luc, que casi había terminado su formación, estaba convencido de que le ofrecerían un contrato en la Ópera cuando aprobara el examen final. En la clase de Vivian acababan de empezar a bailar en pareja justo cuando ella tuvo que marcharse de París. Jean-Luc les estaba enseñando una danza campesina inspirada en bailes populares y la había escogido a ella como pareja para hacer la demostración de los pasos. Vivian estuvo a punto de perder el compás del vals al recordar lo orgullosa que se había sentido de aquello. Seguro que, a esas alturas, Jean-Luc bailaba ya todas las noches ante un público y en las clases hacía las demostraciones de combinaciones de pasos con otras chicas.

El primer baile de Vivian resultó decepcionante. Su carné se llenó enseguida, cosa que no era de extrañar, ya que estaba preciosa con su nuevo vestido de fiesta de tafetán brillante, de un rosa palo y con una banda rojo oscuro. Los jóvenes presentes, oficiales o hijos de la nobleza rural, se peleaban por bailar con ella, aunque se revelaron completamente torpes casi sin excepción. Uno no seguía el compás, otro estaba tieso como un palo y no hacía más que pisarle los pies, el siguiente la agarraba de la cintura con tal fuerza y la empujaba con tanta decisión en la dirección por la que quería llevarla que Vivian tuvo la sensación de que podría haber levantado los pies y dejarse arrastrar por toda la pista. No lo disfrutó en absoluto, y el hecho de que lady Louise, su dama de compañía, la vigilara con cien ojos no hizo nada por mejorar su humor.

Por eso se rio cuando Ross, un día después, le confesó que estaba celoso. Había tenido que llevar a Vivian y a lady Louise al baile y se había pasado toda la velada sentado en el pescante, bullendo por dentro. Le parecía injusto no poder participar en los acontecimientos sociales de los alrededores. Como hijo del bien considerado caballerizo mayor del conde de Somerset, a menudo había asistido a invitaciones similares, ya que los Wallett también pertenecían a la nobleza, al fin y al cabo. Trabajar de caballerizo mayor en el castillo de lord Altham, sin embargo, no era comparable con hacerlo para el conde de Somerset. A pesar del ostentoso título, Ross no era más que un criado, cosa que hasta entonces había conseguido pasar por alto, pero que de pronto le hirió en su orgullo.

—De verdad que no tienes nada que temer de los jóvenes de la zona —le aseguró Vivian—. A la mayoría los conozco desde siempre. De pequeña, me tiraban de las trenzas cuando nuestras familias se visitaban. Esto no es la temporada de Londres, Ross, solo un par de invitaciones entre amigos y vecinos. ¡Nadie piensa en casarme con ninguno de ellos!

Ross se dijo que tal vez lord Altham sí se lo estuviera planteando. Algunos de esos jóvenes de la nobleza rural heredarían las casas solariegas, las propiedades y los títulos de sus familias. Seguro que el padre de Vivian estaría encantado de que su hija se decidiera por alguno de ellos y, con eso, se casara sin alejarse mucho de su hogar familiar. ¡Tenía que impedirlo como fuera!

Ross estaba deseando que llegara la primavera, cuando los barcos volverían a zarpar hacia América. Entretanto, había intentado informarse sobre la búsqueda de oro. Los terrenos más prometedores eran sin duda los que todavía estaban intactos y en

los que se acababa de descubrir el mineral. En cuanto se corría la voz de que en algún lugar había algo que rascar, enseguida estallaba lo que se conocía como «fiebre»: buscadores de oro del mundo entero llegaban en tromba a la región y los yacimientos se agotaban en poco tiempo. Por otro lado, dedicarse a la búsqueda de un yacimiento nuevo en solitario era muy arriesgado. Sobre todo si se entendía tan poco sobre ello como le ocurría a Ross. Sin duda había formaciones del paisaje que podían señalar la presencia de oro en determinadas regiones, pero ni él ni Vivian sabrían reconocerlas.

Entonces, no obstante, la suerte volvió a ser benévola con ambos. Una tarde, Vivian entró emocionada en el establo después de que lady Louise la hubiera acompañado a la modista local. Mientras su prima se explayaba sobre un par de modificaciones que quería hacerle al vestuario que se había traído de Londres, y con las que la joven modista del pueblo no podía complacerla, Vivian había hojeado el *London Times* que algún cliente se había dejado en el establecimiento de la señorita Tempest. La modista también realizaba pequeños arreglos en trajes de caballero.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó Vivian, y le enseñó a Ross un anuncio que había arrancado y se había guardado sin vacilar.

Expedición a la Columbia Británica
a través del territorio de Canadá

La expedición hacia los yacimientos de oro de la Columbia Británica partirá el 21 de marzo de 1862, a las doce del mediodía en punto, en el potente buque de vapor United Kingdom, comandado por el capitán James Clarke.

Viajará hacia Quebec, Canadá, desde donde se tomarán diferentes líneas férreas hasta los asentamientos del río Rojo, y, por último, se alcanzará la Columbia Británica en carromatos. La ruta más rápida, más segura y más rentable para llegar a los yacimientos de oro.

Cuarenta y dos libras esterlinas por persona de Inglaterra a la Columbia Británica, todo incluido, plaza para dormir cinco libras extra.

—¡Ya está! —exclamó Vivian—. ¡Nos iremos con ellos! Canadá todavía no está tan explotada como California porque los yacimientos de oro de la Columbia Británica acaban de descubrirse. Hasta ahora seguramente era muy difícil llegar allí, pero con esto…

Junto al anuncio había también un artículo sobre la región de la Columbia Británica. En ese texto, un agente de la British Columbia Transfer Company explicaba lo agradable y nada peligroso que resultaba el viaje a esas alturas. Por supuesto, se esperaba que pronto hubiera una gran afluencia de personas hacia los yacimientos de oro recién abiertos, y por eso mismo el hombre aconsejaba a los posibles interesados que viajaran en el primer barco disponible.

Ross leyó el artículo por encima.

—Suena bien, pero nos faltan casi veinte libras todavía —señaló.

Vivian hizo un gesto negativo con la mano.

—Ya lo he pensado —dijo—. El 20 de marzo hay un baile en casa de los Amhurst, y a esa clase de recepciones me dejan llevar las joyas de mi madre. Puesto que solemos regresar a casa tarde, y de noche nadie va a robarlas de mi habitación, casi siempre se las devuelvo a mi padre al día siguiente para que las guarde a buen recaudo.

—¿Y pretendes que las robe entonces? —preguntó Ross.

Vivian puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. Simplemente me las llevaré. Nos las llevaremos. —Su rostro se iluminó al pensar en la próxima aventura —. Podemos empeñarlas en Londres. Seguro que sacaremos esas veinte libras o incluso más. Y tú también tienes un poco ahorrado, ¿no?

Ross asintió.

—Claro. Además, si vendo mi caballo, podemos sumar lo que me den por él. Aunque al llegar a Canadá estaremos a dos velas, porque seguro que no sobrará mucho. Viv, tal vez sería mejor que primero fuera yo solo. Después, en cuanto encontrara algo de oro, vendría a buscarte. Según este agente, el viaje dura solo cinco semanas, así que no tendrías que esperar mucho…

Vivian lo miró y parpadeó.

—¡Ya te gustaría! ¡Tú disfrutarías de toda la parte divertida, mientras que yo me quedaría aquí, haciendo reverencias ante la reina como una niña buena y bailando aburridísima toda la temporada! ¡De ninguna manera! ¡Aún serías capaz de encontrar a otra!

—O tú de enamorarte de algún príncipe —replicó él.

Vivian sacudió la cabeza con decisión.

—¡No, no y no! De alguna forma conseguiremos el dinero.

—Como quieras… —Ross no parecía demasiado convencido.

—No es que lo quiera, ¡es que estoy decidida! —declaró Vivian—. ¡Lo conseguiremos! Mañana vas a Londres y hablas con la compañía de esa expedición. Nos apuntas, dejas una señal y te enteras también de por cuánto podríamos vender los brillantes y las perlas. Yo diré que no acabo de decidirme e intentaré llevarme a mi cuarto tantas joyas como pueda.

Los trámites con la compañía de la expedición resultaron no ser nada problemáticos. Por lo visto, los aventureros ingleses no se peleaban precisamente por conseguir un pasaje hacia la Columbia Británica. Ross dejó un adelanto de sesenta libras y le presentó a Vivian los billetes con una expresión a medio camino entre el orgullo y la preocupación.

—Conseguiremos el resto —le aseguró ella, convencida—. Ya lo verás. ¡Tenemos buena suerte!

4

Ross apenas podía creerlo, pero la racha de suerte de Vivian en lo tocante a su huida se mantuvo. El 19 de marzo, el castillo de Altham recibió varias muestras de telas caras para vestidos. La modista de Londres encargada de confeccionar el vestuario para el debut de Vivian llegaría el día 22 y estaría un par de semanas trabajando en el castillo para coserle los diferentes modelos a Vivian «en vivo», por así decir. Los anchos de tela que quedaron apilados en la futura sala de trabajo valían sin lugar a dudas un centenar de libras, o incluso más.

—Devolveremos las telas en Londres. Mételas en la maleta mientras nosotras estamos en el baile de los Amhurst —le indicó la joven a Ross.

Lord Altham también estaría presente en la velada, puesto que se celebraba el cumpleaños de su amigo George Amhurst. Su finca no quedaba muy lejos de las tierras de los Altham, así que Ross podría regresar con facilidad y luego ir otra vez a recoger a sus señores sin que lo echaran en falta.

—Pero, entonces, necesitaremos un carro —opinó Ross, que hasta entonces había dado por hecho que huirían a caballo.

Vivian se frotó la frente.

—Lo necesitaremos de todas formas, aunque todavía no te lo había dicho. No me gusta la idea de dejar a Holly en cualquier

establo de alquiler de Londres y luego avisar a mi padre de alguna manera para que vaya a buscarla. Todo eso es demasiado complicado y, además, podría enfurecerse y vender la yegua. ¿Quién sabe qué sería de ella? No. Engancharemos tu caballo al viejo cabriolé. Está acostumbrado a los carros, ¿verdad? Cargas en él las telas y partimos esa misma noche. ¡Tenemos que ser rápidos! El barco zarpará al mediodía, y para entonces todo ha de estar arreglado. Lo de las telas es algo arriesgado, lo reconozco. Devolviéndolas a la fábrica sacaremos mucho más dinero que vendiéndolas en el mercado, sobre todo porque seguramente los comerciantes sospecharán y creerán que hemos robado la mercancía. A la fábrica podemos decirle que no nos han gustado los tejidos. Al fin y al cabo, los vendieron como muestra. Pero eso hará que dejemos un rastro. Si los vendedores preguntan en el castillo, mi padre sabrá dónde estamos.

Ross escuchó sus explicaciones con cierta admiración. No habría creído que su encantadora novia fuese capaz de una imaginación tan desbordante y maquinadora. Él jamás habría podido planear la huida de una forma tan minuciosa.

Por lo menos Vivian podía confiar en él sin reparos en cuanto a la realización de sus planes. El 20 de marzo, Ross los llevó a su padre, a su prima y a ella a casa de los Amhurst y regresó de nuevo al castillo de inmediato. Ya había acordado con Vivian cómo sacar las balas de tela sin que nadie lo viera: se limitó a lanzarlas por la ventana en saledizo de la luminosa habitación en la que iba a trabajar la modista y luego las recogió en el jardín.

—¡Pero coloca primero una sábana debajo para que no se ensucien! —le advirtió Vivian, que le dio otro beso antes de ir a su habitación a que la prepararan para el baile.

Ross no creía haberla visto nunca tan guapa como esa noche cuando volvió a la fiesta para recoger a los Altham. No parecía cansada en absoluto, sino que resplandecía de entusiasmo y expectación. Él, en cambio, aunque por el momento todo había salido bien, estaba bastante inquieto. Ya había desenganchado a los caballos y había llevado el suyo a un cobertizo algo apartado donde esperaba el cabriolé, lleno hasta los topes, cuando apareció Vivian. Se había puesto un vestido de viaje muy decente y cargaba con una maleta pequeña. Ross estaba dando los últimos toques a las hebillas de los arreos de su caballo.

—¿Todo listo? ¡Piensa que mañana al mediodía tenemos que estar en Londres! —Vivian hablaba deprisa, como siempre que estaba nerviosa.

Ross la conocía lo suficiente para darse cuenta de que no le resultaba tan sencillo abandonar su hogar y a su familia. A pesar de su habitual optimismo, también ella debía de darse cuenta de que estaban a punto de iniciar un viaje hacia lo desconocido.

—Estamos haciendo lo correcto, ¿verdad, Ross? —preguntó mientras se tiraba de un mechón de pelo.

Ross no supo muy bien qué contestar. Para él, esa aventura era sin lugar a dudas lo mejor que podía pasarle. Aun así, siendo sincero, habría preferido dejar a Vivian en Inglaterra y partir solo. Siempre podría regresar a buscarla más adelante.

—Todavía estás a tiempo de pensártelo —señaló al fin.

Vivian se mordió un labio, pero entonces su audacia venció a sus dudas.

—No. No, no hay nada que pensar. ¡Voy contigo! —dijo, esforzándose por transmitir decisión en su tono.

¡De ninguna manera iba a flaquear en el último momento!

El caballo de Ross era brioso y recorrió los veinticinco kilómetros que había hasta la capital sin necesidad de parar ni una sola vez. Vivian y Ross disfrutaron de un desayuno cerca del puerto antes de que abrieran las casas de empeños. Ella insistió en ir a preguntar a tres para comparar los precios antes de tomar una decisión. Los dependientes, todos ellos con un aspecto bastante turbio, le ofrecieron unas cantidades decepcionantes a cambio de sus joyas. Vivian había llevado consigo tres conjuntos de pendientes, collar y pulsera, e incluso una diadema. En total, todo aquello debía de valer varios cientos de libras, pero solo consiguieron sacar cincuenta.

—No importa. ¡Con eso pagamos el viaje! —declaró cuando vio que Ross se enfadaba—. Y ahora vamos a ocuparnos de las telas.

El vendedor de tejidos, por supuesto, se mostró muy afectado cuando Vivian le devolvió todo el pedido.

—¿De verdad que no le ha gustado ninguna? —quiso saber—. Lady Louise y la modista estaban tan seguras…

—Es que al final no voy a debutar —alegó Vivian, buscando una excusa rápida—. Voy a casarme. En Francia. Y me haré confeccionar los vestidos en París.

El hombre la miró con decepción, aunque pareció creer su historia.

—Por supuesto, en París, la capital de la moda. No podemos competir con eso.

Al final, le reembolsó el precio sin más dilación: ciento veinte libras que engordaron los fondos para el viaje.

—Y, ahora, ¿me llevas al barco? —pidió Vivian, satisfecha, cuando volvieron a subir al carruaje—. No quiero acompañarte al mercado de caballos. Si vas solo, llamarás menos la atención.

Le resultaba tan difícil separarse de Lancaster, el alegre castrado negro de Ross, como de su propia yegua, Holly, a la que el día anterior todavía había mimado con varias zanahorias de despedida. Vivian, nerviosa, se tiró de la cinta del sombrero con la esperanza de tranquilizar los fuertes latidos de su corazón. Hasta el momento no habían surgido contratiempos, pero ¿y si algo se torcía? ¿Y si el United Kingdom no los estaba esperando en el Muelle Cinco? ¿Y si la compañía de la expedición los había engañado y no solo se había embolsado su dinero, sino que además los dejaba tirados en Londres sin ningún plan alternativo? A esas alturas, seguro que en Altham ya habrían descubierto su ausencia y, cuando comprobaran que también faltaban las telas, lady Louise y su padre sabrían dónde ir a buscarla.

Vivian respiró hondo y casi notó físicamente el alivio de Ross cuando vieron el gran navío en el embarcadero indicado. Faltaba poco para las diez y todavía estaban cargando el United Kingdom con mercancías para Quebec. Los pasajeros aún no podían subir a bordo, aunque ellos no eran los únicos que ya estaban allí. Habría una docena de personas, hombres jóvenes en su mayor parte, esperando con maletas y bolsas de viaje bastante gastadas. Algunos charlaban y se presentaban entre sí. Vivian oyó las palabras «oro» y

«Columbia Británica» mientras se apeaba y se despedía de Ross hasta dentro de un rato. Los hombres le dirigieron miradas de curiosidad a la joven dama bien vestida, y solo después se fijaron en su acompañante. Vivian miró alrededor: Ross y ella, por el momento, parecían la única pareja que iba a embarcar. ¡Y tampoco veía a ninguna otra mujer! Solo al buscar mejor descubrió a una joven, más o menos de su edad, que esperaba algo apartada de los hombres. Era alta, muy delgada, y ocultaba la mayor parte de su melena rubio ceniza bien recogida bajo un anodino sombrerito marrón. También su abrigo era marrón y sencillo, y sin duda que había visto días mejores. Vivian observó su rostro flaco y pálido. Era algo huesudo pero bien proporcionado, y en él dominaban unos ojos extraordinariamente claros, de un azul muy luminoso. La joven era de una belleza más bien austera, pero a Vivian le pareció que tenía mucha clase. O, por lo menos, seguridad y prestancia. Le sonrió.

—¿También va a viajar en el barco? —le preguntó—. ¿A Canadá?

La joven le correspondió a la mirada y asintió.

—¿Usted sola? —quiso saber Vivian.

—Tú también estás sola —constató su nueva conocida.

A Vivian le extrañó un poco que la tuteara, pero enseguida le pareció muy oportuno. Por lo visto, ellas dos serían las únicas mujeres de a bordo, así que estaba bien que se familiarizaran cuanto antes.

—Me llamo Vivian —se presentó—. Y no viajo sola. Espero a Ross, mi prometido, que todavía tenía que encargarse de una cosa.

—De deshacerse del carro —supuso la joven. Debía de haber visto que Vivian se había apeado de él—. Yo soy Colleen.

También ella se presentó solo con el nombre de pila. Vivian se preguntó si, igual que ella, tendría algo que ocultar. Luego asintió con la cabeza.

—Tenemos que vender el caballo —dijo con pesar—. ¿Cómo has venido tú hasta aquí?

—A pie —contestó Colleen—. Mis señores no viven muy lejos. En el barrio londinense de Greenwich. Y ojalá nos dejaran subir ya al barco. Dentro de poco me echarán en falta.

—¿Te has escapado? —preguntó Vivian, tragándose un «también»—. ¿De tus jefes?

Colleen se frotó la mejilla.

—Sí, pero no les he sisado ni nada por el estilo. Es solo que prefiero ahorrarme el mal trago. La señora me habría preguntado por qué me marcho, y para qué, y tan de repente, además. No quería nada de eso. No podría contestar. De todos modos no me habría creído; nunca te creen a ti. Pero yo lo he prometido.

Dicho eso, se volvió hacia un lado y contempló el barco, donde la tripulación estaba colocando ya la pasarela.

—Creo que falta poco. Tu prometido debería darse prisa.

De hecho, los pasajeros empezaron a embarcar enseguida. Colleen y Vivian dejaron que los hombres subieran primero. Vivian estaba en ascuas porque su billete lo llevaba Ross en la bolsa, aunque ella por lo menos tenía casi todo el dinero que les quedaba, así que podría comprarse otro si hacía falta. Pero ¿quería hacer eso? Colleen no parecía tener ningún reparo en lanzarse sola a la aventura, pero Vivian no sabía si ella era lo bastante valiente para algo así. Al mismo tiempo, se reprendió solo por pensarlo. ¡Ross jamás la abandonaría!

Ya eran las once y media cuando Ross llegó corriendo y sin aliento. Colleen había subido a bordo y Vivian fue a reunirse con ella mientras Ross presentaba los billetes y pagaba la cantidad pendiente. Cuando estuvieron en cubierta, la rodeó con un brazo.

—Lo hemos conseguido, Viv —dijo, feliz—. ¡Vamos a empezar una nueva vida!

Llevado por la euforia provocada por su repentina riqueza, Ross había pagado el recargo de diez libras que les aseguraría a Vivian y a él un lugar para dormir. Vivian no sabía qué había esperado, pero Ross contempló con cierta decepción el camarote, que consistía en un cuartito diminuto. Tenía dos literas que ofrecían cuatro plazas para que los viajeros pasaran la noche. Como la mayoría de los barcos de emigrantes, también el United Kingdom contaba con una entrecubierta de madera en el casco de la embarcación que estaba dividida en camarotes rudimentarios. Vivian ya temía tener que compartir habitación con dos buscadores de oro desconocidos, pero la única persona que tampoco había reparado en gastos había sido Colleen. Su nueva amiga escogió enseguida una de las dos camas superiores y pareció querer instalarse al instante, porque dejó ya en ella su raída bolsa de viaje. Seguramente tenía pensado cambiarse de ropa allí arriba, en caso de que alguien se cambiara alguna vez en ese barco.

—Tú también deberías dormir arriba —le comentó a Vivian, que no acababa de decidirse.

La cama de arriba le tentaba, pero, si escogía una de las de abajo, estaría más cerca de Ross.

—¿Y eso por qué? —preguntó este de mal humor.

Era evidente que había esperado poder compartir cama con Vivian y, claro, con Colleen de espectadora no podría ser.

—Para que los otros tipos no se pongan muy pesados con ella —explicó Colleen—. Si alguno se colara durante la noche, porque va borracho o solo por diversión, primero tendría que pasar por ti, Ross, y luego subir una escalerilla para lanzarse sobre nosotras. Todo eso resulta demasiado trabajoso.

Ross torció el gesto.

—Ya cuido yo de Vivian —afirmó.

Vivian, por el contrario, comprendió la argumentación de Colleen y escogió la otra cama superior. El equipaje que llevaban Ross y ella se quedó en la cama inferior vacía.

Entretanto, parecía que el barco había empezado a moverse, y Ross y Vivian salieron a cubierta para presenciar cómo zarpaba. Colleen los siguió.

—¿Qué ruta seguiremos? —quiso saber Vivian, y se volvió hacia Ross, que, sin embargo, no se había parado a pensarlo.

—Pues iremos por mar hasta Quebec —supuso—. No puede ser muy complicado.

Colleen puso los ojos en blanco.

—Primero bajaremos por el Támesis y cruzaremos el canal de la Mancha, luego seguiremos por el Atlántico Norte. Ahí hará frío, y al sur del gran banco de Terranova pueden quedar todavía banquisas de hielo que tendremos que rodear. Eso alargaría el viaje. El plan es llegar al golfo de San Lorenzo sobre el primero de mayo y cruzarlo siguiendo la costa sur de Terranova, o, si el clima es lo bastante bueno, atravesar el estrecho de Belle Isle. Después subiremos por el

San Lorenzo unas cien millas náuticas, cosa que puede llevar hasta dos días, ya que hay que ir río arriba. Y el tres o el cuatro de mayo, si no ha habido contratiempos, deberíamos arribar a la ciudad de Quebec.

—¡Vaya, sí que estás bien informada! —exclamó Vivian con admiración—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Lo pregunté al reservar el pasaje. Además, mis señores tienen un globo terráqueo. Nadie se lanza a un viaje así a tontas y a locas. ¡Tenía que estar bien planificado!

Vivian se avergonzó un poco. Más allá de su huida, no había planificado nada para el viaje, y eso que también en el salón de caballeros de su padre había un globo terráqueo…

Mientras tanto, se les acercó uno de los otros hombres. Era claramente mayor que Ross y muy fuerte, pero su rostro resultaba algo taimado y en él se veían señales de peleas pasadas. Tenía una cicatriz que le cruzaba una de las mejillas y sin duda le habían roto varias veces la nariz.

—Vamos a echarles un buen vistazo a las dos muchachas que tenemos a bordo —comentó en lugar de saludar—. Matthew Pride, me llamo. ¿Y vosotras, guapas? —A Ross no le hizo ningún caso.

Vivian se plantó ante él.

—Vivian, ¡Wallett dentro de poco! —contestó—. Estoy prometida.

Pride se echó a reír.

—¡Caray! ¿Con este de aquí? —Señaló a Ross.

—¡Exacto! —repuso ella, segura de sí misma—. Y eso no va a cambiar de ninguna manera. ¡Así que no hace falta que malgaste sus encantos conmigo!

El hombre rio de nuevo y se volvió hacia Colleen.

—¿Y tú, cielo? ¿También estás adjudicada?

Levantó la mano y acarició con suavidad la mejilla de la joven, que parecía asustada. Vivian le habría apartado la mano en ese mismo instante; Colleen se limitó a retroceder un poco.

—No quiero nada con usted, señor Pride —dijo con calma—. No busco a ningún hombre. —Y dio media vuelta.

Entretanto, Ross posó un brazo sobre los hombros de Vivian como si fuera de su propiedad y se la llevó al otro extremo de la cubierta.

—Qué tipo más desagradable —comentó—. ¡Y ella es una bruja sabelotodo! «Nadie se lanza a un viaje así a tontas y a locas» —dijo, imitando a Colleen—. Como si ya tuviera un mapa de los yacimientos de oro en la bolsa.

—Tal vez no vaya en busca de oro —repuso Vivian—. También podría querer un trabajo nuevo o…

Entonces fue Ross quien se rio.

—Viv, las posibilidades de empleo de las jóvenes que se aventuran solas a los yacimientos de oro, donde estarán rodeadas de hombres, son bastante limitadas. En realidad, solo se me ocurre un trabajo para una mujer así.

Ella lo miró con un interrogante en los ojos. Naturalmente, jamás había oído hablar del oficio de prostituta, que era lo que insinuaba Ross, de modo que solo podía imaginar que en los yacimientos de oro emplearían a las mujeres para cocinar y lavar la ropa de los hombres.

—¿Te refieres a doncella? —preguntó, pero entonces recordó a uno de sus profesores de ballet de París, que siempre aconsejaba a las bailarinas que se esforzaran si querían llegar a actuar en el

escenario de la Ópera y no acabar como bailarinas de tres al cuarto en un «teatrillo de *varietés*», como decía él arrugando la nariz—. ¿O a bailarina?

Ross se rio más aún.

—¡Ay, Viv, qué joven e inocente eres! Se nota que nunca has salido de tu castillo.

—¡Estuve dos años en París! —se defendió ella—. También yo quería ser bailarina. El ballet es un arte muy noble. Y muy duro, porque habitualmente requiere una formación muy prolongada.

En realidad, tampoco ella se imaginaba a Colleen de bailarina. Era delgada, cierto, y tenía poco pecho, cosa que era muy deseable en ballet, pero resultaba demasiado alta y huesuda, y superaría en altura a la mayoría de los bailarines varones.

—No, no tiene nada que ver con el ballet —repuso Ross, algo abochornado en esta ocasión. Lo que menos pretendía era familiarizar a su prometida con los secretos del amor de pago—. Pero… ¡por cierto! ¿Crees que nos darán algo de cenar esta noche? No me he llevado nada más a la boca desde el desayuno y empiezo a tener mucha hambre.

5

La oferta culinaria del United Kingdom no era muy variada. Por la noche, cada pasajero recibía un mendrugo de pan y un poco de queso.

—¡Por lo menos no son galletas marineras! —comentó Vivian, siempre optimista—. Según lo que he leído, en estos barcos nunca hay nada más y casi siempre están agusanadas.

Ross se llevó una mano a la frente.

—El viaje durará solo unos diez días. A esas galletas marineras no les dará tiempo a ponerse malas, sean lo que sean.

—Son unas galletas secas hechas con harina de centeno —informó Colleen.

Tal como Vivian había supuesto, se había instalado en la esquina exterior de la litera de arriba y agradeció mucho que Vivian le llevara su ración de comida.

—Muchas gracias, doña Sabelotodo —dijo Ross con un tono cortante—. Muy generoso por tu parte permitirnos compartir tu sabiduría.

—¡Pues yo no sabía eso! —le increpó Vivian—. Pensaba que las galletas marineras estaban hechas con agua de mar y que por eso no estaban buenas. Además, me gusta aprender cosas nuevas. ¡Así que no seas malo con Colleen!

—¡Tienes que plantarle cara cuando se porta así contigo! —le dijo a Colleen cuando Ross salió del camarote para ir al retrete—. Y a los demás también. A ese Matthew Pride de antes deberías cantarle las cuarenta. ¡Si no, hará lo que quiera contigo!

Vivian irguió la cabeza con seguridad. Ella siempre se había defendido con firmeza, incluso ante su padre. Su madre la había animado a ello desde pequeña, y también su tía Emmanuelle, que se había quedado viuda muy pronto y vivía sola con su hija en París. Igual que esta, Vivian se servía de su encanto para conseguir sus objetivos, pero también sabía ser clara cuando alguien se sobrepasaba.

En ese momento le extrañó oír la risa de Colleen como reacción a su comentario.

—¡Vivian! Los hombres siempre hacen lo que quieren con las mujeres —dijo con amargura—. Puedes intentar no cruzarte en su camino, y tal vez resulte más fácil siendo una dama distinguida como tú. Porque eso es lo que eres, ¿verdad? Te has escapado con el jardinero de una escuela para señoritas o algo parecido. ¿Tengo razón o tengo razón? —preguntó, e intentó ofrecerle una sonrisa de complicidad.

Vivian, indignada, quería contestarle que Ross no era precisamente un jardinero, pero entonces él regresó al camarote y Colleen guardó silencio. Además, Ross traía noticias.

—Un marinero me ha contado que no viajamos directos a Quebec. Primero haremos escala en Liverpool, donde embarcarán más pasajeros. En Londres no han llenado el barco.

—Pues a mí me parece que va bastante lleno —comentó Vivian —. Sobre todo con tantos hombres durmiendo en cubierta y en los

pasillos de los camarotes. Creo que un par de ellos iban algo borrachos esta noche.

Colleen rio de nuevo.

—¡Los primeros ya iban como cubas a primera hora de la tarde! Espero que eso mejore a lo largo de la travesía. Seguro que en el barco no se puede comprar ginebra. Y también espero que en Liverpool no embarquen más buscadores de oro. Desde ese puerto zarpan más transatlánticos que desde Londres, así que tal vez haya también hombres de negocios y otros viajeros entre el pasaje.

—A mí eso me da igual —comentó Ross—. Lo principal es que el capitán sepa lo que se hace y nos lleve a la Columbia Británica lo más deprisa posible.

Tanto Vivian como Colleen habrían podido decirle que tenían varios trayectos en tren y en carromato antes de llegar a los yacimientos de oro, y que el capitán del barco era tan poco responsable de ellos como del tiempo que encontraran durante la travesía atlántica. Sin embargo, guardaron silencio. Vivian, a causa de una ligera decepción con la ignorancia de su prometido; Colleen, para no meter más el dedo en la llaga. Ambas tenían muy claro que Ross no se había leído bien la descripción del viaje. Se fiaba por completo de la British Columbia Transfer Company. Seguro que la mayoría de los hombres de a bordo habían hecho lo mismo. No pensaban en el territorio enorme al que iban a entregarse; solo veían el oro.

Cuando los tres despertaron por la mañana, el United Kingdom había anclado en Liverpool, donde la tripulación estaba cargando más equipaje. Parecía que todavía no habían llegado todos los pasajeros, de modo que Vivian, recordando lo que había pensado el

día anterior tras el feo encuentro con Matthew Pride, le pidió a Ross que bajara un momento a tierra para comprar unas alianzas baratas.

—Será mejor que viajemos ya como el señor y la señora Wallett —opinó—. La gente como ese Pride nos respetará más si cree que estamos casados.

En Liverpool, también Colleen abandonó su litera, pero solo para usar el retrete, mientras Vivian subía a cubierta con curiosidad para ver a los nuevos pasajeros y Ross estaba fuera, comprando los anillos. Cuando los dos regresaron al camarote juntos, Colleen contempló con una expresión entre desconcertada y divertida la ceremonia que Vivian improvisó para el intercambio de las alianzas.

—¡Con este anillo te tomo como esposo! —le prometió a Ross, y le puso la alianza de plata sin decoraciones en el dedo—. ¡Ahora tú!

—Con este anillo te tomo como esposa —declaró Ross, complaciente—. Hasta que la muerte nos separe.

—Bueno, de momento hasta el final de la travesía —precisó Vivian—. Después tendremos que casarnos de verdad. ¡Pero ahora ya puedes besarme!

Ross lo hizo con generosidad mientras Colleen negaba con la cabeza.

—Espero que no tengáis pensado consumar el matrimonio en este camarote —les soltó entre burlona y preocupada—. Porque entonces tendría que buscarme otro sitio. Lo siento, pero no quiero enterarme de nada.

Vivian arrugó la frente. La consumación del matrimonio tenía lugar en la cama, eso lo sabía, y tenía que ver con que al final la

mujer quedara embarazada. Hasta el momento nadie se lo había explicado con mayor detalle. Sin embargo, había crecido en una finca y había visto cómo se cubrían los caballos y los perros. Las personas debían de hacer algo similar para tener descendencia, solo que, por lo visto, había que estar tumbado.

—Estas camas son demasiado estrechas —comentó con más seguridad en la voz de la que sentía en realidad—. No cabríamos los dos.

—Tampoco hay por qué hacerlo en la cama —repuso Ross con gelidez, mirando a Colleen—. Podríamos buscar algún sitio en cubierta. Debajo de los botes salvavidas, por ejemplo. Extendemos un par de mantas y…

—¿En cubierta? —preguntó Vivian—. ¿Donde podría pasar alguien en cualquier momento? Pero ¿cuánto… cuánto dura eso en total?

Colleen sonrió con compasión. Debió de comprender que Vivian no tenía ni la menor idea de lo que le esperaba.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

Ross soltó un comentario bobo casi a la vez que ella.

—Ay, Viv, cielo… —dijo con una sonrisa enorme—. ¡Seré rápido!

Vivian lo miró sin entender nada; Colleen, furiosa.

—¡Me parece que tendré que hablar a solas con tu mujer! —le soltó—. ¿Qué te has creído, Ross? Primero le haces perder la cabeza y luego le pones un anillo. ¡Como dos críos jugando a casarse!

—¡Tengo diecisiete años! —exclamó Vivian, indignada—. ¡No soy ninguna cría!

—Su padre la habría casado pronto de todos modos —añadió Ross.

—¡Pero, antes, tal vez su madre o alguna otra mujer de la familia se la habría llevado aparte para explicarle el funcionamiento básico del tema! —A Colleen se le había agotado la paciencia—. De eso me encargo yo ahora mismo. ¿O prefieres explicarle tú lo de las flores y las abejas?

Ross salió del camarote, aunque no sin lanzarle una mirada colérica a Colleen.

Esta bajó entonces de su litera y rodeó a la desconcertada Vivian con un brazo. Las dos jóvenes se sentaron en una de las camas inferiores y Colleen empezó a explicarle lo que tenía lugar entre un hombre y una mujer cuando «consumaban el matrimonio» o «compartían cama».

—Para referirse a ello existen muchas expresiones, más o menos eufemísticas o indirectas, pero al fin y al cabo se trata de que el hombre entra en tu cuerpo y derrama su semilla en ti. —Colleen le describió entonces el acto con objetividad y sin miramientos.

—¿Y no duele? —quiso saber Vivian, que la había escuchado con los ojos muy abiertos.

Su amiga se encogió de hombros.

—Depende. Si amas al hombre, dicen que no debería doler. Mucha gente lo hace incluso por gusto, según he oído.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Vivian—. ¿Tú… lo has hecho?

—Mi madre y mi padre lo hacían siempre a oscuras, pero mis hermanos y yo los oíamos porque nuestro piso era muy pequeño —explicó Colleen, y suspiró—. Los amantes hacen ruidos durante el acto. Y luego, más adelante… Vivian, no todas las mujeres lo hacen por voluntad propia.

Vivian recordó un par de comentarios que había oído sin querer en París. Una vez, una bailarina había salido del despacho de un coreógrafo llorando desconsoladamente y otras se la habían llevado al baño. Ella se había extrañado de que las chicas tuvieran que hablar ahí dentro, si por lo visto solo estaba decepcionada por un papel que se le había escapado. Cuando le sacó el tema a una de las chicas, sin embargo, esta le explicó que el coreógrafo la había «tocado de forma indecorosa», pero ella no supo qué quería decir eso. En otra ocasión, su tía y las amigas de esta habían murmurado sobre una joven a la que habían «deshonrado».

Colleen asintió cuando Vivian le habló de ello.

—Ahí lo tienes.

Vivian se frotó la frente.

—¿Agreden a las mujeres?

Colleen se encogió de hombros.

—O las presionan. Yo misma era niñera en casa de una familia rica desde que cumplí los quince y, una noche, el señor entró en mi cuarto… Al principio no sabía que lo que hacía conmigo no estaba bien. No me defendí, así que siguió haciéndolo.

—¿Tú has…? ¿Te han…? —Vivian no sabía qué decir.

—Por eso me marché —dijo Colleen—. Ahorré algo de dinero y lo chantajeé. Le dije que se lo contaría todo a su mujer si no me ayudaba a salir de allí. Él me ha pagado el viaje.

Vivian entendió entonces lo que le había explicado Colleen cuando se conocieron: había salido al amparo de la oscuridad y la niebla porque tenía miedo de que la señora de la casa le hiciera preguntas.

—¿Y su mujer te habría creído?

—Es probable que no. Las esposas nunca lo creen. Por eso hay que andarse con cuidado y estar dispuesta a defenderse. Porque algunos hombres ni siquiera se frenan con sus propias hijas.

Ante Vivian se abrieron abismos.

—Pero con Ross… con Ross todo es diferente —dijo entonces—. Cuando me besa y me acaricia, es increíblemente bonito. Me resulta inimaginable que pudiera hacerme daño u obligarme a nada.

Colleen soltó una carcajada.

—Tampoco le hace falta. Te has casado con él, ¿ya lo has olvidado? Ahora tiene derecho a tomarte cuando quiera.

No obstante, a pesar de esos malos presagios, Ross demostró ser todo un caballero. Rezongó un poco al ver que no había manera de convencer a Vivian para que buscaran un escondite en algún lugar del barco, pero lo aceptó. Aun así, ella permitió que sus caricias llegaran más lejos que hasta entonces; quería saber si también le gustaba que la tocara por debajo de la ropa, y su curiosidad creció al notar que se humedecía cuando él la acariciaba entre las piernas. Le pareció que dormir con Ross no podía ser tan desagradable. Aun así, quería experimentarlo por primera vez en una cama de verdad y en una habitación cálida de la que pudieran disponer para ellos solos. Mientras tanto, en realidad, los días eran cada vez más fríos: habían empezado la travesía del Atlántico Norte.

Colleen se pasaba casi todo el tiempo en su camastro, igual que siempre, mientras que Vivian se abrigaba con sus vestidos más gruesos y salía a cubierta aunque lloviera o cayera una nevada ligera.

Los pasajeros que embarcaron en Liverpool, en efecto, no eran buscadores de oro que se hubieran apuntado a la expedición por el anuncio de la British Columbia Transfer Company. Se trataba de tres matrimonios y cuatro muchachos, unos hermanos de los Yorkshire Dales. Los jóvenes, así como dos de los matrimonios, soñaban con montar granjas en Canadá. Los hermanos procedían de una gran explotación agraria, pero eran los más jóvenes de los seis hijos de sus padres, todos chicos. Aunque habían aprendido el oficio desde abajo, no heredarían nada. En Canadá existía la posibilidad de que les asignaran tierras y, si se unían los cuatro, dispondrían de una gran extensión. Pensaban criar animales, tal vez incluso caballos a gran escala. A Vivian le resultó especialmente interesante el matrimonio mayor, de quienes enseguida supo que vivían en la ciudad de Quebec. Los Pinter habían emigrado al este de Canadá hacía más de veinte años. Habían presenciado la transformación de Quebec desde un pequeño asentamiento a toda una capital y regentaban allí un negocio de construcción. Acababan de visitar Inglaterra para ver a familiares y llevar a sus dos hijos menores a un prestigioso internado. La señora Pinter, sobre todo, sufría por haberse separado de los jóvenes, a los que no volvería a ver hasta dentro de uno o dos años por lo menos. La mujer no se cansaba de oír hablar de las experiencias de Vivian y Ross en internados y sintió un gran alivio cuando este último le explicó que en su escuela se había sentido muy a gusto. No había sido ese el caso de Vivian, que de todos modos no quería explicar mucho sobre sí misma, sino que prefería oír hablar del que sería su nuevo hogar. Los Pinter se mostraban muy satisfechos con el desarrollo de su ciudad.

—Pero nosotros no nos quedaremos en Quebec —les dijo Vivian a sus nuevos conocidos—. Queremos ir a la Columbia Británica.

—Vaya, sí que tienen un plan ambicioso —comentó el señor Pinter, y se encendió un cigarrillo. El barco contaba con salones caldeados para los pasajeros más adinerados, y los Pinter habían invitado a Vivian y a Ross a tomar el té allí con ellos—. Eso es media vuelta al mundo.

Vivian arrugó la frente.

—Cinco semanas, según la compañía. Cuando lleguemos a Quebec, tomaremos un tren hacia Fort Garry.

—¿Un tren? —El señor Pinter se extrañó—. ¿Desde cuándo existe conexión ferroviaria? Hay una línea a Montreal y otra a Kingston, pero ustedes quieren ir al oeste. La conexión más directa sería pasando por St. Paul, en Minnesota, al otro lado de la frontera. Y ahí termina el tren…

Ross negó con la cabeza.

—No puede ser —dijo—. La compañía nos ha dado información muy precisa y ya hemos pagado la totalidad del viaje.

—La empresa se llama incluso así —explicó Vivian—: British Columbia Transfer Company.

—Quizá haya cambiado algo en este tiempo —dijo la señora Pinter con tono conciliador—. En todo Canadá se construye mucho.

Su marido no parecía convencido. Como empresario, habría tenido que enterarse de la existencia de esas nuevas líneas férreas.

Cuando, más tarde, se retiraron a su frío camarote, Vivian estaba intranquila. Ross, sin embargo, negó con la cabeza.

—Tu amiga la sabelotodo seguramente ha entendido algo mal —comentó, porque daba por hecho que Vivian debía tener esa

información a través de Colleen—. A lo mejor, en lugar de pasarse todo el día encerrada en el camarote, debería salir alguna vez y hablar con la gente. ¡Me gustaría tenerlo para nosotros solos de vez en cuando!

Vivian no dijo nada. Aun así, estaba convencida de que la documentación de la compañía hablaba de líneas de ferrocarril. No había estudiado la ruta del viaje tan a fondo como su amiga, pero sí había leído las descripciones.

6

El United Kingdom se encontraba ya al sur del gran banco de Terranova. Perdieron dos días porque tuvieron que rodear una banquisa, pero entonces… ¡Vivian divisó los primeros rorcuales! Los delfines habían acompañado a la embarcación ya en varias ocasiones, pero, cuando aparecieron esas enormes ballenas que realizaban saltos gigantescos, como si quisieran representar un ballet torpe, la emoción de la joven no tuvo límite. Corrió al camarote para avisar a su amiga.

—¡Tienes que ver esto, Colleen! Esos enormes animales salen del agua con mucho impulso y parecen muy curiosos. ¡Es casi como si nos miraran con picardía!

A Colleen le encantaría ver las majestuosas ballenas. Vivian lo sabía porque había estado a punto de abandonar su escondite para salir a contemplar los delfines.

—No hay casi nadie en cubierta —insistió, intentando convencer a su amiga—. Fuera hace mucho frío, al fin y al cabo. Ni siquiera Ross ha querido acompañarme. Está con los jóvenes de Yorkshire, hablando de caballos en su camarote.

Por fin Colleen dio su brazo a torcer. Tras ponerse el abrigo y un chal para protegerse del frío, siguió a Vivian a cubierta. Las dos jóvenes, inclinadas sobre la barandilla, contemplaban a las poderosas criaturas que seguían acompañando al barco.

—Van de camino a sus zonas de apareamiento —dijo de pronto una voz tras ellas—. Pero en tierra hay varias estaciones balleneras. No todas consiguen llegar.

Vivian se volvió y reconoció a uno de los marineros. Ya lo había visto otras veces por la cubierta.

—Qué triste —repuso—. Son tan bonitas…

El marinero rio.

—Pero sin ellas las chicas no podríais llevar miriñaques, y el perfume sería muy flojo si no contuviera ámbar gris.

—Yo nunca he tenido un miriñaque —contestó Colleen, pero el marinero, que solo tenía ojos para Vivian, no le hizo caso.

—Además, tú eres mucho más bonita que esas bestias —dijo entonces—. Nosotros dos no necesitaríamos ninguna zona especial de apareamiento. Cualquier sitio de por aquí nos bastaría. —Le dirigió una mirada claramente libidinosa—. ¿Qué te parecería echar uno rápido? Así, de paso, entrarías en calor…

El rostro de Vivian, que se había puesto un chal sobre la cabeza, estaba enrojecido a causa del frío. Ella estaba helada, desde luego, pero en ese momento casi hirvió de indignación.

—Pero ¿qué se ha creído usted? ¡Soy una mujer casada!

El marinero se echó a reír.

—Venga ya, preciosidad, si hace nada decías que solo estabas prometida. Te oí cuando le diste calabazas a ese tal Pride. No te faltan agallas, eso me gusta.

Antes de que Vivian quisiera darse cuenta, el marinero la agarró de la cadera y le plantó un beso en los labios. Cuando intentó defenderse, él la asió de las manos. Colleen gritó, pero Vivian mantuvo la calma.

En cuanto el hombre puso fin al beso y quiso empujarla contra una estructura de la cubierta para levantarle la falda, ella consiguió un poco de libertad de movimientos en las piernas… y pudo darle un puntapié. Le salió con mucha soltura. Casi fue más un salto que una patada. Un *grand jeté*: lo había practicado mucho en sus clases de ballet, lanzándose hacia lo alto a gran velocidad. En esa ocasión, le dio al hombre en la entrepierna con todo su ímpetu.

La propia Vivian se sorprendió cuando el marinero la soltó dando un grito de dolor y, justo después, se retorció quejándose en el suelo.

—¿Qué has hecho, Viv?

Ross llegó corriendo por la cubierta, seguido de los jóvenes granjeros.

Debía de haber oído los gritos de Colleen, así como los quejidos de dolor del hombre, que también hicieron salir a cubierta a la mayoría de los pasajeros y miembros de la tripulación.

—Esa… bruja me ha dado una patada —se lamentó el marinero, agarrándose la entrepierna.

Mientras otros tripulantes se ocupaban de él, los pasajeros se quedaron mirando a Vivian.

—Ese hombre me ha… faltado al respeto —explicó ella, conmocionada—. Yo solo me he defendido, solo he… —Estaba temblando; no había contado con que su patada tuviera semejante efecto.

—Doy fe de ello —dijo Colleen—. Será mejor que me la lleve de aquí ahora mismo. ¿Y a ese hombre no debería verlo un médico, tal vez?

Otros dos marineros intentaron incorporar al herido, pero resultó imposible. Al final, alguien sacó una camilla. Colleen se llevó a Vivian a su camarote.

—¿Podrías ir a por un poco de té caliente? —le pidió Vivian a Ross.

También a él se lo veía bastante afectado. La evidente capacidad de defenderse de su joven y delicada esposa lo había dejado pasmado.

Colleen envolvió a Vivian en todas las mantas que pudo encontrar para que entrara en calor. Al cabo de un rato, Ross regresó no solo con té y azúcar, sino también con una jarrita de ron.

—Me lo han dado en la cocina del barco. El cocinero de a bordo dice que también han ido a buscar un poco para el herido. Para adormecerlo. Tengo que… tengo que ir a preguntar cómo se encuentra.

Se volvió visiblemente abochornado y salió del camarote.

Colleen sonrió de oreja a oreja y llenó un vaso con té, azúcar y un buen chorrito de ron para Vivian. Esta se lo bebió despacio, poniendo las manos alrededor del recipiente para calentarse. No tardó en sentirse más serena.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó Colleen. Como Vivian asintió, no pudo contener su curiosidad y preguntó—: ¿Cómo has hecho eso? ¡Esa patada ha sido como un rayo! Y lo has… No era la primera vez que lo hacías, ¿verdad?

Vivian se esforzó por sonreír, aunque su sonrisa fue bastante débil.

—¿Te refieres a si me dedico a tumbar a hombres uno detrás de otro? No, eso no. Pero el movimiento sí lo había practicado muchas

veces. En realidad es un salto. Durante un tiempo hice ballet, y los bailarines varones tienen buenos motivos para llevar suspensorio. Es una protección que se ponen en la parte delantera de las mallas, por si una bailarina les golpea sin querer con el pie. Pero… no pensaba que pudiera conseguir semejante efecto.

—No te habría creído capaz de algo así —confesó Colleen—. En serio, hasta ahora te tenía por una niña rica y malcriada que estaba jugando a vivir un gran amor y no sabía qué hacer cuando tipos como ese tal Matthew Pride intentaban propasarse con ella.

Vivian se encogió de hombros.

—No suelo pensar antes de hacer o decir algo —reconoció—. Mi padre ya me reprendía por ello, pero a Ross le gusta…

Colleen levantó las cejas en actitud dubitativa.

—Pues tu Ross estaba bastante alterado hace un rato. Me temo que a partir de ahora te tendrá miedo.

—Ross no pretende bailar ballet conmigo, y tampoco violarme. En el trato cotidiano soy del todo inofensiva. Seguro que él lo sabe. Aunque… ¡tampoco está mal que me tenga un poco de respeto! — Vivian sonrió y poco a poco fue recuperando la picardía.

Hasta el final de la travesía, Vivian no pudo quejarse de que ninguno de los hombres de a bordo volviera a faltarle al respeto. Los demás pasajeros también cambiaron la forma en que miraban a esa joven alegre y de aspecto ingenuo. Incluso las mujeres se mantenían a cierta distancia de ella. El matrimonio Pinter siguió siendo amable con ellos, aunque también algo distante; no recibieron más invitaciones para tomar el té.

Al menos Ross se recuperó deprisa de la conmoción, sobre todo porque Vivian, por supuesto, le explicó que su reacción había sido puramente instintiva. En la Ópera de París nadie enseñaba defensa personal.

—Pero para los saltos de ballet se necesita tener mucha fuerza, y en los yacimientos de oro también me vendrá muy bien. ¡No soy una muñequita, Ross!

No sabía si esas palabras habían dado que pensar a su prometido, pero Vivian tardó en quitarse de la cabeza el temor de Colleen sobre que Ross pudiera sentir rechazo hacia una mujer demasiado capaz de defenderse sola. Tampoco olvidaba las palabras que ella misma había pronunciado con tanta precipitación. ¿De verdad quería que la respetara? Hasta entonces solo había pensado en el amor.

El United Kingdom se acercaba poco a poco al final de su travesía. Por fin alcanzaron la desembocadura del río San Lorenzo, que de todos modos apenas se reconocía como tal. En su zona inferior, el estuario era tan ancho como un mar. Los pasajeros solo se dieron cuenta de que habían entrado en él porque el capitán puso rumbo a tierra para subir a bordo a un práctico.

—La península gaspesiana —informó el señor Pinter.

Estaba junto a Ross y Vivian, en cubierta, cuando el barco atracó. El asentamiento local era poco más que una aldea. La gente vivía de la pesca y, de vez en cuando, también del comercio maderero y la construcción de barcos. Allí donde no había pequeñas poblaciones, la península estaba completamente cubierta por densos bosques. En

esos momentos, al ser primavera, los árboles resplandecían de un verde intenso.

—En otoño es cuando es más bonito —dijo la señora Pinter—. Entonces se ven todos los colores, desde el rojo hasta el amarillo y el verde. Es sobrecogedor, en especial por el contraste con el azul del cielo y el mar.

Ese día, sin embargo, el cielo y el mar no parecían azules, sino que estaban más bien neblinosos y no ofrecían muchas vistas. Vivian entendía que se necesitara a un práctico local para maniobrar la embarcación de forma segura por entre bajíos y corrientes peligrosas. Una y otra vez aparecían también islas de mayor o menor tamaño, habitadas o sin habitar. Los faros ayudaban a orientarse, y la emocionada Vivian pudo volver a ver numerosas ballenas. En esta ocasión incluso orcas, que no eran tan grandes como las demás, pero le parecieron preciosas con su coloración blanca y negra, y más fascinantes aún a causa de sus portentosos saltos.

El paisaje de la orilla se le antojó salvaje. A menudo se veían costas escarpadas, pero también pequeñas calas de aspecto acogedor.

—¡Qué grande es todo! —exclamó Ross, resumiendo sus impresiones—. En comparación, Inglaterra parece un país de juguete.

—Comparada con Canadá, sí es bastante pequeña. —El señor Pinter se echó a reír—. En cambio, está mucho más desarrollada. Aquí todavía faltan muchas cosas. Si al final se quedan y más adelante quieren hacer algo que no sea buscar oro, pueden realizar una auténtica labor de pioneros.

Vivian estuvo a punto de preguntar si ya existía alguna ópera en Canadá, pero Ross se le adelantó interesándose por las carreras de caballos.

El señor Pinter meneó la cabeza.

—¿No querrán hacerse ricos apostando en el hipódromo? —repuso con cierta burla—. En ese caso, deberían ir a Montreal, donde creo que están planeando construir uno. Aquí, de momento, solo tenemos las carreras de las Llanuras de Abraham, en la ciudad de Quebec, donde unos cuantos tipos salvajes compiten con caballos locos. ¡Nada comparable al Ascot inglés! A la larga, sin embargo, también Canadá contará con una cultura hípica. Ya hay quien cría purasangres importados de Inglaterra, y pastos hay de sobra.

—¡Criar caballos sería maravilloso! —opinó Vivian—. Podríamos pensárnoslo cuando hayamos encontrado suficiente oro.

Tener una cuadra propia, de hecho, le parecía una alternativa muy atractiva a una carrera como bailarina. Aunque había renunciado a su sueño, era incapaz de no bajar de su litera a una hora intempestiva de la mañana para hacer sus ejercicios usando la barandilla como barra, por mucho que al final solo le resultara útil para ahuyentar a hombres demasiado pesados.

Acompañada de Vivian, Colleen también había empezado a salir a cubierta más a menudo; quería ver esa tierra nueva que para ella representaba el futuro. Al contrario que su amiga, que en un principio había pensado en un posible regreso a Inglaterra cuando Ross y ella hubieran hecho fortuna gracias al oro, Colleen no se hacía ilusiones. Rica o pobre, viviría y moriría en Canadá.

—Pero ¿tú también quieres ir a los yacimientos de oro? —preguntó Vivian cuando Colleen compartió esa idea con ella. Las dos

jóvenes charlaban más a menudo desde el incidente con el marinero —. ¿No te da miedo ir tú sola?

Colleen se encogió de hombros.

—No puedo permitirme tener miedo —repuso—. No puedo sacarme de la manga a un protector, pero de alguna manera saldré adelante. Además, también puedo dedicarme a algo que no sea buscar oro. Vengo de una familia con diez hijos. Yo era la segunda, y mis padres trabajaban los dos en la fábrica. Sé cuidar niños, cocinar, lavar la ropa, administrar el dinero. También entiendo de perros, porque nuestro vecino tenía galgos y los hacía correr tras la liebre en el canódromo. Yo me encargaba de ellos. Los perros me gustan. Puede que me compre uno, si tengo ocasión. El perro podría cuidar de mí.

—Pero lo que quieres en realidad es buscar oro y hacerte rica como nosotros —subrayó Vivian, algo decepcionada al oír los planes alternativos de Colleen, que no sonaban demasiado aventureros.

Su amiga se echó a reír.

—No siempre se consigue todo lo que se quiere. O, por lo menos, no las personas como yo. En cuanto a ti, Vivian, ¡te creo completamente capaz de construir algún día tu propia ópera en Quebec!

7

Por fin, hacia el mediodía de un soleado día de abril, el United Kingdom atracó en la ciudad de Quebec. En el puerto reinaba una gran actividad, el aire olía a madera, alquitrán y los aromas que salían de los diferentes puestos de comida y sencillos restaurantes de pescado que había en el muelle. Barcos de vapor y veleros, pero también pequeñas barcas de pesca aguardaban allí amarrados. Los hombres conducían carros con troncos de madera que cargaban en las embarcaciones.

Más allá del puerto, la ciudad subía en una cuesta pronunciada. Había casas construidas con piedra gris por entre las que se veían unas escaleras que trepaban por la ladera serpenteando, y una sólida fortaleza cuyos cañones apuntaban al río coronaba lo alto del peñasco.

—¡Pero si es una auténtica ciudad! —exclamó Vivian.

Lo cierto era que se había imaginado Quebec como un asentamiento de buscadores de oro. En cualquier caso, pensaba que sería un lugar donde abundarían las cabañas de madera y las casas de como mucho dos plantas.

—Tenemos unos cincuenta mil habitantes —explicó el señor Pinter—. Y son de raíces francesas e inglesas, así que la ciudad es bilingüe. Allí arriba, en lo alto del cabo Diamant, se encuentra la sede del gobierno y el ejército. Esto de aquí es la parte baja de la

ciudad, donde se desarrolla la vida de verdad. Talleres, tiendas… También las viviendas de la gente más sencilla están aquí.

—¿Y dónde está la oficina de la British Columbia Transfer Company? —quiso saber Ross.

—Sí, ¿cómo seguimos viaje desde aquí? —preguntó otro joven buscador de oro que se acercó a ellos.

En los últimos días había hablado varias veces con Ross y parecía un tipo simpático.

—En tren —contestó Vivian—. Aunque, en realidad, tendrían que enviarnos a alguien para llevarnos a la estación.

Los marineros ya habían colocado la pasarela y los pasajeros empezaron a desembarcar. Los buscadores de oro fueron los primeros en avanzar. No tenían más equipaje que una bolsa o una maleta. Los demás se lo tomaron con más calma, ya que de todos modos tendrían que esperar a que descargaran el equipaje que habían facturado.

—A la estación pueden ir a pie —les informó el señor Pinter—. Solo hay que seguir el muelle y cruzar la rue Saint-André. Pero, como ya les he dicho, no hay ningún tren a Fort Garry. Seguramente será mejor que busquen la sede de esa compañía que les ha vendido la expedición.

Tras despedirse de los Pinter, Vivian y Ross bajaron también por la pasarela, seguidos de Colleen.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Vivian—. ¿A la estación, de momento? Tal vez allí nos esté esperando alguien.

Colleen fue más juiciosa. Buscó en la documentación del viaje y, en efecto, encontró la dirección de la compañía. Estaba impresa en letra muy pequeña pero legible.

—Tenemos que ir a la rue Saint-Paul —dijo, contenta—. No será difícil encontrar la calle.

También la rue Saint-Paul iba en dirección a la estación, aunque no estaba ni mucho menos tan concurrida como la rue Saint-André, que debía de constituir la arteria principal de la ciudad y estaba plagada de tiendas y restaurantes. Vivian olisqueó el aire cargado de aromas tentadores. Desde una panadería les llegó el olor a pan recién hecho.

—¿No deberíamos comer algo primero? —preguntó.

Colleen la miró con desaprobación. Tampoco Ross pensaba permitir ningún retraso.

—Antes quiero saber qué pasa —dijo—. ¡Tengo la sensación de que aquí hay gato encerrado! Busquemos primero esas oficinas.

La sede de la British Columbia Transfer Company resultó ser fácil de encontrar. De hecho, era el único local comercial de la calle y estaba asediado por una muchedumbre. Prácticamente todos eran hombres, y uno parecía más furioso que el resto.

—¿Qué quiere decir que no lo sabe? —vociferó este, un hombre fornido, de mediana edad y con un tono de voz acostumbrado a dar órdenes—. ¿Trabaja usted para la compañía o no? Aquí dice que esto es la sede de la British Columbia Transfer Company, ¡de manera que díganos ya cómo seguir el viaje!

Vivian se dirigió a un joven que estaba algo apartado y no parecía tan agresivo, sino más bien decepcionado.

—¿Ha contratado usted la expedición a los yacimientos de oro? —le preguntó—. ¿Y todos los demás también? En nuestro barco no había tanta gente…

—No hemos llegado en ningún barco —repuso el joven—. Todos los de aquí somos canadienses. Yo soy de Lévis, que queda al otro lado del río, y he venido en tren. Los demás son del campo o de otras ciudades. La expedición debía partir de la ciudad de Quebec e ir en tren hasta Fort Garry.

—¡Y ahora parece que el único que está en el local no sabe nada de eso! —intervino otro de los que esperaban fuera—. Como le pongamos las manos encima…

El supuesto representante de la British Columbia Transfer Company, un hombrecillo delgado y con el pelo ralo, se había atrincherado prudentemente en la oficina y se comunicaba solo a través de una ventana.

—¡Pero déjenme que les explique! —exclamó, algo afónico—. Si quisieran escucharme, podría…

—No queremos palabras. ¡Queremos nuestros billetes de tren! —gritó el hombre fornido de antes.

—¡Pues aquí no los van a conseguir! —contestó el hombrecillo, levantando también la voz.

De nuevo se hizo un silencio de asombro, aunque enseguida estalló otra vez la indignación. Un par de hombres intentaron incluso tirar abajo la puerta de la oficina.

—¡Créanme, de verdad, que no tengo nada que ver con esa compañía! —vociferó el hombrecillo, con la voz temblorosa a causa del miedo—. Solo soy el arrendador. Esta casa y el local comercial son míos y, como los vecinos se han quejado porque todos los días hay gente armando escándalo, hoy me he acercado a ver qué ocurría.

—¿Y bien? —preguntó un hombre, desilusionado.

—El local está vacío —explicó el arrendador—. A mí me pagaron el alquiler de todo el mes, por eso no me había dado cuenta de nada, pero los inquilinos se han marchado. Parece que la compañía se ha disuelto. Y, si estoy entendiendo bien lo que me dicen, les han vendido billetes para una línea férrea que ni siquiera existe. No hay ninguna conexión ferroviaria con Fort Garry.

Un nuevo arrebato de indignación estalló en respuesta.

—¿A qué distancia está Fort Garry de aquí? —preguntó Ross, que observaba la escena con la misma incredulidad que Vivian.

Fue Colleen quien respondió, sin inflexión alguna en la voz y, por una vez, sin burlarse de su ignorancia.

—A dos mil doscientos cincuenta kilómetros —dijo en voz baja.

Algo después, Colleen, Vivian y Ross estaban sentados en un café de la rue Saint-André, intentando que se les pasara el sobresalto con un poco de té caliente. Gran parte de los demás se habían dirigido a los pubs cercanos para consolarse con bebidas más fuertes.

—Da igual. Solo tendremos que hacer un par de transbordos —dijo Vivian, resumiendo su situación antes de darle un bocado a un sándwich—. Preguntaremos en la estación. Primero hay que ir a Montreal, ¿verdad?

Colleen negó con la cabeza.

—Para mí, el viaje termina aquí. Pagué por adelantado. He perdido todo mi dinero. Si a vosotros aún os queda algo, podéis probar suerte.

Vivian y Ross tenían todavía suficientes reservas para atreverse a continuar el viaje. Sin embargo, el dinero se les agotaría en cuanto

llegaran a Fort Garry o, como muy tarde, a la Columbia Británica.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Vivian.

Le entristecía mucho pensar que iba a perder tan pronto a su nueva amiga, aunque a Ross seguía sin caerle demasiado bien. «¡Siempre se las da de lista! —le había dicho cuando Vivian le preguntó al respecto—. Y no es una buena mujer. Parece despreciar a todos los hombres. Se comporta como si fuera mejor que los demás. ¡Y eso que solo es una criada que ha escapado de sus señores! Seguramente habrá robado el dinero del viaje… ¡Deberías alejarte de ella, Viv!».

Vivian no le había contado nada sobre los motivos por los que Colleen no se fiaba de los hombres. De todos modos, eso no habría cambiado en nada su postura ante ella. Además, Colleen parecía intimidarlos a casi todos. Excepto Matthew Pride, que lo intentaba con todas, ninguno de sus compañeros de viaje le había dirigido la palabra siquiera.

—Me buscaré un trabajo —contestó Colleen—. Volveré a ahorrar. Esta es una ciudad rica, seguro que necesitarán niñeras o sirvientas. Y algún día también yo iré a los yacimientos de oro.

No parecía tener muchas dudas al respecto, a pesar de que Vivian calculó que le tocaría trabajar durante años para volver a reunir el dinero suficiente para el viaje. La mención de la ciudad y sus posibilidades, sin embargo, le dio otra idea.

—Es cierto: esto es una auténtica ciudad. Aquí podríamos casarnos, Ross. ¡Antes de seguir viaje, nos casaremos!

La ruta hasta el ayuntamiento, donde también se encontraba el registro civil, llevó a Vivian y a Ross hasta el cabo Diamant. Allí, sin embargo, los informaron de que no podrían solicitar una licencia matrimonial hasta el día siguiente, dado que el funcionario responsable no se encontraba ya en la oficina.

Después de eso se dirigieron a la estación. Estaba cerca del puerto, y de camino pasaron por delante de un par de almacenes de maderas, tabernas y pequeñas tiendas. Tras cruzar de nuevo la rue Saint-André, se encontraron en un andén donde un tren humeante estaba preparado para salir. En un rústico cobertizo expuesto a las corrientes de aire colgaba un horario ante el que se apretaban varios de los buscadores de oro que Ross y Vivian habían conocido en el barco, o más adelante, en la sede de la dudosa compañía. Un empleado del ferrocarril responsable de la venta de billetes estaba explicándoles las posibilidades que tenían.

—No llegarán hasta Fort Garry en tren, y actualmente no existe ninguna otra combinación para llegar allí, de todos modos. Pero sí podrían coger un tren a Montreal, que sale cada dos días. Después siguen hacia Toronto, un viaje largo, y desde allí a Collingwood, junto al lago Hurón, donde podrían subirse a un barco…

Un par de hombres parecían haberse desanimado. También a Ross se lo veía dubitativo, mientras que Vivian ya estaba preguntando por el precio de ese viaje. Era asequible, aunque habría que sumarle los costes de las pernoctaciones, puesto que solo hasta el lago Hurón sería por lo menos una semana de viaje.

—Y, aun así, todavía no habremos llegado a Fort Garry, y a la Columbia Británica menos aún —comentó Ross, abatido—. Tal vez deberíamos pensarnos mejor todo esto, Viv. Podría buscar trabajo

aquí. O en Montreal. El señor Pinter dijo que allí iban a construir un hipódromo. A lo mejor podría volver a hacer de yóquey.

—¿Y yo? —preguntó Vivian—. ¿Cómo ganaré yo dinero? Lo poco que te pagarán montando caballos no nos alcanzará para los dos. Siendo mujer, como mucho podría encontrar trabajo en una fábrica o en una manufactura pequeña. De todos modos, debería saber hacer algo de lo que hacen las mujeres. Coser, por ejemplo. Por desgracia, eso no va mucho conmigo. Además, no quiero acabar siendo empleada de una fábrica. Lo que Colleen me ha contado de sus padres me ha parecido horrible.

—¿Y si abrimos una tienda? ¿Como el señor Pinter? —preguntó Ross—. También podríamos intentar conseguir tierra para una granja.

—Para una tienda se necesita dinero, y seguro que no te adjudican tierras de granja junto a Quebec o Montreal. Te garantizo que aquí ya no regalan nada. Ya oíste al señor Pinter: las ciudades crecen, la tierra de los alrededores tiene mucho valor. No, Ross, buscaremos oro. ¡Todo lo demás está descartado! Y ahora necesitamos alojamiento. Con una cama de verdad… —Vivian le dirigió una sonrisa seductora.

Ross olvidó todas sus dudas y le sonrió también.

—¿Antes de casarnos? —preguntó.

Vivian levantó las manos.

—A menos que quieras dormir aquí…

La mayoría de los futuros buscadores de oro estaban preparándose para pasar la noche cerca de las vías. Hacía muchísimo frío, pero al menos no llovía. Vivian deseó de todo corazón que el tiempo no cambiara. En el primitivo cobertizo de la

estación no cabrían todos, y tampoco resultaba especialmente acogedor. Justo entonces, un perro pequeño levantó una pata contra uno de sus postes.

En la ciudad de Quebec no había muchas pensiones, o por lo menos no muchas que resultaran económicas y cumplieran con las expectativas mínimas que Vivian y Ross le suponían a un alojamiento decente. Tras buscar un poco, en una calle secundaria dieron con un pequeño establecimiento llamado Auberge de Saint Georges. La casa de piedra, de dos plantas y con tejado de pizarra, se encontraba entre la rue Saint-Paul y el puerto. En el letrero que había sobre la entrada se veía a san Jorge luchando con el dragón.

—¡Preguntaremos si tienen una habitación aquí! —decidió Vivian.

El colorido cartel le había gustado y la casa parecía acogedora. Entraron en un pequeño salón de huéspedes caldeado por una estufa de hierro fundido. Había un banco largo y una mesa de comedor, y en una especie de facistol se veía un libro, seguramente para las reservas. También olía a comida y productos de limpieza.

—¡Enseguida voy! —exclamó desde la cocina una voz que a Vivian le resultó familiar—. Tienen que perdonarme, soy nueva aquí y madame Gagnon… —Desde la oscura cocina salió una joven alta que enseguida se quitó el delantal para presentarse más decente ante los huéspedes.

Desconcertados, Vivian y Ross reconocieron a Colleen, su compañera de viaje.

—¡Caramba, sí que has encontrado trabajo deprisa! —comentó Ross.

Ella les sonrió.

—Sí, ha sido rapidísimo —dijo—. Me he venido en dirección al puerto y en esa ventana he visto un cartel que decía SE BUSCA COCINERA. He entrado y me han dado el trabajo. Aunque solo lo tengo asegurado hasta esta noche. Después, la dueña decidirá si mis habilidades culinarias son suficientes. ¿Queréis una habitación? ¡A cambio, tenéis que dejarme por todo lo alto después de cenar!

Vivian se echó a reír y no dejó pasar la oportunidad de abrazar a su amiga.

—¿No necesitará tu señora también una camarera de habitaciones y un mozo? —preguntó—. Parece que tendremos que quedarnos unos días por aquí y, si de paso pudiéramos ganar algo de dinero…

Madame Gagnon, viuda de un carpintero de ribera que había abierto su casa para huéspedes de pago tras la muerte de este, regresó enseguida de hacer unas compras. Le entregó a Colleen una gallina y también muchas verduras para la sopa.

—Con esto tendrás para preparar algo. A poder ser un potaje, que así nos durará un par de días. Ah, ¿y tenemos huéspedes nuevos? —Se volvió hacia Vivian y Ross con simpatía.

—El matrimonio Wallett —los presentó Colleen, y les guiñó un ojo —. ¿Tenemos suite nupcial?

Madame Gagnon arrugó la frente.

—Chiquilla, que no somos el Hilton. Pero, ya que ahora mismo solo hay huéspedes masculinos, podrían dormir los dos en la habitación de las mujeres.

Les explicó que normalmente alojaba a huéspedes que viajaban solos, casi siempre inmigrantes recién llegados y con poco dinero.

Por eso les ofrecía una habitación comunitaria: hasta cuatro hombres o cuatro mujeres podían compartir el espacio. Y, si alguien estaba dispuesto a dormir en el suelo, aceptaba a más personas aún. El precio —con desayuno y cena incluidos— era económico, y madame Gagnon no pareció tener mucho inconveniente cuando Vivian se ofreció a trabajar para pagar su estancia.

La dueña repasó a la joven pareja de recién llegados con una mirada crítica, y Vivian temió que fuera a hacer algún comentario sobre su vestimenta, que en su día había sido cara y no encajaba con un par de sirvientes. Tras el viaje, sin embargo, su ropa tenía un aspecto más bien ajado y poco valioso, y tampoco estaba demasiado limpia. Vivian ya no llevaba miriñaque y Ross, de todos modos, al partir había decidido ponerse unos pantalones de tela vaquera y una camisa sencilla, de manera que no parecían mucho más distinguidos que Colleen.

—Usted puede ayudar a Colleen a cocinar y limpiar —le dijo madame Gagnon a Vivian—. Ofrecemos servicio de lavandería, así que también podría ocuparse de eso. ¿Y el joven? En el patio de atrás tengo un cobertizo que hace las veces de gallinero. Habría que vaciarlo y encalarlo.

Vivian accedió encantada; Ross parecía menos contento. Mientras Vivian se iba directa a la cocina y empezaba a cortar verduras siguiendo las instrucciones de Colleen, él salió un momento para cambiar algo de dinero a dólares canadienses.

—Este mediodía todavía hemos podido pagar con chelines —explicó Vivian con asombro—. Pero tal vez piensa que la licencia matrimonial costará algo, y seguro que allí tendremos que pagar con dólares.

Colleen no comentó nada al respecto.

Ross regresó con veinte libras en moneda canadiense puntualmente a la hora de cenar. Explicó su ausencia diciendo que por el camino se había encontrado con otros dos buscadores de oro y había ido a tomarse una cerveza con ellos.

Colleen y Vivian les sirvieron a él y a los otros tres hombres que se alojaban en la pensión en ese momento un potaje con gallina al que Colleen le había dado un toque especial con un poco de curry, una especia india que Vivian no conocía. Madame Gagnon quedó muy satisfecha con su nueva cocinera y Colleen mostró su sonrisa, tan cara de ver.

Después de cenar, la dueña acompañó a Vivian y a Ross a su habitación. Era amplia, aunque carecía de decoraciones. En ella había cuatro camas individuales y Ross se apresuró a unir dos en cuanto madame Gagnon los dejó solos.

—A menos que quieras esperar hasta después de la boda —comentó con la boca pequeña.

Él no se había alegrado tanto como Vivian de volver a ver a Colleen, y la idea de trabajar para la dueña de la pensión tampoco le hacía mucha ilusión.

Sin embargo, Vivian le levantó el ánimo de inmediato al asegurarle que no quería esperar más. Sentía demasiada curiosidad desde que Colleen había hablado con ella. Aun así, antes le habría gustado lavarse un poco.

—Me temo que huelo bastante mal —dijo, algo abochornada—. Y tú…

—¡Cuando olía a caballo no te molestaba! —repuso Ross—. ¡Venga, desvístete!

En ese instante llamaron a la puerta y Ross torció el gesto. No obstante, fue a abrir, y a Vivian se le iluminó la cara cuando, en lugar de a una persona, vio allí dos cubos con agua caliente y un trozo de jabón que, para su deleite, olía a lavanda.

8

Vivian y Ross bajaron dichosos a desayunar… Olían a lavanda y a felicidad. Habían empezado su noche de bodas adelantada lavándose el uno al otro. Se habían tocado sin ningún reparo y habían explorado sus cuerpos para, después, dejarse caer riendo en la cama, donde hicieron el amor con naturalidad. Vivian casi lo había disfrutado tanto como Ross y estaba contenta de haberse quitado ese obstáculo de en medio.

Colleen les sirvió a ambos té y tostadas, y les dijo que madame Gagnon se había marchado al mercado.

—Si os dais prisa, habréis regresado del ayuntamiento antes de que vuelva a estar aquí. Así, podréis hacer como si os hubierais pasado toda la mañana trabajando —les propuso—. Venga, ya sabéis adónde tenéis que ir.

De modo que Vivian y Ross volvieron a subir al cabo Diamant y entraron en el edificio del ayuntamiento. Esta vez, el funcionario responsable sí estaba presente. Era un hombre bajito, ágil y campechano, y se lo puso sorprendentemente fácil. Ross llevaba consigo su documentación del ejército para identificarse, y el funcionario aceptó también el escrito que el padre de Vivian le había dado en su momento para ir a Francia.

—Pero no la supone bajo la vigilancia de un marido, sino de su tía —comentó el hombre al leer la carta por encima.

Vivian se encogió de hombros.

—Eso fue hace ya dos años, cuando todavía era casi una niña. Ahora, el documento solo es para atestiguar que… Bueno, que aquí estoy.

El funcionario se echó a reír. Tenía que pedirles a los futuros cónyuges que demostraran su identidad, pero en Canadá, al fin y al cabo, igual que en otros países de inmigración, no eran muy estrictos. Una vez alguien se encontraba allí, ya no se lo podía enviar de vuelta a su familia de origen, por mucho que sospecharan que tal vez era una menor de edad que se había escapado de casa.

—Eso ya lo veo, señorita Altham, y, si me lo permite, es usted una visión de lo más agradable. ¿Se establecerán ustedes en Canadá, señor Wallett?

Ross asintió.

—Queremos ir a la Columbia Británica.

El funcionario enarcó las cejas.

—¿Para buscar oro? Bueno, pues mucha suerte. Enseguida les expediré la licencia matrimonial, que cuesta cincuenta centavos. Una vez la tengan, busquen una iglesia. La anglicana está cerca del puerto.

En la ciudad de Quebec, todo quedaba cerca del puerto. Vivian y Ross encontraron la iglesia enseguida y le enseñaron al pastor, un hombre regordete y bajito, su permiso para contraer matrimonio con la tinta todavía húmeda.

—Puedo casarlos el domingo —les dijo este—. Dentro del servicio dominical. Así, no estarán tan solos en la iglesia. Aunque tendrán que traer ustedes a dos testigos.

Ross y Vivian accedieron con alegría. Entre los buscadores de oro que aún estaban en la ciudad encontrarían sin duda a dos hombres que se declararan dispuestos a hacerles de testigos a cambio de un par de cervezas en la celebración posterior.

De vuelta en la pensión, Colleen llevó a Ross enseguida al patio trasero para enseñarle el gallinero.

—Si vas a afirmar que has estado aquí toda la mañana, ahora tendrás que darte prisa —le dijo.

Vivian, mientras tanto, se puso a limpiar las habitaciones y aprendió al vuelo a hacer camas y fregar los suelos. Hasta entonces no había tenido que hacerlo nunca, pero con Colleen era hasta casi divertido. Ross, por el contrario, se presentó esa tarde de mal humor con los brazos cubiertos de pústulas enrojecidas e inflamadas.

—No sé de qué me han salido ni si mañana podré seguir trabajando —comentó.

Colleen le echó un vistazo a la erupción.

—La pulga de la gallina —dijo al reconocerla—. Las picaduras escuecen una barbaridad, pero no te matarán. Acaba de fregar el cobertizo después de cenar y, si mañana lo encalas, con suerte estarán todas muertas.

—Mañana lavaremos tus cosas —añadió Vivian con un tono igualmente falto de compasión—. Eso acabará con las últimas pulgas. ¿No habría que lavar también las gallinas? Si no, volverán a pillar parásitos, ¿verdad?

Madame Gagnon estuvo de acuerdo y, a la mañana siguiente, Vivian fue a una farmacia para comprar polvos contra las pulgas.

Colleen y ella se arremangaron para aplicárselos a las gallinas, que se resistían. Ross se negó a tocar a los animales, pero de todas formas se puso a encalar el cobertizo.

Colleen negó con la cabeza al ver cómo pintaba con la mezcla de cal.

—¿No has encontrado un pincel más fino? —preguntó, provocadora, y buscó un rodillo de pintor entre las herramientas que madame Gagnon había puesto a su disposición—. ¡Toma! Y mezcla la pintura en un cubo grande, no en esa latita, que así te será mucho más práctico. Luego, lo dejas secar y lo pintas todo otra vez.

—Tu Ross no es un artesano muy habilidoso. ¿A qué se dedicaba antes? —le comentó algo después a Vivian.

—Entiende mucho de caballos —dijo Vivian para defenderlo—. Es un jinete extraordinario y solía correr en las carreras. Luego fue caballerizo mayor de mi padre.

—¿Y nunca tuvo que pintar un establo? —se extrañó Colleen—. Bueno, si él era el jefe, el trabajo duro seguramente se lo dejaba a los mozos… ¿No vas a escribir a tu padre para contarle lo de Canadá y la boda?

Vivian se sonrojó un poco. De hecho, también su padre había criticado varias veces a Ross por encargarle al guarnicionero hasta las reparaciones más pequeñas del cuero y considerar que lavar los arreos y mantener limpio el carruaje estaba por debajo de sus atribuciones. En cuanto a escribir a su padre… En realidad, había tenido intención de hacerlo cuando encontraran oro, pero de pronto parecía que iban a tardar algo más en conseguirlo. De hecho, tendría que confesarle que habían sido víctimas de una estafa, y

seguro que eso no mejoraría la opinión que lord Altham tenía de su nuevo yerno.

Al final, Ross consiguió dejar el gallinero como una patena con la ayuda de Vivian. Mientras él pintaba, ella limpiaba los nidos y las perchas, y con ello esperó poder ofrecer a las gallinas una vivienda sin rastro de pulgas. Madame Gagnon les perdonó a ambos casi todo el alquiler y se unió a Colleen con una sonrisa cuando fue a la iglesia ese domingo para presenciar la boda de Vivian y Ross. Por lo visto, no se había creído que ya estuvieran casados, pero de todos modos se alegró de que decidieran bendecir su relación. La ceremonia fue preciosa. La iglesia estaba llena y la comunidad y su reverendo celebraron un servicio conmovedor. Vivian se puso su mejor vestido y también un tocado de flores que confeccionó inspirándose en las coronas de las ninfas del romántico ballet *La sílfide*. Estaba preciosa, y caminó con majestuosidad y gracia hacia el altar de la mano de Ross.

—Cuando la pequeña señorita Altham se mueve, siempre parece que baile —le comentó madame Gagnon a Colleen.

Esta se lo contó después a Vivian y con ello la hizo muy feliz.

La mañana después de la boda, Vivian y Ross tomaron el tren hacia Montreal. La vía férrea de Grand Trunk Railway cruzaba una región boscosa a lo largo del río San Lorenzo. Algunas de las vistas eran impresionantes, y Vivian y Ross disfrutaron del viaje bien acurrucados el uno contra el otro en su compartimento. Los asientos

eran bastante duros, en realidad, y durante todo el trayecto hubo mucho traqueteo, pero ellos eran felices y se alegraban de tener provisiones de sobra para el viaje, un regalo de madame Gagnon. Doce horas después, al anochecer, llegaron a Montreal y encontraron una habitación en una pequeña pensión junto a la estación. Era para dos personas, tenía una cama de matrimonio y en ella se desprendieron del cansancio del viaje, no sin antes amarse en ese entorno casi lujoso. Ross incluso había olvidado ya la decepción de la estafa de la compañía, sobre todo porque la continuación del viaje estaba yendo bien. Seguro que conseguirían llegar a Fort Garry sin contratiempos, y luego a la Columbia Británica, tal como la compañía de la expedición les había prometido en un principio.

Montreal parecía ser una ciudad floreciente, pero Vivian y Ross no se quedaron a visitarla. En lugar de eso, a la mañana siguiente subieron a un tren hacia Toronto, un trayecto de dos días que los llevó a través del corazón de ese país poblado desde hacía tan poco tiempo. Había pequeñas localidades con casitas de madera y aserraderos; la industria maderera también era una rama importante de la economía. De vez en cuando veían una iglesia de ladrillo, señal de la creciente prosperidad de las comunidades locales. El trayecto en tren les hizo cruzar lo que parecían ser interminables bosques de arces y abedules, interrumpidos solo aquí y allá por superficies recién taladas. Divisaban granjas, casas de troncos rodeadas de vallas hechas con madera partida, también tierras de labranza y prados para el ganado. A lo lejos destellaban lagos y ríos. De vez en cuando se veían presas de castores, o garzas reales que levantaban el vuelo.

—Qué tierra más bonita… —comentó Vivian algo adormilada. El continuo traqueteo de las ruedas, roto únicamente por el aullido de los silbatos de vapor, resultaba extenuante—. ¡Y repleta de oro, además! Tendremos una vida maravillosa, Ross.

Tras dos días de incómodo viaje en tren, ambos acordaron tomarse una jornada de descanso en Toronto, una ciudad floreciente con calles anchas, llenas de carruajes y jinetes. Muchos edificios eran todavía de madera, pero en el centro ya había fachadas de ladrillo levantándose hacia lo alto. Vivian contempló fascinada las farolas de gas de las calles; no había esperado encontrar algo así allí, en los confines del mundo. También en Toronto se oía tanto inglés como francés, y por primera vez vieron a personas de piel oscura. Eran esclavos huidos de los estados sureños de Estados Unidos, según les explicó la dueña de su pensión.

El ambiente de la ciudad no era comparable a la atmósfera más bien envarada que Vivian conocía de Londres. Allí había bullicio, la gente era algo tosca, pero al mismo tiempo se quedó prendada al descubrir un local de baile donde Ross la hizo girar, en esa ocasión no al ritmo del vals, sino de piezas más rápidas, como *reels* y *jigs*, ya que el encargado del local y muchos de los clientes eran irlandeses.

—Casi querría quedarme aquí —le confesó a Ross mientras recogían sus cosas para iniciar la última etapa de su viaje en tren.

La estación de Toronto estaba muy concurrida y era sin duda más grande que la de Quebec, pero el ferrocarril que tomaron esta vez era un convoy regional, bastante pequeño. Llevaba a los

pasajeros a Collingwood, una localidad portuaria de la bahía Georgiana, que formaba parte del lago Hurón.

—Aquí hay bastante actividad —comentó Vivian unas horas después, cuando se apearon del tren.

Estiró las extremidades, ya que, aunque el trayecto había sido relativamente corto, se resentía de los asientos de madera. El andén estaba lleno de gente: mozos que cargaban maletas y cajas en carretillas, vendedores ambulantes que ofrecían sándwiches y bebidas a los viajeros… Además, debía de haber un puerto no lejos de allí, porque olía a alquitrán y madera húmeda y detrás de los edificios de la estación se veían sobresalir los mástiles de los barcos.

—¡Tenemos que ir para allá! —exclamó Vivian, y se puso en camino hacia el agua.

Las calles todavía no estaban pavimentadas y tuvo que arremangarse las faldas para no ensuciarse los bajos del vestido. Sin embargo, olvidó esa preocupación nada más ver a las gaviotas volar sobre una imponente superficie de agua.

—¿Eso es un lago? A mí me parece más un mar.

Ross se echó a reír.

—Sí, es verdad. En Canadá todo es más grande que en Inglaterra.

Eso no incluía la localidad. Collingwood estaba hecha de sencillas casas de madera entre las que se extendían calles de tierra. Tenía almacenes, alguna que otra fonda, una oficina de correos y una iglesia recién construida. Por todas partes bullía la actividad; estaba claro que era un centro de transbordo de mercancías. Los ganaderos

llevaban a sus reses por las calles y todo parecía dirigirse al puerto, al que sin duda se llegaba en un periquete desde cualquier punto de la ciudad. Vapores y veleros esperaban allí a sus pasajeros o su cargamento. Los comerciantes de madera supervisaban la carga de imponentes troncos, los estibadores hacían rodar barriles llenos de carne en salazón hacia las gabarras. Los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías y desde los puestos de comida llegaban tentadores aromas a pescado recién asado.

Vivian y Ross se concedieron una buena comida antes de ponerse a buscar un barco con el que proseguir el viaje. Al final, se detuvieron maravillados ante un enorme vapor de ruedas.

—Zarpa esta misma tarde —dijo Ross después de preguntar a uno de los marineros—. Hacia Sault Ste. Marie. Podemos embarcar, aunque solo en tercera clase. Volverá a ser duro.

—Pero es barato —repuso Vivian—. ¿Cuánto tiempo durará la travesía?

Ross no había preguntado eso, claro, pero pronto descubrieron que sería un viaje de por lo menos dos o tres días, tal vez incluso cuatro o cinco.

—Como posibilidad para dormir ofrecen hamacas —informó Ross, algo angustiado.

Vivian se rio.

—¡Eso es fantástico! Nunca he dormido en una hamaca colgada. ¡Hagámoslo, Ross! Si quieres una forma más cómoda de viajar, tendremos que volver a esperar, pagar un hotel… Poco a poco nos vamos quedando sin dinero. ¡Venga, que será un aventura!

Acabaron compartiendo un camarote de tercera clase con cinco jóvenes de ánimo optimista que también se dirigían a los

yacimientos de oro y con tres hombres muy serios, vestidos de traje oscuro, que nada más zarpar propusieron una oración para garantizar un viaje seguro. Según uno de ellos le confesó a la curiosa Vivian mientras los demás la miraban como si fuera la tentación personificada, se dirigían a una misión que quedaba al oeste de Fort Garry. «Para llevarles la salvación a los indígenas», según lo expresó el hombre. A Vivian le pareció muy loable, pero durante los días siguientes el carácter avinagrado de los misioneros los sacó de quicio tanto a ella como a Ross y a los demás. Desaprobaban la venta de bebidas alcohólicas y las mesas de juego que había en la cubierta superior, mientras que los jóvenes aventureros más bien lamentaban no disponer de dinero suficiente para gastarlo allí. Uno se quejó del olor de la cubierta inferior, donde transportaban animales, y, sobre todo, no dejaban de darle las gracias a Dios por los alimentos, con cuya deficiente calidad los demás estaban más bien indignados.

Vivian y Ross habían decidido aprovechar al máximo la travesía en el vapor de ruedas, así que pasaban mucho tiempo en la cubierta superior admirando el impresionante lago, donde incluso se formaba un oleaje bastante fuerte. Contemplaban los bosques y los solitarios asentamientos de la orilla, y se alegraban cuando, por las noches, sus compañeros de viaje sacaban armónicas y violines y se ponían a tocar. Ross y Vivian bailaban, y ella incluso aceptaba que los jóvenes la sacaran también a bailar esas tonadas alegres. Después de eso, acababa lo bastante cansada para dormir en la hamaca colgante, que, aunque la primera noche le había resultado interesante, cada vez le parecía más incómoda. De todos modos, era emocionante dejarse arrullar por los continuos petardeos y silbidos de la máquina

de vapor. La última noche, sin embargo, el oleaje fue tan fuerte y las hamacas se balancearon tanto que todos temieron caerse. A los buscadores de oro les pareció divertido; los misioneros le rogaron a Dios un clima más benévolo; Vivian y Ross se dieron las manos.

Sault Ste. Marie, la siguiente parada del viaje, estaba en Ontario, a orillas del río St. Mary's. Tras tres días de travesía —los marineros describieron la singladura como extraordinariamente tranquila—, llegaron a la frontera entre Canadá y Estados Unidos. La localidad era una ciudad pequeña pero llena de vida. También allí había antiguos esclavos, a los que se veía apesadumbrados pero llenos de esperanza tras una larga huida. Además, Vivian y Ross repararon por primera vez de manera consciente en los metís, un grupo de población de Canadá. Eran descendientes de comerciantes de pieles europeos —sobre todo franceses, ingleses y escoceses— con mujeres de origen indio. Tenían la piel y el pelo casi siempre oscuros, y a menudo llevaban una melena larga hasta los hombros o sujeta con una cinta a la frente. A Vivian, los hombres le parecieron guapos, a lo que contribuía su pose orgullosa y segura. Iban vestidos con camisas y chalecos de algodón, a menudo decorados con flecos y cuentas, pantalones de cuero y siempre una faja de colores diferentes alrededor de la cintura. Entre ellos hablaban en su propio idioma, pero casi todos sabían también francés e inglés, o por lo menos una de las dos lenguas. Algunos se ofrecían como guías, puesto que allí había que decidir si la siguiente etapa del viaje quería hacerse por tierra o si se prefería tomar otro barco. Ambas rutas llevaban a Fort William, el último puesto avanzado de la civilización al este de Fort Garry.

Vivian y Ross decidieron comprar otro pasaje de barco y ya al día siguiente de su llegada embarcaron en el Northern Belle, que también era un vapor de ruedas. Los camarotes, puesto que de nuevo escogieron la opción más económica, tenían cortinas en lugar de puertas y literas en lugar de hamacas. El lago que debían cruzar se denominaba lago Superior, y los pasajeros volvían a ser de lo más variopinto. Había buscadores de oro del este de Canadá, dos familias metís con cuyas mujeres Vivian se puso a charlar de inmediato, y europeos como Ross y ella.

Las mujeres de las familias metís llevaban faldas largas con bolsillos decorados con cuentas, también toquillas, y una tuvo la amabilidad de ofrecer a sus compañeros de viaje un elixir preparado por ella misma para protegerlos contra el mareo. La mayoría lo rechazaron al principio, aunque no tardaron en necesitarlo. Tras su primer paseo por cubierta, Vivian temió que fuera a estallar una tormenta. El agua del lago estaba oscura y parecía no tener fondo; en el cielo se acumulaban montañas de nubes. Esa noche, el barco se convirtió en una pelota con la que las olas se dedicaron a jugar. Los pasajeros temieron lo peor. Solo los metís permanecieron tranquilos: conocían su lago. Al final, el capitán se dirigió presuroso hacia una bahía donde podrían esperar a que pasase lo peor del temporal. Vivian contempló con reverencia las paredes verticales que los rodeaban mientras Ross seguía peleándose contra el mareo. Un par de horas después, reemprendieron la marcha y el Northern Belle avanzó con estoicismo entre las olas y la lluvia. La segunda noche transcurrió en calma, pero la mañana trajo consigo una niebla espesa y en los camarotes empezó a hacer tanto frío que costaba aguantarlo. A Vivian le dio rabia no haber comprado una manta que

pudiera ofrecerles algo de calor. Ross y ella se acurrucaron muy juntos en uno de los camastros y rogaron por que el interminable viaje llegara pronto a su fin.

—Tal vez habría sido mejor ir por tierra —comentó Vivian mientras le castañeteaban los dientes.

Ross se encogió de hombros.

—Pero no habría hecho más calor. Y ya has oído lo que dice la gente: que podrían haber sido semanas de camino. Así que es mejor aguantar la travesía en vapor y, luego, solo nos quedará una breve marcha desde Fort William hasta Fort Garry.

La mujer metís entendida en curas medicinales —aquella con la que Vivian había entablado amistad cuando su elixir, en efecto, consiguió evitarle el mareo— negó con la cabeza al oír eso.

—No es un camino corto —dijo en inglés—. La ruta de Dawson Trail. Así la llamáis vosotros. Nosotros tenemos otros nombres, pero conocemos el trayecto y hacemos de guía. Es agotadora. Necesitaréis valentía y fortaleza, una buena barca…

—¿Una barca? —se extrañó Ross.

La mujer asintió.

—Una canoa, a poder ser. Mi primo, Jean-Baptiste Lépine, las construye. Son ligeras pero muy resistentes. El peso es importante, porque a veces tendréis que cargar con ella.

Vivian se quedó con ese nombre y le dio las gracias a la mujer por el consejo, aunque, por mucho que quisiera imaginarlo, no entendía para qué había que comprar una barca si luego iba a tener que cargar con ella a cuestas.

9

Fort William era un puesto comercial de la Hudson’s Bay Company. Desde el lago mismo se veían las empalizadas de madera que rodeaban el fuerte, así como el gigantesco portón y las torres de vigilancia.

—Parece que alguien le tiene miedo a sus vecinos —comentó Ross.

No se había imaginado un lugar tan desafiante.

Al margen de las fortificaciones, el lugar parecía más bien una ciudad hecha de tiendas o un campamento provisional. Unos cuantos empleados de la compañía comercial residían allí de manera permanente, pero la mayoría de las personas que lo habitaban estaban de paso hacia los yacimientos de oro o eran comerciantes de pieles, tramperos y cazadores que vendían sus mercancías en el fuerte para luego regresar a la naturaleza salvaje. Los únicos edificios construidos eran varios almacenes, una tahona y una herrería. Había cercados para animales y establecimientos en los que uno podía proveerse de cualquier cosa que necesitara para aventurarse hacia lo desconocido.

—Tenemos que conseguir mantas y una tienda —dijo Vivian—. Y también botas recias, si de verdad vamos a caminar tanto.

Los mocasines de los metís le parecían más cómodos, en realidad, pero menos adecuados para caminatas largas.

Después de despedirse de sus compañeros del barco, se acercaron paseando hasta el campamento de tiendas y enseguida se tropezaron con viejos conocidos. Algunos de los que habían realizado la travesía en el United Kingdom habían acabado llegando allí, y también varios canadienses que, como ellos, habían sido estafados por la British Columbia Transfer Company. Todos saludaron con alegría a Vivian y a Ross, cuyo entusiasmo disminuyó un poco al descubrir entre ellos a Matthew Pride. Aun así, no tuvieron inconveniente cuando un hombre de Toronto, de unos cuarenta años y algo rechoncho, los invitó a unirse a su expedición hacia Fort Garry.

—Ya somos cuarenta hombres, y en general se recomienda no emprender solo un viaje así. De esta forma, el guía también resulta más barato, podemos comprar las provisiones en conjunto y conseguir mejores precios. Las barcas seguramente también.

—Pero tendríamos que votar si aceptamos a la muchacha —objetó Matthew Pride—. Podría retrasarnos. Eso por no hablar de lo que hizo en la travesía desde Inglaterra…

Stephen Partridge, el hombre mayor de Toronto, que sin duda se veía como el jefe de la expedición, les dirigió una mirada interrogante a Vivian y a Ross.

—¡Mi mujer no retrasará a nadie! —exclamó este, encendido—. ¡Y tampoco se le puede reprochar que se defendiera cuando la atacaron! —Y explicó de forma resumida el incidente en el United Kingdom.

Partridge se echó a reír.

—Necesitamos personas valientes —repuso—. La población indígena no siempre tiene buenas intenciones para con los viajeros,

y hay un par de jefes de tribus que ya han amenazado con exigir portazgos si cruzamos sus tierras. Por eso, espero que todos los hombres adquieran un arma. A la dama la dejaremos fuera de momento…

Vivian lo fulminó con la mirada.

—¡Yo también sé disparar! —afirmó, aunque hasta entonces solo lo había intentado contra platos de tiro, y siempre había errado por poco.

—Esperemos que no sea necesario —dijo Partridge, que sonrió satisfecho. No era fácil alterarlo—. Bueno, ¿estamos de acuerdo?

A la mayoría de los futuros buscadores de oro seguramente les daba bastante igual quién se apuntaba al viaje; solo querían partir cuanto antes. Esa noche, para la que Ross y Vivian ya se habían comprado una tienda ligera, esteras y mantas, así como un arma de caza, Partridge les presentó al que sería su guía, un metís llamado Michel Boucher. Era alto, tenía los rasgos muy marcados y los ojos claros. Parecía fuerte y resuelto. En un inglés bastante rudimentario, le describió al grupo la ruta, la mitad de la cual transcurría por ríos y lagos, aunque a menudo se veía interrumpida por lo que llamó *portages*, lugares de tierra firme por los que había que cargar con las barcas y el equipaje. Les entregó también una lista con todo lo que necesitarían. A Vivian le dio vueltas la cabeza al oír hablar de provisiones, enseres de cocina y herramientas. Boucher les desveló asimismo a sus clientes que tenían hasta seis semanas de camino antes de llegar a Fort Garry. Los futuros buscadores de oro estaban bastante desilusionados cuando por fin se retiraron a sus tiendas.

Al día siguiente, lo primero que hicieron Vivian y Ross fue comprar una canoa. El día anterior ya habían localizado a Jean--

Baptiste Lépine y le habían dado recuerdos de su prima. En esos momentos, el hombre les enseñaba una canoa de corteza de abedul, muy estable, que había construido él mismo.

—Hay viajeros que prefieren las canoas de madera, sobre todo si tienen que transportar cargas pesadas, pero en vuestro caso debería bastar con esta. Es mejor que os reprimáis un poco con el equipaje. Cuando tengáis que cargar con la canoa, cada kilo cuenta. —Jean-Baptiste la sacó a la orilla y dejó que Vivian y Ross la levantaran y la acarrearan un par de metros, cosa que no pareció costarles mucho —. Pensad que hay que añadir el equipo. Vuestro guía debería explicaros qué aconseja llevar. Y, ahora, intentad remar un poco. Deberíais practicar.

Su guía, Michel Boucher, no estuvo muy contento con su adquisición. Él habría preferido que todos los de la expedición le compraran sus canoas a un comerciante de su confianza, cosa que sin duda le supondría una comisión considerable. A Vivian y a Ross no les importó. Enseguida constataron que poseían la mejor embarcación con diferencia, y su codicioso guía ya se embolsó suficiente dinero en los días siguientes, cuando todos se abastecieron de herramientas, provisiones y enseres varios en negocios de amigos suyos. Los viajeros compraron harina y judías, sal y, sobre todo, *pemmican*, el alimento principal de la ruta. Vivian se enteró de que, para hacerlo, se dejaba secar al sol carne de bisonte muy picada y luego se mezclaba con la grasa fundida del animal hasta obtener una masa espesa y sólida. La mezcla se metía a presión en una bolsa hecha de piel animal o de tela y se dejaba secar hasta que se ponía muy dura, de manera que se conservaba

una eternidad. Tanto Vivian como Ross habrían podido prescindir de su sabor.

—Seguramente hay que hervirlo con judías. Entonces sabrá mejor —opinó Vivian, que deseó tener cerca a Colleen, la genial cocinera.

Por fin llegó el día de cargar todo en las canoas. En total, partirían con seis barcas. La mayoría se había decidido por grandes canoas comunitarias en las que cabían de ocho a diez personas y que se impulsaban con remos corrientes. Ya en la primera etapa, que atravesaba espesos bosques a lo largo del río Kaministiquia, quedó claro que las embarcaciones más pequeñas resultaban más rápidas.

Vivian y Ross, así como otros viajeros que habían comprado canoas de dos o de cuatro personas, conseguían coordinarse mejor para remar. Aunque al final de la jornada Vivian tenía ampollas en las manos, en el fondo le gustó remar. También a Ross pareció agradarle, pero se enfadaba cuando tenían que esperar a los demás. Ambos constataron enseguida que era agotador cargar con la canoa de vez en cuando por la vegetación y las piedras del terreno. Ross maldijo sus botas nuevas. Al comprarlas, le habían asegurado que la marca Oberman era de una calidad óptima pese a su precio baratísimo. Aun así, no tardó en comprobar que el calzado se desmontaba enseguida si tenía que soportar grandes cargas. Solo consiguió sujetarse las botas a los pies gracias a ingeniosos remiendos hechos con parches y cintas.

Vivian había adquirido unas botas mejores, pero también tenía una queja: los demás viajeros esperaban que, al ser la única mujer de la expedición, cocinara mientras ellos levantaban el campamento.

El lugar en el que acamparon junto al lago Dog era precioso, pero le resultó mucho más engorroso tener que cortar el *pemmican*, duro como una piedra, para ponerlo a cocer en agua, que montar su sencilla tienda. Por si eso fuera poco, a nadie le gustó su comida. Michel Boucher propuso hacer alguna salida los días siguientes para cazar, y a Vivian se le revolvió el estómago con antelación al pensar que le tocaría a ella desollar y destripar las presas. Últimamente sentía náuseas a menudo; solo con oler la carne hervida le daban ganas de vomitar. Sin embargo, esa noche el ambiente fue muy agradable, por lo menos antes de que aparecieran las primeras nubes de mosquitos que se abalanzaron sobre los viajeros sentados junto a la hoguera. Ella estuvo de suerte porque su amiga metís le había regalado un ungüento de olor espantoso para evitar las picaduras de insectos. Lo compartió con Ross —que, si no, probablemente no habría aguantado con ella en la tienda— y les fue muy bien. Eran los únicos que al día siguiente no estaban comidos por los mosquitos.

A partir de ahí fueron encontrándose *portages* cada vez más prolongados. A veces tenían que cargar con las canoas durante horas, y Vivian creyó estar llegando al límite de sus fuerzas. Cruzaban los bosques por senderos llenos de raíces y zonas aún peores, terrenos pantanosos plagados de mosquitos. Por las noches, se retiraba temprano a su tienda, donde mordisqueaba el *pemmican* crudo. Que cocinaran los demás si querían; ella ya había tenido suficiente. Aun así, en el futuro próximo tendría que acostumbrarse a soportar esas fatigas, igual que todos los de la expedición. A veces había que remar y a veces cargar con la canoa, pero avanzaban, aunque con una lentitud torturadora.

—Solos iríamos más deprisa —comentó Ross el sexto día, un domingo.

Partridge había ordenado descansar el día del Señor. Pronunció un sermón y dirigió la oración, después todos cantaron, pero no avanzaron ni un solo kilómetro, aunque sí perdieron bastante sangre por culpa de los mosquitos.

A Vivian el día de descanso le pareció muy agradable. Sin embargo, no consiguió quedarse tumbada junto al fuego, recuperando fuerzas. Michel y un par de hombres más se internaron en el bosque y regresaron cargados con un ciervo adulto que había abatido Matthew Pride, quien casi estallaba de orgullo. Los hombres despellejaron al animal y lo destriparon, y después Vivian tuvo que asar la carne y prepararla, a poder ser, de forma que aguantara varios días. Intentó cocinar un estofado con judías, también asó varios cortes al fuego hasta casi carbonizarlos, y durante todo el rato no dejó de sentir auténtica repugnancia. Le gustaban mucho más los ciervos vivos; a menudo veía a alguno de esos majestuosos animales desde la canoa, bebiendo en la orilla. Ross, que no era tan sensible, la ayudó a descuartizar al animal. En Inglaterra había participado en cacerías y sabía más o menos cómo aprovechar la carne. Ese domingo por la tarde, Vivian estaba más exhausta que después de una etapa de viaje, sobre todo porque los hombres no se reprimían en sus críticas sobre su falta de arte culinario.

El ambiente fue tensándose todavía más a medida que el viaje continuaba. Los ríos ya no eran tan fáciles de navegar como al principio. Tenían que atravesar rápidos y había discusiones cada vez más violentas sobre si se podían superar en canoa o era mejor llevar las embarcaciones a tierra. A veces volcaba una barca y los hombres

conseguían llegar a la orilla de puro milagro. Así perdieron gran parte del equipo, lo cual provocó más frustración. Por la noche, junto a la hoguera, se pasaban horas discutiendo de quién había sido la culpa.

A menudo, los lugares para acampar eran claros minúsculos. El grupo no podía dispersarse y, por eso, cada vez eran más frecuentes las peleas entre individuos. Partridge tuvo que impedir en varias ocasiones que Matthew Pride se pegara con alguien, y Vivian soportaba comentarios vulgares cuando se retiraba con Ross a su tienda por las noches.

Alguna que otra vez se cruzaban con otras personas, sobre todo familias metís que casi siempre se ofrecían a venderles mercancías como tabaco. Los fumadores del grupo se habían dado cuenta hacía tiempo de que sus pipas y cigarros al menos ahuyentaban un poco a los mosquitos, así que todos se alegraban de comprar un poco de tabaco nuevo cuando podían abastecerse de él.

La ruta los llevó durante varios días por grandes extensiones de agua. Los viajeros habrían podido avanzar más deprisa y sin dejarse tanto la piel si Partridge no hubiese insistido en realizar siempre el descanso dominical, así como sus ejercicios religiosos.

Las diferentes posturas de los integrantes de la expedición estaban bastante enquistadas cuando por fin alcanzaron a ver Fort Frances, un pequeño puesto comercial. Allí pudieron reaprovisionarse, conversar con otros grupos y lavarse por fin más a fondo que en los ríos y los lagos del camino, cuyas aguas solían estar heladas. Matthew Pride se fijó en el fuerte en un hombre

silencioso que llevaba un caballo y un mulo cargados de pieles hasta los topes. Para su sorpresa, el trampero obtuvo muy buen precio por ellas. Cuando la expedición reemprendió la marcha, en cada tramo complicado que se encontraban, Pride proponía abandonar la ruta hacia la Columbia Británica y, en lugar de eso, hacerse ricos cazando y comerciando con pieles. Soltaba peroratas junto a la hoguera sobre la posibilidad de comprarles pieles baratas a los nativos —como llamaban a los indígenas— y luego vendérselas más caras a las compañías comerciales.

—Para eso, primero tendríamos que aprender el idioma de esa gente —repusieron algunos, más sensatos—. Y habría que saber qué tribus son amistosas y cuáles son más bien hostiles. Seguro que no faltan los peligros.

Pride opinaba que, en tal caso, también podían cazar ellos mismos los animales. Los intentos en ese sentido por parte del propio Pride y de otros cazadores entusiastas volvieron a suscitar discrepancias. La dieta a base de *pemmican* y judías no gustaba a muchos, de modo que algunos hombres empezaron a salir a cazar antes de partir por las mañanas. Casi siempre regresaban con animales pequeños y se alegraban si, además de la carne, podían sacar una piel que esperaban vender en Fort Garry. Sin embargo, a otros, Partridge entre ellos, no les gustaban ni los retrasos que eso suponía ni el hecho de que, con el ruido de los disparos, llamaran mucho la atención. Si los oían desde los poblados de los indígenas, a los jefes se les podía ocurrir exigirles los temidos portazgos.

De nuevo se produjeron discusiones interminables, aunque la etapa que iba desde el río Rainy al lago de los Bosques requería de toda la energía y la atención del grupo. El paisaje era precioso, pero

los bajíos y la existencia de muchas pequeñas islas que había que esquivar hacían difícil avanzar en canoa. A eso se le añadía que la climatología hacía honor al nombre del río, Rainy: 'lluvioso'. Llovía a menudo, a veces en aguaceros, a veces de forma constante, y el viento perpetuo también los sacaba de quicio. El *portage* desde el lago de los Bosques hasta el río Winnipeg se alargó varios kilómetros y al anochecer todo el mundo estaba exhausto.

Aun así, Vivian se desveló en plena noche al oír ruidos de algo que se arrastraba. Despertó a Ross, nerviosa.

—Será un animal —murmuró este, medio dormido.

Después de la larga marcha soportando el frío y la humedad, por fin había entrado en calor y no le apetecía en absoluto salir de la tienda para comprobar qué ocurría.

—¿En mitad del campamento? —insistió Vivian—. Tenemos que ir a ver. A lo mejor hay alguien merodeando…

Ross masculló algo sobre que no fuera histérica, pero aun así salió de debajo de las mantas. Vivian enseguida lo oyó gritar.

—¡¿Qué está haciendo con nuestra canoa?!

Espantada, también ella asomó la cabeza fuera de la tienda y vio a Matthew Pride intentando llevarse la embarcación. Los miembros de la expedición habían dejado las canoas en tierra; estaban todas en la playa de arena, dispuestas para volver a llevar a sus dueños por el río Winnipeg a la mañana siguiente.

—No te alteres tanto —replicó Pride con tranquilidad—. El agua ha subido, o no habéis dejado la barca lo suficientemente alejada. El caso es que estaba en peligro de irse flotando. Solo la he puesto a salvo.

—¡Sí que la había alejado lo bastante! —protestó Vivian.

Esa tarde había asegurado la canoa con mucho cuidado mientras Ross montaba la tienda, pero uno no se había fijado en lo que hacía el otro porque estaban demasiado cansados.

—Bueno, muchacha… —comentó Pride con una sonrisa torcida—. ¡La próxima vez pon más atención!

Levantó la mano con desenvoltura para despedirse y se metió en la tienda que compartía con otro tipo de su misma calaña.

—Menos mal que se ha dado cuenta —rezongó Ross al agacharse para entrar otra vez en su tienda.

—¿Cómo dices? —se indignó Vivian—. ¿No creerás a ese hombre? No sé qué estaba haciendo junto a los botes en plena noche, pero estoy segura de que dejé nuestra canoa bien metida playa adentro.

—Vamos, Viv, le puede pasar a cualquiera —murmuró Ross, ya medio dormido otra vez—. No te enfades tanto.

A Vivian le habría gustado aprovechar el desayuno para poner al tanto a los demás, pero Ross estuvo en contra.

—Con eso solo te buscarás problemas. Nadie creerá que Pride tramaba algo, y Michel nos echará en cara que nuestra canoa es demasiado ligera y enseguida puede salir flotando a la deriva.

Su canoa era tema de conversación en el grupo de vez en cuando. La mayoría de los hombres los envidiaban por tener un bote tan ligero que ni siquiera les hacía falta descargarlo para realizar los *portages*. Las canoas de madera eran demasiado pesadas para eso, así que antes de cada paso por tierra tenían que repartir las provisiones y guardarlas en las mochilas. Por otro lado, la canoa ligera requería algo más de habilidad cuando había que atravesar lugares con fuertes corrientes. Ross y Vivian ya la dominaban

bastante a esas alturas, pero los primeros días habían estado a punto de volcar un par de veces.

Al final, Vivian decidió no decir nada, cosa que lamentó a la mañana siguiente, cuando resultó que Pride y su compañero se habían marchado con otra canoa de dos personas. También se habían llevado consigo gran parte de las provisiones que les quedaban, además de robar dos armas y varios cuchillos que se habían quedado fuera de las tiendas por descuido, porque esa noche no llovía.

—¡Con eso ya tienen todo lo que necesitan para una nueva vida como cazadores y comerciantes de pieles! —comentó con amargura uno de los perjudicados—. ¡Espero que se encuentren con una tribu de caníbales!

No lo dijo con intención de molestar a nadie, pero Michel se tomó de manera personal la ofensa a sus antepasados indígenas. Mientras, Partridge repartía en otros botes a los que se habían quedado sin medio de transporte y anunciaba que habría que recortar las raciones de comida durante la última etapa del viaje.

—¡No volveremos a hacer esto nunca! —declaró Vivian más tarde, mientras Ross y ella se dejaban llevar por las corrientes tranquilas del río Winnipeg sin tener que remar mucho—. Si quieres saber mi opinión, el grupo de la expedición me ha resultado más agotador que cargar con la canoa. A partir de Fort Garry, ¡viajaremos solos!

Ross asintió.

—Tampoco puede quedar mucho después de eso. Desde allí, la compañía iba a llevarnos a la Columbia Británica en carromatos, así que deben de existir caminos bien marcados.

—La compañía también nos prometió que el tren llegaba hasta Fort Garry —señaló Vivian—. Nadie dijo nada de ir en canoa, y mucho menos de cargar con ella. A saber qué sorpresas nos esperan aún.

—¡Bah, deja de ser tan agorera! —exclamó Ross—. De alguna forma saldremos adelante. Mucho peor que esto no puede ser.

Vivian asintió.

—En todo caso, no quiero más discusiones junto a la hoguera. Ni robos. Y también podría prescindir de tanto rezo.

Ross se echó a reír.

—Seguro que eso lo conseguimos. Pero habrá que remar más despacio, porque, si no, alguien volverá a quejarse de que no seguimos un ritmo constante. Dentro de un par de días habremos llegado a Fort Garry. A partir de ahí, ya se verá.

La última etapa del viaje fue de las más sencillas. Solo hubo que cargar la canoa alguna que otra vez, en tramos cortos donde el agua estaba muy baja. Y entonces, el día número cuarenta y ocho después de partir de Fort William, tras un meandro del río vieron humo y oyeron sonidos de golpes de martillo. Algo más allá apareció a la vista Fort Garry, una construcción imponente, igual que Fort William. Ross puso rumbo a una zona arenosa cerca del puerto para poder arrastrar la canoa más fácilmente a tierra. Vivian y él saltaron al agua de la orilla y se abrazaron entre celebraciones. ¡Lo habían logrado! Se acabaron el *pemmican*, los peligros y las discusiones extenuantes.

Ross le dedicó una sonrisa resplandeciente, y ella, por primera vez desde hacía semanas, se preocupó por si él seguía viéndola guapa. De la muchacha rica y malcriada que Colleen había visto en ella a bordo del United Kingdom, en todo caso, ya no quedaba mucho. Tenía la piel algo bronceada; los labios, cuarteados; la bonita melena de hada, apelmazada. Le habían salido callos en las manos. Se había hecho más fuerte, pero también había perdido peso y todos sus vestidos habían quedado desgastados y descoloridos por el sol y la lluvia.

El propio Ross no tenía mejor aspecto, pero ella lo habría amado por muy desmejorado y sucio que estuviera. Por suerte, el rostro de él no dejó entrever duda alguna.

—Ven —le dijo—. Dejaremos la canoa en algún sitio donde esté segura hasta que podamos venderla. Después entraremos en el fuerte y buscaremos algo de comer. Algo rico de verdad. ¡Tenemos que celebrarlo!

10

Entre el puerto y el fuerte había almacenes, tiendas de suministros para barcas y pesca, y también algunos pubs, por supuesto.

Vivian y Ross escogieron uno que les pareció bueno cerca de la entrada del fuerte y esperaron que los dejaran entrar pese a lo descuidado de su vestimenta.

El dueño, sin embargo, les sonrió con simpatía y les asignó una mesa junto a la ventana.

—Parece que acaban de salir de la naturaleza salvaje.

Vivian le correspondió a la sonrisa.

—¡Sí, señor! —contestó, animada—. ¡Venimos desde Fort William, a pie y con canoa! ¡Cuarenta y ocho días a través de la naturaleza y listos para los yacimientos de oro!

El hombre los miró un instante con asombro y luego les ofreció su selección de platos.

—Les recomiendo los pastelitos de carne. El pescado con patatas fritas también está muy bien, pero seguro que últimamente se habrán hartado de comer pescado.

Ross y Vivian se miraron desconcertados y comprendieron que sus compañeros de expedición, pese a ser consumados cazadores, nunca habían pescado. Y eso que los lagos y los ríos estaban repletos de peces.

—No, no queremos pescado —confirmó Ross—. Pero sí cerveza: una buena jarra de cerveza bien grande. ¿Para ti también, Viv?

Ella asintió. Justo entonces se dio cuenta del hambre y la sed que tenía.

El dueño del pub tardó solo unos minutos en reaparecer y dejar en la mesa dos platos con unos pastelitos de carne calientes que olían de maravilla. A Vivian se le hizo la boca agua, pero Ross quiso cerciorarse primero de que por fin habían alcanzado su destino.

—¿Y, desde aquí, se llega enseguida a los yacimientos de oro? —preguntó.

El dueño arrugó la frente.

—No, claro que no. ¿Quién les ha dicho eso? El oro está en la Columbia Británica, y hasta allí hay todavía unos mil quinientos kilómetros.

Vivian lo miró con horror.

—¿M… mil quinientos kilómetros? ¡Pero si eso es más aún que desde Fort William hasta aquí! La British Columbia Transfer Company iba a traernos a Fort Garry. Todo el mundo quiere venir aquí, así que creíamos que…

—Pues creían mal, joven —dijo el hombre con pesar—. O, mejor dicho, lo creían demasiado cerca, para ser más exactos. De hecho, este es el punto de partida de la auténtica expedición hacia los yacimientos de oro. Somos, por así decir, el último poste avanzado de la civilización.

—Creía que eso era Fort William —repuso Ross, que estaba tan horrorizado como Vivian—. Porque desde allí, de hecho, ya no se puede seguir camino ni en barco ni en tren.

—Y hemos llegado atravesando la naturaleza virgen. —Vivian, que normalmente era optimista, llevaba escritas en la cara las penurias pasadas—. Ha sido todo tan difícil, tan agotador…

—Hmmm… En comparación con lo que tienen por delante, no ha sido más que un viaje de placer —afirmó el dueño del pub—. Han llegado siguiendo la ruta de Dawson Trail, ¿verdad? Existe desde hace ya tres o cuatro años. Seguro que no es sencillo recorrerla, pero sin duda está muy bien marcada. A partir de ahora, tendrán que atravesar una tierra que todavía está por explorar. Hasta la fecha solo la han frecuentado tramperos y aventureros. Se sabe que cruzando las Rocosas se llega a la Columbia Británica y, por supuesto, por todas partes hay asentamientos de nativos, si es que no están en movimiento, pero no hay nada cartografiado.

Ross lo miró con incredulidad.

—Y… ¿cómo se orienta uno?

El dueño sonrió.

—Con una brújula. Por la posición del sol, o de las estrellas. A mí no debería preguntarme, que no soy trampero. Pero los cazadores de búfalos y de pieles siempre encuentran la forma de volver, así que deben de existir caminos.

—No sé si me atrevo —le confesó Ross a su mujer cuando el hombre los dejó solos, y Vivian, hambrienta pese a todo, dio un mordisco a su pastelito—. Adentrarnos en los bosques solo con una brújula… ¿Y si ese trasto se estropea?

—Yo ni siquiera sé cómo funciona —dijo Vivian, reconociendo una ignorancia aún mayor—. De ninguna manera podemos hacerlo solos, Ross. ¿No deberíamos unirnos a otra expedición, o buscar a un guía para nosotros dos?

Cuando el dueño pasó otra vez por su mesa y les dejó dos jarras de cerveza, Vivian le preguntó al respecto.

—El último grupo partió hace dos semanas —explicó el hombre —. Era bastante numeroso. Incluso llevaban a mujeres y a niños. Ahora mismo son ustedes los únicos que quieren emprender el viaje. Tal vez deban esperar un par de semanas.

Ross y Vivian se miraron. Partridge y su gente volverían a ponerse en marcha, desde luego, pero la idea de continuar el viaje con ellos no les hacía ninguna gracia.

—Si esperamos más, será invierno —reflexionó Ross—. Y dicen que aquí nieva y hiela.

El dueño se echó a reír.

—¡Ya lo creo, joven! ¡Eso se lo puedo asegurar! En invierno, la ruta no es ninguna broma. Aunque tampoco lo es en verano, la verdad.

—¿Y no hay algún guía al que podamos contratar? ¿Alguien que viaje solo con nosotros? —añadió Vivian, pensando con preocupación en el dinero que les quedaba.

Esperaba poder vender bien la canoa, al menos.

—Bueno, hay un par de metís que se dedican a ello profesionalmente, aunque más bien con grupos grandes. Ustedes dos solos no podrían pagarlos. Aun así, pregunten por ahí. Es posible que algún trampero acepte el trabajo. Podrían ayudarlo a colocar trampas o algo así. Pero no sé quiénes de ellos se encuentran aquí en estos momentos. —Lo pensó unos segundos—. Esperen. Ayer vi a Old Jim, que hace veinte años que recorre las llanuras. Aunque él no querrá ir tan lejos. Skinny Pete también está aquí, cada noche en un pub

diferente. Él sabrá guiarlos hasta la Columbia Británica si llevan suficiente whisky. Bebe como un cosaco.

Ross y Vivian cruzaron una mirada de desesperación.

—Teacher sería otra posibilidad —siguió enumerando el hombre —. Pero es muy huraño. No me lo imagino atravesando el territorio con unos novatos.

—¿Y por qué se llama Teacher? ¿Es acaso profesor? —preguntó Vivian.

—Porque parece ser que estudió. Dicen que en un principio llegó aquí como misionero, pero luego debió de pasarle algo. En cualquier caso, hace lo que todos los demás: cazar y colocar trampas. También comercia con los nativos. Teacher se lleva muy bien con ellos. Bueno, por preguntar no se pierde nada.

Vivian y Ross volvieron a centrarse en su comida, más bien callados y con una sensación de inquietud. Ambos debían asimilar las novedades.

—¿Sabría Colleen todo esto? —Vivian apoyó la cabeza en las manos y miró a Ross con tristeza.

Él le acarició la mejilla un instante y se encogió de hombros.

—No lo creo. Tampoco tenía más documentación que la de la compañía. Un trayecto en carromato hasta los yacimientos de oro, ¡y un cuerno! Menuda estafa. ¡Cuesta de creer!

—No deberíamos haber sido tan ingenuos, tendríamos que haber consultado un globo terráqueo. —El suspiro de Vivian fue insondable —. Aunque… a Colleen eso tampoco le sirvió de nada. Qué más da. ¿Qué hacemos ahora?

—Primero montaremos la tienda en algún sitio —propuso Ross—. A ser posible bien lejos de Partridge y los demás. Que descubran

ellos solos lo que les espera. Yo, por lo menos, no tengo ninguna gana de más peleas. ¿Y luego? —Dejó el cuchillo y el tenedor en su plato y dio un gran trago—. ¡Tenemos que pensar muy bien si de verdad queremos hacerlo, Viv! Estas últimas semanas han sido rematadamente duras, y ahora habrá que pasar por todo otra vez, por lo menos. Tal vez deberíamos regresar a Montreal. O probar suerte en Nueva York.

Vivian puso los ojos en blanco.

—Eso tampoco debe de ser fácil. Las distancias son demasiado grandes, y quién sabe si habrá trenes. Además, tampoco nos queda mucho dinero. ¡Y yo no quiero regresar por Dawson Trail! ¿Pasar otra vez por todas esas penurias? ¡Ni hablar! Creo que, para el caso, más nos vale seguir adelante, y al menos estaremos donde queríamos.

Ross se frotó la frente.

—Consultémoslo con la almohada —repuso—. Mañana buscaremos a ese Teacher. No me hago muchas ilusiones, pero nunca se sabe.

Vivian y Ross decidieron acampar cerca de un par de casas de troncos. Allí había una tienda en la que pudieron comprar alimentos y comprobaron que, por supuesto, tenían *pemmican* a la venta. Sin duda, también en la nueva ruta tendrían que alimentarse sobre todo de eso, y Vivian ya temía volver a sufrir ataques de náuseas. Sin embargo, de momento compró pan, queso y una botella de cerveza. De todas formas querían celebrar que volvían a estar solos. Si no había nadie más que montara una tienda por allí cerca, y si el

alcohol les hacía entrar un poco en calor, tal vez se atrevieran a amarse otra vez.

No obstante, cuando Ross hubo encendido un fuego delante de la tienda y Vivian, que tenía el frío metido en el cuerpo, se sentó cerca para calentarse, un hombre salió de entre las sombras de las casas de troncos. Estaba muy flaco y tenía la cara llena de arrugas y quemada por el sol. Su chaqueta de pieles y los pantalones de cuero le abrigaban sin lugar a dudas, pero ambas prendas estaban viejas y manchadas. A Vivian le pareció notar también un olor algo fuerte que procedía tanto de él como de su ropa. Olía un poco a tabaco y a… ¿sangre? En cualquier caso, a una persona que hacía mucho que no se lavaba y que tampoco lavaba su ropa. Para su sorpresa, el desconocido hizo una ligera reverencia ante ellos y les habló con educación y en un inglés sin acento ni peculiaridades dialectales.

—¡Buenas noches! ¿Son ustedes el matrimonio Wallett?

Ross asintió.

—Ross Wallett, y esta es Vivian, mi mujer.

El hombre se señaló un instante.

—Teacher —se presentó. No parecía querer darles su verdadero nombre, o quizá lo había olvidado—. ¿Me han dicho que quieren ir a los yacimientos de oro?

Vivian sonrió de oreja a oreja; de pronto, ya no le importaba el olor.

—Sí, y buscamos un guía. Es probable que suela hacerse el viaje en un grupo más grande, pero…

—Yo no soy amigo de los grupos grandes —aclaró Teacher—. Pero me gustaría probar suerte con el oro. Ya estoy harto de matar bestias. Lo haces una temporada y luego empieza a parecerte mal.

Sobre todo porque les quitamos los búfalos a los nativos. Pronto no encontrarán nada que comer…

—A mí tampoco me gusta cazar —explicó Vivian—. A mi padre sí, pero a mí nunca me ha hecho gracia. ¿Querría guiarnos, entonces? ¿Hasta los yacimientos de oro? El dueño del pub nos ha dicho que el camino es dificultoso.

Teacher asintió y se sentó sin pedir permiso.

—Normalmente no me llevaría a ninguna muchacha —repuso con sinceridad—. La gente del último grupo está loca. ¡Una mujer y tres niños! Pero he oído que ustedes han llegado por Dawson Trail.

Vivian asintió con orgullo.

—¡Y yo no retrasé al grupo! —aclaró.

Teacher no hizo ningún comentario al respecto.

—En tal caso, estaría dispuesto a intentarlo con ustedes. Pero tendrán que pagar el equipo, porque yo no tengo dinero.

Vivian se preguntó si de verdad un cazador de búfalos y pieles ganaría tan poco, sobre todo porque Matthew Pride estaba convencido de lo contrario. Aun así, Ross y ella accedieron a correr con los gastos.

—Aunque tampoco puede subir mucho —objetó Ross—. El viaje hasta aquí ya nos ha costado más de lo que creíamos.

Teacher se encogió de hombros.

—Yo no tiro el dinero, y sé qué comerciantes no inflan los precios. Tampoco pretendo hacerme rico a su costa. De todas formas quería ir a la Columbia Británica.

Vivian lo creyó. Parecía ser muy diferente a Michel, que siempre había dejado claro que sus clientes le daban igual: guiarlos era un negocio, ni más ni menos.

—Tenemos una canoa. Bastante buena —informó con orgullo.

Teacher asintió con reconocimiento.

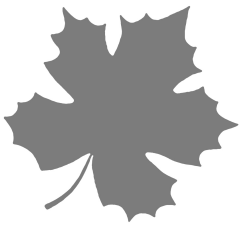
—La he visto. Mejor que las de los demás.

De manera que ya los había investigado a conciencia. Vivian no sabía si eso era bueno o si debía inquietarla.

—Pero iremos por tierra —dijo el hombre—. Podríamos seguir los ríos en algunos tramos, pero las etapas por tierra firme son demasiado largas para cargar con una canoa. Mañana venderemos su barca. En lugar de eso, compraremos mulos o caballos. —Le tendió una mano a Ross—. ¿Socios? —preguntó.

Este se la estrechó, y Vivian también le ofreció sus dedos pequeños y callosos.

—¡Socios! —exclamó, decidida, cuando el hombre le dio la mano con cuidado.



EL SORTEO DECIDE

París, mayo de 1862-Nueva York, septiembre de 1863

1

—Tendu, jeté, rond de jambe, en dehors!

Jean-Luc Dimarche les indicó los pasos a sus ocho alumnas, que los realizaron lo mejor que pudieron mientras el pianista tocaba una música de ejercicios.

—Estira más la pierna, Claudine. Mantén la cabeza alta, Denise. ¡Julie, no te olvides de respirar!

Jean-Luc corregía a las jóvenes bailarinas con amabilidad pero con firmeza, y no dejaba que se le notase que ese día se debatía en un intenso desasosiego. Aunque en realidad le gustaba enseñar, le habría encantado poner fin a la clase antes de tiempo. Tenía un grupo de jóvenes bailarines cuyos padres podían pagar clases privadas y todos los cuales, sin excepción, soñaban con ser aceptados como discípulos en la Escuela de Danza de la Ópera de París. La probabilidad de que sucediera eso era mínima, ya que todos tenían unos quince años de edad y, por lo general, la institución solo aceptaba a niños más pequeños. Y en cuestión de aptitud, Jean-Luc solo le había visto habilidades para pasar el examen de acceso a una de sus alumnas, pero la pequeña inglesa Vivian Altham se había marchado hacía tiempo por motivos familiares. Aun así, las muchachas y el único chico del grupo se aplicaban con denuedo y estaban muy orgullosos de que Jean-Luc les diera clase en una de las salas de ensayos de la Ópera. Los

bailarines que querían ganarse algún dinero además del exiguo salario básico lo tenían permitido, y así sus alumnos podían sentirse importantes. De esa forma pertenecían por lo menos un poco al mundo del ballet, aunque jamás les dejaran bailar en el escenario de la Ópera.

El caso de Jean-Luc era muy diferente. Él había terminado sus estudios en la Escuela de Danza de la Ópera de París hacía unos meses y había conseguido un contrato con el cuerpo de baile de la institución. Era un gran honor, y su contrato mencionaba incluso unos primeros pequeños papeles en solitario. Era muy buen bailarín y amaba su profesión, aunque era muy exigente y se obligaba a privarse de ciertas cosas. Jean-Luc había soñado con bailar desde niño. ¡Jamás había ni querido ni podido imaginar nada más!

—Bueno, ahora repartíos por la sala, por favor. *Échappé sauté, glissade et changement.* Que el movimiento tenga soltura, Marius. ¡Sin pausa entre los saltos!

Jean-Luc alababa los progresos de sus alumnos por mucho que también mencionaba sus debilidades, aunque en sus clases nadie se había movido jamás con tanta gracilidad como la joven inglesa, su antigua alumna preferida. La muchacha había aprendido con una rapidez increíble y parecía tan prendada de la danza como él mismo. Sin embargo, el destino había tenido otros planes para ella.

Por mucho que Jean-Luc intentaba distraerse con el recuerdo de Vivian Altham, continuamente volvía a sentir la espada de Damocles que pendía sobre él. Había estado todo el día en la Ópera, el cartero habría pasado hacía tiempo y tal vez su madre sabría algo. Jean-Luc creyó que temblaba de nerviosismo.

La clase terminó por fin. Las chicas le dieron las gracias a su profesor con una delicada reverencia y Marius se inclinó un poco, igual que Jean-Luc. Era importante demostrarse respeto unos a otros. Alumnos y profesor, a fin de cuentas, se esforzaban juntos para crear auténtica belleza, elegancia y gracia. La danza clásica casi tenía algo de sagrado para él.

De pronto, no pudo resistirlo más. Le dirigió apenas una breve despedida al pianista y corrió a los vestuarios para cambiar el maillot de ballet por su ropa de calle.

Después se dirigió casi a la carrera hacia la rue de l'Échiquier, donde compartía un pequeño piso con su madre, viuda desde hacía tiempo. También para ella sería una catástrofe que Jean-Luc tuviera que marcharse. ¡Aquello no podía ser! Él no estaba hecho para el ejército, para la guerra. Había trabajado muchísimo y no era justo que de pronto tuviera que dejar el ballet porque lo llamaran a filas.

Sin embargo, sabía muy bien que aquello no tenía nada que ver con la justicia, desde luego. Napoleón III, el sobrino del corso legendario, necesitaba soldados para sus guerras: en esos momentos estaba enviando tropas a México. A tal fin reclutaba a hombres en edad apta para el servicio militar, y la decisión de a quién le tocaba la determinaba el sorteo. Un conocido de Jean-Luc había recibido su llamada a filas hacía unos días y pronto tendría que presentarse al servicio. Aunque para él no era un cambio tan inmenso; François era herrador y seguro que en el ejército lo emplearían como tal, en lugar de enviarlo directo al frente. Si no tenía demasiada mala suerte, sobreviviría los siete años de servicio y luego retomaría su profesión y formaría una familia. Jean-Luc, por el contrario… Los bailarines tenían una carrera profesional muy corta.

Era impensable que pudiera regresar después de siete años de guerra y subirse al escenario de la Ópera de París. Con los veintisiete años que tendría entonces, ni siquiera podría empezar de cero, y eso si sobrevivía a su paso por el ejército. Jean-Luc no era un luchador, ni siquiera de niño se había pegado con nadie. ¿Y de pronto tenía que clavarles la bayoneta en las tripas a otros hombres? No era capaz de imaginarse ni disparando a un animal. Sin embargo, hacía varios días que sabía que la probabilidad de librarse era escasa. En el sorteo público que se realizó en la capital francesa le había correspondido un número bajo. Y, cuanto más bajo era el número, antes era llamado a filas su portador.

Siguió andando apesadumbrado, más despacio cuanto más se acercaba al piso. Un momento antes todavía había querido saberlo; de pronto, habría preferido dejarlo para más adelante. Su inquietud rayaba en el miedo puro.

Marie Dimarche, la madre de Jean-Luc, estaba en su cocina, sentada en una silla y mirando fijamente la carta que había sobre la mesa. Llevaba así desde que el cartero se la había entregado esa mañana, aunque ni siquiera pensaba abrirla. ¿Para qué, si su contenido se adivinaba solo con ver el destinatario? La oficina de reclutamiento no escribiría a su hijo para comunicarle que el ejército prescindía de sus servicios, muchas gracias. Solo los llamados a filas recibían esas cartas tan delgadas y, sin embargo, tan cargadas de significado.

Marie no quería ni tocar el sobre, pero ahí estaba; no podía negarlo. Cuando Jean-Luc llegara a casa y lo abriera, ante ellos se abriría también un abismo. Él tendría que despedirse de todos sus

sueños, y ella, Marie, perdería a su hijo. De una forma u otra moriría en el campo de batalla o, en el mejor de los casos, sería un hombre diferente al regresar. No obstante, su madre no creía que fuera a pasar eso último. Jean-Luc no sobreviviría en el mundo del cuartel, lleno de gritos, violencia e inhumanidad. Marie se resistía a lo que el destino les tenía deparado a ambos. Aun así, tras mucho reflexionar, había encontrado una solución que tal vez a ella le rompiera el corazón, pero que a su hijo le permitiría seguir con vida. Por fin oyó la llave en la cerradura y se preparó para lo inevitable.

—*Maman?* —preguntó Jean-Luc sin inflexión alguna en la voz al entrar en la cocina.

Vio la carta al instante y quiso cogerla, pero Marie le puso una mano encima.

—No —dijo—. No la abras. La devolveré. No irás allí.

Él se frotó la frente.

—Pero, *maman*, ¡enviarán a la policía militar! Me apresarán y eso solo empeorará las cosas. En el peor de los casos, me colgarán por desertor.

Marie negó con la cabeza. Con una mirada cariñosa pero decidida, contempló el rostro delgado de su hijo, que estaba pálido y no habría expresado demasiado de no ser por esas dos grandes cejas castañas que contenían tanta dulzura y en las que a la vez ardía un fuego con el que derretía al público cuando bailaba. Sus labios eran suaves, su cuerpo esbelto y de extremidades largas; tenía los músculos fuertes y bien definidos de un bailarín, no la musculatura de un matón. Marie deseó memorizar su expresión, la felicidad que iluminaba sus rasgos en cuanto escapaba de la gravedad gracias al sonido de la música.

—No has llegado a recibir esta carta porque hoy no has regresado a casa —expuso—. Les diré que eso sucede a menudo, que no he visto ningún motivo para denunciar enseguida tu desaparición. Pasado mañana devolveré la carta, o iré a entregarla en mano, si me atrevo. Les diré que no sé dónde estás, e incluso será cierto, porque puedes decidir adónde ir cuando llegues a El Havre. Súbete al primer barco que zarpe. ¿Tal vez rumbo a Norteamérica? Si parte hacia la India, pues a la India. Mientras sea lejos de aquí…

Jean-Luc se mordió el labio.

—No tengo dinero, *maman*.

—Sí que lo tienes. —Marie se levantó, fue al armario de la cocina y, de una jarrita que había muy al fondo, sacó un puñado de billetes —. He estado ahorrando, Jean-Luc. Desde hace mucho tiempo, desde que empezaste en la escuela de danza. Esperaba poder comprar tu libertad cuando llegara el momento. —Los hijos de los ciudadanos ricos rara vez acababan de soldados rasos en el ejército. O bien iniciaban una carrera de oficial por propia voluntad, o bien sus familias pagaban a alguien para que se presentara en su lugar—. Pero no alcanza para eso, me he informado. Sin embargo, sí debería poder pagar un pasaje en barco. Tienes que marcharte, mi niño querido.

Jean-Luc empezó a contar el dinero mecánicamente.

—Pero ¿no te pondrán problemas si huyo? —Despertó como de un trance, porque todo aquello, aunque llevara semanas esperando ese día, resultaba irreal.

Marie se encogió de hombros.

—¿Y qué van a hacerme? A la guerra no pueden enviarme. Tampoco me colgarán, puesto que no hay pruebas. Tendrán que

resignarse al hecho de que no estás. *Un enfant perdu.* Se llevarán al siguiente de la lista y ya está. Hay jóvenes de sobra.

—Pero entonces estaré condenando a otro a que se sacrifique por mí —dijo Jean-Luc en voz baja.

Su madre levantó las manos.

—Jean-Luc, te quiero y te creo capaz de muchas cosas. Pero, en lo tocante a la guerra, pienso que casi cualquier otro tendrá más probabilidades de sobrevivir que tú. Eres un artista. No te perteneces solo a ti mismo: perteneces al mundo entero. ¡Tu público quiere verte bailar! Estarías traicionándolo si te rindes ahora.

Jean-Luc lo pensó. El director artístico de la Ópera le había dicho algo parecido cuando había ido a pedirle ayuda, presa del pánico después del sorteo. El hombre no había podido prometerle nada, y oficialmente no se excluía del reclutamiento a ningún joven apto para el servicio. Con todo, el director había afirmado que la diosa del Arte protegería a Jean-Luc con su mano. Casi se echó a reír. Si hubiera tenido que imaginarse a la diosa del Arte o la santa de la Música, ¡seguro que no les habría puesto la cara de su madre!

—¡Venga, prepara tus cosas, *mon cher*! —exclamó Marie con aflicción—. El tiempo apremia. Es posible que te esperen mañana mismo en el cuartel. Ve con Dios, hijo mío, ¡y cuídate mucho!

O con santa Cecilia, pensó Jean-Luc, que según decían había ido cantando hacia su ejecución.

Él iría bailando.

2

Jean-Luc corrió a la Gare Saint-Lazare y esperó no llamar mucho la atención con su fardo. Estaba anocheciendo y, en el breve trayecto hasta la estación, las calles se veían muy concurridas. La mayoría de las tiendas estaban abiertas todavía, los carruajes llevaban a elegantes damas y caballeros al teatro o a la Ópera, o los acercaban a distinguidos restaurantes delante de cuyas puertas pedían limosna los pilluelos. Jean-Luc apenas reparaba en la vida que lo rodeaba. Luchaba contra su miedo y su inquietud por tener que abandonar a su madre y su hogar. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

La Gare Saint-Lazare era una de las estaciones más antiguas de la ciudad y en ella había mucho ajetreo. De vez en cuando se veía a algún gendarme, pero no parecían interesados en los viajeros. Jean-Luc consultó el panel informativo y constató que había un tren nocturno hacia El Havre; para viajar a Marsella, en cambio, tendría que esperar a la mañana siguiente, de modo que su destino estaba claro. Compró un billete para los vagones con asientos de madera y poco después ya estaba en el tren. Ni cinco horas antes, todavía había dado una clase. Veinticuatro horas antes había bailado en la Ópera. En ese momento intentó relajarse, aunque los duros bancos no eran precisamente cómodos y el tren, además, iba muy lleno. Eso, sin embargo, también tenía algo positivo, puesto que era poco probable que esa noche pasaran a revisar si había algún desertor en

el vagón. Jean-Luc le dio las gracias a su vecino de asiento, que le ofreció un trago de su botella de vino. La familia que se sentaba frente a él también le dejó compartir sus provisiones para el viaje. Se preguntó cuántas de esas personas no tendrían pensado emigrar a algún rincón del mundo que consideraran una tierra prometida. Él mismo se sentía más bien como si lo hubieran expulsado del Paraíso. Las capitales mundiales del ballet eran París y San Petersburgo.

Por unos instantes se planteó si debería intentar llegar a Rusia y hacer una prueba para el ballet del Bolshói, pero los franceses no estaban muy bien vistos en la Rusia zarista. No, haría lo que le había aconsejado su madre: tomaría el primer barco que saliera con emigrantes, y ya vería adónde lo llevaba el viento.

Para distraerse, volvió a pensar en la muchacha inglesa a la que, igual que él, le habían robado sus sueños. ¿Dónde estaría ahora Vivian, con su melena de hada, a quien tan bien había podido imaginar como primera bailarina en su ballet preferido, *La sílfide*? Cerró los ojos y creyó verla ante sí. Esa sonrisa, esa felicidad casi tangible cuando la escogía para que bailara con él. Por fin, pensando en ella, se quedó dormido a pesar de los duros bancos de madera.

Seis horas después, el tren llegó a El Havre.

El siguiente barco de emigrantes zarpaba del puerto esa misma mañana en dirección a Nueva York. Jean-Luc consiguió una de las últimas plazas en la entrecubierta, la clase más barata, y enseguida se dirigió al muelle indicado. La Renommée era un vapor imponente que también contaba con mástiles de velas.

En cubierta había varios miembros de la tripulación ocupados con los preparativos de la partida. Estaba claro que Jean-Luc había llegado demasiado pronto, porque la pasarela todavía no estaba colocada. En parte aburrido y en parte alarmado, se puso a pasear por el muelle a lo largo del barco y así descubrió una escotilla abierta que daba a la bodega, sin duda por debajo de la cubierta superior, por la que subirían a bordo los pasajeros. En realidad, quedaba bastante a nivel con el muro del muelle y una distancia que para Jean-Luc no comportaría más que un salto mediano. Al principio fue solo una idea divertida, pero una especie de intuición le dijo que no haría mal poniéndola en práctica.

Por supuesto, la tripulación no estaría contenta cuando lo pillaran ahí abajo. Probablemente creerían que se trataba de un polizón y lo someterían como mínimo a un severo interrogatorio antes de comprobar que tenía pasaje. No sería lo mejor, si su intención era pasar lo más desapercibido posible.

Y, sin embargo… Jean-Luc volvió a mirar alrededor. Otros pasajeros, hombres en su gran mayoría, esperaban ya en el muelle y entonces, para horror suyo, divisó a dos individuos vestidos con guerreras azul oscuro y botones plateados. El chacó con el águila napoleónica que llevaban en la cabeza no dejaba lugar a dudas. ¡Gendarmes! Se acercaron con aspecto indiferente al grupo de los pasajeros que estaban esperando. Jean-Luc no se lo pensó dos veces: un salto ágil lo catapultó hacia una espaciosa sala que quedaba por debajo de la cubierta y a la que poco después llevarían los baúles de los viajeros más adinerados. Desde la seguridad del vientre del barco, observó con el corazón acelerado cómo los gendarmes se dirigían con seguridad a los hombres que viajaban

solos y parecían pedirles la documentación. Al final, se llevaron a uno de ellos. Jean-Luc se puso a temblar solo con pensar que, si su presentimiento no le hubiera advertido, en esos momentos podría estar yendo con él a la gendarmería. Se dejó caer en el suelo respirando con dificultad y se quedó allí sentado hasta que oyó unos ruidos metálicos. Estaban colocando la pasarela. Al cabo de poco, los primeros pasajeros subirían a bordo y la escotilla por la que él había saltado se uniría también al muelle mediante un puente para que los mozos de carga pudieran entran y salir.

¡Tenía que desaparecer! Esperó unos minutos más, hasta que embarcaran las primeras personas. Si alguien lo descubría entonces, por lo menos podría afirmar que se había perdido en la enorme embarcación. Entonces corrió hacia la puerta que comunicaba la bodega con otras dependencias del servicio que suponía que habría allí abajo. Los emigrantes más humildes viajaban en la entrecubierta; con suerte, habría un pasillo directo hasta ella. Sin embargo, pensándolo mejor, eso sería extraño. Los baúles de los pasajeros de primera y segunda clase contenían sin duda objetos valiosos, de modo que representarían una tentación demasiado grande para los más pobres de entre los pobres, apiñados en la entrecubierta. En efecto. De hecho, la puerta que tenía delante llevaba a los camarotes de la tripulación: un pasillo conducía a los dormitorios de los oficiales y los marineros del barco. Jean-Luc lo recorrió todo lo deprisa que pudo y, al final de este, encontró una empinada escalera de hierro, más bien una escalerilla… ¡pero que llevaba directamente a cubierta! Respiró tranquilo al incorporarse a un grupo de emigrantes.

—¿Entrecubierta? —le preguntó un instante después un marinero que debía de ser el responsable de dirigir a los pasajeros a sus alojamientos.

Los ricos viajaban en elegantes camarotes con salón propio. En segunda clase, sin embargo, había camarotes más sencillos, de varias camas, y las comidas se servían en un comedor. Los emigrantes más pobres compartían la entrecubierta. A las pocas mujeres que viajaban solas las pusieron delante del todo, en la proa. Jean-Luc y los demás hombres encontraron lugar para dormir en la popa.

—¡Pasad hasta el final del todo! —les indicó el marinero.

Jean-Luc avanzó por un pasillo estrecho, medio obstruido por los integrantes de las familias que estaban ubicadas en el centro del barco. La entrecubierta se dividía en compartimentos, y en cada uno cabían seis pasajeros que dormían en literas, tres arriba y tres abajo.

El compartimento de Jean-Luc ya tenía casi todos los camastros ocupados, solo encontró un sitio libre arriba del todo. Sus compañeros de viaje eran unos jóvenes que encaraban el futuro con gran optimismo. Dos de ellos querían seguir camino hasta Canadá para buscar oro en la Columbia Británica, uno tenía un tío en Nueva York del que esperaba recibir ayuda para empezar, y los demás solo decían que su objetivo en el Nuevo Mundo era «hacerse ricos», ya fuera en Nueva York o en alguna otra parte. De momento habían escapado de sus familias, que a menudo vivían en los estrechos y abarrotados barrios obreros de las grandes ciudades, y todavía estaban asimilando el sobresalto de haber pasado el control de los gendarmes en el último minuto. Todos tenían diecisiete o dieciocho años como mucho: eran demasiado jóvenes para la leva. El

muchacho al que se habían llevado detenido tenía diecinueve, ese mismo año cumplía los veinte y ya debería haberse presentado a revista. De hecho, su intención era huir, pero había fracasado. Eso había impresionado a sus amigos, desde luego, que, sin embargo, se alegraban de su libertad y de tener un futuro prometedor al alcance de la mano.

Jean-Luc no contó mucho de sí mismo: seguro que, a los demás, la profesión de bailarín les resultaba extraña, y no quería distinguirse por su exotismo. En general, no obstante, no podía quejarse de sus compañeros. Mantenían el compartimento más o menos limpio y cumplían con sus obligaciones. La comida, escasa y no muy sabrosa, había que bajarla al compartimento por turnos, y los viajeros también tenían que limpiar ellos mismos las letrinas. En cualquier caso, eran casi siempre las mujeres las que se ocupaban de las tareas de limpieza. Aunque ellas también se quejaban de la falta de espacio y de los olores a cuerpos desaseados, alquitrán y sopa de la entrecubierta, a los que había que añadir el hedor a vómito cuando la marejada era fuerte.

No todos los viajeros estaban acostumbrados a navegar, y los de la entrecubierta solo podían disfrutar del aire fresco a ciertas horas. Normalmente, la cubierta superior estaba reservada para que pasearan los pasajeros más acomodados. Los pobres solo tenían permitido salir allí después del anochecer, pero lo aprovechaban al máximo. Un par de ellos habían llevado instrumentos y tocaban preciosas melodías para bailar. Los compañeros de compartimento de Jean-Luc daban vueltas y vueltas con las hijas de las familias emigrantes y se lo pasaban en grande. El ambiente más bien abatido de los primeros días —muchos viajeros de la entrecubierta estaban

tristes por haberse separado de sus familias y amigos— se transformó en alegría ante un nuevo comienzo. A Jean-Luc, las dos semanas de travesía le resultaron soportables, aunque lamentó no poder moverse mucho. En Nueva York tendría que conseguir retomar la práctica de la danza de alguna manera. Le habría gustado saber más sobre la ciudad, pero sus compañeros tenían unos conocimientos muy vagos sobre ella.

Y entonces, una mañana fresca pero seca, la bocina del barco sonó para llamar a todos los pasajeros a la cubierta superior. También los de la entrecubierta debían poder disfrutar de la primera visión del Nuevo Mundo. Jean-Luc se quedó pasmado al contemplar la ciudad de Nueva York, cuyos edificios llegaban hasta el agua misma. Siempre había pensado que ninguna ciudad del mundo podía ser más grande que París, pero esa apretada aglomeración de casas de ladrillo y arenisca, campanarios de iglesias y chimeneas, escaleras de incendios que subían hasta unos tejados donde estaban instalados los depósitos de agua, casi lo dejó sin aliento. También los muelles de la zona portuaria, que un hombre de primera clase que estaba junto a él le presentó a su compañero como South Street Seaport, indicaban que Nueva York era un centro comercial floreciente. Aquel puerto le daba mil vueltas al de Le Havre. Se veían innumerables mástiles, grúas y vapores. De las chimeneas de las fábricas salían estelas de humo y por todas partes había personas ajetreadas, carros de transporte pesados y poderosos animales de tiro.

Nada más atracar, oyeron fuertes voces y gritos en una mezcla babilónica de idiomas. El francés, sin embargo, no parecía hablarse mucho. Fue entonces cuando Jean-Luc cayó en la cuenta de que

tendría que aprender una nueva lengua si quería vivir allí. Solo conocía unas cuantas palabras en inglés, todas ellas aprendidas de Vivian, y, aparte de *please* y *thank you*, poco útiles para el día a día. Desde luego, también conocía algunas expresiones de ballet, como *to stretch* para decir «estirar», o *the first, second and third position* para «la primera, la segunda y la tercera posición», pero no tenía ni idea de gramática inglesa y no sería capaz de mantener una conversación hasta dentro de mucho tiempo. Solo podía confiar en su espíritu despierto y su ambición.

Mientras sopesaba sus posibilidades, sufrió un mareo a causa de los olores del puerto: alquitrán y bosta de caballo, pescado y hollín, así como los aromas de la comida de los puestos callejeros montados en el muelle, que se mezclaban todos entre sí. Y entonces, de pronto, llegó el momento de poner pie en esa tierra nueva. Los pasajeros se apretaron ante la pasarela sin poder estarse quietos de la emoción. La tripulación hizo bajar primero a los de la entrecubierta, pero, en cuanto estuvieron en tierra, tuvieron que vérselas con varios hombres uniformados que recibían a los inmigrantes en el muelle mismo.

Jean-Luc se asustó al ver los uniformes. ¿Había huido de la sartén para caer en las brasas? Sin embargo, lo saludaron con más o menos cordialidad y, junto con los demás, lo llevaron a un centro de recepción situado allí cerca. Los uniformados eran empleados de la Oficina de Inmigración.

—Castle Garden —dijo uno de ellos, y señaló una fortificación con forma circular que había junto al puerto—. Registro.

No quedaba muy lejos, pero el lugar en sí recordaba al caldero de una bruja. Los inmigrantes entraron en una sala gigantesca y

abarrotada donde olía a sudor y a ropa húmeda. Las condiciones higiénicas de la entrecubierta habían hecho casi imposible asearse con regularidad; todo el que llegaba allí estaba andrajoso y descuidado.

Los guardias distribuían a la gente a bulto según su procedencia y su lengua materna: personas de países de habla inglesa, alemanes, ciudadanos de la Monarquía del Danubio o de Suiza, italianos y también franceses acabaron repartidos en grupos diferentes. Cuando Jean-Luc, tras casi dos horas de pie, llegó por fin a un mostrador, comprobó que el funcionario hablaba francés. Le preguntó su nombre y su ciudad de origen, y lo miró atónito cuando le dijo cuál era su profesión.

—¿Un bailarín de ballet de París? —preguntó el hombre, que tal vez fuera también originario de la capital francesa o de los alrededores—. ¿Y qué hace usted aquí? ¡En Nueva York no hay teatro de danza!

Jean-Luc sonrió con debilidad. Era bonito encontrar a una persona que por lo menos supiera en qué consistía su profesión.

—Pero tampoco me reclutarán para el ejército —se atrevió a responder.

—Ah. —El funcionario no dijo nada más, pero quedó claro que entendía qué lo había llevado a Nueva York—. O sea, que no tiene pasaporte.

—Solo una partida de nacimiento —reconoció Jean-Luc—. ¿Supone un problema?

El hombre negó con la cabeza.

—No, el pasaporte no es obligatorio. Solo debe demostrar de forma fehaciente que no es usted un mendigo ni un ladrón. A ver, y

no parece que lo sea. Ahora tiene que dirigirse al control sanitario y después podrá ir hacia allí para que le aconsejen sobre sus posibilidades. Le proporcionaremos un lugar donde dormir y un trabajo. ¿Tiene intención de quedarse en Nueva York?

Jean-Luc apenas había pensado en eso hasta entonces. Aun así, se había pasado toda la vida en la ciudad. No era capaz de imaginarse viviendo y trabajando en el campo.

—Por lo menos de momento —dijo, por tanto—. Entonces ¿cree que podré bailar en algún sitio? —Su voz sonó tan apremiante que el funcionario reprimió una sonrisa—. ¿Hay… una ópera?

El hombre asintió.

—De eso sí que tenemos. La Academy of Music. Aunque ahí solo cantan, y ni siquiera tienen un… ¿cómo se llama?, un conjunto propio. Invitan a tocar allí a compañías de ópera de fuera. Sobre todo italianas.

Jean-Luc suspiró.

—Aprenda primero el idioma —dijo el funcionario para consolarlo —. Así podrá probar suerte en un espectáculo de variedades o en un teatro. Aunque también tendría que cantar. Cierto es que no son arias operísticas, pero tampoco canciones francesas. En cualquier caso, ¡le deseo mucha suerte! Bienvenido a su nuevo hogar.

Los inmigrantes pasaron a continuación por un médico que echó un vistazo rápido a su estado de salud y les pidió que le enseñaran la lengua antes de permitir la entrada a la mayoría con un gesto. Después, algunos de los recién llegados fueron recibidos por familiares o conocidos que ya vivían en Nueva York o alrededores. El

resto se apretaba ante un mostrador en el que varios empleados, algunos de ellos de habla francesa, les asignaban lugares de pernocta y puestos de trabajo. Jean-Luc explicó que no podía pagar mucho por el alojamiento, de manera que lo enviaron a un albergue masculino, apenas un pabellón con camas y muy pocas comodidades.

—Puede buscarse otra cosa cuando empiece a ganar dinero —le aconsejó el encargado—. De momento solo necesita un techo bajo el que cobijarse, y eso lo tendrá.

Encontrar un trabajo adecuado resultaría más difícil, pero el asesor responsable de ello se esforzó de verdad.

—¿Bailarín? —preguntó con incredulidad—. Hmmm… ¿Qué habilidades requiere eso? Me refiero a qué tiene que saber uno para trabajar como bailarín de ballet.

Jean-Luc empezó a explicarse en detalle, pero el hombre lo interrumpió enseguida:

—¡Algo útil para el día a día, por favor! La musicalidad y la gracia no lo llevarán muy lejos.

Jean-Luc reflexionó.

—Fuerza —dijo—. Equilibrio, una buena conciencia corporal y dominio del cuerpo. Disciplina, trabajo…

—Bueno —repuso el asesor—. Vamos a ver qué hay por aquí. ¿Tiene usted vértigo?

Jean-Luc negó con la cabeza. Como a casi todos los alumnos de la escuela de danza, le había encantado hacer equilibrios sobre el tejado de la Ópera de París.

—Entonces preséntese mañana en la compañía Manhattan Windows y pregunte por el señor Oldfield. Allí buscan limpiacristales

y pagan muy bien el trabajo, ¡pero es imprescindible ser ágil y no tener vértigo!

Jean-Luc tragó saliva, aunque de todos modos aceptó el papel con las señas de esa empresa de Manhattan y dio las gracias. Después preguntó cómo llegar a su alojamiento y dónde estaba la librería más cercana.

—Necesito un diccionario —le explicó al desconcertado asesor—. O, mejor aún, un manual. Limpiando cristales no aprenderé inglés.

3

El albergue masculino era tan poco acogedor como Jean-Luc había imaginado: una gran sala con cuarenta camas, cada una de ellas con una taquilla en la que cabían unos pocos enseres personales.

—Aunque es mejor no dejar nada de valor aquí —le advirtió el encargado—. Por triste que parezca, lo roban. Los empleados de Castle Garden solo tienen tiempo de echar un vistazo rápido a la gente. Intentan que no entre chusma, pero, por desgracia, no siempre lo consiguen.

Jean-Luc entendió solo la mitad de todo eso. El hombre era italiano y, cuando reparó en que su nuevo huésped no entendía el inglés, lo intentó en su lengua materna. Se parecía mucho más al francés, aunque tampoco era una solución ideal, desde luego.

El lugar, por lo menos, resultó estar limpio y no tener bichos. Para alegría de Jean-Luc, podía usar una casa de baños. Eso costaba un dinero extra, por supuesto, pero en Castle Garden le habían cambiado sus últimos francos por dólares, así que podría pagarse un baño, además de utilizar el servicio de lavandería que ofrecía la mujer del encargado del albergue. Después de eso se sintió mucho mejor. Se puso el mejor traje que tenía —todas las camisas y los pantalones de diario los dejó para lavar— y, ya al anochecer, se aventuró a salir un rato a la calle para comprar algo de comer y buscar una librería. En los alrededores del albergue había muchos

restaurantes sencillos, bares y locales de ocio, pero allí no se leía mucho. Sin embargo, Jean-Luc se había enterado de que Manhattan era el centro de la ciudad, así que tal vez hubiera alguna librería cerca de su futuro trabajo.

Paseó un poco más por las calles e intentó leer los nombres de los establecimientos por los que pasaba para adivinar qué se escondía dentro de cada uno. Al final, resultó que allí sí se bailaba, aunque solo lo hacían mujeres. Aquel era el barrio de la diversión; los espectáculos de variedades y los teatros de Nueva York de los que había hablado el hombre del registro debían de ser más serios y encontrarse en otra zona de la ciudad. En las calles de alrededor del albergue, Jean-Luc se sintió cada vez menos a gusto. La gente que rondaba por allí parecía en parte violenta y peligrosa. En Castle Garden ya se lo habían advertido: los inmigrantes ingenuos solían ser víctimas de los delitos más variopintos. Por eso, prefirió regresar a su alojamiento.

Compartía dormitorio, entre otros, con dos irlandeses que a todas luces se alegraron de conocerlo y le hablaron con simpatía en un idioma que le pareció inglés.

—¿Habláis inglés? —preguntó, esperanzado.

Ambos sonrieron.

—Más bien gaélico —contestó uno, pero estuvieron encantados de enseñarle las primeras palabras en su nuevo idioma: cama, mesa, silla, baño, agua, jabón. Y ventana, que pronto sería la más importante para él.

En Manhattan Windows empezaban a trabajar temprano, pero, puesto que se necesitaba la luz del día, por lo menos era después del amanecer. Jean-Luc le había enseñado su papel al encargado del albergue, quien le había pedido a otro huésped, un hombre que trabajaba en un lugar parecido, que le indicara el camino al joven francés. Así que se presentó puntual ante el edificio de oficinas en el que la empresa tenía su sede. Un grupo de hombres, cada uno con un cubo y varios trapos, jabón duro y sal amoniacal, estaban subiendo ya a varios carros de caballos. Jean-Luc no logró identificar entre ellos a ningún otro francés; todos se comunicaban en diferentes variantes del inglés. Había también unos cuantos irlandeses.

Enseñó su papel y le indicaron que primero fuera al local de la empresa, donde el señor Oldfield lo recibió e intentó explicarle en un inglés lo más sencillo posible lo que le esperaba allí.

—Pagamos entre cincuenta centavos y un dólar al día, según lo que te atrevas a hacer. El que tiene miedo de arriesgarse gana menos; un buen escalador se saca un buen dinero. Al mediodía ofrecemos una comida. Tampoco se trata de que os subáis con hambre a las escaleras…

Por lo visto, allí estaban acostumbrados a que los trabajadores no supieran inglés. El señor Oldfield le enseñó a Jean-Luc un par de dibujos en los que se veía a hombres subidos a escaleras o haciendo equilibrios entre dos ventanas en unos tablones de madera. También los había que colgaban de una ventana en una especie de columpio para limpiar los cristales de la planta inferior. Jean-Luc aceptó el trabajo. Esas imágenes no le daban miedo; también en el tejado de la Ópera había corrido el riesgo de caerse.

De manera que firmó un contrato y, acto seguido, formaba parte de un grupo de seis limpiacristales que debían ocuparse de un edificio de oficinas de tres plantas en el distrito financiero. Todos ellos eran simpáticos. Procedían de Alemania, Noruega y Suecia, y no hablaban mucho mejor inglés que él. Sin embargo, resultaron ser claramente menos hábiles cuando llegó el momento de limpiar las ventanas desde el exterior. El capataz, un danés fornido, les enseñó a los nuevos cómo limpiar el cristal con agua jabonosa y amoniaco primero desde dentro, y luego comprobó que estuvieran bien asegurados cuando llegó la hora de descender por cuerdas y mantener el equilibrio sobre unos tablones que se balanceaban. Se quedó pasmado con la facilidad que demostró Jean-Luc. La mayoría de los limpiacristales, más que por su talento artístico, se distinguían por su valentía y su atrevimiento. Ese primer día, Jean-Luc ya se ganó un elogio del señor Oldfield, a quien el capataz informó de la gran habilidad del nuevo. También le pagaron setenta y cinco centavos por el trabajo, además del sándwich enorme que les había llevado la señora Oldfield al mediodía. Era un jornal considerable para un trabajador sin formación. Al salir, Jean-Luc consiguió encontrar una librería e invirtió su dinero en un diccionario y un manual. A partir de entonces pasaría las tardes estudiando.

Al día siguiente ya empezó a limpiar ventanas en fachadas de edificios de hasta seis plantas. Su seguridad al caminar, incluso en las circunstancias más difíciles, se hizo legendaria en Manhattan Windows y casi todos los días ganaba un dólar entero. Lo de aprender el idioma no resultó tan sencillo. Limpiando cristales no había que hablar con nadie, de manera que tampoco le servía de nada que sus compañeros dominaran el inglés, y aprender con los

libros se antojaba dolorosamente lento. Le costaba mucho pronunciar, así que a menudo no lo entendían cuando intentaba poner en práctica algo que acababa de aprender.

Tras los primeros días, tan llenos de novedades que por las noches solo quería dejarse caer agotado en el camastro, pronto empezó a sentirse solo y aislado. Añoraba poder hablar con alguien, mantener una conversación que fuera más allá de *good morning*, *no rain*, *sunshine* u otros conceptos básicos. Cuando no estaba trabajando o intentando mejorar su inglés de alguna forma, callejeaba por la ajetreada ciudad y pasaba por delante de teatros y locales de baile en los que no se atrevía a entrar. Las canciones que tocaban allí eran diferentes, más bulliciosas y menos melódicas que la música clásica que él amaba y que seguía oyendo en su cabeza siempre que el ruido constante de Nueva York no le impedía pensar.

De vez en cuando se planteaba dejar el albergue. Su trabajo no lo había hecho ni mucho menos rico, pero seguro que podría permitirse un alojamiento algo mejor que ese dormitorio comunitario. Al final, se le ocurrió regresar a Castle Garden para pedirle consejo al asesor de vivienda.

El centro de inmigración, por suerte, también estaba abierto los domingos, que era el día que Jean-Luc tenía libre. En esa ocasión no tuvo que esperar una eternidad, sino que fue directo al mostrador y, al cabo de solo media hora, ya le llegó su turno. De nuevo lo dirigieron al empleado que hablaba francés, y Jean-Luc se sintió tan aliviado que enseguida le expuso todos sus problemas al joven. Este lo escuchó con paciencia; Jean-Luc era el único francés del centro ese día.

—A ver, si quiere aprender inglés, debería buscar un trabajo en el que se hable más y en el que, a poder ser, se trabaje con hablantes nativos. Sin embargo, prácticamente no hay nada para trabajadores no cualificados. Y el inglés que hablan los irlandeses y los escoceses no es el mejor. En realidad, lo mejor sería que buscara una escuela de idiomas, pero seguro que son caras.

Jean-Luc suspiró. Él ya lo había pensado.

—De todos modos, si lo que desea es estar en contacto con compatriotas y también quiere buscar un alojamiento nuevo, vaya directo al French Quarter, el barrio francés. Es una zona de Lower Manhattan, alrededor de Franklin Street. Los neoyorquinos lo llaman Little France.

—Pequeña Francia… —tradujo Jean-Luc, que hasta ahí sí entendía.

—El caso es que allí viven la mayoría de los franceses que han venido a parar a Nueva York. Greenwich Village también sería una opción. Muchos artistas residen en esa zona, aunque es cara y está muy lejos de su actual puesto de trabajo. Espere, allí tengo una habitación amueblada. —El hombre rebuscó entre sus expedientes —. Lower Manhattan, la casera es una viuda muy cultivada. En realidad, busca a una joven inquilina, pero usted también encajaría en el perfil. Inténtelo. Franklin Street, madame Briard.

Cuanto más se acercaba Jean-Luc a Franklin Street, más se sentía como en casa. Empezó a ver que los carteles de las tiendas estaban escritos en los dos idiomas, los artesanos anunciaban sus servicios

en francés, en las panaderías y los cafés franceses olía de maravilla y la pequeña iglesia era católica sin lugar a dudas.

La casa de madame Briard tenía dos plantas y, cuando Jean-Luc iba a llamar a la puerta, un gato regordete de tres colores se acercó a él y maulló para llamar su atención. Jean-Luc sonrió, lo acarició y lo levantó. Le gustaban los gatos, su elegancia y su agilidad. Su primera profesora de ballet había tenido dos en su pequeño estudio y siempre se los ponía a sus alumnos como ejemplo de movimientos ágiles y perfectos.

El rostro de la pequeña dama regordeta con mofletes de manzana y rizos plateados bajo una delicada cofia se iluminó al ver el animal en sus brazos.

—Ay, Mimi, diablilla. ¿Dónde te habías metido? ¡Hace rato que ha pasado la hora de comer! —Le quitó la gata a Jean-Luc con decisión y la acarició—. Hace lo que quiere. No es capaz de seguir las reglas de la casa, pero ¿qué voy a hacerle? ¡La adoro! —Madame Briard hablaba en francés con tanta naturalidad como si estuviera en París —. Muchas gracias por traerme a Mimi de vuelta.

Jean-Luc sonrió.

—No la he traído, solo me la he encontrado en la puerta. Iba a abrirme ella misma, pero entonces lo ha hecho usted.

Madame Briard le correspondió a la sonrisa con otra que resultó algo pícara.

—Bueno, verá, no le doy la llave —bromeó—. Quién sabe a quién podría traerme a casa si no. ¿En qué puedo ayudarle, monsieur? Si viene por mademoiselle Françoise, me temo que ya no vive aquí, puesto que…

—Vengo por la habitación —repuso Jean-Luc antes de que la mujer pudiera exponer los motivos del traslado de la inquilina anterior—. Monsieur Bonde, de Castle Garden, me ha dado su dirección. Me ha dicho que podía intentarlo, aunque en realidad busque usted a una dama.

—Bueno, tampoco le cerraría la puerta a un joven caballero cortés y bien educado —contestó madame Briard—. Sobre todo si Mimi lo recomienda tan encarecidamente. —Ya había dejado en el suelo a la gata, que se arrimó a las piernas de Jean-Luc—. Pase adentro primero. Nos tomaremos un café y lo hablaremos.

Poco después, Jean-Luc estaba sentado en un salón de decoración alegre que no podía haber sido más francés y le dio un bocado al primer cruasán que se comía desde su huida de París. Madame Briard le contó que era modista, que con su esposo había regentado una sastrería, pero que había dejado el negocio a la muerte de este, hacía ya dos años.

—Sola no tenía ningún aliciente —explicó—. Y la casa vacía se me caía encima. Por eso se me ocurrió alquilar una o dos habitaciones.

Por supuesto, con amabilidad y sin resultar nada impertinente, le preguntó a Jean-Luc por sus antecedentes y su vida actual, y quedó encantada cuando le oyó hablar de su antiguo trabajo como bailarín en la Ópera de París.

—¡Un artista! ¡Menuda lástima que aquí no vaya a encontrar un puesto comparable! No es justo que ahora tenga que trabajar casi como escalador de fachadas para sobrevivir.

Jean-Luc le contó que no estaba en absoluto descontento con su ocupación.

—Requiere fuerza y equilibrio, así que practico las habilidades que se necesitan en el escenario. Por lo demás, realizo ejercicios en una barra improvisada siempre que tengo tiempo y encuentro la oportunidad. Desgraciadamente, no es muy a menudo. Donde vivo ahora…

Una hora después ya se habían puesto de acuerdo. Jean-Luc pagaría un alquiler asumible por una habitación amueblada, diminuta pero acogedora, con vistas a la calle. Madame Briard no tenía nada en contra de que utilizara el guardarropa como barra de ballet, e incluso prepararía un pequeño desayuno para él y para la otra inquilina, una joven profesora llamada Colette que daba clase en una escuela francesa, no muy lejos de allí.

—No, no. No cuesta más dinero —explicó—. Me alegra tener compañía. Y, si alguna vez tiene algo que coser o remendar, ¡estaré encantada de encargarme!

Por primera vez desde que había salido de París, cuando Jean-Luc regresó a su triste alojamiento no se sintió solo, decepcionado y sin hogar. Presentía que aquello sería un punto de inflexión. A partir de entonces todo iría mejor, y tal vez incluso volviera a bailar algún día.

4

La habitación en casa de madame Briard era tranquila, y tanto la casera como mademoiselle Colette resultaron ser agradables compañeras de piso.

Jean-Luc se sentía aliviado y, como por fin tenía una dirección fija y bien considerada, escribió a su madre por primera vez. La mujer se alegraría de saber de él, y, al haber pasado tanto tiempo desde su huida, seguro que ya no la vigilaban. Cuando madame Briard se enteró de eso, insistió en dirigirle ella también un par de líneas a Marie Dimarche, aun sin conocerse.

—¡Debe saber que con nosotras está usted bien cuidado y que se alimenta bien! Para una madre es importante, ¡créame!

Jean-Luc sonrió y aceptó el ofrecimiento. Madame Briard era una mujer encantadora.

Sin embargo, solía caer presa del miedo cada vez que Mimi se escapaba, y tanto Colette como Jean-Luc se pasaban horas buscando a la gata. Fue así como Jean-Luc llegó a conocer el barrio y constató que en sus calles no corría más peligro que cuando salía de noche por la capital francesa. De manera que empezó a asistir a veladas musicales, lecturas literarias y representaciones de teatro de aficionados, a menudo junto a madame Briard, que coqueteaba con su joven y apuesto caballero. Volvió a relacionarse con gente de su edad y a veces incluso le sonreía a alguna chica. En realidad, nunca

había imaginado que pudiera encontrar a la mujer de sus sueños fuera del mundo del ballet, pero tal vez debía dejar de pensar en los gráciles *ports de bras* y *tendus* de la joven Vivian. También ella habría tenido que olvidarse de París. Además, solo las estrellas sabían si su antigua alumna pensaba alguna vez en él con tanto afecto.

El trabajo como limpiacristales seguía siendo exigente y peligroso, pero él dominaba tanto la escalada de fachadas —como seguía llamando madame Briard a lo que hacía— que cada vez se fijaba más en lo que se veía al otro lado de las ventanas que limpiaba. Atisbó la lujosa decoración de hoteles como el Astor House, observó a los criados entregados a su trabajo en las casas particulares de los ricos de Midtown y Greenwich Village, y también a sus habitantes en su día a día o, alguna que otra vez, en situaciones más bien subidas de tono. Un día, los limpiacristales se toparon sin querer con la visión de una pareja en la cama, y después el señor de la casa les dio una propina generosa a cambio de que guardaran silencio en cuanto a la identidad de su acompañante. No debía de tratarse de su señora esposa.

Seguro que en Manhattan había empleos peores y más sucios que trabajar para el señor Oldfield. Al principio Jean-Luc estaba contento… hasta que entrevió un mundo que se parecía mucho más al suyo.

—Bueno, hoy a lo mejor vemos un poco de sangre joven —comentó el capataz cuando el conductor del carro hizo bajar a los hombres frente a un discreto edificio de ladrillo en Bleecker Street.

Estaba algo retirado respecto a la calle y tenía un pequeño jardín delantero, rodeado por una valla de hierro forjado. Dos plantas

llenas de altas ventanas se erguían ante los limpiacristales.

MADAME LaRUE'S FINISHING INSTITUTE
FOR YOUNG LADIES

MADAME LaRUE
ÉCOLE SUPÉRIEURE
POUR DES JEUNES DEMOISELLES

¡Una escuela para las hijas de familias importantes! Jean-Luc conocía esa clase de instituciones de París, pero casi le extrañó que en Nueva York hubiera algo comparable. Por otra parte, allí no solo vivían inmigrantes pobres, sino también otros que ya habían hecho fortuna, así como estadounidenses de segunda o tercera generación que deseaban preparar a sus hijas para desenvolverse en la alta sociedad.

Jean-Luc y los demás cargaron con los cubos de la limpieza y las escaleras, así como con los tablones con los que las unían entre sí. Empezaron por las ventanas de la planta baja, a través de las que vieron despachos y una especie de biblioteca. En la planta superior se encontraban las aulas de clase. Ocho muchachas, a las que Jean-Luc echó entre doce y catorce años, escuchaban con atención a una profesora de cierta edad. La mujer había escrito flexiones nominales francesas en la pizarra, y Jean-Luc oyó cómo las chicas las leían en voz alta a coro, casi tarareando. No parecía que el francés fuera la lengua materna de ninguna de ellas. La escuela, de hecho, se encontraba en los límites del French Quarter, pero en ella estudiaban señoritas nacidas en Estados Unidos.

Los limpiacristales habían accedido a la planta superior desde el tejado. Pasando por delante de varias aulas cerradas, una doncella los condujo hasta el desván, donde había tragaluces para salir al exterior. Los hombres descolgaron cabos de cuerda hasta la altura de las ventanas y los ataron a unos tablones en los que esperaban poder sostenerse. Jean-Luc se deslizó con habilidad por las cuerdas y se acercó a la primera ventana. Cuando miró dentro con curiosidad, la escena casi le hizo perder el equilibrio. Al otro lado de los grandes ventanales había una sala de baile, muy parecida a las salas de ensayos de París, solo que sin barras de ballet en las paredes. Tampoco había música de piano, pero sí oyó unas instrucciones en francés.

—Caminar, Jennifer, caminar. No acechar. Una dama se mueve con elegancia pero con resolución.

La joven rubia a la que iba dirigida esa instrucción estaba intentando recorrer una línea marcada en el suelo con todo el garbo posible mientras sostenía un libro sobre la cabeza.

—Con el *Manuel du savoir-vivre* en la cabeza no puedo ir más deprisa —se disculpó.

Las demás soltaron risillas.

—¡Jenny haría mejor poniéndose en la cabeza una bonita novela! —exclamó una morena.

—¡Lo peor es que todavía no tiene el *Manuel* dentro de la cabeza! —se burló otra.

La profesora, una mujer esbelta cuyo corsé la mantenía erguida sin compasión, llamó al orden a sus alumnas.

—Un libro que explica la etiqueta requerida en sociedad tiene muchas utilidades —insistió.

Jean-Luc imaginó que el libro que debía mejorar la postura de Jennifer era el *Manuel du savoir-vivre ou l'art de se conduire selon les convenances*, un tratado de buenas maneras que también las jóvenes bailarinas de París —o al menos las de casa buena— llevaban siempre encima.

—¡Doris! —La profesora dejó tranquila a Jennifer en cuanto llegó al final de la pasarela imaginaria y realizó una reverencia con la que por fin se le cayó el libro.

Doris, la morena que acababa de entrometerse, se hizo con el manual y, con cuidado, consiguió mantener la cabeza alta con él encima, aunque para no perder el equilibrio echaba las caderas hacia delante y caminaba con las piernas ligeramente dobladas. Recordaba un poco a los andares de un pato.

A Jean-Luc casi le dieron pena todas esas muchachas, que debían de tener entre dieciséis y dieciocho años. Por supuesto, una bailarina sabía moverse con gracia incluso con un libro sobre la cabeza, pero el equilibrio debería haberlo aprendido antes. Tal como lo practicaban allí, el ejercicio no servía de nada y la reverencia que hacían las chicas al final era un auténtico desastre. Con tal de no perder el manual, giraban el cuerpo en todas las direcciones posibles, y la profesora no tenía la menor idea de cómo enseñarles a dominar el cuerpo y tomar conciencia de él.

Mientras contemplaba embobado el aula y la clase que daban en ella, Jean-Luc se acercó tanto a la ventana que casi pegó la nariz al cristal. No se le ocurrió ocultarse de algún modo, o por lo menos fingir que no le interesaba lo que sucedía al otro lado de las ventanas que limpiaba, de manera que fue inevitable que una de las chicas se fijara en él.

Jennifer, la rubia de antes, soltó un grito agudo al ver su cara.

—¡Hay… hay un hombre en la ventana! —exclamó, horrorizada.

La profesora ni siquiera se volvió.

—Tonterías, Jennifer. ¡Tendría que saber volar!

—¡Pues será un ángel! —señaló Doris con una risita—. ¡Porque ahí está!

También las demás habían seguido la mirada de Jennifer, y Jean-Luc casi perdió el equilibrio cuando de pronto se volvieron todas hacia la ventana parloteando con alegría.

—¡Solo es el limpiacristales! —dedujo por fin una castaña bajita.

También la profesora había visto ya a Jean-Luc. Se acercó a la ventana con decisión y la abrió de golpe. Él se balanceó tanto que tuvo que sentarse a horcajadas en el tablón colgado de las dos cuerdas.

—¿Qué se ha creído usted? ¿Es que no tiene nada mejor que hacer que ofender a unas jóvenes inocentes con sus miradas lujuriosas?

Las chicas se rieron al oír esa palabra. Jean-Luc, que la había entendido perfectamente porque la mujer seguía hablando en francés, se sonrojó.

—No, no, madame, lo siento. No pretendía quedarme mirando a sus alumnas. Y menos aún con… lujuria. —En otra situación, casi se habría reído de esas acusaciones. Estaba acostumbrado a ver el cuerpo femenino con una ropa mucho más ligera que los uniformes de escuela de manga larga de esas muchachas, por no hablar de que unas chiquillas con libros en la cabeza no resultaban demasiado atractivas—. Es solo que… que… —En lugar de seguir hablando con la profesora, se volvió hacia Jennifer sin saber qué otra cosa hacer

—. Es solo que la reverencia resultaría mucho más elegante si estirase la pierna y el pie libres y los llevase hacia atrás trazando un semicírculo antes de doblar la pierna en la que está apoyada. Y usted… —dijo, dirigiéndose a Doris—. Debería erguir todo el cuerpo. No basta con mantener la cabeza levantada como sea. Imagínese que le tiran de ella hacia arriba con un hilo, como a una marioneta. El cuerpo la seguiría de forma natural. Y para caminar…

—¡Demuéstrenoslo! —exclamó una de las chicas más atrevidas—. ¡Queremos verlo! Si sabe hacerlo todo tan bien…

Jean-Luc no se lo esperaba, pero de pronto las manos de cinco o seis muchachas tiraron de él para hacerlo entrar en la sala por la ventana. En lugar de impedírselo, accedió al deseo de las alumnas, dobló una pierna y apoyó un pie en el tablón para, a pesar del balanceo, pasar de estar sentado a estar de pie con un movimiento ágil. Después puso un pie en el marco de la ventana, tomó impulso y aterrizó en el suelo del aula con un salto elegante. A pesar de los pesados zapatos de trabajo, apenas hizo ningún ruido al caer.

—¡Pero qué se ha creído usted!

A la profesora le faltaba el aire, pero Jean-Luc pensó que la mejor forma de defenderse sería, efectivamente, haciendo una demostración. Con la cabeza bien alta y la espalda estirada, avanzó por la pasarela imaginaria con pasos medidos y calmados, irradiando seguridad y grandeza.

—Así es como se movería una bailarina que interpreta a una princesa —les explicó a las muchachas—. Y así se inclinaría después ante el público. A esto lo llamamos *révérence*. —Para regocijo generalizado, realizó el ejercicio con una elegancia perfecta. Su

entusiasmo por el baile y la enseñanza lo había envalentonado—. Un bailarín, por supuesto, se mueve de otra forma —explicó.

Con grandes pasos y una pose masculina, recorrió la distancia establecida y les mostró a las chicas la *révérence du danseur noble*: dio un pequeño salto y luego se inclinó con un equilibrio perfecto.

—¿Podría hacerlo también con un libro en la cabeza? —preguntó Jennifer con descaro.

Jean-Luc se echó a reír.

—El salto no, porque se me caería, pero los pasos…

Pidió que Doris le acercara el manual de etiqueta y repitió una vez más la salida a escena de la princesa. Después regresó a la realidad.

—Lamento mucho haber interrumpido la clase —le dijo a la profesora—. Madame…

—LaRue —repuso ella, casi sin aliento e igual de impresionada que sus alumnas—. Soy la directora de esta escuela. ¡Y esto ha sido de una impertinencia inaudita! Tanto por su parte, demoiselles, como por la suya, monsieur…

—Dimarche —se presentó él—. Jean-Luc Dimarche. Yo… solo quería hacerles ver que en modo alguno las miraba con lujuria. De verdad que solo pretendía limpiar el cristal.

—¿Por qué limpia usted cristales? —preguntó la directora.

Jean-Luc levantó las cejas.

—Porque me pagan por ello —respondió con dignidad—. Un dólar al día.

La directora respiró hondo.

—Pues yo le ofrezco más. ¡Venga a verme a mi despacho mañana a las nueve!

5

Jean-Luc aguantó con indiferencia la guasa de sus compañeros de trabajo, que por supuesto empezaron a especular con lo que podría haberle sucedido durante esos quince minutos en una escuela de señoritas cuyas alumnas lo habían invitado a entrar por la ventana. Él, sin embargo, solo pensaba en la oferta de la directora y esperaba haber interpretado bien su comentario. ¿Lo había entendido mal, o de verdad quería madame LaRue ofrecerle un trabajo?

En todo caso, no fue a presentar todavía su renuncia al señor Oldfield. Solo le pidió que le diera libre la mañana siguiente e hizo oídos sordos a sus expresiones de descontento.

¿Debía contarle a madame Briard cómo le había ido el día? Era probable que la mujer se escandalizara, aunque por otro lado también parecía tener sentido del humor. Jean-Luc recordó su primer encuentro con la gata Mimi. Aun así, decidió que por el momento se guardaría la historia y ya vería cómo terminaba el asunto. Se puso su mejor traje, aunque de todos modos ya no estaba muy presentable, por mucho que madame Briard había intentado adecentarlo con un cepillado, un lavado y algún remiendo, y se presentó con puntualidad en el acogedor edificio de ladrillos donde se encontraba la escuela para señoritas a la hora en que empezaban las clases. En esta ocasión no llamó a la puerta del servicio, sino que cruzó el imponente portal. Varias alumnas entraron entonces en

tropel y se lo quedaron mirando. Entre risitas y susurros, siguieron al joven desconocido, que preguntó con timidez y mucha educación dónde se encontraba el despacho de madame LaRue.

Un señor mayor que recorría los pasillos con unas partituras debajo del brazo, seguramente uno de los profesores, le indicó por fin el camino. Madame LaRue tenía su oficina en la planta baja, justo delante de la entrada principal. Seguro que no se le escapaba la entrada ni la salida de nadie, a menos que fuera por una ventana. Jean-Luc no pudo evitar sonreír al pensarlo, cosa que lo relajó un poco. Llamó a la puerta con decisión y enseguida lo hicieron pasar.

La directora estaba sentada a un escritorio de aspecto alegre, aunque lo miró con la misma severidad que el día anterior.

—Bueno, cuénteme, monsieur Dimarche —le pidió a Jean-Luc tras un breve saludo—. ¿Cómo ha acabado en Nueva York un bailarín de la Ópera de París? Espero que no se trate de una especie de huida. ¿No habrá cometido algún delito?

Jean-Luc tragó saliva.

—En cierto sentido, sí —confesó—. Aunque tal vez… tal vez me lo perdone usted.

Le resumió en pocas y objetivas palabras lo de su llamada a filas y le habló de su madre, que le había aconsejado que se marchara.

—Quería que bailara —dijo con sencillez—. Y que viviera. Por lo menos hasta ahora he conseguido eso último, aunque gracias a sus ahorros. Lo de bailar, en cambio…

Le explicó sus intentos, por el momento fallidos, de aprender bien el inglés para presentarse en un teatro o un cabaret.

Madame LaRue lo escuchó con atención.

—En cuanto al inglés, no veo ningún problema —comentó entonces—. Aquí las clases se imparten en francés, aunque las chicas hablan inglés entre ellas, por supuesto. También enseñamos conversación en el idioma del país. Somos una escuela muy pequeña que suele preparar a una veintena de chicas de entre doce y dieciocho años para un estilo de vida distinguido. Nuestras alumnas son hijas de comerciantes, fabricantes, médicos. Todas de casa rica, aunque no siempre de familias cultivadas. Nueva York tiene poca nobleza de dinero viejo. Muchos de los padres de nuestras chicas son inmigrantes que han llegado a lo alto por sus propios medios. Y por ello, naturalmente, les tengo mucho respeto. A sus hijas, sin embargo, les falta la educación que en Francia sería normal entre las hijas de la alta sociedad. Música, etiqueta… Suelen tener carencias en esas áreas, y mi escuela se esfuerza por ponerle remedio. Damos clase de francés, etiqueta y conversación, piano, dibujo y bordado. Y me gustaría aumentar la oferta con unas clases de baile. No obstante, pensaba más bien en bailes de salón. Si se le ocurriera a usted tentar a alguna chica, o a varias, a convertirse en bailarina de ballet en lugar de seguir el camino que corresponde a su posición… —Su rostro dejó muy claro que eso sería una catástrofe que podía perjudicar a la escuela para siempre.

Jean-Luc seguía esforzándose por entender.

—¿Quiere que les dé clase de baile? —preguntó, lleno de esperanza.

La directora asintió.

—Siempre que se atenga a mis reglas y siga mis instrucciones —añadió con severidad—. Los fundamentos de su arte, me refiero a lo que supo transmitir ayer de una forma tan impresionante, podrían

ayudar a las chicas a ganar en elegancia y garbo. Y de todos modos tendrán que aprender bailes de salón. Hasta ahora las enviábamos a una escuela externa, pero la dirección de ese centro no satisface del todo nuestras expectativas. Por eso, hace algún tiempo que buscaba a un profesor o, mejor aún, a una profesora. Podríamos intentarlo con usted.

El corazón de Jean-Luc se aceleró de emoción.

—Yo… ¡No la decepcionaré! —prometió—. Siempre seguiré las reglas y no seduciré a las alumnas, ni para convertirlas en bailarinas ni de ninguna otra forma. —Todavía le dolía la acusación de que había mirado a las chicas con lujuria—. De todos modos, son demasiado mayores para empezar una formación como bailarinas profesionales.

Mientras hablaba, veía a Vivian ante sí. Ella había empezado a bailar muy tarde, pero su talento extraordinario la había ayudado a ponerse al día. ¿Y si allí se encontraba con otra Vivian? Pero, no, hizo a un lado esa idea. No le había parecido que ninguna de las muchachas a las que había conocido el día anterior llevara una bailarina dentro ni muchísimo menos. Y también Vivian había acabado acatando los deseos de su familia. Nadie pudo impedírselo.

El sueldo de Jean-Luc en la escuela de señoritas era considerablemente mayor que su jornal como limpiacristales, así que casi se sentía triunfal cuando informó a su madre por carta. Marie Dimarche también estaría aliviada al saber que su nuevo trabajo no le suponía un peligro de muerte.

—¡Será peligroso para el alma y el corazón, como mucho! —comentó con vehemencia madame Briard, que también se alegró mucho al saber que, en adelante, su protegido tendría los pies en el suelo—. ¡No se me enamore, Jean-Luc! Esas chicas no están a su alcance. ¿Y sus padres? ¡Yo no me metería con ninguno de ellos! ¡Tal vez quiten de en medio a los pretendientes de sus hijas que no les gusten hundiéndolos en el Hudson con un bloque de cemento en los pies!

Los padres de las futuras alumnas de Jean-Luc podían haber amasado sus fortunas de maneras algo sospechosas, pero sus hijas resultaban muy corteses y bien educadas. En ocasiones se pasaban un poco de la raya —quizá las alumnas de un internado francés no habrían hecho entrar a un limpiacristales en el aula— e incluso soltaban alguna que otra broma durante las clases. Sin embargo, madame LaRue ya les había dejado claro que solo toleraba semejante comportamiento en contadas situaciones, y de todas formas Jean-Luc estaba acostumbrado a vérselas con la adulación y los celos de las jóvenes bailarinas de París.

A la mañana siguiente, la directora le presentó al pequeño grupo de profesores. Ella misma daba clase de francés, así como de conversación, tanto en francés como en inglés. Tenía un dominio perfecto de la lengua del país, aunque la hablaba con acento. Su prima mayor, Thérèse LaRue, a quien llamaban «madame Thérèse» para diferenciarla de ella, introducía a las muchachas en el fino arte de las labores manuales y les transmitía otros conocimientos y habilidades importantes para una futura ama de casa. Entre ellos, cómo vestir la mesa con elegancia, las decoraciones florales y el trato amable pero firme con el personal. También daba clase de

piano, igual que el profesor de música, monsieur Allart, que impartía además un poco de canto. Todos eran muy estrictos y exigían mucha disciplina en unas clases que a menudo eran aburridas.

Jean-Luc tenía la intención de que las suyas fueran algo más distendidas, y se moría de ganas por hacerse con la sala de baile de la planta superior. Primero, sin embargo, debía poner a prueba sus aptitudes como profesor: o madame LaRue o madame Thérèse supervisarían sus clases. A él no le importaba. Empezó por el grupo de alumnas más jóvenes y las hizo trabajar con la imagen de que eran marionetas a las que manejaban desde el tejado del edificio. Al seguir sus instrucciones, las chicas se movían inmediatamente con la cabeza más alta y de una forma más acentuada. Practicó con ellas una pequeña danza popular a la que llamó «baile de títeres». La melodía era pegadiza. Jean-Luc la tocó al piano con una mano, pero madame Thérèse lo sustituyó enseguida. Después de la clase, las chicas estuvieron tarareando la melodía con alegría por los pasillos de la escuela, medio enamoradas ya de Jean-Luc.

Con las alumnas mayores practicó el paso elegante y la *révérence*, y para ello les hizo poner las piernas como una bailarina. Desde esa posición básica, les explicó, podrían recoger del suelo con mucha más gracia, por ejemplo, un pañuelo que se les hubiera caído.

—Y siempre hay que cuidar de que la espalda esté recta. Eso otorga prestancia de manera automática. —Se echó a reír—. Miren bien a su directora. La pose de madame LaRue siempre es modélica. ¡Tómenla a ella como ejemplo!

—¡Pero también la de usted! —señaló Jennifer entonces, con lo que se ganó una mirada severa por parte de la profesora.

—Sí, es cierto —reconoció Jean-Luc con naturalidad—. Porque he practicado durante años. También ustedes lo aprenderán. Así, si algún día un príncipe las toma de la mano, su madre quedará impresionada, aunque no sean ustedes nobles.

—¡Bah, los títulos pueden comprarse! —exclamó Doris, despreocupada—. Si se presenta un príncipe, mi padre me conseguirá un ducado.

Madame LaRue carraspeó.

—Sin embargo, la gracia y las buenas formas no pueden adquirirse con dinero, Doris. Como tampoco la discreción. Una duquesa jamás se jactará de sus posesiones. Se mostrará humilde y discreta, por lo menos durante su juventud. Así que conténgase un poco, mademoiselle, y ahora vuelva a hacer una reverencia ante la reina. —La directora se sentó con la espalda bien erguida y recibió con pose regia la *révérence* de su alumna.

Jean-Luc sonrió. Su nueva jefa empezaba a gustarle.

El tercer día le preguntó con cautela si le permitiría practicar él solo en la sala de ensayos, antes o después de la clase.

De nuevo se ganó una mirada cortante.

—Siempre que no interrumpa el funcionamiento normal de la escuela y, sobre todo, no deje que las alumnas lo vean brincando como una liebre, no tengo nada en contra.

Jean-Luc se tragó la ofensa a su arte y prometió realizar sus sesiones de práctica a primera hora. El instituto tenía horario de medio día: las chicas llegaban sobre las nueve de la mañana y casi siempre se marchaban hacia las dos. Las mayores, sin embargo, en ocasiones tenían clase a la hora de comer. A madame Thérèse no le gustaba abordar los modales a la mesa de una forma solo teórica,

así que mandaba preparar menús enteros para sus pupilas, con quienes practicaba entonces la corrección durante la comida. También el piano y el canto se impartían a veces por la tarde. De manera que, en realidad, no podía garantizarse que alguna chica no entrara sin querer en la sala de ensayos mientras Jean-Luc estaba allí.

A primera hora de la mañana, no obstante, la escuela estaba vacía y Jean-Luc se encontró fascinado en el centro de la sala, que era toda para él. Le pasaron por la cabeza cientos de piezas musicales y decenas de coreografías, pero se contuvo y se concentró primero en los estiramientos y el calentamiento exhaustivo de los músculos. Bailó descalzo; de París solo se había llevado un par de zapatillas de ballet, y sabía que, si entrenaba con ellas, las desgastaría en una semana. Realizó los primeros giros con cuidado, también los movimientos más importantes de las cinco posiciones básicas y luego ya no pudo resistirse. ¡Tenía que bailar! Los solos de James en *La sílfide* y de Albrecht en *Giselle*, los que siempre había soñado bailar alguna vez con Vivian. Al final lo intentó con *El corsario*, pero enseguida comprobó que ya no poseía la agilidad y el carisma necesarios. Tenía que ejercitarse más, y ahora podría hacerlo. También el corazón le bailaba por dentro cuando regresó esa tarde al French Quarter.

6

Jean-Luc no tardó en convertirse en el profesor más querido de la escuela y, en general, no estaba descontento. El trabajo le divertía, aunque sin duda el plan de estudios lo limitaba mucho. A menudo no sabía qué más hacer con las chicas cuando ya habían aprendido a caminar en lugar de simplemente moverse hacia delante, a dominar la *révérence* perfecta y a recoger un pañuelo del suelo con tanta gracia como lo habría hecho una bailarina. De manera que también les enseñó a atrapar una pelota con la misma elegancia y a realizar danzas de pasos, o en corro, en las que se ondeaban cintas.

La asignatura de bailes de salón era algo más variada, aunque seguía siendo frustrante que las chicas solo pudieran bailar unas con otras. Competían entre ellas por el honor de que Jean-Luc las escogiera alguna vez para hacer las demostraciones de los pasos, igual que le había ocurrido en su día con las bailarinas de París. Él se veía obligado a enseñarles tanto la parte de la mujer como la del hombre de cada baile, y las muchachas más seguras, como Doris, sin duda acabarían metiendo la pata porque no estaban dispuestas a someterse a la guía de su pareja de baile.

Hacia el final del curso escolar, madame LaRue reunió al profesorado para transmitirles a todos una solicitud poco común que había recibido de padres y alumnas.

—Me gustaría conocer su opinión. A mí me parece un poco caprichoso, aunque, por otro lado, para las alumnas de último curso sería el punto culminante de su paso por la escuela.

—Y tal vez nos conseguiría también más matrículas —apuntó madame Thérèse, siempre práctica.

Jean-Luc aguzó el oído. Ya había oído rumores de que la escuela de madame LaRue estaba pasando por problemas económicos. El edificio que ocupaban era de alquiler, y en Nueva York los alquileres subían a un ritmo vertiginoso. De no contar con ayuda financiera regular por parte de los padres de las alumnas, aparte de las cuotas de la escuela, hacía tiempo que habrían tenido que cerrar.

—Exacto, Thérèse —confirmó madame LaRue—. Aun así, evidentemente no queremos contravenir las normas de la etiqueta y tomarnos la libertad de…

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó por fin monsieur Allart.

La directora carraspeó.

—De un baile de debutantes. Nuestras alumnas están descontentas, y con toda la razón, porque deben realizar la misma formación que las debutantes europeas, pero nunca tienen la oportunidad de ser presentadas ante un rey o algún otro dignatario, ni de debutar en sociedad para la temporada de bailes siguiente. Ahora, el padre de Doris ha propuesto financiarles un baile así en Astor House a su hija y sus compañeras cuando terminen la formación en la escuela. Ha pensado en el mes de junio, después del último día de clase antes de las vacaciones.

A Jean-Luc se le iluminó el rostro.

—¡Pero eso es maravilloso! —dijo, dándole voz a su entusiasmo —. ¿Qué pega podría haber, madame LaRue? Es evidente que no

podemos sacarnos de la manga a ningún rey, pero ¿no existe algo así como una eminencia en Nueva York? Tal vez una dama de edad avanzada que ocupe un alto rango en la sociedad y ante la cual pudieran hacer una reverencia las chicas. Yo podría preparar con ellas una coreografía para la ocasión y, de todas formas, tarde o temprano tendrán que probar a bailar con una pareja masculina. En un acontecimiento así, por lo menos tendríamos un poco más de control.

Pensó en Doris y en otras alumnas suyas que estaban más hechas para llevar que para dejarse llevar.

—Entonces ¿no les parecería indecoroso que, como escuela, apadrináramos un baile de esas características? —preguntó madame LaRue, y miró a sus compañeros de trabajo con vehemencia.

Monsieur Allart negó con la cabeza.

—En modo alguno —repuso este—. La escuela de la señorita Zimmer, a la que asisten muchas chicas de origen alemán que todavía no tienen un inglés perfecto, ya organizó el año pasado algo similar en el Union Club. Entre otras cosas, para que sus alumnas entablaran conocimiento con jóvenes de la alta sociedad estadounidense. Dicen que fue muy bonito y les comportó numerosas invitaciones a acontecimientos en buenas casas de aquí. Aunque, desde luego, en nuestro caso no se trataría tanto de reunir a parejas de orígenes diferentes…

—Con todo, invitaríamos preferentemente a jóvenes caballeros de familias de dinero antiguo —señaló madame Thérèse—. Porque sí deseamos tender puentes para nuestras alumnas.

Jean-Luc no pudo evitar acordarse de Doris y de su ducado. Su señor padre le estaba comprando a su hija un debut con la

esperanza de que tal vez mordiera el anzuelo algún Astor, algún Schuyler o algún Roosevelt: representantes de fortunas legendarias de las que incluso Jean-Luc había oído hablar. Bueno, por él que no quedara. Bajo su tutela, la hija de uno de los reyes del hampa de Nueva York se convertiría en una de las debutantes de aire más principesco que nadie pudiera imaginar. Siempre que controlara esa boca tan suelta que tenía. Jean-Luc apreciaba a esa chica y le deseaba mucha suerte.

Durante los días siguientes estuvo trabajando en una coreografía para inaugurar el baile. Mientras tanto, madame LaRue se puso en contacto con la señora Caroline Schermerhorn Astor, la principal autoridad de la sociedad neoyorquina. Si ella auspiciaba el acontecimiento, sería una sensación, y la idea de encarnar el papel de reina ante las debutantes la tentaría sin lugar a dudas.

Madame LaRue también se dedicó en cuerpo y alma a la selección de jóvenes que estuvieran dispuestos a acompañar a una debutante al baile. Fue a informarse al Columbia College, a clubes y a bufetes de abogados. También los aspirantes a oficiales eran una posibilidad. Las familias de las alumnas —no todas las cuales procedían de hogares de nuevos ricos, desde luego, sino que también las había que pertenecían a la alta sociedad más arraigada — ayudaron en la búsqueda, de modo que a menudo sería el primo o el hermano de otra alumna quien llevaría a una muchacha al baile.

Gracias a ello, el ambiente de la escuela se volvió más alegre y festivo. Las chicas comentaban la confección de sus vestidos —todos blancos, por supuesto— y hablaban de sus acompañantes, a los que conocerían en los últimos ensayos de la danza coreografiada. Las

más jóvenes discutían sobre si les permitirían asistir por lo menos desde la galería del salón de baile.

A Jean-Luc, todo aquello le recordó la preparación para los exámenes finales de la Ópera de París. También allí se percibía optimismo en el ambiente desde meses antes, además de cierto miedo al fracaso. En la escuela, no obstante, las alumnas no tenían nada que temer. Les entregarían unos diplomas de graduación, claro, pero después nadie se los exigiría. Su verdadero examen empezaría una vez hubieran acabado la escuela: de ellas se esperaba que aplicaran todo lo aprendido para conseguir casarse con alguien de una familia de renombre… y rica, naturalmente.

La señora Astor aceptó finalmente, y también todo lo demás salió a pedir de boca. Por ello, tanto Jean-Luc como monsieur Allart se extrañaron cuando madame LaRue, pocas semanas después, convocó otra reunión del profesorado.

Jean-Luc, que esperaba que le preguntaran por la marcha de las clases de baile, llevó consigo los bosquejos de la coreografía, mientras que monsieur Allart aportó sus partituras. Sin embargo, madame LaRue no les preguntó por los preparativos del baile, sino que tenía una petición muy diferente.

—Va a llegarnos una alumna nueva —informó a los profesores—. A la clase de último curso.

—¡Pero si solo quedan dos meses! —exclamó monsieur Allart, sorprendido.

Madame Thérèse, que parecía estar ya al tanto de todo, guardó silencio. Su expresión, no obstante, era de preocupación.

—¿Y qué va a aprender en tan poco tiempo? —añadió el profesor de música.

—Se traslada a nuestro centro desde el instituto de la señorita Zimmer —explicó madame LaRue—. Por tanto, no debería ir demasiado rezagada.

Los planes de estudio de las escuelas superiores para señoritas, en efecto, eran en su mayor parte idénticos. Los institutos de la señorita Zimmer y de madame LaRue se diferenciaban principalmente por los idiomas preferentes en los que se impartían las clases, aunque las alumnas de la señorita Zimmer también recibían clase de francés, de manera que la joven nueva debería poder comunicarse en esa lengua.

—Aun así, ¿de qué le servirá cursar las últimas ocho semanas con nosotros? —insistió monsieur Allart una vez más.

—La familia está decidida —repuso madame LaRue—. El padre, mejor dicho, porque la madre murió hace tiempo, al parecer. Se trata de Joana Oberman, la hija del fabricante de zapatos.

A Jean-Luc ese nombre no le decía nada, pero monsieur Allart soltó un tenue silbido entre dientes. Entonces le explicó a Jean-Luc que el padre de Joana producía calzado a gran escala. Su abuelo Hans había llegado hacía muchos años como inmigrante desde Pirmasens, la capital alemana de la fabricación de zapatos, y había fundado una manufactura. Su hijo Frederick la había ampliado gracias a la maquinaria moderna y se había especializado en botas y zapatos recios para trabajadores del campo y buscadores de oro. Con ello había encontrado su propia mina de oro, tal como lo expresó monsieur Allart.

—Aun así, no deberíamos ocultar que también nosotras tenemos nuestras dudas —informó entonces madame Thérèse—. Lo que acaba de señalar nuestro estimado monsieur Allart fue justo lo que

pensamos madame LaRue y yo misma. Tememos que haya ocurrido algo extraño, aunque, por mucho que queramos, no podemos imaginar por qué ha renunciado la señorita Zimmer a que la señorita Oberman siga participando en sus clases.

—¿Quiere decir que la han expulsado? —preguntó Jean-Luc—. ¿Y no pueden preguntárselo a la señorita Zimmer? Seguro que la conocen.

—¡Por supuesto que no vamos a preguntar algo así! —La voz de madame LaRue adoptó el tono cortante con el que reprendía a sus alumnas cuando expresaban algo del todo absurdo—. La señorita Zimmer está obligada a la discreción, faltaría más, igual que lo estaríamos nosotros en un caso semejante. Sea lo que sea lo que haya sucedido en su anterior escuela, mademoiselle Oberman es muy bienvenida aquí y será aceptada en la clase de último curso sin reservas y sin ningún tipo de preguntas.

Jean-Luc tomó nota de la crítica, puesto que en modo alguno quería contravenir las reglas internas del centro. Sin embargo, con la mirada puesta en el próximo acontecimiento, no pudo reprimir un último comentario.

—Entonces ¿mademoiselle Oberman también participará en el baile? —quiso saber con cautela.

Por dentro, se preguntó si no sería precisamente ese baile de debutantes en el mejor hotel de la ciudad y bajo los auspicios de la señora Astor el motivo del cambio de escuela de Joana. Era posible que tuviera tantas ganas de participar en él que hubiera provocado que la expulsaran del centro de la señorita Zimmer.

—¡Por supuesto! —confirmó madame LaRue—. Confío en que tenga aptitudes suficientes. En caso contrario, deberá trabajar con

ella aparte, monsieur Dimarche. Para mí, es de suma importancia que su padre quede satisfecho. Usted, monsieur Allart, se encargará de las clases de piano y canto de la joven. Parece que tiene un talento natural.

—De modo que Frederick Oberman ha comprado el ingreso de su hija —resumió monsieur Allart cuando salía de allí con Jean-Luc—. Seguro que madame está contenta y, desde luego, yo mismo certificaré que la joven canta como los ángeles y tiene conocimientos de piano suficientes para hacer carrera como pianista.

Jean-Luc se rio.

—Ándese con ojo, no vaya a convertirse en una cantante de variedades, en lugar de ser buena y casarse. ¡Madame LaRue no se lo perdonaría jamás!

Jean-Luc conoció a la nueva alumna en la clase de baile. Cuando entró en el aula, la joven estaba hablando con otras chicas, de espaldas a él. Aun así, Jean-Luc se quedó sobrecogido: una brillante melena rizada de color canela caía por la espalda de la muchacha. Hasta entonces solo había visto un pelo así en aquella joven inglesa. Si también se parecía a ella en todo lo demás… Se sintió superado por unos sentimientos que creía muertos desde hacía tiempo.

Sin embargo, entonces se fijó en que Joana no tenía una espalda tan delicada como Vivian, sino que era de gran estatura, y, cuando se volvió, no vio en ella facciones élficas, sino un rostro más bien ancho y plano, con una barbilla pronunciada. También esa joven tenía los ojos verdes y grandes, pero estaban muy separados, y su tez era pálida. Tenía la nariz algo afilada, igual que Vivian, y labios

gruesos y de un rojo delicado. Era innegable que las unía cierto parecido, aunque su nueva alumna carecía del atractivo y la luminosidad que había irradiado siempre la joven Vivian.

Jean-Luc se llamó al orden y saludó con palabras afables tanto a sus alumnas habituales como a la nueva incorporación.

—Creo que primero estiraremos un poco y luego, para calentar, bailaremos un vals. Joana, quizá no esté usted acostumbrada a los ejercicios de calentamiento. La mayoría de las escuelas de baile prescinden de ellos, pero lo cierto es que ayudan a que las bailarinas se muevan con más elegancia.

Jean-Luc le mostró a la joven cómo estirar los brazos y las piernas para calentar, y le indicó que debía mantener la espalda recta al hacerlo. Ella lo imitó con bastante desgana, probablemente pensando que practicar era innecesario. Él no dijo nada al respecto, sino que distribuyó a las chicas por parejas.

Madame Thérèse se puso a tocar un vals al piano y las alumnas empezaron a girar.

Doris bailó con Joana demostrando un porte y una elegancia extraordinarios. Joana también conocía los pasos básicos, por supuesto, pero resultaba algo torpe y desmañada. No era comparable a las demás, que gracias a las clases de Jean-Luc habían mejorado su agilidad y su garbo, y tampoco olvidaban sonreír mientras bailaban.

—Siempre sonriendo, Joana —le indicó Jean-Luc con amabilidad, ya que ella seguía poniendo cara de mal humor—. Así, transmitirá un encanto muy diferente. Y no lo haga de forma mecánica, sino pensando en algo que le haga feliz. La sonrisa debe llegar a sus ojos. ¡Solo entonces brilla desde el interior!

Joana miró al profesor con reticencia.

—No sabía que aquí se bailaba con otras chicas —comentó.

—¿No? —Jean-Luc se extrañó—. ¿Cómo lo hacen en el instituto de madame Zimmer? Aquí no tendremos parejas masculinas hasta que ensayemos la polonesa con la que se inaugurará el baile. De momento, practicarán entre ustedes.

Como Joana seguía mostrándose a todas luces descontenta, Jean-Luc decidió cambiar de táctica. Después de ponerse de acuerdo con madame Thérèse mediante un gesto, le pidió formalmente a la alumna nueva que bailara un vals con él y la tomó del brazo con galantería. Joana sonrió por fin y se esforzó por seguir su guía experta, aunque le faltaba ligereza y garbo. Jean-Luc sonrió también y fue muy cauto al exponer sus críticas y correcciones. Al final, le dio las gracias por el vals y la sacó a bailar una vez más cuando las alumnas formaron para la polonesa. A sus demás pupilas no les sentó muy bien, y menos aún cuando Jean-Luc encabezó también la danza en corro con Joana, que echó a correr hacia delante como si se tratara de ganar una carrera.

—La cabeza alta, Joana, por favor. Siéntase como si fuera una princesa.

—¡Pero no una a la fuga! —exclamó Doris.

Las demás se rieron y Joana las fulminó a todas con la mirada.

—¡No tiene gracia, Doris! —la reprendió Jean-Luc—. Recuerdo cómo caminaba usted con un libro sobre la cabeza. ¡Tampoco resultaba muy elegante!

Doris soltó una risilla, se hizo con un cuaderno de partituras del piano y, divertida, se lo puso sobre los rizos oscuros. Con una expresión majestuosa, efectuó los primeros pasos de la polonesa.

Jean-Luc quiso volver a reñirla, pero la imagen y la expresión de la muchacha resultaban tan cómicas que ni siquiera madame Thérese pudo reprimir una sonrisa.

—Esto no va a funcionar —le anunció Jean-Luc a la directora en su despacho después de clase. Había ido directo a ver a madame LaRue—. Mademoiselle Oberman está muy retrasada con respecto a las demás en cuanto a pose y movimiento. Hoy he tenido que dedicarme casi exclusivamente a ella, lo cual, por supuesto, hace que las otras estén celosas.

—¿Celosas? —preguntó la directora, sorprendida—. En mis clases, las alumnas siempre se alegran de que me concentre en otra. En fin, esta nueva situación es desacostumbrada, lo reconozco, y tendrá usted razón. ¿En qué solución había pensado, monsieur Dimarche?

—Le agradezco su comprensión, madame LaRue —dijo Jean-Luc —. Y, por supuesto, he estado dándole vueltas a cómo podríamos restablecer el equilibrio. Creo que unas clases particulares ayudarían a mademoiselle Joana a ponerse al nivel más deprisa. Aunque eso conlleva el peligro de que reciba más comentarios impertinentes…

Madame LaRue se irguió y levantó una ceja.

—Sí, mi prima ya me ha hablado del último numerito de Doris. ¡Esa chiquilla es incorregible!

Jean-Luc sonrió.

—Todos hacemos lo posible por preparar a las jóvenes para su vida después de la escuela pese a sus distintos temperamentos. ¿Informará usted a mademoiselle Joanna y a las demás sobre esta reorganización, madame LaRue? A cambio, podríamos liberarlas de más clases de baile durante las próximas dos semanas.

7

En su primera clase particular a Joana ya no se le notaba el disgusto. Entró en la sala con una sonrisa, y Jean-Luc se esforzó en tenerla contenta interpretando para ella la pequeña función que había improvisado meses antes para las otras chicas: los andares de princesa y príncipe, la reverencia, así como la inclinación perfecta. Cuando se inclinó ante ella, Joana estaba radiante y se esmeraba en imitar sus movimientos.

—Pero ¿no debería guiarme? —preguntó cuando Jean-Luc la animó a caminar con gracia—. ¿Como el otro día?

Jean-Luc sacudió la cabeza.

—Eso era en la polonesa —aclaró él—. Ahí la dama va del brazo del caballero. Pero si usted, por ejemplo, acude a una presentación en casa de la señora Astor, va sola. O, mejor dicho: ¡camina!

Tal vez Joana se pareciera un poco físicamente a Vivian, pero carecía de su gracia natural. Jean-Luc necesitaba paciencia para limar los movimientos, y mucha diplomacia. Joana se ofendía con facilidad cuando la corregían. Por supuesto, aprendía, tampoco es que el resto de sus alumnas hubieran nacido para ser bailarinas, pero requería un apoyo constante. Jean-Luc respiró tranquilo cuando por fin llegó a ser lo bastante buena para dejar de llamar la atención entre las demás chicas.

Por fin se acercaba el baile de debutantes y era el momento de asignar a las chicas los anhelados compañeros de baile masculinos. Madame LaRue había formado las parejas tras unas complejas reflexiones, y estaba informando a las jóvenes damas cuando Joana regresó al salón de baile al terminar la clase y se dirigió a Jean-Luc.

—No voy a ir al baile con ese Richard Sinclair —aseguró. Le habían asignado al joven, un estudiante de Harvard. Era un poco mayor que los demás y se consideraba un buen bailarín—. ¡Yo bailaré con usted!

Jean-Luc reaccionó molesto.

—Pero, Joana, yo no soy su pareja de baile. Soy su profesor. No puedo acompañarla al baile de debutantes.

—No es mucho mayor que los demás jóvenes que ha seleccionado madame LaRue —apuntó Joana—. Pero baila mucho mejor. Para mí es un placer bailar con usted. Me siento ligera como una pluma. Como debe ser. Así que bailaré con usted.

—Pero yo…

Jean-Luc se sintió del todo abrumado ante semejante descaro. Joana hablaba como si no hubiera duda de que él fuera a conformarse.

—Joana —volvió a intentarlo a continuación—. Este baile sirve para que las damas y los caballeros jóvenes de la alta sociedad se presenten entre sí. Yo no pertenezco al círculo en el que un día se casará usted. En eso mi edad carece de importancia.

—Es cierto, se trata de dar la mejor imagen posible —tergiversó Joana sus palabras—. Si voy de su mano lo conseguiré. Con quien me case algún día…

Dejó de hablar, pero a Jean-Luc le dio la sensación de que ahí podría ir un «… ¡eso lo decido yo!».

Tragó saliva.

—Joana, como le he dicho, no es posible…

—¡Pues consiga que sea posible! —ordenó Joana, y se fue como una exhalación.

Jean-Luc pidió de nuevo hablar con madame LaRue. Ella lo volvió a escuchar en silencio, pero no pudo evitar que los rasgos de la cara la delataran en cierta manera.

—*Mon Dieu*, ¿qué se cree esa chica? —exclamó al final.

—En mi opinión, mademoiselle Oberman cree que puede conseguir todo lo que se le antoje —puntualizó él—. Ahora depende de usted, madame LaRue, decidir si queremos darle la razón o ponerle límites.

La directora suspiró.

—Los límites debería ponérselos su padre —dijo—. ¿En principio usted estaría dispuesto a llevar a la joven dama al baile? ¿Por el bien de nuestra escuela? Además…, bueno, lo que quiero decir es que… después todos la perderemos de vista para siempre.

Jean-Luc se detuvo un momento. ¿De verdad la solución era plegarse a la voluntad de esa joven nueva rica? Tragó saliva y observó a madame LaRue al otro lado del lustroso escritorio, pulido y siempre ordenado. Nunca había visto a la directora de la escuela, por lo general muy segura de sí misma, tan aturdida y resignada. Al final se encogió de hombros.

—Si es su deseo, madame LaRue, puedo hacerlo, por supuesto. Y tenga por seguro que pondré todo mi empeño en ello, por el bien de su escuela. —Hizo una pausa—. Sin embargo, debo confesarle que no dispongo del vestuario adecuado.

—Hablaré con monsieur Oberman —le prometió madame LaRue —. Tal vez consiga que su hija entre en razón.

Al día siguiente por la mañana la directora de la escuela convocó a Jean-Luc en su despacho en la primera pausa.

—Monsieur Frederick Oberman celebra que usted lleve a su hija al baile. Las palabras exactas fueron «mejor un bailarín que un jardinero», desconozco qué quería decir con eso. En todo caso, está dispuesto a pagarle un bonus considerable.

Jean-Luc se puso rígido.

—¡No voy a permitir que me paguen por ir con una mujer a un baile! —dijo él con mucho pundonor—. ¿Cómo se sentiría la chica? Joana es una niña mimada, pero también tiene su dignidad.

Madame LaRue arrugó la frente.

—Pero si siempre le han pagado por bailar.

—A mi pareja también le pagan —repuso Jean-Luc—. En cambio deduzco que mademoiselle Oberman ignora que su padre me «alquila», por así decirlo.

La directora enarcó las cejas.

—Espero que no se equivoque, monsieur Dimarche. Pero está bien, como quiera, volveré a hablar con monsieur Oberman. ¿Y su vestimenta de etiqueta?

—La pago yo —aclaró Jean-Luc, y soltó un suspiro apenas audible—. De todas formas, a la larga necesitaré un buen traje.

Madame Briard al final le confeccionó el traje a medida y solo quiso aceptar el dinero de la tela. A cambio él tuvo que escuchar sus simpáticas bromas mientras se lo probaba.

—Ha hecho que la niñita rica pierda la cabeza por usted. —Se rio y siguió hablando de forma confusa, con la boca llena de alfileres—. Muy bien. Si papaíto sigue dejándose mangonear por la pequeña Joana, ¡puede que saque un buen partido!

—¡Pero si yo no quiero casarme! —se defendió Jean-Luc—. No antes de volver a poner un pie en mi verdadera profesión.

—Pie es una buena palabra clave —comentó madame Briard—. ¿Frederick Oberman no tiene una fábrica de calzado? ¡Todo encaja!

Jean-Luc estaba muy elegante cuando se puso en camino hacia la villa de los Oberman la noche del baile con un ramo de flores. Debía recoger a Joana, y su padre también los acompañaría. El programa de la velada incluía un baile de las debutantes con sus padres. Estaba previsto justo después de la polonesa y del vals inaugural.

Frederick Oberman saludó al caballero de su hija en el gabinete y le ofreció un coñac que Jean-Luc rechazó.

—Me impresionó mucho que declinara la oferta del bonus. —El padre de Joana fue directo al grano—. Y eso que al principio no creí a mi hija cuando me dijo que su profesor la había invitado al baile.

Jean-Luc se quedó con la mandíbula desencajada. ¿Que él había invitado a Joana? ¿Madame LaRue no lo había aclarado? Pensó en qué contemplaban los buenos modales en ese caso. No podía dejar en evidencia a la chica bajo ningún concepto.

—Su hija es una joven muy guapa —acertó a decir al final.

Oberman esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eso es verdad! ¡Y sabe muy bien lo que quiere!

Jean-Luc estuvo a punto de confirmarlo, pero luego se refugió en otro lugar común.

—Es una cualidad muy valiosa para una joven moderna —dijo—. Los tiempos cambian. Hoy en día uno ya no quiere que la mujer sea un mero adorno bonito, también disfruta de una compañera lista con criterio propio. —Para Jean-Luc era evidente, al fin y al cabo estaba acostumbrado a las bailarinas con aplomo de la Ópera de París.

Frederick Oberman sonrió.

—Por desgracia, no todos piensan lo mismo —comentó. Se levantó e invitó a Jean-Luc a seguirlo al generoso vestíbulo de su casa. El padre orgulloso observó expectante la escalera—. ¡Oh, ahí viene!

Joana bajó con su vestido blanco haciendo gala de lo que había aprendido sobre movimientos gráciles. Sin embargo, llevaba los cordones tan apretados que tampoco podía hacer otra cosa que mantenerse erguida como correspondía. El vestido requería una cintura de avispa que la naturaleza no había dado a Joana. Aun así, lucía un peinado muy bonito, con una diadema sobre el cabello color canela a juego con el vestido, y la sonrisa era radiante a más no poder.

Jean-Luc le devolvió una sonrisa amable.

—Está usted preciosa, mademoiselle Joana —la elogió.

—Y a usted le queda muy bien el traje, monsieur Dimarche —contestó ella—. ¿O puedo llamarle Jean-Luc a partir de hoy?

A Jean-Luc le habría gustado esquivar esas confianzas. No era habitual que las parejas se llamaran por el nombre de pila en esos bailes.

—Como quiera —respondió él formal, y le dio el ramo de flores. Ella lo aceptó con garbo y se agarró con toda naturalidad al brazo de Jean-Luc para que la sacara de la casa.

Frederick Oberman lo observó todo con benevolencia: hacían buena pareja.

Frente a la casa aguardaba un espléndido coche, tirado por cuatro relucientes caballos, el cochero con librea abrió la puerta de los pasajeros y Jean-Luc tuvo la sensación irreal de haber aterrizado en una representación de *Cenicienta*. El hada madrina de Joana Oberman había convertido a ese bailarín fracasado en un príncipe. Durante una noche. Decidió disfrutarlo.

8

El baile para las jóvenes debutantes era de ensueño. Astor House, el mejor hotel de la ciudad, ya resplandecía desde fuera bajo la luz de las lámparas de gas, y unas arañas de cristal de Bohemia iluminaban el enorme salón de baile. El parquet brillaba pulido y los invitados aguardaban en el borde de la pista de baile y en la galería. Una orquesta de salón tocaba de fondo sobre la tarima, bajito al principio, pero aumentó el volumen cuando las debutantes y sus caballeros se colocaron para entrar. Jean-Luc encabezó la polonesa con Joana, y justo detrás iba Doris Morissey de la mano de un apuesto estudiante de Harvard de la conocida familia Schuyler. Tras una breve danza de pasos sonó el primer vals, que las debutantes exhibieron aún en formación. Desde la galería era una imagen deliciosa. Luego Doris y su padre, un hombre corpulento, inauguraron la danza de las señoritas con sus padres, y a continuación se abrió la pista de baile. Jean-Luc invitó de nuevo educadamente a Joana para luego disculparse diciendo que seguro que madame LaRue quería bailar una vez. Para entonces se alegraba de no estar sentado con los profesores, a los que se habían unido también los padres de las chicas que aún eran demasiado jóvenes para participar en el baile. Madame LaRue, su prima Thérèse y monsieur Allart mantenían una conversación educada con ellos mientras el champán ya corría entre las filas de las debutantes y sus

padres. Madame LaRue giraba un poco rígida en brazos de Jean-Luc; en cambio Thérèse, que era mayor, mostró mucho más entusiasmo. Después llegó el momento de la presentación de las jóvenes damas «en la corte», y la señora Schermerhorn Astor se aposentó en su palco de honor como una auténtica reina.

Doris Morrissey era la primera en hacerle la reverencia, y lo hizo con tanta gracia que sin duda la primera dama de Nueva York olvidó que hasta entonces el apellido de Doris se había asociado más a las casas de juego y los cuadriláteros de boxeo que al encanto y la elegancia. La señora Astor dedicó una palabra amable a cada debutante y una sonrisa benévola: ninguna verdadera monarca lo habría hecho con más estilo.

Así terminaron las formalidades y el baile siguió su curso. Más tarde se abrió un bufet, si bien solo de pequeños refrigerios. De todos modos, las damas de la sala iban todas tan ceñidas que apenas podían tragar nada.

Jean-Luc, en cambio, en un momento dado empezó a sentirse un poco embriagado por el alcohol, la música y el baile, y a manifestar sentimientos más afables hacia Joana. Hasta entonces le había parecido agresiva, pero en ese momento casi le agradecía que hubiera insistido tanto en imponer su voluntad. En todo caso, lo había ayudado a pasar una velada fantástica, y, cuando bailaba con él, la sonrisa se le contagiaba también a los ojos. Si cerraba los suyos, él se imaginaba guiando a Vivian Altham por el parquet. No obstante, la sensación de flotar esa noche se debía más al champán que a la gracia de la joven que tenía en sus brazos.

Cuando por fin el carruaje los llevó de vuelta a la mansión de los Oberman, el beso que le dio en la mano a modo de despedida le

salió de dentro, su sonrisa era sincera y la siguió una mirada casi lastimera mientras entraba en la casa del brazo de su padre.

El hechizo se rompió cuando regresó dando un paseo por las calles nocturnas hacia el French Quarter. Había sido bonito, pero no le entristecería no volver a ver a Joana Oberman y a su padre. Fredrick Oberman le había dejado muy claro cuál era su sitio al no pedir a su cochero que llevara a casa al caballero de su hija después del baile. Habían tocado las doce, y Cenicienta debía volver a la cocina…

Después del baile, madame LaRue cerró la escuela para las largas vacaciones de verano, y en septiembre admitieron a una nueva promoción de alumnas. Eran solo cinco chicas jóvenes, de entre doce y trece años, y eso inquietaba a la directora. Había tenido que aumentar la matrícula ese curso para poder salir adelante económicamente, y eso implicaba que familias que contaban con unos buenos ingresos, pero que no eran ricas, ya no podían permitirse su escuela. Jean-Luc empezó a preocuparse por su trabajo, aunque acudió a su puesto con ánimo renovado para transformar a los patitos torpes que daban tumbos por el salón de baile en orgullosos cisnes.

Sin embargo, poco después del inicio de curso, le llegó de improviso la invitación a una cena con baile. Para Frederick Oberman era un honor ofrecer un banquete seguido de un baile. Jean-Luc, sorprendido porque hubieran pensado en él, quiso declinar el ofrecimiento, pero madame Briard le aconsejó que no lo hiciera, y madame LaRue tampoco puso reparos.

—Joana Oberman ya no es alumna nuestra. Si va o no a ese baile es un asunto personal suyo, monsieur Dimarche. Pero yo en su lugar procuraría no ofender a los Oberman. Esta ciudad vive de los buenos contactos, mantener una relación amistosa con una casa como la de los Oberman podría salirle a cuenta algún día…

Jean-Luc iba a preguntarle con picardía si creía que el empresario Oberman pretendía inaugurar un teatro de baile en un futuro próximo, pero se contuvo. Madame tenía razón: los Oberman le ofrecían una entrada a la alta sociedad. Sería una locura rechazarla.

Así, el día del baile Jean-Luc se enfundó otra vez el traje nuevo, compró un ramo de flores bastante más grande que la última vez y se dirigió puntual a la mansión de los Oberman en Washington Square. No le sorprendió que el salón de banquetes de Frederick Oberman estuviera casi a la altura del de Astor House en elegancia. En casa de los Oberman habían dispuesto alrededor de la pista de baile seis mesas decoradas con gusto y sitio para ocho invitados cada una.

Frederick Oberman, su hija y una mujer mayor que ejercía de compañera de mesa de Frederick saludaban a los invitados en la entrada de la sala. Joana llevaba un vestido color verde manzana para la ocasión a juego con los ojos, pero que no le favorecía y resaltaba que había engordado un poco desde que había terminado los estudios. Ni siquiera el corsé tan ceñido lo ocultaba. Aun así, Jean-Luc le aseguró que estaba arrebatadora, hizo una reverencia cortés y agradeció la invitación como correspondía.

—Puede quedarse aquí, será usted mi acompañante de mesa —aclaró Joana.

Jean-Luc se sintió muy incómodo. ¡No era apropiado que saludara a los invitados que ni siquiera conocía casi como si formara parte de la familia! Por otra parte, no podía ocupar su sitio en la mesa delante de su dama, y los Oberman serían los últimos en sentarse, por supuesto. Así que se colocó con discreción detrás de padre e hija, se limitó a amagar un saludo a los invitados y no se tomó como una ofensa que el anfitrión no lo presentara. Al final siguió a Frederick Oberman y a su compañera de mesa Margaret Delancey, una señora de buena familia que había enviudado de forma prematura. Joana Oberman caminaba orgullosa como una novia junto a Jean-Luc. Ya se arrepentía de haber aceptado la invitación. Prometía ser una velada difícil.

De todas formas la comida era deliciosa, y tanto los Oberman como la señora Delaney conversaban educadamente, aunque se dirigían más bien al matrimonio Van Rensselaer, que también estaba sentado a su mesa y pertenecía a la muy apreciada familia Schuyler-Van Rensselaer. Eran originarios de los Países Bajos y se habían asentado en la ciudad cuando Nueva York aún se llamaba Nueva Ámsterdam. La conversación giraba en torno a una finca junto al río Hudson que Frederick Oberman quería comprar como residencia de verano. Solo Joana implicaba de vez en cuando a Jean-Luc en la charla.

—¿Le gusta la vida de campo, Jean-Luc? ¿O prefiere la ciudad? ¿Echa de menos París?

París fue un buen apunte, los Van Rensselaer habían estado y se deshicieron en elogios de la ciudad y su cultura. Jean-Luc les dio la razón y les informó de los conciertos y funciones a los que había asistido. No mencionó su profesión, y Joana también lo evitó. Solo

Frederick Oberman, que esa noche parecía bastante irritado, comentó que, en su ciudad natal, Jean-Luc formaba parte más de los artistas creadores que de los admiradores de las bellas artes. La señora Van Rennsselaer sonrió al joven.

—¿De verdad? ¡Déjeme adivinar! ¡Usted podría ser pintor! ¿O se dedicaba a la poesía? ¡No hay nada más rápido para ganarse el corazón de una dama! —Al decirlo lanzó una mirada a Joana.

A continuación Jean-Luc reveló cuál era su profesión, y la conversación enmudeció un segundo. La pintura y la poesía se consideraban ocupaciones respetables para los jóvenes haraganes de familias acaudaladas, pero ¿el ballet? Al final la señora Van Rennsselaer soltó una risa afectada.

—Bueno, por lo menos en el sentido más amplio tiene que ver con el calzado —comentó, nerviosa.

Su marido soltó una carcajada atronadora.

—Entonces ¿crees que Frederick cambiará en breve su producción de zapatos de trabajo por las zapatillas de ballet?

A Jean-Luc no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, y a Frederick Oberman parecía que le bullía el cerebro. Lo mejor habría sido cambiar de tema, pero Jean-Luc tampoco estaba dispuesto a permitir que alguien se burlara de su arte.

—Las zapatillas de ballet, monsieur, son calzado de trabajo igual que las botas de los buscadores de oro. Su producción es extremadamente costosa, y las fábricas de Francia ganan mucho dinero con ellas porque los bailarines utilizan muchísimas zapatillas. De media se gasta un par en una semana, una *prima ballerina* o un *danseur noble* pueden destrozarlo en solo una noche. Además, los bailarines saben mucho de su fabricación porque las zapatillas les

deben ir perfectas, las costuras tienen que sentarles bien. Muchos vuelven a coserse las zapatillas para que se agarren y se deslicen mejor. La mayoría son de seda o de cuero ligero… —Jean-Luc podría haberse pasado horas sentando cátedra, pero sabía que ya estaba aburriendo a su público.

—Ya ve, Frederick, su preciosa hija se ha buscado a un experto en su oficio —comentó la señora Van Rennsselaer, ahora algo menos nerviosa—. ¿No le apetece inaugurar el baile con su encantadora… eh… acompañante, monsieur Dimarche? Seguro que son la pareja más bonita del baile. ¡Háganos partícipes de su arte!

A Jean-Luc no le apetecía en absoluto, le parecía que ese honor le correspondía al padre de Joana y la señora Delaney, pero Joana ya se había levantado.

—¡Una idea fantástica! —exclamó, y esperó a que Jean-Luc también se pusiera en pie y le ofreciera el brazo. A continuación la guio en los valses que habían ensayado a la perfección para el baile de debutantes, y no le habló hasta que todos giraron también alrededor al ritmo de la música.

—¡Joana, por favor, déjelo ya! No sé qué pretende, pero está dando la impresión a la gente de que estamos prometidos o a punto de estarlo. No es algo en absoluto del agrado de su padre, y a mí me pone en un compromiso. Yo…

Joana se echó a reír.

—¿Y tan grave sería? —le preguntó—. ¿Tan repugnante me encuentra que no es capaz ni de imaginarse pidiéndole la mano a mi padre?

—Sería inapropiado —contestó Jean-Luc—. No pertenezco a sus círculos, su padre jamás me aceptaría…

—¡Pero usted sabe de calzado! —Levantó la cabeza y le sonrió—. ¿Por qué no se arriesga?

—Joana, yo… no la quiero. No quiero ni puedo casarme con usted.

A Jean-Luc su propia reacción le pareció brutal, pero le daba la sensación de que solo servía ser claro. Sin embargo, Joana despachó sus objeciones con una sonrisa.

—En junio, en el baile de la escuela, mi impresión fue muy distinta. Las miradas que usted me lanzaba…, el beso…

—¡Fue un beso en la mano, Joana!

—¡Deberíamos ir al jardín y probar con un beso de verdad! —Esquivó coqueta todas sus réplicas de nuevo—. Hace tiempo que quiero que me bese de verdad de una vez. ¡Venga, Jean-Luc!

Tiró de él hacia el ventanal que separaba el salón de baile de un precioso jardín con una magnífica iluminación. Un pórtico de cristal daba al exterior.

—No, mademoiselle Joana. ¡Por favor, ni puedo ni quiero! —Jean-Luc estaba cada vez más desesperado. Si armaba aún más alboroto y tenía que resistirse en serio a salir con ella fuera… Sería un escándalo si los demás invitados se percataban de su discusión—. ¡Mejor nos tomamos otra copa de champán!

Respiró aliviado cuando ella transigió.

—¡El champán te relajará, querido! —canturreó Joana tuteándolo en un exceso de confianza, con lo que, una vez más, se saltó todos los límites. Jean-Luc empezó a sospechar que se había animado con la bebida más de lo aconsejable. No se había fijado en cuánto bebía cada uno en la mesa, pero sí se había percatado de que los camareros no paraban de servir.

Cogió dos copas de la bandeja de uno de los sirvientes y llevó a Joana de nuevo a su mesa. Cuando los dos estuvieron aposentados, le dio la copa. Por suerte estaban solos, las demás parejas bailaban. Jean-Luc esperaba que la joven por fin entrara en razón, asumiera el esplendor de la velada y representara a su familia con dignidad a partir de ese momento. Se suponía que las clases en escuelas honorables como la de madame LaRue o el centro parecido de la señorita Zimmer las preparaban justo para eso.

Joana Oberman tenía toda la intención de representar a su familia, pero su concepto de la dignidad y la buena conducta difería notablemente del de Jean-Luc. Agarró su copa, la levantó de nuevo y luego invitó a Jean-Luc a seguirla.

—¡Deberíamos saludar a algunos de los invitados! —propuso, y acto seguido fue mesa por mesa hablando con conocidos.

La mayoría eran los invitados más jóvenes, Jean-Luc deseó que lo tragara la tierra cuando reconoció a dos antiguas alumnas sentadas con sus padres y sus acompañantes varones en una mesa. Una de las damiselas presentó como su prometido al joven oficial que tenía al lado, de lo más apuesto con su uniforme. El resto de los invitados, fueran jóvenes o mayores, llevaban la curiosidad escrita en el rostro. ¿El profesor de baile de madame LaRue en una celebración de los Oberman? ¿Cuál era su papel? ¿Y por qué la señorita Joana Oberman buscaba su cercanía con tal descaro?

Jean-Luc imaginaba perfectamente todas las preguntas que sin duda se hacían los invitados presentes. Aun así, aguantó la velada como pudo, con disciplina y contención. Cuando Joana le exigió al despedirse que se besaran en las mejillas a la francesa, él no se

negó, aunque no fuera nada apropiado y no reflejara en absoluto sus sentimientos.

Mientras Joana se despedía con educación de la señora Delaney, que ya tenía el carruaje esperando, su padre se volvió hacia Jean-Luc.

—Joven, creo que tenemos que hablar. ¿Podría venir a mi despacho el lunes? —En realidad la pregunta no admitía réplica.

—Los lunes doy clases —intentó disculparse Jean-Luc de todas maneras. Si algo no le apetecía era una conversación con el padre de Joana.

—Entonces después de las clases —decidió Frederick Oberman—. Haré que lo vayan a recoger.

No toleraba la desobediencia, igual que su hija.

—Bueno, le va a sermonear a base de bien, por supuesto —comentó madame Briard cuando le contó la velada en casa de los Oberman a la mañana siguiente.

Era domingo, y su casera lo había invitado a desayunar junto con mademoiselle Colette. Había cruasanes calientes y *brioches* recién hechos, para él solía ser un festín, pero el día anterior había estropeado el apetito de Jean-Luc. Madame Briard, en cambio, se lo tomó a la ligera.

—Y desde luego no le va a creer cuando le diga que la iniciativa no es suya, sino de su hija —continuó—. Lo mejor será que aguante como pueda, tal vez podría incluso disculparse, y luego todo habrá terminado. Apuesto a que monsieur Oberman mantendrá hoy mismo una conversación seria con su hija. Ese entusiasmo infantil por un

profesor es del todo comprensible, pero la chica exagera. Y perjudica la buena reputación de la familia.

—¿Oberman, dice? ¿El barón del calzado? —Mademoiselle Colette untaba mantequilla en el cruasán. Era una joven menuda y discreta, simpática pero callada. Rara vez aportaba mucho a las conversaciones en la mesa—. El invierno pasado ya pasó algo…

—¿El qué? —le preguntó madame Briard, intrigada.

Colette se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, solo oí algo. La chica se llama Jeanne o algo parecido, ¿no?

—Joana —la corrigió Jean-Luc.

—Estaba en la escuela de la señorita Zimmer, ¿verdad? Conozco a la profesora que da francés ahí, y mencionó algo. Nada concreto, claro… La dirección de la escuela exige discreción. —Colette le dio un mordisco al cruasán—. Ahora ya ha pasado el tiempo… —No siguió hablando hasta que masticó y tragó el bocado. Los modales de Colette eran impecables—. Podría preguntar por ahí.

Jean-Luc la miró agradecido.

—Sería todo un detalle —comentó—. ¿Sabe? Joana Oberman me resulta inquietante. No porque sepa lo que quiere, eso me parece más bien positivo, y estoy acostumbrado por las bailarinas de la Ópera de París. Pero que su padre le siga el juego… Jamás debería haberme invitado a ese baile en su casa. De hecho, ya debería haberle puesto coto con el asunto del baile de debutantes. En París tuve a una alumna de gran talento, hija de un lord inglés. Podría haber llegado lejos, pero el padre tenía otros planes y obligó a la chica a dejar la Ópera.

Quiso hablar en un tono neutral, pero madame Briard percibió los matices a la primera y le puso una mano en el brazo con suavidad, a modo de consuelo.

—Y no se la puede quitar de la cabeza, mi querido Jean-Luc, ¿verdad? Lo siento. Entonces no hay lugar en su corazón para la pequeña heredera millonaria…

9

El corazón de Jean-Luc latía con fuerza cuando, en efecto, el lunes vio que un carruaje de los Oberman esperaba frente a la escuela. No se había sincerado con nadie más, ya tenía suficiente con que madame LaRue lo interrogara el siguiente día lectivo. Seguro que se había fijado en el landó, un coche tirado por dos caballos.

El cochero saludó escueto y desvió al tiro en dirección a Brooklyn. La empresa Oberman Shoes había erigido ahí una fábrica moderna, Jean-Luc suponía que las oficinas contaban con unas bonitas vistas del East River. No vio obreros, pero de las chimeneas salía humo, así que el turno estaba a pleno rendimiento. La gran entrada de la fábrica estaba cerrada. El cochero mostró a Jean-Luc el camino a una entrada lateral, donde lo recibió un secretario.

—El señor Oberman le atenderá enseguida —aclaró, y lo llevó a una sala de espera.

Luego llamó a la puerta del despacho del jefe, y se oyó la penetrante voz de Oberman que dijo de inmediato: «¡Pase!».

—Venga, señor Dimarche, acérquese —lo saludó el padre de Joana. Estaba sentado tras un imponente escritorio, pero se levantó y le dio la mano a Jean-Luc. No parecía enfadado—. ¿Un whisky, señor Dimarche? Y siéntese.

Jean-Luc rechazó la copa, pero se sentó muy obediente en una cómoda silla enfrente de la butaca del jefe. Oberman sacó una

botella de un armario y se sirvió una copa. Luego él también se sentó.

—Deberíamos hablar sobre mi hija —empezó sin más preámbulos —. Y sobre su futuro.

—¿Está hablando del futuro de mademoiselle Joana? —preguntó Jean-Luc.

El dueño de la fábrica suspiró.

—Bueno, en cierto modo se trata del futuro de los dos. A mi hija se le ha metido en la cabeza casarse con usted, señor Dimarche.

Jean-Luc tragó saliva.

—Yo… yo… Me sorprende, señor Oberman —dijo al fin, aunque no le sorprendían tanto las pretensiones de Joana como la reacción de su padre. Parecía que Oberman estaba considerando en serio cumplir los deseos de Joana—. No sé qué decir. No le he hecho ninguna proposición a su hija… Jamás me atrevería a mantener una relación con ella.

Oberman bebió un trago largo de la copa. Luego se volvió de nuevo hacia Jean-Luc.

—Estoy convencido de ello, señor Dimarche. Tampoco lo considero un cazafortunas. Al contrario, me impresionó mucho que rechazara el bonus por acompañar a Joana al baile de la escuela en junio, como le dije. Su conducta fue intachable en todos los sentidos.

Jean-Luc se preguntó a qué venía entonces toda la conversación. Esperó, aunque la cabeza le daba vueltas y el corazón le latía desbocado.

—Pero, mire —retomó la palabra Frederick Oberman—. Si se casa con mi hija, no tendrá que esperar a la herencia. Joana ya es

propietaria a día de hoy del cincuenta por ciento de mi empresa. Tendría unos ingresos mensuales asegurados…

Jean-Luc se incorporó, reunió todo el valor e interrumpió al padre de Joana.

—¡Señor Oberman! ¿Por qué me ofrece a su hija? —preguntó sin tapujos—. Hasta ahora me daba la impresión de que no era el yerno que usted deseaba. Y lo entiendo perfectamente. Seguro que preferiría casar a su hija con el vástago de otro fabricante, tal vez con el hijo de un abogado de renombre o de una respetable familia de médicos.

Oberman suspiró sin disimulo.

—Habría preferido un enlace con mi futuro sustituto. Un joven con instinto empresarial, hábil y que sea de mi cuerda. Por desgracia, Joana no muestra ningún interés…

—Podría imponer su autoridad —comentó Jean-Luc, animado por la sinceridad de su interlocutor—. Eso no significa que Joana se abra a ser su futuro reemplazo. Pero podría encontrar a otro joven que se adapte mejor a su idea, señor. Sin duda yo no soy el adecuado. Deje claro a su hija que debe tomarse su tiempo antes de comprometerse. Envíe a Joana un año a París. Páguele un viaje por el mundo…

Oberman se rio con aspereza.

—Si quisiera hacer un viaje por el mundo, se lo podría pagar ella. Pero veo que debo ser sincero con usted. —Bebió otro trago del whisky—. Más de lo que ya he sido hasta ahora. Mire, entre mi padre y yo hubo algunas diferencias antes de su muerte en relación con la empresa. Yo quería ampliarla y guiarla hacia la producción mecanizada, mi padre quería conservar las antiguas estructuras de

la manufactura. Se enfadó y se obcecó y, para impedir que llevara a cabo la reorientación, nos dejó en herencia Oberman Shoes a Joana y a mí a partes iguales. Así que Joana habría podido detener cualquier innovación y ponerme muchos palos en las ruedas. Resulta que he tenido la suerte de que nunca sintiera verdadero interés por la empresa. Me deja hacer y deshacer a mi antojo. Sin embargo, desde que ha entendido las posibilidades que se le abren siendo la titular de su participación, aprovecha su derecho a voto para presionar. —Volvió a coger su copa—. Eso significa que Joana consigue lo que quiere… casi siempre. He tenido que intervenir una o dos veces como tutor legal, pero en mi opinión un matrimonio con usted no sería ningún drama. Usted podría contribuir a la empresa o simplemente estar disponible para Joana.

—¡Pero, señor, yo no soy una mascota! —se indignó Jean-Luc. Se estaba empezando a hartar de las reflexiones estratégicas de Oberman—. ¡Ni mucho menos un siervo!

—Nadie dice eso —intentó calmarlo Oberman—. Solo quiero decir que no tendría obligaciones. Pero, ya que lo menciona, yo tampoco creo que usted sea un hombre de dormirse en los laureles. Por eso me gustaría ofrecerle un puesto en mi empresa. Así podría aprender de qué va esto y ganarse a Joana de la forma más clásica. Puede que ella cambie de idea. O que usted se enamore de verdad, es una chica lista y guapa. Podría ascender hasta un puesto de directivo. Así nadie diría que Frederick Oberman le ha comprado un marido a su hija. ¡Piénselo, señor Dimarche! No puedo obligarle a nada, pero tampoco le perjudicaría.

—Soy bailarín —dijo Jean-Luc.

—Usted era bailarín —precisó Frederick Oberman—. Pero jamás podrá volver a Francia.

Jean-Luc se preguntó cómo lo sabía, probablemente había hecho indagaciones sobre él.

—Y aquí… Como le he dicho, piénselo. Y hágamelo saber cuando haya tomado una decisión.

Jean-Luc estaba como en trance cuando el landó lo llevó de vuelta al barrio francés. No sabía si alegrarse de que Colette llegara casi al mismo tiempo y le dedicara una sonrisa alentadora cuando abrió la puerta de casa de madame Briard.

—Me alegro de encontrarme con usted, monsieur Dimarche —dijo. Ya había pasado el mediodía, pero aún llevaba la triste falda negra que exigían en su escuela a las profesoras—. Quería hablar con usted. Después de clase me he encontrado con Jacqueline, mi amiga que trabajó en la escuela de la señorita Zimmer.

Jean-Luc prestó atención.

—¿Y ha hablado con ella sobre Joana Oberman?

Colette asintió.

—Ahora mismo se lo cuento, pero tenemos que incluir a madame Briard. Ya sabe lo curiosa que es.

Lo dijo con una sonrisa indulgente, y a Jean-Luc también le animó el comentario. Los dos querían a su casera y les divertía el vivo interés de madame Briard por los chismorreos.

—Puedo preparar un café —se ofreció él.

Poco después estaban sentados en el acogedor salón de madame Briard dando sorbos al café intenso. Entre ellos había unos dulces

que desprendían un olor tentador.

—¡Bueno, primero usted, Jean-Luc, y luego usted, Colette! —estableció la señora, ansiosa, y mordió una galleta de mantequilla—. ¿Con qué le amenaza monsieur Oberman si aparta sus garras hoy mismo de su hija?

—Quiere convertirme en un hombre rico —aclaró Jean-Luc— siempre y cuando acceda a casarme con su hija.

A continuación resumió a las dos mujeres su conversación con el padre de Joana. Ambas escuchaban embelesadas. Luego Jean-Luc y madame Briard desviaron la mirada hacia Colette.

—¿Su historia puede arrojar algo de luz en la oscuridad, Colette? —preguntó madame Briard—. Quiero decir, está claro que la chica es muy dominante, pero su padre debería estar contento de que sus sentimientos no sean correspondidos por Jean-Luc. Sin novio no hay boda…

—De hecho, habría que tener en cuenta otra cuestión. —Colette esperó un momento y bebió otro sorbo de café—. El escándalo por culpa del cual Joana Oberman tuvo que abandonar la escuela de la señorita Zimmer fue un amorío con el jardinero. Es un joven irlandés y, según Jacqueline, sin duda iba detrás del dinero de Joana. Seguro que sedujo a la chica…

Jean-Luc arrugó la frente. Después de su experiencia con Joana Oberman, tenía sus dudas.

—El caso es que los pillaron besándose en el jardín de la escuela. La señorita Zimmer se puso hecha una furia. Despidió al chico de inmediato y sugirió al señor Oberman que sacara a Joana de la escuela y la casara lo antes posible.

—Pero ¿por qué tiene que afectarme a mí ahora? Encima después de tantos meses —preguntó Jean-Luc.

—Deje que Colette continúe, por favor —dijo madame Briard, y se volvió de nuevo hacia su inquilina—. Entonces los separaron…

—Por desgracia, según Jacqueline, eso no supuso el fin de su aventura —prosiguió Colette—. Al contrario. El joven se buscó un trabajo nuevo, esta vez muy cerca de los Oberman, y siguió viéndose con Joana. Su padre le cantó las cuarenta, como es lógico, pero ella estaba decidida a casarse con el irlandés en cuanto lo tuviera permitido sin la aprobación de su familia. Entonces el señor Oberman insistió en que siguiera yendo a la escuela para que por lo menos pasara una parte del día bajo vigilancia. Bueno, así llegó a su escuela, Jean-Luc, y se enamoró de usted.

De pronto Jean-Luc lo entendió todo, incluido el peculiar comentario de Oberman delante de madame LaRue: «mejor que un jardinero».

—Soy el mal menor, por así decirlo —resumió su miseria.

—¿Y qué va a hacer? —Colette le lanzó una mirada compasiva.

Jean-Luc guardó silencio. No sabía qué responder.

10

Tras la conversación con madame Briard y Colette, Jean-Luc se disculpó, cogió el abrigo y el sombrero, y salió de casa. Estuvo deambulando por las calles, ensimismado, y pronto dejó atrás el French Quarter. Hacía tiempo que no se sentía a disgusto ni fuera de lugar en las zonas de la ciudad de Nueva York de carácter inglés. A esas alturas ya era capaz de leer todos los letreros de los locales, entendía artículos de prensa breves y era capaz de seguir una conversación normal y participar en ella. Si tuviera que volver a buscar trabajo en ese momento, no solicitaría ayuda. Esa reflexión le dio una idea. ¿Y si volvía a empezar de cero y se centraba en buscar un contrato de bailarín? En Nueva York estaban los *music halls*, las damiselas de la escuela hablaban de los espectáculos que habían visto allí. En las canciones que se interpretaban también se bailaba. A veces incluso las alumnas más avispadas aprovechaban las pausas entre las clases para cantar un número y dar saltitos. ¿Por qué no probar en uno de esos locales? Tal vez podría actuar y conseguir un papel. Así su decisión estaría clara: ¡ni todo el oro del mundo le compensaría rechazar un trabajo de bailarín!

Jean-Luc recordó los nombres de algunos de los teatros, el más próximo era Niblo's Garden, en la esquina de Broadway con Prince Street. Decidió ponerse a buscar el edificio. Era demasiado pronto

para una función, pero seguro que ya había alguien a quien pudiera pedir una cita para actuar.

Al poco rato estaba delante del edificio de tres plantas de ladrillo adornado con columnas clasicistas. Sobre la puerta destacaba un cartel luminoso, en la entrada había espacio suficiente para que los carruajes pararan. A Jean-Luc el edificio entero se le antojó imponente, pero no le intimidó. Al fin y al cabo, la Ópera de París era una magnífica construcción aún más impresionante, y él entraba y salía de ahí con toda naturalidad. Dejó a la izquierda la espléndida zona de entrada y buscó un acceso al escenario. No tardó mucho en encontrarlo. Una puerta austera en un lateral del teatro daba directamente a los camerinos de los artistas. Jean-Luc entró decidido, echó un vistazo y se vio frente a un portero sentado tras una ventanilla de cristal.

—No le conozco. ¿Se ha perdido? —le preguntó el hombre, sin rastro de hostilidad—. Los espectadores acceden por la entrada principal, pero ahora no se puede entrar.

Jean-Luc se disculpó por la intromisión y explicó sus intenciones.

El portero sacó unos cuantos papeles de debajo de la mesa. Era un señor mayor con poco pelo, de voz potente y rostro expresivo. Actor o cantante en otro tiempo, tal vez.

—¡Ah, la audición del miércoles! Pero llega bastante tarde, joven. Bueno, más vale tarde que nunca. El señor Porter quiere cubrir el papel del barón, además de uno o dos papeles secundarios masculinos. A las diez en la sala de ensayo 3. Y si puede rellenarme esto, por favor…

Jean-Luc miró los papeles desconcertado y leyó que se trataba de una audición para el papel protagonista masculino en una función

titulada *¿Quién eres tú?* Se exigía experiencia en interpretación y formación en canto y baile. Jean-Luc estaba seguro de cumplir los requisitos de interpretación y baile. No podía aportar formación en canto. Por supuesto, había recibido clases de música, incluso sabía leer partituras porque siempre le había interesado la coreografía… Hizo un esfuerzo, rellenó la solicitud y apuntó que ya había actuado en la Ópera de París y podía aportar un diploma de bailarín.

El portero leyó por encima sus datos, lo escudriñó con la mirada y decidió creerle.

—Muy bien, queda inscrito. Como le he dicho, el miércoles, a las diez, en la sala de ensayo 3. ¡Mucha suerte!

Escribió la información en una hoja, se la dio a Jean-Luc y con eso lo despachó.

Se vio de nuevo frente al teatro, estupefacto. ¡No esperaba que fuera tan fácil! Por suerte el Niblo's estaba preparando una nueva producción, y había aparecido en el momento justo. ¡Si lograba convencer al director, pronto volvería a pisar un escenario!

Como muchos bailarines, Jean-Luc era supersticioso, así que había preferido mantener en secreto su inesperada oportunidad. Aun así, necesitaba pedir un día libre a madame LaRue, y no quería mentirle. Casi le sorprendió su amable reacción. Le concedió el permiso sin poner reparos y le deseó suerte para la audición con toda sinceridad.

Aunque se alegraba de que no le pusiera obstáculos, le sorprendió su conducta. Sabía que estaba muy contenta con su trabajo, y además era consciente de que la escuela de madame

LaRue pasaba apuros económicos. ¿Por eso parecía dispuesta a dejarlo ir sin poner objeciones?

El miércoles entró puntual y con ropa cómoda en la sala de ensayo 3, que estaba justo detrás del escenario. Jean-Luc echó un vistazo y le impresionaron el tamaño del escenario y el despliegue técnico. En el foso de la orquesta cabían entre diez y quince músicos, menos que en la Ópera de París, pero tampoco necesitaban una orquesta sinfónica. Sin embargo, lo más impresionante era la sala, con una capacidad de tres mil espectadores con varias filas de asientos, según había leído Jean-Luc. Eran más que en París, las funciones que se representaban ahí debían de ser muy populares.

El camerino en sí era grande y frío como todas las salas de ese tipo que Jean-Luc había pisado alguna vez. El suelo estaba formado por tablones de madera, de una pared colgaba un espejo y, por supuesto, no podía faltar el piano. En ese momento la sala estaba abarrotada por sus contrincantes: hombres jóvenes entre los veinte y los treinta años, algunos ilusionados y exultantes, otros más bien nerviosos. Una parte de ellos se conocían y se lanzaban bromas. Jean-Luc contó veinte aspirantes, de los cuales como mínimo unos cuantos parecían haber cursado algún tipo de formación de ballet: empezaron a estirar y calentar en la sala, igual que él.

Al fin entraron tres hombres. Uno de ellos pidió silencio, saludó a los participantes en la audición y se presentó junto con sus compañeros: él era el señor Porter, el director de la obra, y lo acompañaban el señor Grant, el compositor, y el señor Woodrow, el director de producción.

A continuación el señor Grant hizo una breve presentación de la naturaleza de la obra, que era de variedades con una trama bastante superficial: un pequeño estafador de Londres finge ser en Nueva York un barón inglés y corteja a una chica a quien cree hija del dueño de un banco privado. En realidad, su padre dirige un casino. De esa coyuntura se derivan diversos malentendidos: la chica se enamora del barón, por supuesto, pero se avergüenza de su padre… Al final todo se soluciona en una gran y feliz reconciliación.

—Nuestro barón Astarton cantará y bailará, en parte con la joven Diana, claro. Para ver quién nos encaja mejor en este papel, el señor Woodrow practicará con ustedes un pequeño número: la escena en que Joe Astar decide dejar de interpretar al barón Astarton. Da vueltas frente al espejo, canta y baila. Creo que una hora debería bastar para aprenderse el texto y la coreografía. El señor Porter y yo los observaremos durante el ensayo, que también nos servirá para sacar nuestras conclusiones. ¡Así que mucha suerte para todos! Ah, sí, para organizarnos mejor a cada uno se le asignará un número.

Jean-Luc recibió el número tres con sensaciones encontradas y se lo pegó a la camisa. De nuevo un número bajo…, pero esta vez no era la buena o la mala suerte la que decidía, sino la habilidad.

A continuación el señor Woodrow reunió a los aspirantes delante del piano y encargó al pianista que había entrado que tocara y cantara la pieza. No era complicada, la letra era divertida, los accesorios eran un sombrero de copa y un bastón. El director de interpretación hizo cantar a los chicos la canción unas cuantas veces a coro para que memorizaran la letra y la melodía. Luego les enseñó la coreografía prevista. Era sencilla. Unos cuantos *jetés* rápidos, *pas de bourrée* y piruetas. El mayor desafío era manejar el sombrero y el

bastón, que había que lanzar y volver a atrapar varias veces, hacer equilibrios con ellos en la mano y girarlos. Para Jean-Luc todo aquello no suponía una dificultad, dominó el número de baile prácticamente a la primera. Lo más difícil era ensayar la letra en inglés y el canto, pues nunca había cantado y bailado a la vez, como mucho había tarareado una melodía. Estaba concentrado en ensayar y no se percató de que pasaba la hora.

De nuevo fue el señor Porter el que rogó silencio y luego repasó una lista.

—Bien. Nos gustaría invitar a los números 3, 6, 8, 12, 16, 20 y 25 a otra audición. ¡A todos los demás, muchas gracias!

El ensayo del número de baile había sido la primera prueba. Quien no había conseguido un cierto dominio de los pasos y los accesorios quedaba descartado directamente. Ahora los que continuaban disponían del gran escenario. Los examinadores ocuparon sus asientos en la segunda fila para poder seguir la actuación a una distancia suficiente. Empezó el número 25, un rubio joven y atlético, pero que saltaba con cierta torpeza sobre el escenario. Aun así, tenía una voz bonita y potente y era muy expresivo, transmitía muy bien la actitud pícara del personaje.

Al número 20 se le cayó el sombrero por los nervios, pero por lo demás era un buen cómico y un cantante decente. Lo mismo ocurría con los números 16 y 12.

El número 8 era de momento el mejor intérprete, sin duda tenía conocimientos básicos de danza clásica y una voz cálida y sonora. El número 6 ni se le acercaba.

Al final le tocó el turno a Jean-Luc, que se sentía muy optimista. Lanzó con elegancia los accesorios, expresó la frivolidad y la gracia

de Joe Astar, sonrió y abrió los ojos cuando convenía. Tampoco olvidó la letra, pero, ahora que oía su propia voz en solitario, le pareció un poco floja.

Los tres examinadores estuvieron deliberando y miraron los formularios de solicitud.

—¿Señor Dimarche? —Para sorpresa de Jean-Luc, el señor Porter se dirigió a él—. ¿Es usted francés? ¿De verdad tiene formación en la Ópera de París.

Jean-Luc asintió.

—Sí, señor. Ya tuve un contrato en París en la compañía de ballet con unos cuantos papeles protagonistas garantizados.

—Se nota —comentó Porter—. Su interpretación del baile ha superado con creces la de los demás aspirantes. No queríamos dejar de decírselo…

—¿Pero? —dijo Jean-Luc con resignación. Ya sabía que era una negativa.

—Pero su voz no es suficiente para este tipo de teatro musical. Su acento aún interfiere, aunque seguro que eso se puede trabajar, y con muchas horas de canto también podría ganar potencia vocal. De todas formas, eso exige seguir estudiando, sin garantía de éxito. El caso es que ahora mismo en segunda fila prácticamente no se entiende ni una palabra, ¿cómo iba a llegar a arriba, a la galería? Lo siento mucho, señor Dimarche, pero no podemos contratarlo para un espectáculo de variedades.

Jean-Luc agachó la cabeza.

—También me gustaría estar en el cuerpo de baile, señor —se ofreció, aunque sabía que los bailarines grupales solían estar muy

mal pagados. Si en un futuro próximo no había alguna oportunidad de ascenso, le resultaría difícil asegurarse el sustento.

—No contamos con una compañía de ballet propia —le informó Porter en tono lastimero—. Por lo menos ningún bailarín es empleado fijo. Hay unas cuantas bailarinas que necesitamos para números de baile o de fondo en los espectáculos de variedades. Pero para el clásico *danseur noble* para el que usted se ha formado no tenemos ningún puesto.

Jean-Luc se mordió los labios.

—Entonces ¿no tengo ninguna posibilidad de trabajar de bailarín en este país?

Porter se frotó la frente.

—Ahora mismo en Nueva York no porque el ballet aún no es importante como expresión artística. Por supuesto, puede presentarse en teatros de variedades más pequeños, tal vez su voz alcance a llenar salas más pequeñas, aunque no lo creo. Por lo demás…, no sé si usted está abierto al *burlesque*. Tal vez para travestirse, tiene usted una vena muy cómica. Pero creo que no era lo que tenía en mente cuando escogió la formación en danza clásica.

A Jean-Luc casi le dio un vahído. ¿Papeles en los que tenía que vestirse de mujer y burlarse de sí mismo y de su arte? ¿Actuaciones frívolas y risas sucias entre el público?

—No —dijo a media voz. Y pensó también en su madre, que lo despreciaría por ello. Luego recobró la compostura—. Le agradezco que haya sido tan claro. —Se volvió hacia el jurado—. Y les deseo mucha suerte con su obra.

Cuando salió a la calle se permitió derramar unas cuantas lágrimas. Probablemente jamás se acercaría al baile profesional más

que en la escuela de madame LaRue. De vuelta en Franklin Street, se refugió en su cuarto.

Al día siguiente por la mañana madame LaRue lo llamó a su despacho antes de clase. Pese a que ya debía de saberlo por su actitud, le preguntó por el resultado de la audición. Jean-Luc le contestó con sinceridad.

—¿Y cómo fue con monsieur Oberman? —le preguntó.

—¿Sabe que estuve en su oficina? —Jean-Luc imaginaba que ella habría sacado sus conclusiones al aparecer el landó frente a la escuela, pero le sorprendió que lo mencionara con tanta franqueza.

La directora asintió.

—Y también me hago una idea de por qué quería hablar con usted. Conozco los antecedentes.

Jean-Luc suspiró.

—Entonces sabrá cuáles son mis opciones. Puedo quedarme como profesor de baile en su escuela o convertirme en el títere de Joana Oberman. ¿No utilizó usted también la palabra «juguetear» para mi arte?

La directora sonrió.

—Dije «brincar» —le corrigió—. No deja de ser un movimiento activo en comparación con el de una marioneta. En cuanto a trabajar para mí, por desgracia no tengo buenas noticias. Al parecer mi prima y yo tendremos que cerrar la escuela después de este semestre. La señorita Zimmer y unas cuantas escuelas más admitirán a nuestras alumnas. Ya no puedo mantener el edificio, y, a decir verdad, Thérèse y yo ya estamos hartas de niñas bobaliconas. Queremos

volver a Francia. Tal vez al sur. Vivir en una casita cerca de Cannes, Niza o Grasse: buen clima, flores, cerca del mar. A lo mejor seguimos dando algunas clases de piano o inglés, pero ya no todo el día. Creo que nos lo merecemos.

Así que su intuición no le había fallado: la escuela estaba a punto de desaparecer. Jean-Luc miró a la directora y asintió, mientras lidiaba con el nudo que sentía en la garganta.

—Desde luego, madame LaRue, y le deseo suerte de todo corazón. —Se inclinó un poco, luego reunió el valor necesario y planteó la pregunta inevitable—: ¿Cree que la señorita Zimmer o alguna de las otras escuelas podría contratarme?

La directora respondió apenada sacudiendo la cabeza, y le dio un buen consejo que no se podía rechazar:

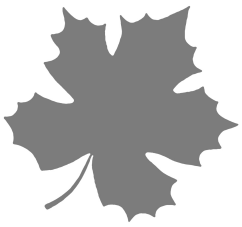
—Jean-Luc, si ofende ahora a los Oberman, ya no podrá volver a poner un pie en Nueva York. Ha aparecido varias veces en público con la chica; seguro que ya corren rumores sobre eso, puede apostar por ello. Y quién sabe lo que Joana dirá sobre usted si acaba con todo esto ahora. Una mujer ofendida y que se siente rechazada, y encima una como Joana… Hágase un favor y acepte la oferta de monsieur Oberman. Estoy segura de que lo ha pensado mucho, y conoce a su hija. ¿Qué cree él que debe hacer usted? Seguro que no anunciará un compromiso directamente, ¿no?

Jean-Luc sacudió la cabeza.

—Me ofreció un puesto en Oberman Shoes. Y yo debería cortejar a Joana con todas las formalidades… —Enmudeció.

Madame LaRue le puso una mano en el brazo.

—Hágalo, Jean-Luc. ¡Y pruebe a querer a esa chica!



MONTES Y VALLES

Fort Garry, verano de 1862-Barkerville, finales de verano de 1863

1

A Vivian le parecía que su guía había exagerado en exceso al hablar de las contrariedades del viaje de Fort Garry a la Columbia Británica. En realidad había sido sorprendentemente agradable. Los últimos días antes de partir los habían pasado comprando provisiones: harina, legumbres, azúcar y unas cuantas especias, así como el imprescindible *pemmican*. Teacher había insistido en comprárselo a una señora muy concreta, una mujer metís, y, para sorpresa de Vivian y Ross, sabía mucho mejor que la mezcla que conocían.

—Los metís incluyen bayas secas —aclaró Teacher—. Eso añade sabor. Cada mujer tiene su propia receta. La de Janine es la mejor con diferencia.

En general Teacher sabía lo que se hacía. Había vendido la canoa a muy buen precio y recomendado a sus clientes adquirir a cambio dos mulas. Ross, que había oído que la mayoría de los viajeros usaban carros de bueyes, estaba preocupado, pero su guía viajaba con equipaje ligero y esperaba lo mismo de ellos.

—Con las mulas iremos más rápido y las maniobras serán más fáciles —informó Teacher con cierta desgana. No le gustaba que se cuestionaran sus decisiones—. A veces las tendremos que guiar, pero no habrá necesidad de empujarlas…

En realidad Vivian habría preferido un caballo, pero luego se enamoró rápido de una mula hembra de color castaño claro que,

además de las orejas largas, tenía bastante más crin que la mayoría. Vivian la llamó Curly y comprobó que le encantaba que le rascaran las orejas. Ella hundía del todo la delicada mano en las enormes orejas, y Curly sacudía el morro ancho de gusto.

Teacher ya tenía dos hembras de mula, se llamaban Shelley y Carrie. Ross escogió un mulo blanco castrado que el vendedor le presentó como Fred. Los animales eran todos afables y tranquilos, cargaban unas sillas y alforjas pesadas, y Vivian se acostumbró enseguida a que las orejas largas se balancearan al ritmo del caminar.

Teacher no exigía a los animales más que ir al paso o de vez en cuando un trote muy lento, aunque el terreno era plano. Su guía cabalgaba hacia el oeste, y Vivian se preguntaba cómo podía estar tan seguro de que mantenía el rumbo. No había prácticamente ninguna señalización, no se veía más que hierba por delante y por detrás. Las praderas parecían infinitas, con la hierba amarilla ondulante y el canto de los pájaros; una vez vieron una manada de búfalos a lo lejos. Al mediodía hicieron un alto junto a un arroyo, dieron de beber a las mulas y se permitieron una comida. Vivian le dio un mordisco ansioso al pan con *pemmican*, era increíble que antes apenas pudiera engullir ese mejunje. A Ross le sorprendió el apetito de su mujer; a él incluso esa mezcla mejor condimentada le repugnaba. Teacher no decía absolutamente nada al respecto. Vivian pensó en cómo soportaba montar durante horas al lado de otras personas sin pronunciar una sola palabra.

Al atardecer, cuando la hierba se teñía de dorado y lucía una belleza irreal, montaron el campamento y Teacher encendió una hoguera. Vivian escuchó el ruido que hacían las mulas al pastar, el

crepitar del fuego y no se cansaba de contemplar el firmamento brillante. Se acurrucó junto a Ross y volvió a sentirse tan feliz como durante la primera parte del trayecto, cuando aún viajaban a salvo en tren. Era romántico, de ensueño… De hecho, solo faltaba un poco de música, pero no cabía esperar nada de eso de Teacher. Estaba ahí sentado, con la mirada fija en las llamas, perdido en sus pensamientos. A Vivian le seguía pareciendo peculiar.

El segundo día de viaje ya no fue tan bonito. Llovía un poco, era difícil guardar las tiendas húmedas en los animales y el suelo estaba cenagoso. Vivian entendió en ese momento la ventaja de las mulas respecto de los bueyes de tiro y el carro, pues sería difícil que las ruedas giraran. Hacia el anochecer la lluvia remitió, pero a cambio aparecieron más mosquitos para acosar a los viajeros. Teacher mantuvo la calma, encendió una pipa y además sacó un poco de la tintura apestosa que le había dado a Vivian semanas antes su amiga metís. Era muy eficaz para mantener a raya a esos pesados, pero el olor era casi igual de molesto. Teacher había vuelto a encender una hoguera, y cocieron pan plano y luego hirvieron alubias. No era el día de disfrutar de un ambiente romántico. Vivian estaba más bien irritada.

—Para ser profesor, es asombroso lo poco que habla —comentó cuando Teacher de nuevo se sumió en un silencio.

Él sonrió.

—Hace mucho que no lo soy.

—El camarero de Fort Garry dijo que era usted misionero —prosiguió Vivian con el interrogatorio.

—Hace mucho de eso —dijo Teacher.

—Pero usted no reza. —Vivian no se iba a detener tan fácilmente —. La gente con la que partimos de Saint-Paul rezaba todo el tiempo.

—¿Sirvió de algo?

Vivian lo miró pasmada.

—Bueno, sí —contestó Ross—. Todos hemos llegado bien. No ha muerto nadie ni nada de eso.

—Entonces por mí adelante, si así se siente más seguro. Pero a mí ahórrenme todo ese número. Pueden ir al bosque.

Estaban acampados bajo unos árboles.

—¡Pero eso no sería seguro! —apuntó Vivian—. ¿No dicen que aquí hay osos?

—Pueden confiarse a Dios —respondió Teacher, y sonrió de nuevo.

Vivian puso cara de pocos amigos.

—¡Usted no cree en nada! —le reprochó.

El trampero se encogió de hombros.

—Digamos que yo dejo en paz a los espíritus y ellos a mí. Así, todos contentos.

—¡No hay espíritus! —aseguró Vivian.

—Si da crédito a los nativos, hay incluso bastantes —comentó Teacher—. Para ellos todo está animado. Y yo también creo más en la voz del viento en la hierba de la pradera que en un anciano en el cielo que tolera que se les clave la lengua al paladar con agujas a unos niños solo por hablar su propia lengua.

—Pero ¿qué dice? ¿Quién hace algo así? —preguntó Vivian horrorizada—. ¡Vamos, ahora tiene que contarnos su historia! ¿Qué

le arrebató la fe? Al fin y al cabo, debía de ser muy creyente para ir de misión.

Teacher se encogió de hombros.

—Era joven y tonto. Creía lo que me contaban. Personas de todas partes del mundo que nunca habían oído hablar de nuestro Dios y estaban ansiosas por convertirse.

—¿No le apetecía también vivir alguna que otra aventura? —intervino Ross—. Ver otros países…

—Sí, eso se sumó después. Mi familia era pobre. Eran trabajadores del campo en Escocia. Tenía ganas de salir de ahí, y gracias a la misión recibí algo de formación escolar. En realidad mi familia quería que yo fuera cura, pero luego buscaban gente para ir a Canadá para llevar la salvación a los nativos. —Soltó una carcajada maligna—. Me fui con ellos. Se suponía que íbamos a fundar una escuela y enseñar a los niños. A leer, escribir, inglés… Me pareció muy razonable.

—Y lo es —comentó Vivian.

Teacher soltó un bufido.

—Solo que no les preguntaron antes a los niños ni a sus padres. La escuela estaba a unas horas al sur de Fort Garry, y los niños a los que trasladaron ahí procedían de zonas muy alejadas. Se los quitaron a sus padres y nos los llevaron. No había opción de huir y volver a casa. Los misioneros eran estrictos, ninguno tenía niños ni les gustaban. Les quitaban la vestimenta a las criaturas, y las insignias de su pueblo. Tenían que olvidar todo lo que habían aprendido sobre sus antepasados y sus espíritus. Les endilgaron unos uniformes escolares y les prohibieron hablar en otra lengua que no fuera el inglés. Por la más mínima falta imponían castigos duros.

Pegaban a los niños y los encerraban. Sí, y cuando un niño violaba la prohibición varias veces de hablar su propio idioma, le clavaban agujas en la lengua. Además, la comida era mala y escasa, muchos niños murieron…

—Eso… ¡eso es horrible! —Vivian no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Y nadie protestó?

—¿Quién? La misión estaba sometida a la Iglesia. Rara vez recibíamos visita, y, si venía alguien, solo veían niños limpios y formales. Cuando moría uno, recibía un entierro cristiano, por supuesto, en un cementerio decente. —Teacher dio una calada a la pipa y volvió a llenarla de tabaco.

—¿Y usted participó en eso? —preguntó Ross, igual de horrorizado que su mujer.

—Era joven y tonto —repitió Teacher—, pero en algún momento no pude seguir creyendo. Planteé preguntas y me castigaron. Estuve de rodillas durante horas en bancos de iglesia para reflexionar, hacía las tareas más viles. Recé, pero Dios no me contestó. Permitía todo lo que se les hacía a los niños, y entonces, un día… No, no quiero seguir contando, hoy ya he hablado más que durante los tres días anteriores. ¡Vamos a dormir! —Se puso en pie.

—¡Pero mañana tiene que terminar de contarnos su historia! —le pidió Vivian—. Queremos saberlo todo, también lo de los espíritus. ¿Cómo empezó a creer en los espíritus?

Teacher sacudió la cabeza.

—No creo en los espíritus. Pero tampoco voy a impedir a nadie que lo haga. Es más, si os ayuda de alguna manera, cambiaos y rezad una oración nocturna. ¡Load al Señor!

Vivian y Ross estaban conmocionados; no se encontraban de humor para loas y agradecimientos. Se arrimaron el uno al otro y pensaron en los niños que habían arrebatado a sus padres en nombre de una religión cruel.

—Si algún día tenemos un hijo, cuidaremos bien de él —murmuró Vivian medio dormida, y de hecho solo quería consolarse.

Ross calló. En ese momento no quería ni pensar en tener su propia familia.

Durante los días siguientes el camino fue empeorando. Avanzaban entre ciénagas y lidiaron con el viento, que a veces azotaba sin piedad en las praderas. Muy de vez en cuando se cruzaban con alguien, por lo general eran metís que viajaban en grupos familiares. Para Vivian y Ross era un misterio de dónde procedían y cuál era su destino. Teacher, que intercambió unas palabras con ellos en su idioma, tal vez lo habría podido aclarar, pero, como de costumbre, hablaba poco. Una vez adelantaron a un grupo de hombres que viajaban con carros de bueyes y estaban reparando un eje roto. Hacía ya casi una semana que llovía sin cesar, y sus animales pisaban estoicos entre el lodo o las corrientes de agua en las que se transformaban los caminos, según fueran blandos o rocosos.

Cuando por fin dejó de llover y descansaron un poco más a mediodía para secar sus pertenencias al sol, Teacher se alejó del campamento y colocó trampas. Tiempo atrás vivía de cazar animales por sus pieles, y aplicaba métodos que las destrozaban lo mínimo posible. Cuando Vivian y Ross le hablaron de los ejercicios de tiro con Partridge, él negó con la cabeza.

—Tuvisteis suerte de que no os pillaran los nativos. No les gusta que los forasteros cacen en su territorio, y mucho menos si encima provocan un miedo terrible en los demás animales.

Volvió pasadas unas horas con dos conejos muertos y los preparó para asarlos. Vivian se lo agradeció. Solo de ver la carne cruda sentía náuseas. Aun así, engulló con un apetito de lobos cuando la comida estuvo lista. De hecho, siempre tenía hambre, mientras que en el viaje de Saint-Paul a Fort Garry a menudo no le entraba nada. Probablemente se debiera al esfuerzo: a veces incluso tenía que vomitar después de horas de cargar con la canoa para luego encima preparar la comida, que a ella le daba arcadas.

Por fin cambió el paisaje. Se volvió más accidentado, y en lugar de lluvia y viento tuvieron que enfrentarse al viento y el polvo. Las mulas no acababan de avanzar con el viento en contra, y los jinetes se desmoralizaban al tener que espolearlos todo el tiempo. Por la noche Vivian estaba tan cansada que apenas se tenía en pie. Se sentía pesada y torpe, no podía creer que unas semanas antes estuviera bailando en claros soleados. Sobre todo estaba perdiendo su habitual buen humor. Empezó a dudar de que llegaran algún día a los yacimientos de oro y, aunque los alcanzaran… ¿Encontrarían oro algún día y se harían ricos? A veces se sorprendía con ganas de llorar sin motivo aparente, y otras se ponía a pensar casi con nostalgia en Inglaterra y en la vida tranquila en casa de su padre.

Justo entonces Teacher adivinó el motivo de todos esos cambios. Era un día soleado y estaban descansando junto a un río cristalino donde Vivian y Ross aprovecharon para bañarse. Se quitaron la ropa,

hicieron de tripas corazón y se sumergieron un momento desnudos en la corriente helada. Entre risas empezaron a lavarse el uno al otro con el último jabón oloroso de Vivian, y luego se vistieron con ropa bastante limpia. Ella comprobó asombrada que el botón de la falda no se cerraba del todo. Ross tuvo que prestarle un cinturón para sujetarla en su sitio.

—¡Pues sí que has engordado! —le tomó el pelo él cuando volvieron a la tienda, donde Teacher estaba removiendo un guiso de conejo—. ¡Deberíamos reducir tus raciones!

Teacher miró a los dos jóvenes, y posó la vista en la figura por lo general más esbelta de Vivian.

—Pero eso no sería bueno para la criatura —dijo despacio—. Maldita sea, Vivian, ¿por qué no nos ha dicho que estaba embarazada? ¡Jamás la habría dejado venir a esta expedición!

Vivian lo miró estupefacta.

—¿Embarazada? ¿Yo? Pero… —Se agarró el vientre en un gesto mecánico y por primera vez fue consciente del bulto debajo de la ropa—. Yo… no lo sabía…, pero no puedo…

Teacher puso cara de desesperación y se dio en la frente.

—Estáis casados. Es de suponer que celebrasteis la noche de bodas. Y luego tampoco habéis estado conviviendo como si fuerais hermanos.

—Cuando estábamos de viaje con el grupo de Partridge, nunca lo hicimos —aclaró Vivian—. En todo caso antes y…

—Entonces debió de ocurrir antes, porque llevamos dos meses de viaje —apuntó Teacher—. Pero aún no se vería. Tendría que…

—Hace cinco meses —murmuró Vivian—, cuando estuvimos en ese hotel tan maravilloso. Debió de ser entonces. ¡Oh, Ross, qué

bonito! —Se le dibujó poco a poco una sonrisilla en el rostro, que dio paso a una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Fantástico! —comentó Teacher, sarcástico—. Estará muy embarazada cuando pasemos por las Montañas Rocosas. ¡Puede que dé a luz en el monte! ¿En qué estaba pensando?

Vivian agachó la cabeza.

—Nos… nos amamos. No pensamos en un niño ni en el camino. Tampoco el trayecto tenía que ser tan largo…

Con tanto desconcierto no se había percatado de que Ross estaba muy callado. Pero Teacher no paraba de comentar la situación.

—¡Vosotros mismos sois unos críos aún! Ahora tendremos que ver hasta dónde llegamos para que puedas parir en algún lugar civilizado. Fort Edmonton sería el más cercano, luego están Fort George y Quesnel, una población bastante pequeña. A partir de ahí tendréis que ver qué hacéis cuando esté el bebé. —Sacudió la cabeza y los miró a los dos—. Voy a lavarme —anunció.

Vivian se lo agradeció. Era evidente que su repentina necesidad de higiene solo era un pretexto para dejarlos un rato solos. Desde la revelación del embarazo, Ross estaba como paralizado. Se había sentado junto al fuego y contemplaba las llamas con gesto sombrío.

Vivian se sentó a su lado. Estaba helada después del gélido baño y seguía conmocionada por la súbita noticia de que iba a tener un niño. Aun así, ya sentía el primer cosquilleo de felicidad.

—¡Vamos a tener un hijo! —exclamó de nuevo—. ¡Ross! ¿No te alegras ni un poquito?

Ross alzó la vista y la miró disgustado.

—¿Alegrarme? ¿Por qué? ¡Teacher tiene razón! ¡No debería haber pasado jamás!

Vivian lo miró.

—Pero ahora ha ocurrido. ¡Y tú has participado igual que yo! —aseguró—. Así que no hagas como si no te incumbiera. ¿Y qué es lo que te parece tan horrible? Queríamos tener hijos.

—¡Pero no ahora! Viv, por el amor de Dios, ahora solo será un estorbo. Llegaremos a los yacimientos de oro meses después y…

—¿No es lo mismo? —le preguntó Vivian—. Ya llevamos mucho más tiempo de viaje de lo previsto.

—¡Pues por eso! —exclamó Ross—. ¿No has oído nunca que los yacimientos de oro se agotan? ¡Todo lo que no excavemos ahora lo extraerán otros! ¡Al final solo quedarán unos cuantos restos lamentables!

Ella se encogió de hombros.

—Es verdad, eso no estaría bien, y tal vez deberíamos hacer otra cosa. Pero, mira, ¡no tengo por qué ser un estorbo en absoluto! Me encuentro bien, hace meses que estoy acostumbrada a hacer esfuerzos, y hasta ahora el niño ha sido una compañía fantástica. Ya verás, también pasará con nosotros por las Montañas Rocosas. —Se acercó más, intentó arrimarse a él.

—O a lo mejor lo pierdes —dijo Ross con frialdad.

Vivian se apartó como si la hubiera pegado.

—¿No… no te alegrarías? —le preguntó horrorizada.

—No, no, por supuesto que no —contestó, y le acarició la espalda para calmarla.

Vivian supo que mentía.

2

A partir de ese momento Vivian no se sintió muy impedida por el embarazo, sufría mucho más con las observaciones hirientes de Ross. La actitud de rechazo hacia ella no cambió, sobre todo porque sus suposiciones se confirmaron. La verdad era que su esposa ya estaba ralentizando el viaje, aunque la culpa fuera de Teacher por tenerla en consideración. Partían más tarde por la mañana porque primero quería revisar las trampas que había colocado la víspera, donde casi siempre encontraba conejos o aves acuáticas que por la noche cocinaba para todos. Introdujo un alto en zonas boscosas, recogía bayas y setas para Vivian y le sujetaba la mula al subir y bajar porque a Curly no le gustaba estar quieta. Ross no hacía nada de eso. Más bien se dedicaba a refunfuñar enfadado para sus adentros mientras atravesaban el paisaje. Vivian se alegraba al ver de vez en cuando animales salvajes, y le apetecía avistar algún día osos o alces, pero Teacher le explicó que solo habitaban zonas boscosas densas.

El ambiente era tenso cuando llegaron a Fort Edmonton, el último puesto avanzado de la civilización. De nuevo era un punto comercial que ofrecía a los viajeros la posibilidad de reunir provisiones. Ross necesitaba unas botas nuevas, mejores que las de Oberman Shoes. Les esperaba la etapa más difícil: cruzar las

Montañas Rocosas. Las majestuosas cumbres se veían desde Fort, las vistas eran preciosas, aunque también infundían respeto.

Vivian insistió en iniciar la etapa montañosa pese a su embarazo.

—¡Seguro que aún me quedan cuatro meses más! —exclamó con gran optimismo—. Es fácil cruzar las montañas en ese plazo.

—No avanzaremos a tan buen paso como hasta ahora —les advirtió Teacher—. Tendremos que guiar a las mulas…

—¡Ay, no lo pinte todo tan negro! —reaccionó Ross enfadado—. Si Vivian cree que puede hacerlo, así será.

—¡No parece usted muy interesado en el bienestar de su esposa y su hijo! —repuso Teacher—. ¡Si es usted sensato, se quedará aquí!

Vivian negó con la cabeza.

—No, partimos juntos, Teacher. Queremos ir a los yacimientos de oro, y así será.

Teacher la escudriñó con la mirada.

—Me encantaría ahorrarte los contratiempos, Viv —dijo muy serio —. ¡Cruzar las Montañas Rocosas, y encima en invierno! —Desde que le había diagnosticado el embarazo la tuteaba y la llamaba por su nombre de pila. Muchas veces con el diminutivo que hasta entonces solo utilizaba Ross. Aun así, no sonaba despectivo, más bien respetuoso. Había tomado conciencia del camino que ya había recorrido ella. Los trayectos en canoa y cargar con la barca de Saint-Paul a Fort Garry seguro que habían sido más agotadores que la caravana con las mulas por las praderas.

—¡Pero sabes que puedo hacerlo! —le aseguró Vivian, que tuteó por primera vez a su guía.

—Es que no me gustaría ser el culpable si pierdes al niño —repuso en voz baja.

Vivian se mordió el labio.

—No sería culpa tuya, Teacher. Tuya, seguro que no.

Desde Fort Edmonton hasta Tête Jaune Cache, la última población habitada antes de ascender por la montaña, el camino atravesaba frondosos bosques. Subía despacio, los senderos aún no eran pedregosos, más bien predominaba el lodo, y de nuevo bandadas enteras de mosquitos atacaron a los viajeros. Aun así, Vivian estaba muy animada porque ese día sí se habían cruzado con un alce. El animal se encontraba debajo de los arces en el margen del camino, mirando asustado a las mulas y sus jinetes. Teacher paró a sus monturas para que Vivian y Ross pudieran observar con calma al alce.

—¡Es grande como un caballo! —se entusiasmó Vivian—. ¡Y mira qué cabeza tan enorme! —Hizo un amago de acercar a Curly, pero entonces el alce salió de su estupor y se fue al galope, cruzando su camino.

—Son unos monstruos muy feos —sentenció Ross.

Ahora que el asunto de las Montañas Rocosas estaba resuelto, debería estar de mejor humor, pero le molestó que Teacher le afeara las prisas y la falta de interés por el niño de Vivian. ¿Con qué derecho lo juzgaba?

—Sin duda hay animales más bonitos —admitió Teacher—. Pero son imponentes. Y la carne es deliciosa. Además, la piel de alce es muy suave y valiosa. Las botas y sillas hechas de esa piel son caras.

—Entonces tal vez deberíamos haberle disparado —comentó Ross. Seguía teniendo su arma, pero en todo el trayecto con Teacher

nadie había disparado un solo tiro.

El trampero no contestó al comentario de Ross. Debería haber llegado él solo a la conclusión de que no podían transportar la piel de un animal del tamaño de un caballo en las alforjas cruzando las Montañas Rocosas.

Por fin el bosque se abrió tras una de las muchas curvas que dibujaba el camino, y aparecieron unas vistas estremecedoras de las montañas. Las mulas bebieron de los lagos de alta montaña cristalinos, y Vivian tiritaba de frío. Había bajado la temperatura, se veían las primeras extensiones de nieve.

—Mañana llegaremos a Tête Jaune Cache —dijo Teacher—. Es vuestra última oportunidad de volver antes de que el terreno se ponga difícil de verdad.

—¿Qué tipo de sitio es? —preguntó Vivian sin hacer caso de su comentario.

—Un lugar de acampada y reunión en la confluencia del río Fraser y el McLennan —les informó Teacher—. Suele haber nativos, tramperos, cazadores de pieles… y personas como vosotros, que quieren llegar a los yacimientos de oro. Ahí, al pie de las Montañas Rocosas, se forman grupos de viaje…

Ross quiso decir algo, pero Teacher lo interrumpió enseguida.

—¡Seguimos juntos! No tengo ganas de oír la cháchara de tipos que siempre saben más de todo, aunque nunca han estado aquí.

—Pero ¿tú ya habías estado aquí? —insistió Vivian, pese a saberlo. Teacher conocía las Montañas Rocosas, eso era innegable. Le encantaría saber qué lo había llevado a esa zona en una época anterior. Teacher siguió cabalgando en silencio.

Por la noche acamparon junto a un lago, Teacher pescó peces y los asó al fuego. Vivian fue a prender tabaco para combatir a los mosquitos, pero comprobó que por lo visto habían dejado a esos pequeños incordios en campos más bajos. Bueno, ¡tampoco iba a echarlos de menos! No obstante, Teacher se rellenó la pipa.

—Por aquel entonces, en la misión, hace más de diez años —empezó a decir, para sorpresa de su público, y reanudó su historia de unos días antes—, hacía tiempo que empezaba a tener dudas y me habría ido encantado, pero no sabía a dónde. Entonces llegó Nahli a la escuela. Tenía unos trece años y era de muy lejos, como todos los niños, pero de alguna manera había conseguido ocultar un cachorro de perro bajo la ropa y llevárselo. La mayoría de los críos se llevaban algo de casa, casi siempre eran amuletos o tallas pequeñas, y todo se lo quitaban en el acto. El reverendo Lawson se puso especialmente furioso con el perrito de Nahli, tal vez porque, además de saltarse las órdenes de los misioneros, había instigado a los demás niños a no delatarlo durante el traslado. Tenían que haber ayudado a Nahli a alimentar y esconder al cachorro durante el viaje de varios días. El caso es que pegó al chico y luego me ordenó que lo acompañara al bosque con el perro. ¡Tenía que vigilar que Nahli matara al animal en persona! Para mí aquello marcó un antes y un después.

—¡Eso es horrible! —intervino Vivian—. ¿Cómo puede ser la gente tan cruel? ¿Y encima un clérigo?

Teacher soltó un bufido.

—La experiencia me dice que la crueldad forma parte del ser humano. El caso es que me fui de la misión con el chico y el cachorro después de ir a buscar a Kinmitu al calabozo, la niña con la

lengua clavada al paladar. Después nos pusimos en camino. Por suerte Nahli era un niño muy listo. Enseguida entendió que quería ayudarlo, aunque ni conocía los puntos cardinales ni sabía orientarme con las estrellas. Además, en Escocia sí había pescado alguna vez y había atrapado conejos, pero construir trampas, fabricar una caña de pescar de madera… Jamás habría sobrevivido solo con Kinmitu en plena naturaleza. Nahli y su perro estaban mejor preparados para eso. Él nos guio con precisión hacia el oeste, sabía encender hogueras, pescaba peces en los riachuelos con la mano y sabía qué plantas y bayas eran comestibles. Al principio no teníamos un idioma común, pero Kinmitu ya sabía unas cuantas palabras en inglés. Nos las arreglamos, y durante el trayecto los niños me enseñaron sus lenguas.

—¿Por qué dices lenguas? —se sorprendió Vivian—. ¿Los nativos no hablan todos la misma lengua?

Teacher sacudió la cabeza.

—No, no. Hay docenas de lenguas, y la de los metís es muy particular. Nahli era del pueblo de los dakelh, al que los ingleses también llaman *Carrier people*, el pueblo de los portadores. La pequeña Kinmitu era de los ktunaxa. Sus idiomas no tienen nada en común, sobre todo porque esos grupos viven en zonas muy distintas. Kinmitu, a sus siete, ocho años, no sabía dónde estaba exactamente su casa, pero Nahli encontró el camino a través de las praderas, los bosques y cruzando las Montañas Rocosas.

—Entonces ¿la primera vez que estuviste aquí fue con esos niños? —preguntó Vivian.

—Sí. En Tête Jaune Cache nos encontramos con nativos que por suerte no estaban enemistados con los dakelh. Nos ayudaron con las

provisiones para cruzar las montañas, y también con pieles y mantas. Aun así, fue difícil cruzar la cordillera. Kinmitu estuvo a punto de morir. —Miró a Vivian y a Ross con el semblante serio y repitió sus consideraciones—. Pensaos otra vez si de verdad queréis arriesgaros a cruzar.

Ross montó en cólera.

—¿Cuántas veces tenemos que decir a dónde queremos ir?

—¡Ya sé lo que quiere usted, Ross! —le replicó Teacher—. Estoy pensando en Vivian.

—Bueno —dijo Ross—, podría ir solo. Unirme a otro grupo. Habría sido lo mejor desde el principio. Y después voy a buscarte, Viv.

—A buscarnos —recalcó Vivian muy digna—. A mí y a nuestro hijo. Y ya te lo dije una vez en Inglaterra: ¡no te vas a ir sin mí!

—Entonces hablabas de una aventura —repuso Ross enojado—. Querías una vida distinta. Ahora quieres hijos, y después seguro que querrás una casa, un jardín, un sitio en la asociación de mujeres de tu comunidad…

Vivian se mordió los labios, procurando reprimir la rabia que sentía hacia su marido y responderle con calma.

—Ross, sigo siendo Vivian. Y quiero lo mismo que tú. Iremos a los yacimientos de oro. ¡Juntos!

Llegaron al asentamiento a última hora de la tarde. Entre los abetos despeinados por el viento había una estrecha franja de tierra con tiendas montadas y caballos pastando. El río serpenteaba indolente a través del campamento, el agua no era clara, estaba turbia por el

deshielo de los glaciares. Entre las tiendas ardían hogueras, olía a humo, a carne secándose y a piel mojada. Teacher saludó a tres tramperos sentados junto al fuego. En otro cocinaba una mujer joven que cargaba con un niño en la cadera. Era una nativa, la primera que Vivian reconoció. Sonrió a la chica, que paseó un momento la mirada por su cuerpo ya un tanto informe y la falda sujeta de manera provisional con el cinturón y le devolvió la sonrisa. Invitó con un gesto a los recién llegados a sentarse con ella. Teacher le dio los dos conejos que habían caído en las trampas de noche. La mujer invitó con otro gesto a los desconocidos a compartir el guiso que hervía sobre el fuego con ella y su familia. Sonrió cuando Teacher se dirigió a ella en su idioma. Mientras tanto Ross se ocupaba de las mulas.

—¿Tengo que montar la tienda yo solo? —rezongó después de liberar a los animales de las sillas con el equipaje.

Vivian ya estaba sentada junto a la chica, que, según tradujo Teacher, pertenecía al pueblo de los shuswap. Como siempre, consiguió entenderse con señas. Teacher admiraba sus expresivos gestos. Los dedos y la cara de Vivian ilustraban la historia que quería contar. Su nueva amiga se llamaba Nula, el hijo pequeño, Lhoh.

—¡Ya voy! —le gritó Vivian a su marido.

Hacía tiempo que formaban un equipo bien compenetrado montando tiendas, aunque Ross podría haber esperado a después de comer. Nula repartió su guiso en cuencos o distintos recipientes que luego sirvió a los tramperos. Su marido también se sumó, solo Ross y Vivian trajinaban con la tienda.

—¿Y esos qué? —preguntó Ross, antipático—. ¿Es que también van a los yacimientos de oro?

Vivian se encogió de hombros.

—No creo. Nula y su familia viven en la Columbia Británica. No he entendido dónde exactamente. Han estado en Fort Edmonton vendiendo pieles. ¿Y los demás? Creo que son cazadores de pieles. Teacher los conoce. Puedes preguntárselo a él.

Cuando Vivian y Ross se unieron a los demás, Nula también les sirvió su guiso y se alegró de que les gustara. Después Teacher entabló conversación con ella y su madre, y señaló varias veces a Vivian.

—¡No voy a volver! —dijo por si acaso—. ¡Y no intentes negociar que me acompañen!

Teacher sacudió la cabeza. Luego se fue con los dos nativos a ver las provisiones y les enseñó el azúcar que Vivian, Ross y él se habían llevado de Fort Edmonton. El pequeño Lhoh metió los dedos en la bolsa y se los chupó encantado. Teacher le dio a Nula el azúcar y a su marido un puñado de tabaco. Después ella entró en su tienda y volvió con un vestido holgado hecho de piel suave. Era ancho y con flecos. Indicó con una sonrisa a su nueva amiga que se lo probara. Vivian se retiró a la tienda y en ese momento se alegró de que ya estuviera montada. El vestido le quedaba suelto sobre la barriga, pero el corte de la falda era más estrecho que el de sus vestidos occidentales, no podría montar a horcajadas. Nula asintió cuando entendió cuál era el problema y le enseñó a Vivian una polaina que podía llevar debajo. También era de piel de ciervo, y por lo visto Nula la había llevado durante su propio embarazo. A la delicada Vivian le quedaba un poco largo, pero podía meter las perneras dentro de las botas.

—¡Bien! —dijo Nula—. ¡Calor! —Volvió a entrar en su tienda y salió con un chaleco de piel para Vivian.

—¿Bien? —le preguntó a Teacher.

Él asintió y dijo unas palabras en su idioma. Vivian se había quedado sin habla. Al parecer su guía había pedido un vestido para ella, uno que le quedara bien y fuera más adecuado para el inminente viaje que toda la ropa que tenía.

—No hay nada que agradecer —dijo cuando ella le dio las gracias —. Las provisiones las habéis pagado vosotros. Ross también podría haberte conseguido las prendas, seguro que no se le ha ocurrido…

3

Vivian jadeaba mientras subía junto a su mula por un sendero pedregoso. Tenía la sensación de no haber estado tan exhausta en toda su vida, y eso que en realidad el día había ido bien. Teacher no había insistido en salir pronto, así que cuando cargaron las mulas hacía frío, pero no helaba. Al principio la pendiente era ligera, pero luego el camino se fue volviendo más empinado y pedregoso, se fue estrechando cada vez más hasta convertirse en un sendero angosto entre paredes de roca y precipicios. Los campos de nieve también abundaban más, y cuando las sendas estaban tan congeladas o eran tan rocosas que las mulas podían tropezar, tenían que bajar y caminar. En un momento dado Vivian se planteó si aún estaba guiando a Curly o solo se sujetaba a las bridas y se dejaba llevar. Cada vez le costaba más respirar, y cada movimiento era un suplicio.

Tanto Vivian como Ross respiraron cuando Teacher hizo una pausa al mediodía e insistió en encender una pequeña hoguera. Calentó agua, metió unas hierbas y luego les dio a cada uno una taza con un caldo amargo.

—Se supone que da fuerzas cuando falta el aire —aclaró.

Por lo menos la taza les calentó un poco las manos heladas. Vivian y Ross habían comprado guantes y abrigos gruesos en Fort Garry como les habían dicho, pero Vivian ya no podía cerrarse la chaqueta. Estaba más que agradecida por el chaleco de piel que

Teacher había negociado con Nula. Todos masticaron con desgana un poco de *pemmican* y tortas de harina que habían cocido el día anterior en el fuego. A las mulas les dieron avena y Teacher la remojó con un poco de ese té raro. A los animales pareció gustarles. Poco después de la pausa se levantó viento, y luego encima empezó a nevar. Los viajeros se esforzaron por continuar hasta que la visibilidad era tan escasa que Teacher ordenó detener antes de tiempo la marcha. Encontró un sitio medio protegido junto a una pared rocosa y mandó a Ross que solo montara una de las tiendas.

—Tendremos que hacernos entrar en calor entre nosotros —comentó—. Esto va a acabar en tormenta de nieve. Y no, ahora no vas a ayudar con la tienda, Vivian, lo haré yo con Ross.

A Vivian le pareció muy bien. Estaba temblando de frío y agotamiento, y seguro que la altura no ayudaba. Sin comer nada más, se metió en la tienda y se puso encima todas las mantas y pieles que pudo. A continuación notó a Ross y a Teacher en ambos lados, y entró un poco más en calor. Aun así, no podía dormir de lo agotada que estaba. La fuerte tormenta la mantenía en vela; los olores a pieles mojadas, cuero húmedo y cuerpos sin lavar le provocaban mareos. Hacía tiempo que notaba al niño en el vientre, pero ese día estaba quieto. Tal vez necesitaba toda su energía para mantenerse en su cueva cálida y acogedora…, o se estaba muriendo. Vivian no se calmó hasta que volvió a notar los leves movimientos espasmódicos. ¡Estaba vivo!

Con cuidado de no molestar a los chicos, se puso una mano en el vientre para tranquilizar a la criatura. Deseaba poder compartir con Ross la felicidad que sentía pese a todos los inconvenientes cuando lo notaba en su interior. Sin embargo, él no mostraba ningún interés.

Vivian tuvo que reconocer que su marido se estaba comportando como un niño tonto, enfadado con el bebé porque retrasaba el cumplimiento de sus deseos. Por lo menos no había vuelto a enfrentarse a Teacher cuando interrumpió la marcha con antelación. Aceptó que la tormenta de nieve era un impedimento. Aun así, añadió que habrían llegado más lejos de haber salido a tiempo por la mañana. Ahora Ross estaba tumbado junto a ella mientras Teacher dormía como un tronco y roncaba. Vivian no estaba tan segura de que Ross durmiera también. Tal vez solo fingía dormir para no tener que hablar con ella…

Al amanecer por fin Vivian se sumió en un sueño inquieto y despertó con un ligero dolor de cabeza. Se le levantó el ánimo al ver que la ventisca había parado. Alrededor de la tienda no había quedado mucho, la tormenta se había llevado la nieve. Delante ardía ya un fuego, y Teacher estaba preparando su té amargo.

—¿Qué es, por cierto? —le preguntó cuando le dio una taza—. ¿No le hará daño al niño?

Teacher, que también había obligado a Ross a aceptar un poco del brebaje, aunque este habría preferido café, negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Me lo dio una curandera metís, ellos lo beben todos. Contiene corteza de sauce, *ginkgo* y una o dos plantas secas más. Sirve para combatir el cansancio, el dolor de cabeza, las náuseas…, todo lo que nos aflige a gran altura. Bebe un poco más y come algo. He hecho caldo de *pemmican*, no es una gran cocina, pero esa cosa también ayuda a entrar en calor.

Las mulas no habían sufrido daños con la tormenta. Iniciaron la marcha de nuevo relajadas y con ganas de trabajar, siempre cuesta arriba. Ahora el paisaje se componía casi en exclusiva de rocas, de

vez en cuando crecían unos cuantos helechos; el terreno era demasiado inhóspito para todas las demás plantas. En algún momento alcanzaron una cima, pero la niebla tapaba las vistas.

—Lástima, suele ser una bonita recompensa a las dificultades del camino —comentó Teacher—. El valle, las montañas…

—¿Eso quiere decir que a partir de ahora es cuesta abajo? —le preguntó Ross esperanzado.

Teacher asintió.

—Hoy sí. Montaremos el campamento en el valle, y espero poder cazar unas cuantas liebres. Eso no significa que hayamos pasado lo peor. Aún nos quedan días de trayecto, unas veces cuesta arriba, otras de bajada: hay varios puertos que superar. Este ha sido el primero, pero no el más difícil.

Vivian y Ross se llevaron una decepción, pero agradecieron al cielo que a continuación tocara un valle y pudieran cabalgar. Sin embargo, las pendientes eran tan escarpadas que las mulas solo las podían afrontar sin correr un relativo peligro sin nadie encima, así que ellos las seguían entre resbalando y bajando agachados. Ross ayudó a Vivian, aunque a regañadientes. No quería arriesgarse a que le cayera otra reprimenda de Teacher.

Esa noche Vivian durmió mejor, pero los escollos no habían terminado ni mucho menos. Pasaron por bosques densos, atravesados por arroyos y ríos que transportaban el agua del deshielo de los glaciares. Teacher siguió colocando sus trampas y capturaba animales pequeños, y además encontraron arbustos con bayas que Vivian saqueó con un hambre de lobos. Tras esos breves respiros llegaron otras pendientes, la nevada tapó la vista a los jinetes y de nuevo descendieron por caminos, algunos muy

escarpados, que los animales recorrían tanteándolos paso a paso. Vivian se acostumbró a cerrar los ojos para no molestar en absoluto a Curly tirando sin querer de las riendas por miedo.

Tardaron semanas en atravesar las Montañas Rocosas. Vivian demostró un gran arrojo, pero cada día se sentía más torpe y asfixiada.

—Creo que pronto nacerá el niño —anunció cuando estaban sentados junto a la hoguera saboreando la carne y el pescado asados.

Era el primer banquete en varios días. El último puerto había supuesto otro desafío, y para colmo la mula Carrie, que cargaba con sus provisiones, se había caído al cruzar un río que bajaba con ímpetu por el agua del deshielo y las alforjas habían quedado colgadas en las ramas de un árbol que se llevó la corriente. Antes de que el animal entrara en pánico, Teacher saltó al agua y cortó con un cuchillo el soporte de las bolsas. Así que los viajeros tenían que vivir de lo que les daba la naturaleza, y durante unos días había sido muy poco. En la última etapa, Vivian había llegado a temer a la muerte en ocasiones. Ya tenía bastante con someter al niño a las constantes oscilaciones de la temperatura y a una madre exhausta de caminar. ¡Encima hacerle pasar hambre era demasiado!

—Me da la sensación de que no falta ya ni un mes para el parto. —Vivian tenía las manos sobre el vientre, como para proteger a la criatura.

—¿Crees que podrías perderlo ahora? —le preguntó Ross, incrédulo.

Vivian se encogió de hombros.

—Noto que está vivo. Pero ya está harto de mí y de tanto subir y bajar.

—Entonces deberíamos pensar definitivamente en dónde pasar el invierno —propuso Teacher.

Ross lo interrumpió de inmediato.

—¡Pero yo pensaba que cruzaríamos el río hacia Yale!

Desde que poco antes se habían encontrado con un metís con el que Ross habló de las distintas opciones para llegar a las ciudades de los buscadores de oro, estaba empeñado en cruzar el río Fraser. El hombre había propuesto que se construyeran una balsa, luego solo había que dejarse llevar por el río. Era más rápido y cómodo que ir por tierra hasta la ciudad más próxima de Barkerville.

Sin embargo, Teacher sacudió la cabeza con vehemencia.

—Ya no hay viajes en balsa, Ross —aclaró—. Tampoco iremos en las mulas a Quesnel o Fort George, ni mucho menos hasta Barkerville o incluso Yale.

—¿Quieres decir que no llegaremos a Barkerville? —preguntó Vivian decepcionada. Esperaba poder dar a luz en la ciudad de buscadores de oro más cercana, mientras Ross ya empezaba a excavar. Sin embargo, el viaje era para ella cada vez más arduo, y en su fuero interno sintió alivio al oír a Teacher.

Su guía lo negó.

—De todas formas sería muy justo. Y quién sabe cómo está eso. Si hay médicos o comadronas… Los tramperos y los buscadores de oro no son conocidos precisamente por ser especialistas en atender partos.

—¡Pensaba que había estado ahí! —exclamó Ross.

Teacher pasó por alto la provocación.

—Llegué a vivir una temporada en esa zona. A medio día de aquí hay un pueblo de los dakelh, es donde nació Nahli. Por aquel entonces, cuando me fui de la misión con los niños, vinimos aquí y los nativos nos acogieron con amabilidad, tanto a Kinmitu como a mí. Y no era algo que pudiéramos dar por sentado después de lo que habían vivido con los blancos. Como tampoco es habitual que los nativos acepten criaturas de otros pueblos. Pero se llevaron una enorme alegría al ver que Nahli había encontrado el camino de vuelta, claro. Una de sus mayores, debéis saber que las mujeres ejercen una gran influencia, acogió a Kinmitu en su casa, y el resto del pueblo se esforzó en convertirme en un hombre. —Soltó una risa un tanto amarga—. Aprendí a cazar y a colocar trampas, a curtir pieles, a encontrar plantas comestibles y a defenderme solo. Era algo impensable para un joven clérigo. Por supuesto, también me presentaron a sus espíritus. Mantenían un vínculo muy estrecho con los espíritus del río Fraser: les regalaban salmones. Sin embargo, sus sabias también conjuraban a otras fuerzas de la naturaleza… Como ya he dicho, para los nativos todo lo que habita el mundo está animado.

—¿Y ahora quiere que vayamos a ese pueblo para que Vivian dé a luz allí? —le preguntó Ross—. ¿Con esos nativos? —Sonó como si quisiera decir «con esos salvajes».

Vivian lo miró con severidad.

—¿Qué te pasa ahora, Ross? De momento solo hemos topado con personas amables. ¡Piensa en Nula y su familia! Si las mujeres tienen tanto peso y sienten ese vínculo con la naturaleza como dice Teacher, seguro que saben mucho de partos.

—¡Y a lo mejor hasta consiguen hacer de usted un hombre, Ross! —comentó Teacher, y así se enemistó definitivamente con Ross Wallett.

Ross montaba en silencio detrás de Vivian y Teacher, saltaba a la vista que no estaba contento con la estancia prevista con los nativos, sobre todo porque entretanto Teacher les había explicado que el pueblo se encontraba entre Fort George y Quesnel, así que también podrían haber llegado a los asentamientos de los blancos. Vivian, en cambio, disfrutó de la excursión por ese bello paisaje de ensueño a través de bosques frondosos, pasando por lagos cristalinos en los que se reflejaban las montañas y junto al río Fraser, que nacía en las Montañas Rocosas y desembocaba en el Pacífico. Teacher se lo había explicado una de las noches que pasaron juntos. Junto a la orilla del río estaba también el pueblo de los dakelh, y al llegar a Vivian le sorprendió que ahí la gente no vivía en tiendas o tipis, sino en casas espaciosas de madera y barro. Contaban con entrada en ambos extremos, y del medio salía humo, así que debían de tener chimeneas. La idea de dormir en una habitación cerrada y con calor le parecía un sueño. Y, aunque les esperara un fuego y una comida caliente, incluso se imaginaba lavándose bien en la orilla del río Fraser.

Era última hora de la tarde, y los habitantes del pueblo estaban ocupados en sus tareas cotidianas. Unos cuantos hombres estaban trinchando salmones, y las mujeres atizaban el fuego debajo de un soporte para ahumar donde después colocarían los pescados. Ya había otros ejemplares ahumados listos, y el olor era muy aromático.

Las mujeres estaban sentadas delante de sus casas raspando pieles mientras charlaban entre ellas y vigilaban a los niños que jugaban. Vestían unas túnicas largas de cuero, con una decoración preciosa de ribetes coloridos. Los delantales protegían las prendas durante el trabajo sucio. Otros lugareños se ocupaban de los mimbres, que también estaban en soportes de secado y, cuando ya estaban secos, los trenzaban en forma de cestos. Para Vivian, esa vida comunitaria apenas se distinguía del día a día en los pueblos de su padre en Inglaterra.

Por supuesto, todos los vecinos vieron llegar a los forasteros. Sin embargo, enseguida reconocieron que Teacher era uno de los suyos cuando los saludó a gritos. Acto seguido se vio rodeado de hombres y mujeres que le dieron la bienvenida. Un perro viejo saltó encima de él entusiasmado, y su dueño, un joven con el pelo oscuro hasta los hombros, le dio un abrazo afectuoso a Teacher. Los hombres también llevaban túnicas, además de unos pantalones ceñidos de piel de caribú. En verano vestían ropa más holgada. Hacía buen día, pero el frío era intenso. Muchas mujeres y hombres se habían colocado encima más pieles.

—Este es Nahli —presentó Teacher al joven—. Y su perro.

Luego mencionó los nombres de Vivian y Ross y dijo algo a su antiguo protegido, que les hizo una reverencia.

—¡Bienvenidos! ¡Los amigos de Teacher son nuestros amigos!

Vivian se sintió aliviada de que Nahli aún hablara inglés.

Luego salió una chica joven de una de las casas, más o menos de la edad de Vivian, y se abalanzó sobre Teacher, aunque en el último momento cambió de opinión y se acercó a él gritando, con la espalda recta y el semblante serio.

—¡Me alegro sobremanera de verte, padrino! —exclamó en tono formal, y luego olvidó su pose solemne y se lanzó a sus brazos.

—¡Kinmitu! —Teacher se dio la vuelta, de pronto parecía más joven y relajado de lo que Vivian y Ross lo habían visto en todo el viaje—. ¡Te has convertido en una mujer maravillosa!

No era mentira. Kinmitu tenía un rostro enjuto, dominado por unos brillantes ojos castaños un poco rasgados. La tez era aceitunada, con un suave brillo dorado, y tenía los labios gruesos. Vivian recordó las imágenes de faraonas egipcias que colgaban en los salones ingleses de la alta sociedad. Aun así, el rasgo más llamativo de Kinmitu era el cabello negro y liso, tan largo que le caía por toda la espalda hasta los muslos. Ninguna mujer de los dakelh se le acercaba en belleza y expresividad. Vivian recordó que Teacher había mencionado que Kinmitu pertenecía a otro pueblo.

—¿Por qué no has venido antes? —le preguntó Kinmitu en un inglés fluido—. Tú no eres de los blancos…

Teacher sonrió.

—Yo no soy de ningún sitio, hija mía —dijo él con amabilidad—. Durante los últimos años he seguido el camino de los cazadores y ahora… a lo mejor pruebo suerte en los yacimientos de oro.

Una mujer mayor había seguido a Kinmitu. Se movía con elegancia y una extrema dignidad. Se mantenía erguida, con una expresión seria pero no antipática, llevaba el pelo suelto, ya un poco ralo. Cuando se acercó a Teacher, levantó los brazos y parecía que fuera a lanzar una especie de bendición a los recién llegados. Luego pronunció un saludo que sonó muy solemne. Teacher respondió algo y señaló de nuevo a Ross y Vivian, que estaban a su lado un poco cohibidos.

La anciana saludó a la joven pareja, como había hecho antes Nahli. Después hizo un gesto con la cabeza a la embarazada y llamó a unas cuantas mujeres de entre la multitud, que enseguida se sumaron a ellos. Envueltas en una alegre cháchara en su idioma, acompañaron a Vivian a una de las casas. Ross no estaba muy seguro de si debía seguirlas, pero entonces decidió quedarse con los hombres. Ahora que las ceremonias oficiales de saludo habían terminado, Teacher se fue con Nahli, que lo llevó a su casa. Vivian, que lo había visto, deseó que Ross también fuera bienvenido.

Ella recurrió de nuevo a la lengua de las señas y enseguida se hizo amiga de las chicas, que la ayudaron a desvestirse e incluso calentaron agua para que se lavara.

—Camino montaña difícil —chapurreó una de ellas—. Frío. ¡Bebé fuerte!

—¡Sí, bebé fuerte! —coincidió Vivian—. ¡Vivo!

El bebé acababa de moverse de nuevo. Vivian esperaba que las mujeres le prestaran ropa limpia, pero primero le colocaron solo una manta gruesa encima y le indicaron que esperara junto al fuego, que propagaba un calor agradable en medio de la casa. Poco después la anciana de antes se acercó a ella, con Kinmitu al lado.

—Esta es T'hoduh, la voz del fuego —le presentó Kinmitu a su compañera—. Es una experimentada curandera y sacerdotisa. Teacher le ha pedido que te ayude a dar a luz a tu hijo.

Vivian les dedicó a las dos su mejor sonrisa.

—Es muy amable, por favor, dale las gracias a ella y a todas las demás, de corazón, por su acogida.

—Los dakelh jamás rechazarían a alguien que vaya con Teacher —dijo Kinmitu con cierta rigidez—. Un hijo de este pueblo le debe la

libertad y la vida. Por eso es el segundo padre de Nahli, y forma parte de los dakelh.

«¿Y tú? —pensó Vivian sin querer—. ¿Tú también formas parte de los dakelh?». Fue capaz de contenerse de preguntar a Kinmitu por su posición en el pueblo. Teacher había dicho que una mujer sabia había acogido a la niña. Probablemente fuera T'hoduh. ¿Kinmitu la consideraba su madrina con la misma naturalidad que había llamado padrino a Teacher?

T'hoduh se sentó con Vivian y empezó a examinarla con cautela. Luego le dijo algo a Kinmitu, que tradujo para Vivian:

—Tu hijo empuja para salir al mundo, pronto estará con nosotros. Hasta entonces tienes que comer mucho y descansar. Está sano, pero es muy pequeño. Aguántalo contigo todo lo que puedas.

Vivian asintió y, por primera vez desde que Teacher había descubierto su embarazo, sintió que se quitaba un peso de encima. Ya no era la única responsable, alguien cuidaría de ella y del bebé. Y había cruzado las Montañas Rocosas sana y salva. ¿Lo habría conseguido sin Teacher?

Tal vez su hijo un día también lo vería como su segundo padre.

4

Vivian enseguida se sintió a gusto con los dakelh. Por fin dejaba de pasar frío, recibía comida suficiente y la gente era amable. Solo con Kinmitu, la única que hablaba su idioma con fluidez, no acababa de congeniar. Parecía que hacía de tripas corazón siempre que le tocaba traducir para los blancos, y Vivian tenía la sensación de que no le gustaba hacerlo. El segundo día que pasaron en el pueblo le preguntó a la chica por qué hablaba tan bien inglés.

—Teacher me contó que en la misión no quisiste aprenderlo y te castigaron por ello —comentó.

Kinmitu torció un poco el gesto.

—No era que no quisiera. Solo que no podía hacer magia. Los misioneros querían que no nos expresáramos en ninguna otra lengua de un día para otro. Quien no supiera inglés, debía callar. Por lo visto no se me daba muy bien callar.

—Pero ahora sí sabes —constató Vivian.

Una vez más, le costó interpretar la expresión de Kinmitu.

—Sí —respondió al cabo de un rato—. Con el tiempo he aprendido a callar.

Vivian no sabía si se estaba riendo de ella o si simplemente se negaba a revelar lo más mínimo sobre sí misma. Pero no iba a rendirse tan rápido.

—Me refería al inglés —insistió—. Tienes que haber aprendido el idioma en algún sitio.

—Tenemos muchos negocios en Fort George y en Quesnel —contestó Kinmitu—. Alguien tenía que hablar bien inglés. Como yo ya conocía las bases, me ofrecí. Nahli también habría podido hacerlo, hablábamos con Teacher en su lengua durante el viaje. Él aprendió nuestro idioma, y nosotros, el suyo. Pero el pueblo tenía una función mejor para Nahli.

Las últimas palabras sonaron amargas, y calló de nuevo. Vivian se preguntó qué función tendría Nahli tan importante para los dakelh y por qué se valoraba mucho más que saber lenguas extranjeras. Parecía que Kinmitu se sentía denigrada al ejercer de intérprete. Vivian, en cambio, imaginaba un motivo del todo inofensivo para escoger a Kinmitu y no a Nahli como intérprete. Lo más probable es que la chica hubiera demostrado tener mucha facilidad para los idiomas, pues también había tenido que aprender antes la lengua de los dakelh.

Teacher había montado su tienda en el pueblo de los nativos y Ross había seguido su ejemplo. Sin embargo, T'hoduh no permitió que Vivian pasara la noche en la tienda. Le ofreció un sitio donde hacerlo en su propia casa, donde también vivía Kinmitu. La zona de dormir estaba cubierta de ramas de abeto y pieles, era muy acogedora. Vivian disfrutó dejándose cuidar un poco. Admiró la preciosa túnica decorada que le dio una de las mujeres, y se rio cuando Kinmitu le hizo de intérprete y le explicó que los coloridos adornos estaban hechos con pinchos de puercoespín pintados. El primer día después

de su llegada ya procuró participar de la vida del pueblo. Las mujeres le enseñaron a trenzar cestos, una de las artes manuales características de los dakelh, y cómo decorarlos con motivos animales y humanos. Además, con huesos, dientes y garras de animales fabricaban joyas que también tenían un carácter espiritual. T'hoduh le regaló un amuleto para que los protegiera a ella y a su hijo.

Ross aceptó con gusto la oferta de los hombres de acompañarlos a pescar y cazar, pero no acababa de encajar las burlas bondadosas con las que reaccionaron a su torpeza inicial. Le entraron ganas de ir a quejarse a Teacher, pero le dio miedo que contraatacara con otro comentario peyorativo. Así que solo quedaba Vivian, que apenas se interesaba por los fracasos de su marido. Y Kinmitu.

Para sorpresa de Vivian, la joven hablaba con Ross.

—¿De qué charlas tanto siempre con Kinmitu? —le preguntó a su marido después de que pasara más de una hora sentado junto a una hoguera en animada charla con la joven nativa.

—¿Estás celosa? —le preguntó Ross con una media sonrisa.

Vivian frunció el entrecejo. En realidad no sentía ningún tipo de celos. Al contrario, se alegraba de que Ross entablara amistad con alguien del pueblo. Solo se le hacía raro porque a Kinmitu no le gustaba nada hablar con ella. Y eso que, a su juicio, la chica tenía más en común con ella que con su marido.

—¡No estoy celosa! —se indignó—. Pero no tengo motivos, ¿no?

Ross sacudió la cabeza y la rodeó con el brazo.

—No, Viv, yo te quiero.

Eso era lo que quería oír, aunque antes su voz transmitiera más pasión.

—Si no estuvieras embarazada, todo volvería a ser como antes —prosiguió Ross—. Solo es que…, bueno, Kinmitu me entiende. Tampoco se ha sentido nunca de aquí de verdad. Los dakelh la miran con desdén, según ella. Igual que a mí.

Vivian no opinaba lo mismo.

—¡Eso son imaginaciones tuyas!

Ross torció el gesto.

—¿Y también son imaginaciones mías que Teacher me mira por encima del hombro?

—Probablemente Teacher mira por encima del hombro a todo el que no pueda estrangular a un oso con sus propias manos —bromeó Vivian—. Nos considera a todos unos principiantes. Por otra parte, es cierto. Los dos fuimos bastante ingenuos al caer en el anuncio de la British Columbia Transfer Company. ¿Te acuerdas de cuando llegamos a Fort Garry y pensamos que los yacimientos de oro estaban a la vuelta de la esquina? —Miró a su marido para animarlo y le cogió de la mano—. Nos lanzamos de cabeza a la aventura, Ross. Es lógico que Teacher sienta que nos hace más de niñera que de guía. —Su sonrisa le quitó hierro a sus palabras.

—¡Pues yo prefiero que me traten como un adulto! —exclamó Ross.

—¿Y de eso hablas con Kinmitu?

—En realidad hablamos más del oro. Kinmitu dice que en su tierra también hay yacimientos. Ella no es de aquí. Los ktunaxa viven junto al río Kootenay y el Columbia. Pero nunca he oído hablar de que haya buscadores de oro en su zona, a lo mejor podríamos abrir una zona nueva si vamos con ella. —A Ross empezaban a brillarle los ojos.

Vivian hizo un gesto de descarte.

—Primero vamos a tener el bebé, luego ya decidiremos todo lo demás. Por cierto, ¿qué prefieres, un niño o una niña? —Lo miró con picardía, como si ya supiera perfectamente el género de la criatura que llevaba en el vientre.

Ross se dio la vuelta disgustado.

—¿Es que ya no puedes hablar de otra cosa que no sea el bebé? Por suerte ya no queda mucho para que te deshagas de él.

Vivian lo miró desconcertada.

—Pero, Ross, ¡no voy a deshacerme del bebé! Va a salir de mi barriga, eso sí, pero luego tendremos a un niño pequeño de verdad, ¡vivo! Tenemos que alimentarlo y procurar que no pase frío, y ponerle pañales, jugar con él… ¡y necesita un techo!

—¡Suenas como si quisieras quedarte aquí!

—Durante el invierno, por supuesto —confirmó Vivian—. En primavera ya podremos pensar en Barkerville. Está más cerca y es más fácil llegar. Teacher cree que podríamos ir sin problema con las mulas. Cuando el niño sea un poco mayor, también podremos plantearnos Yale. Pero ahora aún no. ¿O te parece bien hacer piragüismo en el río con un recién nacido?

Ross no contestó, se limitó a jugar con el mimbre que Vivian estaba trenzando con gran destreza.

—Ya se verá —murmuró al final.

Después de dos semanas en compañía de los dakelh, el niño anunció su llegada. Era una noche fría y plácida de enero, y Vivian oyó el murmullo lejano del río cuando notó las primeras contracciones.

—¡Kinmitu! —La voz sonó ronca y asustada. No esperaba tanto dolor, aunque en Inglaterra corría la voz de que el parto iba asociado a sufrimiento y peligros para la mujer.

A la luz del fuego trémulo vio que T'hoduh se levantaba. La anciana atizó el fuego, le dio unas cuantas instrucciones en su idioma a Kinmitu, que despertaba poco a poco, y se arrodilló al lado de Vivian. Volvió a palparle el vientre con dedos habilidosos, y esta vez también los introdujo entre las piernas.

Vivian gritó del susto.

—Necesita comprobar hasta qué punto estás dilatada. —Calentó piedras al fuego, así como una infusión de corteza de sauce—. Bébetelo, te ayudará —le explicó. Para Kinmitu un parto era lo más natural del mundo.

Vivian tragó, obediente.

—¿Puedes… avisar a Ross? Debería estar aquí…

—Si T'hoduh no me necesita aquí.

La anciana pareció entender el sentido de las palabras de Vivian, tal vez su voz transmitía urgencia y añoranza de Ross. Habló un momento con Kinmitu, que acto seguido salió para cumplir el deseo de Vivian.

T'hoduh empezó a hablar en voz baja mientras envolvía las piedras calientes en paños y las colocaba sobre el cuerpo de Vivian. Ella no entendía ni una palabra, pero pensó que de todas formas sus conjuros iban dirigidos al niño que estaba por nacer. O a los dioses y espíritus que debían apoyarla como parturienta. Vivian sudaba y temblaba, cada contracción dolía más que la anterior.

Agarró con fuerza las manos de la partera. T'hoduh aguantó la presión.

—¿Está Ross? —preguntó desesperada—. Quiero… quiero verlo… tiene que…

T'hoduh negó con la cabeza, probablemente no consideraba imprescindible la presencia del padre en un parto. Vivian sabía que las mujeres en Inglaterra siempre excluían a sus maridos cuando empezaban con las contracciones. Sin embargo, ella echaba de menos a Ross con todo su ser. Tenía que protegerla, calmarla… ¿No habían jurado vivir todas las aventuras juntos? ¿Por qué no estaba a su lado en ese momento? ¿O Kinmitu no lo había llamado?

Soltó otro grito y de pronto oyó la voz serena de Kinmitu.

—Tu marido quiere saber si te estás muriendo.

—¿No le has dicho que… que ya llega nuestro hijo?

—Le he dicho que tienes contracciones y que todo va bien —contestó Kinmitu—. Y que es normal que grites.

Entonces la había oído chillar, pero no había hecho amago de acudir en su ayuda. ¿Por qué no quería abrazarla, apoyarla?

—Ahora tienes que empujar —le indicó Kinmitu—. T'hoduh dice que es un niño pequeño. Viene fácil.

—¿Fácil? —dijo Vivian entre jadeos. Tenía la sensación de que llevaba horas con dolores, ¿y la anciana hablaba de un parto fácil?

—Tu marido espera fuera. Teacher también —dijo Kinmitu.

Sin saber por qué, para Vivian fue un consuelo oírla mencionar al trampero. Pero una cosa tuvo clara: si alguien que no fueran esas dos mujeres pudiera hacer algo por ella, Teacher lo habría hecho. ¿Y Ross?

En un momento dado notó una fuerte presión entre las piernas, los dolores fueron en aumento y T'hoduh volvió a darle infusión…, y de pronto sintió un alivio cuando algo salió de entre sus piernas y se

deslizó hacia las manos de la partera. El dolor remitió, Vivian alzó la vista y vio una sonrisa en los ojos de T'hoduh.

La anciana lo bendijo con un gesto y dejó algo pringoso y húmedo sobre la barriga de Vivian. Soltó un ruido como si fuera un gatito. Vivian quiso incorporarse para ver a la criatura, pero la partera la empujó con suavidad para que volviera a tumbarse en el catre. Luego Kinmitu ayudó a Vivian a apoyarse.

—Es una niña —dijo—. Una niña menuda y sana.

La recién nacida parecía consciente de la delicada situación en la que se encontraba después de salir del cálido y cómodo vientre de Vivian. Protestaba al mundo a voz en cuello. Vivian sonrió. Luego esperó a que T'hoduh lavara a la niña y la envolviera en una manta. Bendijo de nuevo a madre e hija.

—K'ah Noh —dijo.

—Es el nombre que ha puesto T'hoduh a tu hija —aclaró Kinmitu —. Significa «llega al amanecer».

En efecto, la primera luz del alba entró por la ventana de la casa cuando Vivian miró por primera vez la cara de su hija.

—¿Tengo que llamarla así? —preguntó en voz baja. Ya había pensado un nombre para su hija.

—No —dijo Kinmitu—, no es una dakelh. A los hijos de los dakelh les pone el nombre T'hoduh.

De nuevo hablaba con amargura. Vivian lo entendió. La propia Kinmitu no tenía un nombre dakelh. Debía de ofenderla que ahora le pusieran uno a la hija de Vivian.

—¡Eso es todo un honor! —exclamó Teacher.

Una hora después de nacer la niña, cuando Vivian volvió a sufrir contracciones y expulsó la placenta, por fin permitieron que los hombres entraran en el cuarto del parto. Ross observaba extrañado a la niña. Parecía sinceramente perplejo con lo pequeña que era su hija. Teacher se interesó por el parto y cómo había ido.

—No tengo mucha idea, pero me han dicho que cinco horas es poco tiempo. Y T'hoduh considera que te has comportado muy bien, y la niña también. De lo contrario no habría dado la bienvenida a la niña a su pueblo —comentó cuando Vivian, que recuperó las fuerzas a una velocidad asombrosa, le habló de los rituales de la sabia mujer.

—¿Quieres decir que nuestra hija es ahora una dakelh? —le preguntó—. La verdad es que va vestida para ello. —Las mujeres habían envuelto a la niña en un pañuelo de colores.

—Siempre será bienvenida para el pueblo de los dakelh —les explicó Teacher.

—¡Lo que le faltaba! —refunfuñó Ross—. ¿Cómo quieres llamarla ahora, Viv? Mi madre se llama Elizabeth. La tuya se llamaba…

—Se llamará Giselle —dijo Vivian, y acarició la carita aún bastante arrugada de su hija—. Es decir, mi madre se llamaba Sophie, pero ella es Giselle. Giselle K'ah Noh.

Teacher sonrió.

—¿Qué tipo de nombre es ese? —preguntó Ross un poco enojado —. Es francés, ¿no? Suena bastante peculiar.

—Es francés, exacto —informó Vivian con orgullo—. Giselle es una joven campesina en un ballet. Es preciosa. Y nuestra hija será igual de bella. Quién sabe, a lo mejor bailará más adelante… —

Aunque ella hubiera renunciado definitivamente a la esperanza de ser bailarina, el sueño seguía ahí.

—¿En los ballets no hay chicas con nombres normales? —Ross seguía distante y enfadado—. ¿Algo como Susan o Ann?

Vivian arrugó la frente.

—Hay una Coppelia, una Ondine y una Esmeralda…, ¡pero nuestra princesa es una Giselle!

Ross no se atrevió a preguntar cómo se habría llamado un príncipe…

—¡Tú podrás escoger el nombre de nuestro próximo hijo! —le concedió Vivian, que solo consiguió que se le ensombreciera aún más el semblante a su marido. Saltaba a la vista que no quería ni pensar en otro hijo—. ¡Y mañana también podrás coger a la niña! —le prometió Vivian.

Ross asintió sin mucho entusiasmo. «¿Se habría puesto aún más a la defensiva de no tener a Teacher al lado?», le pasó por la cabeza a Vivian. El trampero ejercía cada vez más de vigilante de los modales de su marido.

—Entonces vámonos —dijo Ross al fin, aliviado.

Teacher se dio la vuelta una última vez.

—De verdad, es muy bonita —le aseguró a Vivian—. Y Giselle K'ah Noh… No sé mucho de eso, pero suena a que es muy buen nombre para una bailarina.

5

Giselle evolucionaba bien. Comía mucho, engordaba, demostraba potencia en la voz, y Vivian interpretaba sus pataleos como los primeros ejercicios enérgicos de una bailarina nata. Las mujeres de los dakelh mostraban un entusiasmo absoluto con ella. Vivian la sometió con gusto a más rituales a cargo de T'hoduh para integrar a Giselle en su pueblo.

—Cuando volvamos a estar con blancos, la podremos bautizar igualmente —dijo relajada cuando Teacher se burló de los dos Wallett por entregar a su hija de buena gana a los espíritus de los nativos. De hecho, ni siquiera Ross se había opuesto a las bendiciones.

—Puede que su creencia en los espíritus tenga cierto sentido —meditó—. Kinmitu dice que incluso hay ceremonias que ayudan a encontrar oro.

Vivian se rio de él.

—Creo que si fuera el caso Kinmitu sería rica hacía tiempo —repuso—. ¿Qué la retiene aquí? Por supuesto, T'hoduh le proporciona todo lo necesario, pero parece que no se siente del todo a gusto con los dakelh. ¿Por qué no se va y vuelve con su pueblo?

Intuía que Ross sabía muy bien por qué. Kinmitu no se atrevía a hacer el viaje sola. Era la discípula de T'hoduh, estaba aprendiendo a curar, a traer niños al mundo y tal vez también a tratar con los

espíritus. La supervivencia en los bosques no era una de sus competencias. Y ahora esperaba, o esa era la sensación de Vivian, que Ross la acogiera bajo su manto. Él no parecía tener inconveniente en renunciar al plan original y no continuar hacia las ciudades de buscadores de oro ya conocidas como Yale o Baskerville, sino dirigirse hacia el río Columbia. Otro viaje infinito hacia lo desconocido. Vivian sabía que no quería hacerlo, ni siquiera aunque Teacher les hiciera de guía. El trampero, por su parte, ya estaba con los preparativos para abandonar a los dakelh durante la época del deshielo. Quería ir a Williams Creek para probar suerte en Barkerville con la búsqueda de oro.

—Necesito volver a ganar algo —comentó cuando unas semanas después se despidió de Vivian—. Y estoy un poco harto del pueblo. Primero el viaje con vosotros, luego estos meses con los nativos. Es demasiado. Quiero volver a estar solo, además Kinmitu… —Dejó de hablar.

—¿Qué pasa con Kinmitu? —le preguntó Vivian. No le había pasado por alto que la relación entre Teacher y su ahijada llevaba un tiempo enturbiada.

Teacher suspiró y se frotó la frente.

—Es infeliz aquí y quiere que la lleve con su pueblo. Se supone que también se puede buscar oro ahí.

—¿Y tú le has dicho que no?

El trampero asintió.

—Sí, porque no es tan fácil. Está lejos, a cientos de kilómetros, y ni siquiera sé con exactitud dónde encontrar a los ktunaxa. Además…, ¿quién sabe cómo nos van a recibir? ¿Cuál es su actitud hacia los blancos? Y, después de viajar durante meses con Kinmitu

en plena naturaleza, al final nos considerarían marido y mujer. Tal vez incluso lo seríamos antes de llegar, ya no es una niña, y yo solo soy un hombre. Han pasado más de diez años desde que arrancaron a Kinmitu de su pueblo, y prácticamente ha olvidado su idioma. Buscar cobijo ahí ahora es un sueño, pero no un plan. Sin contar con que se puede buscar oro por todas partes, claro, pero en Barkerville ya han encontrado un poco… —Teacher estaba decidido.

—¿Le has comentado tus dudas? —le preguntó Vivian—. A mí me suenan razonables.

—Desde luego que le he dicho todo eso —continuó Teacher—. Pero Kinmitu no me hace caso. No para de decir una y otra vez lo injusto que fue que yo llevara a Nahli a casa y a ella no. Kinmitu no solo es infeliz: está llena de ira. Hacia Dios y el mundo…

—Pero ¿por qué? Aquí con los dakelh está bien. Tiene sus funciones, que son importantes… —Vivian no acababa de entender la insatisfacción que sentía la chica.

Teacher se encogió de hombros.

—Dice que se siente como una extraña. Incluso quería que yo la llevara a Barkerville, ¡pero eso sí que sería absurdo! ¿Qué haría ahí? Es un sitio de buscadores de oro. No necesitan ni parteras ni chamanas…

—¿Has sido tan claro cuando la has despachado? —Vivian lo miró con la frente arrugada, le daba pena la chica—. No me extraña que esté enfadada.

—No digo más que la verdad —comentó Teacher—. Como mucho me la podría haber llevado a Barkerville como mi esposa. Si hubiera querido…

Guardaron silencio durante un rato, hasta que Teacher se animó a hacer una advertencia.

—Tienes que andarte con cuidado con tu marido —aseguró—. Kinmitu está intentando hacerle perder la cabeza. —Cuando Vivian lo miró con incredulidad, añadió—: No me refiero a que le ponga ojitos, aunque tampoco lo descartaría. Pero todo ese discurso de los espíritus que le van a desvelar dónde hay oro…

—¡Eso Ross no se lo creerá! ¡No puede ser tan tonto! —Vivian se echó a reír, aunque algo la asfixiaba.

Teacher se encogió de hombros de nuevo.

—No sería el primer hombre a quien la codicia le nubla el sentido. Y la lujuria…

Vivian se mordió los labios. Había estado tan ocupada con el parto y la niña que se le habían escapado unas cuantas cosas. Levantó la cabeza y observó a Teacher.

—Ojalá te quedaras. Esperaba que nos acompañaras a los yacimientos de oro. ¡A saber si los encontramos sin ti!

—Lo conseguiréis, Vivian. Es fácil encontrar el camino a Barkerville. —Teacher la animó con una sonrisa—. Hasta tu Ross lo hará, ¡y es urgente que asuma la responsabilidad! Eso no me preocupa. Lo principal es que escojáis la ruta más segura y conservéis las mulas. También os lo recomiendo si decidís ir a Yale. Puede que en balsa vayáis más rápido, pero ir en mula es más prudente para la niña que navegar por aguas bravas. ¡Piénsalo, Vivian! Además, las mulas os pueden ser útiles en la búsqueda de oro. ¡Alguien tiene que cargar con el tesoro! —Le guiñó el ojo, algo muy poco habitual, y Vivian supo en ese momento lo mucho que lo echaría de menos.

—¡Nos vemos en Barkerville! —dijo con más coraje del que sentía —. Si para entonces aún quieres saber de nosotros. ¡A lo mejor ya te has hecho inmensamente rico!

La ruta hacia los yacimientos de oro se convirtió en otro motivo de disputa entre el matrimonio. Ross prefería Yale. Ahí habían encontrado oro hacía poco, así que esperaba yacimientos que dieran más que las minas de Barkerville, que llevaban más tiempo con excavaciones. Por tanto, quería cabalgar recto hacia el sur, por la ruta de Cariboo Trail.

—¡Si el sendero ya tiene nombre, estará trillado! —afirmó él—. Y puede que de camino a Yale nos encontremos con los primeros campamentos pequeños de buscadores de oro. Seguro que sería más fructífero buscar fuera de los asentamientos más grandes.

Vivian, en cambio, prefería un sitio donde fuera más fácil cuidar de la niña. Y tampoco quería alargar el viaje de manera innecesaria.

—¡Pero hasta Yale aún quedan semanas de viaje con las mulas! ¡No podemos vivir siempre de *pemmican* y alubias! Giselle tiene que alimentarse bien, y a lo mejor necesita un médico… No, iremos muy lentos y por los caminos más transitados de Quesnel al Este. Hacia Barkerville, a las minas de oro más cercanas. Así no nos agobiaremos. Llevamos mucho tiempo de viaje, Ross, unos cuantos días más ya no importan.

—O podéis venir conmigo a mi pueblo —intervino Kinmitu, que no iba a rendirse tan rápido—. Ahí la niña estaría tan bien cuidada como aquí. —Estaba detrás de ellos triturando plantas para T'hoduh con el mortero—. Y no está tan lejos, solo hay un poco más de

naturaleza que alrededor de Yale o incluso de Barkerville. A cambio hay mejores perspectivas con el oro.

—Y el paisaje debe de ser muy bonito —añadió Ross—. A lo mejor por fin ves un oso, Viv. ¡Antes te habría gustado!

Vivian, que sujetaba a Giselle en el pecho mientras la niña mamaba satisfecha, empezaba a perder la paciencia.

—¡Por el amor de Dios, Ross! ¿Cuándo vas a entender de una vez que ya hemos encontrado nuestro oro? —Separó a la niña con suavidad del pecho y se la dio—. ¡Aquí, tu hija! ¡Es mucho más valiosa que todo el oro del mundo! ¡No vamos a poner en peligro a la niña con un viaje durante semanas en plena naturaleza salvaje! «No está tan lejos», ¡lo que me faltaba por oír! Teacher habló de ochocientos kilómetros, tal vez mil quinientos… Primero era Yale, y el trayecto ya dura semanas, ¡y ahora quieres ir a una tierra ignota! Ni siquiera Teacher se atreve a ir en busca de los ktunaxa. ¿Y vosotros queréis encomendaros a la buena suerte sin más y salir a buscarlos? ¡Ni hablar, Ross! ¡Y ahora coge en brazos de una vez a tu hija! Ya verás que es la mejor sensación que has tenido jamás. ¡Y si la meces un poco, deja de gritar!

Le dio con energía a la niña, que había empezado a berrear a modo de protesta.

—¡Y aguántale siempre la cabecita! —añadió antes de levantarse para irse. Vio por el rabillo del ojo que Ross le pasaba la niña a Kinmitu.

Al cabo de unos días, las mulas caminaban lentas por un sendero bien reconocible que conducía al Este. Al final Vivian se había

impuesto. En Barkerville hacía años que se buscaba oro, era una ciudad con tiendas, un médico y un puesto de correos: no era un baluarte de la civilización, pero sí un sitio donde poder criar a una niña.

El camino hasta allí ya fue bastante arduo. De vez en cuando debían cruzar zonas montañosas, de manera que el trayecto se demoraba. Sin embargo, era seguro, y Vivian y Ross se cruzaron por el camino con más gente que en las rutas anteriores. Muchos eran metís, pero también buscadores de oro que habían recorrido una distancia parecida a la de Vivian y Ross y empujaban con obstinación sus carros de bueyes cuando la vía era difícil de transitar. Vivian avanzaba sobre la mula, Giselle iba sentada en un soporte de mimbre en su espalda, como los que fabricaban los dakelh para sus niños. Era ligero y proporcionaba seguridad y calor a la niña porque estaba forrado con pieles. Un voluminoso gorro de piel le protegía la cabecita. Vivian se había llevado una gran alegría con ese obsequio de las mujeres, y les regaló un montón de utensilios de cocina y herramientas después de pasar unos días en Fort George para reunir provisiones y hacer buenas compras. Con eso acabaron de gastar el dinero que se habían llevado de Inglaterra. En Barkerville Ross tendría que ganar algo nada más llegar, y a Vivian solo le cabía esperar que de verdad saliera bien lo del oro. Seguro que no sería fácil motivar a su marido a aceptar otro trabajo. En ese momento ya parecía descontento. Para él, avanzaban muy despacio, otra vez…

Vivian callaba casi siempre que Ross expresaba su disgusto. Notaba la cabecita de Giselle en la nuca y percibía dichosa su respiración tranquila y los leves ronquidos ocasionales. Mientras Curly avanzaba lenta paso a paso, ella cavilaba sobre por qué Ross

no era capaz de sentir el mismo entusiasmo por su hija y sobre cómo su relación, despreocupada y feliz, había podido convertirse en semejante convivencia tensa. Y eso después de superar tantos obstáculos. El engaño de la British Columbia Transfer Company, el agotador viaje con los exploradores, la decepción al ver que Fort Garry no era el destino, sino solo una escala en un viaje de tres mil kilómetros… Pese a todo, habían conservado el optimismo, se acurrucaban el uno junto al otro por la noche, se reían de los compañeros de viaje o los criticaban. Habían sido amantes y compañeros, dos rebeldes alegres contra la vida que les habían prescrito. Incluso la boda fue una señal de protesta contra sus respectivos padres. Vivian sacudió la cabeza para sus adentros. ¿Qué sentía ahora Ross cuando la miraba? Ella seguía queriéndole. Al mismo tiempo, comprendía que habían actuado con gran ingenuidad y ligereza.

Y ahora estaba Giselle…

Tener un bebé no entraba en los planes iniciales de Vivian, pero tampoco era algo que hubiera descartado nunca, mientras que por lo visto su concepción y el parto habían hecho que a Ross se le tambalearan los cimientos, ¡y no lo podía evitar!

Por primera vez Vivian fue consciente de que toda la vida anterior de Ross se había centrado en eludir sus obligaciones. Hasta entonces incluso le parecía divertido que lo hubieran expulsado de dos escuelas por su afición a las travesuras tontas. También le había parecido muy bien que considerara el servicio militar más bien una actividad secundaria al trabajo en el hipódromo. Y cuando más tarde trabajó para su padre, amarse en secreto había sido una diversión emocionante. Luego se escaparon juntos, y desde entonces casi

siempre había sido ella quien lo mantenía en vereda, con suavidad, pero con firmeza. Con Giselle todo había cambiado. Ya no eran compañeros ni rebeldes en busca de aventuras. Eran padres, y contra la paternidad uno no podía rebelarse, por mucho que lo intentara Ross ignorando todo lo posible a la niña.

A su ritmo tranquilo el viaje se prolongó durante siete días; con el buen tiempo tuvieron que lidiar de nuevo con bandadas de mosquitos, y con el malo, con el frío y la humedad. La primavera llegó tarde en la periferia de las Montañas Rocosas, donde el paisaje se teñía de todos los tonos de verde imaginables. En ese momento, en abril, los árboles empezaban a florecer. Vivian intentó levantar el ánimo a Ross cogiendo flores de la hierba y creando coronas para Giselle y ella. En la cabecita de la niña había aparecido mucho pelo, tan suave y rizado como el de Vivian, pero moreno. La niña estaba preciosa con las flores de colores, pero Ross ni se dignó a mirarla. Si en algún momento reaccionaba a una alusión o un elogio de Vivian, era porque se refería a sus logros con la caza. Había copiado algunas técnicas de Teacher al colocar trampas, y también sabía despellejar y limpiar a los animales. En Inglaterra, en las cacerías de los nobles, ese tipo de tareas siempre correspondían a los ojeadores o al personal de caballería, y Ross solía hacer suplencias cuando su padre organizaba una cacería para sus señores. Por su parte, Vivian a esas alturas sabía asar o cocinar el pescado, lo había aprendido con Teacher y también con las mujeres dakelh.

Cuanto más se acercaban a su destino, más se inquietaba Ross. Al fin y al cabo, pronto se decidiría si todas las dificultades habían valido la pena. Entonces descendieron la última colina boscosa y la ciudad se intuyó entre el ruido ambiental, que sonaba a la vez

familiar y muy lejano. Desde Fort Garry habían pasado la mayor parte del tiempo en la naturaleza, ahora oían los golpes de martillo, los chillidos de las sierras, hombres que se gritaban. Ross colocó su mula junto a Vivian. Intercambiaron una sonrisa… ¡y entonces la vieron!

Barkerville se encontraba junto a un estrecho cauce de río, el de Williams Creek, en medio de las montañas de la región de Cariboo. La ciudad daba una imagen desordenada, era un centro en auge de la fiebre del oro. Había casas, cabañas y tiendas en ambos lados del río, unidas por puentes y pasarelas que parecían provisionales. Solo tenía una calle principal, de tierra y en consecuencia completamente embarrada, que a esas horas estaba abarrotada de carros, animales y personas. Cuando Vivian y Ross cruzaron el mar de tiendas de campaña del principio, aparecieron unos edificios de madera que bordeaban la calle, y solo unos cuantos eran de dos plantas. Vieron tiendas con letreros pintados a mano que ofrecían productos diversos o herramientas, había un peluquero e incluso una consulta médica. Se veían muchas fondas que en parte funcionaban como hoteles modestos.

Vivian deseó poder ocupar una habitación sin más como al principio de su viaje. ¡Sería maravilloso dormir de nuevo en una cama de verdad! Sin embargo, no podían ni planteárselo, debían conseguir dinero ya de alguna manera, y Vivian no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Para su sorpresa, Ross se había informado con antelación.

—Deberíamos delimitar una concesión. Un tramo del río… Será mejor que lo recorramos durante unos cuantos kilómetros para ver dónde hay un terreno libre.

Vivian no creía que fuera tan fácil como se lo imaginaba Ross. En las inmediaciones de la ciudad las orillas del río ya estaban ocupadas por tiendas o sencillas cabañas de madera, seguro que ahí vivían los dueños de las concesiones. Y no parecía que quedara nada libre. De hecho, se fueron alejando cada vez más del centro de la ciudad, hasta que de pronto la calle principal se acabó y dio paso a una acumulación desordenada de alojamientos provisionales. Cuando ya se encontraban a casi un kilómetro de Barkerville, Vivian le preguntó a una mujer de aspecto abatido que estaba colgando la colada delante de una cabaña.

—¡Buenos días! Disculpe, queremos… encontrar oro. ¿Quedan concesiones libres por aquí?

La mujer torció el gesto y esbozó una sonrisa cansada.

—Todos estamos aquí para encontrar oro, y las concesiones más cercanas que nadie ha probado aún están todas a unos cuantos kilómetros de aquí, río arriba. —Se acercó, con una expresión más amable al ver a Giselle en su espalda—. ¡Qué niña tan bonita! ¡Y qué pequeña! Debe de haberla tenido durante el viaje hasta aquí. Seguro que ha sido duro.

—Entonces deberíamos continuar —comentó Ross, impaciente—. Vamos, Viv, si queremos encontrar algo hoy, tenemos que darnos prisa.

La mujer meditó un momento.

—Tal vez no debería decirlo, pero seguro que por aquí hay muchos tipos que están ansiosos por conseguirlo y estaban antes que vosotros. Pero ir con la niña pequeña en plena naturaleza… La concesión más próxima, justo después del meandro, está libre. El viejo McNeil se ha rendido. Se ha hartado del frío y la humedad,

dice. En todo caso es un kilómetro y medio del curso del río, y nunca registró la concesión. Así que si vais ahora mismo a la ciudad, a la oficina del comisionado del oro, y firmáis unos cuantos papeles, es vuestra.

Vivian sonrió esperanzada a la desconocida.

—¡Lo haremos ahora mismo! Muchas gracias, señora…

—Murphy. Pero puedes llamarme Alice —se presentó la mujer. Vivian también quiso decir su nombre, pero Ross la interrumpió.

—No sé, una concesión usada…, seguro que ya se lo han llevado todo…

Alice se encogió de hombros.

—McNeil era un hombre mayor y estaba solo. Lo buscaba con una sartén y no todo el día. Seguro que queda algo que recoger. Pero si no queréis…

—¡Claro que queremos! —exclamó Vivian—. Entonces ¿adónde deberíamos ir? ¿Y cuánto cuesta el registro?

Se enteró de que el registro costaba unos cuantos dólares, y Alice tenía un mapa del que se podía sacar la ubicación de la concesión.

—Esta es la nuestra —dijo ella, y señaló otra parte del curso del río, muy cerca de su cabaña—. Mi marido y mi hijo están construyendo un canal para batear oro. Ya es nuestro segundo intento en Williams Creek, la primera concesión estaba más arriba de la ciudad, pero no fue lucrativa. Aquí esperan encontrar más. Y yo gano algo como lavandera. Así aporto más que cuando me planto en el río y agito la batea.

A Vivian esa explicación no le pareció muy alentadora, pero… a lo mejor Ross y ella tenían más suerte con su concesión. La cuestión

era de dónde iban a sacar el dinero para el registro, las herramientas y la madera para construir una de esas bateas que fueran buenas.

—Venderemos una de las mulas —contestó Ross cuando le planteó la pregunta—. Así volveremos a tener dinero.

—¡Pero no mi Curly! —repuso Vivian—. Giselle y yo nos hemos acostumbrado a ella. Y necesitaremos uno de los animales para ir a la ciudad. La concesión está cerca de Barkerville, pero no quiero recorrer el tramo a pie cada vez que haya que comprar algo.

Ross torció el gesto.

—Pues entonces la mía. Aunque el macho castrado es más fuerte que la pequeña yegua. Da igual. Preguntaremos dónde hay un mercado de animales por aquí o algo así. ¿Has visto un herrero o un establo de alquiler en la zona?

6

Antes de encontrar el establo de alquiler, Vivian vio la oficina del comisionado del oro. Ató con determinación a Curly enfrente y entró. Ross la siguió, no con tanta seguridad. Era evidente que la idea de hacerse cargo de la concesión de otro no era de su agrado. Vivian sospechaba que le parecería estupendo que se les adelantara alguien.

Sin embargo, no ocurrió. Solo tenían a unos cuantos hombres delante que informaron a Ross de que su plan era levantar un campamento nuevo a unos quince kilómetros de la ciudad, y ahora querían registrar sus concesiones. Por supuesto, Ross se encendió y habría preferido unirse a ellos y excavar en una parte del río que de verdad fuera virgen.

No obstante, Vivian reclamó expresamente la concesión junto al río Willow que había mencionado Alice, y pidió al empleado que preparara los papeles mientras ellos buscaban un comprador para el mulo Fred. Les resultó muy fácil. A los hombres de la oficina les interesaba mucho un animal de carga, al parecer en Barkerville escaseaban los caballos, las mulas y los asnos. Al final Ross acordó con ellos un precio decente y prometió visitarlos en un futuro próximo para ver su campamento.

—Primero empezaremos aquí por algo pequeño —le explicó a Vivian—. Más adelante podemos mudarnos, cuando la concesión de

ese McLoquesea esté explotada…, aunque lo mejor sería reservar también una concesión ya en el campamento nuevo.

Vivian suspiró.

—Ross, ¿es que no lo has oído? Ahí ni siquiera han medido la orilla del río, el registro es solo provisional, las concesiones aún no son de la gente. Nosotros, en cambio, podemos empezar en cuanto hayamos montado la tienda. Y primero vamos a comprar herramientas y provisiones para los próximos días. Algo fresco. Nunca he estado tan harta de algo como de ese *pemmican*.

Para su sorpresa, junto a su nueva concesión había una especie de cabaña de madera. Estaba muy compartimentada y el techo provisional era solo una lona, ¡pero por lo menos estaba cubierta! Vivian era partidaria de pasar los primeros días en Barkerville arreglando la cabaña y dotándola de muebles provisorios. Sin embargo, Ross no quería entretenerse. Mientras ella descargaba su mula y vaciaba también las alforjas que Ross había llevado de la ciudad hasta allí, él se fue con una de las bateas nuevas a Williams Creek. Estuvo retirando arena y grava del río con cierta torpeza y les daba vueltas en el agua para deshacerse del material más ligero. Al cabo de un rato Vivian le hizo compañía y se puso a amamantar a la niña sentada en la orilla mientras Ross probaba suerte una y otra vez.

Vivian disfrutó del momento de calma. La niña dormía en paz, y ella dejó vagar la mente. El entorno de su nueva vivienda le gustaba mucho. La orilla, el murmullo del agua, además de unos cuantos arces que daban sombra y que el viejo McNeil no había derribado para construir su cabaña, a diferencia de la mayoría de los buscadores de oro, que solían alojarse más bien entre tocones. Por

lo visto el viejo escocés no era el buscador más diligente. ¿O ya estaba demasiado frágil para acostumbrarse a la dura vida en los yacimientos de oro?

Vivian empezaba a soñar cuando un grito de Ross la asustó.

—¡Oro! ¡Viv, el primer oro! ¡Lo hemos conseguido! ¡Vamos a ser ricos!

Se volvió hacia Vivian, que miró exultante los restos brillantes en el fondo de la batea. No tenía ni idea de cuánto valían las minúsculas laminillas, pero era un buen punto de partida. ¡Vivian sintió un mareo de felicidad! Le entraron ganas de abrazar a Ross, pero Giselle estaba en medio, claro, y Ross tampoco hizo el amago de abrazar feliz a su esposa y su hija.

—¡Es maravilloso, Ross! —exclamó en cambio—. ¡Todo ha valido la pena! ¡Todos vamos a hacer realidad nuestros sueños! Una casa de verdad…, ¡la cría de caballos!

Ross también sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, Vivian volvió a sentirse tan cerca de él como durante las primeras semanas de matrimonio. Eufórico, dejó caer las primeras pepitas de oro en el pelo de Vivian, y brillaron al sol como si la joven llevara una aureola.

—¡Eh, no las pierdas! —exclamó Vivian—. ¡Será mejor que las vendamos y esta noche nos demos el capricho de un festín! ¡Celebrarlo de verdad, Ross! A lo mejor… ¿vino? —Hacía meses que no bebía vino. Como mucho habían compartido una pinta.

—No tengo ni idea de dónde se venden —confesó Ross—. Y a lo mejor deberíamos tener unas cuantas más… Aún nos queda dinero de la venta de la mula. Si quieres podemos ir a la ciudad y comprar algo más. Carne fresca o salchichas para asar.

Antes Vivian habría ahorrado y se habría limitado a unas cuantas verduras, además de leche y queso. En ese momento volvió a irse encantada y al cabo de un rato regresó con una alforja llena de manjares. Entretanto, Ross había sacado más pepitas de oro del río. Las guardaba en una bolsa de cuero, se sentía feliz e importante. Vivian recogió leña para hacer una hoguera, y los dos pasaron una noche feliz y apacible. Había comprado una botella de vino, y no le había escandalizado el precio.

Para ella, en realidad deberían beber champán.

—Me gustaría saber dónde se ha metido Teacher —comentó cuando por fin se tumbaron relajados junto al fuego que se apagaba, con Giselle por primera vez en el medio sin que Ross intentara apartarla—. Deberíamos haber preguntado si hay una concesión registrada a su nombre.

Ross sonrió.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó—. Seguro que no le dejarán registrar una concesión con el nombre de Teacher.

Vivian suspiró. Al día siguiente se lo preguntaría a Alice. Sin duda, un hombre como Teacher llamaba la atención. Tal vez su vecina supiera dónde había montado su campamento.

Alice aún no conocía a todo el mundo en Barkerville, pero le recomendó a Vivian que echase un vistazo y preguntara, tanto por Teacher como por sus mulas. Pocos buscadores de oro eran dueños de dos a la vez.

Vivian pensó que tal vez las había vendido también, aunque le costaba imaginarlo. Hacía tiempo que Teacher tenía a Shelley y

Carrie, formaban un equipo compenetrado y parecían gustarle los animales. En cuanto tuviera tiempo, se pondría a buscarlo. Pero primero quería ayudar a Ross a buscar oro para que entrara algo de dinero de una vez. Se metió con un escalofrío en el río helado, con Giselle en la espalda y la batea en la mano. Enseguida captó cómo sacudirla para buscar oro, pero era un trabajo agotador. Al cabo de una hora le dolía la espalda, y tenía los pies descalzos casi entumecidos en el agua fría del río. Las ganancias eran relativamente escasas. De vez en cuando aparecían unas cuantas laminillas que se desmenuzaban en cuanto intentaba sacarlas de la batea y meterlas en la bolsa de cuero en la que Ross guardaba su botín.

Al final se rindió y dejó a Ross con la excusa de ir a buscar leña. Cuando se puso las botas, ensilló a Curly y se dirigió a Barkerville. Hasta que se le ocurrió que tal vez era mejor dar un rodeo por el asentamiento. Al fin y al cabo, era bastante improbable que de pronto Teacher hubiera descubierto su amor por la compañía y hubiera plantado su tienda en medio de los demás buscadores de oro.

En efecto, por encima del Creek, con vistas al valle, encontró un cercado delimitado con ramas para las mulas de Teacher y al lado su tienda. Shelley y Carrie saludaron a Curly con su característico bramido. La tienda estaba vacía, seguro que a esas horas Teacher estaba trabajando. Así que Vivian bajó hacia el río y allí lo encontró. Estaba utilizando junto con dos hombres más uno de los canales de lavado que Alice les había aconsejado construir a Ross y a ella. Se trataba de una especie de cajón de madera con unos refuerzos en la base en los que, cuando estuviera lleno de arena y grava, debería

quedarse estancado el oro si tiraban agua para quedarse con los materiales más ligeros. Uno de los hombres excavaba el material, otro controlaba la entrada de agua y Teacher revisaba el oro lavado, recogía con cuidado las láminas y las metía en un saquito de lino.

Vivian detuvo a su mula.

—¿Qué? ¿Ya te has hecho rico? —gritó al trampero.

Teacher alzó la vista y en su rostro se dibujó una sonrisa cara de ver.

—¡Vivian! Entonces habéis conseguido llegar. ¡Con todo el equipo! —Salió del agua, se acercó a ella en la orilla y la ayudó a bajar de la silla como hacía durante su embarazo—. ¡Y aquí está Giselle K'ah Noh! ¡Es preciosa, Viv, se parece a ti!

—Bueno, el color de pelo es el de Ross. Y los ojos. ¡Me alegro, es un hombre guapo! —dijo ella, y abrazó a Teacher, feliz.

Él soltó una carcajada.

—Parece que las aguas han vuelto a su cauce. ¿Volvéis a estar recién enamorados?

Vivian se frotó la frente y cambió de tema.

—Tenemos una concesión. ¡Y ayer Ross encontró oro!

—¡Enhorabuena! Entonces ya habrá superado el no haber ido con Kinmitu a buscar a los ktunaxa. Ya empezaba a preocuparme. Ven, voy a delegar el trabajo en los otros chicos y preparo un café. De todas formas, tengo frío. El agua en este río está helada.

Vivian asintió y confesó que ella también había estado buscando oro a primera hora de la mañana, pero luego había huido del frío del agua.

—Entonces ¿Ross aún no tiene socio? —preguntó Teacher.

Vivian negó con la cabeza.

—Tampoco quiere uno: me tiene a mí. En breve construiremos un canal como este. —Señaló el canal del río—. Con la batea es demasiado esfuerzo. ¿Y tú? Pensaba que siempre lo hacías todo solo.

Teacher la llevó hasta el fuego apenas ya vivo que había frente a una tienda grande que compartían los otros dos hombres, lo atizó y colgó una olla encima para calentar agua para el café. También añadió un poco de tabaco porque los mosquitos volvían a activarse.

—Hace tiempo que conozco a Hank y Don —aclaró a continuación—. También se dedicaban al comercio de pieles, siempre viajaban juntos. Ellos se bastan el uno al otro, yo me basto solo. Trabajamos juntos, pero no hace falta que pasemos las noches los tres junto al fuego contándonos historias de nuestra vida.

—¿No como con nosotros? —le preguntó Vivian.

Sonrió y le dio una taza de café.

—Ahí me has pillado. Yo nunca quería hablar de la misión, pero tú…

—¡Soy curiosa, no tengo remedio! —Vivian se rio al tiempo que acariciaba con ternura la cabecita de Giselle. La niña parpadeó somnolienta—. Pero dime: ¿qué tal por aquí? ¿De verdad se puede hacer uno rico? ¿Y cuánto vale el poco oro que tanto nos cuesta sacar del río?

—Algunos se hacen ricos, pero son pocos. Los demás nos ganamos el sustento, siempre y cuando consigamos tres onzas de oro a la semana. A veces sale bien, otras no. Pero nos contentamos con poco, todos hemos vivido el tiempo suficiente como tramperos. Incluso podemos ahorrar algo, eso es importante para Hank y Don, ya no están en la flor de la vida. Estaría bien que algún día pudieran

construirse una casa o algo así. Establecerse en algún sitio cerca de una población, pero no tanto como para que la gente chismorree sobre dos viejos que viven juntos. Y yo seguro que en algún momento seguiré mi camino. Los hombres más jóvenes y las familias sufren más presión. Tienen que hacer fortuna antes de que se agote la concesión, o probar con otra mientras tengan dinero suficiente para el nuevo registro.

—Hasta ahora siempre hemos tenido suerte —comentó Vivian distraída—. A lo mejor se mantiene…

Teacher desvió la mirada hacia ella, preocupado.

—No deberías trabajar demasiado —apuntó—. ¿Has visto a las mujeres de por aquí? La mayoría no llega a los treinta años, pero parece que se acerquen a los sesenta, si es que llegan a esa edad. El frío y la humedad son la norma en estas viviendas tan precarias, y encima casi siempre están embarazadas.

—En mi caso es bastante improbable —comentó Vivian, y se mordió la lengua. No era necesario que Teacher supiera que Ross no la había tocado desde el nacimiento de Giselle—. El caso es que le dije a Ross que lo haríamos juntos, lo de buscar oro. Cuando estábamos en Inglaterra. Al principio quería ir solo, yo insistí en venir. Ahora tengo que ayudarlo.

—Espero de verdad que sepa apreciar lo que tiene contigo. ¿Te apetece más café?

Vivian negó con la cabeza.

—No, debería volver. A buscar un poco de oro antes de que anochezca.

Teacher la miró con escepticismo, luego le cogió la taza vacía de la mano, la ayudó a subir a la silla y levantó la mano para

despedirse.

—¡Vuelve por aquí! Por mí, ven con Ross. Tenéis que conocer a Hank y Don. A lo mejor podrían daros unos cuantos consejos: ya han buscado oro antes, saben mucho más del tema que yo.

Durante los días siguientes, Vivian y Ross construyeron un canal para lavar oro, y no fue fácil porque Ross no tenía ningún tipo de experiencia en trabajos manuales ni una formación adecuada para trabajar con madera. Lo único que había aprendido era a montar a caballo. Todas las demás tareas relacionadas con los animales, entre las cuales se encontraban, por supuesto, construir vallas, establos y henificar, tanto en los establos señoriales como en su escuela de equitación militar, corrían a cargo de los mozos. Así que Ross no era el más hábil con las sierras, los martillos y los clavos, y, aun contando con la ayuda de Vivian, solo logró una estructura rudimentaria. El titular de la concesión vecina, un irlandés fornido llamado Petey O'Doole, les avisó de que los travesaños del fondo del canal eran demasiado planos.

—La pieza de oro tiene que pesar mucho para atascarse ahí. Y las partículas más ligeras pasarán de largo —les explicó.

Ross le restó importancia con un gesto.

—Pero con las piezas grandes funcionará —informó—. Para conseguir esas minúsculas pepitas que hemos sacado con las bateas hay que trabajar durante días para lograr unos ingresos considerables. —A esas alturas ya había vendido sus primeros hallazgos en la ciudad y estaba bastante desilusionado con los exiguos beneficios.

Petey se encogió de hombros.

—Vivimos de las minúsculas pepitas hasta que llega el trozo grande —apuntó—. Pero, bueno, eso ya debes de saberlo. No es mi intención convencerte.

Durante las semanas siguientes los días transcurrieron idénticos uno tras otro, y, con cada hora que pasaba en el agua fría extrayendo lodo o grava en el canal de lavado. Vivian iba perdiendo la fe en poder enriquecerse rápido. Casi siempre empezaban a trabajar al alba, hacían pocas pausas y a menudo por la noche solo habían conseguido unas cuantas virutas de oro. Pronto Vivian empezó a sufrir un dolor insoportable en la espalda, pues, además de trabajar mucho, cargaba con la niña. Tenía la piel de los pies agrietada y maltrecha. Cuando pensaba en lo que Jean-Luc predicaba entre sus alumnas de ballet —«¡Los pies son la posesión más importante del bailarín! ¡Así que tratadlos bien!»— le entraban ganas de llorar. Luego alguien recomendó a Ross excavar a poder ser debajo de rocas caídas o junto a la ribera del río erosionada, pues era donde se acumulaba antes el oro. A partir de entonces, Vivian se arrodillaba en el río, intentaba sacar arena de debajo de los tocones o los terraplenes de la orilla y lavarla en su batea mientras Ross llenaba el canal con una azada y una pala. No siempre daba buenos resultados.

Pese a todo, normalmente conseguían entre los dos sacar una onza escasa de oro a la semana. Siempre era un gran día cuando podían llevar su botín a la Oficina de Ensayos, donde un anciano con gafas de níquel y camisa de cuadros dejaba el oro en una delicada

balanza con unos diminutos pesos de plomo y comunicaba el resultado al angustiado buscador. Una onza de oro valía unos dieciséis dólares, pero a veces Vivian y Ross salían de la oficina con solo diez o doce dólares. Por lo general daba para una compra semanal: harina, café, verduras, tal vez una pomada para los pies y rodillas destrozados de Vivian o una jarra de cerveza para bebérsela de noche junto al fuego y por lo menos relajarse un poco. Nunca era suficiente para comprar muebles nuevos, un vestido o juguetes bonitos. Vivian intentaba remendarse sus prendas y coser vestiditos holgados y bragas para Giselle con tela barata. La niña crecía a un ritmo casi más rápido que el que ella era capaz de seguir con la costura.

Además, había cambiado algo con lo que Vivian no contaba. Ross buscaba su cercanía y había vuelto a dormir con ella, aunque seguía sin prestar apenas atención a su hija. Por un lado, Vivian se alegraba de que Ross ya no estuviera enfadado, pero por otro le daba miedo otro embarazo. Además, procuraba importunarlo lo mínimo posible con los cuidados de Giselle. Volvían a tumbarse juntos, pero el amor había perdido ese carácter alegre y desenfadado para los dos. Para evitar volver a concebir, Ross intentaba retirarse justo antes de eyacular. Estaba siempre alerta, ya no se tomaba su tiempo como antes para unos preliminares cariñosos y después no la abrazaba un rato, solo estaba deseoso de limpiarse enseguida para que ningún espermatozoide acabara en la vagina.

Así que en realidad Vivian nunca alcanzaba el clímax porque siempre estaba esperando a que Ross interrumpiera con brusquedad el juego amoroso. No podía relajarse, y por supuesto también estaba pendiente de los ruidos que hacía Giselle mientras dormía. La niña

solía dormir a su lado como antes o entre ellos dos. A Vivian le parecía más seguro porque así la criatura no podía rodar de su cuna al hogar. Había trenzado ella misma el cesto, así que no era muy firme. Además, por el campamento rondaban perros salvajes que siempre deambulaban en busca de alimento. A veces incluso entraban en las cabañas de los buscadores de oro, que casi nunca cerraban bien. Entonces se oían disparos, los hombres intentaban matar a los animales o por lo menos alejarlos de sus provisiones. Por supuesto, también había ratones y ratas, y estas últimas podían ser muy peligrosas para un bebé.

Vivian, que antes tanto disfrutaba de compartir cama con Ross, ahora se alegraba cuando la dejaba en paz. Además, muchas noches estaba tan agotada que únicamente quería dormir. Por eso ya solo en raras ocasiones visitaba a Teacher, que cada vez parecía más preocupado al verla. Ella se avergonzaba de su aspecto sucio y abatido, y le contaba desanimada los escasos beneficios que daba su concesión.

A Teacher y sus amigos les iba mucho mejor. Tampoco se estaban haciendo ricos, pero Hank y Don habían buscado oro de jóvenes en California y sabían lo que hacían. Su concesión conjunta, eso lo sabían desde hacía tiempo, no ocultaba riquezas, pero el oro que daba lo extraían con facilidad.

—Sin ánimo de ofender, a lo mejor no sois muy hábiles buscando oro —comentó Teacher un día—. La suerte es lo principal, desde luego, pero una técnica adecuada también contribuye. A lo mejor Hank y Don podrían echar un vistazo y aconsejar un poco a Ross.

Vivian suspiró.

—No sé si querrá escucharles. Hace poco le dije que probablemente nuestro canal de lavado no servía de nada. Nuestro vecino nos avisó desde el principio, y es que apenas retiene nada. Tal vez sería mejor volver a utilizar las bateas. Es laborioso, pero se consigue más oro, y a estas alturas ya domino la manera de filtrarlo. Sin embargo, Ross está convencido de que su canal solo filtra las pepitas de oro más grandes, pero que es fiable. Y cuando dé con un gran hallazgo, será más rápido explotarlo.

La mirada de Teacher transmitía escepticismo. Vivian le leía perfectamente el pensamiento.

—Bueno, tal vez sería mejor otra concesión para nosotros, pero ¿mudarnos con una niña? Y puede que tuviéramos que acampar de nuevo en una tienda…, ahora que pronto será otoño y luego invierno… —Se sentía impotente y decaída. Le sentaba bien sincerarse, pero no albergaba ninguna esperanza de que su situación mejorara.

Teacher guardó silencio, pero tres días después, a principios de agosto, Vivian y Ross se llevaron una sorpresa. Ya estaban trabajando cuando oyeron el característico saludo a base de bramidos de las mulas. Luego vieron a Shelley y Carrie. Las mulas tiraban de un carro, el de Teacher, que contenía las pertenencias de Hank y Don. Los tres caminaban al lado y se dirigieron con determinación hacia la cabaña que Petey, el vecino de Ross, había construido junto a su concesión.

Ross dejó de trabajar de inmediato para ver que todo fuera bien.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó, no muy amable—. Es la concesión de Petey O'Doole.

—Ya no —aclaró Teacher, después de saludar a Ross y a Vivian—. La hemos intercambiado. Mis socios preferían buscar más cerca de la ciudad, de noche les gusta ir a tomar una cerveza al pub. Así que Petey se ha hecho cargo de nuestra concesión río arriba, y nosotros de esta.

Ross hizo una mueca de disgusto.

—Petey debería haberme ofrecido la concesión primero a mí, si quería irse. Podría haber trabajado bien en dos concesiones adyacentes, esta da poco por sí sola.

—¿Dos? —preguntó Vivian—. ¿Para trabajar aún más? Ross, yo pronto no podré más…

Esa mañana no había sacado ni una sola pepita de oro del río, y la idea de tener que trabajar el doble fue la gota que colmó el vaso. Estaba a punto de deshacerse en lágrimas. Giselle percibió el estado de ánimo de su madre y se puso a llorar. Vivian asintió a los hombres y se retiró con la niña para darle de mamar. Cuando terminó, Ross ya estaba de nuevo en el río, trabajando con el pico en una roca, con la esperanza de encontrar oro debajo. Parecía enfadado, pero no le dijo cómo había seguido la conversación con los nuevos vecinos.

Al lado los hombres construyeron su canal de lavado. Hank y Don trabajaban en el río mientras Teacher descargaba el carro y luego se ponía a construir un cercado para las mulas. A continuación ensilló a una y se fue hacia el bosque. Al anochecer regresó con los cadáveres de tres liebres que había apresado. Mientras la hoguera ardía y la carne chisporroteaba, invitó a comer a Vivian y Ross.

—Queremos celebrar nuestra llegada —aclaró—. Dadnos esa alegría y venid a cenar.

Ross no parecía muy entusiasmado, pero esa noche Vivian solo podía ofrecerle guiso de colinabo. Los vecinos servían liebre asada y cerveza.

—Iremos con mucho gusto, claro. —Vivian se anticipó a su decisión y sacó unas cuantas patatas de su cabaña—. Ten, podemos hacerlas a la brasa, ¡así será un buen banquete! Tenemos que traer a nuestra hija, claro.

Giselle seguía en el soporte que llevaba a la espalda; acababan de terminar de trabajar.

—La pequeña Giselle K'ah Noh es bienvenida, por supuesto. —Teacher sonrió—. La futura bailarina…

Antes Vivian habría reaccionado con una sonrisa al comentario, pero en ese momento esbozó una mueca triste. Hacía mucho que no pensaba en los focos de un escenario, en la sensación de flotar en brazos de un profesor de baile llamado Jean-Luc. Qué lejos quedaban la ópera, la emoción de aprender coreografías complicadas, la alegría cuando lo conseguía. Veía muy lejanos los maravillosos vestidos, las cenas en casa de la tía Emmanuelle, las charlas con su prima Mireille. El resplandor de las farolas de gas que iluminaban las calles, bordeadas de espléndidas construcciones. ¡París! Casi se estremeció al ver lo remota que le parecía esa época feliz…

Ahora, en cambio, tenía los pies en la tierra, estaba atrapada en un río que cada día odiaba más. Tampoco concebía sueños para la niña que tenía en brazos. Hacía tiempo que solo se trataba de sobrevivir, no de ser feliz.

7

—En realidad queríamos hacerle una propuesta, Ross —anunció Teacher al cabo de una hora, cuando los hombres habían entrado un poco en calor con la liebre asada y la cerveza. Hank y Don eran simpáticos, escucharon encantados cómo Ross relataba sus aventuras anteriores en Canadá, y Teacher no dijo nada cuando exageraba. La cerveza ayudaba a soltar la lengua…

—Mire, Ross, aquí tenemos una concesión entre los tres, pero en realidad podrían manejarla solo dos hombres. Usted, en cambio, trabaja la suya solo…

Teacher pensó que era el momento de ir al grano. Vivian quiso replicar algo, pero Teacher la invitó a callar con una mirada.

—… ¿por qué no colaboramos? —continuó—. Podríamos trabajar entre los dos en un canal.

Ross sacudió la cabeza indignado.

—Para mí no es rentable —gruñó—. Y tampoco estoy solo. Mi mujer me ayuda.

—¡Pero esta mujer menuda y delicada nunca podrá hacer el trabajo de un hombre adulto fuerte! —intervino Don, y el tono sonó muy indignado—. Es demasiado para ella. La hemos observado hoy y…, con toda franqueza, la pobre nos ha dado pena.

Hank asintió.

—Un hombre puede trabajar más, pero a cambio también tiene que ganar algo —apuntó Ross—. Lo que saca Vivian es mío. Con vosotros tengo que repartirlo.

Vivian no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Lo que ella sacaba era suyo? ¿Así, sin más? ¿No se suponía que era de los dos? El cansancio y la frustración se convirtieron en pura rabia. Aun así, se contuvo y siguió en silencio la conversación entre los hombres.

—Eso no debería ser un inconveniente —comentó Teacher, y le enseñó un saquito de la bolsa en la que los tres hombres habían guardado los beneficios del día de su nueva concesión.

Ross observó perplejo las pepitas de oro, debía de haber una onza. ¡En un solo día! Vivian y él no habían conseguido nada en toda la jornada, salvo por unos cuantos restos de oro que Vivian había filtrado con la batea.

—Entonces la concesión de al lado da bastante más —dijo Ross —. Mala suerte para mí, buena para ustedes.

—Juntaríamos los beneficios de las dos concesiones, claro, y los repartiríamos entre cuatro —le tentó Teacher.

Apareció un destello en los ojos de Ross.

—¿Y Vivian? —preguntó. Dos quintas partes eran más que una cuarta parte.

—¡Tú no te preocupes por mí! —exclamó Vivian con firmeza al final, reprimiendo aún la rabia que hervía en su interior—. Yo me ganaré mi dinero. Mañana me busco un trabajo en la ciudad.

Ross se echó a reír, y a los demás hombres también les hizo gracia. Solo Teacher la tomaba en serio.

—¿En qué estás pensando, Vivian? —le preguntó con calma.

Ella se encogió de hombros.

—Ya encontraré algo —respondió—. ¡Tiene que haber algo que pueda hacer!

A la mañana siguiente, Ross y los demás ya estaban trabajando en el canal de lavado de oro y discutían sobre quién formaba equipo con quién cuando Vivian fue a ver a Alice, la mujer que el primer día ya le había dado información útil. Esta vez encontró a la anciana junto a una hoguera con una olla colgada encima. Dentro había lejía y prendas para lavar. Alice las removía con un gran cucharón.

—¡Oh, la joven señora Wallett! —Saltaba a la vista que Alice se alegraba de ver a Vivian—. ¡Con su precioso angelito! ¡Cómo has crecido, pequeña! —Dejó la olla y se volvió hacia Giselle fascinada—. Empieza a quedarle pequeño el cesto —comentó, y luego invitó a Vivian a sentarse junto al fuego.

—Sí, lo sé —reconoció Vivian—, tengo que encontrar otra solución. Ya no puedo buscar oro con ella en la espalda.

Alice torció el gesto.

—Me han dicho que usted busca oro, con su marido. La gente habla, ¿sabe? Claro que hay mujeres que trabajan como los hombres, pero alguien tan delicado como usted… no aguantará mucho.

Vivian se sonrojó. Así que Ross y ella ya eran la comidilla del pueblo. Ni siquiera esa gente tan trabajadora aprobaba que su marido no tuviera ningún tipo de miramiento con ella.

—Bueno…, es un malentendido. Yo quise hacerlo. Queríamos hacerlo todo juntos, como compañeros… con los mismos derechos…

—defendió a su marido mientras en su cabeza resonaban las palabras de Ross: «Lo que Vivian saca es mío».

Vivian sacó a Giselle del cesto y sentó a la niña en su regazo. Giselle enseguida empezó a tirarle del pelo. Últimamente lo llevaba recogido en trenzas, y a su hija le fascinaba el peinado. Vivian alejó los deditos con suavidad del pelo antes de volverse de nuevo hacia Alice.

—Pero ahora… Quería preguntarle algo, Alice. ¿Cómo puedo ganar dinero en Barkerville? ¿Podría lavar ropa como usted, por ejemplo?

Alice volvió a remover la olla, controló el fuego y luego se sentó con ellas.

—Ay, niña, es un trabajo duro —comentó a continuación—. Poner las prendas a remojo, hervirlas, escurrirlas, tenderlas… no es para ti. Te destrozarás las manos aún más que trabajando en el río.

—¿Y cocinar? —le preguntó Vivian, que se alegró cuando se dio cuenta de que Alice había pasado a tutearla en confianza.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Alice.

—No mucho —admitió—. Pero no puede ser que una mujer como yo no pueda hacer nada más que… que… trabajar de camarera. —Se sonrojó. Para entonces ya sabía qué hacían en realidad las mujeres del bar que solían llamarse bailarinas.

—Es cierto que para las mujeres hay poco que hacer aparte de cocinar, lavar y buscar oro —destruyó Alice sus esperanzas—. En la ciudad hay dos o tres hoteles que suelen necesitar limpiadoras. Pero sospecho que así pasan el día las bellezas nocturnas cuando no han ganado lo suficiente de noche. Además, probablemente tendrías que

vivir en el hotel. Eso no le gustaría a tu marido. ¿Y qué pasaría con la niña?

Lo de qué hacer con Giselle mientras trabajaba era un problema en general. No iba a encontrar a nadie que la contratara y le permitiera llevársela.

—Sí podrías probar una cosa —propuso Alice en ese momento—. En Barkerville hay un local de baile, se dice que ahí las chicas no están a disposición de los hombres…

Vivian había visto ese *dance hall* al pasar con las mulas, pero ¿en qué se diferenciaba ese local de las otras tabernas?

—Los Guthrie, los dueños del local, son muy creyentes —le siguió explicando Alice, que demostró estar muy bien informada—. Son los puntales de la comunidad metodista local, que es pequeña. Como todos los miembros de su grupo, consideran que Barkerville es Sodoma y Gomorra, un sitio donde los hombres jóvenes decentes se echan a perder uno tras otro.

—Puede que no les falte razón —murmuró Vivian, que recordó cómo había cambiado Ross en Canadá. Cierto, el país no lo había echado a perder, pero sin duda lo había embrutecido.

—El caso es que los Guthrie no solo se quejan, sino que han encontrado una manera muy lucrativa de proteger a las almas inocentes del mundo del mal. Al local de baile van los hombres que acuden a la iglesia los domingos y al grupo de oración los miércoles. Ahí pueden divertirse, es decir, bailar y también tomarse una cerveza. Pero las chicas no están ahí para estimularlos, y si Simon Guthrie pilla a alguno con prostitutas, lo expulsa de inmediato.

—Entonces ¿qué hacen las chicas? —le preguntó Vivian.

—Bailar —contestó Alice—. Nada más que bailar, y además bajo la supervisión del señor y la señora Guthrie. Por cada baile la chica recibe unos cuantos céntimos. Seguro que no es para hacerse rica, pero dicen que la mayoría al poco tiempo salen casadas de ahí. Los hombres bailan a menudo con la misma y se enamoran. Luego, en cuanto encuentran una cantidad de oro aceptable, le piden la mano a la chica. Una vez, uno lo hizo de manera espectacular y vació un saco lleno de dólares encima de Bonnie Redcliffe. Luego se arrodilló delante de ella, todo en la hora más concurrida del local. Incluso salió en la prensa.

Vivian sonrió.

—¿Y ella le correspondió?

Alice asintió con vehemencia.

—¡Pues claro, no era tonta! Bueno, ¿y tú qué, Vivian, sabes bailar?

A Vivian se le aceleró el corazón. ¿De verdad era cierto? ¿Podía ganar dinero bailando? No sobre un escenario, claro, y los hombres decentes de Barkerville seguro que no eran como Jean-Luc. Pero habría música, daría vueltas, el pelo volaría…

—Sí —dijo exultante—. Me encanta bailar.

—No sé si aceptan mujeres casadas, claro —atenuó Alice su alegría—. Pero tú ve a ver. Serían tontos si te rechazaran. A una mariposa como tú.

Vivian pasó la tarde poniéndose guapa, todo lo que podía. Se lavó entre escalofríos de la cabeza a los pies en el río helado, calentó un poco de agua para lavarse también el pelo, y se lo secó al sol, que

ese día calentaba bastante. Decidió llevar el pelo suelto y solo se hizo una trencita en ambos lados del rostro para domar el esplendor de rizos finos. Luego se puso el vestido menos raído; ya no tenía miriñaque, pero se enfundó el antiguo corsé. Después sacó un tesoro del fondo de su bolsa de viaje: unos zapatos de calle con tacón bajo, de piel buena. Los llevó en su huida de Londres y durante los trayectos en tren a Saint-Paul. Ahí los sustituyó por las botas robustas que llevaba a diario desde entonces.

Al principio le salieron ampollas con esos zapatos, con el tiempo se le fueron adaptando y ganó comodidad. Ahora casi le daba miedo que ya no le entraran los pies en los zapatos de piel; a lo mejor después de caminar tantos kilómetros con las botas y del agua fría del río, que primero reblandecía la piel y luego la secaba, se le habían estropeado para siempre los pies bien cuidados de bailarina. Sin embargo, respiró aliviada cuando se pudo poner sin problema los zapatos con los pies descalzos. Ya no tenía unas medias finas que le quedaran bien, solo calcetines gruesos de punto. Se le hizo raro moverse con los zapatos, pero le fue fácil volver a los andares refinados que le eran propios cuando aún no pisaba lodo y piedras. Aun así, tuvo que fijarse en no estropear los zapatos cuando después ensilló su mula y se fue a Barkerville, cuya calle principal estaba cubierta de barro. Por suerte habían construido aceras de madera a los lados, y Vivian procuró utilizarlas cuando bajó y ató a Curly. Recorrió nerviosa los últimos pasos hacia la entrada pintada de colores del local de baile y entró en la sencilla construcción rectangular de madera. DANCE HALL – LADIES & GENTLEMEN, decía en unas letras enrevesadas sobre una de las puertas dobles anchas tras la cual había una gran sala con el suelo de tablones de madera. No

tenía nada que ver con los suelos encerados o pulidos, completamente regulares, de las salas de baile o incluso de los camerinos de los bailarines de ballet de París, y Vivian dedujo que ahí los hombres bailaban con las mismas botas pesadas con las que buscaban oro. Así no tropezaban tan rápido. En un lado había una tarima de madera para los músicos, la carpintería también era muy básica, y en un rincón se veía una barra que no parecía muy bien surtida. De las paredes colgaban lámparas de petróleo que bañaban la sala con una luz tenue, pero suficiente para distinguir si un hombre se acercaba demasiado a una de las bailarinas. Por lo demás, las paredes estaban decoradas con mimo con cortinas y cintas de colores: le pareció un ambiente muy agradable.

Mientras observaba la sala no se había dado cuenta de que un hombre había entrado desde una habitación contigua. Era alto y flaco, y llevaba una especie de frac y un sombrero de copa a juego que sujetaba bajo el brazo.

—Aún no hemos abierto —aclaró. Cuando oyó la puerta, esperaba encontrar a un cliente tempranero, pero en ese momento vio a la mujer joven y sonrió con educación—. ¿En qué puedo ayudarla, señorita… o señora? —Miró a la niña, que Vivian llevaba como siempre en la espalda. No había querido dejarla con los hombres, las voces que llegaban hasta su cabaña por la tarde desde la concesión volvían a sonar enfadadas.

—Señora —se apresuró a contestar Vivian—. Señora Vivian Wallett. Y busco trabajo.

—¿Para usted o para la criatura que lleva en la espalda? —bromeó el hombre, que se presentó como Simon Guthrie.

Vivian le sonrió.

—Seguro que mi hija también tiene talento para el baile, pero de momento en el mejor de los casos se mueve a gatas. No, es por mí. Siempre he querido ser bailarina y estudié dos años en la Ópera de París para ello. Además, he bailado en veladas, aunque al final no debuté en Londres.

El señor Guthrie la miró con interés.

—¿Debutar? Entonces ¿es usted una chica de la alta sociedad? ¿Casada con un buscador de oro?

Vivian asintió y le contó su historia a grandes rasgos.

—El caso es que una conocida me ha dicho que podría ganar dinero aquí bailando con hombres sin tener que escuchar comentarios soeces y sin que me molesten.

Guthrie lo confirmó.

—Es cierto, tenemos unas reglas claras —le explicó—. Quien no las respeta, sale volando. Servimos alcohol con moderación. Cerveza sí, whisky no. Nuestras damas no tienen trato con los hombres más que para el baile. Están aquí, en la zona de al lado del escenario. —Señaló unas cuantas butacas y unas preciosas mesitas de café y sillas donde una mujer sin duda podía entretenerse—. Quien quiere bailar compra una tarjetita a mi mujer, que está ahí en un atril, y luego la entrega a la dama a la que piensa invitar. No distinguimos, cobramos veinticinco céntimos por cada baile. La dama recibe diez céntimos, además de un sueldo por hora fijo. Las chicas guardan las tarjetitas y al final de la noche con mi esposa hacemos el recuento. Yo sirvo en la barra y vigilo la pista de baile. Mi esposa también, naturalmente. De momento no ha habido ningún abuso.

—Entonces ¿me contratarían? —le preguntó Vivian en tensión. Todo sonaba de lo más prometedor—. ¿Aunque esté casada?

Guthrie se frotó la frente.

—Tengo que comentarlo con mi mujer —respondió—. En principio no hay inconveniente, pero no debe fingir: ante los caballeros debería llevar la alianza a la vista. ¿Tiene alianza? —Le miró con cierto aire de reproche las manos desnudas—. Y, por supuesto, su marido debe estar de acuerdo con que trabaje con nosotros.

Vivian sonrió.

—¡Desde luego! —exclamó, aunque no estaba nada segura de que Ross diera su aprobación—. Pero el anillo se estropea buscando oro.

—Y no podría traer a la niña, obviamente. Esto es una taberna, no una guardería.

Vivian asintió.

—Su padre se ocupará de ella —afirmó, con más seguridad de la que sentía en realidad—. Yo bailo de noche, a esas horas no está en la concesión.

El señor Guthrie asintió.

—En ese caso, le propongo que yo hable ahora con mi mujer y usted lleve a su hija a casa. A las siete vuelva y trabaje una noche de prueba. ¡Si va bien, el puesto es suyo!

Vivian sonrió encantada.

—Seguro que no le decepcionaré —prometió.

Guthrie la observó de nuevo.

—Una cosa más, señorita Vivian, aquí la llamaremos así. ¿Esa es su mejor ropa?

Vivian asintió avergonzada.

—Aún no hemos encontrado mucho oro —reconoció.

—Así no puede presentarse aquí. Vaya a la tienda y cómprese un vestido. Diga que trabaja para mí, y se lo apuntarán. No se preocupe. Ganará ese dinero rápido aquí…

8

Poco después, Vivian volvió a casa animada, con un vestido verde botella y un poco de encaje verde claro en el equipaje. La calidad no era comparable con la de los vestidos que tenía en Inglaterra: el corte era poco sofisticado y las costuras no parecían muy resistentes. Pero era nuevo, y Vivian estaba preciosa con él. Por lo menos eso le había asegurado el vendedor, que la miró con veneración cuando salió del vestidor y giró delante del espejo. Vivian se moría de ganas de bailar así vestida. Sin embargo, le quedaba la parte más difícil: tenía que convencer a Ross de que cuidara de Giselle.

Los hombres acababan de terminar el trabajo en la concesión cuando ella regresó al campamento. El ambiente entre ellos era aún un poco frío, aunque Teacher le aseguró que habían encontrado bastante más oro del que Ross había conseguido hasta entonces.

—Después de convencerlo para que reconstruyera su canal —apuntó—. La construcción entera estaba mal, con mucha suerte retenía un poquito de oro. Ahora tenemos casi dos onzas, ¡es mucho para un día!

Ross estaba sentado con Hank y Don junto al fuego, tomando una cerveza, lo más probable era que le hubieran dado una para mantenerlo de buen humor. Vivian agradeció al cielo la presencia de esos dos, que al parecer no perdían la calma ante nada.

—¿Qué, Viv, has encontrado trabajo? —le preguntó Ross a su mujer en tono jovial—. ¿Alguno con el que ganes más que nosotros? —Lo dijo mientras señalaba el oro de su saquito con aire triunfal.

Vivian lo halagó como correspondía.

—Un trabajo muy bueno —dijo después—. Solo tiene un inconveniente: a partir de ahora tendrás que cuidar de Giselle todas las noches.

A Ross no le hizo ninguna gracia cuando le explicó la situación, aunque los demás intentaran convencerle.

—Pero si es por la noche, de todas formas está durmiendo —comentó Teacher—. Además, también estamos nosotros. Nos tomamos una cervecita tranquilamente mientras ella duerme, y luego enseguida llega su madre.

En realidad a Vivian la idea de que su marido se emborrachara mientras cuidaba de su hija no le gustaba mucho, pero se calló. Su noche de prueba en el salón de baile era más importante, y confiaba mucho en Teacher y sus amigos. Cuando salió de la cabaña con el vestido nuevo y se puso alguna joya de las que los dakelh habían confeccionado para luego regalárselas, los cuatro hombres aplaudieron.

—Caerán rendidos —exclamó Don—. ¡Sobre todo si encima es buena bailarina!

Vivian esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez en meses volvía a sentirse relajada y feliz. Iba tarareando mientras dirigía a Curly hacia Barkerville por segunda vez ese día.

Cuando entró, el local estaba ya lleno de clientes, pero primero fue a conocer a la señora Guthrie. La propietaria era menuda y rolliza, justo lo opuesto a su marido, y con el cabello gris recogido en un moño tenía un aire burgués. Por un momento Vivian pensó en lo rara que era la combinación de ser metodistas de fe estricta y propietarios de un salón de baile cuando advirtió la mirada satisfecha con la que la observaba la señora Guthrie. Por supuesto, se aseguró de que Vivian luciera su alianza.

—No tiene nada de inmoral que usted baile con otros hombres que no sean su esposo siempre y cuando no le engañe ni de palabra ni con sus actos —dijo, y le dio la bienvenida.

Vivian le aseguró que el adulterio en todas sus formas siempre le había quedado lejos. Luego la señora Guthrie la llevó a la sala de baile, ahora bañada en una tenue luz nocturna y en cuyo ambiente flotaban unas brillantes motas de polvo. Un trío, compuesto por un violinista, un intérprete de bajo y un pianista, tocaba música alegre. Los hombres se agolpaban en torno a la barra y daban sorbos a sus vasos de cerveza o limonada. Observaban intrigados a las mujeres al otro lado, que iban ocupando su zona. Vivian contó unas veinte mujeres jóvenes, calculó que la mayoría estaba entre los veinte y los treinta años. Todas llevaban ropa sencilla pero elegante, como la propia Vivian, algunas decoradas con cintas de colores, pero ninguna llamaba la atención por su belleza. De hecho, los rasgos de la cara eran más bien bastos, y no sabían resaltar sus puntos fuertes. Una de las chicas tenía los ojos bonitos, pero no sonreían, su mirada era de hastío. Otra tenía un pelo espléndido, pero no se había esmerado en peinárselo. Vivian saludó al grupo y se sentó junto a una de las

mesitas de café. Bajó la mirada casta, consciente de que eso la hacía irresistible.

El señor Guthrie, que hasta entonces estaba detrás de la barra, subió a la tarima de los músicos y pidió silencio. Saludó a los clientes y a «nuestras encantadoras señoritas, que seguro que les ayudarán a pasar una noche de baile inolvidable». Después recordó a los caballeros las reglas imperantes, ofreció una breve explicación para los clientes nuevos, y luego sonrió bajo el sombrero de copa a la gente.

—Damas y caballeros, ¡el baile queda inaugurado!

Vivian lanzó una mirada amable a los hombres, y le sorprendió ver la timidez con la que se acercaban a las mujeres. Ella parecía infundirles miedo, el tercero fue el que se dirigió a ella en voz baja y le dio su tarjetita.

—¿Me concedería este baile, señorita…?

—¡Vivian! —se presentó ella con una sonrisa—. Y, por supuesto, estaré encantada de bailar con usted. —«Aunque no sea una concesión», pensó. Se dejó llevar por el chico rubio aún muy joven hasta la pista de baile y aceptó sonriente que la rodeara con el brazo.

El primer baile fue un vals, y la música enseguida hechizó a Vivian. Al principio el muchacho se mostró torpe, pero ella le contagió el entusiasmo; era un placer moverse al ritmo de la música. Después, la cola de pretendientes para bailar con ella ya no paró. Vivian flotaba por la pista de baile junto a hombres parcos en palabras con rostros curtidos y muchachos descarados a los que la señora Guthrie llamaba al orden con solo fruncir el entrecejo. A medida que avanzaba la noche se fue animando —la cerveza no era

fuerte, pero desinhibió un poco a los hombres—, algunos daban la impresión de llevar semanas sin ver una mujer de cerca. Ahora se reían, pedían canciones especiales. Hacía calor en la sala, y olía a una mezcla de sudor, madera y petróleo. Vivian no sabía por qué, pero ahí se divertía más que en los bailes en los que había participado en Inglaterra. Tal vez se debiera a que para los buscadores de oro no era una obligación social, solo pura diversión. Revoloteaban más que flotar, pero la sonrisa en sus rostros recordaba a Vivian al profesor de baile francés al que nunca había olvidado y su amor por la música más que a las caras de los caballeros de la nobleza inglesa, que a menudo parecían congeladas.

Después regresó feliz al campamento, con más dinero en el bolsillo del que había sacado en tres días en la concesión, y sobre todo con la sensación de por fin poder hacer de nuevo aquello para lo que estaba hecha. ¡Quería bailar! Siempre lo había sabido, y ahora volvía a sentir ese deseo con la misma intensidad que entonces, cuando tuvo que irse de París.

De hecho, ni siquiera le estropeó el momento encontrar en el campamento a la niña llorando, que necesitaba con urgencia cambiarse. Teacher se esmeraba con torpeza en intentar colocar de alguna manera el pañal. Ross, aunque Vivian le había enseñado cómo hacerlo varias veces, se empeñaba en mantenerse al margen. Saltaba a la vista que se había animado con la cerveza, algo que en realidad no era propio de él, antes se contenía con el alcohol.

—Mañana por la noche la cambiaré antes de irme —prometió. Le daba bastante vergüenza ver a tres tramperos esforzándose con su hija mientras su marido se bebía toda la cerveza de la celebración—. Este no era el plan…

Más tarde pensó afligida que no había plan posible con las deposiciones de un bebé. Ross debía asumir más responsabilidades con la hija que tenían en común.

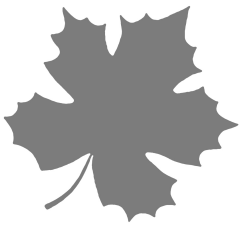
Al día siguiente por la mañana, cuando estaba sobrio, se lo recriminó.

—También es tu hija, Ross. Y el dinero que gano también te beneficia a ti, igual que el oro que sacas tú nos beneficia a los dos. ¡Somos una familia, Ross, entiéndelo de una vez! ¡Y tenemos obligaciones, los dos somos padres de Giselle! ¡Se acabó la aventura!

Ross reaccionó como si le hubiera dado un puñetazo. Quiso contestar algo, pero se contuvo.

—Entonces me voy a buscar oro —murmuró en cambio.

Vivian se puso a limpiar la cabaña y a amamantar a Giselle. Luego comenzó a estirar, como hacía antes de las clases de ballet. A continuación intentó hacer los ejercicios que Jean-Luc le había enseñado. Repitió las cinco posiciones del ballet clásico, probó *tendus* y *fouettés*. Estaba oxidada, naturalmente. Había perdido técnica, pero ganado fuerza. Aún podía ser bailarina, ¡podía volver a soñar!



CON ZAPATOS DE PRÍNCIPE…

Nueva York, septiembre de 1863-Yale, noviembre de 1864

1

Era muy costoso tratar de ganarse a una chica como Joana Oberman. Jean-Luc necesitó toda una colección de trajes distintos para acompañarla a eventos sociales. Para poder participar en sus actividades deportivas tuvo que aprender a jugar al tenis y a montar a caballo. Por supuesto, ella quería que la invitaran a conciertos y obras de teatro, y desde luego no paraba de obsequiarla con ramos de flores y pequeños regalos. Frederick Oberman sabía que Jean-Luc jamás podría permitírselo con su sueldo de profesor, pero cumplió su promesa y le dio un puesto muy bien remunerado en su fábrica, en la dirección, no en producción. Estaba bajo las órdenes de Peter Myers, el subdirector, que no sabía muy bien qué hacer con ese joven, así que encargaba a Jean-Luc que copiara y archivara contratos, creara carpetas y escribiera sobres de carta. El intento de convocarlo para dictarle textos fue un desastre porque a esas alturas Jean-Luc hablaba bien inglés, pero era evidente que andaba flojo en ortografía. Advirtió que Myers estaba a punto de perder los estribos en numerosas ocasiones, y lo comprendía. De hecho, le avergonzaba el sueldo exorbitante que recibía sin acercarse siquiera a trabajar tanto como otros secretarios mucho peor pagados. Al final decidió por lo menos ser útil a largo plazo para la empresa estudiando los procesos de la fábrica y ocupándose de la fabricación del calzado en general. Eso tendría que dársele bien pues, aunque no supiera nada

del oficio de zapatero, lo sabía todo sobre pies, y tal vez le podría servir de algo. Por lo pronto le sirvió para entablar amistad enseguida con el portero del edificio de oficinas, un señor mayor que le hacía preguntarse por qué tenía necesidad de seguir trabajando.

El señor Parger, un hombre bajo con el rostro repleto de arrugas, sonrió el día que le planteó la pregunta sin más.

—Lo cierto es que no puedo jubilarme, señor Dimarche —contestó—. Empecé aquí de aprendiz, mi familia llegó a la vez que el primer señor Oberman de Alemania, y llevo trabajando aquí desde que abrió el taller. Entonces hacíamos unos zapatos fantásticos, el señor Oberman mantenía una calidad excelente, como nadie más en Nueva Ámsterdam.

Para entonces Jean-Luc ya sabía que Nueva Ámsterdam era el nombre original de Nueva York.

—Entonces ¿usted era zapatero? —preguntó Jean-Luc.

Parger sonrió con orgullo.

—¡Sí, señor! Era el mejor hasta que cambió la producción. De la artesanía a la fabricación mecanizada. —Se le ensombreció el semblante—. Casi se me rompe el corazón —confesó—. Intentaron que yo fuera encargado, pero no era lo mío…, aun así, quise quedarme. Y aquí sigo.

Jean-Luc se preguntó qué diferencia había entre un maestro zapatero y un encargado, pero antes lo asaltaron otras preguntas.

—Señor Parger, yo no sé nada de zapatería, pero me parece que sería razonable que me pusiera al día. ¿Podría explicarme qué debería tener en cuenta? ¿Para fabricar unos buenos zapatos? ¿Un calzado de trabajo, por ejemplo, para un granjero?

—Ya. —El señor Parger escudriñó al joven—. De momento nadie que haya empezado aquí ha mostrado interés por eso. Pero claro que puedo explicárselo. La fabricación de un buen zapato empieza por la base: la suela. Para un calzado de trabajo se necesita una suela gruesa de cuero, a veces dos capas, unidas por clavos de madera o cosidas con hilo de brea. Tiene que ser lo bastante dura para aguantar cualquier tipo de suelo, pero también flexible o se rajará con la primera carga pesada.

Jean-Luc asintió, eso le convenció. Los zapatos de ballet también debían ofrecer un soporte y al mismo tiempo ser flexibles.

—Luego se necesita una horma, que es un modelo de madera del pie. Lo mejor es hacerla después de medir el pie del hombre o la mujer. Por supuesto, hay hormas hechas, pero la forma perfecta solo se consigue con las medidas justas. El granjero necesita un calzado cerrado, más bien unas botas de caña alta. El empeine tiene que ser grueso pero blando, yo recomendaría cuero de bovino, en ningún caso de ternero, eso para los caballeros, no para los trabajadores. Después se cose el empeine con la suela interna, y la suela externa queda debajo. Ya solo falta una plantilla de cuero para el interior: el pie no debería sudar, o al menos el sudor no debería quedarse en el zapato.

—¿Y qué pasa con la comodidad? —le preguntó Jean-Luc—. ¿Hay que ablandar el zapato? —Pensó en que las zapatillas de ballet no se usaban para bailar hasta después de volverlas flexibles a base de golpearlas varias veces contra un soporte duro.

—En zapatos tan pesados puede ser necesario, pero los zapatos bajos ligeros deben cerrar el pie a la perfección desde el principio. Al cabo de como mucho tres días las botas de trabajo o los zapatos de

caminar no deben presionar y por supuesto tampoco ir grandes. Un buen zapato se adapta al pie de quien lo calza.

—Seguro que eso es mucho trabajo —comentó Jean-Luc.

El señor Parger esbozó una sonrisa airada.

—¡Ya lo creo, joven! Un buen zapato de verdad no es barato, y tampoco se hace rápido.

—Pero la fabricación mecánica ha simplificado muchos procesos, ¿verdad? —le preguntó Jean-Luc—. ¿Eso no es bueno?

Parger enarcó las cejas.

—Compruébelo, joven. ¡Compruébelo usted mismo!

Era la hora en que Jean-Luc tenía que presentarse ante el señor Myers, así que decidió que la vuelta por la fábrica la daría al día siguiente. No, el lunes. Ya era viernes, y los sábados y domingos eran de Joana.

Joana ronroneaba como un gatito desde que Jean-Luc la cortejaba complaciente. Él no sabía si conocía o por lo menos intuía el papel que había representado su padre en su decisión. En todo caso no hacía referencia al tema y se mostraba satisfecha con que su futuro prometido trabajara ahora en la empresa familiar.

—¡Ya te lo decía yo! Un bailarín necesita interesarse por el calzado. ¡Todo encaja! Seguro que papá estará encantado de contar contigo.

Ese sábado por la mañana había prevista una excursión a caballo juntos. Joana tenía una elegante yegua blanca en un establo cercano a su mansión. Hacía poco que Jean-Luc recibía clases de hípica allí y su profesor estaba anonadado con sus rápidos avances.

El ballet y la hípica tenían en común que exigían un dominio perfecto del cuerpo: el bailarín ejecutaba el baile, el jinete hacía bailar al caballo, y lo ideal era que ambas actividades parecieran cosa de niños y hechas sin esfuerzo. Jean-Luc había aprendido a controlar hasta los más mínimos movimientos siguiendo las instrucciones de su profesor. Lo ejecutaba todo enseguida y aprendió rápido a notar los movimientos del caballo y comprender hasta qué punto reaccionaba el animal a sus indicaciones. El profesor de hípica siempre le asignaba en clase caballos sensibles y no vio inconveniente en que fuera con un macho obediente de excursión con su querida. Por supuesto, los Oberman eran muy buenos clientes. Probablemente a un alumno menos aventajado lo habría enviado con Joana a Central Park, pero con bastantes más dudas.

Hacía pocos años que existía Central Park, un enorme jardín en el centro de Nueva York. Tanto los ricos como los ciudadanos menos acaudalados lo usaban para hacer excursiones a pie o a caballo y pasear con sus mejores galas. Para la alta sociedad a la que pertenecían los Oberman, se trataba de «ver y ser visto». Joana llevaba un traje de equitación muy elegante, y su yegua era de una belleza extraordinaria, pero aun así la joven quedaba más bien tosca en la silla. Jean-Luc pensó en Vivian, que le había contado que también iba a caballo en Inglaterra. Con ella habría resultado fácil, seguro que sus caballos bailaban a su son, mientras que Joana era una simple carga y no acompañaba los movimientos de su yegua. Cuanto más la observaba Jean-Luc, más le parecía una copia burda de la delicada inglesa. Se parecía en el pelo y el color de los ojos, también en la forma de la cara, pero era muy distinta en expresión y movimiento. Al principio esas semejanzas lo fascinaban, pero ahora

la imagen le resultaba dolorosa porque despertaba recuerdos que Jean-Luc prefería mantener en la sombra. Aun así, sonrió a Joana cuando giraron los caballos por los caminos de la zona oeste del parque. Habían reservado para montar solos y poder ir al trote y al galope sin cruzarse con caminantes o carruajes.

Joana no le devolvió la sonrisa.

—Tenemos que buscarte un caballo más lucido —apuntó—. Es una vergüenza que vayas dando brincos a mi lado con ese pony gordo. ¿En qué estaba pensando el responsable de la caballeriza?

Jean-Luc intentó llevar el comentario a lo cómico.

—¡Nada de criticar a mi obediente Brownie! —exclamó—. ¡No quiero que se sienta ofendido y me tire! Aún soy un principiante, Joana. No me las apañaría con un caballo más impetuoso.

Joana estudió su postura erguida, correcta, en la silla y arrugó la frente.

—No pareces precisamente un principiante —aseguró—. ¡Oh, mira, ahí está Charlotte Parker con su caballero! ¡Vamos a acercarnos a saludarles!

Charlotte Parker, una amiga de Joana, iba sentada con un traje de equitación igual de bonito sobre un precioso ejemplar marrón, y su acompañante lucía una actitud gallarda sobre un alazán que bailaba impaciente. Los dos sonrieron al ver a Joana, y también miraron un poco irritados la caballería rolliza de Jean-Luc.

—Julian, Charlotte, ya conocéis a Jean-Luc, ¿verdad? —gorjeó Joana—. Es de París, pero aquí aún no tiene caballo propio. Y lo que el señor Aiden le ha alquilado… —Sacudió la cabeza, y los demás se rieron.

Acto seguido las chicas se pusieron a charlar sobre la velada que iba a celebrarse esa noche en casa de los Hamilton y la fiesta en casa de los Astor. A Jean-Luc le preocupaba esta última. Seguro que la señora Astor estaría presente y lo reconocería como miembro del equipo docente de madame LaRue. Procuró no pensar y se concentró en Julian Carmichael, el hijo de otro magnate de la industria. Los Carmichael regentaban una fábrica de tejidos, y Julian ya trabajaba en el despacho de su padre. Además, sabía del puesto de Jean-Luc con Frederick Oberman.

—¿Qué, ya se ha incorporado al sector de la fabricación de calzado? —le preguntó a Jean-Luc con un tono de cierto desdén.

Cabía suponer que los demás miembros de la alta sociedad estaban al corriente de las circunstancias de la contratación de Jean-Luc, aunque seguro que no conocían los detalles. Jean-Luc imaginaba que llevaban años comentando lo mucho que Frederick Oberman consentía a su hija, que ahora incluso le había comprado el marido que quería, aunque no estuviera a su altura.

—Ah, sí —respondió Jean-Luc con una sonrisa amable—. Un buen zapato vive sobre todo de la suela, robusta pero flexible. Luego la estructura se adapta al modelo de un pie y las costuras… —repitió con naturalidad la información que le había dado el señor Parger y se deleitó en el evidente aburrimiento de Julian—. ¿Le gustaría explicarme cómo funciona un telar, Julian? —preguntó luego en tono inocente—. Deben de haberse mecanizado muchos procesos. ¡Es fascinante! ¿También sabe de esas máquinas de vapor? Dicen que a la larga puede que los vehículos a vapor incluso reemplacen al caballo…

De noche Jean-Luc llevó a Joana a una velada en la que un célebre escritor leía su obra. Luego se abrió un extenso debate. Jean-Luc solo entendió la mitad, y tampoco le interesaba. Sin embargo, varias antiguas alumnas acudieron al acto, entre otras la preciosa Doris Morissey, de nuevo en compañía del joven Abraham Schuyler. Ambos parecían enamorados, y Doris saludó a Jean-Luc como siempre sin miedo al contacto.

—Qué lástima que madame LaRue haya cerrado la escuela, ¿verdad? —preguntó como si nada—. ¿Y usted ahora trabaja para el señor Oberman? ¿Harán zapatillas de baile, señor Dimarche?

Jean-Luc le sonrió.

—Acabo de incorporarme. Pero ya puedo explicarle cómo se hace un buen calzado de trabajo.

Doris se rio.

—Entonces tal vez debería trabajar en la producción. Mi padre no está nada contento con los zapatos de trabajo de Oberman. Ahora dirige una empresa de construcción y los ha comprado al por mayor. Dice que los zapatos eran baratos, pero que con la primera lluvia se desintegran…

Jean-Luc se llevó una sorpresa. Eso no debería ocurrir con un zapato fabricado según las indicaciones del señor Parger.

—Lo consultaré —prometió muy serio.

Doris, que probablemente estaba al corriente de cuál era su posición en casa de los Oberman igual que el resto de los presentes, respondió con la misma formalidad:

—¡Cumpla con su deber, monsieur Dimanche!

Jean-Luc se puso de mejor humor cuando saludó con Joana a otras antiguas alumnas, aunque los encuentros fueron mucho más

ceremoniosos que con la desenfadada Doris. Cuando era profesor de baile esas jóvenes damas lo admiraban, pero en la posición de caballero oficial de Joana no sabían cómo tratarlo. Enseguida lo invadió de nuevo esa sensación de vergüenza. Él era solo el apéndice, el juguete comprado para Joana Oberman. Pese a que nunca apareció la palabra *gigolo*, parecía flotar en la sala.

La fiesta dominical en casa de los Astor requería traje ligero para los hombres y un atuendo colorido en el caso de las damas. Joana vestía una creación de color verde manzana con un sombrerito a juego y, como hacía un día espléndido, paseaba del brazo de Jean-Luc por los primorosos caminos del jardín antes de que sirvieran la comida en la terraza acristalada. Mientras tanto, se ejercitaron en la conversación con los demás clientes…

—¡Qué tiempo tan fantástico!

—¡Los rayos de sol compiten con la belleza de nuestras damas!

—Esperemos que se mantenga hasta la semana que viene, ya sabe, el día de carreras en el Bronx, en Jerome Park. Participan dos de nuestros caballos.

A Joana también le hacía ilusión el día de carreras. Explicó que le apasionaban las apuestas.

—¿Qué te parece, Jean-Luc, nos compramos nuestros propios caballos de carreras cuando…, bueno, cuando nos…? —Soltó una risita, cohibida, pero no pronunció la palabra casarse y era evidente que tampoco esperaba respuesta.

Se abrió en cambio un debate entre los demás jóvenes sobre las ventajas y los inconvenientes de tener caballos de carreras.

—¡Requieren mucho tiempo! —se lamentaba una joven, y Jean-Luc se preguntó si allí los dueños realmente se ocupaban en persona de los animales. Por lo que sabía sobre caballos de carreras, solo se encargaban de ellos los entrenadores y los jinetes.

—Pero es tan emocionante cuando corren…

Jean-Luc se rindió. Ese tipo de conversaciones le aburrían. Lo atrapó la música que tocaba un trío de piano, violín y flauta de fondo de la fiesta. Era clásica, y reconoció *La sílfide*. ¡Era música de ballet, él la había bailado!

Jean-Luc se perdió en sus sueños.

2

El lunes por la mañana Jean-Luc despertó poco descansado. Los fines de semana con tantas obligaciones sociales programadas en poco tiempo eran casi más agotadores que los días laborales, sobre todo porque no le confiaban tareas de gran responsabilidad. Aun así, estaba decidido a cumplir sus propósitos ese mismo día y visitar la fábrica. Quería saber con exactitud cómo se hacía el calzado ahí, y cuál era la causa del evidente contraste entre las explicaciones del señor Parger y la experiencia del señor Morissey.

Así que le pidió al señor Myers que le hiciera una visita guiada, a lo que el subdirector accedió de mala gana.

—Por mí de acuerdo, de todas formas aún tengo que pasar por la sala de máquinas. Pero no se queje si le resulta desagradable. El ambiente ahí arriba no es el mejor.

La fábrica estaba compuesta por un edificio de ladrillo de varias plantas con ventanales altos.

—¡Nuestra nueva máquina de vapor ahora hace funcionar tres plantas con una sola caldera! —comentó Myers con orgullo.

Jean-Luc asintió sin entenderlo del todo, pero, cuando por fin entraron en las salas de la fábrica, tampoco pudo escuchar bien las explicaciones de su guía. Ya en la puerta de entrada el suelo vibraba bajo los zapatos de los hombres, eran unos pisotones constantes y amortiguados, acompañados de un silbido que probablemente emitía

la máquina de vapor. Olía a cuero mojado, polvo metálico y grasa de la maquinaria. Unas cintas interminables de correas trasmisoras atravesaban la sala, trasladaban la potencia de la máquina de vapor a cada máquina. En medio, los obreros levantaban punzonadoras y tiraban de piezas de cuero en unas máquinas de coser que traqueteaban. La mayoría eran jóvenes: en las mesas de corte trabajaban sobre todo hombres; en las de coser, chicas jóvenes. La dificultad del trabajo variaba, pero siempre manipulaban un cuero duro y voluminoso. Los obreros tenían que estar muy concentrados para no meter las manos debajo de las punzonadoras que rompían el cuero ni hacerse daño con las prensas de madera y las máquinas de clavetear. Jean-Luc se fijó en que los obreros y obreras tenían los hombros tensos, y a menudo trabajaban en una postura que debía de provocar dolor de espalda. Además, todo era muy monótono: cada chico o chica estaba a cargo de un solo paso del proceso. La gente ejecutaba los mismos movimientos una y otra vez.

—¡Aquí colocamos las partes superiores! —le gritó el señor Myers al oído—. Cada parte se ajusta al milímetro. Utilizamos patrones metálicos de Sheffield. Estas de aquí serán botas, a los buscadores de oro les encantan.

Así que nada de adaptarse al pie del individuo, tampoco era factible en la fabricación mecanizada, por supuesto. Jean-Luc desvió la mirada hacia las hormas, como había llamado el señor Parger a los modelos de madera de los pies. Estaban colgadas de ganchos, numeradas y bien ordenadas.

—Las excavadoras, así llamamos a las botas para los buscadores de oro, las fabricamos en tres tallas. —Myers señaló tres pies de madera.

—¿Solo tres? —Jean-Luc quedó horrorizado, pero no habló lo bastante alto para llegar hasta Myers. Además, el guía siguió andando. En una mesa de trabajo una mujer con la barbilla manchada de hollín giró una suela interna a medio hacer en la mano. Myers la reprendió por su aspecto desaliñado, y ella se frotó la barbilla con la mano avergonzada. Jean-Luc clavó la mirada en la suela de zapato.

—¿Puedo? —le preguntó, y cogió la pieza.

La mujer asintió nerviosa.

—Bueno…, por supuesto, si… si usted quiere…

—¡Pero no pare la producción! —apremió Myers, luego se volvió hacia la mujer de nuevo—. ¡Continúe! —la hostigó.

Jean-Luc palpó la suela y la olió: no desprendía el olor a resina del cuero, el material emanaba un hedor casi a podrido. Cuando dobló un poco la suela oyó un leve crujido seco. Separó la capa superior y vio debajo vida interior gris y fibrosa. ¿Eso era cartón? Se volvió hacia Myers asombrado.

—¿Puedo llevármela? Me gustaría hablar de esto con el señor Oberman.

Myers frunció el entrecejo.

—¿Por qué? Pero da igual, llévese todo lo que quiera, tenemos que ir terminando con nuestra ronda. —Guio a Jean-Luc con impaciencia por la sala.

En otra sección se cubrían las suelas con una especie de alquitrán en movimientos rápidos, las colocaban sobre las partes superiores prefabricadas y las unían con clavos metálicos.

A continuación se veía el calzado de trabajo terminado. Chicos y chicas jóvenes le daban el último pulido tratándolo con trapos de

tela, cera y cepillos.

Jean-Luc cogió un par de botas de media caña. El cuero era duro, las costuras, muy regulares, la longitud de las puntadas no se ajustaba al material, que parecía cosido muy tirante. En algunos puntos solo habían aplicado cola para ahorrar en costuras.

—¿Puedo llevármela también? —preguntó.

Myers asintió sin interés.

—Por mí de acuerdo, pero ahora vamos. Tengo otras cosas que hacer. ¡Y usted también! Puede sacar la información de ventas sobre la cantidad de unidades e introducirla en las tablas. Ya lo ha hecho alguna vez, ¿verdad? Necesitamos saber si la cantidad de producción se mantiene constante.

Jean-Luc asintió. Todas las semanas trasladaba esas cifras a listas concretas, pero en ese momento, entre las máquinas y las personas, comprendió las cantidades ingentes que se fabricaban ahí. De la fábrica salían mil, dos mil zapatos o botas al día. Jean-Luc empezaba a entender al señor Parger. No quería impulsar esa producción, para el antiguo zapatero su oficio era sagrado.

Jean-Luc decidió volver a buscarlo y enseñarle los zapatos. Necesitaba algo más de munición antes de comentárselo a su futuro suegro.

El señor Parger lo recibió enseguida, en el fondo el portero no tenía casi nada que hacer, y Frederick Oberman no tenía un hueco hasta la tarde. Sin embargo, estaba encantado con el interés de su futuro yerno por los procesos de producción.

—Hace bien en visitar la fábrica, así sabe lo que ocurre. ¿Y qué? ¿Le ha gustado, o se ha llevado un susto? Ya hemos tenido visitas que han puesto el grito en el cielo por las condiciones laborales de nuestros trabajadores, pero todo es conforme a derecho y a la ley. Respetamos todas las normativas de pausas, no contratamos a niños, la edad mínima está estipulada en los trece años, en eso somos muy estrictos… Además, pagamos bien. Esa gente ganaría la mitad si trabajara como personal de servicio. —Frederick Oberman se dio un golpe en el pecho como si se considerara un auténtico filántropo.

—Aún no me he fijado en las condiciones laborales —confesó Jean-Luc—. Más bien en los resultados.

Dejó la suela entre Oberman y él sobre la mesa y añadió el par de botas.

—Mire aquí. —Jean-Luc levantó la suela—. ¡Es cartón! Se está procesando cartón en la suela interior de la bota.

—Cartón prensado —le corrigió su futuro suegro—. Encolado y endurecido. Aguanta, si se hace bien.

—Hasta que llueve —repuso Jean-Luc—. Y aquí, el refuerzo del talón debería apoyar el zapato por detrás. Su calzado está hecho también de cartón piedra. Se deforma con la presión…

Oberman había perdido toda la jovialidad en la expresión. La mirada se volvió cortante.

—Nuestro calzado, señor Dimarche. Permítame que le recuerde que ahora forma parte de la dirección de la empresa, o por lo menos va por el camino.

Jean-Luc asintió.

—Por eso le señalo los puntos débiles. Si un hombre lleva estas botas, sufrirá dolores al cabo de como mucho un mes: llagas por la presión en el pie, dolores en las rodillas y de espalda.

Oberman se echó a reír.

—Joven, los buscadores de oro los sufren de todos modos. Buscar oro no es para blandengues.

—¡Pero no hace falta ponérselo más difícil vendiéndoles calzado de una calidad ínfima! —exclamó Jean-Luc—. Una parte de las suelas solo está encolada. ¡La cola se despega con la humedad!

—De momento no se ha quejado nadie. Esos tipos querían ante todo calzado barato.

—¡Pero necesitan botas que les ofrezcan cierta protección! ¡Del frío y las heridas! —Jean-Luc no se iba a rendir tan rápido.

—Por eso utilizamos un cuero grueso y duro —argumentó Frederick Oberman—. Seguro que usted también iba a criticarlo. Desde luego, los hombres tienen que adaptarse a las botas, siempre sale alguna que otra ampolla, pero lo soportan.

—Eso hace que cambien la pisada para evitarlo y por tanto adopten malas posturas del pie que provocan problemas en las articulaciones —replicó Jean-Luc—. Por no hablar de que solo fabrica las botas en tres tallas, aunque los pies de cada individuo son muy distintos.

Oberman empezaba a hartarse y le hizo un gesto de desdén.

—Soy fabricante de botas, no médico, señor Dimarche. Usted tampoco, por cierto, así que deje de sacarles defectos a nuestros productos. A fin de cuentas, usted también vive de eso. Nada sale de la nada, chico. Y ahora le ruego que se vaya. Seguro que tiene algo que hacer.

Jean-Luc asintió muy rígido y salió del despacho. Sin embargo, no fue a trasladar cifras a listas siempre iguales. Buscó entre los expedientes de su despacho, a esas alturas ya conocía bien el sistema de archivo, pedidos y facturas a los proveedores de la Morissey Building Company. En papel con membrete y en su mejor inglés, redactó una breve carta:

Estimado señor Morissey:

En un encuentro social he tenido noticia gracias a su apreciada hija, la señorita Doris Morissey, de que no está satisfecho con la entrega de calzado de trabajo a su empresa. Al llevar a cabo una comprobación he constatado que el pedido que les entregamos presenta, en efecto, graves defectos de calidad. Le pido disculpas en nombre de la dirección de la empresa. Por supuesto, se le devolverá de inmediato el importe abonado.

Saludos cordiales,

JEAN-LUC DIMARCHE
En representación de la dirección de la empresa

Mientras falsificaba la firma de Myers para la orden bancaria, se convenció de que lo hacía por el bien de la empresa, pues no era aconsejable enemistarse con un representante de los bajos fondos conocido en toda la ciudad. Era cierto que lo hizo con un regocijo mal disimulado. Doris Morissey entendería el mensaje: Jean-Luc Dimarche no se dejaba comprar.

3

Cuando se encontró con Joana esa misma tarde —a ella le gustaba que la acompañara a dar pequeños paseos por el parque, donde casi siempre se cruzaba con conocidos ante los que exhibir a su apuesto caballero—, cayó en la cuenta de que tal vez también ella debería estar al tanto de lo que ocurría en la fábrica. Al fin y al cabo, Oberman Shoes era en parte de su propiedad. De modo que, mientras deambulaba por el parque con ella, Jean-Luc llevó la conversación hacia su visita a la manufactura.

—¿Y qué? Mucho ruido y mucha suciedad, ¿verdad? —comentó ella con una sonrisa maliciosa—. No es un sitio que me guste frecuentar.

Jean-Luc se mordió el labio.

—Tal vez deberías hacerlo de vez en cuando. He oído que diversas organizaciones critican el trato que se les da a los trabajadores. Podrías ganarte amigos si introdujeras mejoras.

Joana enarcó las cejas.

—La verdad es que ya tengo suficientes amigos —repuso.

—Quiero decir entre la plantilla —precisó Jean-Luc—. Creo que los trabajadores contentos rinden más, aunque en realidad no es eso lo que me ha preocupado de la producción.

Joana se echó a reír.

—¿A ti te ha preocupado algo? Pero ¿desde cuándo entiendes de zapatos?

Jean-Luc le dirigió una mirada ofendida.

—Estoy formándome, Joana. Quiero acercarme a ti, que me valores más. No pienses que solo pretendo que me mantengas.

—Por mí no tienes que preocuparte de nada de lo que ocurre en las sucias naves de la fábrica. No tengo nada que ver con eso. Mientras la empresa dé dinero, mi padre puede hacer lo que quiera —dijo, y saludó a una joven que se cruzó con ellos a caballo por el camino que discurría junto al sendero de paseantes.

—Pero, si tu padre sigue así, tal vez llegue un momento en que la fábrica deje de dar beneficios —contestó él, intentándolo con otros argumentos.

Cuando por fin consiguió captar la atención de Joana, le describió las medidas de ahorro introducidas con la fabricación mecanizada de los zapatos. Sin embargo, ella no pareció especialmente impresionada.

—Bueno, el calzado debe salir barato —dijo, repitiendo el punto de vista de su padre—. Para los compradores es importante. La mayoría de nuestros clientes son buscadores de oro y gente por el estilo. No tienen mucho dinero.

—Pero, si las botas se les estropean al cabo de un mes, no volverán a comprar las de Oberman —señaló Jean-Luc.

—Están en los yacimientos de oro. Tienen que comprar lo que hay, y mi padre envía allí muchos zapatos. Incluso a Canadá. No lo haría si no se los compraran. Jean-Luc, ¿qué es lo que tanto te interesa de los zapatos de mi padre? ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer que buscarles defectos? Mi padre no estará muy contento

de que vayas husmeando por ahí y dejando su mercancía en mal lugar.

Joana lo miró con reproche. Esa tarde se había puesto especialmente guapa. Un vestido de color lila y un abrigo holgado de color beis dejaban adivinar su figura ceñida por un corsé bien prieto, pero de todos modos a Jean-Luc no se le escapó que aún había aumentado más de peso. Sobre el recogido del pelo se había puesto un sombrerito atrevido con un velo lila y llevaba guantes blancos de algodón.

—Trabajo para tu padre y deseo resultar útil. ¡Debes entenderlo, Joana! No quiero ser… una marioneta. —Había estado a punto de decir «un gigoló», pero se corrigió en el último momento.

Ella se echó a reír.

—¿Una marioneta? ¡Pensaba que te considerabas un bailarín! ¿Acaso no tira nadie de los hilos en ese caso? Querido Jean-Luc, no soy yo, sino tú, quien debe entenderlo: ¡aquí resultas útil haciéndome feliz! —Al ver que él se encogía como si hubiera recibido un golpe, transformó la expresión de su rostro en una sonrisa seductora—. ¡Cariño, no te lo tomes todo tan a pecho! Disfrutaremos de una vida maravillosa y, en cuanto estemos casados, ya ni siquiera tendrás que ir a la fábrica. Podrás dedicarte a otras cosas. Tal vez a criar caballos de carreras y hacerlos competir. Tú podrías supervisar su entrenamiento… ¡Piensa en algo! Por cierto, ¿juegas al golf? El domingo nos han invitado a un torneo.

Joana cambió de tema y Jean-Luc no insistió en el asunto de la fabricación de los zapatos. De todos modos habría sido inútil. Su casi prometida parecía poseer un talento infalible para la manipulación; a su padre, por lo menos, había conseguido tenerlo comiendo de su

mano durante años. Y eso que no era una joven muy inteligente. Tendría que resignarse a ello… o volver a limpiar cristales y aceptar otros trabajos de baja estofa. Entonces pensó que, al día siguiente, su futuro suegro descubriría que había falsificado la firma de Myers y tal vez pasara por encima de los deseos de Joana y lo despidiera. Jean-Luc se preguntó si no sería eso incluso lo que anhelaba.

Frederick Oberman se puso hecho una furia cuando se enteró de la devolución efectuada por Jean-Luc a George Morissey. Le soltó una buena reprimenda al joven y hasta amenazó con denunciarlo por falsificación documental. Jean-Luc ni se inmutó. A la empresa no le interesaba en absoluto que se debatiera la calidad de su calzado en el marco de un juicio. Tampoco le impresionó la amenaza de quitarle ese dinero de su sueldo. De todas formas le pagaban demasiado y, puesto que ahora disponía de vestuario suficiente —por lo menos a sus ojos—, todavía le quedaba bastante dinero en la cuenta después de pagarle el alquiler a madame Briard y abonar las clases de hípica y de tenis. Jean-Luc seguía conservando su habitación en el French Quarter, aunque ya no tenía mucho tiempo para charlar con su casera ni con su compañera de alojamiento, Colette. La viuda y la joven profesora, no obstante, continuaban siendo sus referentes entre la ciudadanía de a pie de Nueva York, y se sentía mucho más cerca de ellas que de los círculos en los que se movían los Oberman.

—¿Qué voy a hacer ahora con usted? —dijo Frederick Oberman al terminar su sermón.

Era una pregunta retórica, puesto que sabía desde hacía tiempo en qué podía ocupar a su futuro yerno para que dejara de tener

acceso a los datos de los clientes.

El nuevo campo de actuación de Jean-Luc fue la distribución: una nave llena de corrientes de aire en la que se almacenaban los zapatos y las botas terminados para, desde allí, enviarlos a todo el país. Junto con unos cuantos jóvenes más, cargaba los carros siguiendo las instrucciones de un capataz. Eso implicaba que lo habían degradado a simple peón, aunque sin tener que hacer los turnos habituales de doce horas ni trabajar los sábados. También en el futuro dispondría de las tardes y los fines de semana libres para dedicárselos a Joana. Un arreglo que, por supuesto, le impidió entablar una buena relación con sus compañeros de trabajo. Él se esforzaba todo lo posible por charlar con los demás trabajadores, se quedaba con ellos durante la pausa —controlada al minuto— y se interesaba por conocer mejor su día a día. Aun así, los otros sabían cuál era su lugar y lo envidiaban, pero también se burlaban a sus espaldas por ser el perrito faldero de la hija del jefe. Jean-Luc se consolaba con el hecho de que el nuevo trabajo exigía mucho movimiento. Las semanas siguientes, por lo menos ejercitó la musculatura mientras mentalmente buscaba músicas que encajaran con su monótona ocupación.

También los numerosos bailes que se celebraron ese otoño lo mantuvieron a flote. Jean-Luc conoció todos los exquisitos salones de las familias de más renombre. Ganó seguridad e incluso llegó a disfrutar de dejarse ver y de las conversaciones ligeras, que le hacían olvidar la monotonía del día a día. Bailaba con Joana llevándola con maestría por todos los parquets y notaba lo mucho que gozaba ella dando vueltas entre sus brazos.

—Tendríamos que empezar a pensar en prometernos —comentó Joana un día, durante un baile con motivo del aniversario de la empresa de un socio comercial de Frederick Oberman—. ¿Qué te parece? ¿Lo hacemos por Navidad? Un compromiso bajo el árbol: sería maravilloso y muy romántico…

A Jean-Luc casi se le cayó la copa de champán de las manos.

—¿Tan pronto? —balbuceó, pero entonces cayó en la cuenta de que ya tenían la Navidad planificada—. ¿No íbamos a asistir al baile navideño de los Schuyler? —objetó—. Si tu padre organiza otro baile para anunciar nuestro compromiso, sería como hacerles un feo a ellos.

Joana le quitó importancia con un gesto.

—Ya he pensado en todo. Nos prometeremos en Nochebuena, solo con la familia, y el baile lo celebramos por Fin de Año. De todas formas ya estaba organizado, solo habrá que añadir la celebración de nuestro compromiso.

Jean-Luc se preguntó si lo habría hablado con su padre y si el compromiso supondría el final de su trabajo en Oberman Shoes. El señor Oberman no podía tener al prometido de su hija empleado en el almacén.

Frederick Oberman accedió a los planes de Joana, aunque quizá no con tanto entusiasmo como ella hubiera deseado. Eso no la importunó mucho, de todos modos; lo principal era que su padre acatase sus deseos. De manera que Jean-Luc, después de una pequeña recepción familiar con champán en Nochebuena, salió con paso garboso hacia el fastuoso baile de los Schuyler el día de

Navidad. Aunque se había gastado todos sus ahorros en un anillo de diamantes para Joana, reparó en lo decepcionada que se quedó ella cuando se lo puso en el dedo, y entonces, compungido, comprendió que probablemente no podía compararse con los anillos de sus amigas. Los pedruscos que las demás lucían en las manos superaban sin lugar a dudas al de Joana.

A esas alturas, a Jean-Luc ya no le importaba encontrarse con sus antiguas alumnas en el marco de esos acontecimientos. Las jóvenes incluso se divertían quitándoselo a Joana para sacarlo a bailar en las raras ocasiones en que se permitía a las damas elegir pareja, y muchas de ellas bailaban mejor que su futura novia, con diferencia.

Así fue como se encontró dando vueltas con Doris, que había inaugurado el baile junto con su prometido, Abraham Schuyler. La joven resplandecía de felicidad, y su padre parecía igual de entusiasmado con el buen partido que había encontrado su hija. El hombre habló con Jean-Luc para comunicarle su agradecimiento: tanto por la formación que había convertido a su hija en una dama de sociedad como por la devolución del dinero de los zapatos de trabajo.

—Todavía no había tenido ocasión de darle las gracias en persona, señor Dimarche —dijo George Morissey después de llevarse a Jean-Luc para ofrecerle una copa de champán—. Hubo bastantes habladurías cuando empezó a trabajar usted en la fábrica de Oberman, joven. Se comentaba si no se estarían pagando unos servicios muy diferentes, y no su trabajo en la manufactura de zapatos. No obstante, a mi parecer ha mostrado usted la misma

excelencia y la misma entrega que en la escuela de madame LaRue. Mis respetos, señor Dimarche. ¡Llegará muy lejos!

Jean-Luc aprovechó la oportunidad para invitar a los Morissey a su fiesta de compromiso, en Nochevieja. No sabía si a Joana le parecería bien, pero él se alegraría mucho de ver allí a Doris y a Abraham, y también a su fornido padre.

A Joana, en efecto, no le hizo gracia. Los Morissey no le parecían de suficiente categoría, pero, por otro lado, tampoco quería invitar a menos personas que los Schuyler. De todos modos, últimamente estaba tan ajetreada preparando la fiesta que apenas llegó a alterarse. Después de las celebraciones navideñas, tuvieron que volver a ensancharle el vestido del compromiso e insistió en que Jean-Luc ensayara con ella todos los días el baile inaugural.

Por fin llegó el momento. Joana no lo pisó mientras bailaban, y todos los invitados aplaudieron cuando Jean-Luc le dio un beso al terminar. Frederick Oberman saludó a los presentes con tanto afecto y orgullo como si de verdad hubiera escogido él mismo a su futuro yerno, aunque luego tuvo que tomarse un whisky.

Doris Morissey volvía a estar arrebatadora. Llevaba un vestido de baile azul ultramar con mucho encaje y un corsé que acentuaba su talle esbelto. Seguro que no tenía que atárselo muy prieto. Ligera como una pluma, casi flotó del brazo de Jean-Luc bailando un vals después de que Abraham le pidiera un baile a la futura novia.

—¿De verdad está enamorado de Joana? —quiso saber, descarada como siempre.

—¡Mademoiselle Doris, eso no se pregunta! —la reprendió Jean-Luc—. ¿Acaso debo volver a recordarle que hay temas que una dama nunca debe sacar?

—Solo lo decía porque… —repuso Doris con una mueca muy poco propia de una dama—. Porque antes, cuando ha abierto el baile con Joana, la estampa ha sido igual de elegante que si bailara con una ballena.

Jean-Luc reprimió una risa. Lo cierto era que Joana se movía muy poco. Había dejado de montar a caballo y de jugar al tenis del todo durante los meses de invierno; el frío no le agradaba. En cambio, las invitaciones a cenas y veladas festivas habían sido numerosas, y su prometida engordaba enseguida.

—Cualquier fabricante de moda para señoras o perfumería aseguraría que una ballena es un animal de lo más provechoso —repuso Jean-Luc, intentando hacer un comentario diplomático que a Doris le causó una gran hilaridad.

—¿Se refiere a que con sus huesos se hacen corsés y la grasa, o algo así, se usa para los perfumes? ¡Menudo cumplido para una prometida!

Jean-Luc se sonrojó.

—Me refiero a que la ballena, o por lo menos su primo menor, el delfín, saben moverse con mucha elegancia en el agua y realizan unos saltos impresionantes.

Doris seguía sonriendo, aunque tuvo la clemencia de cambiar de tema sin entrar en la elegancia y la posible capacidad de salto de la interfecta.

—Por cierto, Joana está buscando casa, por si no se lo ha comentado aún —siguió diciendo—. Una casa en la ciudad, conforme

a su posición social y bien situada, en la que quiere vivir con usted. Seguro que tendrá salón de baile.

Jean-Luc no lo sabía. Sin embargo, la idea de disponer de un salón de baile donde volver a ensayar de verdad hizo que se le acelerara el corazón.

—También eso me gusta de mi prometida —dijo, con lo que esa vez sí consiguió una contestación oportuna—. Siempre se esfuerza por hacerme feliz.

Doris asintió.

—No debería haberle hecho esa pregunta —dijo—. Al fin y al cabo, se le nota la felicidad en la mirada. Me alegro por usted, monsieur Dimarche. Uno solo debería casarse cuando de verdad ama a la otra persona.

La música terminó y ella se alejó bailando aún a medias. Jean-Luc se quedó donde estaba, preguntándose si había dicho esas últimas palabras con sinceridad o si a él se le notaba demasiado que en realidad no amaba a Joana Oberman. En cualquier caso, tenía la sensación de que, con cada día que pasaba, la soga le apretaba un poco más el cuello.

Joana empezó con los preparativos de la boda justo después de Año Nuevo. Excepcionalmente, no había conseguido imponer la fecha que deseaba, en mayo, porque Frederick Oberman consideraba que entre el compromiso y la boda debía transcurrir por lo menos un año para que a nadie se le ocurriera pensar que la pareja se había visto «obligada» a casarse. Al final, Joana consiguió que aceptara

septiembre como mes para el enlace, y a partir de entonces no fue capaz de hablar de ninguna otra cosa.

Jean-Luc, por el contrario, cayó en un agujero profundo tras la temporada de bailes de invierno. Sobre todo porque a Frederick Oberman no se le ocurrió liberar al prometido de su hija del trabajo en el almacén. Parecía gustarle humillar a ese futuro yerno que tan poco le satisfacía. Además, sabía que la degradación de Jean-Luc no había llamado la atención de la alta sociedad; en las reuniones sociales nadie hablaba de algo tan prosaico como el trabajo, y Jean-Luc menos aún.

Eso sí, durante la semana sufría. El trabajo era especialmente desagradable en los meses fríos. El almacén era un lugar húmedo, con bajas temperaturas y muchas corrientes de aire, y los trabajadores tenían que abrigarse con jerséis de lana y chaquetas para cargar los carros. La mayoría calzaban botas producidas por Oberman y se quejaban de las ampollas que les salían hasta que se les adaptaban a los pies. Lo hacían con disimulo, desde luego, pero Jean-Luc se enteraba de su indignación. Pensó en mostrar solidaridad con ellos y ponerse también un par de botas Oberman, pero sus pies eran demasiado valiosos. En lugar de eso, se hizo fabricar unos zapatos de trabajo buenos en un zapatero. Por entonces ya estaba deseando que llegase la boda para aceptar la oferta de Joana de abandonar la fábrica. Sin embargo, no se le ocurría ninguna otra ocupación a la que le apeteciera dedicarse y que también fuera aceptada por la jauría de rentistas acaudalados a la que pertenecería entonces.

Los fines de semana iba a la ópera con Joana y veía actuaciones de diferentes compañías invitadas. Por desgracia, nunca había

producciones de ballet. A Joana le encantaban los musicales, de manera que fueron al Niblo's Garden a ver la pieza para la que Jean-Luc había hecho una audición en su día. Solo con gran esfuerzo logró ocultarle su dolor a su prometida.

Con frecuencia la acompañaba a inauguraciones de exposiciones y la veía adquirir cuadros de precios escandalosos con los que pensaba decorar su futuro hogar. A Jean-Luc no le gustaban en absoluto esos mamotretos gigantescos, pero tampoco quería quedar como un ignorante en materia artística. Joana y sus amigos, al fin y al cabo, actuaban como si tuvieran un ojo infalible para saber qué artista alcanzaría fama y honores algún día.

—Es más que probable que las inversiones en arte salgan rentables algún día —explicó su prometida, dándose importancia.

A esas alturas, Jean-Luc ya creía que no podía aguantar más su palabrería.

—¡Por el amor de Dios, Jean-Luc, si su prometida le saca tanto de quicio, rompa con ella! —le aconsejó un día mademoiselle Colette, cuando estaba desayunando con madame Briard y con ella, algo que por entonces ocurría muy pocas veces. Normalmente debía estar ya en la fábrica cuando otros aún dormían, pero ese día era sábado y Joana había ido a elegir la tela para su vestido de novia—. Y, si no lo consigue, por lo menos insista en que le asignen una labor seria en la dirección de la empresa. Después de la boda, como muy tarde, que entonces ya no podrán negárselo.

—Monsieur Oberman no podría negárselo, no —apuntó madame Briard—. Pero mademoiselle Oberman, futura madame Dimarche, sí.

Es evidente que no desea un marido que trabaje de verdad. Porque, si formara parte de la dirección de la empresa, tendría que estar allí presente.

Jean-Luc asintió.

—A mí me gustaría hacerlo. ¡Habría que cambiar muchísimas cosas! Esas organizaciones que promueven mejores condiciones laborales en las fábricas tienen toda la razón: la vida de la gente es horrible. Un hombre no puede alimentar él solo a su familia, así que la mujer debe trabajar también en la fábrica. Los hijos quedan entonces abandonados a su suerte, y casi siempre es la hija mayor la que se ocupa de llevar la casa, hasta que cumple trece años y puede empezar en la fábrica también. ¡Y un cuerno que no hay trabajo infantil! Creo que, cuando esté casado, me ocuparé de eso. Por mucho que les disguste a Joana y a su padre.

—Sería un buen principio —opinó Colette, satisfecha—. Aunque seguro que supondrá un motivo de conflicto en su matrimonio. ¿De verdad quiere arriesgarse a eso, Jean-Luc?

Él soltó un profundo suspiro.

—Me temo que no tendré escapatoria. Como mucho, podría dimitir y pedirle empleo a George Morissey.

Las mujeres se echaron a reír.

—Tenga cuidado con dónde se mete —bromeó Colette—. A ver si va a cambiar el cartón mojado de esos zapatos por un baño en el Hudson con los pies metidos en un bloque de cemento…

—No llegará a esos extremos —dijo Jean-Luc, defendiendo al padre de su antigua alumna preferida, Doris—. Pero trabajar en un casino me atrae tan poco como hacerlo en una constructora. —Volvió a suspirar con fuerza—. Todo esto tiene muy mala solución.

—¿Al menos ha escrito ya a su madre? —preguntó madame Briard.

Jean-Luc no hacía más que retrasar la carta en la que le contaría a su madre lo de su compromiso y su próxima boda. ¡Joana Oberman! ¿Cómo iba a describírsela? ¿Cuánto podía desvelarle de sus sentimientos y sus dudas? También entonces se frotó la frente, avergonzado.

—Es que no sé por dónde empezar —dijo en voz baja.

4

Con todas esas consideraciones, esperanzas y reflexiones llegó el verano y, pese a que Jean-Luc detestaba el trabajo que hacía para su futuro suegro, no le agradó que Frederick Oberman le concediera un par de semanas libres.

El verano en Nueva York era muy caluroso, y los Oberman, como muchas otras familias ricas, solían pasar unas semanas en Newport, Rhode Island, o ir a ver las carreras de caballos de Saratoga Springs. Joana insistió en que Jean-Luc la acompañara y, una vez más, su padre no dudó ni un segundo en concederle el capricho a su hija y socia. Jean-Luc volvió a verse expuesto a las burlas y las envidias de sus compañeros de trabajo, así que las vacaciones le atraían poco. Además, ya antes de empezar el viaje temía que esas semanas de verano no fueran a ser muy diferentes de su vida en Nueva York. En Newport hacía menos calor, desde luego, y el mar le gustaba mucho. Nunca había ido de vacaciones y le pareció maravilloso caminar descalzo por la playa y notar la brisa fresca. Sin embargo, las actividades que realizaba allí con Joana se parecían mucho a las de la ciudad. Quedaban para montar a caballo y jugar a la petanca con las personas de siempre, organizaban pícnics en la playa en lugar de en Central Park, y los temas de conversación eran similares. Como mucho, hablaban de la adquisición de un barco de vela o de un yate en lugar de un caballo o del ingreso en un club de golf.

Tras regresar a Nueva York, el tema de la boda se puso ya mucho más serio. Joana consideraba que su celebración sería el acontecimiento social de 1864. Planificaba con desmesura y creciente excitación. También la lista de invitados recibió atención por entonces, y los Oberman discutieron la cuestión de si hacerles llegar una invitación a los Morissey o no. Joana se manifestó vehementemente en contra aludiendo al pasado de George Morissey en el hampa.

—¡Además, Doris le hace ojitos a Jean-Luc! —soltó con un temblor desacostumbrado en la voz—. Lo he visto muy bien durante las vacaciones. ¡No lo niegues, Jean-Luc!

Este se limitó a negar con la cabeza mientras Frederick Oberman se oponía a su hija con energía.

—George Morissey es un hombre del todo nuevo, hija. Sus empresas actuales operan dentro de la legalidad, y dicen que incluso quiere presentarse al Congreso. A ver, no tenemos por qué invitarlo, apenas lo conocemos, pero fuiste a la escuela con su hija. Y no digas tonterías sobre Jean-Luc y ella. Esa joven está prometida, y con un muy buen partido, si se me permite decirlo. ¡No tiene el menor motivo para interesarse en otros hombres!

Jean-Luc, que en general se mantenía al margen de la planificación —solo había pedido invitar a madame Briard y a mademoiselle Colette—, se encontró de repente en un compromiso. Joana le enviaría una invitación a Abraham Schuyler con el añadido de «y acompañante». Él asistiría con su prometida, naturalmente, pero eso no era lo mismo que enviar un sobre a nombre de la hija del dueño del casino.

—¡Y habrá que advertir a Doris! —exigió Joana—. Que no se separe de su pareja. ¡De ninguna manera quiero verte bailar con ella en nuestra boda, Jean-Luc!

Al propio Jean-Luc, cuando pensaba en la boda, lo único que le preocupaba era cómo conseguir unas alianzas dignas del estatus de su novia. Unos meses antes había invertido todo su dinero en un anillo de compromiso que los ojos de Joana ni siquiera habían mirado con compasión. Para comprar unas alianzas que estuvieran a la altura tendría que endeudarse, y no sabía si lo considerarían apto para un crédito. Además, ¿cómo iba a devolver el préstamo sin quedar mal? ¿Valiéndose del dinero de Joana? Por lo menos ya había decidido que continuaría trabajando en la fábrica. Oberman estaba dispuesto a dejarle probar otra vez en las oficinas, de modo que seguiría cobrando un sueldo después de casarse. Aun así, ¿le seguirían conviniendo sus planes de introducir reformas si Frederick Oberman sabía que dependía por completo de su salario mensual? Cada vez le sobrevenía más a menudo la sensación de que todo aquello lo ahogaba, y ni siquiera el salón de baile de la casa por la que se había decidido Joana lograba cambiar eso. Era un salón precioso, el parquet de color miel brillaba y los grandes ventanales dejaban entrar la luz del día, pero el resto de la casa lo agobiaba. Era bastante oscura, las ventanas tenían unas cortinas gruesas, las habitaciones eran inmensas. Jean-Luc, bromeando, le dijo a madame Briard que solo en las chimeneas de la sala de estar podría alojarse una familia de cuatro personas. Joana se ocupó de la decoración y compró muebles macizos y pesados que combinaban

con los cuadros sobredimensionados que había ido eligiendo en incontables inauguraciones a lo largo de los últimos años. También empezó a realizar entrevistas de trabajo con el futuro personal. Pese a que Jean-Luc pasaba mucho tiempo en la casa de los padres de Joana, todavía no se había dado cuenta del auténtico ejército de criados que se necesitaba para llevar un hogar así de grande.

—¿No es un poco exagerado para solo dos personas? —preguntó un día que Joana había quedado con un mayordomo—. Podríamos hacer algo nosotros mismos.

Ella se echó a reír.

A finales de septiembre, dos semanas antes de la boda, Frederick Oberman solucionó por fin el problema de las alianzas. Hizo llamar a Jean-Luc a su despacho y se regodeó al verlo con su vestimenta de trabajo, que sin duda era adecuada para cargar carros, pero en la atmósfera elegante de los despachos llamaba la atención para mal. Delante de Oberman, en la mesa, había dos cajitas con el membrete de un conocido joyero.

—Tome, para que no tengamos que presenciar una escena tan bochornosa como la del compromiso —dijo con frialdad, y abrió la primera cajita. Dentro había dos alianzas de oro macizo—. También necesitará un regalo para Joana. Es un collar que hace juego con su vestido de novia. Así podrá ponérselo usted allí mismo.

La segunda cajita contenía un collar de diamantes indecentemente caro.

—Pero… no puedo aceptarlo —balbuceó Jean-Luc.

No se había sentido tan humillado en toda su vida.

—Y no tiene por qué. Sería bastante ridículo que se pusiera usted el collar —se burló Oberman—. Es para Joana, y ella sí lo aceptará, ¡créame! Se pondrá muy contenta, ya que este obsequio sí está a la altura. ¿O qué pensaba regalarle? ¿Un corazón tallado por usted mismo en una cadena de hojalata?

Jean-Luc se puso colorado. Ni siquiera había pensado en regalarle nada a su novia.

—Ya… ya se me habría ocurrido algo —masculló.

Oberman negó con la mano.

—Para un frac nuevo sí le alcanzará el dinero, ¿verdad? —preguntó, desafiante—. No es que sea usted…

Jean-Luc, de hecho, había pensado ponerse el traje que se había comprado para la fiesta de compromiso. Para él, todos los fracs eran iguales y no podía imaginar que alguien recordara si la hilera de botones de uno era más ancha que la de otro.

—Para eso me llega —repuso, envarado.

Tendría que gastarse todo el sueldo del mes. Menos mal que su futuro suegro sufragaba el traje de novia de Joana y el opíparo banquete.

—¡No nos deje en ridículo! —Oberman le dirigió una mirada severa—. Y no se deje las joyas. ¿O quiere que se las guarde en la caja fuerte?

Cuanto más se acercaba la boda, más afligido estaba Jean-Luc. Cuando quedaban ya solo unos días, fue a la fábrica por última vez antes de la celebración y el señor Parger, el viejo portero, mandó a un joven aprendiz a buscarlo.

Jean-Luc se alegró de visitar a su viejo amigo.

—Me habría gustado invitarlo a la boda —dijo—, pero ya ha sido bastante difícil convencer al señor Oberman de que le enviara una invitación a mi casera y amiga madame Briard.

El señor Parger hizo un gesto para restarle importancia.

—Bah, no es necesario —aseguró—. Aun así, quería regalarle algo. Necesitará unos buenos zapatos para bailar en su boda.

Tras decir eso, sacó una caja de debajo de su pupitre y puso una sonrisa de oreja a oreja cuando la abrió. Jean-Luc vio unos zapatos negros abotinados de la mejor piel de becerro, muy finos y elegantes, con los cordones atados y las costuras del todo invisibles.

—¡Se los he hecho yo mismo! —anunció el zapatero con orgullo —. He tenido que adivinar el número, por supuesto, pero tengo buen ojo para eso.

Los zapatos estaban forrados de piel y resultaban extraordinariamente maleables. También las suelas parecían estar reforzadas con un material muy flexible.

—Son suelas de corcho, señor Dimarche —explicó Parger al reparar en la mirada de Jean-Luc—. Cuando se los ponga, se le acomodarán al puente del pie.

Jean-Luc no podía dejar de admirar la artesanía del hombre.

—¡Adelante, pruébeselos! —exclamó el viejo, que le ofreció también unos calcetines finos de seda negra—. Tenga. Se llevan con esto. Seguro que con el calzado de trabajo se pone calcetines gruesos.

Jean-Luc siguió sus instrucciones y comprobó que nunca había llevado unos zapatos tan cómodos. Se amoldaban al pie como un guante, casi como las zapatillas de ballet.

—¡Es usted maravilloso, señor Parger! ¡Son zapatos dignos de un príncipe!

El hombre sonrió con alegría.

—Bueno, pronto lo será usted. El príncipe consorte de nuestra princesa.

Lo dijo sin maldad. Tal vez incluso le pareciera una posición envidiable.

Jean-Luc se mordió el labio.

—Más bien espero llegar a ser príncipe heredero —confesó entonces—. Viendo los zapatos que ha hecho usted, no tengo duda de todo lo que hay que mejorar en la fábrica. Por lo menos podríamos intentar acercarnos un poco a esta calidad artesanal. También quisiera mejorar las condiciones de los trabajadores: descansos más largos, mejor ventilación en las salas de la fábrica… Una conocida me comentó que incluso sería buena idea montar una guardería para que las mujeres no tuvieran que dejar desatendidos a sus hijos mientras trabajan.

El viejo zapatero enarcó las cejas.

—Los príncipes herederos a menudo han fracasado con sus innovaciones. Pienso en Federico de Prusia, castigado y desterrado. Acallado. También a usted podría pasarle. Una casa de campo en Rhode Island, un criadero de caballos en Saratoga: le encontrarían un exilio adecuado a su posición. ¿O acaso lo apoyaría su princesa? Si tuviera que escoger entre los designios de su marido y los de su padre, ¿se pondría de su bando?

Jean-Luc agachó la cabeza. El hombre tenía razón. Se engañaba a sí mismo respecto a las bondades de su futura posición. Le dio las gracias en voz baja al señor Parger una vez más.

—¿Se pondrá los zapatos para la boda? —preguntó el anciano.

Jean-Luc asintió.

—Desde luego. ¿Cómo iba a desaprovechar la ocasión de sentirme como un príncipe, por lo menos?

Para la celebración de la boda habían reservado la sala de fiestas del Fifth Avenue Hotel y, por supuesto, también la suite nupcial. Sin embargo, la ceremonia tendría lugar en la iglesia de Gracia, en Broadway, una construcción neogótica hecha de mármol claro de Tuckahoe con una esbelta torre acabada en punta, ventanales de arco apuntado y una nave inundada de luz. Con la decoración floral no repararon en gastos: azucenas blancas, mirto, hiedra y rosas se entrelazaban formando guirnaldas que embellecían los bancos. En la zona del altar había altos centros, los candelabros de plata con largos cirios de cera llenaban la sala con una luz de ensueño. Jean-Luc debía esperar en el primer banco. El pasillo central estaba cubierto por una alfombra de color crema por la que Frederick Oberman acompañaría a su hija. Sin embargo, la iglesia estaba todavía llenándose de invitados ilustres, casi todos parejas. Los hombres a menudo le guiñaban un ojo en actitud conspirativa al novio. Todos ellos llevaban trajes oscuros, mientras que las mujeres iban ataviadas con elegantes vestidos de seda. Algunas se habían puesto directamente el vestido para el baile de después, pero otras seguro que se cambiarían de modelo en cuanto acabara la recepción, tras la ceremonia. Muchos invitados habían reservado suites en los hoteles más cercanos, así que las damas podían tener allí aguardando a sus doncellas.

El organista se encargó de tocar la música apropiada. Jean-Luc reconoció preludios de Mendelssohn y Händel, y vio entonces a Doris Morissey entrar del brazo de su prometido. Los dos tomaron asiento en la última hilera de la iglesia. Doris también lo localizó a él y lo saludó con la mano.

Jean-Luc sentía que, cuanto más se llenaba la iglesia, más se le secaba la garganta. El pastor, muy majestuoso con su sotana negra y su alzacuellos blanco, se colocó por fin ante el altar. Sonrió a Jean-Luc y le indicó que se acercara, pero entonces la música cambió: el órgano elevó el volumen y… ¡tocó la marcha de los duques de *Giselle*!

Jean-Luc sintió un escalofrío al oír esa pieza que tan bien conocía, y de pronto vio aparecer a Frederick Oberman llevando a su hija al altar. Iban seguidos de las damas de honor, todas con vestidos verdes. El de Joana era blanco y sobrecargado de encajes. En el recuerdo de Jean-Luc apareció Vivian, vestida de Giselle, también de blanco, pero ligera como una pluma y moviéndose al ritmo de la música. Joana y su padre, por el contrario, avanzaban con pesadez. El tocado aplastaba la cabeza de la novia, su largo velo pulía el suelo. Jean-Luc notó que se mareaba. Buscó con las manos las alianzas, que se había guardado en el bolsillo. Ahí estaban… En ese momento, Frederick Oberman le entregó a su hija. Joana tomó su brazo y ambos se arrodillaron ante el altar. Los olores de las flores y el incienso casi dejaban a Jean-Luc sin respiración.

El pastor empezó a hablar:

—Jean-Luc Dimarche, ¿tomas a esta mujer por esposa? ¿La amarás, la honrarás y la protegerás?

Jean-Luc levantó los ojos, miró al pastor y luego a la mujer que tenía a su lado…, y en apenas unos segundos le pasó por delante la vida que tendría con ella. Le pareció extraño, pues había oído decir que eso sucedía poco antes de morir. Era entonces cuando la vida vivida regresaba a uno por última vez.

Respiró hondo. Los presentes ya murmuraban. Tenía que interpretar su papel en esa obra…

—¿Jean-Luc? —preguntó el pastor con una ligera reprimenda en la voz.

Él se levantó.

—No —dijo—. Lo siento de todo corazón, pero no puedo. ¡No!

El órgano, que estaba tocando un suave acompañamiento para la ceremonia, calló de repente. Los invitados parecían conmocionados.

Y, de pronto, Jean-Luc pudo volver a respirar. Antes aún de que los gritos y las conversaciones rompieran el silencio, dio media vuelta y se alejó del altar. Recorrió las filas de bancos y al final echó a correr.

5

—¡Monsieur Dimarche, espere un momento! ¡Jean-Luc!

Vio de reojo que alguien salía tras él por la puerta de la iglesia. Al principio aceleró más, pero se detuvo al reconocer la voz de Doris Morissey. La joven se le acercó respirando con dificultad; los corsés no estaban hechos para correr.

—¿Adónde piensa ir? —preguntó, jadeando, y apartó el velo azul oscuro de su sombrerito a la moda.

Jean-Luc le dirigió una mirada vacía.

—No lo sé —susurró—. Esto… No puedo haber hecho esto.

—Sí que lo ha hecho, Jean-Luc —dijo Doris, que poco a poco recobró el aliento y siguió dirigiéndose a él con familiaridad por su nombre de pila—. ¡Lo sabía! Abe decía que no se atrevería, ¡pero yo sabía que sí! Y… —Le ofreció una sonrisa pícara—. Incluso he ayudado un poco.

—¿Ayudado? —Jean-Luc oía sus palabras como a través de una niebla.

No era capaz de comprender lo que acababa de ocurrir, en esos momentos se sentía como una marioneta de cuyos hilos tiraba alguien como le venía en gana. Pero ¿qué podía tener que ver la joven Doris Morissey en todo eso?

—Lo de la música, he sido yo —confesó—. Le he pedido al organista que tocara la marcha de *Giselle*. ¿No se acuerda? Siempre

la tarareaba para nosotras cuando ensayábamos la entrada formal en el salón de baile. Este verano estuve en París con mi tía y fui a ver el ballet. No dejaba de pensar en usted en el papel del príncipe.

—En *Giselle* no hay ningún príncipe —señaló Jean-Luc.

Hablaba con voz ronca, apenas se le oía. Todo aquello era absurdo, no podían estar departiendo sobre el argumento de un ballet cuando él acababa de destrozar el mundo de Joana y de hundir el suyo propio en el lodo.

—¡Qué más da! —exclamó Doris—. Venga conmigo antes de que alguien lo descubra y quiera hablar con usted. ¡Vamos, ahí dentro!

Señaló un distinguido carruaje cerrado —esa mañana había llovido— en cuyas puertas color granate se veían las sinuosas iniciales de su propietario, Elias Schuyler, el padre de Abraham.

El cochero se apresuró a abrirles una de las portezuelas. Jean-Luc se dejó caer en el asiento, Doris se sentó frente a él con gracia, como él mismo le había enseñado a hacer. Ella sonreía; él guardaba silencio. Volvía a notar un mareo.

—Bueno, y ¿qué va a hacer ahora?

Doris levantó un poco las cortinillas del carruaje para espiar al exterior. Los primeros invitados de la boda salían del templo solo para reunirse allí delante a charlar. Una boda frustrada, ¡menuda sensación! Frederick Oberman sacó a su llorosa hija por una puerta lateral; las damas de honor intentaban consolarla; las niñas de las flores, a las que ya no necesitarían, se tiraban unas a otras las rosas y las azucenas de sus cestitos. Joana dio media vuelta y la emprendió con las pequeñas. Aunque sus palabras no llegaron hasta Jean-Luc y Doris, la furia que bullía en ellas era más que evidente.

—Bruja culona… —comentó Doris—. En la escuela siempre se metía conmigo. Me llamaba nueva rica y cosas peores. Incluso se atrevió a criticar la fama de mi padre. ¡Porque, claro, es mucho más digno endosarle a la gente unos zapatos terribles que dirigir un casino!

—¡Mademoiselle Doris! —A Jean-Luc le salió el profesor que llevaba dentro—. Una dama no habla así de una compañera de clase y la profesión de su padre.

—¡Pero si es verdad! —se defendió ella—. ¡En el casino de mi padre, los clientes por lo menos se divierten! Bueno, ¿qué piensa hacer ahora?

Jean-Luc no respondió nada.

—Yo que usted me marcharía de Nueva York lo antes posible —reflexionó la joven—. Después de esta historia, aquí no dejarán que levante cabeza. El señor Oberman irá hasta el final y le denunciará. ¿Romper un compromiso matrimonial es motivo de demanda? En cualquier caso, podrían cargarle con el muerto de sufragar todos los gastos de la boda. Quedaría usted arruinado.

—De todas formas ya lo estoy —repuso Jean-Luc—. Y una dama no dice «cargarle con el muerto». «Condenar» sería un término más adecuado.

—Viene a ser lo mismo —comentó la joven con seguridad—. Y, ahora, dejémonos de sutilezas. Esto… —Sacó un sobre del precioso bolsito que llevaba consigo—. Esto debería bastar para pagar un pasaje en barco. Y para empezar de cero. ¿Tal vez en Canadá? Hace poco han encontrado oro allí. ¿Quizá podría usted…?

Jean-Luc se quedó mirando el sobre lleno de billetes de dólares.

—Doris, no puedo aceptarlo.

Ella le quitó importancia con la mano.

—¡Qué dice! Estoy en deuda con usted. Antes de que entrara en la escuela por la ventana, yo era una mocosa descarada del Bronx a la que habían enseñado un poco de francés… con el resultado de que entonces no podía cerrar el pico en ninguno de los dos idiomas.

—¡Doris, Doris…! —Jean-Luc negó con la cabeza—. Era usted un diamante en bruto.

Ella rio.

—Jean-Luc, soy una Morissey y, por tanto, en el mejor de los casos un trozo de cristal que alguien intentaba hacer pasar por un diamante sin tallar. Nadie habría podido darle forma mejor que usted. ¡Consiguió hacer tan buen trabajo que, ahora, nada menos que Abraham Schuyler se engalana con esta baratija! Toda su familia me adora. Y mi padre… ¿Se puede creer que recibe clases de buenos modales y se las toma en serio? Desde hace poco, una vez por semana viene una profesora, la señora Chanlor, y le enseña a comer con cuchillo y tenedor. Creo que incluso se ha enamorado un poco de ella, así que tal vez acabe teniendo a una auténtica dama por madrastra. Venga, guárdese ese dinero, que no le he dicho nada de esto a Abe.

Jean-Luc la obedeció. En el fondo no tenía otra opción, pues no podría marcharse de Nueva York sin medios económicos. Como mucho, podría haber empeñado las alianzas que todavía le quemaban en el bolsillo, pero eso le habría parecido absolutamente deshonesto.

—Solo si… si le devuelve esto al señor Oberman, por favor —pidió, y le entregó a Doris la cajita justo cuando Abraham Schuyler abrió la puerta del carruaje y subió con sigilo.

—Les he dicho a todos que te encontrabas mal, cariño —informó a Doris—. ¿No podías haberme contado lo que te proponías? Habría buscado una excusa mejor. Ahora, la gente pensará que te has quedado encinta antes de tiempo.

Doris soltó una risilla.

—Seguro que tienen otros temas para chismorrear. Es posible que ni se hayan fijado en mi salida.

Abraham, un joven alto con el pelo pelirrojo, rizado y corto, y un rostro amable, se volvió hacia Jean-Luc.

—¿Y qué va a hacer usted ahora? Debo decirle que… yo, en su lugar, no me habría atrevido.

—Yo tampoco te aconsejo dejar plantada en el altar a la hija de George Morissey —señaló Doris—. ¿Cómo lo ha encajado el viejo Oberman?

—¡Doris! —la regañó Jean-Luc de nuevo por su elección de vocabulario.

Abe no parecía tan delicado en ese sentido.

—Se ha lamentado más que nada por los gastos. No parece que le tuviera mucho cariño a usted, señor Dimarche. ¿Y Joana? Está desconsolada, claro, pero sobre todo hierve de ira. ¡Yo que usted me iría de Nueva York ya mismo!

Doris le hizo una señal con la cabeza.

—Es lo que hará. Ya hemos hablado de ello. Si puede, tomará un barco hacia Canadá para ir a los yacimientos de oro.

Los preciosos ojos castaños de Abe brillaron un instante.

—¿A los yacimientos de oro? ¡Un sueño! Yo…

—¡Ni te atrevas! —exclamó Doris.

A Jean-Luc, los jóvenes le parecieron encantadores, aunque todavía no sabía qué iba a hacer con su vida. Personalmente, los yacimientos de oro no le llamaban en absoluto. Vivir en un campamento y cavar en el fango junto a hombres sucios y con la ropa húmeda no le parecía ningún sueño. Aun así, seguro que cualquier cosa era mejor que acabar atrapado en la sombría casa de Joana.

—Lo acompañaremos al puerto —decidió Doris—. Allí podrá comprarse un par de prendas de ropa baratas y luego buscaremos un barco.

—Podríamos pasar por el French Quarter a recoger mis cosas —propuso Jean-Luc con timidez.

Doris negó con la cabeza.

—Es donde primero irán a buscarlo. Escríbale a su casera más adelante para que le envíe lo que crea que va a necesitar. Ahora, lo que tiene que hacer es desaparecer.

La joven estaba resultando ser digna hija de su padre en todos los sentidos. Parecía que las maquinaciones la divertían.

Abe ordenó al cochero que los llevara al barrio portuario y poco después se detuvieron cerca de una tienda de baratijas que, entre otras cosas, tenía ropa a la venta.

—No pararemos justo delante. Si el dueño ve nuestro carruaje —explicó Doris—, al instante lo pondrá todo más caro.

Jean-Luc recorrió los últimos metros a pie, sintiéndose muy mal vestido para la ocasión con su frac y el sombrero de copa que llevaba bajo el brazo.

—¿Podría… podría cambiar aquí este traje por alguna otra cosa? —preguntó, abochornado, cuando un hombre de edad avanzada y

con aspecto de gnomo lo miró de arriba abajo.

El hombre soltó una risilla.

—¿De dónde sales tú? ¿Te has escapado de una boda?

Jean-Luc no sabía si debía corroborarlo.

—Tengo algo de prisa —afirmó—. El caso es que querría deshacerme de todo, excepto de los calcetines y los zapatos. Necesito pantalones recios, camisas, una chaqueta gruesa…

—¿Y adónde piensas ir con todo eso? —preguntó el astuto duende.

Él se encogió de hombros. Seguro que no era buena idea desvelarle el destino de su viaje.

—Adonde me lleve el viento —respondió con poesía.

El gnomo puso cara de circunstancias.

—Bueno, si quieres que te dé un consejo, escoge un barco de vapor. Navegan mejor que los veleros. Pero, en fin, a mí no me va nada en ello. Puedes desvestirte ahí atrás. Ahora te llevo un par de cosas.

Poco después, Jean-Luc salía de la tienda con unos pantalones vaqueros que ya estaban algo gastados, una camisa de leñador en buen estado y un chaqueta de cuero bastante usada pero de mucho abrigo. En una pequeña maleta rayada llevaba dos camisas más y unos pantalones de hilo. Aun así, ¡seguía calzando sus zapatos de príncipe! Mientras tanto, el tendero ya estaba colgando su frac en el escaparate con orgullo.

—Justo lo que me temía —comentó Doris al pasar otra vez por delante de la tienda de camino a los muelles—. Tiene que marcharse antes de que eso le llame la atención a alguien.

Abe ya se había informado un poco. En el puerto había un barco que partía al día siguiente hacia Panamá.

—¿Y qué voy a hacer yo en Panamá? —preguntó Jean-Luc, inquieto.

El joven Schuyler puso los ojos en blanco.

—No ha planeado usted mucho su aventura, ¿verdad?

Jean-Luc se sintió ofendido, pero Doris se apresuró a explicarle a su prometido que monsieur Dimarche no había planeado absolutamente nada.

—Lo de los yacimientos de oro ha sido idea mía —dijo—. Y la ruta pasa por Panamá, luego sube hasta San Francisco y de allí va a la isla de Vancouver. Lo he consultado. Es factible. Así que compre ahora mismo un pasaje para ese vapor. Si Panamá acaba gustándole, también puede quedarse allí. Aunque mi padre dice que hace un calor que derrite las piedras. En sentido figurado y literal. Y tampoco tienen oro.

6

La noche del día de su boda, Jean-Luc se encontraba en la cubierta de un barco con la vaga sensación de haber vivido todo eso antes. También había abandonado Francia de forma precipitada y sin ningún plan concreto. Al contrario que en aquel entonces, sin embargo, esta vez por lo menos disponía de fondos más que suficientes.

Doris y Abraham lo habían dejado en el embarcadero del río Hudson, donde el barco aguardaba a sus pasajeros, y se habían despedido de él sin grandes formalismos. Al fin y al cabo, era mejor que el llamativo carruaje no fuera visto más tiempo por allí; Doris no quería que descubrieran que había ayudado en la fuga. Por suerte, los marineros de la Pacific Mail Steamship Company dejaron embarcar a Jean-Luc enseguida. Las condiciones del alojamiento en la clase más barata eran similares a las del barco que lo había llevado de El Havre a Nueva York. Cuando aquello estuviera lleno, en los camarotes de cuatro faltarían el espacio y el aire. Jean-Luc aplastó ya con repugnancia un par de pulgas que debían de haberse quedado en las ranuras de las literas de madera desde la última travesía.

A la mañana siguiente llegaron los demás pasajeros, que conformaban una muchedumbre de lo más variopinta. Panameños que habían trabajado en Nueva York y querían volver a casa;

aventureros que deseaban explorar Sudamérica o iban a comerciar allí; y también algunos jóvenes que, como Jean-Luc, pensaban llegar a los yacimientos de oro de Canadá. Uno de ellos era un francés que se llamaba Stéphane y tenía una historia similar a la suya. También él había huido de la llamada a filas, pero Nueva York no le había gustado y aprender inglés le había costado mucho más que a Jean-Luc. Era un joven sencillo, de campo, que se había deslomado trabajando en mataderos y fábricas y había ganado apenas lo justo para sobrevivir. Hasta que acabó en un casino, probó suerte con un poco de dinero y… ¡se llevó el bote! No era ninguna fortuna —en los antros de juego de George Morissey nadie se hacía rico de verdad—, pero le posibilitó el viaje a Canadá. Allí por lo menos también hablaban francés, o eso esperaba Stéphane, y, si además llegaba a encontrar oro, sin duda pronto sería un hombre de provecho.

Jean-Luc respondió a sus preguntas y le contó que había trabajado como limpiacristales y mozo de almacén, y que luego, gracias a un servicio que le había hecho a la familia de George Morissey, se había visto en situación de embarcarse con rumbo a Canadá. Stéphane lo miró casi con reverencia cuando mencionó el nombre de Morissey y dijo conocer personalmente al capitoste de los bajos fondos. En consecuencia, Jean-Luc tuvo la sensación de haber ascendido de manera considerable en la apreciación de todos los neoyorquinos del barco, que empezaron a tratarlo con muchísima cortesía. Seguro que nadie quería enemistarse con un conocido del rey del hampa.

El viaje a Panamá duró diez días. Unos cuantos viajeros bajaron en una escala en Cuba, pero la mayoría se quedaron en sus camarotes. El aire de ahí dentro ya casi podía cortarse después de tantas jornadas, y cada día que pasaba hacía más calor, puesto que estaban cada vez más al sur.

La ciudad a la que llegaron era bulliciosa y colorida, pero a Jean-Luc le dio un poco de miedo. Otra vez un idioma nuevo, esta vez el español, así como insistentes vendedores ambulantes que lo asediaban continuamente para convencerlo de que comprara o de que hiciera algo. Stéphane y él consiguieron llegar a la estación y allí le adquirieron un billete de los ferrocarriles panameños a un empleado con pinta de granuja. La ruta cruzaba el istmo de Panamá y, según el precio que estuvieran dispuestos a pagar, podrían subir al tren antes o después. Había gente que ya llevaba días acampada en la estación, la mayoría con aspecto de no tener ningún reparo en birlarles la cartera en cuanto cayera la noche a los viajeros más acomodados que esperaban allí.

De manera que Jean-Luc y Stéphane pagaron al empleado por la protección y pudieron subirse al primer convoy que llegó. El precio era exorbitante para un viaje tan corto, de apenas unas horas, y el trayecto en un vagón abarrotado y sin ventanas, además, resultó ser una tortura. Hacía un calor insoportable y apestaba a sudor y otras secreciones de los viajeros. Si se atrevían a salir a la plataforma del vagón, se veían rodeados por una jungla impenetrable a izquierda y derecha, y casi se morían de miedo a causa del traqueteo cada vez que cruzaban un puente. El tren chirriaba. No parecía estar en muy buenas condiciones, aunque la línea férrea existía ya desde hacía diez años.

Jean-Luc respiró más tranquilo cuando por fin pudieron bajar del tren. Con Stéphane, se internó por las polvorientas calles de un casco antiguo de carácter colonial y estrechas callejuelas para encontrar alojamiento en el barrio portuario de la ciudad, que también se llamaba simplemente Panamá. La noche estuvo llena de gritos y peleas ruidosas, pero también de música y cantos y el zumbido de incontables mosquitos. Seguro que el barrio era peligroso para dos recién llegados, así que Jean-Luc y Stéphane apenas se atrevieron a salir de la pensión de mala muerte en la que compartían habitación. Por suerte, tampoco en esa ocasión tuvieron que esperar mucho antes de seguir viaje. Al cabo de solo dos días, un pequeño vapor zarpaba en dirección a San Francisco. El barco parecía robusto y resistió varias tormentas tropicales durante la travesía por el Pacífico. Por desgracia, no ofrecía casi ninguna comodidad. En el interior del casco se acumulaba el calor, así que los pasajeros salían arrastrando los pies a cubierta siempre que era posible. Durante el día podían pasar el rato contemplando delfines, peces voladores y albatros. Muchos viajeros se mareaban, pero Jean-Luc también atribuía las náuseas a la terrible comida: se alimentaban a base de pescado en salazón, galletas marineras y café.

Por fin, después de dos largas semanas, avistaron tierra firme. La bahía de San Francisco les pareció celestial a primera vista, inundada de una luz dorada. La costa, sin embargo, tenía un aspecto desordenado, como si un niño hubiera estado jugando con cabañas y barquitos. Estos últimos estaban en parte anclados y en parte abandonados en la orilla. Algunas embarcaciones zozobradas se habían reconvertido en almacenes o burdeles. Muy al fondo de la

bahía se veía un muelle de madera cubierto de restos putrefactos de pescado. Para evitar los posibles resbalones, las personas que había en él —mercaderes, marineros, pescadores, carreteros— habían echado serrín por encima.

Tras desembarcar, Jean-Luc y Stéphane pasaron por delante de unos almacenes hechos de chapa ondulada en los que había carteles colgados con el nombre de empresas diferentes: Pacific Outfitters, Miner's Supply o Passage to Portland.

—Aquí todo el mundo habla inglés también —comentó Stéphane, decepcionado.

Jean-Luc sonrió.

—Porque esto es California. Tenemos que seguir hacia Victoria, Canadá. Por desgracia, los barcos que van allí no lo hacen con regularidad, y uno de los marineros me ha aconsejado que tengamos cuidado en el barrio portuario. Sobre todo por las noches, será mejor evitar las callejuelas sin farolas.

—¡No me digas! —Stéphane soltó un hondo suspiro—. ¿Llegaremos algún día a regiones más civilizadas? A mí, mi pueblo de Francia siempre me pareció aburrido, pero ahora lo describiría como agradablemente tranquilo. ¿Dónde conseguiremos pasajes para el próximo barco? Vayamos primero a solucionar eso y enterarnos de cuándo zarpa, y luego nos atrincheramos en una pensión que esté medio bien. Al fin y al cabo, casi nos hemos librado ya de las pulgas del último albergue y voy a sentirme muy solo sin ellas…

La última etapa de su travesía recorría la costa pacífica. La embarcación era una pequeña goleta con una máquina de vapor auxiliar, aunque de poco calado, para poder recalar también en puertos más pequeños. Navegaba hacia el norte pasando junto a costas de acantilados escarpados, densos bosques de coníferas y pequeñas bahías con asentamientos diminutos. A la altura de Oregón y el Territorio de Washington, el mar estaba bastante picado, pero se calmó al llegar a aguas canadienses. También la vista cambió bastante. Jean-Luc vio altas rocas negras y bosques húmedos que llegaban hasta el agua. A menudo estaban medio ocultos por la niebla y tenían árboles gigantescos, como los abetos de Douglas o los cedros, que sobresalían cual espíritus de entre los demás. De vez en cuando también veían canoas de nativos, por encima del agua planeaban las águilas, y unas nutrias marinas muy atrevidas los miraban desde los campos de algas. Por fin apareció ante ellos la isla de Vancouver. Victoria, una ciudad pequeña y caracterizada por sus casas de madera blanca con verandas, se encontraba en la punta suroriental de la isla. En la zona portuaria había un sinfín de barcos: buques de guerra británicos, balleneros y cargueros. Nadie advirtió a Jean-Luc y a Stéphane sobre esa ciudad; parecía que allí todo transcurría ordenada y pacíficamente. De todos modos, ya en su primer paseo, Stéphane constató que también en Victoria hablaban inglés. Jean-Luc puso rumbo a un salón de té con la ilusión de comer algo fresco después de la alimentación del barco, que había vuelto a ser horrible. Delante del salón había una iglesia anglicana y el idioma que se oía allí era un inglés cultivado. Resultaba evidente que el lugar se encontraba bajo la influencia de

la Corona británica. Jean-Luc, que había aprendido inglés en Nueva York, tuvo que esforzarse para entender algo al principio.

—La verdad es que me había imaginado de otra forma una ciudad de buscadores de oro —comentó Stéphane—. ¿Seguro que estamos donde tenemos que estar?

Jean-Luc se encogió de hombros.

—Bueno, esto es sin duda Canadá. Y creo que también la Columbia Británica, aunque la isla de Vancouver solo es una parte de ella. Las minas de oro deben de estar en otro lugar. Tendremos que preguntarlo.

En el salón de té los atendió un caballero de cierta edad vestido de frac que se parecía a los mayordomos que habían mirado a Jean-Luc con desdén en muchas casas ricas durante su época de Nueva York. Quizá por eso, se resistía a mostrarse ignorante o necio ante él, pero al final le preguntó y el hombre los informó con amabilidad.

—Bueno, primero tienen que dejar la isla e ir al continente. Para eso se toma un pequeño vapor que sale casi todos los días y la travesía no dura mucho. Entonces llegarán a New Westminster, una pequeña ciudad muy agradable, donde deberían aprovisionarse. Desde allí pueden seguir a pie, aunque también hay un mercado de caballos. Una mula les iría muy bien para la ruta de Cariboo Trail. O pueden tomar un vapor y subir por el río Fraser. Es algo más caro, pero más rápido. En todo caso, tampoco es un paseo, según me han dicho, porque los barcos no pasan por todas partes y a veces los pasajeros tienen que desembarcar e ir a pie. Así se llega a Yale, la que se supone que es la puerta de entrada a la Tierra del Oro.

—¡Pero si casi parece un vía crucis! —exclamó Jean-Luc con horror.

El caballero se encogió de hombros.

—Canadá es enorme y todavía no está explorada por completo. Aquí, viajar suele ser fatigoso. Y batear oro tampoco es coser y cantar. Muy pocos se hacen ricos de verdad.

Hacía tiempo que Jean-Luc lo sospechaba, pero no encontraba ninguna alternativa. Estaba claro que en Victoria no había teatros musicales. Como mucho tendrían una escuela para señoritas, puesto que también allí habría ciudadanos acomodados. Aunque ¿volver a trabajar de profesor? Después de su experiencia en Nueva York, no le apetecía demasiado tratar con jovencitas, en el mejor de los casos risueñas y, en el peor, intrigantes.

Stéphane quería seguir camino a toda costa. ¿Acaso iba Jean-Luc a rendirse tan cerca de su objetivo? Él quería ver por lo menos esa Tierra del Oro.

—¿Cuánto se tarda en llegar allí? —preguntó, resignado.

El caballero lo pensó unos instantes.

—Si se deciden a viajar por el río, dentro de una semana deberían llegar a Yale. ¿Desde dónde vienen ustedes?

Se rio cuando Jean-Luc le confesó que habían zarpado de Nueva York seis semanas antes.

—Entonces seguro que consiguen recorrer el último tramo —opinó, y les deseó mucha suerte a los dos jóvenes cuando saldaron la cuenta y se marcharon.

—Bueno, ¿pagamos el viaje por río o nos compramos una mula? —preguntó Jean-Luc ya en el puerto, mientras miraban qué barco era el primero que salía hacia el continente.

—¡Por río! —decidió Stéphane—. Las mulas no me gustan.

Jean-Luc no había conocido a ninguna, pero aceptó la decisión, ya que Stéphane era de campo y sabía más de esas cosas. Además, era la opción más rápida. ¡Quería llegar al final del viaje de una vez por todas!

La travesía hacia New Westminster transcurrió sin contratiempos. Cruzaron el estrecho de Georgia, el canal que separaba la isla de Vancouver del continente, y de nuevo volvieron a ver la costa. Pasaron junto a varias islas y contemplaron los espesos bosques cubiertos de niebla, las aldeas de pescadores que se alineaban en las playas y también las casas alargadas donde vivían los nativos, según les explicaron a bordo. La guinda la puso un arcoíris que parecía extenderse de un lado a otro de la vía marítima.

—¡Qué bonita bienvenida! —exclamó Jean-Luc—. ¿No dicen que los arcoíris traen suerte?

—Casi siempre traen lluvia primero —contestó Stéphane, que intentó cubrirse la cabeza con la chaqueta para protegerse—. ¡Aquí hace un frío de narices! En este viaje, o te mueres de sudor o te congelas. ¡Lo de Canadá no ha sido muy buena idea!

También Jean-Luc llegó a una conclusión similar los días siguientes. La subida en barco por el río Fraser lo llevó al límite del esfuerzo que estaba dispuesto a realizar para alcanzar los yacimientos de oro. Incluso el aspecto del río mismo daba miedo. No bajaba tranquilo por su cauce, sino que a veces formaba remolinos y a veces fuertes corrientes, y en ocasiones se estrechaba tanto que los pasajeros del

pequeño vapor temían quedar atascados. De hecho, no era muy profundo, y sucedía que en ocasiones el barco rascaba contra el fondo. Los pasajeros tenían que bajar entonces a tierra, de manera que normalmente quedaban calados hasta los huesos y se veían obligados a avanzar por la maleza de la orilla boscosa, donde también se esperaba de ellos que transportaran las mercancías que cargaba el vapor. La tripulación arrastraba entonces el barco, más ligero, sobre el cauce del río, o lo hacía avanzar con largas pértigas por los bajíos cuando, tras desembarcar la carga, volvía a fluir algo de agua bajo la quilla. El río Fraser serpenteaba entre paredes de roca y se internaba en los bosques vírgenes. Las cascadas cautivaban la mirada de los viajeros, que también vieron algún que otro alce y, en una ocasión, un oso pescando. El viaje por el río era una aventura y Stéphane estaba entusiasmado. Jean-Luc, en cambio, constató que no le gustaba nada soportar penurias y peligros para luego poder explicarlo con orgullo junto a una hoguera. Él siempre había sido un hombre de ciudad; la naturaleza no le decía nada. Y por primera vez comprendió con claridad que era justamente allí adonde se dirigía. ¡Seguro que la prometedora concesión minera se encontraba junto a un río que ningún hombre había visto jamás!

Yale, tal como recordó que había dicho el viejo de la isla de Vancouver, era la puerta de entrada a los yacimientos de oro: tras ella se extendía una tierra en gran parte sin explorar.

Mientras que Stéphane, con cada kilómetro que recorrían, estaba más contento con su nueva vida, Jean-Luc empezó a sentir miedo.

7

Yale resultó ser una pequeña ciudad asentada sobre unas laderas bastante escarpadas. Las casas de madera que había a lo largo de Main Street se habían construido deprisa y se notaba que aquello era solo una estación de paso. Había campamentos de tiendas, una herrería, establos en los que podían dejarse los animales de carga y salones que ofrecían diversión a los buscadores de oro antes de volver a partir hacia la naturaleza salvaje para delimitar y explotar sus concesiones. Era una localidad ruidosa y sucia.

Stéphane se dirigió a una ferretería donde vendían equipo para buscadores de oro. Jean-Luc lo siguió con cierto interés, y por primera vez vio una batea de oro y varios modelos de canales de lavado, así como palas y picos de diferentes calidades. En un rincón de la tienda localizó botas y zapatos de trabajo, en su mayor parte producidos por la fábrica de calzado Oberman.

—¡Necesitamos de eso! —dijo Stéphane, y enseguida quiso probarse un par.

La renuencia de Jean-Luc no hizo más que crecer. En San Francisco se había comprado unos zapatos ligeros de ante para no seguir desgastando el calzado de príncipe de Parger. En Panamá había ido incluso descalzo, y también en los barcos. Sin duda necesitaría un par de botas si tenía que cavar y cribar metido en el agua. Los mocasines, como se llamaban sus zapatos de ante, ya se

le habían empapado varias veces en el viaje por el río y se habían deformado. Aun así… ¡No podía haber cruzado medio mundo para acabar estropeándose los pies con la birria de zapatos de Oberman!

Stéphane, mientras tanto, se informó sobre tiendas para acampar. Jean-Luc miró con horror el revoltijo de varas, piquetas y lona que se combinaban para montar una primitiva tienda de dos personas. ¿Iba a tener que compartir uno de esos artilugios con Stéphane? ¿Durante semanas, o puede que incluso meses? ¿En invierno, con nieve y lluvia? ¿Iba a tener que cocinar sobre una hoguera? Jamás había cocinado ni asado nada. Los bailarines no se iban de vacaciones en tiendas de campaña. Su mundo había sido la Ópera, la Escuela de Danza. Era muy capaz de sufrir tormentos —la formación para convertirse en bailarín profesional había sido muy dura—, pero no quería blandir un pico ni pasarse horas metido en el agua, tamizando oro.

Jean-Luc se decidió.

—En realidad, no sé si yo quiero batear oro —le dijo a un Stéphane desconcertado, que ya estaba calculando qué equipo básico necesitarían para explotar una concesión o, más bien, qué material podrían permitirse—. Creo que intentaré encontrar otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó su compatriota—. ¿Qué más hay que hacer aquí? ¿Quieres pedir trabajo en las cuadras de alquiler? —Soltó una risita—. ¿O haciendo ataúdes?

Había una de esas carpinterías especializadas frente a la ferretería.

—No lo sé —murmuró Jean-Luc—. Primero daré una vuelta por la ciudad, pero no creo que sirva para buscar oro. Lo siento, Stéphane,

pero… no estoy hecho para esto.

Cuando se despidió de su decepcionado amigo, tenía claro que volvía a huir. Stéphane iría al salón para ver si encontraba socios nuevos; Jean-Luc tenía que recorrer la ciudad en busca de alternativas. Frustrado, caminó por Main Street dándole vueltas a por qué había vuelto a fracasar. Pretendía empezar de cero, pero no conseguía sobreponerse a sí mismo y aceptar esa nueva vida. Había acabado en el fin del mundo, pues eso le parecía Yale después de haber vivido en Nueva York y en París, y casi se había gastado todo el dinero de Doris Morissey: no había vuelta atrás. Tal vez sí debería comprarse una batea para por lo menos intentar encontrar oro.

Sin embargo, sobre la entrada de una de las casas de madera, de dos plantas como casi todas, vio entonces un cartel que decía VARIETÉ… ¡y fue como si le hubiera alcanzado un rayo! No sabía qué entenderían allí por eso; en París, los espectáculos de variedades, entre otras cosas, contenían números de baile. ¡Tal vez el destino le estuviera haciendo un guiño! En cualquier caso, decidió que merecía la pena entrar.

Toda la planta baja de la casa estaba ocupada por un salón de bar. Las mesas y las sillas estaban dispuestas de tal forma que desde todas ellas se tenía una buena visión de un escenario bastante grande, con un telón de terciopelo rojo incluido. Había un par de sillones tapizados en terciopelo, rojo también, y los palcos contaban asimismo con telas suaves y brillantes. La decoración recordaba mucho a establecimientos parecidos en Francia.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Detrás de la barra había un joven lavando vasos—. ¿No será el mago? El señor Effort no lo esperaba hasta mañana.

Jean-Luc negó con la cabeza.

—Podría hacer de mago —dijo—, pero no lo soy. Soy bailarín. El señor Effort es… ¿el propietario del teatro de variedades?

El joven asintió.

—¿Un hombre bailarín? Qué gracioso. Hasta ahora solo hemos tenido a chicas. El señor Effort está ocupado con ellas arriba, precisamente. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—¿Arriba tienen salas de ensayos? —preguntó Jean-Luc.

Se moría de ganas por subir en ese mismo instante, aunque no parecía que al joven le hiciera gracia la idea.

—Iré a buscarlo —insistió—. Espere aquí. ¡Pero no me birle el whisky! Tengo las botellas contadas.

Subió por una escalera que había escondida tras una cortina y regresó al cabo de poco. El hombre que lo acompañaba era bajito y nervudo, tenía el pelo oscuro y liso y unos brillantes ojos castaños.

—Jerry Effort —se presentó sin formalismos—. Bob dice que quería ofrecerme un número. ¿Es usted el señor…?

—Jean-Luc Dimarche, de París. Soy bailarín de ballet titulado, con diploma de la Ópera de París. Busco trabajo.

—¿Un bailarín de ballet de París? —se extrañó el propietario del teatro de variedades—. ¿Y cómo ha acabado aquí? ¿De verdad bailaba en la Ópera?

Jean-Luc empezó a enumerarle los papeles que había representado y los que había estudiado. Sin embargo, el señor Effort meneó la cabeza.

—Sin duda está cualificado —repuso—, pero no sabría qué hacer con un solo de bailarín masculino. Aquí ofrecemos entretenimiento para los mineros. No se ofenda, joven, pero son hombres rudos y no entienden mucho de arte. Para ellos, el ballet son chicas que levantan mucho las piernas. Por desgracia, de esas nos faltan. —Suspiró como si fuera un grave problema.

—¿Porque aquí hay pocas mujeres? —preguntó Jean-Luc.

Effort asintió.

—Eso también. Aunque ya he reunido a suficientes chicas para un cuerpo de baile. Si ahora, además, supieran bailar, todo iría a pedir de boca. Por desgracia, se tropiezan con sus propios pies y se pisan entre sí.

—¿Acaso tienen que bailar unas con otras? —se interesó Jean-Luc, que enseguida tuvo una ocurrencia—. ¿Cómo una especie de danza en formación? ¿Y quién monta la coreografía?

Effort frunció el ceño.

—¿La qué? —preguntó—. Bueno, yo pensaba en algo así como el cancán. Lo que hacen las chicas en Francia, ¿sabe?

Jean-Luc asintió. Había visto representaciones en los *varietés* de París y se creía muy capaz de reconstruir los pasos.

—Si no necesita a un bailarín, señor Effort —se animó a proponer con energía renovada—, ¿tal vez le interesaría un apoderado? Yo podría enseñar a las damas a bailar el cancán y, bueno, a bailar en general. He trabajado muchas veces como profesor de baile. ¿De dónde ha sacado a las chicas?

La cara chata de Jerry Effort mostró interés sincero por primera vez.

—Bueno, han llegado aquí ellas solas. Buscan trabajo. Un par son furcias que querrían dedicarse a otra cosa y dejar de abrirse siempre de piernas…

Jean-Luc le lanzó una mirada molesta, aunque se guardó el comentario sobre su vocabulario.

—La mayoría son muchachas decentes. Vinieron con los buscadores de oro y probaron suerte bateando ellas mismas, pero no sacaron mucho. Luego los hombres las abandonaron. Algunos siguieron camino y no querían cargar con una mujer, como suele pasar. Las que son canadienses, a menudo proceden de alguna granja donde padres e hijos se desloman trabajando. Ellas quieren escapar de eso y acaban aquí. A veces, lo del baile no les sale bien y terminan haciendo la calle. Si con ese material pudiera montar usted una compañía que funcionara, estaría haciendo una buena obra. —Sonrió de oreja a oreja.

—Me encantaría intentarlo —repuso Jean-Luc—. Y soy muy optimista al respecto. El cancán es así, ¿no?

Se acercó a un piano que había justo debajo del escenario y tocó la melodía. No era un gran pianista, pero tenía mucho oído musical. Las piezas no se le olvidaban fácilmente.

—¡Exacto! —A Jerry Effort se le iluminó la cara—. Sabe usted de lo que habla. Venga, que le presentaré a las chicas. ¿Cuándo cree que podrían empezar a actuar?

Unos minutos después, Jean-Luc se vio delante de una treintena de jóvenes que en absoluto se comportaban como bailarinas de ballet esperando a su profesor. En lugar de estirar o practicar pasos,

holgazaneaban en el suelo de la sala de ensayos y algunas incluso fumaban cigarrillos.

Calculó que tendrían entre poco menos de veinte y treinta años. Todas eran esbeltas, aunque muchas tenían más curvas de lo deseable en una bailarina de ballet. Las contempló con discreción, valorando sus cuerpos mientras Jerry Effort lo presentaba.

—O sea que ya no os torturaré más. Para eso, ahora tenemos a un profesional. Espero que os esforcéis y hagáis todo lo que os diga.

—¡Antes que nada, apaguen todos los cigarrillos, por favor! —pidió Jean-Luc. Al instante se sintió como en casa en esa sala—. Para bailar necesitarán mucho aire. Aquí, en cambio, el ambiente está bastante cargado. ¿Podríamos abrir las ventanas, señor Effort?

—¡Pero entonces nos helaremos! —exclamó una de las jóvenes.

Jean-Luc sonrió.

—No por mucho tiempo, señorita. ¡Le garantizo que dentro de una hora estará empapada en sudor!

No todas soportaron el duro entrenamiento, pero la mayoría se fortalecieron y pronto le cogieron cariño al joven profesor. Jean-Luc les enseñó a estirar los músculos, les hizo ganar fuerza con ejercicios en la barra —Jerry Effort estuvo encantado de encargar varias barras de ballet— y, al final, bailó él mismo para enseñarles la coreografía que les había preparado. La primera versión de su cancán no sería demasiado complicada, ya que el señor Effort quería ver a su *troupe* en el escenario enseguida, pero Jean-Luc les prometió a él y a las bailarinas que en el transcurso de un año alcanzarían un nivel parisino. Todas se rieron cuando se puso una falda ancha y les

demostró cómo levantaban la pierna en París mientras hacía girar el vuelo de la falda. Recibió un aplauso generalizado cuando se abrió de piernas, y también cuando realizó el paso en el que enseñaba el trasero al público.

—¿Por qué no monta un espectáculo con caballeros y organizamos una velada para damas de vez en cuando? —propuso June, una de las más jóvenes y descaradas.

Jerry Effort se encogió de hombros con pesar.

—Entre los buscadores de oro hay muy pocas mujeres —dijo para justificar su negativa—. Y menos aún caballeros de la otra acera.

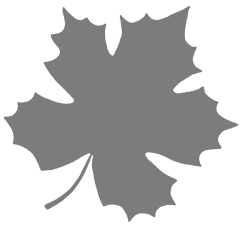
June lo miró arrugando la frente.

—¡Pero si la mayoría de los hombres de aquí cruzan de acera sin pensárselo! Igual que hacen en Inglaterra, en América o en Francia. De donde es usted, señor Jean-Luc.

Este sonrió.

—Eso, señor Effort, será mejor que se lo explique usted mismo a las bailarinas, por favor. Excede las competencias de un profesor de baile. Pero sí puedo prometerles una cosa, señoritas: si somos capaces de montar un espectáculo comparable a los de París en menos de un año, ¡me pondré un vestido y saldré al escenario con ustedes como primer bailarín!

—¡Como primera bailarina! —repuso riendo June, a la que se unieron un par de chicas más—. Espere y verá. ¡Le tomamos la palabra!



LA MINA DE ORO

Barkerville, octubre de 1863-Yale, noviembre de 1865

1

Obligado por su mujer, Ross Wallett aprendió por fin a cambiarle el pañal y darle el biberón a su hija, así que Vivian oía menos a menudo llorar a la niña ya desde lejos cuando regresaba del salón de baile. Aun así, él seguía ocupándose a regañadientes de la pequeña, que había empezado a gatear y se desplazaba sola, cosa que enseguida ocasionaba problemas. En realidad, había que estar siempre pendiente de ella, y Ross no lo conseguía. Una tarde que Teacher la oyó llorar sin parar y fue a ver, se encontró a Giselle calada hasta los huesos. Se había caído al agua intentando explorar la orilla del río, y aunque Ross la había sacado, no se le había ocurrido cambiarle la ropa y abrigarla con una manta. En lugar de eso, estaba pesando con minuciosidad el oro que habían encontrado esa semana para dividirlo en cuatro partes. Teacher se ahorró recriminarle nada porque, en su opinión, Ross jamás llegaría a interesarse por su hija. Como mucho le resultaría indiferente, aunque en realidad la veía más bien como un estorbo. Tan cerca de la ciudad, como casi todos los hombres habían descubierto ya, las concesiones estaban prácticamente agotadas. Todavía se podía vivir de los beneficios y ahorrar una cantidad modesta, como hacían Don y Hank, pero nadie se hacía rico. Por eso, la mayoría de los buscadores que estaban solos se marchaban a concesiones más lejanas o a otras algo más al sur, hacia Yale, la puerta de entrada a

la Tierra del Oro. Allí aún quedaban regiones por explorar en las que podía hacerse fortuna.

A Ross también le habría encantado seguir camino, pero Vivian tenía a su hija y su trabajo. Aparte de eso, no le apetecía en absoluto pasarse semanas de camino para de nuevo empezar de cero. Eso habría significado volver a batear oro con Ross, ya que Teacher, Don y Hank no querían apuntarse. Teacher se marcharía algún día, sin duda, pero por el momento le gustaba aquel lugar. Ross sospechaba que estaba enamorado de Vivian y tenía debilidad por Giselle. Lo último estaba claro que era cierto; sobre la primera sospecha, en cambio, Vivian solo podía reírse. Sea como fuere, le estaba muy agradecida al trampero por vigilar a su hija mientras ella trabajaba en el salón de baile.

Sin embargo, una noche de octubre se alarmó al regresar y no encontrar ni rastro de Ross ni de Giselle. Vio que sus vecinos tenían una hoguera encendida, y allí estaba Teacher, fumando su pipa y abstraído en la contemplación de las llamas.

—Teacher, ¿dónde está Giselle? —La preocupación le hizo ir directa al grano.

Él la miró con calma.

—No te inquietes. Se la ha llevado Ross. Está en la ciudad, con Trace Parker y un par más. Don y Hank también se han apuntado, aunque seguro que ellos no creen en algo así. Pero, como Trace iba con su carro y los ha llevado a todos, no han podido resistirse. El espectáculo era en el Summer’s Saloon.

—¿Que Ross se ha llevado a Giselle a un salón? —preguntó Vivian—. ¿Y qué espectáculo es ese? ¡Dime ahora mismo qué sucede! ¿Está en peligro la niña?

Teacher, ofendido, puso los ojos en blanco.

—¿No creerás de verdad que los habría dejado ir si estuviera en peligro? No, es solo que… Bueno, ha llegado a la ciudad una chamana, una nativa. Afirma que puede invocar a los espíritus y preguntarles dónde hay oro.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser que alguien se crea eso!

—Pues ni te imaginas la cantidad de hombres que se han puesto en camino para verla bailar con los espíritus en el Summer's Saloon. Los tipos del círculo bíblico de los domingos han salido los primeros.

—Y yo que siempre había pensado que lo único espirituoso que había en los salones era el licor… —comentó Vivian—. ¿Tú no has querido participar? Como antiguo misionero, los espíritus también deberían interesarte. —Arrugó la frente—. O, espera, ¿no había oído hablar ya de algo así? Me viene a la memoria el nombre de Kinmitu…

El rostro de Teacher adoptó una sonrisa, amplia y casi dolorosa.

—Tú lo has dicho… Y me equivoqué cuando le solté que en las ciudades de buscadores de oro no había trabajo para parteras y chamanas. Está visto que ha descubierto su filón de oro particular. Tocará un poco el tambor y cantará, y a Giselle le gustará mucho, pero yo no tengo por qué presenciarlo.

—De modo que Kinmitu de verdad ha dejado a los dakelh. —Vivian se sintió más tranquila por un lado; por otro, extrañada—. ¡Y ahora lo intenta con los buscadores de oro! No creía que fuera a hacerlo en serio. Me refiero a que, en el fondo, con T'hoduh tenía una posición segura. La habría sucedido como sabia, ¿no?

—Vivian, ya hablamos una vez de eso. Había algo de los dakelh que la enfurecía y, con el tiempo, he llegado a pensar que… Bueno,

que le habría gustado encontrar a un hombre, pero ninguno de ellos quería a una mujer que no fuera de la tribu. Supongo que T'hoduh ya lo sabía cuando se la llevé. La formó para ser chamana porque eso le aseguraba una posición más elevada, incluso siendo una mujer sola.

—Tal vez fuera por algún hombre en concreto —repuso Vivian—. ¿Y T'hoduh? Tiene mucha influencia, les pone nombre a los niños. Quizá también decida quién se casa con quién.

—¿Y que quizá por eso suscitara la ira de Kinmitu? ¿Porque le prohibiera esa relación? Podría ser —concluyó Teacher, terminando la reflexión de Vivian.

—Pero ¿cómo es que ahora quiere vivir entre los blancos? Debería odiarlos. A fin de cuentas, fueron ellos quienes provocaron todas sus desgracias cuando la raptaron. ¿Y ahora invoca a los espíritus para los buscadores de oro?

—Como decía, sabe sacar partido de los aspectos prácticos de su profesión como chamana, y seguro que la credulidad de los hombres juega a su favor —contestó Teacher.

Vivian frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que ella no cree en sus propios poderes, pero finge delante de los hombres?

Una sonrisa se posó en el semblante de Teacher.

—No es un modelo de negocio muy honrado, pero tiene unas perspectivas de éxito enormes, diría yo. Seguramente hace que esos tipos le paguen por darles consejos personalizados, pero también cobrará por ceremonias como la de esta noche. Con tambores y danzas, y tal vez incluso una hoguera. Las invocaciones chamánicas

pueden ser muy impresionantes. También T'hoduh invocaba a veces a los espíritus, aunque para ella era un asunto muy serio, claro está.

—¡Pues a Ross no va a sacarle ni un centavo! —exclamó Vivian con decisión.

En ese sentido, se fiaba del sentido común de su marido.

—Eso ya lo has dicho otras veces, Vivian —le recordó Teacher—. Aun así, es bonito que sigas creyendo en él.

Ross regresó apenas una hora después, trayendo consigo a una Giselle algo arañada pero sana y salva, y contenta. Kinmitu, explicó, se había alegrado de volver a verlos a la pequeña y a él, y Giselle se había quedado embobada mirando su tambor y cómo lo tocaba. También los cánticos le habían gustado mucho.

—Todo el rato quería cantar con ella —explicó Ross—. Pero no podía permitírselo, claro, porque…

—… porque habría podido invocar a los espíritus equivocados —terminó Vivian—. No fuera a llamar a la cigüeña o al hada de los dientes.

—Tampoco yo me lo creo del todo —repuso él—. Pero, al final, Kinmitu ha hablado de un arroyo que encontraríamos yendo hacia el sudoeste y ha dicho que debajo de una cascada habría oro. Paul y Simon quieren intentarlo mañana mismo.

Vivian lo miró con el ceño fruncido.

—Ross, estamos en Canadá. Aquí siempre encontrarás un arroyo o un río, da igual si vas hacia el sudoeste, hacia el nordeste o a donde sea.

—Pero ¿cómo sabía lo de la cascada? —preguntó él.

—¿Porque en dirección sudoeste hay montañas? ¡Allí hay un montón de cascadas, Ross! Y la mayoría de los ríos y los arroyos contienen oro.

Vivian se dispuso a desvestir a la niña, que se quejaba. Giselle estaba agotada, pero demasiado excitada después de una velada llena de emociones como para dormirse enseguida.

—¡Eso ya lo veremos! —exclamó Ross.

Olía a cerveza. Seguro que el Summer's Saloon había hecho una buena caja gracias a la función de Kinmitu.

Dos días después, los dos buscadores de oro que habían seguido las indicaciones de la chamana regresaron a Barkerville entusiasmados. Traían consigo una bolsita de polvo de oro por la que el cambista les dio más de sesenta dólares. Querían asegurarse una concesión en aquel arroyo y explotar el yacimiento.

—O sea que no fue un mal consejo —comentó Ross, sentado junto al fuego con Teacher, Don y Hank, donde también Vivian estaba terminándose deprisa su escudilla de potaje para salir hacia el salón de baile.

Hank, el buscador con más experiencia de entre los presentes, negó con la cabeza.

—Ese arroyo también podrían haberlo encontrado ellos solos. Debajo de una cascada, además, la corriente siempre frena de forma abrupta. Eso hace que las partículas más pesadas, como el oro, se hundan más fácilmente y se queden entre la gravilla o en las rocas. Seguro que la concesión será muy productiva los primeros días, luego irá menguando y puede que se agote enseguida. Está por ver

que a la larga merezca la pena construir ahí un canal de lavado para extraer mineral. Pero para eso no hacía falta preguntar a los espíritus: os lo podría haber dicho yo mismo.

—Tengo que irme ya —dijo Vivian, y le dio un beso a Giselle.

Ya ni se le ocurría despedirse de Ross también con un beso. Sabía que despreciaba su trabajo en el salón, aunque ella ganaba más dinero allí que él buscando oro, por mucho que Ross no fuera a reconocerlo nunca.

Hacía tiempo que Vivian era la pareja de baile más apreciada de todo el establecimiento. Ninguna de las otras damas tenía unos pies tan ligeros ni tan buen carácter. A la mayoría de ellas tampoco les gustaba mucho su trabajo. La vida no las había tratado bien; habían esperado más cuando llegaron a Barkerville. De vez en cuando había alguna excepción, desde luego, casi siempre chicas jóvenes que buscaban futuro marido con desenvoltura. Respecto a estas últimas, Alice tenía razón: se marcharían en cuanto se casaran. Incluso Vivian, que no hacía tanto que trabajaba allí, había felicitado ya a dos novias radiantes que dejaban el salón de baile porque se habían prometido.

Al llegar a la ciudad a lomos de su mula, como todavía tenía algo de tiempo antes de que el local abriera, decidió pasarse a echar un vistazo por el Summer's Saloon y ver la danza de Kinmitu. El señor Summer, el dueño del establecimiento, era un hombre afable. No habría tenido nada en contra de dejarle ver la representación de Kinmitu, y seguro que incluso la habría protegido de los clientes

pesados, pero por desgracia tuvo que informarla de que la hermosa joven ya no actuaba en su salón.

—Es que no solo es bailarina, sino también algo así como hechicera —comentó el hombre con el escepticismo de rigor en la voz—. Hace un par de días invocó a los espíritus delante de todo el mundo para que a la gente se le despertara la curiosidad. Ahora ya solo lo hace en privado, en algún lugar del bosque. Desde que Paul y Simon encontraron oro, seguro que no le faltan clientes.

Justo lo que había supuesto Teacher. Vivian le dio las gracias y se fue en dirección al salón de baile. Kinmitu se ganaría bien la vida por esos lares y, cuando los primeros hombres se llevaran una decepción, seguiría camino hacia la siguiente ciudad de buscadores de oro.

En los meses siguientes, Kinmitu realizó ceremonias para esperanzados buscadores de oro todos los días. Vivian la vio una noche del mes de marzo, cuando regresaba al campamento después de bailar. Podía acortar un poco el camino desde la ciudad hasta su concesión cruzando un tramo de bosque, pero rara vez lo hacía puesto que no se sentía segura. Entonces, sin embargo, oyó unas voces y unos cánticos penetrantes —cuando los nativos llamaban a los espíritus, no solían bajar la voz—, y la curiosidad la llevó a acercarse allí.

Kinmitu seguía siendo una belleza tan impresionante como en aquel entonces, con los dakelh. Llevaba un vestido largo tradicional y una parte de arriba de manga larga, ambos hechos de cuero y decorados con flecos y púas de colores. Los flecos se agitaban y

competían con su melena larga y lisa cuando la joven giraba tocando la sonaja o el tambor. El fuego alrededor del que bailaba proyectaba un juego de sombras inquietante cuando daba vueltas. Los hombres que la contemplaban —tres escoceses jóvenes a los que Vivian conocía y que trabajaban juntos en una concesión cercana— parecían hechizados. Para terminar, Kinmitu se dejó caer directa al suelo tras un giro. La melena le envolvió el cuerpo con el movimiento y le cubrió los brazos cruzados. Entonces dirigió al cielo el rostro, pintado apenas con un poco de tinte blanco, y por fin habló con una voz ceremoniosa y vehemente, primero en el idioma de los dakelh y luego en inglés para traducir el mensaje de los espíritus y que los buscadores de oro lo entendieran.

—Id al sur. Buscad una roca que se parece a la cabeza de un asno. ¡Cavad debajo!

Vivian se aseguró de alejarse antes de que alguno de los presentes reparara en ella. Poco después se reunió con Ross y los demás, que todavía estaban sentados junto a la hoguera. Giselle dormía entre Teacher y Hank, que también estaba prendado de la pequeña.

Vivian sonrió al ver a su hija con la carita relajada y un pulgar metido en la boca. La niña dormía profundamente. Ya había aprendido a caminar y se pasaba el día entero de aquí para allá. Por suerte, Teacher seguía vigilándola bien. Un incidente como el del río no podía repetirse.

—¡Llegas tarde! —le reprochó Ross.

Vivian les contó lo que había visto.

—Ha sido muy impresionante —dijo—. Pero ¿por qué les ha dicho que caven? Aquí el oro se batea, ¿no? ¿También puede encontrarse

en la tierra, o solo en los ríos?

Hank lo pensó un momento.

—Bueno, no sé de nadie que haya encontrado algo así por aquí, pero a veces hay oro en ríos que por algún motivo acaban secándose. También podría haber sido arrastrado pendiente abajo por la lluvia y haberse acumulado en la tierra, en canales o en depresiones del terreno. ¿Habéis oído hablar de Gabriel's Gully, lejos, allá en Nueva Zelanda? Hace varios años que están cavando. Lo descubrió un geólogo que sabía de estratos y cosas por el estilo. Medio mundo se apresuró a ir a ese pueblucho de mala muerte de la isla Sur para revolverlo todo a conciencia…

—¿Y si Kinmitu ha visto algo así en sus visiones? —Ross seguía poniendo en duda que la joven, que ya lo había cautivado en el poblado de los dakelh, les estuviera tomando el pelo a todos.

Aun así, de momento nadie se había hecho rico buscando en los lugares indicados por ella. Casi siempre encontraban algo de oro, pero nunca daban con un filón extraordinario.

—Yo creo que Kinmitu se está quedando sin cursos de agua —opinó Teacher con sequedad—. Ya ha enviado a hombres a todos los riachuelos de la región. Si ahora señala rocas como posibles yacimientos y no encuentran nada, podrá decir que es porque han cavado debajo del pedrusco que no era. En el sur hay muchas montañas, hay miles de rocas y su forma es cuestión de interpretación. Uno ve un asno, el otro un alce, el de más allá quizá un oso…

—Pues los tres jóvenes escoceses de esta noche van a llevarse un buen chasco —se lamentó Vivian.

Don se encogió de hombros.

—Si se creen semejantes disparates, la culpa es suya —sentenció —. Aunque el espectáculo del otro día fue impresionante y la actuación que has descrito, Vivian, suena mejor aún. Esos jóvenes habrán disfrutado de algo digno de contemplar. No deberían quejarse.

2

Las indicaciones de Kinmitu sobre posibles yacimientos de oro se volvieron cada vez más peregrinas, aunque siempre iban acompañadas de descripciones vagas. Unas veces hablaba de un arroyo; otras, de un punto más alejado del río Fraser. Un día, ante una reunión algo más nutrida de buscadores, anunció una mina que supuestamente veía, y al día siguiente la gente partió con picos y palas hacia las montañas.

—Estarán entretenidos allí un buen tiempo —comentó Hank, lacónico—. Puede que encuentren otra cosa. Carbón, a lo mejor.

De hecho, al principio no encontraron nada, pero la excavación de una mina de oro al sur de Barkerville no tardó en atraer a círculos más amplios. Al cabo de poco había hasta treinta mineros intentando abrir una galería en la montaña. La mayoría eran jóvenes e inexpertos, y esperaban conseguir un gran éxito con procedimientos poco tradicionales. Para ello, dejaron las concesiones en las que habían trabajado hasta entonces, y también quedaron libres las parcelas que había río arriba y río abajo de las que explotaban Ross y sus socios. Hank se aseguró la concesión de río arriba, ya que la primera estaba a nombre de Don. Teacher se habría quedado con la de río abajo, pero Ross insistió en registrarla a nombre de Vivian.

—Así, cada cual tendrá dos concesiones. ¡Es más justo que dejaros tres a vosotros y quedarnos solo con una! —argumentó—. Por si al final encontramos algo grande de verdad.

—¿Acaso no querrías repartirlo con nosotros? —preguntó Don—. Curioso concepto tienes tú de lo que es un socio.

—¡La concesión sería mía, y por supuesto que lo repartiría con vosotros! —aclaró Vivian para no dejar que estallara una pelea—. Sobre todo porque, de todas formas, las concesiones no nos pertenecen en ese sentido. Podemos explotarlas, pero no somos automáticamente dueños de todo el oro que tal vez esté en esa tierra. Si lo extraemos juntos, nos pertenece a todos, así que no arméis ningún escándalo. Mañana iré a la oficina y registraré la concesión. —Dicho eso, se levantó y se llevó a Giselle a dar un paseo en mula.

Poco a poco empezaba a cansarse de tener que mediar entre Ross y los demás. Y eso que la colaboración entre los hombres había dado muy buen resultado y Vivian consideraba que Ross era el mayor beneficiado de ese acuerdo. Un minero solo rara vez sacaba tanto de su concesión como un equipo de trabajo, que lavaba el oro más deprisa y de forma más eficiente. Sacudió la cabeza y dirigió los pasos de la mula en dirección a la mina nueva, en cuya excavación había muchísima gente implicada después de que Kinmitu hubiera anunciado sus visiones. A Vivian le parecía de buena educación informar al joven de cuya concesión quería apropiarse.

Nunca antes había visto excavaciones en las estribaciones montañosas, por eso se quedó muda de asombro al comprobar lo organizados que trabajaban los mineros y lo mucho que habían penetrado ya con su galería en la montaña. Lo cierto era que

deberían haber empezado a preguntarse por qué no habían encontrado oro todavía, si todos los días sacaban carretillas enteras de tierra y piedras y las tamizaban delante de la mina, como Vivian vio entonces.

Harold Brooks, el joven a quien pertenecía su futura concesión, estaba sacando otro cargamento de tierra de la galería. Se lo veía la mar de optimista, igual que a todos los demás.

—Todavía no hemos llegado al centro de la montaña —explicó, como si estuviera allí cavando en busca de un tesoro escondido por alguien—. ¡Lo lograremos!

No tuvo nada en contra de que Vivian se quedara con su concesión anterior. Al contrario, incluso les deseó mucha suerte a sus socios y a ella.

De modo que, a la mañana siguiente, Vivian se dirigió a Barkerville. Escogió la ruta que cruzaba el bosquecillo y disfrutó de los aromas y la estampa de un bosque casi primaveral. Los árboles no tardarían en brotar y un verde resplandeciente dominaría la vegetación. Vivian estaba impaciente; el invierno había sido duro. Cuando nació Giselle, las casas de los dakelh les habían ofrecido una calidez agradable durante los meses de frío, pero la cabaña en la que vivían ahora, que seguía siendo provisional, era casi imposible de caldear. Pese a ello, Ross solo aceptaba de mala gana que la niña durmiera entre Vivian y él para que entrara en calor. Durante el camino hasta Barkerville lo había soportado, pero ahora Giselle estaba más crecida y se movía o murmuraba mientras dormía. A Ross le molestaba e

insistía en que necesitaba dormir bien, ya que se pasaba el día entero deslomándose.

A Vivian le habría gustado encontrar un alojamiento en la ciudad, y lo había propuesto antes de que la Columbia Británica quedara cubierta de nieve y hielo. Sin embargo, Ross no quería dejar la concesión sin vigilancia bajo ningún concepto. Al final, ella había preparado la cabaña a duras penas para el invierno con la ayuda de Teacher, y, aun así, todas las noches temía por Giselle cuando la ponía a dormir sola en su cestito pese a las heladoras temperaturas nocturnas. Desde luego, abrigaba muchísimo a la pequeña, pero ¿y si se destapaba al moverse?

¡Por fin llegaba la primavera! Vivian se esforzó por contener los pensamientos negativos. Había tenido que comprar un par de cosas y las metió en las alforjas antes de amarrar a su mula Curly delante de la oficina del comisionado del oro. Volvía a llevar a Giselle consigo, cargada a la espalda. Como había modificado su antigua mochila para acomodar en ella a la niña y le había abierto dos agujeros para las piernecitas de Giselle, ya no le servía para llevar equipaje. La pequeña iba muy cómoda ahí dentro, y a menudo se quedaba dormida con la cabecita apoyada en el hombro de su madre.

Delante de la oficina esperaba un perro, un ejemplar grande y precioso de una raza de perros de trineo. El animal tenía un pelaje grueso, de un blanco grisáceo, y su rostro era como una máscara blanca. Tenía el pecho y las patas delanteras blancas y el cuerpo gris, con una mancha negra sobre el lomo. Miró a Vivian con sus expresivos ojos castaños. Parecía vigilar una mochila enorme cuyo propietario debía de estar en el despacho.

—¡Vaya, qué bonito eres! —le dijo Vivian—. Cuida bien del equipaje de tu dueño. ¿Vas a dejarme pasar o vigilas también el oro que guardan ahí dentro?

En la oficina compraban el mineral, pero el perro fue bueno y se apartó para dejarla entrar. A Vivian le habría gustado acariciarlo.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho. El empleado que había en el mostrador estaba atendiendo a un joven alto y delgado que llevaba pantalones y chaqueta de piel. Se había recogido el pelo, rubio ceniza y largo, con una cinta de cuero en la nuca. A Vivian, al principio le había parecido extraño ver a hombres con coleta, pero, como muchos tramperos y buscadores de oro llevaban el pelo así, ya se había acostumbrado.

—¡Muy bien, pues me quedo esta! —dijo el joven, con una voz clara e inesperadamente aguda—. La trescientos catorce, ¿verdad? ¿Río arriba, a algo menos de dos kilómetros de la ciudad? Propietario anterior, Harold Brooks…

—¡Pero esa es la mía! —se le escapó a Vivian.

Los dos hombres se volvieron hacia ella, y, al mirar entonces a su competidor a la cara, ya no logró cerrar la boca. Vio un rostro delgado, dominado por unos ojos azules muy claros. Un rostro de mujer. Ya no estaba pálida, sino bronceada por el sol, y seguía siendo más bien enjuta, como siempre.

—¡Co… Colleen! —exclamó Vivian.

Colleen había compartido la sorpresa con ella, pero su expresión adoptó entonces una cálida sonrisa.

—¿De verdad eres tú? ¡¡¡Vivian!!! No sabes cómo había esperado encontrarte. Bueno, encontraros. Pensaba que quizá habríais llegado mucho más al sur, a Yale o algo así.

Las dos mujeres se abrazaron al instante.

—¡Cuánto te he echado de menos! —le aseguró Vivian—. ¡Por fin una amiga con la que podré hablar!

—¿Y quién de las dos quiere ahora la concesión, señoras? —preguntó el hombre del mostrador, que había presenciado el alegre reencuentro sin emoción alguna.

—¡Ay, quédatela tú! —dijo Vivian con generosidad—. Solo la queríamos porque la nuestra está justo al lado. ¡Así seremos vecinas! Seguro que Ross no tendrá inconveniente, y nuestros socios también son muy majos.

—¿Tenéis socios? —preguntó Colleen, y entonces descubrió a la pequeña pasajera de la mochila de Vivian—. ¿Y a quién llevas ahí? ¡No me digas que habéis tenido un hijo!

Otros dos buscadores de oro habían entrado en la oficina y Vivian temió que el empleado les diera preferencia si Colleen no firmaba enseguida los papeles, así que dejó hacer a su amiga y esperó hasta que las formalidades estuvieron listas.

—¿Es suyo el chucho que hay en la puerta? —preguntó uno de los hombres—. No puede dejarlo suelto por ahí. Casi no nos deja entrar.

Vivian se extrañó y Colleen se disculpó con educación.

—No sabía que estaría tanto rato aquí dentro. Si no, la habría atado en algún sitio. La verdad es que no es peligrosa, pero me protege. Seguramente no le ha hecho gracia que estuviera en el mismo local que ustedes.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Pues será mejor que salga enseguida, antes de que se coma de un bocado al siguiente.

—¿Ese perro de trineo tan bonito? —preguntó Vivian, desconcertada—. Conmigo ha sido muy simpático.

—Es una perra —explicó Colleen, que se disculpó otra vez y salió deprisa—. ¡A las mujeres no les hace nada!

El animal profirió un gemido de felicidad y se arrimó a su dueña.

—Es *Guardian Angel* —dijo Colleen, a modo de presentación—. Mi ángel de la guarda. Una malamute de Alaska. En general es muy buena, pero, cuando un hombre se me acerca demasiado, se vuelve peligrosa. Sin ella, no habría conseguido llegar hasta aquí.

—¿Has venido tú sola? —preguntó Vivian con auténtico asombro en la voz—. ¿Todo el camino desde Fort Garry? ¿O, mejor dicho, desde Montreal?

—Con un par de escalas para ganar algo con lo que pagar el viaje —respondió Colleen—. ¡Pero primero cuéntame lo de tu hijo! ¿Es niño o niña?

Vivian le presentó a Giselle y luego la invitó a acompañarla directamente a su concesión.

—¿Tienes tienda o algo así?

Colleen asintió y señaló su mochila. Tras ellas se veían dos bolsas más que entonces le colocó a la perra.

—Angel me ayuda a cargar con todo —dijo—. También me planteé buscar un carro pequeño del que pudiera tirar, pero habría sido muy caro encargar que me fabricaran uno, y los carros para bueyes son demasiado pesados, claro. Aunque seguro que el modelo habría sido adecuado.

Colleen se puso entonces la mochila y siguió a Vivian hacia su mula. Atravesaron a pie la ciudad y el bosque. Vivian no quería montar en la mula si su amiga iba andando y, de todas formas, así

podían charlar mejor. Ambas estaban deseando oír lo que le había ocurrido a la otra. Vivian acababa de terminar de contar su historia cuando llegaron al campamento.

—Podríamos cocinar algo deprisa y luego llamar a los hombres para comer —propuso—. Seguro que Ross también se quedará para escuchar tus peripecias.

Colleen accedió.

—Antes he cogido unas setas —dijo—. ¿Tienes huevos? Podría hacer una tortilla.

Vivian volvió a quedarse asombrada ante la rapidez y la facilidad con que su amiga era capaz de preparar una comida riquísima con un par de ingredientes sencillos. Limpió las setas y las asó al fuego con un poco de cebolla, batió unos huevos con algo de harina y a todo ello le añadió también las sobras que habían quedado de la liebre asada del día anterior. Luego lo sazonó con hierbas que Vivian había visto crecer en el borde del camino, pero que jamás habría pensado en añadir a la comida. En cuestión de minutos tenían un delicioso guiso de aromáticas setas a la sartén y Vivian llamó a la mesa a los hombres, que estaban trabajando en la zona superior de las concesiones. Don y Hank se abalanzaron sobre las setas y el pan recién hecho que Vivian había comprado en la ciudad. Ross pareció alegrarse solo a medias de volver a ver a Colleen. Cuando, además, se enteró de que iba a explotar la concesión que había codiciado él, torció el gesto sin disimulo y se dedicó a tragar la comida sin decir nada.

Teacher, en cambio, parecía fascinado por esa joven vestida con una ropa de trampero que llevaba con tanta naturalidad como si jamás se hubiese puesto una falda. También estaba entusiasmado

con la perra. Angel se había tumbado a los pies de su dueña y solo levantaba la cabeza de vez en cuando para comprobar que los hombres con los que Colleen estaba sentada junto al fuego eran inofensivos.

—¡Qué animal tan bonito y extraordinario! —exclamó con amabilidad, y llamó a Angel cuando Colleen le dijo su nombre.

Para sorpresa de su dueña, la perra levantó las orejas sin gruñir. Aun así, todavía no se acercó al hombre, pero parecía ponerse menos agresiva con él que con los demás.

—¿De dónde la ha sacado?

Colleen explicó que había encontrado a Angel en Fort Garry, atada delante de un local al que había ido a pedir trabajo de cocinera o de sirvienta.

—Estaba triste y tenía todo el pelaje enmarañado y áspero. Su dueño casi la estaba matando de hambre. Se la había dado un trampero que no había podido pagar sus consumiciones, así que a cambio le dejó allí a la perra, aunque al hombre no le servía de nada. Un tipo desagradable. Y no creáis que me la regaló. Tuve que comprársela con el dinero que en realidad había querido invertir en una expedición que partía hacia la Columbia Británica con un guía a sueldo. Así que Angel y yo tuvimos que encontrar el camino por nuestra cuenta.

—¿Atravesó las montañas usted sola? —preguntó Teacher, que casi parecía tan incrédulo como Vivian antes.

Colleen lo miró con calma.

—Yo lo hago todo sola —dijo—. Pero en ese caso no fue difícil: me limité a seguir al grupo, siempre a medio día de distancia más o menos. Y Angel cuidó de que no me atacara ningún animal salvaje ni

nada por el estilo. Fue bonito, en realidad. Aunque ya no puedo ni ver el *pemmican*. Si por lo menos lo refinaran un poco… Con bayas, por ejemplo.

Teacher sonrió y les habló de la receta secreta de los metís de Fort Garry.

—¿Y cuándo te marchaste de Montreal? —preguntó Vivian—. El empleo que tenías allí parecía muy bueno.

Colleen asintió.

—Sí, lo era. Pero quería seguir camino, así que estuve solo medio año, hasta reunir el dinero suficiente para viajar a Saint-Paul. Allí trabajé en un puesto de comidas. Nada especial, un tenderete en la calle con un fuego en el que cocinaba para la gente. Tenía bastante éxito, porque Saint-Paul es un lugar de paso de muchos viajeros y se alegran de poder echarse algo rico al buche. Desde allí fui a Fort Garry con un grupo. Por el camino cociné y les lavé la ropa, así que no tuve que pagar nada.

—Es usted una cocinera estupenda —comentó Teacher.

Colleen le dio las gracias con una sonrisa.

—Me gusta cocinar —dijo simplemente—. Y ahora, ¿me enseñan mi concesión? ¡Se me ha olvidado por completo comprar una batea para el oro en la ciudad!

Igual que la mayoría de los recién llegados a Barkerville, Colleen no tenía ni idea de lavar oro. Por eso se puso contenta como una niña cuando, bajo la dirección de los hombres, encontró un par de pepitas en su batea. Aun así, luego escuchó con mucha atención

mientras Teacher le explicaba con tacto que querer explotar una concesión uno solo no era lo más sensato.

—¿No lo dirá porque soy mujer? —replicó ella.

Teacher contempló su figura nervuda, ese cuerpo entrenado que había soportado el penoso viaje a través de las Rocosas sin acabar extenuado.

—Estoy convencido de que usted lo conseguirá —dijo, en voz baja y con seriedad—. Lo hará igual de bien que un hombre. Pero incluso un hombre solo llega enseguida a su límite aquí.

—¡De todas formas quiero intentarlo! —afirmó Colleen—. Ahora que he logrado llegar… Con Angel a mi lado no pasaré frío. Compartiremos la tienda.

La tienda era poco más que una lona colgada de dos varas. Seguro que Colleen no había pasado ahí dentro todo el invierno anterior. Mientras trabajaba en su puesto de comidas en Saint-Paul, había dormido en un albergue.

—En ese sitio hacía mucho frío —comentó— y yo era la única mujer entre un montón de tipos. La mayoría eran decentes, pero había un par… Siempre dormía con un cuchillo debajo de la almohada, porque por entonces todavía no tenía a Angel. A ver ahora. Tal vez encuentre una fortuna en oro y, entonces, me construiré una casa y abriré un restaurante en Barkerville.

3

Así que Colleen probó suerte lavando oro. Aunque Teacher, Hank y Don se ofrecieron a ayudarla para abrir un canal, ella solo usaba la batea. Utilizar un canal de lavado en solitario era difícil y, después de lo que había visto en los yacimientos de Barkerville, de todos modos no creía que el río siguiera llevando mucho oro de fácil acceso. En lugar de eso, exploró a conciencia los lugares de su concesión donde, según la opinión de los expertos Hank y Don, era más probable que se hubiera acumulado el mineral, o sea, en todos los rincones donde el caudal del río se ralentizaba un poco, por ejemplo a causa de unas rocas, o en los puntos donde la orilla estaba más erosionada. Las partículas de oro, que eran más pesadas que las de barro y que los granos de arena, solían quedarse varadas allí.

Colleen sacó bastante mineral, pero no encontró ningún gran tesoro. Aun así, llevó a pesar su primera bolsita con orgullo y salió con una decepción cuando solo le dieron doce dólares por ella.

—Se gana más bailando —le confesó Vivian, aunque eso le valiera una mirada fulminante.

—Yo no sé bailar —replicó Colleen, que seguramente tampoco tenía ninguna gana de aprender.

No obstante, sí le gustaba cuidar de la pequeña Giselle, y con eso le quitó a Vivian un gran peso de encima. ¡Colleen no se olvidaría nunca de la niña! Hacía el tonto con la pequeña mientras

ella estaba trabajando en el salón de baile y competía con Teacher tallándole pequeños animales de madera para jugar.

—En enero cumplió un año —comentó Vivian, casi sin poder creerlo—. Crece muy deprisa. ¡Ya se entera de todo y está muy atenta! Qué pena que su padre no quiera saber nada de ella.

—A lo mejor solo le daba rabia porque, al tener que cuidar de ella, no podía marcharse por las noches —reflexionó Colleen.

Vivian arrugó la frente.

—¿Y adónde habría ido? —preguntó.

Su amiga se encogió de hombros.

—No lo sé, pero ahora sale muy a menudo. Es probable que vaya a algún pub, ¿no crees?

Hank y Don, a quienes también les gustaba ir a tomarse una cerveza a algún pub de vez en cuando, no pudieron corroborarlo. Por lo menos ellos no habían visto a Ross en ningún establecimiento.

—Una vez estuvo en el Summer's con esa chamana —recordó Don de repente—. ¿No habías dicho que la conocíais de antes?

Vivian, alarmada, lo confirmó. Ya cuando estuvieron con los dakelh no le había gustado que Ross pasara tanto tiempo con Kinmitu, escuchando sus fantasías sobre las reservas de oro de la región de los ktunaxa. ¿No estaría planteándose romper el acuerdo que tenía con Teacher y los demás para participar en la construcción de esa mina fabulosa?

—Tal vez solo la encuentra atractiva —opinó Colleen—. ¿No decías que era muy guapa? Me gustaría verla algún día.

Ya había llegado el mes de mayo, pero el tiempo todavía era húmedo y más bien frío. Aun así, Vivian quedó con Colleen después de acabar el turno en el salón de baile para ir a visitar la mina de Kinmitu. Teacher prometió que cuidaría de Giselle aunque Vivian llegara tarde. Ni él ni Don y Hank se cansaban nunca de entretener a la pequeña; bromeaban con ella y protegían su sueño. Ross ya había salido cuando Vivian se fue a trabajar. Para evitar preguntas desagradables, solía desaparecer mientras ella se cambiaba. A esas alturas, a Vivian ya casi le daba igual. Cada vez encontraba menos puntos en común con Ross y prefería pasar el rato con Colleen, Teacher, Hank y Don.

Colleen se encontró con ella en el bosquecillo donde Vivian había visto a Kinmitu la última vez. Seguía lloviendo, y Vivian habría preferido escoger otra noche para espiar a la chamana, pero Hank y Don habían oído decir en el pub que Kinmitu tenía intención de volver a invocar a los espíritus junto a la mina nueva. Allí los buscadores de oro empezaban a impacientarse. Habían horadado casi toda la montaña y seguían sin encontrar indicios de ninguna veta.

Ya desde lejos Vivian y Colleen vieron el vivo resplandor de las llamas y oyeron los cánticos de Kinmitu. Vivian le indicó a su amiga que no hiciera ruido y, con el mayor sigilo posible, bajaron del lomo de la buena de Curly y la dejaron atada. Después se acercaron a la mina a hurtadillas. La reunión era nutrida. Todos los buscadores de oro estaban sentados en círculo alrededor de la hoguera y Vivian reconoció a su marido en primera fila. Apenas podía creer lo que estaba viendo, pero Ross parecía formar parte del espectáculo. Tocaba un tambor y estaba pendiente de todo lo que decía Kinmitu.

La joven bailaba como en éxtasis. Vivian ya sabía lo que sucedería allí, pero Colleen contempló fascinada la representación de la chamana y se sobresaltó cuando los cánticos y el sonido del tambor se interrumpieron de repente. La bailarina giró sobre sí misma y cayó al suelo. De nuevo transmitió el mensaje de los espíritus, primero en un idioma nativo, luego en inglés.

—¡Oh, sí! Encontraréis oro. Brillará en el resplandor de vuestras antorchas. Pero cuidaos de los espíritus…

—¡Bueno, pues vayamos a ver! —exclamó la voz de Harold Brooks, el joven cuya concesión se había quedado Colleen—. ¿Viene alguien conmigo? Entraremos directamente y volveremos a iluminar todas las paredes. —Por lo visto, Harold ya estaba harto de tanto cavar; los espíritus de Kinmitu tenían que mostrarle el tesoro de una vez por todas—. Tony, ¿qué me dices? —preguntó.

Tony Carpenter, casi aún más lanzado que Brooks, se puso en pie y cogió una antorcha. Entonces se levantó un viento fuerte que sopló con tal violencia que estuvo a punto de apagar el fuego. Colleen y Vivian no lograban oír nada porque la tormenta arreciaba entre los árboles.

—Tal vez deberíamos marcharnos, no vaya a ser que caiga algún árbol. No he atado a Curly a un tronco muy estable —susurró Vivian —. Y además ¡estoy empapada!

Llovía sin parar, pero Colleen seguía contemplando la escena como si estuviera hipnotizada. Ross se estaba ocupando de Kinmitu, que despertaba de su trance. Harold y Tony, mientras tanto, echaron a andar hacia la galería. Debía de resultar inquietante entrar en la mina a oscuras y con ese tiempo, sobre todo después de tanto

hablar de espíritus. Sin embargo, los dos jóvenes no se dejaron intimidar y desaparecieron por la boca del túnel.

También en lo alto de la montaña había árboles, abetos de Douglas jóvenes, que se sacudían con fuerza en la tormenta. No debían de estar arraigados en el suelo con mucha fuerza porque la siguiente ráfaga de viento arrancó el primero de la tierra. La lluvia enseguida llenó el agujero que había abierto, arrastró consigo más tierra aún, cayeron otros dos abetos… y, de repente, toda la montaña pareció ponerse en movimiento.

—¡La galería se hunde!

Los hombres que estaban esperando en la entrada de la mina, según fueran más bien valientes o temerosos, se internaron en la mina para salvar a Harold y a Tony o corrieron para alejarse todo lo posible de la entrada porque temían más corrimientos de tierra.

—¡Un terremoto! —gritó alguien.

Vivian y Colleen no habían notado los temblores. Aun así, el derrumbe de la galería debía de haber provocado vibraciones cerca de la entrada.

—Ay, espero que tengan la galería bien asegurada —comentó Colleen.

Vivian estaba paralizada a causa del horror.

La montaña tardó un rato en recuperar la calma. Los hombres se pasaron las antorchas para ver dónde se había venido abajo la tierra. ¿Dónde estaban Harold y Tony? ¡Debía de ser horrible estar ahí enterrado!

—¡Los dos jóvenes siguen ahí dentro! —vociferó uno de los mineros—. ¡Venga, hay que sacarlos!

Vivian se volvió hacia Colleen, esta vez con más decisión.

—Tenemos que ir a buscar ayuda. Cuantos más hombres caven… —En realidad no creía que Tony y Harold siguieran con vida debajo de toda esa tierra y esas rocas, pero de momento era una posibilidad.

Colleen asintió.

—Correré al campamento —dijo cuando llegaron al bosquecillo donde estaba atada Curly—. Y tú ve a la ciudad con la mula.

Poco más de una hora después, la entrada de la mina bullía de actividad. Casi todos los hombres del campamento y de la ciudad habían acudido a la llamada llevando picos y palas, y colocaron unas antorchas de brea que resistían con valentía a la lluvia torrencial que seguía cayendo. Una parte de los voluntarios intentaba entrar cavando desde la boca del túnel, otros lo hacían desde arriba, justo al final de la galería, donde suponían que debían de estar atrapados los mineros. Vivian había regresado a casa para ocuparse de Giselle mientras Colleen echaba una mano con Teacher, Hank y Don. Su amiga cavó junto a Teacher igual que un hombre y de nuevo logró impresionarlo. Sin embargo, llegado cierto punto de la noche, a este le pareció que ya podían parar. Era imposible que nadie hubiera sobrevivido al derrumbe de la galería. Colleen, exhausta, lo siguió hasta la hoguera alrededor de la que habían visto bailar a Kinmitu. Allí se encontraban ahora la señora Guthrie, Alice Murphy y algunas mujeres más preparando té, sopa y sándwiches para los voluntarios. Alguien había levantado una tienda provisional para protegerlas de la lluvia. En un rincón del refugio estaba Kinmitu, acuclillada, temblando de frío y sin duda también de horror. Ross no estaba con

ella; seguramente había ido a cavar con los demás. Colleen se acercó a la joven mientras Teacher iba a por sopa y sándwiches.

—¿De verdad creías que ahí dentro había oro? —le preguntó sin preámbulos—. Todo el que sabe un poco de esto decía que era imposible.

—No hay nada imposible —contestó Kinmitu sin inflexión alguna en la voz—. Los espíritus me han hablado de este lugar, pero yo no he obligado a nadie a excavar aquí. Siempre he dicho que hay que respetar a los espíritus y no hay que provocarlos. Esta misma noche, de hecho.

—¿O sea que no sientes ningún tipo de culpa?

Colleen no podía creerlo. Ella, igual que todos los testigos de la función de esa noche, había interpretado sus palabras con el significado de que el oro se les revelaría si entraban en la galería iluminándola con una antorcha. Colleen consideraba muy posible que de esa manera pudieran hacerse brillar pequeñas partículas de oro. Sin embargo, también sabía que todos los escombros de la galería se habían tamizado a conciencia y que en ellos no habían encontrado ni una pizca de mineral.

—Solo soy una intermediaria —murmuró Kinmitu—. Lo que dicen los espíritus…

—¡Venga ya, Kinmitu, déjate de disparates! —Ese era Teacher, que acababa de acercarse con dos cuencos de sopa y dos rebanadas gruesas de pan.

—Los espíritus de los dakelh nunca han hablado de oro. Ni con T’hoduh ni mucho menos contigo. Has montado un buen teatrillo y has engañado a un montón de hombres, pero con esto has llegado demasiado lejos.

—¿Teacher? ¿Eres tú? —preguntó Kinmitu, sorprendida.

Él arrugó la frente. ¿De verdad no sabía que estaba allí?

—Me habría gustado que, en todo el tiempo que llevas aquí, hubieras venido a verme al menos una vez —dijo Teacher—. ¿Acaso te avergonzabas?

—¡No tengo nada de lo que avergonzarme ni por lo que justificarme! —Kinmitu recuperó la firmeza de su voz—. La gente ha decidido por mí desde que era pequeña. Tú llevaste a Nahli de vuelta con su familia. A mí, en cambio, no.

Teacher negó con la cabeza involuntariamente.

—¡Otra vez ese numerito no, Kinmitu! Ya hablamos muchas veces de eso, y lo siento, pero en aquel entonces me fue imposible y hoy ya no te reconocerían. Además, la gente casi siempre decide por los demás cuando son niños. Al crecer, son ellos los que deben ponerle fin. La mayoría lo consigue sin tener que mentir ni engañar a nadie. ¡Te salvé de la misión! En ese sitio se perpetraban horrores en nombre de la fe, y ahora eres tú la que maltratas las creencias de los demás.

Kinmitu soltó una risa amarga.

—Tómatelo como una venganza, Teacher. Los blancos me agujerearon la lengua y ahora yo me quedo con su dinero sin ningún pudor. Ya no te necesito, hago mío todo lo que deseo.

—¿Incluye eso a Ross Wallett? —Aunque Colleen acababa de conocer a Kinmitu, era perspicaz y le gustaba hablar claro—. He visto que toca el tambor para ti. ¿Crees que se marchará contigo cuando mañana te expulsen de la ciudad?

La chamana la miró sin comprender.

—¿No creerás de verdad que esto no va a tener consecuencias? —añadió Colleen, que iba a seguir con sus acusaciones cuando fuera se oyeron voces.

¡Habían encontrado los cadáveres de Harold y de Tony!

—Los amortajarán aquí —dijo Hank, que entró en la tienda, agotado—. Será mejor hacerles sitio. ¡Y, a esa, sacadla ahora mismo! —exclamó, señalando a Kinmitu.

—¡Vamos! —le dijo Teacher—. ¿Dónde te alojas?

La joven chamana dormía en las afueras de la ciudad, en una cabaña que sus apasionados seguidores habían puesto a su disposición.

—Pero allí ya no estará segura —señaló Colleen con frialdad—. Si la ira acumulada de los hombres se desborda…

—Muy bien, puede quedarse conmigo por el momento —repuso Teacher a regañadientes. Después de lo de Ross, seguro que Vivian no le daría a Kinmitu una cálida bienvenida—. Mañana, ya veremos.

La joven no dijo nada, pero se mostró dispuesta a salir con ambos de la tienda de aprovisionamiento antes de que llegaran los hombres con los cadáveres. No volvió a abrir la boca hasta que llegaron a la seguridad del bosque, y entonces habló con su tono de chamana orgullosa.

—¡Seguiré mi propio camino! —anunció cuando Teacher y Colleen quisieron enfilar un sendero en dirección a su campamento. Se irguió y alzó la cabeza para, pese al viento y la lluvia, resultar más imponente.

—¿Y adónde irás? —preguntó Teacher, que se sentía responsable de ella a pesar de todo.

Colleen, en cambio, se alegraba de librarse de la joven.

Kinmitu no respondió. Con su paso balanceante y danzarín, pareció ir fundiéndose con la lluvia y el viento, el bosque y la oscuridad…

Colleen y Teacher se miraron sin saber qué hacer hasta que ella se encogió de hombros.

—Vayamos a guarecernos de la lluvia —propuso, cansada—. Creo que no necesita ayuda.

Al alba, la cabaña de las afueras de la ciudad ardió y una muchedumbre enfurecida exigió colgar a la chamana. Para entonces, hacía tiempo que Kinmitu había desaparecido, y Ross Wallett con ella.

4

Vivian se quedó más desconcertada que triste con la pérdida de Ross. Nunca se había visto como una esposa a la que su marido pudiera abandonar; no en vano la idolatraban todas las noches la mitad de los hombres de Barkerville. Sin embargo, hacía ya mucho que se había distanciado de la persona cada vez más gruñona y desgraciada en que se había convertido Ross desde que no veía cumplidos todos sus deseos. Vivian acabó por creer que él no la había amado por quien era, sino más bien por cómo le había indicado siempre el camino y se había encargado de que sus sueños no se torcieran. A partir de entonces, eso tendría que hacerlo Kinmitu, aunque no parecía ejercer una influencia muy positiva sobre él. Vivian descubrió que, tras su partida, había vaciado la cuenta conjunta, y se dijo que el antiguo Ross no se habría quedado tan alegremente con algo que no era de su propiedad.

—Por otro lado, tampoco tuvo reparos en vender el caballo y el carro en su momento, cuando os fuisteis de Londres —señaló Colleen—. ¿Acaso no eran propiedad de tu padre, en realidad?

Vivian creyó que debía defender a su marido, pues el caballo, al menos, era suyo. Lo que no podía negarse era que el carro pertenecía al castillo de Altham.

—¿Adónde crees que habrán ido? —preguntó Colleen.

Se había trasladado a la cabaña de Vivian en cuanto Ross desapareció, puesto que allí encontraba mucho más resguardo de los elementos que en su tienda. Incluso Angel, cuyo pelaje le ofrecía una gran protección contra la lluvia y el viento, disfrutaba de tumbarse en una alfombrilla allí dentro.

—A Yale, supongo —repuso Vivian—. Creo que seguirán la ruta de Cariboo Trail y que probarán suerte en alguno de los yacimientos de oro de la zona. Es posible que Kinmitu sea originaria de esa región. Al menos es lo que afirmaba, y que intuía que en su hogar había yacimientos por descubrir. Ross ya quiso seguirla allí hace tiempo, pero yo me negué. Habría sido otro viaje de semanas y Giselle era demasiado pequeña para eso.

—Pensando en las concesiones de aquí, puedo entender bien a Ross —comentó Colleen, que parecía frustrada.

Acababa de llegar a la cabaña después de pasarse la mitad del día bateando oro pese a que seguía haciendo muy mal tiempo. Las ganancias habían vuelto a ser mínimas, y aún tardaría horas en secarse y entrar en calor. Teacher, aunque con muchísimos reparos, había colocado un brasero en la cabaña de las mujeres. Giselle corría por todas partes, había que vigilarla sin pausa y el brasero conllevaba el peligro de que se quemara. Por otro lado, les hacía mucha falta una fuente de calor, e incluso él había recurrido al brasero la noche anterior, porque fuera llovía demasiado para encender una hoguera. Hank y Don se iban casi siempre al Summer's Saloon, en cuya chimenea ardía un fuego acogedor.

—¿Te refieres a que la concesión está agotada? —preguntó Vivian.

Colleen se encogió de hombros.

—Casi lo estaba ya cuando me hice con ella después de Harold Brooks.

Fuera volvía a caer un aguacero y Teacher entró tan empapado como Colleen.

—Lo dejo por hoy —anunció—. ¿Puedo acompañaros para calentarme un poco?

Vivian asintió y les preparó un café caliente a ambos.

Colleen sonrió.

—A esto, en realidad, le irían muy bien unas madalenas con mermelada casera.

—¡Eso sería divino! —exclamó Vivian con entusiasmo—. Solo que yo no sé cocinar ni hacer pasteles. Y tampoco tenemos horno.

—Pero Colleen sí sabe —repuso Teacher, y una vez más miró a la joven con admiración—. Además, hay algo que me da vueltas en la cabeza desde hace un tiempo. Colleen, ya has demostrado que eres capaz de batear oro y de explotar tu concesión con tanto éxito como un hombre.

—Con tan poco éxito, dirás —apuntó ella con amargura.

—Eso no es culpa tuya —señaló Teacher—. Aun así, no es exactamente el sueño de tu vida, si mal no recuerdo. Querías buscar oro para abrir un restaurante con las ganancias. ¿Por qué no lo haces al revés? Abre primero ese restaurante y, luego, compra oro con los beneficios.

Colleen se echó a reír.

—¿Y qué haría después con ese oro? Aun así, en serio, por muy bien que suene eso, casi no tengo nada ahorrado. ¿Cómo voy a costear la apertura de un negocio? Necesitaría una casa, platos y cubiertos, mesas y sillas, una cocina de verdad…

—¿Y no podrías empezar con una tienda de lona? —se le ocurrió a Teacher—. Esa tienda tan grande que montaron en la mina durante las labores de rescate bastaría como comedor. Y, si no, una cabaña de troncos para instalar una cocina se construye enseguida. Seguro que encontramos a hombres que te ayuden por un par de comidas calientes.

—Si en la tienda hubiera una fuente de calor, estaría llena todo el año —opinó Vivian también—. Mira cómo viven aquí los hombres. Todas las noches están esperando a que abran los pubes y los salones para encontrar un sitio cálido y seco.

Colleen reflexionó.

—También necesitaría provisiones de alimentos.

—La carne la pondrían mis trampas —dijo Teacher.

—Y yo tengo algo de dinero —añadió Vivian—. Todavía no le había dado a Ross mi sueldo de la última semana y, antes de eso, también había apartado algo. Para comprarme ropa bonita, sinceramente. A los Guthrie les gusta que sus chicas vayamos a bailar bien vestidas. Ahora podría invertirlo en tu restaurante y así podríamos…

—… dormir en la ciudad —dijo Colleen—. En la cocina. Ahí siempre haría calor.

Teacher asintió.

—Para la niña también estaría muy bien. ¿Y el restaurante? ¡Yo diría que será una mina de oro!

Al día siguiente Colleen y Teacher se fueron a Barkerville a buscar un terreno. Encontraron uno entre la ciudad y el río, donde también

había estado la cabaña de troncos de Kinmitu.

—Qué lástima que la quemaran —comentó Colleen.

Teacher frunció el ceño.

—¿Acaso querrías tener a todos esos espíritus en tu cocina?

Colleen soltó una risotada.

—No soy supersticiosa. ¡Y tampoco sé de ningún espíritu maligno con el que Angel no pudiera acabar en caso de duda!

Los bomberos de la ciudad colaboraron aportando una gran tienda hasta que a Colleen le enviaran una nueva. Las pocas mujeres de la parroquia la habían utilizado el invierno anterior para preparar sopa caliente y unos panes planos algo secos para los buscadores de oro más pobres.

—Pero los hombres no podrán permitirse ir a un restaurante elegante de verdad, como los de las grandes ciudades —opinó la señora Guthrie.

Colleen negó con la cabeza.

—Nadie está pensando en eso. En Saint-Paul ya tuve un puesto de comidas, y aquí no quería montar nada mucho más complicado. Pensaba en potajes, estofados, carne asada servida sobre un trozo de pan… Tres o cuatro platos cada día, que no tienen por qué ser muy caros.

—¡Y *scones*! —pidió Vivian, que había acompañado a su amiga a la reunión con las amas de casa.

Las pocas damas de la ciudad siempre miraban a Colleen con cierto recelo. Una mujer que se vestía como un hombre, iba acompañada por un perro enorme y explotaba su propia concesión llamaba la atención inevitablemente. Vivian, por el contrario, gozaba

de muy buena fama pese a trabajar en el salón de baile. Los Guthrie se encargaban de que nadie cuchicheara sobre sus empleadas.

—¡Pastel de manzana! —exclamó una de las mujeres con nostalgia en la voz—. Eso sería un sueño…

Colleen sonrió.

—Para eso, antes tendríamos que plantar un manzano. Pero los bosques de aquí están llenos de bayas. ¿Qué les parecerían unas madalenas con arándanos silvestres?

—Tu «mina de oro» tendría que estar abierta a todo el mundo —señaló Vivian—. No como los salones, en los que solo pueden entrar los hombres. A nosotras, por ejemplo, nos encantaría que celebraran ustedes allí sus reuniones habituales.

—Tu «mina de oro»… —repitió Alice riendo.

—Sí, así debería llamarse el restaurante de Colleen: La Mina de Oro —opinó Vivian con alegría—. La Batea también estaría bien, pero hace pensar más en el trabajo duro.

La Mina de Oro abrió un mes después. Teacher, Hank y Don, así como varios hombres más que estuvieron dispuestos a echar una mano, levantaron una sólida casita de troncos en la que instalaron una cocina y que contaba con una sala anexa para las provisiones. La mula Curly podía estar contenta, pues disponía de un cobertizo seco como establo, donde teóricamente también debía dormir Angel. Al fin y al cabo, la malamute no le hacía ningún servicio a Colleen en la tienda de los clientes, ya que en su mayoría eran hombres y la perra seguía acercándose a ellos con escepticismo. Solo aceptaba sin reparos a Teacher. Le gustaba acompañarlos a Colleen y a él en sus

excursiones por el bosque, donde Colleen buscaba bayas y hierbas que pudieran aportar un sabor especial a sus recetas y Teacher inspeccionaba sus trampas. Sin embargo, Colleen pronto dejó de tener tiempo incluso para eso. El restaurante estuvo muy concurrido desde el primer día, ya que a los buscadores de oro les bastaba con que les ofrecieran una comida medio decente. Ella, no obstante, ponía todo su empeño en servirles platos deliciosos y a veces incluso extravagantes, de manera que pronto empezaron a ir a comer allí también algunas parejas cuando querían permitirse un pequeño lujo. Vivian ponía entonces la mesa tal como había aprendido a hacer durante su formación como señorita de la alta sociedad. Había escogido ella misma la vajilla y la cristalería, y le había pedido al carpintero que fabricara un par de muebles rústicos pero bonitos siguiendo sus descripciones. El centro del comedor lo ocupaba un gran brasero sobre el que Colleen a veces asaba carne, por ejemplo cuando Teacher atrapaba varias liebres árticas en sus trampas. Entonces en el local se respiraba un ambiente como de campamento del que la gente no se cansaba nunca.

—¡Y eso que cualquiera diría que, después de cruzar medio país, ya se habrían hartado del romanticismo de la hoguera! —se extrañó Vivian, aunque luego se enteró de que mucha gente había llegado a la Columbia Británica por mar y solo había recorrido a pie unos centenares de kilómetros hasta Yale y Barkerville.

En cuanto al trabajo en sí, ella seguía sin saber cocinar especialmente bien, pero ayudaba cortando verduras y, sobre todo, le encantaba hacer de camarera. Tenía una palabra amable para todo el mundo y, cuando también Giselle se acercaba con sus

pasitos a los clientes y los observaba con ojos llenos de curiosidad, ni el minero más huraño podía reprimir una sonrisa.

Al cabo de un mes, La Mina de Oro daba tanto dinero que Vivian pudo dejar de trabajar en el salón de baile. Durante el turno de noche había demasiado que hacer en el local y Colleen no podía cuidar de Giselle al mismo tiempo. Teacher colaboraba a menudo —se pasaba casi todas las noches en el restaurante, haciendo compañía a Colleen mientras cocinaba—, pero Vivian no quería seguir cargándolo con la supervisión de su movida hija.

De Ross y Kinmitu no sabían nada, aunque el camino entre Barkerville y Yale era demasiado largo para que las habladurías llegaran hasta allí.

Al fin empezó a hacer calor de verdad, y por primera vez desde que estaba en Canadá, Vivian contempló el despertar de la naturaleza contenta y sin preocupaciones. Iba al bosque con su hija para recoger asperilla y cebollino. Colleen preparaba unos platos maravillosos con huevos y unas cebolletas silvestres muy intensas y aromáticas. Hervía brotes de helecho —unos tallos muy verdes enroscados sobre sí mismos— y los servía como guarnición con la carne. Las hojas de diente de león se convertían en ensalada, y las ortigas podían saber a espinacas si se preparaban de la manera adecuada.

Teacher enseñó a las mujeres a recolectar savia de arce, que luego Colleen reducía hasta conseguir un sirope con el que acompañaba unas tortitas fantásticas. Cosecharon fresas silvestres y

una variedad de frambuesas de un naranja brillante que a Giselle le encantaban.

Con el deshielo en las montañas, también los ríos y los arroyos bajaban crecidos. Algunos hombres pescaban truchas con las manos y las ahumaban para Colleen. A Barkerville llegaron nuevos aventureros con la esperanza de hacerse ricos. Sin embargo, los que llevaban ya un tiempo allí empezaban a rendirse poco a poco.

El verano y el otoño de 1864 transcurrieron plácidamente, y cuando llegó el invierno La Mina de Oro registró unas ganancias nunca vistas. Teacher y sus amigos descansaron durante esos meses. Aun así, sus trampas, colocadas con astucia, conseguían carne fresca para el restaurante de Colleen. Cuando el tiempo no era del todo malo, Don y Hank aprovechaban también para reconvertir la antigua cabaña de Vivian en una casa de troncos estable y con chimenea; tenían la intención de jubilarse allí a partir del otoño siguiente. La zona era preciosa, tenía caza en abundancia y podrían mantenerse en gran parte gracias a las trampas, ya que además habían pensado plantar un huerto. Apenas tendrían vecinos. En cuanto las concesiones de Barkerville se agotaran, los mineros seguirían camino hacia el sur. Sin embargo, Teacher y sus amigos no querían renunciar a explotar hasta la última partícula de oro que hubiera en sus tierras durante la primavera. Teacher, eso sí, hablaba de marcharse de Barkerville después de eso.

—Me gustaría probar suerte en Yale —le confesó en julio a una Vivian sorprendida, que estaba con Colleen en la cocina de La Mina de Oro—. Cuando llegamos aquí, a Barkerville, lo mejor ya había

pasado. Siempre son los primeros en llegar a un yacimiento los que amasan grandes fortunas. A los segundos, los terceros y los cuartos, solo les quedan las sobras.

—¿Y quieres irte tú solo? —preguntó Vivian con pesar en la voz.

Teacher formaba parte de su vida y de la de Giselle, no era capaz de imaginar que pudiera dejarlas.

El hombre se mordió el labio y entonces miró a Colleen.

—No, solo del todo no. Colleen, ¿te lo has pensado ya?

Vivian vio a su amiga sonrojarse quizá por primera vez.

—Yo… En realidad nunca he querido…

Teacher la miró con súplica.

—Lo sé, Colleen. Los dos nos parecemos. Ni tú ni yo necesitamos mucha compañía, no hablamos mucho. Pero ¿no estás cansada también de estar sola absolutamente siempre?

—¿Quiere eso decir que le estás pidiendo la mano? —preguntó Vivian, entusiasmada.

—Supongo que puede decirse así —repuso Teacher, y se frotó la frente con timidez.

—Pero para eso necesitas un anillo, y tienes que hacerle un par de cumplidos. Aquí faltan flores y, sobre todo, ¿qué clase de pedida es esta? —Vivian se puso a explicar lo que consideraba una proposición de matrimonio ideal, sin pensar que ella misma se lo había pedido a Ross en unas circunstancias muy poco románticas.

—Yo no tengo sensibilidad para eso —murmuró Teacher—. Pero… me harías muy feliz si vinieras a Yale conmigo, Colleen. Y tú también, Vivian, por supuesto. ¡Con la pequeña Giselle! Yo… volvería a construiros un restaurante y buscaría oro para contar con una segunda fuente de ingresos.

—¡No sin mí! —decidió Colleen—. Un pequeño puesto de comidas y una concesión. Si no, no me apunto.

Parecía que le había encontrado más el gusto a la aventura y la búsqueda de oro de lo que pensaba Vivian.

—Entonces ¿esa proposición nos incluye también de alguna manera a Giselle y a mí? —Vivian arrugó la frente, aunque más aliviada.

Teacher sonrió.

—A ti, a Giselle y a Angel. Te tengo mucho cariño, Vivian, aunque nunca haya sentido nada romántico por ti. Te admiro y quiero mucho a tu hijita. Pero, Colleen, creo que tú y yo somos iguales.

Y seguramente a esa forma de ser se debió el hecho de que prescindieran de abrazos y besos. Vivian consideraba que, en realidad, a una pedida de mano le hacía falta alguna muestra de cariño, pero Colleen y Teacher solo se miraron a los ojos. Al final, fue Angel la que rompió el hielo. La gran perra se acercó a Teacher y puso una pata sobre una de sus recias botas.

—Ella dice que sí —señaló Vivian.

Colleen sonrió.

—Jamás la dejaría ir sola —repuso—. Y a ti tampoco, Teacher.

Él tragó saliva.

—Me llamo Sam, por cierto —dijo—. Samuel Barnes.

Colleen asintió.

—Colleen Harrison —contestó.

—¡Qué alegría! —exclamó Vivian—. Bueno, ¿os casáis primero y luego nos vamos a Yale, o al revés? Qué ganas tengo de saber lo que nos espera allí. Quién sabe, a lo mejor encontramos a Ross. Ese

hombre sigue casado conmigo. Si de verdad se ha hecho rico, ¡la mitad nos corresponde a Giselle y a mí!

5

Colleen Harrison y Samuel Barnes, alias Teacher, se casaron discretamente ante un juez de paz. Teacher no quería ir a la iglesia y Colleen no quería jaleo de ningún tipo. Al ser la apreciada propietaria de La Mina de Oro, seguro que a los ciudadanos de Barkerville les habría gustado montar una fiesta, pero a ella no le apetecía en absoluto, así que le hizo prometer a Vivian que no diría nada. Ya se armó bastante revuelo cuando anunciaron que el restaurante cerraría ese invierno, aunque luego encontraron a una digna sucesora. La diligente Alice Murphy se decidió a dejar la lavandería y hacerse cargo de La Mina de Oro con su numerosa prole femenina. Aunque no cocinaba tan bien como Colleen, de todos modos ofrecería a los buscadores de oro un lugar cálido y seco. Hacía tiempo que el restaurante se había convertido en la «sala de estar» de los mineros.

Ya era otoño cuando Colleen, Teacher y Vivian pudieron ponerse por fin en camino con Giselle y todos sus animales, y precisamente ese año el invierno se adelantó bastante. Durante la primera etapa, entre Barkerville y Cottonwood House —la primera pensión de la ruta—, los pilló una tormenta de nieve. Teacher y Colleen, cada uno de los cuales guiaba a un animal de carga con todas sus pertenencias, apenas distinguían el camino, y Vivian, que iba montada en Curly con Giselle bien abrigada, tardó poco en

encontrarse con la manta de pieles cubierta por una capa de hielo. Por suerte, Cottonwood House ofrecía toda clase de comodidades a los huéspedes de pago. Las mulas hallaron sitio en los establos; para las personas había habitaciones caldeadas y comida caliente. Giselle, de dos años, miraba entusiasmada por la ventana del salón mientras el bosque de abetos, el arroyo y los pastos de caballos que rodeaban la pensión desaparecían bajo una gruesa capa de nieve.

—¡Nieve, mamá! ¡Vamos en trineo!

El invierno anterior, Teacher la había sentado en una sartén grande y la había arrastrado en ella.

Los adultos no estaban tan emocionados con los caprichos del tiempo.

—Mañana no será fácil —comentó Teacher—. Si la nevada continúa, será mejor quedarnos aquí un día más.

—Es probable que la nieve siga cayendo —repuso el dueño del establecimiento, que conocía bien el clima del valle—. El frío llegó hace días. Habéis partido algo tarde. ¿Adónde queréis llegar? ¿A Yale?

Vivian asintió.

—Eso son casi seiscientos cincuenta kilómetros —precisó el hombre, como si no lo supieran ya—. Con este tiempo y a pie, apenas llegaréis de una posada a la siguiente. Y menos aún con una niña.

En la ruta de Cariboo Trail había surgido una red de hostales. Más o menos cada veinticinco kilómetros había un refugio para viajeros; Vivian había confiado en que no tendría que pasar ninguna noche con Giselle en la tienda.

—¿No podéis montar las mulas? —preguntó el dueño.

—Entonces tendríamos que dejar el equipaje aquí —contestó Teacher—. Preferiríamos no hacerlo, porque entre otras cosas llevamos las tiendas. Tenemos la intención de reclamar una concesión, y las necesitaremos para acampar allí.

El dueño sonrió.

—Pues puedo ofreceros una alternativa. Es poco convencional, desde luego, pero en el Yukón y también en el norte de la Columbia Británica se usan mucho los trineos de perros.

—¿Trineos de perros? —preguntó Colleen, y le dirigió una mirada a Angel, que durante la tormenta de nieve se había abierto camino con valentía y en esos momentos estaba tumbada junto al fuego, contenta—. ¿Se refiere a que mi perra podría tirar de un trineo?

El hombre miró mejor al bonito animal.

—Sin ninguna duda —afirmó—. Aunque suelen montarse tiros de seis u ocho perros. Si os interesa, mi amigo Wally tiene un par de huskies y en invierno ofrece transporte de mercancías. Un tipo muy auténtico, Wally: un antiguo trampero que vive en el Yukón desde hace una eternidad. No me extrañaría que se pasara algo más tarde a tomar algo. Vive con los perros al lado del taller.

El dueño de Cottonwood House, que se presentó como Rob Gilroy, les explicó que durante el verano Wally trabajaba en las posadas. También había un taller de carros en el que reparaba los vehículos que habían sufrido daños en la ruta y, además, proveía al restaurante de caza y pescado de los bosques y los ríos de los alrededores. Sin embargo, era en invierno cuando estaba en su elemento y transportaba mercancías y paquetes con sus perros, también pasajeros alguna que otra vez y, solo ocasionalmente, en los inviernos más duros, el correo.

Colleen y Teacher se mostraron interesados al instante. Ninguno de los dos había visto nunca un trineo de perros, aunque Colleen, por supuesto, sabía que la raza de Angel solía usarse para transportar cargas. Cuando Wally, un hombre bajito y nervudo, con esa expresión afable en la cara curtida por los elementos tan típica de los tramperos, llegó por fin y se sacudió la nieve del abrigo, Teacher lo llamó enseguida con un gesto y lo invitó a un vaso de cerveza.

Wally contempló a la pequeña partida de viaje. Sobre todo a la niña, agotada después de un día largo y frío, que se había acurrucado junto a Angel para dormir. Giselle adoraba a la bondadosa perra de pelaje largo y confiaba plenamente en ella. Vivian la dejaba hacer; Angel podía darle más calor que cualquiera de ellos, y suponía que también la perra disfrutaba de la compañía, puesto que ya no compartía la cama con Colleen.

—Bonito perro —comentó Wally—. Y una niña preciosa.

—Angel —repuso Colleen—. La perra.

—Giselle —añadió Vivian—. Mi hija.

Wally sonrió.

—¿También sois de origen francés? —preguntó con interés al oír el nombre.

Justo después supieron que él era francocanadiense y procedía de Quebec. Ya allí, de joven, había trabajado con trineos de perros. Les habló de su época en el Yukón, y Teacher explicó un poco de su vida en las Rocosas, del tiempo que había pasado con los dakelh y buscando oro en el río Fraser.

Wally se encogió de hombros.

—He visto llegar y marcharse a muchos buscadores de oro —comentó—. Pero solo unos pocos se hicieron ricos. Siempre van todos juntos… Yo no aguanto mucho tiempo en sitios como Yale. Demasiado ruido, demasiada gente y demasiada palabrería. Por lo general, prefiero hablar con los perros.

Vivian comprendió enseguida que tenía mucho en común con Colleen y con Teacher, de manera que esa noche los tres debieron de hablar más que en una semana entera. Wally les contó cosas de sus perros, a los que sobre todo Colleen estaba impaciente por conocer.

—Yo tengo de los pequeños —explicó Wally mirando a Angel—. Huskies. Son más rápidos y más ágiles que los malamutes. Pero a Angel también puedo imaginarla en el tiro. Los de su raza tienen más fuerza. Son perfectos para el transporte de carga.

Al final, acordaron que Wally y sus perros acompañarían a los viajeros hasta Yale, siempre que no ocurriera un milagro y la capa de nieve se derritiera de la noche a la mañana. Al día siguiente cargarían en el trineo todo el equipaje —las tiendas, las herramientas y los cacharros domésticos— y partirían como muy tarde al cabo de dos.

—Los perros son rápidos y las mulas también pueden avanzar por la nieve espesa. Si vosotros montáis en ellas, llegar al final de cada etapa no supondrá ningún problema.

Al día siguiente, sobre todo Colleen y Teacher aprendieron que Wally prefería la formación en línea para el tiro. A Vivian le interesó solo de pasada, mientras que Giselle, bien arropada, trataba de acariciar a

todos los perros. Los huskies estaban colocados unos tras otros en fila de a dos e iban encabezados por dos perros guía, especialmente listos y obedientes.

—Bessie y Grog —dijo Wally para presentar a los guías, que parecían nerviosos.

Bessie era de un blanco grisáceo; Grog, gris plateado. Los otros seis huskies tenían pelajes de tonos diferentes, desde blanco y negro hasta color arena. Todos estaban impacientes por que Wally les pusiera los arneses de cuero. Entre cada pareja de perros corría una línea principal de cuerda, o *gangline*, a la que cada uno de los perros iba atado de manera individual. Wally organizaba la reata con mucha atención; cada posición en ella tenía un nombre especial y exigía características diferentes de los perros correspondientes. Los *wheel dogs*, por ejemplo, eran los que corrían justo delante del trineo y debían ser los animales más fuertes.

Colleen observaba fascinada mientras Wally enganchaba a los perros al ligero trineo de madera de abedul. Antes ya había frotado los patines con resina para disminuir el rozamiento.

—¿Y ahí es donde se coloca el conductor? —preguntó Colleen, señalando un estribo instalado en la parte de atrás, que disponía de un freno.

—Sí, ahí va el *musher*, el que conduce el trineo —explicó Wally—. Aunque a menudo se va caminando a un lado. En realidad, solo te montas cuando la marcha va muy bien y el trineo se desliza muy deprisa. Es una sensación maravillosa. ¿Quieres probar?

Colleen lo miró con inseguridad.

—Si puedo… —dijo, sobrecogida—. Pero ¿cómo se controlan los perros?

Wally le hizo enseguida una breve introducción a las órdenes con las que se guiaba a la reata, aunque no se privó de acompañarla en su primer intento. Le dijo a Colleen que montara y, en cuanto el trineo se puso en marcha, se subió él también. El recinto de Cottonwood House era bastante plano y los perros estaban descansados. Cuando Wally montó en el estribo, el trineo enseguida cogió una velocidad vertiginosa.

Wally condujo a sus animales dando una vuelta al hostal, y cuando Colleen por fin bajó estaba entusiasmada.

—¡Ha sido increíble! Tenéis que probarlo vosotros también. ¡Sam! ¡Vivian!

Esta estaba haciendo un muñeco de nieve con Giselle, pero Teacher no quiso perderse la experiencia. Después, aunque no estaba tan eufórico como Colleen, también le brillaban los ojos.

—¡Tienes que enseñarnos cómo se hace! —le pidió Colleen al *musher*—. Por el camino. Así, podremos turnarnos para montar en las mulas e ir en el trineo.

Wally sonrió.

—No se aprende tan deprisa, muchacha. Esto es algo así como un arte. Pero, si te interesa, podríamos cruzar a tu Angel con mi Grog, y eso nos daría perros para un tiro estupendo.

Partieron muy temprano a la mañana siguiente y, de hecho, con el tiro de perros y las tres mulas avanzaron mucho más deprisa que en la primera etapa. Al mediodía decidieron descansar, sobre todo por ellos mismos y las mulas. A los perros no les habría hecho falta; para los entusiastas huskies, el trayecto no había sido más que un paseo.

Tampoco les dieron de comer, sino que recibieron apenas un bocado de carne seca. Con la barriga llena no habrían corrido, pero no parecieron echarlo de menos. Siguieron tirando incansables hasta la noche, cuando llegaron a la siguiente posada. Allí Wally los desguarneció y les revisó las patas con cuidado por si tenían pequeñas heridas que hubiera que frotar con grasa. Les preparó un lecho de paja en el establo donde también dormían las mulas y, por último, les ofreció un banquete de reyes, con mucha grasa, carne y algunos restos de pescado crudo que le enviaron de la cocina.

—También una especie de *pemmican* —comentó Colleen mientras los perros se abalanzaban sobre la comida—. Pero seguro que sin especias. ¿Se lo preparas tú mismo?

Wally asintió, y los dos se pusieron a comentar las mejores recetas para la alimentación de los animales.

Vivian y Teacher, entretanto, se encargaron de las mulas y se alegraron de refugiarse del frío. Por lo menos no había nevado durante todo el día.

—¡A ver si Colleen va a serte infiel! —bromeó Vivian con Teacher cuando iban ya hacia la posada y Colleen no quería separarse aún de los perros.

—A mí quizá no —repuso Teacher—, pero es posible que sí a la gastronomía. Y a la minería…

Decían que la ruta de Cariboo Trail estaba muy bien marcada, y realmente tenía grandes tramos en los que era mucho más transitable que otras que Vivian había recorrido con Ross en su día. Sin embargo, también había tramos en los que el camino resultaba

bastante exigente para los viajeros, sobre todo en invierno. Por muy bonitos que fueran los bosques nevados, las laderas escarpadas y los desfiladeros profundos —cuyas fascinantes vistas se les quedaron grabadas en la memoria para siempre—, también provocaban que se les encogiera el estómago cuando tenían que cruzarlos con la única ayuda de unos sencillos puentes de madera que, además, estaban congelados.

Teacher ató trapos a las pezuñas de las mulas para que no resbalaran tanto, y enviaron primero a los animales para luego cruzar ellos buscando los lugares más seguros donde poner el pie. Los perros se movían con una seguridad admirable, pero Wally tenía que encargarse de que el trineo se mantuviera sobre el estrecho puente. Desenganchó a parte de los animales y, ayudado por Vivian y Colleen, empujó el trineo con cuidado por encima del precipicio. Al fin y al cabo, podría haberse precipitado a las profundidades y arrastrado a los perros con él. Casi siempre era Teacher quien llevaba a cuestas a Giselle por los pasos peligrosos, y Vivian se lo agradecía mucho. Ella todavía era capaz de cargar con la pequeña, aunque con dificultades, pero no por puentes helados ni cuando había que cruzar precipicios. Fácilmente habría podido perder el equilibrio si Giselle se hubiera agitado un poco.

Al final, llevaban casi un mes de camino cuando Wally informó de que era probable que llegaran a su destino al día siguiente.

Vivian respiró tranquila. El viaje se le había hecho interminable. Había tenido que ocuparse de Giselle, aunque la pequeña había soportado la ruta con una alegría sorprendente y, además, no parecía importarle mucho el frío, que Vivian detestaba. Los copos de nieve y los carámbanos de formas caprichosas que iban

encontrándose la hacían reír a menudo. Su madre se alegraba por ella, pero había sido sobre todo el hecho de poder pasar las noches en las posadas, que les ahorró trasnochar en la endeble tienda, lo que hizo que no perdiera el buen humor.

Ese día estaba sentada con sus amigos junto al fuego en una sala acogedora. Wally se había encontrado con un conocido, un metís que viajaba a pie y con raquetas, y fue a tomarse un whisky con él en la barra. Giselle volvió a acurrucarse junto a Angel, y Vivian disfrutó de la apacible estampa.

—¿Qué será lo primero que hagamos al llegar a Yale? ¿Nos quedamos de momento en una habitación de hotel o buscamos directamente un posible local? ¿Y la concesión? Ahora, a principios de invierno, seguro que se saca menos oro. Será mejor empezar por el restaurante. Espero que no haya muchos ya; dicen que Yale es más grande que Barkerville…

Teacher carraspeó e interrumpió su perorata.

—Vivian, yo… Nosotros… Tenemos que decirte una cosa. Colleen y yo estuvimos hablando hace poco y a lo mejor… Bueno…

Su amiga tomó la palabra.

—Vivian, no vamos a quedarnos en Yale —dijo con calma—. Regresaremos con Wally. Trabajar con perros es justo lo que siempre he querido hacer. Bueno, hasta ahora no sabía que lo quería, claro, pero de pronto lo tengo muy claro.

—Estaremos una temporada en Cottonwood House y aprenderemos el trabajo con los perros de trineo desde abajo —añadió Teacher—. Colleen cruzará a Angel con Grog, el perro guía de Wally, y con los cachorros montaremos nuestro propio tiro. Después…

Vivian estuvo varios segundos mirando a sus amigos antes de comprender lo que implicaba su decisión para ella.

—Pero, entonces, me quedaré sola —dijo, sobrecogida—. Con Giselle.

Teacher bajó la cabeza.

—Lo sé, pero no podemos hacer otra cosa. Te queremos mucho, Vivian, pero esta es nuestra oportunidad. Buscando oro nunca llegaremos a nada. Y, por otro lado, yo no quiero ser solo un apéndice de Colleen si ella monta un restaurante.

—El restaurante… —A Colleen le faltaban las palabras—. No me malinterpretes, Vivian. Me gusta mucho cocinar, pero Wally lo expresó muy bien hace poco. La ciudad es demasiado ruidosa, allí hay demasiada gente, y yo solo lo aguanto hasta cierto punto.

Teacher asintió al oír las palabras de su mujer.

—A mí me pasa exactamente lo mismo. Siempre me ha gustado estar en la naturaleza, ya cuando era cazador y trampero. Me encanta moverme. Lo único que no me gustaba era lo de matar animales. Transportar mercancías no es un trabajo sangriento, y los perros me gustan.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —Vivian estaba al borde de las lágrimas—. Seguro que encontraré un trabajo, pero ¿quién cuidará de Giselle?

—Tal vez deberías buscar a Ross —sugirió Teacher, que tragó saliva—. Le guste o no, la pequeña es su hija. Debe ocuparse de ella.

—Y no nos perderás de vista —le prometió Colleen—. Iremos a Yale cada pocas semanas. Por lo menos durante los meses de invierno.

Vivian se frotó los ojos. Debía mostrarse fuerte, no podría esperar que Colleen y Teacher renunciaran a toda su vida solo para cuidar de Giselle y de ella. En el fondo, debía darse por contenta con haber tenido su ayuda durante tanto tiempo. Se recompuso.

—Me las apañaré —murmuró con la voz ahogada—. ¡Y os deseo que seáis muy felices los dos!

Colleen le dio un abrazo.

—Tú también encontrarás la felicidad —repuso para ofrecerle consuelo.

—¿Te lo han dicho los espíritus? —preguntó su amiga, provocadora—. ¿Desde cuándo tienes tan buenos contactos?

—¡Lo digo yo! —exclamó Colleen—. Antes creías en tu felicidad…

Vivian recordó a la muchacha que, riendo, había apostado su dinero al caballo con el nombre más bonito, la que renunció sin pensárselo a la vida que ya tenía trazada para escaparse con un hombre al que apenas conocía. Desde entonces habían ocurrido muchas cosas: había viajado por un país gigantesco, había tenido una hija. Pero no había encontrado la felicidad. Los momentos más felices que recordaba seguían siendo las clases de ballet de París… en los brazos de un joven francés.

—Me esforzaré —dijo en voz baja—. Me esforzaré por ser feliz.

6

Vivian pidió una habitación en un hotel de Yale. Había varios, aunque ninguno de ellos ofrecía muchas comodidades. La ciudad era algo mayor que Barkerville, pero tenía más bien carácter de lugar de paso: aventureros y buscadores de oro adquirían allí su equipo para seguir camino a lo largo de los ríos y los arroyos de la Tierra del Oro. Por lo demás, las estructuras eran parecidas: había salones, un par de puestos de comidas, almacenes en los que podían comprarse desde tiendas de lona hasta picos, palas o armas, cualquier cosa que pudiera resultar útil en la naturaleza. También había establecimientos en los que se podía proveer uno de harina, azúcar y el inevitable *pemmican*. Vivian dejó a su mula en un establo de alquiler.

Colleen y Teacher tuvieron la generosidad de entregarle el dinero que les quedaba para el viaje, ya que ellos no necesitarían mucho. Durante el trayecto con el trineo de perros podrían dormir en los establos o pedir alojamiento y manutención en las posadas a cambio de pescar y poner trampas. En las cocinas siempre agradecían tener carne fresca. Además, esperaban poder ganar algo de dinero pronto. Según Wally, en Cottonwood House había un montón de cruces de husky ideales para entrenar como perros de trineo. Les había prometido a sus nuevos socios que los formaría a la vez a ellos y a los animales, y, así, pronto dispondrían de dos tiros de perros para

transportar mercancías. A causa de la gran cantidad de nieve de los inviernos, podía tener sentido dejar un tiro estacionado en Yale para, desde allí, llegar hasta los campamentos y abastecer a los buscadores de oro en plena naturaleza. Esa idea había animado un poco a Vivian. Tal vez sus amigos volvieran a establecerse algún día cerca de ella.

De momento, empezó a pensar en un trabajo al que pudiera llevar a Giselle. Buscó locales donde necesitaran a una camarera y preguntó en las tiendas si querrían ponerla a prueba como dependienta. Para entonces ya conocía muy bien todo el equipo necesario para buscar oro y se atrevía a aconsejar sin reparos a los novatos. Sin embargo, temía que los mineros prefiriesen los consejos de un hombre cuando se trataba de tiendas y herramientas. Vivian también se planteó los establos de alquiler; tenía experiencia en el trato con animales, y palear bostas no era más duro que batear oro.

Giselle iba dando saltitos cogida de su mano mientras ella recorría la ciudad dejándose inspirar por los carteles de madera que colgaban sobre las tiendas. Pronto encontró un establecimiento que le llamó la atención a causa de su colorida entrada, en la que habían pintado a un grupo de bailarinas de cancán además de un mago y un malabarista. El cartel que había en lo alto decía VARIETÉ en grandes letras. Había también un cartel más pequeño que parecía estar colgado desde hacía menos tiempo con su anuncio: ¡NUEVO PROGRAMA! ¡ESTRENO EL 1 DE NOVIEMBRE!

Justo ese día. Vivian se preguntó si una mujer sola podría entrar en un establecimiento así, y si se lo permitirían a Giselle. En fin, valía la pena intentarlo. ¡Jamás habría imaginado ver a unas bailarinas de cancán en el territorio de buscadores de oro de Canadá! Tal vez no

fueran más que promesas vacías. De todos modos, se propuso pasarse por allí esa noche, sobre todo porque se le había acelerado el corazón solo con recordar el baile. ¿Le facilitaría su formación anterior aprender los pasos acrobáticos del cancán?

Jerry Effort, el propietario del primer teatro de variedades de la Columbia Británica, había montado un programa muy completo. Tenían a un mago, a una pareja de acróbatas —la muchacha, con un vestuario muy ligero—, a un malabarista y a un lanzador de cuchillos, también este con una ayudante muy atractiva. Lo más extraordinario era el número de danza de una joven chamana que decía invocar a los espíritus desde el escenario todas las noches. ¡Pero el número estrella era el cancán! Jean-Luc, el profesor de baile francés, había obrado auténticas maravillas: en el nuevo programa, las bailarinas conseguían realizar todas las poses y los pasos que tanto revuelo causaban en los locales parisinos. Las chicas hacían volar las faldas, levantaban las piernas por encima de la cabeza, y las mejores tenían incluso en su repertorio ejercicios tan espectaculares como saltar y caer abriéndose de piernas. Solo les faltaba estrenar el número sobre el escenario, y las bailarinas estaban emocionadas y contentas.

—¡Ahora tendrás que hacer realidad tu promesa, Jean-Luc! —le exigió la descarada June a su profesor—. Dijiste que, si conseguíamos aprenderlo todo en un año, en el estreno harías de primera bailarina, así que…

Jerry Effort, que había vuelto a pasarse a ver a las chicas para asegurarse de que todo estaba listo, se echó a reír.

—¡Pues sí, Jean-Luc, no va a poder librarse! —dijo, apoyando a las jóvenes, que ya lo celebraban—. Vamos a ver si tenemos algún corsé de su talla. ¡Y luego las damas querrán verle los pololos!

La adquisición de lencería como corsés, medias de malla y pololos de encaje era una de las mayores dificultades de la compañía. En la Columbia Británica no había forma de encontrar algo así por ningún sitio, de modo que tenían que encargarlo todo en Montreal o Quebec, cuando no directamente en París.

Jean-Luc, que no era ningún aguafiestas, se subió al escenario con entusiasmo y decidió que, si aquello acababa en una pequeña parodia, se lo tomaría por la parte divertida. No era probable que el único hombre entre toda esa colorida *troupe*, con faldas de encaje y plumas en el pelo, llamara mucho la atención. Riendo, se puso un corsé y un vestido, se colocó una peluca y empezó a maquillarse.

Vivian pagó una entrada económica en la puerta del espectáculo de variedades; el establecimiento se financiaba sobre todo gracias a las consumiciones. Servían bebidas en todas las mesas.

La mujer que cobraba la entrada iba maquillada y también llevaba plumas, pero, pese a ello, tenía cara de amargada.

—¿Está usted segura de que quiere meter a la niña ahí dentro? —preguntó—. ¡Las bailarinas enseñan la ropa interior!

Vivian reprimió una risa.

—Mi hija ya ha visto eso antes —contestó con seriedad—. Ella misma lleva pololos.

La cajera no entendió el chiste, pero le indicó que pasara. Vivian era una de las primeras en llegar y escogió una de las mesas de

delante, cerca del escenario. Algo después, se sentaron junto a ella dos hombres que le preguntaron con educación si le importaba. Igual que la mayoría de los clientes de la sala, pidieron cerveza. Vivian se limitó a una limonada. Una camarera guapa les sirvió las consumiciones y dejó también un platito con cacahuetes. Giselle, que se había sentado en el regazo de su madre, los miró con interés.

—¿Quieres un cacahuete? —preguntó uno de los hombres.

La pequeña asintió.

—Pero solo uno —advirtió Vivian—. Son demasiado salados y le sentarán mal.

En lugar de eso, le ofreció un poco de limonada a su hija.

—¡Piiica! —exclamó Giselle.

Sus compañeros de mesa rieron.

—¡Tenga cuidado de no pedir champán! —comentó uno con alegría.

La sala ya se había llenado. Gran parte de los clientes eran mineros que no se habían arreglado demasiado para el espectáculo de variedades, aunque sí llevaban la ropa de trabajo limpia. Sin embargo, había también un par de parejas bien vestidas: los comerciantes de la ciudad, que habían sacado a sus esposas.

Por fin empezó a sonar la música. Jerry Effort salió al escenario y dio la bienvenida a los espectadores. Tras él, un par de jóvenes bailarinas ofrecían un adelanto de la atracción principal bailando al ritmo del cancán. Sin embargo, todavía no enseñaron ninguna estampa espectacular de su arte… ni de su voluminosa ropa interior. Vivian las miró maravillada. De momento, se veía capaz de realizar esos pasos sin mayor complicación.

El primero que salió a actuar fue el mago, que entusiasmó a los espectadores haciendo aparecer y desaparecer palomas y conejos, y serrando a una joven muy guapa en dos mitades, aunque sin que llegara a correr la sangre, desde luego.

—¿Rota? —preguntó Giselle, algo inquieta.

Su nuevo amigo la consoló con dos cacahuetes más.

—¡Chica entera! —exclamó la pequeña, tan desconcertada como aliviada, cuando la joven ayudante volvió a salir de la caja.

Más tranquila, se comió otro cacahuete.

El dúo de acróbatas ofreció un espectáculo impresionante con una música muy animada, y Vivian tuvo que reconocer que incluso ella se habría visto al límite de su técnica de movimientos. Entonces el escenario se quedó completamente a oscuras. Alguien sacó un brasero y, al aparecer la chamana, unas llamas brotaron de él. Era una mujer de estatura media y delgada, pero tenía curvas en los lugares adecuados y la melena suelta le llegaba casi hasta las caderas.

¡Kinmitu! Vivian se quedó sin respiración. Llevaba la vestimenta tradicional de los dakelh, aunque su vestido de cuero era mucho más corto de lo habitual. Enseñaba las piernas, cosa que era de esperar en un lugar así. Iba calzada con mocasines y realizó el baile que Vivian ya conocía, dando fuertes zancadas y saltos imperiosos. También el cántico era el mismo que había usado en Barkerville. Lo entonaba con fuerza y resultaba del todo cautivadora tocando también el tambor y la sonaja. Detrás de ella aparecieron unas sombras que debían de representar a los espíritus a los que invocaba. Era una proyección sencilla: detrás de un biombo de pergamino se movían personas o marionetas. Fue sublime y, cuando

la chamana terminó la danza con una pirueta que acabó en el suelo, el público gritó de entusiasmo.

A Vivian, las ideas le daban vueltas en la cabeza. ¿Qué hacía Kinmitu allí? Probablemente tenía que ganarse la vida, y por lo menos actuaba de una forma inofensiva y legal. Pero ¿dónde estaba Ross? ¿Se habrían separado? ¿O era él quien movía los hilos entre bastidores? Vivian no era capaz de imaginar eso último; Ross nunca había sido muy imaginativo, y Kinmitu tampoco le parecía una mujer dispuesta a compartir con un hombre el dinero que ganaba.

Siguió el número del lanzador de cuchillos con poco interés. Tampoco sus compañeros de mesa consiguieron entusiasmarse con él y prefirieron bromear con Giselle, que se había sentado en una butaca vacía entre su madre y los dos caballeros, desde donde derrochaba su encanto.

Y entonces, por fin, sonaron los alegres compases del cancán y el escenario se llenó de chicas jóvenes con vestidos de muchos colores. Vivian se olvidó de Ross y de Kinmitu, y por desgracia también de Giselle, que se decidió a alcanzar los cacahuetes que quedaban en el platito cuando también sus nuevos amigos se abstrajeron en la contemplación del espectáculo. El público observaba fascinado cómo las bailarinas del escenario movían las piernas en formación, adoptaban poses frívolas y realizaban acrobacias. Las jóvenes hacían una rueda tras otra, se abrían de piernas y daban volteretas, hasta que al final hubo una que se separó del grupo y que no solo lo hacía todo a la perfección, sino que actuaba con una elegancia inimitable. Sus movimientos tenían algo que apeló a Vivian y le recordó a alguien… Y entonces miró a la joven a la cara y, por segunda vez esa noche, se quedó sin respiración. El rostro delgado, los pómulos altos,

los ojos de mirada resplandeciente… No, no podía ser. ¿Jean-Luc? ¿Era Jean-Luc? ¡Esa mujer se le parecía como una hermana gemela! ¿Era posible que tuviera una hermana? ¿Sabría ella algo de él? ¿Cómo había llegado sola a Canadá, si Jean-Luc vivía en París, en casa de su madre?

Más aún que al reconocer a Kinmitu, Vivian sintió el impulso de ir a los camerinos para hablar con las mujeres después del espectáculo, aunque se preguntó si se lo permitirían. A los hombres seguro que no los dejaban pasar, pero una mujer con una niña…

Después de que Jerry Effort pronunciara unas palabras de cierre y se despidiera del público, Vivian se levantó, cogió a Giselle y les dijo adiós a sus simpáticos compañeros de mesa, que miraron con cierta culpabilidad el platito de cacahuetes vacío y a la pequeña.

—Lo siento, no me he dado cuenta —se disculpó el que más amistad había trabado con Giselle.

Vivian se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Esperemos que no acabe con una indigestión. La verdad es que no suelo quitarle el ojo de encima, pero el espectáculo ha sido…

—¡… maravilloso! —exclamó el hombre con entusiasmo—. Las bailarinas, sobre todo. Y esa chamana le ponía a uno los pelos de punta.

Vivian habría podido confirmarlo, aunque por motivos diferentes. Sin embargo, asintió una vez más con educación y luego fue hacia la entrada del escenario. Estaba vigilada por el joven que antes atendía la barra, que escuchó con cierta indiferencia el pretexto de Vivian de tener que entrar porque decía haber descubierto a una amiga entre las bailarinas.

—Puede esperarla en la puerta de artistas —repuso el chico—. Pronto saldrán todas.

—Pero es que fuera hace frío —objetó Vivian, y señaló a su hija.

Ni hecho adrede, la pequeña tosió un poco.

El joven lo pensó un instante.

—¿A quién cree haber reconocido? —preguntó.

Vivian contestó sin dudar:

—A Kinmitu, la chamana. La conozco de su poblado. Era partera con los dakelh cuando mi hija vino al mundo.

El vigilante sonrió.

—¿En serio? ¿De verdad sabe de cosas medicinales? ¿O de sanación, o como se diga? Pensábamos que en realidad solo montaba un buen espectáculo. Bueno, no me interpondré en su reencuentro. Siga recto por el pasillo. Es el tercer camerino de la izquierda.

Vivian le dio las gracias y pasó por la cortina que ocultaba la puerta de acceso a la zona de artistas para avanzar por el pasillo de los camerinos. Giselle, cogida de su mano, soltó un hipo.

—Me parece que han sido demasiados cacahuetes. —Vivian suspiró y se agachó hacia la pequeña, que entonces se puso a bostezar—. ¡Y también estás cansada! Ay, cielo, hazme el favor de aguantar un poquito más, hasta que haya hablado con Kinmitu.

La puerta del camerino de la chamana estaba abierta. No debía de tener que hacer mucho cambio de vestuario, sino simplemente ponerse unos pantalones de cuero para complementar el vestido suelto y corto, así como desmaquillarse. En Barkerville solo llevaba un par de líneas blancas pintadas en la cara; allí, en cambio, se

había puesto maquillaje de escenario porque, si no, los espectadores no verían su expresión.

—*Howdie*, Kinmitu. ¿Dónde está Ross? —Vivian no perdió el tiempo con grandes introducciones.

La joven se volvió hacia ella y sus ojos destellaron al instante con una ira apenas contenida.

—¿Acaso quieres recuperarlo? Pues voy a decepcionarte, ¡ya no lo tengo conmigo!

—No puede decirse que nunca lo tuvieras —afirmó Vivian—. Si alguna vez ha pertenecido a alguna mujer, fue a mí. Hasta que me abandonó. Y yo no pienso correr tras él.

—A mí también me abandonó —confesó Kinmitu—. Y se llevó todo el oro.

De modo que ese era el motivo de su ira.

—¿Encontrasteis algo? —preguntó Vivian, sinceramente sorprendida—. ¿En cantidades considerables?

Kinmitu irguió la cabeza.

—¡Ya lo creo, blanca que no cree en la fuerza de los espíritus! ¡Ross siguió mi guía y sacamos una fortuna!

Vivian no estaba del todo convencida.

—Los últimos que siguieron tus indicaciones terminaron sepultados bajo toneladas de tierra —se burló.

—Un sacrificio para los espíritus —repuso la chamana sin inmutarse—. Después fueron compasivos con nosotros.

—Eso no les ha devuelto la vida a Harold y a Tony —insistió Vivian—. Pero ¿cómo es que te abandonó? Podríais haber encontrado más aún.

Kinmitu torció el gesto.

—No le gustaba mi forma de gastar el dinero. Lo regalaba, apostaba con él. Los ktunaxa no le damos mucha importancia al dinero ni al oro.

Vivian se enteraría más adelante de que Kinmitu había lanzado dinero por la ventana de su habitación de hotel mientras daba gritos de júbilo. También había esparcido billetes de dólar allí por donde caminaba. Estaba loca, sin duda. No obstante, eso no era motivo para robarle.

—El caso es que se marchó, de la noche a la mañana —añadió Kinmitu.

—¿Sin otra mujer esta vez? —quiso saber Vivian, aunque luego pensó que Ross también había abandonado el ejército y las carreras sin que ninguna mujer lo hubiera empujado a ello.

Con suficiente dinero en el bolsillo, seguramente se había atrevido a seguir sus propios planes él solo.

—Quería ir a Montreal, creo —afirmó Kinmitu—. Al hipódromo. A trabajar por su cuenta entrenando caballos. Me habría llevado con él, pero no quise. Eso es aburrido. Además, ¡yo soy chamana!

—Ahora mismo, más bien bailarina —comentó Vivian, sucinta—. ¿Y no querías buscar oro tú sola?

—Sigo mi propio camino —contestó Kinmitu.

Vivian recordó que les había dicho eso mismo a Colleen y a Teacher.

—Pero no vuelvas a engatusar a unos pobres necios para que horaden la montaña —dijo Vivian—. Si no, aún te quemarán por bruja.

Dio media vuelta y se fue en busca del camerino de las bailarinas de cancán. Ya que estaba allí, podía hablar también con esa mujer

que tenía un parecido tan increíble con Jean-Luc. Sin embargo, Giselle ya había aguantado mucho rato. Durante su conversación con Kinmitu había proferido unos ruiditos, como si se atragantara, y cuando Vivian la cogió entonces en brazos para consolarla, la niña le vomitó en todo el vestido e incluso en el pelo.

—Mamá —gimió—. Mamá, agua…

7

—Pues sí, está claro que ahora necesitamos agua.

Vivian dejó en el suelo a su hija llorosa, que enseguida se aferró a su pierna, y sacó un pañuelo con un suspiro. Sin embargo, aquel desastre no era tan sencillo de limpiar. Pensó que tal vez fuera mejor cruzar la sala del teatro en ese estado desastroso para ir a buscar el abrigo al guardarropa con la niña lloriqueando y regresar a casa, pero desechó la idea. En lugar de eso, acarició a su hija, volvió a cogerla en brazos y le susurró unas palabras para tranquilizarla.

Cuando Giselle se acurrucó contra su hombro, Vivian se dirigió al camerino de las bailarinas, fácilmente reconocible por el alegre parloteo y las risas que salían al pasillo. Abrió la puerta con decisión y se encontró en una sala pequeña en la que apenas cabían un tocador y un perchero. Allí solo había una mujer sentada delante del espejo, mientras que, en otra sala anexa mucho mayor, la *troupe* al completo estaba desmaquillándose y cambiándose de ropa. La mujer llevaba una bata —marrón, sencilla, que parecía hecha más bien para un hombre— y en ese momento se quitó la peluca. Debajo apareció un pelo corto, castaño oscuro. Sus manos esbeltas se introdujeron en él y lo masajearon un poco antes de retirar las pestañas y las cejas postizas…

Vivian apenas podía creer la transformación que estaba presenciando, pero su sospecha se convirtió en certeza.

—Jean-Luc —dijo casi sin voz.

Jean-Luc se volvió y reconoció a la muchacha con aires de ninfa que invadía su pensamiento una y otra vez desde París. La melena color canela, la figura delicada, el rostro expresivo e inteligente; aunque tenía restos de vómito en el pelo, llevaba en brazos a una niña que lloraba y su cuerpo no estaba engalanado por un tutú blanco, sino por un vestido verde de algodón que había quedado empapado.

—¿Vi-vi-an? —balbuceó.

Los dos se quedaron mirándose sin poder creer lo que veían. Ella siempre había pensado en Jean-Luc como en un príncipe: elegante y ágil, pero indudablemente masculino. De pronto tenía delante una parodia, y por su forma de bailar tampoco le había parecido que solo interpretara a una bailarina.

Antes de partir con Ross hacia Canadá, Vivian imaginaba reencontrarse con Jean-Luc cuando ella fuera la mecenas de un teatro en el que él actuara. Él se habría convertido en un bailarín noble y famoso, y ella quizá en la esposa de un lord que ofrecía una cena en su casa de la ciudad para apoyar al teatro. Tal vez, al acabar, incluso habría bailado con ella…

Si Jean-Luc había pensado alguna vez en volver a verla, había sido sin duda como bailarina. Vivian no podía haber renunciado a su sueño. Había imaginado que la veía en lo alto del escenario, en una representación a la que tal vez él había acudido con su esposa, Joana. Después habría tenido lugar una recepción para los artistas, y a lo mejor él habría bailado otra vez con ella…

—No te pareces al bailarín que conocí —dijo Vivian.

Jean-Luc sonrió.

—Ya, debo reconocer que no —repuso él, y se retiró algo de maquillaje de la cara con un pañuelo húmedo. Tras pensarlo un instante, le tendió un puñado de pañuelos a ella—. Tu vestuario tampoco es muy convencional.

Vivian le dio las gracias y se esforzó por limpiarse todo lo posible, tanto a ella como a Giselle. Mientras tanto, observó a Jean-Luc, que, con cada gesto al desmaquillarse, volvía a transformarse en el hombre que tanta impresión le había causado en París. Tenía la piel algo más curtida y se le veían unas primeras arruguitas.

—¿Es tu hija? —preguntó señalando a la niña, que seguía lloriqueando.

—Giselle —dijo Vivian.

Él sonrió.

—¿El padre es bailarín?

Ella negó con la cabeza.

—No. Era… Es… un desengaño. Bueno, sabía bailar bailes de salón y me enseñó a mí. Pero bailar, lo que se dice bailar, solo lo he hecho contigo.

—Podríamos volver a hacerlo —dijo él en voz baja.

Vivian arrugó la frente.

—¿Bailar el cancán? ¿Con… Jeannette?

Jean-Luc le dirigió una mirada desesperada.

—Aquí soy profesor de baile, Vivian. Y apoderado. Mi actuación de hoy ha sido una especie de apuesta.

Para entonces, las demás bailarinas ya se habían fijado en ellos. Acababan de descorchar una botella de champán y bebían riendo a

la salud de su «Jeannette». Dos de ellas entraron entonces en la salita de Jean-Luc con una botella y una copa.

—¡*Oh là là*, Jeannette tiene visita! —exclamó una, riendo.

Jean-Luc la miró con severidad.

—Basta, June. Un poco más de respeto, por favor. La señorita Altham ya se ha llevado suficientes sorpresas al verme disfrazado.

—Señora Wallett —lo corrigió Vivian.

Las bailarinas soltaron unas risillas. June cogió la peluca de Jean-Luc y se la puso para posar con descaro.

—No se preocupe, señora Wallett. ¡A partir de mañana volverá a ser Jean-Luc y nos torturará en la barra de ballet!

Vivian se esforzó por sonreír.

—Lo sé. También lo hizo conmigo. Fui alumna suya en París.

Todas las chicas, al darse cuenta de lo que pasaba, se apretaron en la puerta del pequeño camerino de Jean-Luc hablando unas por encima de otras.

—¿De verdad? ¿En París?

—¿En la Ópera?

—¿Ballet de verdad? ¿Lo que baila Jean-Luc cuando cree que nadie lo ve?

—¿Eres una… *prima balletina*?

—¡Se dice *ballerina*! ¿Lo eres?

En realidad, Vivian estaba demasiado desconcertada y confusa por ese inesperado reencuentro para contestar a tantas preguntas, pero al final se recompuso y explicó que sí, que había bailado ballet en París, pero que solo había sido una principiante, no una bailarina de verdad.

—Pero ¿bailaste con Jean-Luc? —preguntó June.

Los dos se miraron.

—Sí —dijeron al mismo tiempo—. Una vez.

En los ojos de ambos se reflejó el recuerdo de aquel pequeño baile que nunca habían olvidado. Las más sensibles de entre las muchachas supieron ver el vínculo que continuaba uniéndolos. Una morena bajita se puso al frente de las demás. Era evidente que se había pasado un poco con el champán.

—¡Queremos verlo! —exclamó—. ¡Tenéis que enseñárnoslo! Cuidaremos de la niña mientras tanto.

Las demás aplaudieron.

Giselle se había calmado por fin y estaba más o menos limpia. Había bebido un par de sorbos de agua y, a punto de quedarse dormida, apretaba la carita sucia contra el hombro de su madre.

—Pero ¿dónde? ¿Aquí? —preguntó una de las mayores mirando el escaso espacio del camerino comunitario, donde, además, reinaba un desorden descomunal.

—Qué dices, ¡en el escenario! —propuso June—. Ahora no hay nadie…

—¿Y la fiesta del estreno? —objetó otra.

Jerry Effort las había invitado a todas a tomar algo una hora después de la representación.

—Será en la sala, y todavía no ha empezado. Dejaremos el telón bajado y listos.

Las bailarinas discutieron con entusiasmo mientras los dos protagonistas seguían inmóviles, ambos perdidos en sus recuerdos.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Jean-Luc en voz baja—. ¿Todavía te acuerdas? La danza campesina de *Giselle*.

Vivian asintió. No entendía lo que estaba pasando: era del todo imposible que fuera a bailar en un escenario con su vestido manchado y sus botas recias, pero algo en su interior deseaba intentarlo.

A Jean-Luc parecía sucederle algo similar.

—¡Pues vamos! —exclamó.

Las bailarinas de cancán gritaron de alegría. Acompañaron a la pareja hasta el escenario y luego se sentaron en círculo en el suelo para contemplarlos. June se encargó de Giselle.

—Sé lo que me hago, tengo tres hermanas pequeñas.

Vivian se miró las botas con inseguridad.

—Quítatelas —dijo Jean-Luc—. Eres una campesina, puedes bailar descalza.

Él había cogido unas zapatillas de piel y, para regocijo generalizado, se las puso por encima de las medias de rejilla. Se quitó la bata y las mujeres aplaudieron al ver su torso musculoso, aunque la faja que llevaba todavía y los voluminosos pololos de encaje de bailarina de cancán le daban un aire más bien de fantoche.

Vivian no percibió nada de eso. Solo notó su mano, que tomaba la de ella para dirigirla en el baile. Jean-Luc tarareó la música de la salida a escena y Vivian realizó los pasos con tanta naturalidad como si hubiese ensayado esa danza campesina el día anterior. No era muy difícil, solo interpretaban a una pareja de campesinos que bailaban en segundo plano, no a Giselle y a Albrecht. Aun así, era ballet, y estaba bailando con Jean-Luc, no sola, como todos esos años en los que ensayaba cada vez que creía que nadie la veía, en algún rincón algo apartado del campamento, en el bosque o junto a

un lago. Se sintió flotar y volar, y le dio completamente igual que el vestido le oliera a cacahuetes vomitados o que su príncipe llevara ropa interior de mujer.

Vivian estaba feliz y terminó la actuación con una delicada reverencia. Jean-Luc se inclinó también, ante ella y ante el público.

Las mujeres aplaudieron con frenesí y poco a poco fueron regresando a la realidad.

—Tenemos que prepararnos para la fiesta del estreno —recordó una de ellas.

La mayoría de las chicas estaban todavía a medio desmaquillar y se rieron por lo bajo.

—Jean-Luc no puede presentarse así. ¡Eso seguro! —observó June.

—¡Y tú tampoco! —le dijo una joven a Vivian—. Señora Wallett, tenemos que encontrarte algo.

—Pero es que yo… Nosotras… —Señaló a Giselle—. No podemos colarnos en vuestra fiesta.

—¡Qué tontería! —Las bailarinas acabaron con sus reparos—. De todas formas, a partir de ahora bailarás con nosotras, ¿verdad? ¿Para qué has venido si no?

—Es una larga historia —repuso Vivian—. Será mejor que me marche, sobre todo porque tengo que acostar a la niña.

—Yo también debería ir a cambiarme —dijo Jean-Luc—. Pero me encantaría que te quedaras.

—¿A la fiesta o a bailar? —preguntó Vivian, que empezaba a pensar de nuevo.

Haber encontrado a Jean-Luc allí, en el lejano Canadá, no era solo una coincidencia maravillosa, sino también una oportunidad

para ganarse la vida y mantener a Giselle. En el teatro siempre habría alguien que pudiera cuidar de la niña mientras ella ensayaba o actuaba.

—Las dos cosas —contestó él—. Te encontraremos algo.

Vivian no sabía si hablaba de un papel o de un vestido para que pudiera quitarse el suyo sucio. Entre el vestuario de las bailarinas no dio con nada, ya que todas tenían una constitución menos delicada y muchas más curvas femeninas que ella. Al final, a una se le ocurrió que la joven del número acrobático también era muy grácil y fue a su camerino mientras las demás le quitaban a Vivian el vómito de su hija, le lavaban el pelo y la peinaban.

—Ya casi no huele —constató June, y roció a Vivian en abundancia con un perfume algo penetrante.

La otra joven regresó con un vestido que a la acróbata no le importó dejarles.

—Ella volverá a ponerse la ropa de la representación —explicó la bailarina.

Vivian se probó el vestido. Era negro y muy bonito. La acróbata debía de haberlo elegido especialmente para la fiesta del estreno, después de la función. Vivian miró a su hija, que estaba en el suelo, durmiendo tranquila entre un par de piezas del atrezo. El tarareo de Jean-Luc la había hecho caer rendida.

Por fin estuvieron listos. June levantó a Giselle con cuidado y Vivian, nerviosa, siguió a Jean-Luc y a las bailarinas al salón del teatro, donde Jerry Effort en persona les sirvió champán a sus artistas. También había un bufet con pequeños manjares del que las jóvenes se sirvieron con apetito. Jean-Luc le presentó a Vivian al dueño del establecimiento como una antigua alumna y compañera

de París. Sonó un poco como si de verdad hubiera bailado los grandes papeles de ballets famosos.

—¿Y ahora quiere engrosar nuestras filas? —preguntó Jerry. Era evidente que Vivian le había gustado—. ¿Ha bailado el cancán alguna vez?

Su rostro transmitía simpatía, aunque también cierto escepticismo. Vivian entendía por qué. De hecho, ya mientras intentaba encontrar un vestido que le quedara bien entre la ropa de las bailarinas se había preguntado si encajaría en la compañía. El cancán era frívolo y las mujeres alardeaban de sus atractivos con alegría. Las curvas femeninas eran imprescindibles para una bailarina de cancán, mientras que la bailarina de ballet clásico debía tener una constitución más bien andrógina. En los papeles soñados de Vivian, las bailarinas eran de una belleza etérea.

—No había pensado incluir a la señorita Altham en el cancán —intervino Jean-Luc—, sino darle un papel en solitario. Como el baile de Kinmitu.

Jerry Effort puso entonces cara de interés porque Kinmitu era sin duda una de las estrellas del espectáculo de variedades. En esos momentos, la chamana estaba hablando con el mago en un rincón de la sala mientras la ayudante de este escuchaba con una expresión algo avinagrada. Vivian podía imaginar lo excluida que debía de sentirse.

—Lo pensaremos —repuso Jerry Effort, y con eso se despidió por el momento de Jean-Luc y Vivian. Tenía que charlar con los demás artistas, que por supuesto querrían oír lo contento que estaba el jefe con sus actuaciones.

Jean-Luc se hizo con una botella de champán y un par de bocados y volvió a llevar a Vivian al escenario, tras el telón. Buscó unas mantas con las que improvisaron una camita para Giselle y la pequeña siguió durmiendo entre ambos mientras ellos se contaban sus historias.

Él no la tocó, pero fue una noche mágica.

—¿Y qué es lo que has pensado para mí? —preguntó Vivian al cabo de un rato—. ¿Podríamos bailar juntos, quizá?

Jean-Luc negó con la cabeza.

—No, el señor Effort me lo dejó inequívocamente claro desde el principio: nada de bailarines masculinos. Pero te encontraremos algo.

—¿Como lo de Kinmitu? —preguntó ella con ciertas dudas. Ya se había estremecido antes, cuando Jean-Luc había mencionado a la chamana.

Él sonrió.

—No, Vivian —dijo—. Tú sí que hechizarás a la gente de verdad.

8

—¿Qué tal se te da cantar? —le preguntó Jean-Luc a la mañana siguiente.

Vivian se había presentado con puntualidad a los ensayos de las bailarinas de cancán y había calentado con ellas. Después se quedó en la barra y, mientras él practicaba con las demás, de una en una o en grupo, a ella iba dándole instrucciones y la corregía. Era su primera clase de ballet de verdad desde hacía años y, aunque quedó completamente sudada, la disfrutó mucho. Las demás chicas ya habían terminado y se habían ido, solo June seguía allí para cuidar de Giselle.

Jean-Luc tenía tiempo para dedicarle a Vivian y a su número en solitario.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, sé entonar —contestó—. Por lo menos aún no se ha quejado nadie cuando le canto a Giselle para dormirla, y en el coro del internado no desafinaba mucho. Pero ¿bastará eso para la ópera?

Jean-Luc se echó a reír.

—No hará falta tanto. Cántame algo, lo que quieras. Algo pequeño, sencillo. «Au clair de la lune», ¿la conoces?

Vivian asintió. Por supuesto que conocía esa antigua tonada francesa sobre la luz de la luna que podía interpretarse como una

cancioncilla infantil, pero también como una canción de amor. Empezó a cantar en voz baja y, en cuanto Jean-Luc se sentó al piano para tocar un acompañamiento simple, poco a poco fue ganando seguridad. A los dos les pareció que sonaba bien. Vivian tenía una voz de soprano dulce y suave, muy expresiva, aunque no lo bastante potente para llenar una gran sala. Por suerte, el teatro de variedades era más bien pequeño.

—Presta atención, Vivian. Así es como lo había imaginado. —Jean-Luc se volvió hacia ella en el taburete del piano—. El escenario está a oscuras salvo por una luna creciente. Tú estás sentada en el borde de una fuente, en un viejo pueblo francés, y a tu alrededor se intuyen casas de labranza. La luna va creciendo más y más a medida que cantas…

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Recursos escénicos. Y no me vengas ahora con que no puede ser. En el número de Kinmitu tampoco se aparecen los espíritus. Tal como lo imagino, al principio se te ve medio en penumbra, luego te iluminas más y más. Llevas un vestido blanco, muy ligero, con muchos tules, pero sin tutú. Entonces empiezas a bailar y diriges tu ruego a una ventana de la primera casa. Con pantomima: no tienes por qué cantar y bailar a la vez.

Se había levantado y esbozó un par de pasos de baile. La canción trataba sobre una luz que quien cantaba le pedía al habitante de la casa. En un sentido figurado, se trataba de una petición de amor. El baile que improvisó Jean-Luc lo expresaba de una forma que derretía el corazón.

Vivian debía cantar entonces la segunda estrofa.

—O quizá directamente la tercera —reflexionó Jean-Luc—. Cuando vuelvas a bailar, se encenderá la luz de la ventana y te moverás iluminada por su rayo, de manera que quedarás unida a la ventana.

—¿La luz nos une al hombre que hay tras la ventana y a mí? —preguntó Vivian con seriedad—. ¡Parecerá que me estoy ofreciendo a él!

—Solo en un sentido figurado —puntualizó Jean-Luc—. Pides luz y la recibes, pero no se verá a ningún hombre.

—Pero, al final de la letra de la canción, la puerta se cierra tras ellos —repuso Vivian, todavía no muy convencida—. De modo que él la deja entrar y entonces…

—También podemos hacer que al final salga el sol —propuso Jean-Luc—. No estaría nada mal. Tú terminas tu baile bañada por la luz de la ventana, puedes hacer una reverencia, casi como si le dieras las gracias a quien te ha ofrecido la luz, y entonces la luna se va apagando, toda la iluminación del escenario se enciende y el público por fin puede verte bien y aplaudirte. Cambiaremos la letra y listos.

—Hmmm… —hizo Vivian—. Enséñamelo a ver.

Durante las semanas siguientes, trabajaron en el baile hasta que por fin Vivian lo interpretó con el corazón palpitante para presentárselo a Jerry Effort. Las chicas del cancán ya lo habían visto y estaban entusiasmadas, pero para ella era la primera representación de verdad, y la lógica de la pieza no acababa de encajarle todavía.

—¡Eso da igual! —exclamó June—. Que cada cual piense lo que quiera. El caso es que es precioso: la luz, el vestido, el baile. Te llega al corazón.

El vestido se lo había cosido la vendedora de entradas de cara avinagrada, que también trabajaba como encargada de vestuario y no sabía si alterarse más porque Vivian no llevara corsé o porque en todo el teatro no hubiera un corsé de su talla. Ella, en realidad, tenía el suyo, pero hacía mucho que estaba desgastado y dado de sí, puesto que era el que se había llevado de Inglaterra hacía años. Para la función necesitaba un vestido holgado que dejara a su cuerpo moverse con libertad, y la señora Potter, aunque protestando, se lo cosió con raso y encaje.

—La tela es de un vestido de novia —informó June con una risilla —. Me lo ha contado la mujer que se lo ha vendido. Lo trajo hasta aquí desde Quebec, por los recuerdos románticos que le traía. Luego el tipo la abandonó.

A Vivian le parecía horrible la cantidad de veces que ocurría eso allí, en los confines más remotos de la Columbia Británica, sobre todo porque había escasez de mujeres. Sin embargo, las que habían conseguido llegar con sus maridos a la costa oeste de Canadá ya no querían jugar a las casitas, quedarse en la cocina o batear oro solo de vez en cuando. Querían que se las oyera y tenían opiniones propias, que a menudo eran contrarias a las de los aventureros y exploradores con los que trabajaban sus maridos. A estos, moverse de un sitio a otro con total libertad les parecía mucho más atractivo que sacar adelante una familia, y entonces las mujeres debían valorar en qué situación quedaban. Si tenían suerte y talento,

acababan bailando el cancán, pero a menudo también vendían su cuerpo en salones de mala muerte.

A Vivian, si a Jerry Effort le gustaba la coreografía que habían creado, de pronto se le abría la posibilidad de convertirse en una aplaudida bailarina en solitario.

Jean-Luc se había ocupado mucho más de plasmar sus ideas en la escenografía y la técnica que del baile de Vivian; parecía confiar ciegamente en ella. El éxito del número dependía por completo de que la luna saliera y se pusiera en el momento oportuno, así que al final decidieron hacer que una luna llena se desplazara en semicírculo sobre el escenario y, así, conseguir unos efectos sorprendentes con la iluminación, en lugar de que la luna creciente se convirtiera de pronto en una llena. Al final de la representación salía el sol.

Effort estaba sentado a oscuras en la sala, y también otros, como los acróbatas y el mago, se habían unido a él. En el último momento, hasta Kinmitu se sentó a una de las mesas del fondo.

Vivian cantó y bailó al ritmo de la música del piano. Junto a una orquesta, seguro que su voz no habría resistido; allí, en cambio, sonaba preciosa, dulce y seductora, y el baile contaba la extraña historia de amor y de esa luz que al final ella parecía alcanzar con las manos, hasta que el sol salía y rompía el hechizo.

Vivian se irguió tras la reverencia final y saludó al sol como si despertase de un sueño. Se echó el pelo suelto hacia atrás y miró al público con incredulidad. Effort y los demás también parecieron necesitar unos momentos para volver a la realidad tras la actuación. Entonces rompieron a aplaudir.

—¡Ha sido increíble! —exclamó el propietario, entusiasmado—. ¡Legendario! Mañana mismo lo incluiremos en el programa. ¡Jean-Luc, otra obra maestra! Tenemos que hablar de sus honorarios. Y también de los de la encantadora Vivian, por supuesto. ¿Cómo se apellidaba usted? ¿Vivian Wallett? Es un nombre artístico estupendo. Pero nos olvidaremos del «señora»: la señorita Vivian Wallet. ¡Fabuloso!

Vivian se encontró de pronto con unos beneficios de cincuenta dólares por representación, algo increíble para ella. Por fin podría alquilar un piso y también pagar a alguien para que cuidara de Giselle.

Esperó su debut contentísima, y acabó recibiendo tanta admiración por parte de los buscadores de oro y los comerciantes de Yale como la había tenido de Jerry Effort y sus compañeros en el ensayo general.

Kinmitu fue la única que no llegó a felicitarla.

Durante los meses siguientes, la fama de Vivian creció de noche en noche. Effort le había pedido que, además de la canción en francés, preparara también una en inglés, y Jean-Luc repitió el exitoso concepto de canto y baile preparando una coreografía a medida para la tonada escocesa «The Braes of Balquidder». Una muchacha, o un hada, evocaba en ella su amor en el maravilloso paisaje de las Tierras Altas. Jean-Luc cambió un poco la letra, porque la original habría exigido a un intérprete masculino, pero le resultó sencillo, y el baile de Vivian por un decorado lleno de flores con las que trenzaba

una corona que al final se ponía en el pelo fue fácil de coreografiar. Su voz resultaba seductora e íntima al entonar la última estrofa:

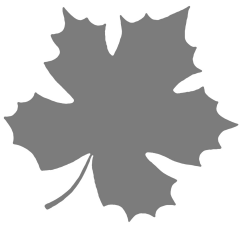
¿Querrás venir, amor mío,
me seguirás hasta los altos de Balquidder,
donde crecen los arándanos?
Un día de verano en los altos de Balquidder…

—¡Yo sí iría! —exclamó Jean-Luc cuando, tras la representación, Vivian regresó a los camerinos, resplandeciente, con los brazos llenos de flores que sus admiradores le habían lanzado al escenario.

—¿Y te quedarías también durante el invierno? —preguntó en voz baja.

—Todo el tiempo que tú quieras —susurró Jean-Luc.

Vivian levantó el rostro hacia él, que la besó.



LENCERÍA

Yale, invierno de 1866/1867-Victoria, invierno de 1868/1869

1

Cuando regresó a Yale al invierno siguiente, Colleen apenas podía creer la transformación que había sufrido su amiga. Ella conducía su propio trineo de perros, tirado por varios ejemplares pequeños de cruce de husky que corrían con gran empeño. Teacher se había quedado en Cottonwood; los cachorros de la segunda camada de Angel nacerían cualquier día de esos y ninguno de los dos quería dejarla sola. Por supuesto, Colleen habría preferido quedarse ella con su perra, pero también quería volver a ver a Vivian y a Giselle.

—Además, Angel ya no se lleva tan bien conmigo desde que me paso horas y horas trabajando con los perros más jóvenes todos los días en lugar de contemplando cómo vuelve a crecerle la barriga —explicó riendo—. Sam, en cambio, es un padre entregadísimo. No me echarán mucho de menos. Y ahora, venga, ¡explícamelo todo! ¿De verdad conocías a ese tal Jean-Luc de París?

Vivian y Jean-Luc habían acabado viviendo en el mejor hotel de la ciudad. Cada uno tenía una habitación a su nombre, la de Vivian y Giselle era incluso una suite donde también había sitio para los juguetes de la pequeña. Giselle recibía regalos de todo el mundo. Era una niña despierta que cautivaba con su encanto y su curiosidad infantil.

Alojarse en el hotel no era barato, pero Vivian y Jean-Luc podían permitírselo, y eso les ofrecía la posibilidad ideal de guardar las

apariencias: podían vivir juntos sin convertirse en la comidilla de la ciudad. Aunque, desde luego, ¡Vivian ya lo era de todas formas! Sus admiradores, hombres y mujeres por igual, acorralaban a la cantante y bailarina. El teatro de variedades estaba lleno hasta los topes todas las noches. A esas alturas, Giselle ya tenía un cochecito deportivo que el carretero local había fabricado siguiendo las indicaciones de Vivian, y contaba con una niñera que cuidaba de ella cuando acompañaba a su madre a ensayos y funciones. La niña, que hasta entonces siempre había sido muy buena y había soportado todas las peripecias de su madre, empezó a desarrollar un carácter muy suyo. Siempre quería mirar cuando Vivian bailaba, y ni una sola vez interrumpía el espectáculo gritando o llorando.

—¡Está guapísima! —exclamó Colleen con alegría mientras acariciaba los suaves rizos oscuros de Giselle.

También ella parecía feliz, aunque el duro viaje le había pasado factura, desde luego. El trabajo con los perros la llenaba por completo. Aceptó el ofrecimiento de Vivian de darse un baño en su suite, pero prefirió no dormir allí, sino en el establo, con sus animales. El espectáculo de variedades le entusiasmó, aunque la oscura actuación de Kinmitu la removió por dentro. Le recordó aquella noche de tormenta de hacía más de dos años, cuando Vivian y ella tuvieron que ver con impotencia cómo el derrumbe de la mina de Kinmitu se tragaba a dos jóvenes.

—¿La hará feliz esto de aquí? —preguntó después de la función, sentada con Vivian y Jean-Luc en el salón del hotel.

Él había recibido a la particular amiga de su amada con cierto recelo, pero enseguida le cogió cariño. También Jean-Luc era bastante callado fuera de su propio pequeño mundo, y también le

apasionaba su trabajo. Además, después de lo que había visto de la Columbia Británica y de todo lo que le había contado Vivian, solo podía sentir un gran respeto por una mujer que había cruzado las Rocosas ella sola desde Montreal a Barkerville.

—Kinmitu debe de estar aún dolida por lo que le hizo Ross —comentó Colleen.

Vivian se encogió de hombros.

—No lo sé, no consigo que me cuente nada. Sigue afirmando que invoca a los espíritus, pero probablemente lo sucedido en Barkerville la asustó incluso a ella, porque al menos ya no se acerca a los mineros. En cambio, suele vérsela en compañía del mago que actúa en el espectáculo. Creo que le gustaría tenerlo de socio porque él podría hacer más creíbles sus invocaciones. Sin embargo, está muy arraigado aquí. Y casado, además; su ayudante, Sharon, es también su esposa. Se denomina a sí mismo artista del ilusionismo e insiste en que nada de lo que hace tiene que ver con la magia.

—Y no es difícil de creer —añadió Jean-Luc con una sonrisa—. Sharon, por lo menos, no sabe nada de encantamientos. Si no, hace tiempo que habría enviado a Kinmitu junto a sus espíritus sin pensárselo dos veces. Y, por cierto, las bailarinas dicen que Kinmitu hace magia negra. Por dinero. Y que tiene clientas entre las mujeres de la ciudad —añadió.

Vivian lo miró arrugando la frente.

—¿De eso hablas con las chicas? Pensaba que te mantenías alejado de los chismorreos.

La variopinta *troupe* de bailarinas de cancán estaba muy bien informada de todo lo que sucedía en Yale. Cada una de ellas vivía en circunstancias muy distintas: algunas estaban casadas, otras tenían

amantes, un par criaban a sus hijos ellas solas. Varias habían trabajado antes como prostitutas y conocían a otras mujeres de los bajos fondos. Jean-Luc intentaba impedir las habladurías dentro de la compañía; quería evitar peleas y envidias, sobre todo. Nunca prestaba oídos a las calumnias.

—No les he preguntado yo. Y, en el fondo, se trata de ti, cariño. Las chicas quieren advertirme sobre Kinmitu porque, por lo visto, ha lanzado maldiciones en tu contra.

—Hasta ahora, sin ningún efecto tangible —replicó Vivian con sequedad—. Eso son tonterías, Jean-Luc. Por supuesto que puede estar celosa, pero…

—¿Que puede estarlo? —preguntó Colleen—. ¡Vivian, tiene que estar muerta de celos! Aparte de ti, ella es la única bailarina con un número en solitario, y también es muy admirada. ¡Pero a ti la gente te idolatra! Y eso que, siendo la chamana, debería sucederle a ella. Además, tú tienes dos actuaciones por noche, y ella, solo una.

Vivian asintió. También sabía que Kinmitu había pedido hacía un tiempo un segundo número por función. Sin embargo, apenas tenía una vaga idea de las novedades que quería introducir la joven. Jerry Effort le había dicho que no y había apostillado que no apoyaba la magia negra.

—Tal vez sí deberías andarte con más cuidado, Vivian —opinó Colleen—. Es evidente que no puede hacer magia, pero ¿sabemos acaso de qué sería capaz? Yo diría que de mucho.

Vivian se frotó la frente.

—Hablando de otra cosa —dijo para cambiar de tema—. Un asunto de mujeres. ¡No escuches, Jean-Luc! —Se echó a reír—. Aunque también te concierne, en cierto sentido. Debes saber,

Colleen, que hasta ahora Jean-Luc solo ha tenido una gran actuación sobre el escenario…

Miró de Colleen a Jean-Luc y sonrió de oreja a oreja. Todos habían bebido un poco y estaban algo achispados.

—He oído hablar de ello —dijo Colleen con dramatismo—. Como Jeannette. Las señoras siguen comentándolo. Debió de ser legendario, pese a la ya entonces lamentable falta de corsés en esta ciudad. También me he enterado de eso.

Vivian se echó a reír.

—Puedo corroborarlo. Mi corsé sigue siendo el de Inglaterra, y las bailarinas los necesitan para su actuación. También nos faltan pololos con encajes, corpiños y ligueros. Aquí no se consigue nada decente o, mejor dicho, solo los hay decentes. En las tiendas lo único que venden son feos calzones de color carne.

—*Lingerie*, cariño —la corrigió Jean-Luc—. Todo eso puede agruparse dentro del concepto de «lencería», que es todo lo contrario a los calzones.

—Trabajó como profesor en una escuela de señoritas —explicó Vivian con un tono de disculpa.

—Mientras tú te paseabas por los bosques con tramperos y cazadores —soltó Colleen—. ¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?

—A las mujeres les gustaría pedirte una cosa —dijo Vivian—. Quieren que vayas de compras por ellas y que, la próxima vez que vengas con el trineo, se lo traigas.

Colleen arrugó la frente.

—Pero entiendo muy poco de ropa interior. Siempre he tenido solo lo más barato, no podía ni soñar con encajes. Tendréis que

hacerme una lista de todo lo que necesitáis. Y, aun así, no sé de dónde lo sacaré.

Vivian se encogió de hombros.

—Inténtalo en Montreal o en Quebec, que están llenas de franceses y venderán esa clase de cosas. Y, si no hay más remedio, tendrás que encargarlo de París.

Al día siguiente, después del ensayo, Vivian y Colleen se reunieron con las bailarinas de cancán y comentaron lo que necesitaban. Las chicas estaban tan ilusionadas que se les fue la mano pidiendo sus deseos más extravagantes, hasta que la señora Potter, la avinagrada encargada de vestuario, les puso freno.

—El teatro no puede hacerse cargo de la factura de todo eso —afirmó con severidad—. Esas blusitas y esos corpiños no se verán en el escenario. ¡Bonito estaría! Solo con que enseñéis los pololos y esas medias seductoras…

—¡Pero podemos comprárnoslos nosotras mismas! —exclamó June—. Al fin y al cabo, ganamos el dinero con el que mantenemos a nuestras familias. También nos merecemos comprar algo bonito para nosotras alguna vez. Solo que en este maldito pueblucho no hay ni una tienda en la que pueda encontrarse algo. ¡Tú tráenoslo, Colleen! ¡Trae todo lo que puedas! ¡Que nosotras te lo compraremos!

Las demás aplaudieron.

Colleen le lanzó una mirada a Vivian.

—¡Me parece una idea de negocio estupenda! Pero ¿Montreal y París? Tal vez lo consiga en Victoria, que está más cerca…

—En San Francisco hay catálogos de venta por correo —explicó la señora Potter, algo a regañadientes—. Podríamos conseguir uno y…

—¡No, no! —protestó June—. No queremos ningún catálogo. ¡Queremos corsés! Lo antes posible. Así que, venga, apuntad vuestras tallas y lo que os gustaría comprar.

—¡Si se puede, encárgalo ya por telégrafo! —propuso otra bailarina—. Tu gente de Barkerville podría pasar el encargo.

—De Cottonwood —la corrigió Colleen—. Pero ¿será Sam capaz de eso?

Vivian hizo un gesto restándole importancia.

—Teacher ha sido capaz de muchas otras cosas —sentenció.

Una hora después, Colleen se acercó a la oficina de telégrafos de Yale con una lista larguísima. Le pareció una pena no poder verles la cara a Teacher y a Wally mientras recibían el encargo. El empleado inglés que envió sus deseos al éter en morse —estaba aposentado con su cajita mágica en una sencilla construcción de madera, cerca de correos— se puso todo colorado al leer el mensaje. Colleen hizo como si no se diera cuenta y añadió un rápido comentario sobre la financiación: «Daos prisa y, en caso de duda, pedid un préstamo. ¡Esto de aquí es una mina de oro de otra clase!».

Con la promesa de que regresaría pronto, al día siguiente emprendió el camino hacia Cottonwood House y, de hecho, consiguió volver a Yale los últimos días en los que la capa de nieve todavía era lo bastante gruesa para desplazarse en trineo. Esta vez la acompañaron Teacher y Wally, con el tiro de perros de Wally y una

docena de cachorros vivarachos que Teacher y Angel apenas lograban controlar con gran esfuerzo. Los trineos iban cargados hasta arriba y llevaban la mercancía meticulosamente protegida por lonas contra la humedad y la suciedad del camino.

—¿Dónde podemos descargarlo todo? —preguntó Teacher.

Colleen, sin embargo, decidió llevar primero los trineos con la mercancía al establo de alquiler.

—Necesitaré un local —dijo—. Y una mujer que me ayude a exponerlo todo de una forma apetecible. Al fin y al cabo, queremos vender la mercancía con las mayores ganancias posibles…

Para gran alegría de todos, encontraron una tienda libre muy cerca del teatro. Allí podrían ir a comprar las bailarinas, pero también las señoras de la ciudad a las que tal vez el atrevido vestuario del espectáculo de variedades hubiera inspirado para experimentar con modelos más finos.

Vivian, que por supuesto había acudido a ver cómo descargaban, inhaló el aroma a lavanda que salía de los paquetes de papel bueno y acarició los suaves tejidos de seda con delicadeza.

—¡Es fantástico! ¡No había visto nada igual desde Inglaterra! ¡Ay, Colleen, todas las mujeres de la ciudad querrán algo! —exclamó con alegría.

—¿Y qué pasa con…? Bueno, con las chicas de la calle. —Lo preguntó Janine, una joven a la que Colleen quería contratar como vendedora. Había trabajado en unos almacenes de Montreal antes de seguir a su novio a los yacimientos de oro y sabría cómo aconsejar a las clientas—. ¿Las atenderemos también a ellas?

Colleen la miró con decisión.

—¡Por supuesto que también atenderemos a las putas! —afirmó sin remilgos—. La que pueda permitírselo comprará aquí sin tener que oír ningún comentario despectivo. Seremos amables con cualquier mujer que acuda a nosotras.

Janine torció el gesto.

—Me temo que pronto nos quedaremos sin género…

Solo un día después de abrir, la propia Colleen temió lo mismo. Lo primero que hizo fue enviar una transferencia para devolver el crédito al banco —la lencería fina alcanzaba unos precios exorbitantes— y solicitar otro por telégrafo. Después hizo otro pedido. En Quebec había localizado a un comerciante que importaba lencería de Francia a Canadá, y también se puso en contacto con un transportista para que le llevara la mercancía a Yale con un carro y un caballo.

Parte del encargo llegaría esta vez también de San Francisco, donde se podía comprar género a mejor precio, aunque la entrega tardaba más. Y entonces Jean-Luc le hizo una petición especial.

—Necesitamos zapatillas de ballet. De cuero fino, o de terciopelo. Ambas cosas nos valdrían. Vivian no puede seguir bailando descalza para siempre.

Vivian asintió y expresó también un deseo que tenía desde hacía tiempo:

—¿Crees que podríamos conseguir zapatillas de punta en algún sitio? No sabéis cómo me gustaría bailar con puntas. Tú podrías enseñarme, ¿verdad, Jean-Luc?

Este sonrió. El baile sobre puntas todavía no estaba muy extendido, pero en París ya se representaba, de modo que supuso que Vivian había visto alguna función y se había enamorado de la idea de salir al escenario con puntas algún día. El responsable de ello podía ser incluso su ballet preferido, *La sílfide*, con el que Marie Taglioni había llevado por primera vez el baile sobre puntas a un escenario en 1831. Hasta entonces, Vivian había bailado solo en media punta, o sea, de puntillas, como los bailarines masculinos. También esa modalidad podía resultar muy elegante, pero una auténtica bailarina de ballet alcanzaba su máxima expresión con las zapatillas de punta.

—Seguro que podríamos trabajarlo —repuso, aunque con cautela —. De todos modos, se necesita tiempo, Vivian. La bailarina requiere una fuerza extraordinaria en los pies, y tú no la tienes aún.

Ella se encogió de hombros.

—Todavía no tenemos las zapatillas. Una cosa después de la otra —dijo, pragmática, y se acurrucó contra él—. Primero voy a ver si encuentro algo de lencería bien bonita para mí.

2

La primavera pasó volando. Con los meses más cálidos, llegaron a Yale más buscadores de oro y, junto con ellos, también muchas mujeres: esposas e hijas, e incluso cantantes, bailarinas y prostitutas. Se inauguraron nuevos establecimientos que buscaban estrellas como Vivian Wallett, por lo que Jerry Effort se vio obligado a pagarle más para no perder a su mayor atracción. En el verano de 1867, Vivian ganaba la increíble cantidad de doscientos setenta dólares por una noche de función. El arte de Kinmitu había quedado cada vez más relegado a un segundo plano. Su baile seguía fascinando a los recién llegados, sin duda, pero, como en su espectáculo nunca cambiaba nada, perdió a muchos seguidores. Los buscadores de oro no querían espiritualidad; les interesaba más el exotismo de la atractiva chamana. Recibía numerosas proposiciones indecentes, y, de hecho, se rumoreaba que había aceptado algunas. Las cantidades que le ofrecían eran desde luego enormes; en la región de Cariboo se habían seguido descubriendo más yacimientos de oro y algunos afortunados estaban haciéndose muy ricos allí. Mimaban a las muchachas a las que cortejaban —incluso a las de pago— con generosas adquisiciones en la tienda de Colleen, que llevaba el tentador nombre de Lingerie. Esta, que ganaba muchísimo dinero, se construyó una casa muy distinguida en las afueras de

Yale. Teacher solo estaba contento a medias; él habría preferido un hogar más modesto.

—¡Ya estoy harta de tiendas y demás alojamientos provisionales! —afirmó Colleen con rotundidad.

Para diseñar su vivienda se había inspirado en las casas de gran ciudad en las que había trabajado en el pasado. Teacher no lo entendía.

—Pero entre una tienda y un salón con seda en las paredes hay un mundo de distancia. ¡Tiene que existir un punto medio! —insistió —. Además, los cachorros se subirán a los sofás y destrozarán las cortinas.

Los perros de trineo, naturalmente, dormían en un cobertizo o incluso a la intemperie, pero Colleen siempre se ablandaba con los cachorros de Angel y de vez en cuando los dejaba entrar en la casa.

—¡Pues tendrás que impedírselo! —replicó con impaciencia—. Durante el verano no tienes nada más que hacer. Y sí, quiero ventanas en saledizo. La veranda de Vivian es preciosa, pero eso es más americano. A mí, en cambio, me gustaría tener…

—… un castillo. —Teacher suspiró—. Está bien. Según he oído, los propietarios de castillos también tienen perros falderos y de caza, y el servicio se ocupa de que el mobiliario permanezca intacto. Así, por lo menos, ya sé cuál es el papel que ocuparé en tu nueva vida.

La relación entre Colleen y Teacher era cada vez más tirante.

Vivian y Jean-Luc se habían instalado con mucha más sencillez. A pesar de su nueva riqueza, Vivian no se había comprado ninguna casa, sino que había alquilado una pequeña. Les ofrecía sitio de

sobra a Giselle y a ella, así como a la niñera, una joven irlandesa, hija de un agricultor. Lona también se ocupaba de casi todas las tareas domésticas. Era hábil y estaba contentísima de haber escapado del duro trabajo en la granja de su familia. Su padre, en realidad, había llegado allí en busca de oro, pero luego había comprado unas tierras de labranza. Era el propietario de varias hectáreas a unos tres kilómetros de Yale, en la ruta de Cariboo Trail. Cerca de las ciudades de los buscadores de oro, enseguida se hizo necesaria la agricultura para no tener que seguir transportando todos los alimentos desde lugares lejanos.

En cuanto a Jean-Luc, sobre el papel seguía viviendo en el hotel, aunque en realidad estaba siempre con Vivian, y tan contento con ella en su vida privada como en el trabajo. No obstante, Vivian seguía casada con Ross y no quería que hablaran mal de ella. Sobre todo porque también Jerry Effort les había advertido que era mejor que una estrella como Vivian Wallett diera la impresión de estar libre. Así que Jean-Luc conservó la habitación en el hotel, donde Vivian iba a verlo cuando querían estar juntos, si no se pasaba él por casa de ella. A otras parejas no les habría bastado con eso, pero, en el fondo, para ambos nada era tan importante como el ballet y, además, no estaban en absoluto seguros de que fueran a quedarse en Yale para siempre. Al fin y al cabo, también Jean-Luc deseaba poder protagonizar números como solista en un futuro; esperaba que en Canadá abrieran pronto teatros de baile porque al otro lado de la frontera ya había sucedido.

En esos momentos ensayaban un número nuevo, en esta ocasión centrado en la canción «Salley Gardens». Vivian la interpretaba con la letra ligeramente cambiada, pues también esa composición estaba

escrita desde una perspectiva masculina: un joven se lamentaba de haber presionado demasiado a su amada, una delicada doncella, y así haberla ahuyentado. Vivian lo explicaba desde su propia perspectiva y lloraba, pese a todo, la pérdida del muchacho. En las partes de danza, incluyeron también el contorno de un hombre: Jean-Luc, que bailaba detrás de un biombo de pergamino oscuro. Desde allí no podía alcanzar a Vivian, pero creaban la sensación de bailar juntos y con ello conseguían una atmósfera mágica. Al final, cada uno se quedaba absorto en la amarga canción de amor en un extremo diferente del jardín.

—Ninguno quiere ceder —señaló Vivian, y pensó en Colleen y Teacher, cuya relación había ido enfriándose cada vez más desde que ella intentaba poner un pie en la alta sociedad de Yale.

A Vivian, todo aquello casi le extrañaba más que a Teacher. Ni en sueños habría pensado que Colleen se haría confeccionar algún día vestidos de baile y faldas de amazona. Su amiga nunca había aprendido a ir a caballo, solo había montado en mulas, y a horcajadas. Sin embargo, de pronto se había hecho enviar un purasangre desde Victoria e intentaba dar paseos a caballo, a poder ser acompañada de algún caballero que tal vez antes había sido también un simple buscador de oro o el propietario de una ferretería. La forma más sencilla de hacer dinero en las ciudades de reciente fundación era con el comercio. Un minero podía encontrar oro o no, pero siempre necesitaba herramientas para cavar, vestimenta, calzado y provisiones.

Así que los nuevos ricos de Yale se dedicaban a organizar bailes y cacerías. Colleen y Vivian, que sin duda eran las mujeres más adineradas de la ciudad, no podían escapar de las numerosas

invitaciones. Vivian y Jean-Luc las aceptaban en contadas ocasiones, mientras que Colleen se sentía halagada e intentaba asistir siempre que podía. Teacher, en cambio, se negaba en redondo a ponerse un esmoquin y beber un whisky carísimo en los salones llenos de humo de los caballeros.

—Antes nos bastaba con una cerveza y puede que un puro maloliente para ahuyentar a los mosquitos —le protestó a Vivian—. ¿Y Colleen? Una vez me dijo que prefería hacerlo todo sola y que el ajetreo de Barkerville de aquella época le resultaba demasiado ruidoso.

—Y así sigue siendo —repuso Vivian—. Va sola a las invitaciones. Hace lo que quiere. Entiéndela, Teacher, siempre fue la Cenicienta de las casas en las que servía. Se aprovechaban de ella y la trataban mal. Ahora está probando el estilo de vida de sus antiguos señores.

—Tal vez un día de estos compruebe que, por primera vez, también se ha quedado sola —masculló Teacher—. Lo cual me recuerda que hace tiempo que quería hablar con Kinmitu. ¿Te has enterado de lo que dicen de ella por ahí?

Vivian se encogió de hombros.

—En esta ciudad se chismorrea sobre todo el mundo. No tiene por qué ser cierto que venda su cuerpo.

—O sea, que tú también lo has oído. No lo entiendo, era una niña encantadora. —Se quedó mirando a Giselle, que ya empezaba a hacer piruetas como su madre en el escenario—. Estaba tan perdida…

—Seguramente lo sigue estando. Perdida y sola —señaló Vivian —. En el teatro hace tiempo que da problemas. Quiere más actuaciones, más dinero… Jerry Effort ha hablado varias veces con

Jean-Luc para ver si puede montar alguna coreografía con ella, porque el baile de la chamana ya no atrae a nadie. Jean-Luc estaría encantado de hacerlo, pero, solo con ofrecérselo, Kinmitu lo miró como si quisiera estamparle el tambor en la cabeza. «Yo sigo mi propio camino», le dijo. Y ya he oído eso demasiadas veces como para que continúe impresionándome.

Todavía pensando en la conversación con Vivian, Teacher fue al teatro a buscar a Kinmitu tras una de sus actuaciones. Estaba sentado en el borde de un abrevadero, esperando a que los artistas abandonaran el local por la entrada lateral. El público solía quedarse un rato más para tomarse otra copa y comentar la función.

Kinmitu salió poco después de su número. Se había desmaquillado deprisa, pero no se había cambiado todavía, solo se había echado una capa larga decorada con plumas y flecos por encima. Era parte de su vestimenta de chamana y tal vez creía que le otorgaba un aire misterioso. A T'hoduh, sin embargo, Teacher nunca la había visto llevar nada parecido.

El abrevadero estaba iluminado por el resplandor que salía de las ventanas del salón, y Kinmitu lo reconoció en cuanto se puso de pie.

—¿Acaso me estás siguiendo? —preguntó con frialdad.

Él arrugó la frente.

—Digamos que te esperaba. ¿Qué pasa contigo, Kinmitu? Antes, cuando nos cruzábamos, te alegrabas de verme.

—Porque por entonces pensaba que me llevarías contigo —dijo ella con vehemencia.

—Kinmitu, ya hemos hablado de eso varias veces. Estuve muchos años moviéndome por el territorio, trabajando de cazador y de trampero, comerciando con pieles. ¿Qué habría hecho con una niña pequeña? Cielos, Kinmitu, creía que con los dakelh estabas bien atendida. ¿De verdad lo pasaste tan mal con ellos? T'hoduh te enseñó. ¡Siempre fue buena contigo!

La joven se enfureció.

—¡Me enseñó a invocar a los dioses equivocados!

Los dos echaron a andar juntos en silencio por Main Street, hacia la salida de la ciudad.

Teacher estaba desconcertado.

—Nunca me dijiste nada de eso. ¿Por entonces ya estabas bautizada? No habías pasado mucho tiempo en la misión, ni por asomo podías haberte aprendido el catecismo de memoria, y mucho menos saber en qué debías creer.

—¡No estoy bautizada! —exclamó Kinmitu—. ¡Y nunca, jamás, volveré a entrar en una iglesia!

Le refulgieron los ojos. Seguía odiando la misión. Pero, entonces, ¿por qué creía que los dioses de los dakelh eran los equivocados?

—O sea que no quieres volver a entrar en las iglesias de los blancos —reflexionó Teacher en voz alta—. Pero ¿sí quieres vivir en sus ciudades, aceptar su dinero y su oro, y a veces compartir lecho con sus hombres? —Esperaba que ella se lo negara, aunque con Ross Wallett lo había hecho, sin duda—. No lo entiendo, Kinmitu. Te pegaron, te atravesaron la lengua con agujas cuando no querías hablar su idioma y, aun así, ¿ahora les vendes tu cuerpo?

—¡Están en deuda conmigo! —contestó ella—. Ya te lo dije una vez. ¡Me deben toda mi vida! Entre los dakelh siempre fui una

extranjera. Aquí soy… Aquí soy como un animal extraño que se exhibe para que lo observen y lo deseen, pero sin amarlo.

—Te exhibes tú misma, Kinmitu —le recordó Teacher—. Nadie te obligó a hacer de chamana en Barkerville para enloquecer a los buscadores de oro. Y aquí, en Yale, nadie te obliga tampoco a bailar en un escenario. La última vez que hablamos de esto, no me dijiste que quisieras reclamar ninguna deuda, sino cobrarte venganza. ¿Acaso crees de verdad que destruyéndote a ti misma te vengas de los blancos? ¿Y qué ocurrió con Ross Wallett? Le dijiste a Vivian que encontrasteis oro y que él te abandonó.

—Nos hicimos ricos —explicó con la voz quebrada—. Y caímos en una especie de locura… Yo regalaba dólares, los tiraba a la calle desde el hotel. Bebíamos champán. ¿Alguna vez has bebido champán, Teacher? Me gusta mucho, pero por desgracia es caro. Y entonces quise irme con los ktunaxa, con mi pueblo. Ross me había prometido que me llevaría hasta allí. También él lo quería, pero una noche, antes de llegar a su poblado, se marchó. Quizá le dio miedo. Los ktunaxa no se llevan bien con los blancos. Quizá alguien en Yale le advirtiera contra ellos. Dijo que iba a echar un vistazo para no acabar metiéndonos en una emboscada o algo así. En fin, el caso es que no volvió.

—¿Y tú no seguiste sola para reencontrarte por fin con los ktunaxa? —se extrañó Teacher—. ¿Si ya estabas a solo un día de marcha del poblado?

Kinmitu soltó una risotada profunda y amarga.

—Por supuesto que fui hasta allí. Les conté que era uno de ellos, que me habían raptado de niña, pero ya ni siquiera hablo su idioma. Solo un poco. Sus hombres santos y sus ancianos me pusieron a

prueba, pero no me reconocieron. Entonces quise invocar a los espíritus como me había enseñado a hacer T'hoduh. Por desgracia, eran los equivocados: los ktunaxa rezan a otros dioses. Al final me expulsaron. —Se quedó sin voz, pero no lloró. Debía de haber derramado todas sus lágrimas sola, en los bosques.

Teacher quiso abrazarla igual que había hecho cuando era pequeña, pero ella lo rechazó.

—Así que, ya ves, no solo me atravesaron la lengua, también me robaron mi idioma. Mi pueblo no me reconoce, los espíritus de los ktunaxa me rechazan y los de los dakelh me abandonaron hace tiempo. ¿Qué más puedo hacer?

Lo miró y él comprendió que su tristeza se había convertido en una ira renovada.

—Lo siento mucho, Kinmitu —dijo, impotente—. Si quieres, ven conmigo. Pronto llegará el invierno y entonces volveré a hacer la ruta con los perros. Podría llevarte conmigo para que los guiaras. Los perros son más fáciles que las personas.

—¡Pero yo no soy como tú! —le reprochó ella—. No soy feliz en soledad, solo con un par de animales. Quiero vivir entre la gente. A la mayoría los desprecio, pero los necesito.

—Los utilizas —le recriminó Teacher.

—¿Y no utilizas tú a tus chuchos? —preguntó ella con burla—. No quiero montarme en un trineo, quiero decidir su camino. ¡Decidir mi propio camino!

Teacher asintió.

—Eso lo has dicho muchas veces, pero ¿adónde te lleva tu camino, Kinmitu? ¿Qué podría hacerte feliz? ¿Has amado a alguien? ¿A algún hombre dakelh? ¿O a Ross Wallett?

La joven se encogió de hombros.

—¿A ti qué te importa, Teacher? ¡Ya ves lo que me ha traído el amor! Ross se habrá comprado una cuadra de caballos de carreras, o lo que sea que siempre quiso tener, y no habrá llorado ni una lágrima por mí. Nahli se casó con la muchacha que los ancianos y T'hoduh escogieron para él. Y tu Colleen ya no quiere pertenecer a los de tu condición; se ha unido al pueblo del dinero. Yo no he vuelto a ser feliz desde que me raptaron y me llevaron a la misión. Ahora tomaré lo que me deben. Así que déjame en paz, Teacher. ¡No tengo nada más que aprender!

3

Se avecinaba el otoño, y Teacher empezó a acostumbrar a los perros jóvenes a los arreos y a distribuirlos por parejas. A esas alturas estaba ansioso por irse de Yale y reanudar el transporte de mercancías con los perros de trineo. A Colleen también le parecía bien, y no solo porque fuera mucho más económico transportar los productos para su negocio en sus propios trineos que alquilar carros con caballos, también porque la tensión entre ellos era cada vez más palpable. Colleen continuaba dándoselas de acaudalada mujer de negocios, últimamente incluso probaba a ejercer de mecenas de distintas asociaciones o artistas. Teacher se agarró de los pelos cuando a uno de los notables de esa pequeña ciudad alocada se le ocurrió empezar a montar una galería de arte.

—¿Quién va a ver cuadros aquí? —preguntó—. ¿Si no muestran a mujeres medio desnudas? ¡También podríais construir una ópera para Jean-Luc y Vivian!

Al final los ricos financiaban el periódico local, el *Yale Examiner*, por supuesto con la esperanza de que los mencionaran a menudo, así como proyectos sociales. La ayuda al ejército y el apoyo a viudas y huérfanos los solía organizar la Iglesia, y de ahí surgió otro motivo de discordia entre Teacher y Colleen. Él se negaba en redondo a que su mujer destinara dinero a la misión, algo habitual entre sus amigos ricos, también para «civilizar a los nativos», según sus presuntuosas

palabras. En eso Colleen lo entendía perfectamente, pero a veces no sabía qué argumentos aportar para no ser partícipe sin revelar detalles de la historia de su marido, y de la suya propia.

—Casi me alegro de que se vuelva a ir con los perros —le comentó a Vivian—. Me complica la vida sin necesidad…

—¿En qué exactamente? —insistió Vivian—. ¿En el trato con tus amigos? Delante de ellos no tienes por qué sentirte inferior por él. No son nobles caballeros. Por algún motivo se fueron de sus países natales, y no creo que sea tan honroso como el de Teacher, que entonces aún creía en la necesidad de salvar las almas de los indígenas. En cuanto al origen, seguro que tienen más en común con los buscadores de oro que conmigo. No quiero presumir de mis orígenes en la nobleza inglesa, pero sé cómo es aquello. Y tus amigos de aquí tal vez compartan con los lords y las ladies la petulancia, pero desde luego no las maneras, los estudios ni la educación.

—Pero las damas son mis clientas —apuntó Colleen—. Tengo que llevarme bien con ellas.

Vivian se rio.

—¡Eso no te lo crees ni tú! ¡En tu tienda compran muchas más mujerzuelas que damas refinadas! ¡Y tú tampoco eres el mejor reclamo para tus corsés! Se te ve lo incómoda que te sientes con todos esos vestidos tan elegantes. ¡Para llevar miriñaques y esas cosas hay que estar acostumbrada desde pequeña! Así que, si quieres saber mi opinión: deja el negocio a Janine. Vuelve a ponerte tu ropa de cuero y vete de ruta con Teacher. ¡Y no te olvides de pedir de una vez mis zapatillas de punta! Jean-Luc y yo ya hemos

pensado en dejar el teatro de variedades la próxima primavera. Quiero avanzar en el baile, y él también.

Colleen no entró en las consideraciones de Vivian, aunque tuvo que reconocer en silencio que su amiga no iba del todo desencaminada. Su carácter cada vez más irritable seguro que también se debía a que sus vestidos de moda le apretaban y tiraban en todos los puntos posibles del cuerpo, y a la envidia que sentía por Teacher. Angel ahora le tenía más cariño a él que a ella, los perros jóvenes lo adoraban, y podía sentirse afortunada si en una de las numerosas invitaciones conocía a una mujer que tuviera un perrito faldero para por lo menos tener un tema en común con las damas de la alta sociedad.

Sin embargo, un día de octubre de 1867 todos los deseos y planes de los ciudadanos de Yale cambiaron. Pese a que el otoño llevaba tiempo en marcha y las hojas de los bosques volvían a teñirse de preciosos colores, aún se notaba la sequía. Ni caían lluvias significativas ni el invierno amenazaba con empezar antes de tiempo. Aun así, oscurecía bastante pronto, y a Teacher, que había hecho una excursión larga con sus mulas y los perros, le sorprendió el resplandor claro cuyo origen debía de estar en algún lugar de la ciudad: parecía que alguien estuviera quemando algo. ¿Estaría de nuevo Kinmitu invocando a los espíritus al aire libre? Teacher llegó a la casa que había construido Colleen en el extremo norte de la ciudad, llevó a los perros rápido al anexo y volvió a subir a su Shelley para llegar al fondo del asunto.

Olió el humo, oyó el crepitar del fuego y las voces alteradas de la gente. Luego vio la primera casa en llamas y cómo el fuego, por mucho que la gente intentara apagarlo, se propagaba a toda velocidad por los edificios de alrededor.

Los vecinos se ponían a salvo fuera de las casas, Teacher vio que el fuego prendía en el techo del teatro de variedades, ¡las ripias de madera ardieron en llamas de inmediato! Bajó de un salto de la silla, asustado, y dejó que Shelley caminara. La gente del teatro no parecía ni haberse dado cuenta del incendio… ¡y Colleen estaba ahí! El dueño del periódico celebraba su cumpleaños y había invitado a sus amigos y patrocinadores. Teacher estuvo a punto de acompañar a su esposa, pero uno de sus caballeros más fieles había insistido en que fuera su acompañante en esa ocasión. Él mismo renunció a ir, agradecido. ¿Y ahora?

Cuando irrumpió en el teatro, Kinmitu bailaba sobre el escenario haciendo que las llamas ardieran en su brasero.

—¡Todos fuera! ¡Fuego!

La respuesta al grito de alarma de Teacher no fueron más que carcajadas, hasta que de pronto el escenario pareció iluminarse también por encima y empezaron a llover tejas en llamas sobre el escenario. Kinmitu se puso a salvo de un salto al auditorio cuando las cortinas del escenario ya ardían.

Teacher solo podía esperar que los demás artistas huyeran por la entrada al escenario. Buscó con la mirada a Colleen a toda prisa, mientras el pánico cundía entre los espectadores. Todos empujaban hacia la salida. ¡Tenía que ser rápido, apartarse del escenario, ya ardían también alfombras y muebles tapizados! La gente gritaba,

daba golpes alrededor. Teacher pensó horrorizado en las mujeres con sus voluminosos vestidos. Si el fuego prendía en uno de ellos…

¿Dónde estaba Colleen?

Cada vez más gente se agolpaba hacia las salidas, aunque también ardían ya. No obstante, había un acceso a los establos desde la zona de detrás de la barra. Era donde los clientes dejaban los caballos, así como la entrada para los proveedores. No sabía cuántos de los invitados habían pensado en ese paso en ese momento, él tampoco lo conocía bien, solo había ayudado alguna vez a entrar cajas de cerveza y vino en el edificio. Si el establo aún no estaba en llamas…

¡Entonces vio a Colleen! Se había recogido el vestido e intentaba abrirse paso hacia la salida. Contra los hombres que empujaban con todas sus fuerzas en la misma dirección, una mujer no tenía nada que hacer.

—¡Colleen, aquí! —rugió en medio de los gritos y chillidos, y luego se abalanzó sobre el gentío y sacó a rastras a su mujer—. ¡Vengan conmigo! —gritó a las demás mujeres que empujaban a la desesperada como Colleen, pero solo unas cuantas lo siguieron de vuelta al infierno en llamas.

Teacher respiró aliviado, el bar aún estaba intacto. Metió al grupito detrás de la barra y vio que Colleen comprendía cuál era su intención. Fue dando tumbos hacia la entrada de proveedores.

En el establo reinaba un caos parecido al del teatro. El techo se rompió, los animales atados relinchaban y gritaban. Colleen fue de un animal a otro soltándolos sin tener en cuenta el peligro, le costaba respirar por el humo, pero también porque el corsé le cortaba el aire.

Teacher la ayudó mientras las otras mujeres escapaban fuera.

—Pero ¿qué hacen? —vociferó una de ellas mientras Teacher liberaba a otro caballo.

—¡Los caballos no pueden quemarse! —gritó Colleen desde su sitio—. Sam, la puerta aún está cerrada…

Teacher corrió entre los animales que se apretujaban hacia la entrada aterrorizados, los fue ahuyentando para tener espacio y cayó al suelo cuando por fin se abrió la puerta y los caballos salieron en tromba. Los primeros saltaron por encima de él, rodó a un lado e intentó protegerse la cabeza con los brazos. El casco de una mula le dio en la cadera, luego se acabó. Los animales estaban salvados, y oyó la voz de su mujer, que se inclinó hacia él:

—¡Sam! Sam, ¿estás vivo? ¿Sam?

Se incorporó aturdido y dejó que lo ayudara a ponerse en pie. Ella reía y lloraba a la vez cuando se movió, con una fuerte tos, pero consciente.

Colleen lo sacó a la calle con cuidado.

—Cariño, ¿tienes alguna herida grave?

Él sacudió la cabeza.

—No, nada grave. Sal… sal del edificio, Colleen, va a desmoronarse de un momento a otro. —Aunque le dolían las caderas, Teacher salió al trote.

Colleen salió corriendo tras él.

—¡Nunca volveré a ponerme corsé! —se lamentó cuando volvió a faltarle el aire.

Llegaron a un callejón lateral cuyas casas aún no estaban en llamas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Colleen—. ¿Y cómo sabías…?

—¡Colleen, la ciudad entera está en llamas! ¿No notas el calor?

Desde allí no se veían las llamas, pero se distinguía el reflejo, y en ese momento también ardía el techo del establo.

—Se ha iniciado en algún punto de Main Street, lo he visto desde el bosque, entonces ardían dos casas, pero ahora… El fuego cada vez abarca más alrededor. A lo mejor… —Se inclinó hacia delante, tosió, recuperó el aliento—. El viento gira. Puede que se propague hasta nuestra casa…

—¿En nuestra casa? ¿Dónde están los perros? —Colleen llevaba el pavor escrito en el rostro, olvidó su propia seguridad—. ¿Llevas encima el cuchillo, Sam? ¿Puedes cortar esta falda?

Los dos acróbatas que deberían haber actuado después de Kinmitu estaban esperando entre bastidores y vieron caer las tejas ardiendo sobre el escenario. Como es lógico, enseguida huyeron hacia el pasillo entre los camerinos y avisaron a los demás artistas. Las bailarinas de cancán, cuyo turno era después de ellos, ya estaban casi en formación en el pasillo y fueron las primeras en poder salir del teatro por la entrada del escenario. Jean-Luc se cercioró de que de verdad estuvieran todos fuera antes de abrir la puerta del camerino de Vivian. Estaba maquillándose, y, pese al peligro, a Jean-Luc le pasó por la cabeza lo guapa que estaba con ese fino vestido blanco con una corona de flores en el pelo. Giselle estaba sentada en el regazo de Lona y observaba a su madre tan concentrada como si ella también quisiera maquillarse como muy tarde al día siguiente.

—¡Sal! ¡Hay un incendio! —gritó Jean-Luc, a lo que Vivian se puso en pie de un salto.

Todos los bailarines y actores temían los incendios en teatros: la iluminación con antorchas, lámparas de aceite y gas era extremadamente peligrosa. En París murió una bailarina en 1862 cuando una lámpara de gas le incendió el vestido.

Jean-Luc agarró a Giselle y salió corriendo detrás de Vivian y Lona hacia la salida. Aún no veían el fuego, pero olían el humo y oían el crepitar de las llamas que se propagaban por el auditorio. Entonces salieron también al aire libre y vieron la ciudad en llamas. Vivian no se había parado a coger el abrigo, y en realidad debería estar helada esa noche de octubre, pero, como todas las calles principales ardían, el calor era casi insoportable.

—¿Adónde? ¿Adónde quieres que vayamos, Jean-Luc? —le preguntó Vivian horrorizada. Le cogió de la mano, miró a su hija y a la niñera. ¿Acababan de salir con vida? La conmoción fue abriéndose paso poco a poco—. ¿Podemos ir a casa?

—Vuestra casa también podría estar en llamas —comentó el mago.

Junto con su mujer Sharon, habían huido a la vez y ahora estaban a su lado. Las bailarinas ya se habían dispersado en todas direcciones, sin duda para buscar angustiadas a sus familias.

—¡Al río! —decidió Sharon, que en general era muy pragmática y en ese momento demostró tener unos nervios de hierro—. Es lo más seguro.

Igual que Barkerville, Yale estaba situada junto al río Fraser, en la parte rocosa de la ribera. Vivian, Jean-Luc con Giselle en brazos, Lona y la pareja de magos caminaron juntos hacia el río y enseguida se toparon con vecinos que habían formado una cadena humana para recoger agua que les sirviera en la extinción. Jean-Luc y Mike,

el mago, se sumaron, y Vivian y Sharon también se incorporaron a la cadena con valentía. Mientras Lona seguía avanzando presurosa con Giselle para alejarse de la ciudad en llamas, los cuatro estuvieron luchando en zonas en las que llovían ceniza y chispas, el calor se volvió insoportable y solo el fuego iluminaba la noche. Jean-Luc soltó un alarido cuando el viento llevó una pavesa contra el vestido de baile de Vivian y lo chamuscó un poco mientras ella se salvaba con aplomo vaciándose sobre la cabeza el primer cubo que vio. Ahora el vestido se le pegaba al cuerpo, el pequeño incendio se había extinguido y además había prevenido otros peligros. Los demás se rieron con admiración, y siguieron porque la cadena de agua no se podía romper.

Mientras tanto, Lona se había puesto a salvo con su protegida en un lugar seguro sobre unas cuantas rocas junto a la cercana orilla del río. La niñera había pensado en el último momento en coger el abrigo. Lo usó para envolver a la niña, que lloraba asustada, la meció en sus brazos y le tarareó su canción favorita. Al final Giselle se durmió acurrucada contra ella.

Una mujer que estaba sentada a su lado se dirigió a Lona.

—Entonces ¿esto del incendio ha sido casualidad o esa bruja de Kinmitu tiene algo que ver? —Había oído que el fuego se había originado en el teatro, donde la joven chamana actuaba sobre el escenario.

Lona había presenciado pocas veces las actuaciones de Kinmitu, no tenía ningún contacto con ella. Sin embargo, el tono hostil de esa desconocida y la cruz que le colgaba del pecho le provocaron rechazo.

—Solo baila —defendió a Kinmitu con timidez—. No evoca de verdad a los espíritus…

La mujer soltó un bufido.

—Bueno, pues hoy parece que alguien haya invocado al diablo directamente —dijo—. Y no hay tantas brujas en nuestra ciudad…

Colleen y Teacher corrían por Main Street, las casas ardían a ambos lados. Todo el tiempo tenían que esquivar una lluvia de chispas, y las vigas que se desmoronaban mientras el viento se llevaba cortinas y visillos ardiendo. En efecto, el viento había girado, o el fuego ya no necesitaba ráfagas de aire para seguir propagándose. Las casas estaban muy juntas, las llamas saltaban rápido de una a otra.

La mansión de Colleen estaba un poco en las afueras, en una colina. A pesar de que las casas vecinas ya ardían, aún no estaba afectada. Teacher respiró aliviado al verla intacta, mientras Colleen, que aún llevaba puesto el maldito corsé, apenas podía respirar.

—¡Tú entra en casa y recoge todo el dinero y los objetos de valor que puedas cargar! —ordenó Teacher—. Yo voy al anexo a buscar a los perros. Si puedo, también los trineos…, los necesitaremos.

Para simplificar, Teacher ya había amarrado a los trineos las tiendas y las pieles que necesitarían en invierno durante el trayecto y lo había protegido todo del polvo con mantas y lonas. En ese momento vigilaba el fuego desde el cobertizo. El viento había refrescado claramente, harían falta los bomberos para detener la lluvia de chispas que llegaba desde las casas vecinas y por tanto salvar el palacio de Colleen. Al fin y al cabo, también estaba construido con madera.

Teacher sintió un gran alivio al ver a las mulas que había dejado sueltas en la ciudad ya frente al establo. Lo saludaron con un bramido de preocupación. Su amiga respondió desde dentro, donde también ladraron exaltados los perros. Teacher dejó entrar a las mulas y recogió los arreos a toda velocidad. Ensilló también a la segunda mula y les puso las alforjas a las dos. Luego se puso a rescatar los trineos y, cuando estaba sacando el segundo a rastras al exterior, Colleen salió de la casa. Había llenado dos bolsas, él no hizo preguntas. La Colleen de esa noche era la mujer de la que se había enamorado y con la que se había casado. Seguro que no había salvado objetos prescindibles, ni vestidos ni corsés. Colocó deprisa las bolsas en los trineos, y entre los dos construyeron un arreo improvisado para ayudar a las mulas a tirar de los trineos subiendo por la pendiente hacia los bosques desde los que Teacher había avistado el incendio antes. En la nieve los perros no tenían dificultad, pero en suelo boscoso costaba que las cuchillas se deslizaran.

Cuando llegaron al claro desde donde Teacher había visto unas horas antes el primer humo sobre la ciudad, su cobertizo ya estaba en llamas. Como temían, la casa no se podía salvar, pero Teacher no creía que el incendio se propagara por el bosque. Este no era muy denso y la madera de los árboles predominantes apenas servía para encender fuego, le explicó a Colleen.

Se sentaron en un tronco, muy apretados, y juntos contemplaron la destrucción de Yale mientras los perros se arrimaban a ellos angustiados. A las mulas les daba igual la catástrofe, ya estaban buscando tallos de hierba tan tranquilas.

—Deberíamos montar una tienda —dijo Teacher al final.

—También tendríamos que comer algo —añadió ella, y cogió una de las alforjas. Había metido pan y cecina, y dos botellas de cerveza.

Teacher le sonrió mientras abría las botellas.

—¿Nada de champán? —le preguntó.

Colleen sacudió la cabeza y sacó sus pantalones de cuero, unas cuantas camisas y la chaqueta con la que Vivian la confundió en su día con un trampero.

—Creo que no. Voy a cambiarme. ¿Puedes abrir este maldito corsé?

Teacher lo rasgó con su cuchillo.

4

Al cabo de unas horas, todos los hombres y mujeres que habían intentado combatir el incendio estaban exhaustos de pasar cubos pesados y conmocionados por la rapidez de la conflagración. El ruido era insoportable, los ayudantes tosían y jadeaban, pero lo peor era que, pese a todos sus esfuerzos, no conseguían lo más mínimo. Todas las casas eran de madera, muchas cubiertas con tejas de madera como el teatro de variedades. Yale y por tanto también las propiedades de todos sus habitantes se habían perdido. Solo unos pocos se habían enriquecido de verdad y eran dueños de casas tan magníficas como Colleen. La mayoría de los edificios se podrían reconstruir rápido.

Los hombres y mujeres se consolaban con esa idea cuando por fin bajaron las armas. El incendio no se calmaría hasta que no quedara nada que pudiera ser pasto de las llamas. De todas formas ya se intuía el final, las llamas no eran tan altas como al principio. Repartieron la comida y la bebida que habían salvado unas cuantas mujeres y todos fueron recuperando las fuerzas poco a poco. Se extendió la sensación de alivio. Por lo menos se habían salvado, no había víctimas en ninguna familia.

Al final la mayoría de los ayudantes se atrevieron a regresar a la ciudad a ver qué se podía hacer. Todos los que habían perdido su hogar esa noche necesitarían un techo y alimentos. Vivian, Jean-Luc

y la pareja de magos, Mike y Sharon, en cambio, se pusieron a buscar a Lona y Giselle. Alguien le colocó una manta a Vivian, los restos del vestido de baile se habían secado hacía rato, pero no la protegían del frío nocturno.

—Enhorabuena, señoras, ¡habéis luchado como un hombre! —exclamó uno de los ayudantes, y vio que era un agente de la policía local.

Sharon aceptó el cumplido con cierta timidez. Vivian le sonrió halagada, Jean-Luc le dedicó una sonrisa más bien forzada.

—No deberías haberlo hecho —le reprochó—, has estado a punto…

—Bah, Jean-Luc, ¿por esas chispitas? —Vivian sacudió la cabeza sin entenderlo—. He estado meses cocinando en una hoguera. ¡No sabes la cantidad de agujeros por quemadura que tenía en el vestido! En todo caso, no corría más peligro que vosotros, los hombres. Y tampoco era la única mujer.

Lanzó una mirada a Sharon y pensó en todas las impetuosas pioneras que habían seguido a sus maridos hasta la Columbia Británica para buscar oro o conseguir el sustento de otra manera.

Jean-Luc se calló. Para él, Vivian había vivido siempre entre el camerino y el escenario, le parecía irreal cuando ella le contaba los peligros y dificultades que había sufrido con Ross y los demás recorriendo la ruta Overland Trail. Era una mujer joven que se superaba a sí misma cuando se jugaba lograr sus objetivos, ya fuera en el escenario o atravesando un continente. Y ahora ahí estaba, con la cara manchada de hollín, el vestido rasgado y el pelo sucio y empapado en sudor, apestando a humo, y con una expresión

comparable con la alegría y la euforia que solo surgían cuando bailaban juntos.

Vivian cogió a Giselle en brazos cuando encontró a Lona y su pequeña a salvo en la orilla. Besó a su hija y sonrió agradecida a la joven niñera.

—Está muy calentita —dijo, feliz—. ¡Pero tú debes de estar congelada sin tu abrigo!

Metió a Giselle bajo su manta y le devolvió a Lona su abrigo. Ella se lo puso de inmediato mientras la gente del río atosigaba a Vivian y a los demás con preguntas. ¡Y eso que debían de haber visto que por lo menos en el centro de la ciudad no se había salvado ninguna casa! Vivian supuso que su casa también se había incendiado, igual que los hoteles donde habían vivido, entre otros, Jean-Luc, Mike y Sharon.

—Nuestro hotel no es lo peor —comentó Mike, y le puso a su esposa en los hombros una manta que había conseguido. Sharon también llevaba el vestuario de la actuación cuando tuvieron que huir del fuego, y sentía un frío atroz—. Las pocas cosas que teníamos en la habitación las podemos reemplazar fácilmente. ¡Pero el teatro! ¡Nuestros accesorios!

En ese momento Mike parecía desesperado. Pocos artistas ganaban un sueldo tan bueno como el de Vivian, la mayoría llegaban justos a final de mes. Sobre todo cuando se permitían vivir bien como la pareja de magos.

—Por lo menos en el teatro nadie ha salido herido —apuntó Jean-Luc—. Todos los artistas salieron justo a tiempo, igual que el público. El agente ha dicho que cundió el pánico, pero luego la gente

rompió la fachada por fuera, al fin y al cabo solo era madera ligera pintada, y todos pudieron salir.

Vivian lo miró.

—¡Es cierto, estamos vivos! Pero ¿qué hacemos ahora? Tenemos que alojarnos en algún sitio…

—Nosotros y unos cuantos centenares de personas más —precisó Mike con amargura—. No sé de dónde puede llegar ayuda…

—Mañana iremos a la ciudad a ver si queda algo en pie —comentó la pragmática Sharon—. Y hay campamentos de buscadores de oro a no mucha distancia. Los buscadores son pobres, pero seguro que pueden ayudarnos con unas cuantas lonas de tienda y ese tipo de cosas.

—También con alimentos… —Vivian tenía hambre, y no le hacía ilusión el jaleo que iba a armar Giselle cuando despertara y no hubiera desayuno.

—Podríamos intentarlo en nuestra granja —intervino Lona. Sus padres se tomaron mal que trabajara en la ciudad en vez de en la granja como sus hermanas. Pero ahora, en una emergencia, no iban a negar a su hija que volviera a casa.

Cuando salió el sol, buena parte del fuego ya se había apagado. Aún había brasas encendidas, y de vez en cuando se veían llamas, pero en términos generales el infierno había dado paso a un paisaje de escombros ennegrecidos por el hollín. El olor a humo era intenso, las ruinas de las casas aún desprendían calor, pero la zona ya se estaba volviendo a llenar de gente que buscaba entre los escombros objetos de valor que podrían haberse conservado. No se sabía si

eran los antiguos dueños o saqueadores. En todo caso, los agentes procuraban evitar los robos.

Se habían montado unas cuantas tiendas para los refugiados de la noche, y las mujeres preparaban comida para alimentar a las personas sin hogar. Frente a una tetería se había formado una cola larga, pues el aire impregnado de humo daba sed. Otros estaban delante de un refugio provisional donde el único médico de Yale trataba a los heridos.

Mucha gente en la calle parecía confusa, como si no pudieran creer lo que les había pasado. Tenían casi toda la piel manchada de hollín, y las ropas maltrechas. La mayoría había combatido el fuego con todas sus fuerzas. Unas cuantas mujeres tenían los ojos llorosos y apretaban contra el cuerpo a sus niños, que gimoteaban.

La plaza más grande de la ciudad, donde, entre otras casas, se ubicaban el tribunal de primera instancia, una especie de comisaría de policía, así como el banco, la oficina del telégrafo y un hotel con salón, bullía de actividad. Los primeros ayudantes, un grupo de buscadores de oro de fuera que habían acudido con unas mulas muy cargadas, montaron ahí una tienda y un reparto de comidas. Laurence Williams, comisario del oro, el funcionario de la Corona británica de máximo rango empleado por el gobernador, habló con Jerry Effort. Williams era un hombre fuerte y campechano que también saludó a Vivian y a Jean-Luc como si los conociera. Sabía que Effort tenía en gran estima a Jean-Luc, y él era un gran admirador de Vivian y su arte. Así que no le sorprendió que se le acercara a ella con halagos.

—¡Señorita Wallett! ¡Ni siquiera una noche en la intemperie es capaz de eclipsar su belleza! Pero debería salir lo antes posible de

este humo. ¡No es bueno para la voz!

Vivian se preguntó si ese alto funcionario de la Corona no tenía mayores preocupaciones que su voz, pero Jerry Effort tampoco parecía muy traumatizado. Se mostraba ante todo feliz de ver a sus artistas sanos, les estrechó la mano a todos, besó a Sharon y a Vivian en la mejilla y luego les explicó que por desgracia no había quedado nada de su establecimiento.

—¡Pero empezaremos con la reconstrucción en cuanto terminen los trabajos de limpieza! —aclaró con optimismo—. Ya verán que como mucho dentro de un año volverá a estar todo en pie…

Vivian no podía ni imaginárselo, pero otros propietarios de casas y negocios también estaban inspeccionando los escombros y hablaban de los cambios arquitectónicos que querían llevar a cabo en las plantas de las antiguas casas para que no volviera a ocurrir algo así en un futuro próximo. Desde luego, para eso había que poder permitirse las nuevas construcciones. Seguro que no era un problema para los empresarios, que se ganaban bien la vida allí y habían confiado su dinero al banco, pero los demás… Vivian expresó su compasión por los buscadores de oro y los aventureros que tal vez acababan de llegar y habían perdido sus últimas pertenencias la noche del incendio.

Laurence Williams se encogió de hombros.

—Quien antes del incendio vivía en un refugio precario, también podrá volver a levantar uno. ¿Qué posesiones tenía esa gente? Unos cuantos vestidos, alguna herramienta… Habrá que ayudarlos con las herramientas, o no podrán batear el oro.

—También pueden ganarse el dinero que necesitan para eso —añadió Jerry Effort—. ¡La ciudad entera estará en obras! ¡Habrá

trabajo para todos!

Vivian no veía la situación con tanto optimismo. Mucha de esa gente atesoraba recuerdos de su antiguo hogar que tal vez no tuvieran un gran valor material, pero que ellos amaban. Pensó en las zapatillas de príncipe de Jean-Luc, que guardaba como oro en paño y que seguro habían sido pasto de las llamas. Ella, por suerte, siempre llevaba encima sus recuerdos más queridos: echó un vistazo satisfecha a la alianza barata que Ross le había comprado antes de trasladarse al Nuevo Mundo.

—Ahora lo más importante es mantener el orden —comentó Williams. Como representante de la Corona ejercía también de juez, juez de paz y jefe de policía, con el apoyo de los agentes, pues algunos habían servido en el ejército—. No pueden producirse ni saqueos ni rebeliones. Ante este tipo de sucesos, mucha gente reacciona alterándose, están furiosos y decepcionados y son propensos a cometer actos violentos. Me alegro de que el reverendo ya haya programado una misa de acción de gracias. ¡Así tienen algo que hacer!

—¿Por qué van a dar las gracias si lo han perdido todo? —planteó Vivian.

Williams le sonrió.

—Para empezar, porque Dios nos haya mantenido con vida a todos. ¡A mí también me cuesta creerlo, pero no ha habido ni una sola víctima mortal! Hasta ahora lo hemos pasado por alto… Y a continuación de la misa habrá una comida comunitaria, la gente necesita tener la sensación de que el gobernador cuida de ellos.

El hombre parecía dominar bien sus funciones. Había acordado con Jerry Effort levantar puestos para que los trabajadores pudieran

registrarse para la reconstrucción. Todos recibirían un pequeño anticipo para no quedarse del todo sin recursos. Como la caja fuerte del banco se mantenía intacta, había efectivo disponible. Además, Williams esperaba que llegaran pronto donaciones de ropa de otras ciudades y asentamientos.

—También se la pediremos a las granjas de las inmediaciones, creo que lo que se necesita con más urgencia ahora es ropa de abrigo. Los campesinos no nadan en la abundancia, pero deberíamos abordar juntos esta gran emergencia.

Mientras el comisionado seguía hablando, se oyó el ruido de una multitud airada bajando por Main Street. Los gritos y diatribas llenas de odio y los pisotones de botas pesadas se unían en una cacofonía amenazadora.

A Laurence Williams le saltó la alarma de inmediato.

—Llame a los agentes —ordenó a su secretario, que hasta entonces estaba ocupado elaborando listas—. ¡Espero que de verdad vayan todos armados!

La brigada de policía también había estado toda la noche de servicio, y Williams había ordenado que se armaran por si surgía la necesidad de evacuar o había que actuar en defensa propia frente a la resistencia de la población. Ahora estaban esparcidos por toda la localidad, y a Williams solo le quedaba esperar que dieran con ellos a tiempo si se agravaba la situación.

La muchedumbre que había provocado el ruido empezó a verse, eran hombres y mujeres, con unos cuantos niños que los seguían, y en medio un hombre sobre un mulo.

—¡Hay que quemar a la bruja! —rugió una mujer—. ¡Fue ella! ¡Ella prendió fuego a la ciudad!

Vivian vio horrorizada que el hombre del mulo arrastraba a Kinmitu por detrás con una soga. La chica intentaba a la desesperada mantenerse en pie. Tenía las manos atadas y la cara ensangrentada.

«¡A la hoguera!», gritaba la gente, mientras otros vociferaban: «¡A la horca!». Al parecer algunos habían encontrado a su cabeza de turco y pensaban tomarse la justicia por su mano.

El hombre tiró de Kinmitu hasta el centro de la plaza, donde habían colocado una horca por si alguna vez había que hacer pagar un asesinato en Yale. Sin embargo, antes debía celebrarse un proceso con un juez llegado de otro sitio. Pero en ese momento la masa enfurecida no parecía atender a razones. Antes de que el comisionado del oro pudiera reaccionar a las exigencias de la gente, Jerry Effort aprovechó la breve pausa para hablar a favor de Kinmitu.

—¡Escuchad, eso es totalmente absurdo! —exclamó a voz en grito—. Kinmitu estaba sobre el escenario cuando la ciudad ardió. Decenas de personas son testigos. Ella misma estuvo a punto de salir mal parada…

—¿Y qué estaba haciendo en el escenario? —le soltó una mujer exaltada—. ¡Estaba invocando a los espíritus! ¡Demonios, espíritus del fuego!

—¡Ella los liberó! ¡Y le han hecho el trabajo sucio! —gritó otro.

Kinmitu había oído lo que había dicho Effort pese a su lamentable situación. Se incorporó a duras penas y lo miró en busca de ayuda.

—Yo… —quiso decir algo, pero la gente se lo impidió a gritos.

—¡Tenemos pruebas!

Un hombre reconoció a Laurence Williams. El representante de la Corona se había mantenido al margen porque le parecía muy plausible la defensa que hacía Effort de su artista. Entonces un hombre se dirigió directamente a él.

—¡La ciudad entera está quemada! Pero ¿sabe qué sigue en pie? ¡La casa de la bruja! ¡Intacta, sana y salva!

Se plantó delante del comisionado con el pecho henchido. Williams lo apartó a un lado y alzó la voz con autoridad.

—¡Calma! ¡Les pido que mantengan la calma! Según tengo entendido, es una bailarina del teatro de variedades del señor Effort. Yo también la conozco, he visto sus actuaciones. No me pareció ofensiva. ¿Qué se supone que hizo, exactamente?

—¡Es una bruja!

—¡No solo bailaba! ¡Estaba lanzando conjuros!

—¡Invocó a los espíritus!

—¡Prendió fuego a la ciudad!

Williams se subió a una caja que le habían colocado dos ayudantes. Necesitaba ver a la multitud y hacerse entender mejor.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —les preguntó con toda la autoridad de su cargo—. ¿No le pagaban tan bien por crear esos conjuros? ¿Vosotros y vuestros vecinos? ¡No sabríais nada del tema si no lo hubierais pagado vosotros mismos!

Se levantó una ola de indignación.

—Así que no —comentó Williams—. Porque, desde luego, ninguno de vosotros cree en conjuros y demonios y todo eso, ¿no?

La multitud enmudeció un instante, para luego armar aún más escándalo con sus lamentos.

Williams pidió silencio con un gesto. Luego miró a Kinmitu y le dirigió a ella sus siguientes palabras:

—¿Qué dice usted, señorita Kinmitu?

Ella se enderezó.

—Soy chamana, una mujer sabia. Como tal ejercía en el pueblo de los dakelh.

Hasta entonces Vivian había presenciado toda la escena en silencio, con el corazón acelerado, pero confiando en el sentido común de Williams. En ese momento suspiró.

—¿No podía haberse callado eso? —le murmuró a Jean-Luc.

—¡Ya lo oís, lo está admitiendo! ¡Hay que ahorcarla! —La ira del pueblo se encendió de nuevo.

—¡Pero ni yo ni los espíritus que están a mi lado hemos provocado un incendio! —protestó Kinmitu.

Williams frunció el entrecejo.

—Reconoce que tiene a los espíritus de su parte. ¡Tiene que condenarla! Por brujería. ¡La brujería es un delito! ¡A la horca, a la horca! —voceó la gente. No pararon hasta que Williams levantó la mano de nuevo.

—Me parece que la joven está un poco confusa —aseguró—. Y, aunque crea poseer habilidades sobrenaturales, no hay pruebas de que haya hecho daño a nadie. Solo porque el fuego no haya afectado su casa…

—¡El comisionado está de su parte! —lo interrumpió una mujer con voz de fanática—. ¡No me extraña, con la ciudad pecaminosa que dirige! ¡Seguro que Dios ha utilizado a esa bruja y sus espíritus para castigar a los vecinos de Yale! Salones, pubs, burdeles, teatros de variedades… —La mujer escupía las palabras sin pensar.

—¡Y el propio Williams ha reconocido que ha estado en ese teatro de variedades y le ha aplaudido! —gritó un hombre—. ¡El comisionado se gasta el dinero que tanto nos cuesta ganar en bebida y prostitutas!

El comisionado del oro era ante todo el responsable de la entrega de concesiones, pero también supervisaba el comercio del oro. Si alguien abusaba, su autoridad era la referencia, y muchos chicos jóvenes de sangre caliente sentían a su vez que era un exceso.

—¡Brujas, estafadores, pecadores! ¡Todos cortados por el mismo patrón! Deberíamos cogerlos a todos y…

Williams miraba alrededor con cierta impotencia. Aún no había aparecido nadie de su brigada policial. Sin embargo, antes de que tal vez corrieran peligro él, Jerry Effort y los artistas, se oyó un disparo.

La multitud se dio la vuelta del susto y vieron a Samuel Barnes, sentado sobre su mulo con un arma en la mano. Lo acompañaba una turba de malamutes jóvenes. Seguro que no estaban entrenados como perros guardianes, pero el tamaño era imponente.

—¡Aquí no se va a ahorcar ni quemar a nadie! —gritó Teacher—. He estado en la cabaña de Kinmitu. Cualquiera puede ver por qué se ha mantenido intacta. Está en las afueras de la ciudad, solo la unía a ella el campamento de los recién llegados a Yale, y sus tiendas no ardieron. La cabaña no se salvó por una cuestión de brujería, sino de ubicación. —Teacher intercambió una mirada con Laurence Williams, que asintió aliviado, luego retomó la palabra—: ¡Soltad ahora mismo a esa mujer y guardaos de lanzar más amenazas!

—¿O queréis que el gobernador envíe a sus tropas? —añadió a voces Jerry Effort—. Si lincháis a un comisionado del oro, seguro que

esta ciudad no se reconstruirá. ¡El ejército podría arrasar también vuestro campamento!

—¡Pero tiene que irse de la ciudad! —exigió la mujer de antes—. Tenemos que limpiar Yale de…

—Creo que la joven tampoco desea quedarse ya —tomó la palabra el comisionado. Por fin formaban delante de él los agentes.

Vivian observó aliviada cómo se retiraba la multitud. Uno de los agentes se acercó a Kinmitu y le quitó las esposas.

Los hombres de Williams escoltaron a la chamana. Teacher los siguió sin quitar ojo a la gente, amenazándoles con el arma por si amagaban con lanzarles algo.

—Podríamos ir a su cabaña —propuso Vivian, que había presenciado sin aliento lo que ocurría delante de sus narices—. Yo… quiero decir, antes de que la gente empiece a saquearla y desmontarla.

Jean-Luc sonrió.

—Entonces pretendes saquearla tú antes de que se te adelante alguien…

Vivian lo fulminó con la mirada.

—Tal vez cogería prestado algún vestido —reconoció—. Y seguro que tiene algunas provisiones…

Giselle había despertado y había presenciado la escena de la plaza muy enfadada. La niña debió de notar la tensión en el ambiente. En ese momento rompió a llorar.

—¡Hazlo! —apoyó Jerry Effort las intenciones de Vivian—. A lo mejor aún podemos salvar algo para ella. ¡No pueden echarla de la

ciudad así, con lo puesto! ¡Por lo menos podrá llevarse algo de ropa y provisiones!

Jean-Luc no se resistió más. La cabaña de la chamana era un poco inquietante, igual que ella, pero su familia necesitaba un techo. Lona tampoco puso objeciones. A la chica todo le parecía bien con tal de no tener que vivir con sus padres.

5

Los agentes llevaron a Kinmitu hasta donde suponían que se dibujaban los límites de la ciudad. Luego dieron media vuelta, tenían mucho que hacer en Yale. Teacher bajó de la mula y caminó a su lado hasta que, protegida por unas zarzas, se dejó caer agotada. El trampero le dio una botella de agua. Kinmitu bebió sedienta.

—Gracias —le dijo en voz baja—. Ha faltado poco. Los primeros querían ahorcarme ya delante de mi cabaña, pero entonces a alguien se le ocurrió montar una hoguera en la ciudad… como si no hubiéramos tenido bastante fuego…

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Teacher—. Colleen y yo tenemos tiendas.

Kinmitu sacudió la cabeza.

—Así os pondría en peligro. ¿Y qué iba a hacer con vosotros? ¿Invocar a los espíritus para los perros?

—Tal vez simplemente alimentar a los perros y cuidarlos, y aprender a llevar un trineo —repuso Teacher con severidad—. De momento los espíritus no te han traído mucha suerte.

Kinmitu soltó una risa amarga.

—Es que no eran los correctos. Aun así, no tienes de qué preocuparte. Ya encontraré algo…

—Sigues tu propio camino, lo sé. —Teacher suspiró—. ¿Tienes dinero?

—Si vas hasta mi cabaña y me lo traes. —Lo interrogó con la mirada, pero no acabó de formular la frase como si fuera una petición—. Si es que no lo ha encontrado ya alguno de los tipos que me han molido a palos. —Intentó limpiarse la sangre de la cara. Tenía el labio reventado y un ojo morado—. También tráeme un ungüento curativo.

—¿Guardabas tus ahorros en la cabaña? —le preguntó Teacher, incrédulo—. ¿Has oído hablar alguna vez del banco?

Kinmitu le restó importancia con un gesto.

—El dinero que gané con Ross estaba en el banco. Por lo visto no le costó mucho que se lo pagaran. Todo el importe.

—Deberías ir a buscarle y pedirle cuentas. Se podría demostrar que es tan tuyo como suyo.

—¿Cómo? —preguntó Kinmitu—. Desapareció, y nadie podía testificar a mi favor. —Se incorporó un poco y aceptó que Teacher la sujetara—. A mí sola nadie me habría creído.

—Podrías haber abierto una cuenta a tu nombre —argumentó Teacher, y luego siguió hablando sin esperar respuesta—. Sea como fuere, voy a volver a salvar lo que pueda de tu cabaña.

No quería agotarla aún más, pues la veía al límite de sus fuerzas, aunque ella jamás lo admitiría. Había confiado en Ross Wallett… Le describió el escondite de sus ahorros, le pidió ropa y le recordó lo del ungüento. Luego se dejó caer y cerró los ojos.

Teacher respiró tranquilo al ver que la cabaña seguía en pie. En el tramo que la separaba de la ciudad la gente ya estaba montando sus tiendas.

Para su sorpresa, encontró a Vivian, Jean-Luc, Lona y Giselle en la primitiva cabaña de troncos. Sharon y Mike habían preferido unirse a Jerry Effort. Giselle y Lona comían papilla de cereales a cucharadas y frutos del bosque, Vivian llevaba un vestido de Kinmitu y entraba en calor junto al fuego. Jean-Luc había calentado agua para lavarse el hollín de la cara. Todos dieron un respingo cuando entró Teacher.

Vivian se disculpó con una sonrisa al verlo.

—Teacher, ¿cómo está Kinmitu? —preguntó—. No… no queríamos robar nada, solo buscábamos un alojamiento, de momento…

Teacher hizo un gesto despreocupado. Jamás se le ocurriría sospechar que Vivian quisiera hacerse con las pertenencias de Kinmitu.

—Podéis ayudarme a recoger unas cuantas cosas para Kinmitu. Está exhausta y alterada, pero ya la conocéis, no es fácil doblegarla —les informó—. ¿No habréis encontrado dinero por casualidad?

Jean-Luc negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo hemos buscado.

Teacher le creyó, pero aun así se puso nervioso cuando buscó el escondrijo detrás de un baúl y lo encontró. No se había esmerado mucho en poner a salvo su fortuna, pero encontró la caja de lata llena de billetes de dólares intacta.

Mientras tanto Vivian sacó unos cuantos vestidos y pantalones, porque, si Kinmitu no encontraba refugio antes del inminente invierno, se helaría. No halló ningún calzado fuerte, solo unas botas de piel blandas que los nativos calzaban también durante los meses de invierno, y luego se plantó indecisa delante de todas las demás cosas que Kinmitu había acumulado y cuya utilidad solo intuía.

—Deja esos trastos aquí —dijo Teacher—. Si no, volverá enseguida a invocar a los espíritus. Y eso que T'hoduh le enseñó cosas mucho más útiles. Al fin y al cabo, una sabia no solo se dedica a dirigir ceremonias religiosas, también es sanadora y partera.

—¡Kinmitu es muy buena partera! —confirmó Vivian, y sonrió a Giselle.

Teacher acarició la cabeza de la criatura, y ella reaccionó con un chillido. Luego se volvió de nuevo hacia Vivian.

—Por desgracia, los buscadores de oro tienen muy poca necesidad de ayuda en el parto. Pero a lo mejor cambia de opinión y se instala en algún sitio donde haya granjas.

—¡En las granjas hay muchos niños! —exclamó Lona—. Mi madre los dio a luz a todos sin partera.

En el último parto había tenido que ayudarla ella, y aún llevaba escrito en el rostro el horror que le supuso.

—Entonces ¿habría permitido que la ayudara Kinmitu? —preguntó Jean-Luc.

Vivian le cogió de la mano.

—Sí —le contestó muy segura—. ¡Cuando tienes contracciones, la cara y los orígenes de la partera no importan!

—Aunque no debería ir… así vestida —dijo Lona, y señaló el vestido tradicional de piel y lino, decorado con perlas y flecos que llevaba Vivian—. Las mujeres de los buscadores de oro tampoco lo llevan.

Era cierto que había bastantes mujeres nativas que convivían con hombres blancos, y a nadie le interesaba si contaban con acta de matrimonio o no. Coincidían con frecuencia, pues la mayoría de los nativos tenían negocios con los blancos, y ahí se formaban parejas.

Luego las mujeres vivían con sus hombres en los campamentos, se adaptaban y se ponían vestidos occidentales, se recogían el pelo y se lo tapaban con un gorro para ir a la iglesia. Kinmitu no tenía ninguna intención de hacerlo, por supuesto. Los misioneros le habían arrebatado para siempre la posibilidad de llevar esa vida, pensó Vivian.

Al final ataron un fardo considerable donde, sin que Teacher la viera, Vivian también había añadido un tambor y una sonaja. Tal vez no se podían invocar legiones de espíritus con esos instrumentos, pero sí uno o dos.

Jean-Luc se rio cuando se lo contó más tarde.

—Pensaba que no te caía bien.

Vivian se encogió de hombros.

—Es verdad que puede ser un mal bicho, pero también me da pena. Los ktunaxa no la querían acoger por haberse criado con los dakelh, y ellos no la aceptaban porque no nació en su pueblo. Para los blancos, en cambio, todas las personas como Kinmitu son iguales y no quieren saber nada de ninguna de ellas. Siempre está en medio de todo. Me gustaría saber si quería a Ross o solo fue un medio para lograr sus fines. Y al revés.

Después de entrar en calor y comer algunas provisiones de Kinmitu, pues había suficiente para dar a Teacher suministros para los refugiados, Vivian y Jean-Luc se fueron con Giselle y Lona a la antigua casa de Colleen. Teacher los había invitado a habitar una de las tiendas en un bosque cercano.

—Esta cabaña es más bonita y hace menos frío, claro —comentó —. Pero no me parece segura de verdad.

—¿Por los espíritus? —le preguntó Lona preocupada—. Mi madre dice que se pueden ahuyentar. O colocar imágenes sagradas y así no se atreven a salir de su escondite. —La chica había recibido una educación católica irlandesa.

Vivian se rio de su joven niñera.

—No, por los espíritus no, me parecen inofensivos. Pero sí por la gente que quiere matar a Kinmitu. Puede que vuelvan.

Colleen saludó a sus amigos muy aliviada junto a las tiendas.

—Imaginaba que habíais salido ilesos por la entrada del escenario, pero aun así estaba preocupada. Ahora recuperad fuerzas, hay guiso de liebre. Ayer Sam cazó a dos en la trampa…

—¿Sam? —preguntó Vivian en un tono elocuente, y observó la ropa de trampera de Colleen. Su amiga llevaba las últimas semanas llamando a su marido Teacher.

Colleen se sonrojó. Vivian no siguió preguntando. También se fijó en que Angel volvía a arrimarse a su dueña, como si nunca hubiera existido la triunfante empresaria de los vestidos de seda y los corsés.

—¿Monto la segunda tienda para nosotros? —preguntó Jean-Luc, solícito, y en un abrir y cerrar de ojos estaba enredado en lonas y cuerdas.

—No has nacido para ser trampero —comentó Vivian, y se puso a ayudarlo.

Saltaba a la vista que estaba encantada de volver a vivir en una tienda; con Ross disfrutaba oyendo los sonidos del bosque alrededor

mientras se amaban. Nada más terminar fue a buscar unas cuantas raíces y bayas con Jean-Luc para comerlas con la carne. El resto de las provisiones que Colleen había salvado el día anterior se habían agotado.

—¡Es increíble lo mucho que sabes! —halagó Jean-Luc a su chica. No había conocido a Vivian en su faceta de pionera intrépida, ni mucho menos de hija de la naturaleza. Una vez más comprendía que era más que la alumna en vías de convertirse en bailarina, y que podía importarle algo más, aparte de la danza.

—Estuvimos meses viajando en plena naturaleza —le recordó Vivian—. La tierra es maravillosa, distinta en cada estación. Aunque fue duro moverse así, en cierto modo, me encantaba. También me gustó estar con los dakelh, cuando di a luz a Giselle, tienen un vínculo muy fuerte con la tierra. Tal vez habría sido mejor granjera que buscadora de oro. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja antes de volver a agacharse para recoger más bayas.

—¡Eres bailarina! —exclamó Jean-Luc horrorizado, dejando a un lado de un plumazo lo que había pensado antes—. ¡No querrás de verdad ordeñar vacas y preparar el heno!

Vivian soltó una carcajada.

—¡Solo digo que podría imaginármelo! —aclaró—. La vida en Barkerville y Yale tampoco me gustaba tanto. Demasiado ruido, mucha rudeza, demasiada gente grosera, tanto ir de aquí para allá, aunque podía bailar y sobre todo disfrutaba de las actuaciones que tú dirigías. Pero pasarán años antes de que haya un teatro decente aquí, por no hablar de una sala de ópera.

—¿Eso significa que deberíamos trasladarnos? —preguntó él. En el fondo estaba expresando con palabras justo lo que también sentía

él.

—¡Sí! —confirmó Vivian—. ¿Qué íbamos a hacer aquí? ¿Esperar a que Jerry reconstruya su teatro de variedades para luego seguir como hasta ahora? ¡No, el fuego ha sido un toque de atención! Buscaremos otra cosa. No quiero buscar oro ni ordeñar vacas, Jean-Luc. ¡Lo que yo quiero son unas zapatillas de punta!

6

Teacher volvió a casa hambriento y agotado emocionalmente cuando el fuego ya se había extinguido y Lona y Giselle dormían.

Colleen le besó en la mejilla y le calentó las sobras de la comida, y tanto ella como Vivian y Jean-Luc se llevaron una alegría al ver las dos garrafas de cerveza que había traído. En el campamento situado junto a la cabaña de Kinmitu se volvía a vender alcohol, y Teacher había pasado por ahí para ver que todo estuviera en orden. Por suerte, no se habían producido más saqueos.

—Entonces la has enviado fuera —dijo Vivian, y bebió un trago largo de cerveza. Le sentó bien. Llevaba todo el día con dolor de garganta por la humareda a la que se había visto expuesta. Jean-Luc no estaba mucho mejor—. ¿A dónde irá?

Teacher se encogió de hombros.

—No estoy seguro, pero creo que irá a buscar a Ross Wallett. Parece que había algo más entre esos dos que una pareja de conveniencia. Por lo menos eso me ha parecido entenderle. —Mordió un trozo de carne.

—Era su único amigo —reflexionó Vivian—. Tal vez se enamoró de verdad de él.

—Le robó su dinero y la abandonó. —Jean-Luc no se anduvo con rodeos.

—Eso dice ahora. —Teacher comió otro trozo de carne, luego siguió hablando—. Antes contaba que Ross se la quería llevar adonde fuera, a algún lugar con hipódromo, y que quería ejercer de entrenador por su cuenta. ¿Y el dinero? Creo que lo pusieron todo a su nombre en el banco. Y lo que ella tenía en efectivo lo derrochaba literalmente. Habría que oír la versión de Ross para hacerse una idea.

—¡Bueno, eso suena razonable! —exclamó Vivian en tono de asombro—. Cuando estábamos de viaje contigo no me daba la sensación de que tuvieras a Ross en mucha estima.

—Y así era —reconoció Teacher—. Era un jovencito malcriado incapaz de arreglárselas solo, que no sabía de nada de verdad y no estaba dispuesto a asumir ninguna responsabilidad. La manera de comportarse contigo y con Giselle fue imperdonable. Con Kinmitu ocurrió algo parecido. Ella no quería acompañarle a ir con los suyos, ni él a ella, los dos tenían miedo. En todo caso, la vida volvió a superarle y se fue. Sin pensar en los despojos que dejaba atrás. También se llevó el dinero que teníais en común, ¿verdad?

—Cierto. Aun así, no siempre fue un mal tipo —aseguró Vivian.

—En todo caso por lo visto se le da bien impresionar a las mujeres. —Era evidente que Jean-Luc hablaba por celos.

Teacher no pudo evitar sonreír, pero se puso serio de nuevo al pensar en Kinmitu. Le preocupaba cuál sería su suerte, aunque no aprobara muchas de sus conductas.

—El caso es que Kinmitu cree que Ross le debe algo, y en eso sin duda lleva razón. Pero no tiene una idea exacta de dónde podría estar y, a decir verdad, yo no sé dónde hay hipódromos por aquí. Lo más probable es que estén en las grandes ciudades como Montreal o

Quebec, en la otra punta del país. Necesita averiguarlo de alguna manera, pero lo conseguirá. —Suspiró—. Y se las apañará en la naturaleza, ya viajó de niña conmigo y con Nahli… Por cierto, creo que él fue el motivo por el que quiso alejarse de los dakelh. Se había enamorado de él, y puede incluso que su amor fuera correspondido. Pero él se casó con otra por deseo de los mayores de *su pueblo*. Otra razón para que Kinmitu estuviera amargada.

—¿Qué planes tenéis vosotros dos para el futuro? —les preguntó Colleen a Vivian y Jean-Luc—. Nosotros solo estamos esperando a que nieve para irnos hacia el norte con los trineos de perros. Ya veremos dónde nos establecemos, ¿verdad, Sam?

Su marido asintió con un brillo en los ojos. Saltaba a la vista que se habían reencontrado.

—El noroeste de la Columbia Británica está muy nevado —aclaró Teacher—. O podemos intentarlo en el Yukón. Queremos trabajar por nuestra cuenta con una empresa de transportes.

—¿Y olvidaros de los corsés y los calzones? —Vivian sonrió—. Perdona, Jean-Luc, me refiero a la len-ce-ría, claro.

Colleen sonrió también.

—Tampoco fue tan desacertado. Al fin y al cabo nos ha hecho ricos.

—A ti —refunfuñó Teacher—. A mí me han hecho rico los perros. Y tú, sobre todo tú me has hecho rico, la lencería más bien me ha empobrecido.

Colleen se arrimó a él.

—Jamás volverán los corsés —repitió su promesa—. Pero, insisto: Vivian, Jean-Luc, ¿qué intenciones tenéis?

—A los dos nos gusta bailar —contestó Vivian—. Eso significa que necesitamos un teatro que incluya ballet en su programa. Obras de ballet de verdad, no solo unos cuantos bailes dentro de un espectáculo de variedades.

—Y sabemos que será difícil —añadió Jean-Luc—. En realidad el plan era quedarnos aquí hasta la primavera y ahorrar dinero suficiente para tal vez abrir un pequeño teatro nosotros. Puede que no para llevar a escena *Giselle*, pero sí teatro musical, conciertos, baile… Al principio bastarían con unas cuantas escenas, algunos solos. De todas formas no conseguiríamos reunir a una compañía completa. Queremos ir a una ciudad pujante donde haya personas con verdadero interés por la cultura.

—Jean-Luc pensaba en Victoria, en la Isla de Vancouver —añadió Vivian—. Pasó por ahí en su viaje a Yale, y le gustó mucho. Pero es más probable que vayamos hacia el sur. Ya hay teatros de danza en las ciudades grandes, también en Nueva York. Yo tendría que empezar bastante desde cero, no como bailarina de ballet. Sobre todo porque hasta ahora nunca he bailado con puntas…

Colleen se quedó pensativa.

—Nosotros no necesitaremos mucho dinero para nuestra nueva vida con los trineos de perros. Mi fortuna se quedará en el banco muriéndose del aburrimiento. ¿Qué os parecería que en lugar de eso invirtiera en vuestro teatro? Así podríais quedaros en Canadá y hacer realidad vuestros sueños. Y yo sería encima una conocida mecenas. —Soltó una risita al recordar la idea de la galería de arte en Yale—. Tú no tendrías inconveniente, ¿no, Sam? —Se giró hacia su marido. No quería que Teacher volviera a sentirse ignorado.

Él sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Siempre he sabido que Vivian se construiría su propia ópera algún día. ¡Y tendremos entradas gratis cuando vayamos a veros!

—¡Incluso podréis entrar con los perros! —prometió Vivian—. ¡Y nadie se quejará si aúllan un poco al ritmo de la música!

Así, mientras Colleen y Teacher seguían esperando la primera nevada, Vivian y Jean-Luc querían irse de esa ciudad arrasada al cabo de pocos días, con Lona y la pequeña Giselle. Solo estaban a la espera de que reabriera la oficina del telégrafo. Durante los últimos meses habían llegado de distintas ciudades solicitudes de actuaciones de Vivian Wallett como invitada en todo tipo de salas, pero Jerry Effort no quería dejar escapar a su estrella. Ahora Vivian y Jean-Luc se planteaban amoldar su viaje a la Isla de Vancouver a una especie de gira. Primero actuarían en Hope, que estaba a un día de viaje desde Yale, luego en Fort Langley y Queensborough. Así el viaje se alargaría, pero no sería tan extenuante, y sobre todo sería lucrativo. Los distintos organizadores habían ofrecido sueldos increíbles en las conversaciones previas.

Lona aceptó encantada cuando Vivian le ofreció que los acompañara y siguiera cuidando de Giselle. Nada la empujaba a volver a la granja de su padre. Vivian tuvo que emplear todas sus dotes de persuasión para animarla a por lo menos despedirse de su familia. También le ofreció llevar a la mula Curly a casa de sus padres. La chica les había asegurado que su padre trataría bien a sus animales, y Vivian no podía llevarse la mula a Victoria.

—Vivian ha llorado más al despedirse de Curly que Lona en su último encuentro con su familia —informó Jean-Luc más tarde a Colleen, que no se mostró en absoluto sorprendida. Tampoco a Teacher ni a ella les resultaría fácil entregar un animal si algún día se veían en la necesidad de hacerlo. Shelley y Carrie, las dos mulas que ya tenía Teacher cuando guio a Vivian y Ross por la naturaleza, los acompañarían al norte.

—Nunca había tenido una relación así con un animal —comentó Jean-Luc—. Y eso que hasta tuve un caballo, pero no significaba mucho para mí. No pensaba que Vivian…

Colleen se encogió de hombros.

—Vivian guarda dos almas en su interior. La danza es su pasión, y ahí entras tú. ¡Al mismo tiempo le encantan las aventuras, y eso Ross se lo ofreció de sobra! Así que, mi querido Jean-Luc, ¡procura que nunca se aburra contigo!

Durante las siguientes semanas no se presentó ningún peligro. Tras la despedida de Teacher y Colleen, Vivian no paraba de repetir que seguro que volverían a verse, por muchos kilómetros que los separaran a partir de entonces, y disfrutó al máximo del viaje a Victoria y sus actuaciones. Por supuesto, no vivieron ni la mitad de aventuras que en su viaje anterior con Ross, Colleen y Teacher. Después de Hope, una localidad situada en la salida sur del cañón del Fraser, viajaron cómodamente en coche de caballos. Tampoco tuvieron que dormir en tienda, los alojaron en un buen hotel. Además, los notables de la localidad adulaban y daban muestras de admiración sobre todo a Vivian. Se quedaron varios días y ocuparon

el escenario de un pub en el que solían actuar bailarinas y cantantes. El público estaba formado por buscadores de oro y aventureros, pero en ese caso también se presentó el comisario del oro local para ver bailar a Vivian. Aún le fallaba un poco la voz, aún la tenía tomada después del incendio en Yale, pero a nadie le importó. Todo Hope se mostró entusiasmado, también los empresarios. Vivian y Jean-Luc invirtieron el dinero ganado en, entre otras cosas, ropa nueva: todos, también Giselle y Lona, necesitaban ropa nueva. Continuaron con las maletas llenas por el valle del río Fraser hasta Fort Langley, un importante enclave comercial de la Hudson's Bay Company. Las opciones de compra eran aún mejores, pero la sala donde actuaba era un poco grande para la voz debilitada de Vivian. Sin embargo, el tamaño del escenario permitía unos interesantes efectos de luz, y eso le sirvió para hechizar más con su danza. A continuación, Jean-Luc insistió en hacer una pausa para que Vivian se recuperara y pudieron disfrutar de las comodidades de un gran hotel y el paisaje de finales de otoño. Pasearon por las alamedas, que con su brillo dorado marcaban un contraste impresionante con las montañas escarpadas del fondo y el cielo azul oscuro. Se maravillaron con los arces teñidos de colores, cuyas hojas tenían un gran poder simbólico para los nativos y los colonos desde tiempo atrás. Para Jean-Luc eran las primeras vivencias relajadas en el paisaje de Canadá, y divertía a Vivian bailando con las hojas que el viento arrancaba de los árboles.

Para finalizar su gira Vivian aún tenía unas cuantas actuaciones en Westminster, la sede administrativa de la colonia de la Corona de la Columbia Británica. También allí fue aclamada como artista. Frederick Seymour, el gobernador, la invitó a cenar, y ella se sintió

como en los viejos tiempos, cuando acompañaba a su padre y a lady Louise a las veladas. Con su vestido de baile nuevo de color azul claro embelesó a los anfitriones, y por primera vez disfrutó con Jean-Luc de los bailes de salón. Se sintió ligera como una pluma cuando la guio en un vals y luego se dejó llevar por un caballero tras otro porque todos querían bailar con ella.

—¡Ha sido casi como con los buscadores de oro de Barkerville! —dijo entre risas a Jean-Luc cuando estaban tumbados juntos en la cama haciéndose carantoñas—. Solo que al final no podía cobrarles.

Dos semanas después iban en barco de vapor hacia Victoria. Vivian, Jean-Luc, Lona y Giselle viajaban en primera clase, donde había una sala de espera con calefacción, tomaban té y chocolate caliente, y estaban sentados con vistas al estrecho de Georgia. Vivian le enseñaba a una Giselle asombrada las canoas que pasaban, parecidas a la que tenían Ross y ella.

—¡Mamá navegó por el río Fraser y algunos lagos con una barquita así! —le contó a la niña con orgullo, y Jean-Luc se llevó otra sorpresa al enterarse de lo que Vivian se había atrevido a hacer. Él, en cambio, se alegró aliviado cuando pisó tierra firme en Victoria tras un viaje seguro.

El sitio se parecía ya a lo que él entendía por una ciudad, y ofrecía mucho más que los límites fronterizos con la naturaleza en el Cariboo. Había construcciones de piedra, las calles eran anchas y, en lugar de mulas y carros de bueyes, predominaban los coches elegantes con sirvientes vestidos con librea. La gente paseaba por los parques de principios de invierno y tomaba café en salones de té

pequeños y refinados. Sin duda había sido una buena decisión probar ahí a iniciar una nueva vida.

7

Jean-Luc y Vivian, Lona y Giselle encontraron habitación primero en un buen hotel, pero al día siguiente se pusieron a buscar una vivienda adecuada. Un agente inmobiliario les recomendó una preciosa casa blanca en Fernwood, no muy lejos del centro, pero un poco en las afueras. Giselle podría jugar en el jardín, y Jean-Luc descartó la objeción de Vivian de que tal vez fuera un poco grande con su deseo de tener una sala de ensayo privada. El anterior dueño organizaba grandes recepciones en la casa, que contaba con un pequeño salón de baile. Era fácil reconvertirlo en un estudio de ballet. Lona estaba fascinada con las columnas frente a la entrada, aunque de todas formas todo la hechizaba en la ciudad.

—¿Y creéis que Nueva York es aún más grande? ¿Y Londres? —preguntó la joven niñera con un brillo en los ojos—. Me encantaría verlo algún día…

—¡No te dejes convencer por algún inglés rico que quiera volver a su país natal! —la conminó Vivian—. ¡Te necesitamos!

Le resultaba imposible cuidar sola de su hija además de bailar. Y eso que los camerinos seguían siendo los cuartos de juegos preferidos de la niña. Aporreaba el piano y daba brincos cuando su madre bailaba. Jean-Luc solía levantarla e intentaba hacer una figura en alto, y ella se estiraba entusiasmada y con aires de princesa como si fuera una auténtica bailarina.

—Seguro que Lona estará encantada de esperar un poco hasta que alcancemos la fama mundial, ¡y luego viajará con nosotros a Londres! —exclamó Jean-Luc, y le guiñó el ojo.

Vivian sonrió. Últimamente pensaba cada vez más en su familia de Inglaterra. Si de verdad se cumplía ese sueño, tal vez su padre aún podría verla sobre el escenario.

La casa estaba amueblada y en principio se alquilaba, tal vez más tarde la pusieran también en venta. Los muebles eran de calidad y caros, y Lona no se cansaba de verlos. A Vivian y Jean-Luc les importaba bastante poco la decoración, solo ansiaban el permiso del propietario para instalar barras de ballet y espejos en el salón de baile. Antes de que se lo concedieran empezaron a interesarse por edificios donde pudieran montar el teatro.

Vivian estaba exultante cuando el agente les enseñó una vieja iglesia secularizada tiempo atrás, pero con una acústica de ensueño y un ambiente muy peculiar. Carecía de camerinos, y Jean-Luc no se la imaginaba como teatro de danza. Él, en cambio, se entusiasmó con una cochera con un establo adyacente. Habría que hacer algunas reformas, pero la ubicación era céntrica y era amplia.

—Podríamos tener un gran escenario bonito y una platea con unos doscientos asientos —sopesó las posibilidades—. Además de vestuarios lo bastante grandes. Si queremos invitar a artistas de renombre, no podemos ofrecerles unos cuartuchos minúsculos como en el teatro de variedades. Además, hay sitio suficiente para los camerinos y tal vez incluso para una segunda sala de actuaciones donde podríamos ofrecer conciertos de cámara o algo parecido.

A Vivian la acústica le pareció apropiada, y además el edificio no era caro. Así, descartó con el corazón en un puño la idea de montar

un magnífico teatro en la antigua iglesia. Envió un telegrama a Colleen, que figuraba en la lista de correos de Barkerville, adonde llegarían sus amigos a continuación en su camino hacia el norte. Necesitarían su dinero para las reformas.

—¿Quieres conseguir un contrato en algún sitio de por aquí mientras tanto? —le preguntó Jean-Luc por la noche mientras celebraban en un restaurante su afortunado inicio en Victoria—. Aportaría un dinero adicional a nuestra caja.

Vivian negó con la cabeza. Por supuesto, ya lo había pensado, pero la experiencia de su pequeña gira le había generado cierta inseguridad.

—A partir de ahora preferiría concentrarme en la danza —aseguró—. En las salas de Hope y New Westminster… en las últimas filas apenas se me oía la voz. Tú mismo dijiste que era dulce, pero no llenaría una ópera. Si lo intentamos aquí en un teatro de verdad y el público se lleva una decepción, no sería un buen precedente para nuestra propia sala. Ha sido una buena época de cantante, pero…

Jean-Luc asintió.

—Tienes razón. Y, si todo va bien, dentro de unos días ya podríamos utilizar la sala de ensayos de nuestra propia casa. De todas formas, necesitamos encontrar a un repertorista. Yo no puedo tocar el piano para ti, yo mismo estaré ensayando.

Vivian sonrió.

—Tu manera de tocar el piano tampoco es mucho mejor que mi voz —le tomó el pelo ella—. Mañana pondremos un anuncio en el periódico.

Los meses de invierno transcurrieron con mucho ajetreo para Jean-Luc y Vivian. Junto con un arquitecto estuvieron proyectando la reforma de la cochera para convertirla en un teatro y, como casi lo único que necesitaba obras era el interior, los obreros pudieron empezar de inmediato.

En paralelo, Jean-Luc buscaba músicos que quisieran actuar en su teatro. El anuncio en el *British Colonist* en el que buscaban a un o una pianista fue todo un éxito. Henriette Laker, la hija de un pastor, tocaba de maravilla el piano, pero su padre le prohibía actuar en teatros de variedades o pubs. Por tanto, solo podía ganar algo de dinero con unos cuantos alumnos de piano. Un trabajo regular en una sala privada le parecía un regalo del cielo, y encima le hacía mucha gracia Giselle, que aporreaba el instrumento con pasión. Cuando Jean-Luc y Vivian hacían una pausa, la niña de cuatro años tocaba los primeros acordes y algunas canciones infantiles. Giselle se quedó embelesada cuando Jean-Luc y Vivian improvisaron un *pas de deux* entre risas al ritmo de «Frère Jacques».

Después Jean-Luc puso un anuncio para encontrar más músicos y montar toda una orquesta, e invitó a todos los que se presentaron a tocar o cantar. De vez en cuando Vivian tenía que contener la risa al oír cómo personas totalmente negadas para la música maltrataban sus instrumentos con la esperanza de poder brillar en un teatro de verdad. Aun así, también encontraron joyas, como una joven metís que no sabía una sola nota, pero tenía una voz maravillosa. Francine se aprendió muy rápido las canciones que Vivian había cantado hasta entonces y había unido a la danza, y coincidieron en que la joven las interpretaría mientras Vivian y Jean-Luc bailaban. También respondieron empresarios que organizaban giras de artistas

europeos por Norteamérica y ofrecían a Jean-Luc que actuaran en su teatro dentro de ellas.

Un joven pianista chino escribió con mucha timidez que él nunca había recibido clases de verdad, pero hacía un tiempo que tenía acceso a un instrumento. Según él ya lo dominaba muy bien, y Jean-Luc lo dejó tocar a pesar de que Vivian alzó la mirada al cielo. Ella misma de niña había recibido clases de piano y lo tocaba de una manera bastante chapucera.

Li Wan, que se ganaba la vida como mozo de almacén y practicaba con un instrumento viejo y desafinado en su hostal, les sorprendió con su extraordinario talento. Henriette Laker se hizo cargo enseguida, y hasta que se inaugurara el teatro, por lo menos conseguiría acompañar a Francine cantando sobre el escenario.

Se llevaron otra sorpresa agradable con un cuarteto de cuerda, compuesto por cuatro empleados de la administración colonial. Llevaban años tocando juntos y aprovecharon la prueba para ver si daba para subir al escenario. Jean-Luc les prometió ahí mismo una velada de música de cámara en la sala pequeña, pues una de las salas de ensayo del teatro nuevo era apta para acoger pequeños conciertos.

Ahora que habían encontrado a los primeros artistas, Jean-Luc pensó en actuaciones previas a la inauguración oficial del teatro. Por supuesto, asistió con Vivian a actos culturales en Victoria, y se enteró de que el verano siguiente habría actuaciones al aire libre para las que se podían alquilar escenarios en el parque o junto al agua. Para coreografías como la de «Salley Gardens» y «Au clair de la lune» era el entorno perfecto y despertarían la curiosidad de los habitantes de la ciudad por el nuevo teatro. Sin embargo,

necesitaban más números para un programa completo. Vivian buscó baladas adecuadas y pasó la primavera de 1868 practicándolas con ayuda de Francine. Jean-Luc escribió las coreografías.

Cuando actuaron por primera vez pasado medio año de su llegada a Victoria, una noche de junio, en un escenario en el parque con unos bastidores de auténtico ensueño, Francine y Li Wan no sabían cuál de los dos estaba más nervioso. Vivian y Jean-Luc, en cambio, solo se sentían felices de volver por fin a un escenario. Él ya no bailaba tras una pared de sombras, había cambiado las coreografías a un auténtico *pas de deux*. Gracias a los parques o superficies del agua las representaciones ganaban en atmósfera, y Francine de cantante y Li Wan de pianista brillaban por igual. Lona estaba sentada en primera fila con Giselle, y un joven al que, según ella, conocía solo muy por encima, y costaba mucho que la niña no cantara con ellos. Podía dar palmadas, por supuesto, y durante los días siguientes practicó con empeño las elegantes reverencias con las que la bailarina había dado las gracias a sus admiradores.

Con los primeros logros profesionales llegaron nuevos contactos sociales. Los vecinos de Fernwood sentían interés por la encantadora pareja de artistas y su adorable hija. Los invitaron a sumergirse más en la vida cultural de la ciudad. Asistían a obras de teatro, inauguraciones de exposiciones y participaban en bailes de beneficencia. Lona entabló amistad con otros empleados domésticos y fue a bailar por primera vez con el corazón acelerado después de que Jean-Luc y Vivian le enseñaran los pasos más importantes.

Para Giselle ese año empezaba la vida en serio. Vivian y Jean-Luc buscaban una buena escuela femenina en Victoria.

—Pero tiene que aprender algo de verdad, no solo francés y conversación —exigió Jean-Luc, pensando en el instituto de madame LaRue, que solo daba una formación muy limitada a las chicas.

Vivian se echó a reír.

—No te olvides del arte —apuntó—. En mi internado era muy importante. Además, jugábamos al hockey y al tenis. Y leíamos novelas conocidas que a mí me mataban del aburrimiento…

Así que los dos estuvieron indagando y al final escogieron una escuela dirigida por las Hermanas de Santa Ana. Por supuesto, era de orientación católica, algo que a Jean-Luc no le parecía tan espantoso, mientras que a Vivian la ponía un poco nerviosa. A cambio, ahí las niñas recibían una formación casi tan buena como la que ofrecían en un instituto parecido para chicos, y todas las monjas tenían formación docente.

Giselle sintió un orgullo enorme cuando se puso su nuevo uniforme escolar y luego escribió las primeras palabras en su cuaderno. Destacaba en clase de francés, pues Jean-Luc hablaba a menudo con su hijastra en su lengua materna, y además era el idioma del ballet.

Se enteraron por carta de que Colleen y Teacher habían pasado el primer invierno aún entre Barkerville y Yale. Hacía falta material para la reconstrucción de Yale, y la gente que lo había perdido todo la noche del incendio aún necesitaba ropa, vajilla y utensilios de cocina. El negocio de Colleen, la lencería, también se había

quemado, claro. Su empleada, la diligente Janine, se ofreció a abrir una tienda nueva en un cobertizo montado a toda prisa. Colleen aprovechó los anteriores contactos comerciales entre Montreal y San Francisco y transportaba con sus trineos de perros ropa femenina asequible pero atractiva. Volvió a ganar mucho dinero, pero esta vez se mantuvo fiel. El capital fue a parar al teatro de Jean-Luc y Vivian, y en primavera dejó el negocio entero a Janine para irse por fin al norte con Teacher. Ahora describían paisajes increíbles en el Yukón, hablaban de lobos y osos polares y de la lejanía que iban conquistando con sus trineos.

Así pasó el primer año después del incendio en Yale; el teatro de Vivian y Jean-Luc iba a inaugurarse en todo su esplendor con una gran gala de Navidad en Victoria.

En enero de 1869 lo primero que hicieron fue celebrar el sexto cumpleaños de Giselle, y Jean-Luc le hizo un regalo inesperado. Ordenó instalar en la sala de ensayo una barra de ballet cuya altura se podía regular y estaba preparada justo para su tamaño.

—¿Ya va a empezar con la danza? —preguntó Vivian, entre el entusiasmo y la preocupación.

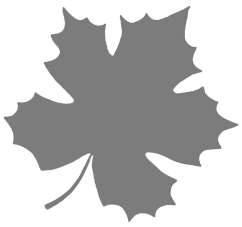
Jean-Luc sonrió.

—Ya lo hace de todas formas. ¡Intenta imitarte, para ser exactos desde que aprendió a caminar! Por supuesto, no hay que forzarla, pero, por otra parte, nunca es demasiado pronto para empezar con la danza. También podemos encargarle un pequeño tutú… Ten, esta es la segunda sorpresa. —Sacó un catálogo de entre otros papeles. ¡Era de accesorios de ballet! La tienda estaba en París, pero también

hacía entregas en ultramar—. Mira, entre otras cosas, se pueden pedir…

—¿Zapatillas de ballet?

Jean-Luc asintió.



RECTA FINAL

Victoria, invierno de 1868/1869-Victoria, invierno de 1869/1870

1

Kinmitu se acercó al hipódromo en Victoria un tanto apocada. Nunca había visto uno. Las tribunas, la taquilla de apuestas, el circuito y las zonas de exhibición, todo eso le resultaba tan ajeno como los amplios establos situados detrás. Hasta entonces se había imaginado el hipódromo más como el establo de alquiler de Yale, pero ya las construcciones de piedra de la ciudad, las calles anchas y el tráfico intenso la habían abrumado. Aun así, no se amedrentó cuando entró sin más en las instalaciones sin preguntar a nadie. Se veían personas y caballos, pero todos parecían tener mucho trajín y el acceso no estaba vigilado.

En el interior de las instalaciones continuó con su asombro. Los caballos eran muy distintos de los ejemplares bajos y compactos o las mulas que conocía de su tierra. Parecían más grandes, esbeltos e imponentes. Cuando un hombre pasó por su lado con un animal, le preguntó por el entrenador Ross Wallett, y el mozo de cuadra la miró con desconfianza. Era evidente que no solía haber mujeres por ahí, ni mucho menos con atuendo de nativa. Kinmitu seguía llevando su vestido holgado con flecos y perlas, además de los pantalones de cuero y las botas. Todo estaba un poco desgastado después de meses desplazándose a pie y durmiendo en una tienda rudimentaria durante el invierno. De vez en cuando encontraba alojamiento en los pueblos de indígenas y también había pasado una temporada en los

asentamientos de los blancos. Todo eso no había ayudado a mantener un aspecto cuidado, pero para la visita al hipódromo se había arreglado un poco. Llevaba el pelo limpio y con las trenzas bien hechas, y el día anterior se había bañado en el lago Thetis. En general debía de dar una grata impresión.

—Los establos de Wallett están ahí detrás —al final el hombre le dio la información y señaló dos edificios bajos y alargados—. ¿Qué querías de él?

Kinmitu consideró que no era de su incumbencia.

—Somos viejos conocidos —se limitó a decir, y acto seguido se dirigió a los establos indicados.

Oyó la voz de Ross nada más atravesar la puerta abierta del primer establo. En ambos lados de un largo pasillo había caballos en compartimientos individuales. Todos estaban bien limpios, pero no parecían muy felices. Algunos golpeaban con los cascos contra las puertas de los boxes, otros caminaban nerviosos de un lado a otro.

Ross Wallett estaba charlando con una pareja bien vestida delante del box de un caballo bayo que intentaba pescar el sombrero de la señora a través de los barrotes.

—Dios mío, a saber cómo va a terminar si participa en la carrera ya el domingo. Solo puedo darle mi consejo profesional, y en mi opinión necesita unas semanas más. Es rápido, quizá incluso gane si se arriesga. Pero también podría hacerse daño, y entonces diríamos adiós a toda la temporada y puede que también al caballo. —Ross sonó un poco grosero. Parecía que esa gente le estaba sacando de quicio.

—Pero de momento solo ha generado gastos, y en realidad lo compramos como inversión. Ese dinero debería aumentar. En su día

nos dijo… —Esa señora no era fácil de convencer. El caballo en sí no parecía importarle mucho, rechazaba con rotundidad todos sus intentos de aproximarse a ella.

—Les dije que prometía mucho. Y es cierto, pero solo tiene dos años. Hay que empezar poco a poco. —Ross Wallett le dio unos golpecitos en el morro al caballo. Vestía pantalones de montar y una gabardina, saltaba a la vista que había engordado desde la última vez que lo había visto Kinmitu.

Se acercó un poco e incluso entró en su campo de visión. Para su sorpresa, se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro cuando la reconoció.

—*Howdie!* —lo saludó ella aliviada—. Ross…

—¡Kinmitu! —Ross se acercó a ella, giró las palmas hacia fuera y las chocó suavemente con las de Kinmitu cuando ella le correspondió al gesto—. ¿Cómo me has encontrado? Pero no, ya lo sé, ¡tienes poderes sobrenaturales! Señora West, señor West, esta es mi amiga Kinmitu, chamana, una sabia del pueblo de los dakelh.

—Los ktunaxa —le corrigió Kinmitu molesta.

—¡Cuenta con la sabiduría de ambos pueblos! Así que, si alguien puede decirles algo sobre el futuro de su caballo, mejor Kinmitu que yo.

—¿Usted echa las cartas? —preguntó la mujer con interés.

Kinmitu sacudió la cabeza: comprendía cuál era el plan de Ross. Los dos podían sacarle provecho a conjurar unos cuantos espíritus para los dueños del caballo.

—No, pero celebro ceremonias en las que consulto a los espíritus. Si es de su agrado, predicen el futuro para mí.

—¡O descubren yacimientos de oro! —añadió Ross—. A Kinmitu le debo los hallazgos de oro que me permitieron montar aquí mi negocio.

Sus clientes estaban fascinados.

—¿Y también funciona con las carreras de caballos? —preguntó el señor West.

Kinmitu miró con disimulo la placa donde figuraba el nombre en el box del joven semental y asintió.

—Puedo probar. Seguro que el futuro de Mortimer entra dentro del saber universal al que tienen acceso los espíritus. —Acarició los ollares del caballo, joven y curioso—. Un animal tan bonito debería ganarse sus simpatías.

—¿Cómo sabe su nombre? —le preguntó la señora West con admiración. Consideraba del todo imposible que una nativa lo hubiera leído sin más.

—Bueno, me lo ha dicho él —mintió Kinmitu con descaro, y notó que Ross reprimía una sonrisa—. ¿Quieren que les organice una ceremonia? Mi campamento está junto al lago al que ustedes llaman Thetis.

—¿Cuánto cuesta? —El señor West estaba tan hechizado como su esposa, pero aún conservaba un resto de los cinco sentidos.

—Unos cinco dólares —improvisó Kinmitu—. Tengo que hacer algunos preparativos…

—¡Tenemos que hacerlo, James! —confirmó la señora West—. ¿Podemos hacer más preguntas? —Interrogó con la mirada a Kinmitu. Por lo visto tenía más preocupaciones aparte de las carreras de su caballo.

—Pueden hacer todas las preguntas que quieran —contestó Kinmitu—. Pero corresponde a los espíritus decidir si quieren responderlas. Pueden venir mañana mismo o, si lo prefieren, esta noche. Enciendo el fuego cuando oscurece.

Ross Wallett le dio un abrazo cariñoso cuando los West se fueron del establo.

—¡Kinmitu, llegas como caída del cielo! ¡Una chamana es justo lo que necesito aquí! Esos no hacen caso a sus entrenadores, pero si aparecen unos cuantos espíritus… ¿No estarás enfadada por lo del dinero? Siempre dijiste que no significaba nada para ti.

Kinmitu tuvo que contenerse para no recordarle que una chamana también necesitaba un techo y algo que comer.

—Pensé que de todas formas ibas a volver con tu pueblo. ¿Y qué iba a hacer yo con los ktunaxa? —añadió.

—Los ktunaxa no me quisieron acoger —explicó Kinmitu. Aún le dolía, en cambio le sentó muy bien ver cómo se alegraba Ross con su llegada.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó entonces. La soltó, le puso al caballo un poco de heno a toda prisa en el comedero y ya estuvo listo para salir del establo—. ¡Ven, vamos a tomar algo a algún sitio!

Kinmitu contestó su pregunta antes de seguirlo:

—¿Pues cómo va a ser? Preguntando por ahí dónde hay hipódromos en el país que llamáis Canadá. Y sabía cuántos kilómetros había hasta Montreal o Quebec. No querías ir tan lejos. Así que lo intenté en dirección al suroeste, y te seguí el rastro en

Fort Langley. Antes estuve en Yale, unos meses… —No tenía intención de dar más detalles, tampoco preguntó Ross.

—Siempre has sido lista. Y aquí…, bueno, podríamos ganar un montón de dinero juntos. ¿Tienes hambre? Conozco un salón de té muy bueno.

Al cabo de un rato Kinmitu estaba sentada con él en un restaurante más bien apartado en uno de los callejones de Victoria. Ross no quería que lo vieran con ella y Kinmitu lo entendía perfectamente teniendo en cuenta cuál era su idea de negocio.

—¿No te va bien con el hipódromo? —preguntó con franqueza, y le dio un mordisco a uno de los pasteles salados que Ross había pedido para ambos—. Pensaba que sabías mucho de caballos.

Ross se dio un golpe en el pecho.

—¡En todo caso mucho más que todos los tipos de la competencia! —alardeó—. Pero con eso no basta. También hay que saber regalar los oídos a los propietarios y al mismo tiempo impedir que tomen decisiones descabelladas. Luego puede que los jinetes hagan que todo se vaya al traste, están ansiosos por llevarse el importe del premio y fuerzan a un caballo que en realidad solo debería tirar de otro. O llegan a un trato con otro y retienen al animal con el que deberían ganar.

Al parecer los pactos tácticos estaban a la orden del día en ese hipódromo. Kinmitu se sentía un poco aturdida.

—¿Puedes explicármelo todo con más detenimiento? ¿Cómo gana dinero aquí cada cual? Entre los nativos y los buscadores de oro, cuando alguien hace correr a los caballos casi siempre se trata de

una carrera. Uno pierde, el otro gana, uno cosecha el honor, el otro paga una cerveza.

Ross se echó a reír.

—Suena divertido. Pero las carreras de caballos son un negocio, y muy duro. Primero está el entrenador. Arrienda los establos a los dueños del hipódromo, que suele ser una asociación, por lo general de criadores o dueños de caballos con dinero suficiente para montar algo así. El entrenador se ocupa de los dueños o criadores de caballos que quieren entrenar a sus animales.

—¿Hace que los caballos corran más rápido? —preguntó Kinmitu con el entrecejo fruncido.

—Eso funciona hasta cierto punto. Digamos que prepara a los jinetes para que monten de tal manera que refuercen los músculos, el corazón y los pulmones del caballo. Ajusta los requisitos a la edad y la salud del animal, y también a su talento, claro, algunos caballos son más adecuados para recorridos largos, otros son velocistas. Además, el entrenador da consejos sobre la entrada en acción del caballo. Ante todo debe participar en carreras que pueda ganar.

—¿El entrenador paga a los jinetes? —le preguntó Kinmitu.

—Exacto. Los propietarios pagan una mensualidad al entrenador, que a su vez contrata al jinete. Yo tengo a tres jinetes empleados fijos, y en las carreras se añaden otros que cobran por montar en una sola carrera a un caballo o a otro. Algunos fijan sus primas por una victoria según las previsiones. Un entrenador también puede cobrar primas.

—¿Y el dueño o el criador del caballo? ¿También gana algo?

—Claro. —Ross asintió—. Las carreras tienen distintas dotaciones. Los dueños del ganador, así como de los caballos que

quedan en segundo o tercer lugar, ganan dinero. Y, por supuesto, el valor del animal aumenta cuando gana. Después se puede vender más caro si, por ejemplo, acaba destinado a la crianza.

—Pero, si te he entendido bien antes, no siempre gana el caballo más rápido —recordó Kinmitu.

Ross suspiró.

—No. Las carreras de caballos también son una especie de juego de estrategia en el que siempre importa el dinero. Los jinetes se dejan comprar por la competencia y ralentizan a sus caballos. Entonces un advenedizo gana por sorpresa, por ejemplo, y todos los que estaban al corriente han apostado por él. Esos se embolsan un buen montante después.

—Cualquiera puede apostar por los caballos de carreras, ¿verdad? —concluyó Kinmitu.

Ross asintió.

—Por supuesto. Pero la mayoría de la gente que lo hace no tiene ni idea de caballos…

—¡Ni de cómo funciona el hipódromo! —terminó la frase de Kinmitu, que empezaba a entenderlo—. Los engañan al manipular la salida de la carrera, ¿no?

Ross hizo un gesto de desdén.

—De todas formas para ellos es solo un juego de azar. Al que engañan es más bien al corredor de apuestas. Pone la cuota de un advenedizo mucho más alta que la de uno de los favoritos. Pero el resultado es más o menos el mismo: al final más gente apuesta por los favoritos y en caso de victoria se embolsan unos beneficios bajos. Ese tipo de pactos hacen daño sobre todo a los entrenadores de los caballos vencidos y sus dueños. —Se notaba que Ross

deducía que ese era uno de los motivos de su fracaso en el hipódromo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó Kinmitu—. ¿Para qué necesitas a mis espíritus?

Ross se animó de inmediato.

—Bueno, en primer lugar necesito a los espíritus para cimentar mi autoridad. Los propietarios, ya has visto a los West, quieren resultados rápido, no aceptan consejos y luego me achacan la responsabilidad cuando no sale como habían imaginado.

—¿Es que todos son así? —El matrimonio West le había parecido bastante ingenuo a primera vista. Pero no podía ser que todos los criadores de caballos de carreras fueran incapaces de apreciar las opciones de sus propios animales.

—No, todos no —reconoció Ross a regañadientes—. Pero los que ya llevan tiempo en esto no me confían a sus caballos. Aún soy demasiado nuevo en el negocio, y los demás entrenadores…

Kinmitu lo escudriñó con la mirada. Sí, puede que Ross Wallett fuera bastante nuevo en el negocio. Tampoco parecía tener mucha experiencia en orientar a otras personas. Además, estaba por ver si ya había acumulado tanto conocimiento sobre caballos de carrera como decía. Ella imaginaba a un entrenador más bien como uno de los mayores de los dakelh o los ktunaxa. Experimentado y sereno. En cuanto a la experiencia anterior de Ross en el hipódromo solo sabía que había trabajado de jinete en Inglaterra.

—¿Por qué no montas tú tus propios caballos? —le preguntó.

Ross frunció el entrecejo.

—Soy entrenador, no jinete. Peso demasiado, soy muy alto…

—Es cierto, antes pesabas menos. —Kinmitu sonrió—. Pero podrías volver a eso. Si montaras caballos durante unos años para los demás, para otros entrenadores, luego…

—¡No voy a permitir que esos vejestorios me mangoneen más! —exclamó Ross—. ¡Trabajo por mi cuenta con los caballos de mis clientes como me parece!

Kinmitu guardó silencio. Sabía que a Ross no le gustaba aceptar consejos, y tampoco hacer planes a largo plazo. Mientras estuvieron juntos, ella siempre tenía que animarlo cuando algo no funcionaba a la primera. Y antes, como ya se imaginaba, era Vivian quien lo hacía.

—Entonces haré que gente como los West acepte tus consejos —resumió ella—. ¿Algo más?

—Puedes animar a otros que tengan dudas. Tengo un caballo del que estoy bastante seguro de que el domingo ganará. Pero sus dueños están pensando en venderlo porque las últimas veces no corrió muy bien. Y ahora quieren escatimar el dinero de la inscripción en la siguiente carrera. —Ross jugueteaba con el vaso de cerveza vacío.

—¿El dinero de la inscripción? —preguntó Kinmitu.

—No es gratis inscribirse en una carrera —aclaró Ross—. Con el dinero de las inscripciones se pagan luego los premios.

—¿Y cómo sabes que el caballo va a ganar? —inquirió Kinmitu—. Es decir…, yo arruinaré mi reputación si lanzo una especie de conjuro de la victoria sobre el animal y luego queda el último.

—Solo cinco caballos empiezan la carrera —explicó Ross—. Tres son de mi establo, los otros, novatos de tomo y lomo. Ganará.

—Los espíritus podrían darle alas —comentó Kinmitu en tono burlón—. Está bien. Organizaré la ceremonia con los West junto al

lago, iré a por el caballo de la victoria y lo incluiré. Con tintineos, tambores, cánticos y hierbas.

—Está prohibido estimular a los caballos —advirtió Ross—. Sobre todo el animal no debe ingerir nada.

Kinmitu asintió.

—Bueno saberlo. Pero haré una ceremonia lo más oscura y grande posible en torno a la bendición. Así les daré algo de miedo a los demás jinetes y entrenadores.

El joven semental Mortimer no participó en la siguiente carrera, pero cuatro semanas y tres ceremonias después ganó su primera pequeña competición. Ross ni siquiera tuvo que ayudar porque Mortimer en realidad prometía mucho.

La yegua Spring Flower, a la que sus dueños ya casi habían dado por perdida, venció en la siguiente jornada de carreras con dos largos de ventaja. Kinmitu tocó el tambor durante la carrera y, tras la sensacional ceremonia de la noche anterior, tres propietarios de caballos la reservaron a la vez para ayudar a sus animales a hacerse con la victoria. Solo uno era un caballo entrenado por Ross. Los entrenadores de los demás caballos sacudían la cabeza, pero no podían prohibir a sus clientes la superstición.

A las pocas semanas de su llegada, el negocio de Kinmitu ya iba viento en popa, Ross cosechó sus primeros éxitos y llamó la atención del hipódromo.

—¡Es un zorro astuto! —sentenció uno de los entrenadores veteranos.

2

Vivian y Jean-Luc llamaron París a su teatro de música y danza, en homenaje a la ciudad donde todo empezó para ellos.

Las actuaciones fueron un éxito desde el principio. El canto de Francine y los preciosos bailes, así como el decorado, que jugaba con elegancia con la luz y las sombras, hechizaban a los espectadores. Jean-Luc había dado con un óptico que experimentaba con una linterna mágica y proyectaba imágenes sobre el escenario. Un apoderado europeo presentó a su compañía de cantantes clásicos. No estaban a la altura de los intérpretes de la Ópera de París, pero se esforzaban y, combinados con unas cuantas escenas de danza, también recibieron buenas críticas en la sección de cultura del periódico local.

Vivian seguía esperando con impaciencia la entrega de sus zapatillas de ballet y continuaba ensayando. Ya era capaz de bailar muchos solos importantes de *Giselle* y *La sílfide*, por supuesto aún en media punta. Ya contaba con la fuerza para los saltos y la resistencia para lograr una presencia prolongada en el escenario. Giselle practicaba todos los días varios minutos junto a su propia barra y encandilaba a todos los que usaban la sala de ensayo. Y el ambicioso Li Wan se ponía a prueba con composiciones de Liszt de una complejidad extrema, aunque Henriette creía que se precipitaba.

Una mañana de mayo, Vivian estaba hojeando el periódico en busca de la crítica del concierto de cámara que había tenido lugar en el París la víspera. Le llamó la atención otro titular:

CABALLOS RÁPIDOS, JINETES OSADOS,
OPORTUNIDADES PARA AFICIONADOS A LAS APUESTAS.
INICIO DE TEMPORADA EN EL HIPÓDROMO DE
VICTORIA EL 31 DE MAYO.

—¿Sabías que aquí había un hipódromo? —le preguntó a Jean-Luc.

La reforma del teatro, los ensayos frecuentes y las actuaciones la tenían tan ocupada que no había mostrado ningún interés por pasatiempos de ningún tipo. De todos modos, a Jean-Luc nunca le habían entusiasmado las carreras de caballos.

—Lo oí una vez. —Bebió un trago de café y untó una cantidad generosa de confitura en el cruasán.

Los escasos días libres que tenían siempre se daban el capricho de disfrutar de un largo desayuno juntos. Jean-Luc untó a Giselle un pan de miel.

—Mañana empieza la temporada. ¿Por qué no vamos? ¡Hace siglos que no hago apuestas de caballos! —Para ser exactos, desde aquel día decisivo en Ascot en que apostó por Ballerina y ganó.

—¿Es que lo echabas de menos? —le preguntó Jean-Luc sorprendido—. ¿Los juegos de azar?

Vivian se rio.

—Ay, Jean-Luc, las carreras al galope son mucho más que un juego de azar. Es todo el ambiente que se crea, el estado de ánimo,

la emoción. ¡Y los caballos son tan bonitos! Y si encima brilla el sol… ¡podría sacar a pasear mi sombrero nuevo!

Se había dado el capricho de comprar una atrevida creación de color turquesa unos días antes. También tenía un vestido a juego.

—¡Vamos, Jean-Luc, nos arreglamos y nos mezclamos con la alta sociedad! A lo mejor nos invita alguien al palco de los propietarios. ¿No conocemos a nadie que se dedique a la cría de caballos?

Jean-Luc no conocía a nadie, pero Henriette sabía que un miembro de la iglesia de su padre, un fabricante muy rico, financiaba un criadero de caballos y le gustaba ir al hipódromo tanto como al teatro. Jean-Luc y Vivian lo conocían de las recepciones en el teatro y siempre les había resultado agradable conversar con él.

—¡Entonces solo necesitamos encontrarnos con él por casualidad en el hipódromo! —dijo Vivian exultante—. ¡Cariño, de vez en cuando también tenemos que ver algo distinto al teatro!

Ross Wallett no podía creer lo que veían sus ojos mientras trabajaba el día del inicio de temporada en el despacho de carreras, junto a unos grandes ventanales con una excelente vista del hipódromo, las tribunas y los despachos de apuestas. El hipódromo no estaba muy lleno. El círculo de entusiastas de los purasangres en Victoria resultó ser muy modesto: en un país donde los aventureros se reunían para buscar oro, solo unos pocos albergaban la esperanza de obtener un pequeño ingreso con las apuestas de caballos. Aún le llamó más la atención la mujer joven que estaba de pie frente a las taquillas de apuestas, como si esperara a alguien. Llevaba un vestido de tarde de color turquesa, con un chal ligero encima por si refrescaba. Sobre el

pelo rizado color canela lucía un elegante sombrerito color turquesa. Para Ross fue como un *déjà vu*: Vivian, que por aquel entonces aún se llamaba Vivian Altham, frente a las taquillas de apuestas en Ascot. Cierto, ese día el vestido era de color menta, el sombrero de ala ancha, pero por lo demás…, esa figura era idéntica salvo por el cabello. En ese momento se unió a ella un señor mayor muy distinguido, como ocurrió entonces con el duque de Carleton. Probablemente se pondría a charlar con él de inmediato y desaparecería en el palco de propietarios.

El joven que poco después se acercó a ellos, bien vestido, alto, delgado y seguro de sí mismo, no encajaba en los recuerdos de Ross. Debía de ser una confusión, ¿no?

Ross decidió ir al fondo del asunto, y resultó fácil porque el caballero de cierta edad no se dirigió con la chica y el joven hacia el palco, sino a un cerco. Ahí quería ir también Ross. No tenía ningún caballo inscrito en la primera carrera, pero le interesaba hacerse una idea de la competencia. Desde el otro lado de la zona de exhibición veía mejor a la mujer y comprendió que no se trataba de un error. ¡Ahí delante estaba Vivian! ¡Sí, aún era su esposa! Se fijó de nuevo en lo guapa que era. La figura esbelta, la postura erguida, el rostro proporcionado con una sonrisa casi permanente… No le había sido difícil enamorarse de ella, y en realidad no encajaban tan mal. Si ella no hubiera insistido en supeditar toda su vida a la niña justo cuando consiguieron llegar a los yacimientos de oro.

Ross dejó de pensar en la época feliz con Vivian y se concentró en su acompañante. El señor mayor era Robert Winchester, que confiaba sus caballos a un entrenador de la competencia. Era un buen cliente que le encantaría ganarse. Al joven no lo conocía. Debía

de haber dejado a su hija en casa, dondequiera que estuviera. ¿Podía permitirse a esas alturas una niñera para su hija?

En ese momento llevaron a los caballos que habían presentado en el cerco hacia la pista de carreras, y Ross se acercó a Vivian y sus acompañantes. Se preguntó si había ido a buscarlo, pero su cara de sorpresa al verlo hizo que descartara esa opción.

—¡Ross! —exclamó, perpleja—. Yo… ¡pensaba que estabas en Montreal!

Entonces no lo estaba buscando. Si así fuera, seguro que habría dado con una pista, igual que Kinmitu.

—Está un poco lejos —contestó él relajado—. Este era el hipódromo más cercano, visto desde Yale.

Supuso que habría visto a Kinmitu en Yale. La información de que quería ejercer de entrenador por su cuenta en Montreal solo podía salir de ella.

—Es… es verdad —tartamudeó Vivian, perpleja. Luego recordó sus buenos modales—. Ross, estos son el señor Robert Winchester, un conocido…

—¡Un admirador! —la corrigió Winchester muy cortés.

—… y Jean-Luc Dimarche. Mi pareja. Jean-Luc, este es Ross Wallett. —No sabía muy bien cómo formularlo, así que se salvó diciendo—: El padre de Giselle.

—Nos conocemos —tomó Winchester la palabra con cierta rigidez —. Aunque no sabía que usted y el señor Ross…

—Hace mucho tiempo de eso —puntualizó Vivian.

Jean-Luc lanzó una mirada hostil a Ross, pero no dijo nada.

—Tampoco hace tanto —repuso Ross, y esbozó una sonrisa encantadora—. Hace solo unos años. ¿Cuántos años tiene ahora la

pequeña Giselle?

—Giselle cumplió seis años en enero —respondió Jean-Luc—. Por lo menos debería recordar su edad, señor.

—El tiempo pasa muy rápido —aseguró Ross—. Pero me gustaría volver a verla, desde luego. Sobre todo si es tan guapa como tú, Vivian.

Vivian se encogió de hombros.

—Puedes venir de visita —le invitó—. Vivimos en Victoria y tenemos un teatro musical.

Ross aguzó el oído. ¿De compañera de baile en Barkerville a directora de un teatro en Victoria? ¡Por lo visto Vivian había hecho carrera! Echó un vistazo a su vestido de corte refinado y al traje elegante de Jean-Luc. Parecía que esos dos no necesitaban ahorrar.

—¿Quieres volver a las apuestas de caballos? —preguntó con amabilidad—. Te recomiendo a Mortimer. Es el favorito en la segunda carrera.

Vivian sonrió.

—Prefiero apostar por los novatos. Ya lo sabes.

Ross asintió.

—Y tenías un olfato excelente —confirmó—. Pero estáis con el señor Winchester —añadió—. ¿Es que queréis comprar un caballo? La cría del señor Winchester da unos velocistas excelentes. —Hizo una leve reverencia hacia el fabricante.

—Tal vez. Ahora que he tenido que dejar a mi mula —bromeó ella.

Winchester la miró sorprendido.

—No tenía ni idea de que su amor por los caballos de carreras llegara a ese punto, señorita Wallett —dijo—. Pero sí, si pretende

tener su propio caballo de carreras, podría recomendarle unos cuantos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Jean-Luc—. ¡Lo último que necesitamos es un caballo! Y ahora, ¿vamos a ver la carrera? —Señaló las tribunas.

Winchester indicó sonriente el palco de propietarios situado encima de las taquillas de apuestas.

—Desde ahí lo veremos mejor. Y seguro que les apetece una copa de champán.

Ross se disculpó y se fue a ver a los caballos a su cargo y que Kinmitu no exagerara con sus bendiciones. Las mezclas de hierbas que quemaba provocaron una vez un ataque de tos a una yegua y le dio miedo que no pudiera participar en la carrera. Sin embargo, después quedó segunda por sorpresa, y desde entonces todos los dueños insistían en quemar hierbas malolientes antes del inicio.

Vivian y Jean-Luc bebieron champán con Robert Winchester, y por lo menos Vivian se lo pasó en grande. Se encontró con algunos conocidos y les contó encantada su experiencia en Ascot en Inglaterra y la ganancia que la llevó hasta Canadá. Jean-Luc también encontró con quien conversar. Victoria no era muy grande, muchas de las personas con interés por la cultura se conocían y también promocionaban el deporte de las carreras. Ahora preguntaban a Jean-Luc por el programa de verano, para el que tenía previstas algunas actuaciones al aire libre, y se interesaban por sus avances en su empeño de reunir a una orquesta estable para el teatro. Podría contratar a cantantes conocidos y luego también a bailarines cuando dejaran de improvisar el acompañamiento musical.

El caballo de Winchester quedó segundo en la primera carrera, y en la segunda, en efecto, ganó Mortimer, el protegido de Ross. Sus dueños, el joven matrimonio West, aparecieron acto seguido en el palco y descorcharon botellas de champán. No paraban de colmar de elogios a Ross Wallett como entrenador. Fue él quien les recomendó comprar el caballo hacía un tiempo, y luego lo había preparado tan bien que ahora solía ocupar uno de los primeros puestos.

—Usted no tiene en tanta estima a Ross Wallett, ¿verdad? —le preguntó Vivian al señor Winchester, que ponía cara de pocos amigos mientras oía los halagos de la joven pareja.

El criador de caballos se encogió de hombros.

—Bueno, es relativamente nuevo en el negocio y ya obtiene buenos resultados —admitió—. Pero a veces emplea métodos poco convencionales. Sustituye la experiencia por la improvisación con demasiada frecuencia. Pero, como he dicho, se está labrando su camino. Y usted estuvo con él… Disculpe, señorita Wallett, eso no me incumbe, por supuesto. Hasta hoy no me había fijado en que tenían el mismo apellido.

—Aún estoy casada con él —aclaró Vivian. De todas formas, después de esa visita al hipódromo se hablaría de ella, sobre todo si volvía a entablar conversación con Ross. Era mejor no convertir su relación en un secreto—. Pero hace tiempo que estamos separados. Un amor de juventud…

Winchester soltó una carcajada.

—Bueno, está claro que sigue siendo joven. Debió de casarse con él cuando aún hacía castillos de arena.

Vivian sonrió halagada.

—Es usted encantador, señor Winchester. ¿O es que solo quiere venderme un caballo a toda costa? Antes me gustaba mucho montar, también purasangres. Durante los últimos años solo me he subido a mi mula Curly.

—«A toda costa» seguro que no, desde luego, querida señorita Wallett. —Sonrió y siguió hablando—: No quiero endosarle a nadie mis caballos. Pero si echo un vistazo, seguro que se me ocurrirá alguno. —Lanzó una mirada a Jean-Luc y advirtió su expresión de disgusto—. Pero a su pareja no parece entusiasmarle mucho la idea.

—Jean-Luc está centrado del todo en la danza —repuso Vivian—. Y en la dirección del teatro, por supuesto, apenas le deja tiempo para otra cosa. Además, es de París. De ciudad. Yo, en cambio, me crie en una finca cerca de Londres.

Le habló con franqueza de su juventud en Altham mientras en el hipódromo ganaba otro caballo entrenado por Ross. Esta vez fue un advenedizo, pues el semental favorito, también del establo de Ross, había sorprendido al quedarse rezagado. El señor Winchester volvió a fruncir el entrecejo mientras observaba la carrera, pero no comentó lo sucedido.

Ross no pasó por el palco como Vivian esperaba. Cuando Jean-Luc y ella se disponían a marcharse con los primeros espectadores —pues, aunque al finalizar la carrera los propietarios seguían comentando el resultado, a ninguno de los dos les interesaba demasiado—, salió del despacho del hipódromo como por casualidad.

—¿Te lo has pasado bien, Viv? —le preguntó—. ¿Sin apostar nada?

En ese momento Vivian observó mejor a su antiguo amante. Ross seguía siendo un hombre apuesto, pero había engordado y parecía más maduro, ¿o solo estaba más rechoncho? La expresión también le había cambiado. Era más dura y decidida que cuando aún soñaban juntos. El hombre que tenía delante ya no parecía soñar. ¿De verdad había logrado sus objetivos y era feliz?

—No se ha dado el caso —comentó ella—. Me he encontrado con muchos conocidos y me he entretenido charlando.

—Entonces ¿hace mucho que vives… vivís en Victoria? —incluyó a Jean-Luc a desgana—. ¿Lo suficiente para conocer a personas importantes?

—Vivian Wallett no conoce, es conocida —apuntó Jean-Luc con una aspereza inusitada—. ¿Será usted el único entre Barkerville y Victoria que nunca ha oído hablar de ella como cantante y bailarina?

Ross se encogió de hombros.

—El mundo de las carreras de caballos es muy cerrado —comentó—. Quien se dedica a esto, solo tiene caballos en la cabeza. ¡Lo siento, Viv!

Vivian le restó importancia con un gesto.

—Estás invitado a venir a ver una actuación en nuestro teatro. Pero ahora solo bailo, la parte del canto la ha asumido otra persona.

—Siempre quisiste bailar —recordó Ross.

Vivian sonrió.

—Y tú siempre quisiste tener un establo de caballos de carreras.

—Hubo un tiempo en que los dos lo queríamos —dijo él, y Vivian vio un destello del antiguo Ross en su rostro.

—También me habría divertido —aclaró Vivian.

Jean-Luc se fijó indignado en que lo decía en serio.

—¿Nos vamos, Vivian? —le preguntó, procurando no sonar impaciente—. Le hemos prometido a Giselle…

—¡Ay, sí, Giselle! —le interrumpió Ross—. ¡De verdad que me encantaría verla!

Jean-Luc reprimió una respuesta insolente.

—Por supuesto —dijo Vivian—. Mañana estaremos ensayando toda la tarde. Giselle suele estar con nosotros en el estudio después del colegio. Y yo puedo liberarme media hora. Seguro que mañana no hay mucho que hacer por aquí…

El día después de una jornada de carreras los entrenadores y los jinetes se lo tomaban con calma.

—A mediodía tengo una reunión —explicó Ross—. Con el consorcio del hipódromo, un seguimiento del inicio de la temporada.

Vivian paseó la mirada por las tribunas que se estaban vaciando, aunque tampoco estaban a rebosar al principio.

—Bueno, ha hecho un buen día —comentó—. Pero en cuanto a la gente…, nada comparado con Ascot. —Sonrió con picardía—. Deberías ofrecer algo especial. ¿Una carrera de amazonas?

Todos se rieron, si bien Jean-Luc se veía un poco forzado.

—Entonces hasta mañana después de tu reunión —le dijo a Ross —. Nos encontrarás en Fernwood, Honey Lane.

3

Ross se plantó incluso un tanto cohibido frente a la mansión pintada de color amarillo claro que encontró en la dirección indicada. Su aún esposa, aunque no le cabía duda de que presionaría por conseguir el divorcio, tal vez incluso ese mismo día, había salido adelante. Y él no se llevaba ni una parte… Estaba claro que ganaba más que él, y en realidad debería corresponderle la mitad de aquello. Bueno, jamás lo conseguiría. Salvo que lograra arrebatársela a ese tal Jean-Luc y reanimar su relación. Pero puede que hubiera otra manera de sacar provecho de su riqueza. No le había pasado por alto el brillo en sus ojos cuando mencionó la posible compra de un caballo de carreras. Tampoco la sonrisa cuando hablaba de una carrera de caballos en la que pudieran participar mujeres como jinetes. En ese sentido, tenía buenas noticias para ella. Había presentado la atrevida propuesta por la mañana en la reunión de la dirección de carreras, y había suscitado unas cuantas risas, pero también interés.

—Algunas de nuestras señoritas en Inglaterra practicaban la caza deportiva a caballo con valentía —apuntó, pensando en Vivian—. Y han montado purasangres. Aquí, en la Isla de Vancouver, no tienen opción de continuar con su pasión, y es una lástima. Si les damos la oportunidad de adquirir un caballo y presentarlo ellas mismas a una carrera, bueno, seguro que no lo volverían a vender de inmediato y lo dejarían en el hipódromo para entrenarlo. Y el público conocería

los nombres de esos ejemplares y apostaría por ellos. Es evidente que serían todos principiantes, una señorita no puede entrenar a un caballo, pero…

El hipódromo ingresaría mucho dinero. Al final el consorcio le prometió contemplar la posibilidad y estudiarla con buenos ojos.

Ross abrió la puerta, atravesó el jardín y luego hizo sonar la campanilla de la puerta. Acto seguido abrió una chica joven, con un atuendo modesto, pero vestida con uniforme de servicio. Sonrió.

—Usted debe de ser el señor Wallett. Yo soy Lona, la niñera de Giselle. La niña está arriba con sus padres, ahora mismo le acompaño.

—Con su madre —la corrigió Ross. En la carrera del día anterior ya se fijó en que Jean-Luc pretendía ocupar el sitio del padre con Giselle.

—Claro —dijo Lona como si nada. No era fácil de intimidar.

Así que Ross subió la escalera tras ella y comprobó que casi toda la planta superior era una gran sala de danza. Oyó un piano y luego el canto de una voz clara de soprano.

Francine estaba cantando «Annabel Lee», la preciosa historia de un gran amor, mientras bailaba una pareja. Vivian y Jean-Luc estaban creando una nueva combinación de baile y canto, empezaban con un *pas de deux* íntimo con muchas figuras en alto mientras la cantante explicaba lo mucho que se querían y lo triste que fue cuando luego murió Annabel Lee.

—En la actuación, todo eso ocurre detrás de una cortina blanca ondulada, delicada y transparente, para darle un aire onírico a toda la escena —le explicó Lona—. Y al fondo aparecen nubes, se percibe el viento…

La cantante hablaba de la envidia que sentían los ángeles en el cielo hacia los felices amantes y describía el viento que arrebataba a Annabel a su amado. En ese punto se oía que Jean-Luc y Vivian tenían sus discrepancias.

—La van a matar, y sus hombres la alejan de su amado y la meten en una tumba —explicó Jean-Luc—. Tienes que expresar el horror y la ráfaga de viento y luego morir.

—No, yo no lo creo —le contradijo Vivian—. Creo que los parientes de origen noble hacen referencia a los ángeles que se la llevan. Sería mucho más bonito que yo me alejara atravesando unas cuantas cortinas bailando.

—Solo es un pariente de clase alta, dice «kinsman», no el plural «kinsmen» y al final habla claramente de una sepultura.

—Pero antes se dice que ninguno de los dos puede separarse de verdad, y luego están los sueños… Sería un *pas de deux* maravilloso si volvieras a recogerme de detrás de las nubes. Y luego desaparezco por detrás de la lápida. Sería una puesta en escena fantástica…

—¿Quielen que implovise y leplesente el mal enfulecido con fuelza al final? —El pianista chino hablaba muy bien inglés, pero le costaba un poco la erre.

—A mí lo de alejarse también me parece más bonito que morir. —Una mujer joven con un pulcro recogido alto intervino y luego llamó al orden a una persona que quedaba olvidada por completo con la danza.

—¡Giselle! ¡Deja de colgarte ahí! ¡Es una barra de ballet, no un trapecio! Lo siento, Lona, la he perdido de vista un momento y se me ha escapado.

Lona volvió a ocuparse de su protegida, que hacía pruebas en una barra de ballet para mayores. Ross vio a una niña preciosa que había heredado su cabello oscuro y sus ojos azules, pero era casi idéntica a su madre. La niña era delicada y ágil, y pese a la reprimenda se le dibujó una sonrisa en la carita redonda nada más ver a su niñera.

—Ahí la tiene, señor Wallett. —Lona soltó la mano de Giselle con suavidad de la barra y se la dio a su padre.

En ese momento Vivian advirtió su presencia.

—Voy a hacer una pausa —anunció, y fue a buscar una toalla para limpiarse el sudor. Llevaba un vestido holgado muy fino encima de un conjunto de pantalón y camiseta que le quedaba muy ceñido. Jean-Luc bailaba con un maillot parecido.

—¡Buenos días, Ross! —le saludó ella—. ¿O *howdie*, por los viejos tiempos? —Le dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras. La niña también lo había heredado de ella.

Ross se la devolvió y también mostró a la niña su lado más encantador.

—¡Hola, mi niña! ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy tu papá!

Saltaba a la vista que a Vivian no le pareció bien que entrara arrollando.

—Este es… —Buscó una manera de formularlo que la niña entendiera mejor, pero Giselle tomó las riendas de la situación.

—Yo no tengo papá. ¡Solo un *paip*!

Ross la miró confuso.

—Así llama a Jean-Luc —aclaró Vivian—. Una vez le conté que Luc viene de Licht. Pero ella entendió *light*, es decir, 'luz', y como

papá y *paip* le sonaban bastante igual, se inventó ese nombre para él. Nos pareció gracioso.

Ross torció el gesto.

—Bueno, entonces a mí puede…

—¿Eres bailarín? —le interrumpió Giselle.

Ross negó con la cabeza.

—No. Yo trabajo con caballos.

Giselle sonrió.

—Los caballos son bonitos. Sé una canción sobre caballos. ¿Quieres que te haga una actuación? ¿O que cante? ¿Eres cantante?

Ross se preguntó si era un poco dura de mollera, pero en su entorno todo el mundo ejercía una profesión artística.

—No, como te he dicho, yo…

—Entonces ¿tocas el violín? ¿O el piano? —quiso saber Giselle después.

Ross suspiró. Nunca había hablado con una niña, y ahora le parecía que no se había perdido mucho.

—Ninguno de los dos. ¡Pero mira, te he traído algo! —Sacó un caballito de latón de la bolsa al que se le podía dar cuerda—. ¡Mira! —Dejó que el caballito trotara por el suelo liso.

—¡Opa, opa, opa, el caballito galopa! —cantó Giselle entusiasmada.

—En realidad trota —puntualizó Ross—. Pero sí, mis caballos galopan. Muy rápido.

Giselle se esmeró en enseñar a Ross cómo galopaba un caballo. Daba brincos con mucha seguridad y gracia.

—¿Vas a actuar en el teatro? —le preguntó a continuación.

Vivian intervino.

—No, cariño, el señor Ross no va a actuar con nosotros. Solo ha venido a verte. Cuando eras muy pequeña cuidaba a menudo de ti.

Giselle arrugó la frente.

—No lo recuerdo.

—¡Pues soy tu papá! —insistió Ross—. Me gustaría conocerte mejor.

Giselle miró a su madre desconcertada.

—Cariño, luego te lo explicamos —le aseguró Vivian—. En cierto modo es verdad que Ross es tu papá, pero yo… él…

Miró con impotencia a Jean-Luc, que al principio estaba comentando con Li Wan y Henriette la interpretación del texto amoroso, pero luego se sumó a la conversación entre Ross y la niña cuando Vivian se inmiscuyó. En ese momento se inclinó hacia la niña y le dijo:

—El inglés es un idioma muy bonito y complicado. Y hay muchas palabras para decir papá. Padre, papá, progenitor…

—¡Jean-Luc! —le reprendió Vivian.

—¡Y *paip*! —exclamó Giselle sonriendo.

Jean-Luc sonrió.

—Exacto. Pero todos los papás deberían querer a sus hijitas. En ese caso, una niña pequeña puede tener infinidad de papás.

Giselle desvió su mirada crítica hacia Ross.

—Entonces ¿tú me quieres? —le preguntó.

—Yo… eh… sí, sí, claro… —fue la respuesta automática de Ross, pero Giselle se dio por satisfecha.

—¿Te apetece un café? —le preguntó Vivian—. Puedo prepararlo. —Señaló una cocina pequeña adyacente a la sala de ensayos.

—¡Y podemos tocar la canción del caballito! —sedujo Lona a Giselle, que se puso a hacer correr el caballito de madera sobre el piano de cola para así hacer sonar música.

Li Wan salvó horrorizado su valioso instrumento colocando un trapo encima del barniz. Frenó un poco el curso del caballito, pero así este no dejó ni un rasguño.

—Yo también haré una pausa —anunció Jean-Luc, y se sumó a Vivian y Ross—. ¿Qué? ¿Le gusta su hija? —atacó acto seguido a Ross—. ¿Tanto como para insistir en su paternidad y provocarle una confusión terrible?

—¡Oiga! La niña debe saber… ¿Cómo debería haberme presentado si no? —montó en cólera Ross.

—Eso deberías haberlo aclarado conmigo antes —le reprendió también Vivian—. Podrías haber tenido más tacto al comunicarle el grado de parentesco. Pero da igual, lo olvidará enseguida. ¿O es que ahora piensas cuidar de ella con regularidad?

Ross se esforzó por mostrarse indignado.

—¡Viv, es mi hija! Por supuesto que… también me gustaría ser… eh… formar parte de su vida —titubeó Ross. Hasta entonces ni siquiera lo había pensado, pero no quería volver a perder el contacto con Vivian bajo ningún concepto—. Tal vez algún día podríamos… hacer algo juntos con ella.

Vivian se echó a reír.

—Hasta ahora no parecía que la echaras mucho de menos. ¿Y a qué te refieres con hacer algo juntos? Nosotros tenemos un teatro, tú un establo de caballos de carreras. Todos tenemos que trabajar los fines de semana. Y, sinceramente, no te imagino yendo con nosotras al lago a ir en canoa.

—Puedes venir con ella al hipódromo —propuso Ross. Le pareció buena idea, sobre todo porque había más probabilidades de que Jean-Luc no las acompañara—. Y a mí me gustaría verte bailar algún día, Viv.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Vivian muy diplomática, y sirvió el café. Después intentó cambiar de tema—. ¿Cómo te ha ido la reunión de esta mañana?

Ross se relajó.

—¡Ah, muy bien! He presentado tu propuesta al consorcio. La carrera de amazonas.

—¿En serio? —Vivian se rio—. ¡Pero si solo era una broma! Nunca he oído hablar de una carrera en la que pudieran participar mujeres.

—Bueno, tampoco está tan fuera de lugar —confirmó Ross—. En carreras más pequeñas de Inglaterra o en las fiestas de los pueblos sí las hay de vez en cuando. Y aquí, en el Nuevo Mundo, no hace falta exagerar con las tradiciones. El consorcio ha mostrado mucho interés en el planteamiento.

—¿Crees que de verdad podría llegar a ser real? —Un brillo de codicia atravesó los ojos de Vivian—. ¿Y montaríamos sobre sillas de caballero o de señora?

—¿Montaríamos? —preguntó Jean-Luc—. ¿No estarás pensando en participar?

Vivian se encogió de hombros.

—Hasta ahora solo era una idea —contestó—. Pero si de verdad se llegara a hacer… ¡Oh, Ross, me encantaría participar! Siempre he soñado con una auténtica carrera en un hipódromo decente…

Jean-Luc se fijó en que expresaba su deseo a Ross y apenas había oído su objeción.

—No tienes caballo —probó de nuevo.

Vivian hizo un gesto de desdén.

—Seguro que podrían prestarme uno. ¡O comprarlo! Creo que podríamos permitirnos un caballo de carreras.

Jean-Luc se llevó la mano a la frente.

—¿Y quién lo cuidaría? Si lo he entendido bien, esos animales corren una carrera casi todas las semanas, y se espera que sus dueños vayan a verlos.

—Eso no es en absoluto obligatorio —aclaró Ross—. También podría solo embolsarse las ganancias…

—O pagar las pérdidas —repuso Jean-Luc—. ¿No corren unos diez caballos en cada carrera, pero solo tres ganan un premio en metálico?

—¡Bueno, tampoco es que lo necesitemos para vivir! —lo relativizó Vivian—. Aunque el caballo no fuera muy rápido, podría montarlo sin más. Siempre me ha gustado. Incluso podríamos comprar un poni para Giselle.

—Viv, un caballo de carreras no lo puedes dejar en el jardín y ya está —comentó Ross—. Pero no temáis, encontraríamos un animal que recuperara al galope el valor de compra. Si lo entreno yo…

—¡Vivian, eres bailarina! ¿Cuándo pretendes montar a caballo? —Jean-Luc estaba a punto de perder la paciencia—. Apenas nos queda tiempo ya para nosotros fuera de la sala de ensayo, y tampoco para Giselle.

—Bueno, Viv podría llevar a Giselle —propuso Ross—. Así yo la vería más a menudo, podríamos pasar tiempo juntos.

Jean-Luc no sabía qué más decir, y al final recurrió a la fórmula de cortesía que había utilizado antes Vivian.

—Lo tendremos en cuenta. Ahora, ¿podemos continuar, Vivian? Dentro de una hora Henriette y Li Wan necesitan la sala para su Liszt.

Ross entendió el aviso y se despidió… de Vivian y Jean-Luc, de Giselle se olvidó. Se sentía más que satisfecho. Había sembrado la semilla. Vivian no olvidaría tan rápido la idea de tener su propio caballo.

4

—¡De verdad que me gustaría participar en esa carrera de amazonas! —exclamó Vivian cuando terminó el ensayo con Jean-Luc y se sentó un rato con él en el suelo de la sala a descansar y escuchar a Li Wan tocar el piano—. No tienes de qué preocuparte. Se me da bien.

Jean-Luc le creía, aunque seguía recordando a Joana cuando pensaba en mujeres montando de lado. Vivian había aprendido a montar a caballo de pequeña, lo recuperaría rápido, y para un bailarín no era ni mucho menos tan difícil como para personas menos acostumbradas a moverse. Él mismo había aprendido en un tiempo muy breve la postura correcta sobre el caballo. Aun así, era peligroso y requería tiempo. Todos los días contaba con que llegaran las zapatillas de ballet para Vivian, al final habían tenido que hacer un pedido directo en París, y entonces practicaría aún más. Sin embargo, ya no podría disuadirla de participar en la carrera. Solo podía intentar reducir los daños.

—Entonces habla con el señor Winchester —comentó a regañadientes—. A lo mejor te presta un caballo.

—Seguro que Ross me prestaría uno —dijo Vivian.

Jean-Luc torció el gesto.

—¿De verdad quieres tener más contacto con Ross Wallett? —le preguntó—. Además, los caballos que entrena no son suyos. ¿Crees

que un desconocido te va a prestar su costoso ejemplar solo porque Ross se lo pida?

Vivian se mordió el labio. Tenía razón. Además, no quería a Ross Wallett como segundo padre de Giselle. Jean-Luc quería a la niña y cuidaba de ella de una forma intachable. Ross ya la había desconcertado el día anterior. No tenía instinto para los niños, ya lo había demostrado muchas veces, y tampoco creía que de repente le interesara su hija.

—Vivian, Ross Wallett solo quiere que compres un caballo y se lo des para que lo entrene. Le interesas como clienta, nada más.

Jean-Luc expresó en voz alta lo que le pasaba por la cabeza a Vivian.

—Y cuanto menos te ocupes del caballo, mejor para él en mi opinión. ¿No viste las miradas de la gente el domingo cuando de pronto ganó el caballo de su establo?

Fue la gota que colmó el vaso. Vivian montó en cólera.

—¿Crees que manipuló la carrera? ¿Cómo puedes acusarlo de eso, él…?

—Ya ha hecho varios tejemanejes con el dinero de otras personas —comentó Jean-Luc—. Perdona si para mí eso lo hace un poco sospechoso. Así que, si tantas ganas tienes de participar en esa carrera, pregúntaselo al señor Winchester, por favor. No me parece de los que engañan a los demás.

Vivian se encontró a Robert Winchester en una sesión matinal al cabo de dos semanas. Jean-Luc y ella bailaron sobre un escenario junto al mar e interpretaron, entre otras, «Annabel Lee» por primera

vez. Luego sirvieron champán a los espectadores y, cuando se desmaquillaron y cambiaron, los artistas salieron a charlar con sus admiradores. Vivian llevaba un vestido granate y el cabello recogido después de bailar con el pelo suelto. Como siempre después de una actuación, estaba radiante, y el brillo de la piel competía con el de sus ojos.

El señor Winchester sonrió cuando ella le hizo su petición.

—Por supuesto que le prestaría uno, señora Wallett —contestó—. Pero, a decir verdad, preferiría vendérselo. Tengo un semental… Siempre que lo veo pienso en usted. Es como si hubiera nacido para usted, solo por la imagen que ofrecerían juntos. ¿No le gustaría verlo, por lo menos?

Vivian se retocó el peinado.

—Sí me gustaría, pero Jean-Luc… Bueno, él cree que no tendríamos tiempo para un caballo, y tiene razón. Si tuviera uno, también me gustaría ocuparme de él yo, claro.

Winchester asintió.

—Justo lo que imaginaba —comentó satisfecho—. ¿Y no cree que lo conseguiría? Tampoco puede concentrarse en una sola cosa en la vida…

Vivian sonrió.

—Claro que sí —repuso—. Eso hacen los bailarines. La danza lo es todo en nuestra vida.

Winchester cogió otra copa de champán de la bandeja de un camarero.

—Entonces todo encaja. El semental tiene un nombre que le gustará. Se llama First Dance.

Jean-Luc lo había intentado con lógica y persuasión, pero al final aceptó que ella quisiera por lo menos ver el caballo. Por mucho que le inquietara que Vivian estuviera a punto de establecer un vínculo con algo apenas compatible con su vida hasta entonces, el domingo siguiente la acompañó al pequeño criadero de Robert Winchester en las afueras de la ciudad. Se llevaron a Giselle, para quien Winchester tenía prevista una vuelta en poni. Aún tenía en la finca los antiguos caballitos de sus hijos.

—Pronto los montarán los nietos —comentó un tanto melancólico —. El tiempo pasa muy rápido. ¡Así que haga realidad sus sueños, señora Wallett! —Guio a Vivian y Jean-Luc por un camino en el césped hasta un prado frondoso.

—¡Dancer! —gritó en tono seductor, y sacó una zanahoria de la bolsa. Acto seguido el caballo salió de la arboleda al sol y hasta Jean-Luc se quedó sin aliento ante semejante belleza.

First Dance, al que solían llamar Dancer, era elegante y un poco robusto. Le brillaba la larga crin de color negro azabache. El pellejo era de color canela como el pelo de Vivian, y los ojos, más claros que los de la mayoría de los caballos, parecían casi dorados. La marca blanca en la frente se asemejaba a un lirio. Tenía la cabeza recta, noble y seca, igual que sus extremidades, y, cuando en ese momento se puso al trote para saludar a las visitas, se movía con tal ligereza que apenas parecía rozar el suelo.

—¿Y cree que además es rápido? —susurró Vivian.

Winchester sonrió.

—Debería serlo: los dos progenitores ganaron carreras. Aunque uno nunca puede tener la certeza, desde luego, antes de que los caballos empiecen a entrenar.

Jean-Luc fue volviendo en sí poco a poco.

—Es evidente que es rápido —comentó—. La secuencia de movimientos, toda la complexión. Es un bailarín.

—¿Se puede montar? —preguntó Vivian.

—Por supuesto —respondió Winchester—. Mi hija lo montaba, pero ahora vuelve a estar en estado de buena esperanza y ya no podrá montar a caballo, por no hablar de las carreras de amazonas, aunque le habría encantado. Le he propuesto llevarlo al hipódromo. Si tiene que acabar siendo el semental aquí, necesita unas cuantas buenas clasificaciones. Sin embargo, le preocupa que no le acaricien el morro todos los días. Bueno, y entonces pensé en usted.

Jane Parson, la hija de Winchester, que dirigía el criadero de caballos junto con su marido y no parecía tan sobreprotectora con sus animales como había insinuado su padre, insistió en montar a First Dance de lado. El caballo color canela flotaba por el cuadrado y después lo hizo también con Vivian. Jean-Luc vio a su amada por primera vez sobre un caballo y se quedó casi tan hechizado como cuando la veía bailar. Iba sentada muy flexible en la silla y guiaba al caballo con facilidad. Jean-Luc tarareó sin querer una música de ballet.

La propia Vivian, en cambio, no estaba muy entusiasmada con esa danza en la zona de amaestramiento.

—¿Tiene una pista de carreras, Jane? —le preguntó.

Las mujeres pasaron enseguida a llamarse por el nombre de pila, se reconocieron a la primera como almas gemelas.

—¡Por supuesto! —contestó Winchester, pero Jane comentó que en la pista era mejor montar a Dancer a horcajadas.

—Montando de lado no se logra el equilibrio perfecto, y él no alcanza toda la velocidad.

Vivian asintió.

—Pero no sé si en las carreras de amazonas se nos permite montar a horcajadas —planteó.

—¡Si lo llaman carreras de amazonas, tendrán que permitirlo! —exclamó Jane—. Las amazonas ya iban sentadas a caballo cuando los griegos y los romanos conducían carros de guerra. ¡Y con las piernas abiertas, desde luego! —Llamó a uno de los mozos de cuadra, que le cambió la silla al caballo y sacó una preciosa yegua marrón para él.

—Alanis salió del hipódromo justo en otoño, pronto tendrá que concebir —le explicó Jane—. Era muy rápida. Habrá que ver si Dancer está a la altura.

Vivian y el muchacho llevaron a sus caballos a la pista, que empezaba justo detrás del cerco cuadrado, y los pusieron al galope. Dancer fue un poco más lento que Alanis, aún no conocía las señales que le daban permiso para arrancar, pero luego salió volando tras la yegua por la pista. Vivian nunca había cabalgado tan rápido en toda su vida, pero a lomos de Dancer se sentía tan segura como durante las figuras en alto en manos de Jean-Luc. Al final el semental adelantó a la yegua y llegó a la meta con la punta del morro de ventaja. Vivian lo abrazó. Sentía una felicidad indescriptible.

—¿Qué, lo quiere? —le preguntó Winchester?

—Entonces ¿puedo quedármelo? —Vivian se volvió hacia Jane.

Ella la miró muy seria.

—Tiene que prometerme que lo va a tratar bien. Y que cuidará de él. Siempre.

Vivian asintió.

—¡Seguro! —contestó ella con la misma seriedad—. Y si algún día no puedo hacerlo porque estoy demasiado ocupada con el teatro o estoy de gira, o por la excusa que se invente mi marido para que no tenga un caballo, te lo devolveré. Como semental.

Las dos mujeres se dieron la mano para sellar el pacto. Winchester puso cara de impaciencia.

—Le estás vendiendo un caballo, Jane. ¡No la estás dejando al cuidado de tu hijo! —reprendió a su hija.

Vivian y Jane se sonrieron con aire cómplice.

—¡Iré a las carreras! —le prometió Jane—. ¡Y os animaré!

—¡No te decepcionaremos! —dijo Vivian.

5

Robert Winchester mandó llevar a First Dance de inmediato al hipódromo, y Vivian lo dejó con Ross, a pesar de que Jean-Luc se declaró en contra.

—El señor Winchester siempre confía sus caballos a otro entrenador —apuntó—. ¿Por qué tienes que acudir ahora precisamente a Ross?

Vivian lo reprendió con la mirada.

—¿Qué imagen daría si no confiara en mi propio marido para que se ocupara de mi caballo? Sería la comidilla de la ciudad enseguida.

Para entonces ya se hablaba de la relación anterior entre Vivian Wallett y el entrenador en la ciudad. Todos los chismosos discrepaban en si su relación era un escándalo porque ella convivía abiertamente con Jean-Luc, o si Ross Wallett había provocado un escándalo al abandonar a su mujer y a su hija en Barkerville.

Vivian no hacía caso. En los círculos artísticos siempre habían sido un poco más laxos con la moral, y Jean-Luc, Giselle y Vivian eran conocidos por ser una pequeña familia encantadora. La mayoría de la gente probablemente ni siquiera sabía que Ross era el padre de la niña.

—Creo que tenemos más opciones de mantener a raya las habladurías si muestro que mantengo una relación amistosa con Ross sin guardarnos rencor —añadió Vivian.

—Pues yo creo que sería mejor tener el mínimo contacto posible con él y demostrarle al mundo que ya no tenéis nada que ver —la contradijo Jean-Luc—. Pero, bueno, es tu caballo, y, si crees que Ross Wallett le conviene como entrenador…, siempre puedes cambiar si no estás contenta con él.

En todo caso, Vivian se tomó en serio el asunto de las carreras. Ross le había ofrecido que uno de sus jinetes entrenara a Dancer y que ella lo montara poco antes de la carrera de amazonas. Según le contó, no le entusiasmaba el caballo que había elegido. Dancer le parecía demasiado grande para ella, además de que el semental ya tenía cuatro años, y los caballos solían ir al hipódromo con dos, a lo sumo tres años.

—Un semental de cuatro años es demasiado fuerte para una mujer —comentó—. Si sigue adelante contigo, no tienes nada que hacer.

Vivian puso los ojos en blanco.

—El caballo podría pesar setecientos kilos —le recriminó—. Yo peso cincuenta, tu jinete puede que sesenta. Aun así, son seiscientos cuarenta menos que el animal. ¿De verdad crees que él podría dominarlo mejor que yo? He probado a montar con Dancer, también en una pista de carreras. Está muy bien instruido, es muy entregado y obediente y está mucho mejor entrenado que la mayoría de los caballos de carreras, ¿o hacéis doma aquí con ellos? En todo caso, es mi caballo, ¡así que lo montaré y lo entrenaré yo!

Desde entonces se levantaba todos los días a las cuatro para llegar puntual al entrenamiento matutino en el hipódromo. El amigo

de Lona, el cochero de su vecino, la llevaba con toda amabilidad porque a esas horas sus señores aún no necesitaban el coche. Y Ross insistía en llevar a Vivian de vuelta después del entrenamiento. Tenía un caballo de montar que se podía enganchar a un coche ligero, igual que cuando trabajaba para su padre. Jean-Luc no lo veía con buenos ojos, naturalmente, pero el comportamiento de Ross Wallett con Vivian era impecable. Durante el entrenamiento no le dispensaba un trato distinto que al resto de sus jinetes a sueldo, como mucho la criticaba con más educación. Aprovechaba el trayecto de vuelta para comentar con ella detalles del entrenamiento y de la alimentación de su caballo. En la equitación la tomaba tan en serio como Jean-Luc en la danza, y con eso se la ganó, por supuesto. La invitó junto con Jean-Luc al siguiente día de carreras, pues era el turno de la de amazonas, y les pidió que llevaran a Giselle. Tenía a pocos caballos en pista esa jornada y se tomó su tiempo para llevar de visita a la familia y sobre todo explicarle a Vivian los procesos. Le enseñó algunos de los otros caballos que participarían en la carrera de amazonas; algunos eran muy rápidos, y uno incluso había ganado su carrera ese día.

—Entonces ¿la competencia es dura? —le preguntó Jean-Luc, que miró con desconfianza a Giselle a hombros de Ross.

Ross hizo un gesto despreocupado.

—Puede que los caballos sean competencia, pero las amazonas… Son minoría las que montan a sus caballos en los entrenamientos. Para ellas, el hecho de estar ahí y enseñar su traje de hípica más bonito es una mera cuestión de prestigio.

Más o menos se confirmó esa idea cuando por fin se celebró la carrera de amazonas un fin de semana soleado de julio. Solo dos de las damas que participaban montaban a horcajadas: Vivian y una mujer ya no tan joven pero nervuda, con el rostro bronceado y un poco arrugado ya. Se paseaba con mucha destreza con su yegua y a Vivian enseguida le cayó bien, aunque compitieran.

—Es Elinor Torrence —le informó Ross—. ¡Una chicarrona terrible! Su difunto marido ganó una fortuna en los yacimientos de oro, así que ahora tiene participaciones en varias minas. Presta dinero a los buscadores de oro y espera una parte de los beneficios. Por lo demás, anda por el hipódromo incordiando a los jinetes. ¡Probablemente estaba esperando una ocasión como esta!

Vivian no dudaba de que Elinor Torrence había buscado oro hasta encontrarlo con su difunto marido. Por lo menos parecía saber algo del tema, de lo contrario sus inversiones en jóvenes buscadores no le darían dinero suficiente para dedicarse a los caballos de carreras. La yegua negra en la que iba ahora, Black Soul, había ganado su carrera en la última jornada.

En ese momento la señora Torrence miró a Vivian con la misma tensión que ella. Le devolvió el saludo, y las dos se dijeron lo mucho que les gustaba su caballo. Las demás amazonas no intervinieron en la conversación. Ross había acertado en su apreciación. Rivalizaban entre ellas en trajes de montar elegantes y sombreros a juego. Del establo de Ross solo estaba la señora West con su Mortimer, las otras cinco participantes tenían los caballos con otros entrenadores. Ahora los tenían al lado para explicarles en el último momento cuál era la mejor manera de montar sus caballos. Los jinetes que habían montado sus caballos en el entrenamiento también aleccionaban a

las señoritas, que apenas escuchaban mientras observaban a la competencia desde el punto de vista de la moda.

Los asistentes al hipódromo discutían acaloradamente en torno a la pista. También podían apostar por los caballos de la carrera de amazonas y no paraban de señalar a Black Soul y a First Dance.

—Usted es sin duda la favorita —comentó Vivian a Elinor Torrence, que acto seguido enarcó una ceja.

—Imagino que su precioso semental podría llegar a ser un peligro para mí —contestó—. Es un primerizo, claro, pero solo porque nunca ha participado en una carrera. Usted me dirá por qué. Pero parece que promete, y procede de un linaje excelente. Si Winchester me lo hubiera ofrecido, lo habría comprado sin dudar.

Vivian se preguntó si también habría accedido a acariciarle el morro con regularidad, pero entonces algo muy distinto captó su atención. En el borde de la zona de calentamiento, donde las damas subían antes de llevar a los caballos a la pista, apareció una mujer alta con ropa de cuero, decorada con flecos y perlas. Llevaba la melena negra suelta y sujetaba en la mano una vara de la que sobresalía una especie de pincel o mata de pelo. Con la otra agarraba un recipiente de cobre y avanzaba ejecutando una suerte de baile.

—Pero si es… ¡Kinmitu!

Vivian observó anonadada cómo la chica empezaba sus cánticos de chamana, sumergía el pincel en el recipiente de cobre y luego rociaba a Mortimer y su amazona con un líquido. Otro caballo también recibió una bendición parecida y, mientras Ross guardaba silencio, los demás entrenadores se llevaban las manos a la cabeza.

—¿Conoce a la señora? —le preguntó Elinor Torrence, perpleja—. Jamás lo habría imaginado de usted.

—La conozco de antes —se apresuró a contestar Vivian—. ¿Qué hace aquí?

La señora Torrence sonrió.

—Ofrece a los dueños supersticiosos de caballos de carreras hechizos que garantizan la victoria y protección y predice el resultado de las carreras. Parece que es muy amiga de su entrenador. Apareció por aquí hace unos meses buscándolo, y entra y sale de su establo. ¿De verdad nunca se ha cruzado con ella ahí? ¿No ha intentado endilgarle sus servicios? Parece que acierta en sus predicciones con una frecuencia asombrosa.

Vivian sacudió la cabeza.

—Eso sí que estaría bien —comentó—. Tendré que hablar del tema con Ross…, pero ahora se abre la pista. Tenemos que entrar. ¡Que tenga mucha suerte!

—¡Igualmente! —le deseó Elinor Torrence—. Que gane la mejor.

—¡El mejor caballo! —le gritó Vivian mientras entraba en la pista con Dancer detrás de la yegua Black Soul. Luego sonrió a Jean-Luc, Lona y Giselle, así como, por supuesto, al señor Winchester, su hija Jane y su marido. Hasta Li Wan y Henriette habían ido a ver competir a Vivian. Li Wan saludaba sonriente con un cupón de apuestas. Seguro que el padre de Henriette le había prohibido apostar.

Por fin las damas se colocaron para iniciar la carrera, casi todos los caballos iban de la mano de los jinetes anteriores o los entrenadores. Solo Elinor y Vivian montaban solas, Dancer observaba un poco nervioso la cinta de salida. Ross siempre

marcaba el inicio de las carreras de prácticas bajando una bandera. Se colocó muy obediente entre Black Soul y Mortimer, y casi se muere del susto cuando de repente bajó la cinta de inicio. ¡Dancer se encabritó! Un caballo lo imitó, su amazona perdió el equilibrio de inmediato y se cayó de la silla. Por suerte, el entrenador logró sujetar al caballo, pues una caída de la silla para señoras podía ser peligrosa. Así, la dama acabó en el suelo ilesa, mientras que Dancer recobraba la compostura y procuraba seguir a los demás caballos. La carrera transcurría durante mil seiscientos metros, a Vivian no le quedaba mucho tiempo para ganar terreno.

Sin embargo, el semental color canela adelantó al poco tiempo a los dos primeros rivales. Sus amazonas se aferraban desesperadas a las riendas para seguir sentadas al galope y por tanto frenaban a sus animales.

Mortimer resistía bien, aunque la señora West también iba agarrada a las riendas. Sin embargo, Vivian ya se había fijado durante el entrenamiento en que el caballo, pese a su juventud, tenía ya el morro muy duro. Su jinete era un insensible, así que Mortimer consiguió ignorar en gran medida los tirones que su dueña daba a las riendas. En cambio, le molestaba la silla lateral. Cuando Dancer lo adelantó, dio una coz enfadado, y la señora West gritó mientras se agarraba a la silla y las riendas para mantenerse arriba. El griterío espoleó aún más a Dancer. Pasó al galope también junto a los dos últimos caballos montados de lado, la imagen de sus amazonas era un poco mejor, pero frenaban a sus caballos solo por ir sentadas con menos seguridad. Vivian, en cambio, iba ligera y en perfecto equilibrio en la silla y azuzaba a Dancer, igual que Elinor Torrence, cuya Black Soul encabezaba el pelotón. Dancer se acercó a

ella, y los caballos galoparon durante casi toda la recta final uno al lado del otro. ¡En los últimos metros tanto las amazonas como los caballos volvieron a emplearse a fondo! Tal vez fuera la potencia superior de Dancer, que era mayor y más grande que Black Soul, o el peso un poco menor de Vivian, pero poco antes de cruzar la línea de meta el semental avanzó el cuello. Aun así, Elinor se rio cuando las dos amazonas calmaron a sus caballos y luego fueron al paso juntas.

—¡Qué carrera! —exclamó Elinor exultante—. ¡Y enhorabuena por la victoria!

—¡Y a usted por el segundo puesto! —dijo Vivian—. ¿Nos tomamos una copa de champán juntas luego, y le hablo de Dancer?

Primero tenía que celebrarlo. Mientras a Elinor la recibían unos cuantos mozos de cuadra, enseguida se agolpó en torno a Vivian y Dancer toda su gente. El primero en aparecer fue Ross, que estuvo a punto de provocar un escándalo cuando le dio un beso afectuoso a Vivian en la mejilla.

—¡Ha sido una carrera colosal, Viv!

Vivian intentó quitarle hierro a la situación dejándose caer del caballo a los brazos de Jean-Luc y le dio un beso tierno en la boca. Jane Parson abrazó y besó a Dancer, su padre recibió la corona de la victoria como su criador, y Vivian, el trofeo. Li Wan quiso ponerle en la mano a Vivian su cupón de apuesta, pero luego Henriette lo llevó a la taquilla. Seguro que se embolsaría unas jugosas ganancias.

Kinmitu también se presentó en la meta a consolar a las damas a las que había ayudado, en particular a la que se había caído del caballo nada más empezar. Aun así, estaba muy lejos de admitir un error.

—Pidieron un hechizo que les garantizara la seguridad —dijo con altivez—. ¡Le daba miedo que pudiera ocurrirle algo, y los espíritus lo han impedido!

—¡Pero no han ayudado a Mortimer! —se quejó la señora West. Había llegado a la meta una de las últimas, pero por lo menos sobre su caballo.

Kinmitu la miró con severidad.

—Ya le dije en la primera ceremonia que celebré para usted que debería hacer caso a su entrenador. ¿Y qué le aconsejó el señor Wallett para esta carrera?

—Que montara a horcajadas —admitió la señora West—. Pero es que… no es apropiado…

—Los espíritus no la habrían juzgado —puntualizó Kinmitu, y miró a Vivian y Elinor, que de nuevo puso los ojos en blanco.

—¡Vamos a beber champán! —le propuso a Vivian—. Antes de que asegure que sus espíritus han sido partícipes de alguna manera en nuestra carrera. Tiene que contarme sin falta de qué conoce a esa mujer.

6

—¡No, Viv, no puede ser de ninguna manera que sigas montando el caballo en el entrenamiento matutino!

El día después de la carrera Vivian se presentó con toda naturalidad al entrenamiento en el hipódromo y vio que uno de los jinetes de Ross sacaba a Dancer del establo con la silla puesta. La respuesta a sus preguntas indignadas casi la hizo explotar de la rabia.

—Aquí las reglas son claras: ¡nada de mujeres en la pista! La carrera de amazonas fue una excepción, pero permitiendo que entrenaras ya me salí bastante de la norma. A partir de ahora eres la propietaria de un caballo, como todas las demás, que disfrutan de venir a verlos, pero no puedes montarlo tú.

—¿Y tu Kinmitu qué? —le espetó—. ¡Según Elinor Torrence entra y sale de aquí como le viene en gana!

—Ella puede entrar y salir de aquí, igual que tú y tu nueva amiga, siempre que lo autoricen los entrenadores y dueños de los caballos. Pero no puede montar. Lo siento, Viv, yo no dicto las normas. —Ross se quedó tan tranquilo.

Vivian no sabía si ahondar en el tema de Kinmitu o si prefería hablar del jinete que se balanceaba en ese momento sobre su caballo. Era el mismo que montaba a Mortimer, y el responsable de su resistencia a los tirones de las riendas. Dancer enseguida sacudió

la cabeza a disgusto. Vivian se dio la vuelta y desvió la conversación de nuevo hacia su antigua enemiga.

—¿Qué hace Kinmitu aquí, por cierto? ¿Invocar otra vez a los espíritus? ¡Ya sabes cómo acaba eso, Ross! Una vez costó la vida de dos hombres, la última casi la tuya. ¡Engaña a la gente, y tú la apoyas en eso!

Ross se encogió de hombros.

—Para mí ella fue un regalo caído del cielo. Me consideraban un novato mucho después de haberme instalado. Casi nadie me confiaba a su caballo para entrenarlo. Kinmitu recomienda mi establo a sus clientes, y procura que acepten mis consejos. Eso no es peligroso ni está prohibido.

—¡Siempre y cuando tus consejos sean acertados! —repuso Vivian—. Ese jinete…, ¿cómo se llama? ¿Samson? Ponerlo con Dancer no está nada bien. ¿O has visto que el caballo se encabritara alguna vez conmigo?

En efecto, el sensible purasangre se resistía con vehemencia a su jinete. Se encabritó cuando Samson lo sujetó con fuerza con la rienda, y se puso a darle coces cuando acto seguido utilizó la fusta.

—¡Este caballo es un consentido! —aseguró Ross—. Tiene que endurecerse un poco si quiere ganar carreras más largas y duras que una de mil seiscientos metros. Debes tener presente que esa carrera de amazonas fue bastante más lenta que una normal.

Vivian sacudió la cabeza, disgustada.

—En absoluto. Elinor y yo corrimos muy rápido. Yo en particular, porque Dancer empezó muy mal y tuve que recuperar terreno.

—¿Y por qué empezó mal? —se burló Ross—. Porque se encabritó. ¡Es el pez que se muerde la cola, Viv! Y ahora, déjame

hacer mi trabajo. Tú puedes mirar o irte a casa. Ya encontraré a alguien que te lleve. Pero Samson será el jinete de First Dance en la próxima jornada de carreras y, si gana, me lo agradecerás.

Vivian observó con lágrimas en los ojos cómo Samson se imponía a su caballo y al final galopaba por la pista con él. Se quedó hasta el final del entrenamiento matutino. Luego volvió a Fernwood en un coche.

Jean-Luc la recibió de un humor excelente. Cuando ella volvía del hipódromo, tenían costumbre de desayunar juntos y luego empezar con los ensayos. Ese día, además del café recién hecho y los cruasanes, le tenía preparado un gran paquete.

—¡Ya no me lo creía! —la saludó con una sonrisa de oreja a oreja —. Pero han llegado. ¡Tus zapatillas de punta!

Vivian olvidó en el acto su humillación en el hipódromo.

—Pero, Jean-Luc, ¿un paquete tan enorme? ¿Quién se las va a poner para bailar, un elefante?

Jean-Luc abrió el paquete.

—Pedí veinte pares de una vez, por supuesto —aclaró—. Se desgastan enseguida, algo parecido a las otras zapatillas. Si una bailarina consigue bailar todo un ballet largo con ellas, necesita unas nuevas cada vez. Tú pruébalas y, si quieres seguir con ellas, volveremos a hacer un pedido enseguida.

—¿A qué te refieres con si quiero seguir? —contestó Vivian indignada—. ¡Sabes perfectamente que es lo que siempre he deseado!

Luego pensó en Dancer y en cómo la había mirado cuando Samson lo llevó de vuelta al establo, y rompió a llorar.

Jean-Luc enseguida le dio un abrazo, al principio desconcertado, luego consolándola mientras ella le contaba entre sollozos la mañana que había pasado.

—Puedes confiarle el caballo a otro entrenador —comentó—. Pero seguramente tampoco trataría al animal con mucho tacto. Piensa en Jane Parson, que no quería que su padre llevara a su protegido al hipódromo. Ella sabrá por qué. Además, cariño, también hay profesores de ballet que gritan a sus alumnos y los llevan al límite. —Sonrió—. Yo también debería ponerme más estricto contigo ahora. Solo las bailarinas más grandes son capaces de bailar más de unos cuantos pasos con puntas.

—Pero ¿no me vas a gritar? —dijo Vivian entre lágrimas.

Él se las limpió.

—Eso ya lo veremos —dijo él con picardía—. Y ahora vamos a sacarlas del paquete. Necesito saber si te quedan bien. ¡Porque si no es así, gritaré tanto que me oirán hasta en ese taller de París!

Vivian sacó sobrecogida las zapatillas de seda de la caja y tocó la estructura de la punta, reforzada con lino encolado. Entre la suela interior y exterior había capas de cuero y papel. Se quitó las botas recias que llevaba en el hipódromo y se puso las zapatillas de color rosa.

—¿Qué? —le preguntó Jean-Luc.

Ella sonrió.

—¡Me quedan bien! Pero son bastante duras. No sé cómo voy a bailar así, cuando no esté justo en puntas.

—Tienes que dar unos cuantos golpes bastante fuertes con las zapatillas contra el suelo para que las suelas ganen flexibilidad —le aconsejó Jean-Luc, y se lo enseñó—. Y hay que doblarlas hacia dentro. Pero antes de nada tienes que coser las cintas. Voy a enseñarte cómo se hace, luego desayunamos, ¡y después te pondrás en puntas por primera vez!

La sensación de subir las escaleras con las zapatillas de punta era muy parecida a la de hacerlo con las zapatillas de ballet habituales. La suela se adaptaba mejor al pie a cada paso que daba. Li Wan y Henriette la aplaudieron cuando vieron las zapatillas nuevas, y Henriette hizo sonar una breve melodía cuando Jean-Luc le pidió a Vivian que se colocara en la barra y ejecutara la primera posición *en pointe*, en puntas. Vivian logró adoptar la postura a la primera, aunque el dolor en los dedos de los pies y el tobillo era insoportable.

—¿Tanto tiene que doler?

Jean-Luc asintió.

—Con el tiempo va mejorando, pero ya te dije que es duro. Al principio no se puede exagerar. Primero practicaremos solo una vez a la semana, luego aumentaremos la frecuencia. No puedes precipitarte. Los pies, las piernas, las articulaciones y la musculatura necesitan acostumbrarse primero.

Vivian le dedicó una sonrisa colérica.

—¿Como el caballo al jinete?

—Seguramente es muy parecido —admitió Jean-Luc—. Y el arte del entrenador consiste en no forzarlo demasiado ni aburrirlo.

Vivian no podía reprocharle a Ross que estuviera exigiendo demasiado a su caballo, montaba el entrenamiento de Dancer a un ritmo adecuado. Lo único que no le gustaba era el trato con el caballo. La mano dura que pronto hizo necesarias dentaduras más afiladas; el uso desconsiderado de la fusta; la insistencia del jinete en la obediencia absoluta… Tal vez fuera necesario todo aquello; al fin y al cabo ella a menudo también tenía que superarse para ensayar con las zapatillas de puntas. Dancer se había divertido con el trabajo matutino antes de la carrera de amazonas y la propia carrera. Ahora se le complicaba el asunto, igual que para Vivian en el ballet.

Ross insistía en que sus caballos aguantaban bien tanto en la cabeza del pelotón como detrás, sin problema, y sus explicaciones de que, para poder ganar en distancias más largas, al principio el caballo tenía que ir tranquilo en el último tercio para luego tener potencia suficiente para el sprint final eran muy lógicas.

—¿Y por qué Samson solo controla al caballo con las riendas y la fusta? —le reprochó Vivian de todas formas—. Dancer era muy fácil de montar. Se podría seguir utilizando la zona lumbar y los muslos para regular la velocidad.

Ross procuró no perder la paciencia.

—¡Viv, no estamos en la zona de adiestramiento! Samson hace lo correcto. Si no quieres verlo, no vengas tanto, y ya está.

Era cierto que a Vivian le costaba presenciarlo, pero consideraba que era su obligación supervisar el entrenamiento de su caballo. Como mínimo dos veces por semana se sometía al suplicio de salir de la cama y dirigirse al hipódromo. Y eso que le resultaba más que duro en ese momento. Jean-Luc avanzaba con cautela en la danza

en puntas, pero aun así ella lidiaba con unas agujetas horrorosas y tenía ampollas y heridas en los pies.

—Pero ¿quién empezó con esto? —se lamentaba un día mientras descansaba después del entrenamiento y se frotaba los pies.

Jean-Luc se rio.

—Marie Camargo en el siglo XVII. Pero ella como mucho se mantenía un momento en puntas. La primera bailarina en puntas de verdad fue Marie Taglioni hace unos treinta años, como sabes. Bailó toda *La sílfide* en puntas y consiguió parecer ingrávida. Ya sabías que no era fácil. Pero mañana no seguiremos practicando. Así descansarás. Ya sabes, es día de carreras. Y ahí baila tu caballo.

Vivian estaba casi más nerviosa ante la perspectiva de ver correr a Dancer que el día de las amazonas, cuando ella misma participaba. De nuevo, se trataba de una carrera breve, empezó también con una distancia de mil seiscientos metros: era una carrera para la cría, solo se aceptaban sementales.

—¿Apostamos por él? —le preguntó Jean-Luc, en un intento de calmarla y darle ánimos.

Vivian se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Así demostramos que confiamos en él, o que lo consideramos solo un medio para ganar dinero?

Jean-Luc puso los ojos en blanco.

—Cariño, a él eso seguro que le da igual. Pero si pienso en lo que nos cuestan su entrenamiento y su sustento todos los meses, sería un detalle por su parte que aportara alguna ganancia.

Jean-Luc se acercó a la taquilla de apuestas, y Vivian siguió a su caballo con atención en la zona de calentamiento. Antes Dancer relinchaba al verla. Ahora no dio señales de haberla visto.

—Tengo tan mala conciencia —le confesó a Robert Winchester. Jane y su familia no estaban, pero el criador quería ver participar a sus caballos, aunque ahora tuvieran otros dueños—. Le prometí a Jane ser siempre buena con él, y ahora lo dejo en manos de ese Samson.

—Pero Samson Limmerick es un buen jinete —comentó Winchester sorprendido—. A decir verdad, al principio a todos nos extrañó que pasara a trabajar con Wallett. Era muy cuestionado…

—¡Es duro como jinete! —exclamó Vivian.

—Gana con frecuencia —replicó Winchester—. Esto es un deporte, señora Wallett, no un juego. Si dentro de un tiempo First Dance llega a una determinada cantidad de victorias, podrá volver al criadero y engendrar potros. Pero ahora tiene que demostrar de lo que es capaz.

Dancer lo demostró con una facilidad pasmosa, y esta vez tampoco se amedrentó al inicio. Se mantuvo hasta la recta final en la mitad anterior. Luego Samson lo dejó correr, le dio con la fusta y ganó con una longitud de caballo de ventaja. Vivian tuvo la sensación de haber vivido toda la carrera conteniendo el aliento, luego estuvo a punto de desmoronarse del alivio. El jinete y el entrenador le permitieron abrazar a su caballo en el homenaje al ganador, pero Dancer lo aceptó sin ningún tipo de emoción. Cogía las zanahorias que se le ofrecían, y después en el box también se comió todos los manjares que le había llevado.

—¿Ahora ves que lo hacemos bien? —le preguntó Ross.

Vivian no supo qué responder. Mientras ella mimaba a Dancer, observaba a Kinmitu, que preparaba otro caballo en el pasillo del establo para su carrera rociándolo con líquidos de hierbas y cantando conjuros mágicos.

Aún no había hablado con la chamana, Kinmitu no solía estar durante el entrenamiento en el establo, solo los días de carrera, y entonces estaba muy ocupada con sus protegidos de dos y cuatro patas. Parecía que el negocio le iba bien.

—No lo entiendo —comentó Vivian más tarde a Robert Winchester cuando seguían juntos las demás carreras desde el palco de propietarios—. Solo puede adivinar cómo va a acabar un caballo en la carrera. Entonces debería cometer como mínimo tantos errores como aciertos logra cuando bendice a los caballos.

—Incluso debería equivocarse más que acertar —calculó Jean-Luc—. Al fin y al cabo no solo hay un caballo bendecido y otro que no en la carrera, hay siete u ocho más. Todos esos también podrían ganar…

—Aun así, acierta con una frecuencia asombrosa —confirmó Winchester, algo que también llamó la atención de Elinor Torrence—. Debe de tener información confidencial, de los jinetes, los entrenadores o de ambos. Lo más probable es que algunos empleados del hipódromo también saquen tajada. A fin de cuentas, ella no apuesta, por lo menos que yo sepa. Si así fuera habría encargado una investigación, igual que otras personas.

El caballo bendecido solo quedó segundo en su carrera, pero, según le contó Elinor Torrence a Vivian luego con el champán, Kinmitu rara vez recomendaba a sus clientes que apostaran por

victoria, sino por posición. Así ganaban dinero igualmente aunque su caballo quedara segundo o tercero.

—Aunque no debería haber dicho que ella da consejos a la gente sobre apuestas porque nunca lo hace. No quiere arriesgarse a que la pongan a prueba. Por lo general solo dice que los espíritus ven al caballo ese día en una buena posición, pero que no le han concretado más…

—Es increíble —comentó Vivian.

7

Kinmitu no estaba muy contenta con la aparición de Vivian en el hipódromo. Al principio aún tenía esperanzas de que el reencuentro del matrimonio acabara de una vez por todas en divorcio. Estaba harta de su vida errante, y habría legalizado con mucho gusto su relación con Ross Wallett, que había renacido. No estaba segura de si él la quería, pero ella sentía algo por él que por lo menos se acercaba al amor. Ross era buen amante y por lo general acababa siendo una marioneta de su pareja. Por supuesto, no podía cargar las tintas. Lo había aprendido cuando no logró que la acompañara a ver a su pueblo en lugar de cumplir su deseo de entrenar caballos de carrera. Con Vivian lo había superado el hecho de tener una hija, en vez de dedicar todo su tiempo y energía a él y a buscar oro. Pero si una mujer se adaptaba a él y actuaba con habilidad, la colaboración podía ser igual de agradable que la vida en común. Kinmitu pensaba reducir en algún momento su trabajo de chamana y pasarse a actividades menos espectaculares.

Al conservar la herencia o por lo menos la supuesta herencia de los ktunaxa, seguía siendo una marginada. Sus clientes la admiraban y temían, jamás se les había ocurrido invitarla a una velada o a un pícnic. Kinmitu sabía que con las adivinas de origen inglés o francés era distinto. Se consideraba del todo apropiado invitar a casa a la tarotista o la espiritista, agasajarla y presentarle al círculo de

amistades. A ella solo le hacían consultas en el hipódromo, y ni siquiera ahí todos sus clientes querían hacerlo en público. Pero si Ross ahora prosperaba como entrenador, conseguían entre los dos una pequeña fortuna y se casaba con ella, Kinmitu incluso pensaba en bautizarse y luego convivir una temporada con él discretamente antes de retomar la conjura de espíritus con un atuendo más convencional.

Al principio el plan incluso pintaba bien, pero luego se interpuso Vivian y parecía que Ross había quedado de nuevo a merced de ella. Tal vez influía que Vivian ya tuviera la fortuna a la que Kinmitu aún aspiraba. Y se dedicaba a una profesión que gozaba de mucha más aceptación social que la suya. Desde luego, el trabajo de una bailarina también tenía un aire de bajos fondos, pero Vivian parecía llevar una vida de lo más cívica. Además, siempre había tenido un don para engatusar a su entorno. Para colmo, entonces dudaba un poco entre el mundo de los caballos y el de su arte. Kinmitu sabía que a Vivian podía llegar a entusiasmarle la vida en la naturaleza y aventurera de una pionera. No la vio muy infeliz en el pueblo de los dakelh. Por otro lado estaba la estricta disciplina de la danza clásica, que le encantaba, pero que también suponía una limitación. En el fondo Ross solo tenía que conseguir atraerla a su terreno, el del riesgo, las osadías y lo imprevisible, en el hipódromo o en otro sitio.

Kinmitu también se imaginaba a Ross dedicado a la caza mayor, a ser explorador o a buscar tesoros. Si en algún momento se cansaba de los caballos, seguro que se plantearía la siguiente aventura. Con el dinero de Vivian sería posible, solo tenía que vender su parte del teatro. El caballo también valía lo suyo… En definitiva, Ross sería un

hombre adinerado. Hasta cierto punto Kinmitu entendía por qué se esmeraba por conseguir a Vivian. Era evidente que lo intentaba.

Al principio parecía que lo lograba en cierta medida, cuando la entrenó antes de la carrera de amazonas. Luego se distanciaron porque a Vivian no le gustaban sus métodos para entrenar. Sin embargo, cuando el caballo empezó a ganar una carrera tras otra, mientras ella llevaba meses sin actuar en público con una nueva producción de ballet, la relación entre los dos pareció mejorar. Vivian pasaba más tiempo con Ross, puede que incluso se refugiara en el hipódromo. Kinmitu tenía buen olfato para el comportamiento humano, y Vivian se mostraba vulnerable. Algo no acababa de ir bien en su vida, y Kinmitu notaba que Ross solo estaba esperando a que se alejara de su pareja y su arte.

La chamana no iba desencaminada. Vivian tenía dudas. De su don, su pasión y, los días más oscuros, hasta de su amor. Siempre le había gustado todo lo relacionado con el baile, la estimulaba, la hacía feliz, fomentaba su naturaleza alegre. La danza en puntas, en cambio, la estaba llevando al límite. Después de semanas de entrenamiento le seguía costando mantener el equilibrio y sufría dolores en los pies y los tobillos. Encima la volvía loca que Jean-Luc intentara tranquilizarla: cada bailarina necesita su tiempo para aprender esa nueva forma de moverse, bastante antinatural. Entre uno y dos años solo de práctica antes de llegar a la barra eran completamente normales. ¡Vivian no quería aceptarlo! Si por ella fuera, se habría empecinado en practicar todos los días, y discutía

con Jean-Luc, que insistía en reducir el entrenamiento a entre dos y tres veces por semana.

Ross, en cambio, la apoyaba en su ambición. No directamente, rara vez ella le hablaba de danza, y en realidad nunca sobre sus discrepancias con Jean-Luc, pero era duro con sus caballos. Dancer ganó forma física y musculatura, Ross consideraba inútil un adiestramiento lento del caballo, que ya era adulto.

—Eso lo hacemos con los de dos años. First Dance pronto cumplirá cinco, ¡puede saltarse esa parte! Hay que exigirle de una vez.

—¿Y si yo también soy demasiado mayor para las puntas? —le preguntó Vivian a Jean-Luc en la siguiente clase, y él se echó a reír.

—¿Cómo? Al contrario. Tienes los pies fuertes, buenos tobillos, eres estable en el torso… ¡Lo que te falta es paciencia!

Por lo visto a Dancer le pasaba lo mismo. Seguía resistiéndose a las indicaciones que le hacía Samson con las riendas y la fusta. Había que llevarlo a la línea de salida, no se habría dirigido hasta ahí por voluntad propia. Cuando Vivian lo vio, también dudó de Ross, pero se arrepintió cuando su caballo volvió a ganar.

Kinmitu también llevaba razón en cuanto a las intenciones de Ross. Trataba de ganarse a Vivian, la atendía cuando asistía al entrenamiento y la iniciaba en los tecnicismos. Ella sentía que la tomaba en serio y se alegraba cuando de vez en cuando aceptaba un consejo; cada vez conocía mejor el mundo de los caballos de carrera, y casi se sentía más segura ahí que en la sala de ensayo o sobre el escenario. Su caballo ganaba casi todas las competiciones, y

la homenajeaban por ello. Jean-Luc, en cambio, seguía siendo estricto con ella cuando no hacía caso a sus consejos. Era un profesor amable y paciente, pero exigía respeto. La situación empeoró para ella cuando en otoño actuaron como invitados en el París de un apoderado francés con un número de revista en el que intervenían varios cantantes y bailarines. Dos de las bailarinas se pusieron como locas cuando se enteraron de que Jean-Luc daba clases de danza en puntas y le preguntaron si podían quedarse y aprender con él. Este, que llevaba tiempo soñando con tener su propia compañía de ballet, además de una orquesta, las admitió de buena gana. Por supuesto, distaban mucho de ser competencia para Vivian, y en su caso aún no podían ni plantearse bailar en puntas. Aun así, avanzaron con rapidez y, para disgusto de Vivian, a su propia evolución se sumó el miedo a que las dos pudieran alcanzarla.

Jean-Luc intentó de buena fe quitarle ese miedo, pero empezaba a molestarle su falta de confianza. Naturalmente, tampoco le gustaban sus visitas frecuentes al hipódromo y que hablara más de los caballos que de danza. Durante las vacaciones escolares solía llevarse a Giselle al entrenamiento matutino y decía que Ross se esforzaba por ganarse a la niña. En efecto, Ross hablaba de comprarle un poni y enseñarle a montar. Jean-Luc, en cambio, enseñaba a Giselle los principios de la danza clásica y a esas alturas le divertía más que trabajar con su madre. Si Ross encima amagaba con quitarle a la niña…

El ambiente en la casa de Honey Lane se iba enrareciendo a ojos vista, sobre todo porque Vivian tampoco prestaba tanta atención al teatro como al principio. No había estrenos a la vista para ella, tal

vez durante años. ¿Por qué iba a interesarle el calendario? Ni siquiera el sorprendente compromiso entre Henriette y Li Wan la animó, y eso que era la comidilla de la ciudad. El padre de Henriette se puso hecho una furia cuando encontró en la habitación de su hija una obra del filósofo chino Confucio. Y Li Wan quería casarse, pero no que su suegro lo bautizara… Fue muy sonado en el mundo del teatro, pero Vivian solo estaba concentrada en cuántos compases aguantaba bailando en puntas.

En sus cartas se quejaba a Colleen y Teacher de su sufrimiento, aunque poco consuelo podían ofrecerle ellos dos. Seguían siendo felices. Su negocio con los trineos de perros prosperaba, y el consejo de Colleen para Vivian era sobre todo que confiara en Jean-Luc.

> Habéis conseguido muchas cosas juntos y, si él considera que solo necesitas paciencia para lograrlo, seguro que lleva razón. En todo caso, es absurdo juzgar tu trabajo en la sala de ballet a partir del trabajo de Ross con los caballos. Puede que tu caballo saque provecho de someterse a entrenamientos muy intensos, desde aquí no puedo valorarlo. ¡Pero, Vivian, tú no eres un caballo! Y ahora no sé cómo decirlo, pero ¿puede ser que corras peligro de nuevo de enamorarte de Ross? Cuídate, Vivian, te lo digo también de parte de Sam. No te pierdas. ¡Ya sabes cómo acabó en mi caso!

Vivian dejó caer la carta, indecisa. ¿Sus amigos tenían razón? ¿Su amor por Ross se había reavivado? Era cierto que era un poco como al principio del todo en Inglaterra, cuando se conocieron en Altham Castle. Entonces hablaba con Ross, hacía planes y soñaba, y en su imaginación todo era muy fácil. Un yacimiento de oro, un criadero de caballos, una familia…, ¡un futuro en común!

Pero ahora se aferraba a un sueño que implicaba un trabajo incesante y tal vez no se cumpliera hasta un futuro lejano, o puede

que nunca. Sí, había amado a Ross, habían compartido su aventura; quizá fuera él quien fijara los objetivos, pero ella lo había hecho posible. Al principio con Jean-Luc había sido igual, creaban juntos las coreografías, compartían sus logros. Por supuesto, él siempre había sido su profesor, pero era muy fácil seguir sus instrucciones. ¿Y ahora? Vivian era profundamente infeliz. Debería ser consciente de sus logros pese a todo. El dolor en los pies ya no era insoportable. Era capaz de ejecutar la mayoría de los ejercicios básicos en la barra y también una figura sencilla del brazo de Jean-Luc. Antes se habría alegrado por ello, ahora le daba la sensación de que él solo la dejaba lucirse para animarla. Incluso le parecía ver compasión en la mirada de las demás bailarinas y la repertorista.

En realidad, Vivian solo era capaz de alegrarse de verdad cuando Elinor Torrence la invitaba a su casa de campo, situada un poco en las afueras de Victoria, y la sacaba a pasear a caballo. La mujer mayor se había convertido en una amiga en el hipódromo, aunque solo se vieran los días de carrera porque Elinor tenía contratado a otro entrenador. Tampoco entendía por qué Vivian seguía con Ross Wallett. A Dancer le iba bien, claro, pero no se fiaba ni de Ross ni de Kinmitu.

—Yo no tengo nada que ver con ella —apuntó Vivian cuando volvieron a sorprenderles los aciertos de la chamana al predecir el resultado de una carrera en la que predominaban caballos de Ross —. Casi nunca la veo…

—Pero ella te ve a ti —aclaró Elinor—. Os observa a Ross y a ti. ¿Puede ser que esté celosa? ¿Es que vuelve a haber algo entre tú y él?

Vivian se sonrojó. Después de Colleen y Teacher, Jean-Luc y Lona, que estaba presente cuando Giselle acompañaba a su madre al hipódromo, su amiga era la quinta persona que le hacía esa pregunta.

—¿Es que hay algo entre Ross y Kinmitu? —le devolvió la pregunta.

Elinor frunció el entrecejo.

—¡Claro! ¡Vivian, no puede ser que no te hayas fijado! No sé si están perdidamente enamorados, pero eran pareja, por lo menos hasta que apareciste tú por aquí. Y, desde que estás tú, doy gracias al cielo porque sus espíritus sean bastante inofensivos. De lo contrario, a saber lo que te habrían hecho ya…, puede que hasta te hubieran transformado en piedra.

Vivian se frotó la frente.

No se hacía a la idea, pero le ocurrió lo mismo entonces, en Barkerville.

—Ten cuidado con ella —insistió Elinor—. Y plantéate qué es lo que quieres. Estoy segura de que si quisieras estar con Ross Wallett, podrías. Eres guapa, tienes dinero, le ayudarías a lograr la posición social a la que aspira. Le encantaría tratarse de igual a igual con gente como el señor Winchester y otros criadores de caballos, ¿no te parece? ¡Y encima aún estáis casados! Con Kinmitu jamás se casaría, en el fondo no es competencia para ti. Por otra parte, te he visto bailar… después de la carrera de amazonas. Me picó la curiosidad y estuve en el París. Si optas por Ross, tendrías que dejarlo. ¿Es eso lo que quieres? Sí, claro, puede que pienses otra vez en el caballo. Gana, lo sé, y te embolsas unos suculentos premios. Pero en la carrera de amazonas… Puede que sea una sentimental,

pero pensé que el caballo significaba algo para ti. Más allá de las ganancias. Pero ¿ahora? ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en su box?

8

Vivian no sabía muy bien cómo tomarse las afirmaciones de Elinor. De hecho, estaba demasiado cansada para pensar en ese triángulo amoroso al que había aludido su amiga entre Ross, Kinmitu y ella. Últimamente siempre estaba muy cansada, todo le resultaba más lento. Aun así, se tomó en serio el comentario de Elinor sobre Dancer.

Hasta entonces consideraba que había cumplido con sus obligaciones hacia él asistiendo a sus entrenamientos y sus carreras, así que durante las últimas semanas accedía a todo lo que decidía su entrenador. Pero ¿era así de verdad o es que ya no le debía mucho? Con su caballo en Inglaterra, y luego con su mula en la Columbia Británica, siempre había valorado su relación personal con los animales. Y en el fondo era justo eso lo que le había prometido a Jane Parson cuando le compró a First Dance. Puede que siguiera cumpliendo la promesa a ojos de Robert Winchester, pero ella estaba convencida de que Jane se lo había imaginado de otra manera. La tarde siguiente, que tenía libre aunque en el teatro había actuación, compró una bolsa de zanahorias para combatir su mala conciencia y entró en el box de su caballo. De nuevo la decepcionó la reacción de Dancer. Al principio enseguida se acercaba a ella cuando lo visitaba, ahora no le hacía caso hasta que le daba sus golosinas. Intentó

acariciarlo y hablar con él mientras comía, pero apenas mostraba interés por ella.

—¡Viv! —Casi se sobresaltó un poco al oír la voz de Ross—. ¿Qué haces con el caballo?

Vivian se volvió hacia él.

—Solo quería acercarme un poco a él. Últimamente… nos hemos distanciado tanto que…

Ross se acercó a ella.

—Ay, Viv, me temo que te has alejado un poco de todo lo que te importa.

Le sonrió y de pronto a Vivian le resultó tan íntimo como aquel día en el establo de Altham Castle. Hasta el olor era el mismo. El cuero, el caballo… Vivian se sintió transportada a otra época.

—¿No te imaginas acercándote también un poco más a mí? —le preguntó—. He cometido unos cuantos errores, pero en el fondo siempre nos hemos entendido, ¿no? ¡Nos queríamos y éramos buenos compañeros! ¿Recuerdas nuestras noches en la tienda? ¿O cuando nos encondíamos en los arbustos de las constantes oraciones de ese Partridge? ¿Te acuerdas de nuestra canoa, con la que podríamos escapar de todos?

Vivian le devolvió la sonrisa. «Esos eran otros tiempos», dijo… o quiso decir. En realidad se calló y le ofreció los labios para besarse cuando él la estrechó entre los brazos.

—¡Por los viejos tiempos! —exclamó él cuando se separaron.

Vivian sacudió la cabeza.

—No, Ross. ¡No podemos hacerlo!

Él soltó una carcajada.

—Pues claro que podemos. Estamos casados. —Le señaló la mano—. Sigues llevando mi anillo.

—Pero yo… —Vivian no sabía qué decir. Estaba alterada, se sentía confusa, culpable, pero también viva. Era muy, muy joven, estaba en tensión, sentía un fuerte deseo… como la chica joven que se tumbaba con él en la hierba entre risitas, mientras Partridge leía la Biblia a unos metros de distancia—. Necesito pensarlo —dijo al final.

Él la agarró de la mano y la besó.

—¡Hazlo! No te voy a presionar. Pero sé perfectamente que ahora mismo preferirías estar aquí en el heno conmigo… —Le guiñó el ojo con descaro, y Vivian se ruborizó.

No se resistió cuando la besó de nuevo.

Esa noche ya no habló con Jean-Luc.

Él llegó tarde a casa, y ella fingió estar dormida. A la mañana siguiente, el día antes de la jornada de carreras, fue pronto al hipódromo y siguió el entrenamiento. Después se dirigió de nuevo al establo con una bolsa de manjares y le dolió volver a ver que Dancer apenas advertía su presencia. Parecía más nervioso que contento con su visita. Le habló con ternura mientras la cabeza le daba vueltas.

Si escogía a Ross, siempre podría estar con Dancer, verlo varias veces al día, mimarlo, tal vez también montarlo de vez en cuando. Y tampoco tenía por qué quedarse en el hipódromo, la instalación estaba rodeada de una bonita zona para hacer excursiones a caballo.

Vivian decidió dar tiempo a su caballo para recordarla. Se acomodó en un rincón del box, a la espera de que le pudiera la curiosidad. Cuando Dancer se tranquilizara, ya acudiría a ella.

Sin embargo, se puso aún más nervioso cuando se oyeron pasos en el pasadizo del establo. Entonces oyó las voces de Kinmitu, Ross y Samson.

—¿Y qué le digo ahora a la gente de Neptuno, Ross? —preguntó Kinmitu—. ¿Ganará? Tienen puestas muchas esperanzas.

—Bueno, ganará este de aquí. —Samson se detuvo delante del box de Dancer. Vivian se fijó en que el caballo retrocedía al oír su voz—. ¿O no quieres que corra para ganar?

—No. —Vivian creyó que no había oído bien la escueta negativa de Ross—. Esta vez ni siquiera se clasificará…

—¡Pero Ross! —Samson subió el tono, y a Vivian no le sorprendió, al fin y al cabo había ganado las últimas cinco carreras con Dancer. Ahora veía desaparecer su premio como vencedor—. ¡Es el favorito! —añadió.

—Precisamente —repuso Ross—. ¿Has visto alguna vez sus cupos? Ya no se gana dinero con él. Si apuestas por él sacas poco más de lo que has invertido. Y no me mires así. Coge unos cuantos dólares y apuéstalos a Neptuno. Es un nombre totalmente desconocido, participa por primera vez, así que es una especie de marginado. El cupo será bueno. Sacarás diez veces más que el premio de la victoria.

—Entonces ¿puedo predecir su victoria a los dueños de Neptuno? —preguntó Kinmitu—. ¿Y quién quedará segundo?

—Mortimer —dijo Ross—. Es lo más probable. Puede ser que el semental joven de Winchester lo supere, así que mejor apuesta por

puestos. Pero deja a First Dance fuera de la clasificación, Samson. Durante una o dos jornadas de carreras, hasta que su cupo baje…

—Vivian hará preguntas —comentó Kinmitu—. Conoce al caballo.

—Bah, Vivian. Ya le contaremos algo de una pequeña infección. A lo mejor se ha resfriado o algo así. Y no me digas que lo va a notar. Vivian come de mi mano, como mínimo desde ayer, se cree todo lo que le digo.

Samson se rio.

—Pero se considera una gran experta. En realidad es una mujer fantástica, solo tiene que entender cuál es su sitio.

—En eso estoy, en recordarle cuáles son sus verdaderas cualidades —comentó Ross con aires de quien se sabe ganador.

Vivian se mordió el labio. Así que eso pensaba de ella. No sabía si sentía rabia o solo una decepción infinita. Lo que seguro sí notaba era una vergüenza horrible. ¿Cómo había podido caer de nuevo en la trampa? Sin embargo, casi la impresionó más el engaño que planeaban para la carrera. Nunca había visto a Ross como un estafador. Es verdad que era un calavera, un cazafortunas. En cierto modo incluso lo había querido por eso. Pero ¿eso? ¡Estaba organizando la manipulación de una carrera, una estafa en apuestas, junto con su amante adivina y un jinete vendido que sin duda había pasado a trabajar con él solo porque en el establo de Wallett se manipulaba desde el principio!

Vivian se tapó la cara con las manos. Le entraron ganas de llorar, pero también quería hacer algo. No podía permitir que Ross, Samson y Kinmitu se salieran con la suya.

De pronto notó un leve roce en el pelo. Cuando alzó la vista, vio a Dancer. Le daba empujoncitos, tal vez quería recordarle las

zanahorias que le había prometido antes. No se acercó a ella hasta que Ross y Samson se alejaron, pero ahora buscaba su cercanía con timidez.

Vivian le dio las primeras zanahorias.

—Encima te han tratado mal. Y yo no decía nada porque ganabas, siempre ganabas…, y ahora quieren quitarte también eso.

Probablemente a Dancer le daba igual. Comía satisfecho y sin avidez sus manjares, mientras Vivian urdía un plan.

—No me he portado bien contigo, no te he protegido —dijo al final—. Rompí mi promesa. Pero voy a arreglarlo. Mañana volverás a ganar. ¡Y luego te sacaré de aquí!

Vivian volvió en un coche a Fernwood. Sentía la necesidad urgente de bailar, como siempre que precisaba consuelo o le abrumaba un sentimiento. Así que se cambió y en la sala de ensayos se encontró a Jean-Luc, Lona y Giselle, además de a Henriette tocando el piano. Jean-Luc estaba inclinado hacia la niña y la guiaba despacio en un *pas de deux* muy sencillo. Ella ejecutaba los pasos de su mano con el mismo orgullo que una bailarina y dejaba sin miedo que la levantara y sostuviera.

Lona y Henriette reían encantadas, y Vivian no pudo evitar sonreír también. Estaba orgullosa de su hija, y admiraba la paciencia infinita de Jean-Luc con la niña.

—¡Viv, ahí estás! —exclamó con alegría, y le dio un beso en la mejilla al verla—. Estás… ¡disgustada! —Jean-Luc se lo vio ya en la postura corporal—. Sientes decepción y vergüenza… —Vivian no

podía creer que la conociera tan bien, y sin embargo no sospechara nada. Sonrió—. ¡Vamos, suéltalo!

Jean-Luc se sentó al piano con Henriette, deliberaron un momento y luego aporrearon una interpretación salvaje de «Buffalo Gals» en las teclas. Vivian se dio la vuelta con ímpetu, en Barkerville solía bailar esa canción popular con los buscadores de oro, pero ahora llevaba zapatillas de puntas y convirtió la canción de bar en una especie de parodia del ballet clásico. Bailó por intuición, sin pensar, solo se dejaba llevar por la música… ¡y de pronto estaba en puntas! Solo fueron unos pasos, pero seguros y sin notar dolores destacables. Por primera vez fue divertido, se sintió ligera, y al final se dejó caer al suelo con delicadeza cuando la música se apagó.

Levantó la mirada y vio el rostro resplandeciente de Jean-Luc.

—Hoy acabas de reventar un nudo —dijo, y se puso serio de nuevo mientras la observaba con más detenimiento.

Vivian notó de un momento a otro la gravedad, y fue como si cargara con una montaña entera.

Jean-Luc se asustó.

—¿Podéis salir todas? —se dirigió en voz baja a Henriette, Lona y Giselle—. Creo que Vivian quiere estar sola.

Cuando salieron las demás, se sentó a su lado en el suelo.

—¿Quieres que me vaya yo también? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No, no, tú no. Pero ¿podrías darme un abrazo?

Necesitaba un hombro en el que apoyarse y, cuando se arrimó a Jean-Luc, percibió su olor a polvos de taco y sudor, su calor y dulzura, y se rompieron todos los diques. Prorrumpió en sollozos, lloró como nunca desde que era pequeña. No lo había hecho con el

final sorpresa del sencillo viaje a la Columbia Británica, ni de agotamiento después de buscar oro durante horas en un río helado en el que apenas quedaba nada. Ni siquiera derramó una lágrima cuando Ross la abandonó. Pero en ese momento se dejó ir por completo. Sacó toda la presión a la que se había visto sometida durante los últimos meses, las discrepancias con Jean-Luc, el acercamiento con Ross. Él, a quien había confiado sus preocupaciones por la suerte de Dancer y había estado a punto de conseguir que dudara de su profesión de bailarina. Y de su amor por Jean-Luc.

Jean-Luc la abrazó durante horas, sin hacer preguntas. Notó que la tensión iba remitiendo poco a poco. Conocía su miedo al fracaso, que la había empujado al mundo de las carreras deportivas, el de Ross Wallett cuando le entró el miedo de no ser bienvenida ya en el mundo del ballet.

Al final se calmó y se durmió en su hombro. Jean-Luc la levantó con suavidad y la llevó al dormitorio. Se quedaría con ella para que despertara también en sus brazos.

Sin embargo, ella abrió los ojos cuando la dejó tumbada.

—¿Me acompañarás mañana al hipódromo? —le preguntó. Durante las últimas semanas casi siempre había ido sin él a las jornadas de carreras.

Jean-Luc torció el gesto.

—Bueno, en realidad… quería trabajar en una coreografía. Pensaba que podríamos volver a bailar una canción cantada por Francine, siempre es muy bien recibido entre el público. Y yo… justo hoy me has convencido de que podríamos ejecutar algunos pasos en puntas.

Vivian le sonrió.

—Ven igualmente —le rogó—. Mañana me gustaría tenerte a mi lado. ¡Te necesito!

Jean-Luc asintió.

—Viv, mi amor, yo siempre estaré cuando me necesites. Y ahora duerme. Mañana será otro día.

—Nuestro día —susurró Vivian.

Al llegar al hipódromo, Jean-Luc se preguntó por qué tanta urgencia por tenerlo a su lado para acto seguido dejarlo solo en el palco de propietarios. Dancer participaba en una de las primeras carreras, así que Jean-Luc supuso que quería desear suerte al jinete, o incluso a Ross. Por un momento pensó con preocupación si la habría entendido mal el día anterior. ¿Acaso ese día era el principio del fin? ¿Había escogido a Ross, y la víspera solo había sido su despedida de su vida en común?

Vivian se dirigió a los establos, sabía que no encontraría a Ross ahí, tenía a un caballo en la primera carrera y estaba en la pista para atenderlo. De todos modos esperaba a Samson, que entró también en el establo al volver del pesaje, junto con los jinetes de Neptuno y Mortimer, que se alojaban en el mismo establo que Dancer. Kinmitu estaba montando su espectáculo con Neptuno, y los jinetes ponían los ojos en blanco mientras los dueños del caballo escuchaban con devoción e inspiraban con entusiasmo el hedor de los brebajes de hierbas.

Los jinetes entregaron las sillas y las bridas a los mozos de cuadra. Ya llevaban puesta la ropa de montar, unos pantalones

claros y botas blandas, con cazadoras de los colores del entrenador. Ross había elegido el verde y el amarillo, que a Vivian también le gustaban. Se acercó decidida a Samson, que acababa de separarse de los demás jinetes y se dirigía al box de Dancer.

—Un momento, Samson —dijo con amabilidad—. Si no es molestia…

—Usted no molesta nunca, señora Wallett —repuso el jinete, aunque el escaso afecto era mutuo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¡Mejor entremos aquí! —canturreó Vivian—. Ahí no nos interrumpirán. —Señaló un cuarto en el que se almacenaba heno y paja y se guardaban escobas y horquillas para retirar el estiércol.

Samson la miró sorprendido. Los jinetes estaban muy acostumbrados a que las visitantes coquetearan con ellos. Pero ¿Vivian Wallett? Aun así, la siguió y se quedó muy desconcertado cuando ella cerró la puerta y se abrió la falda. La voluminosa falda del traje cayó al suelo y Samson se fijó en que debajo llevaba unos pantalones ceñidos y botas.

—¡Bueno, ahora usted! —le ordenó Vivian—. ¡Desvístase, y rápido!

Samson se llevó las manos a la bragueta.

—¡Los pantalones no! —masculló Vivian—. La cazadora. Necesito sus colores.

—Pero… pero…

—¡Hágame caso! —gritó—. Dancer tiene que ir a la zona de calentamiento.

—Por eso —murmuró Samson, que empezaba a intuir algo—, tengo que…

—No tiene que hacer nada. ¡Dancer es mi caballo, y hoy lo montaré yo! —Vivian se quitó también la chaqueta del traje y se quedó con la blusa clara muy fina encima del corsé.

Samson se quitó la cazadora.

—Eso… ¡está prohibido! —tartamudeó—. No… no puede…

—¡No aceptaré prohibiciones! —repuso con contundencia—. Voy a montar a Dancer, y voy a ganar con él. Y si dice una sola palabra ahora mismo, iré directa a la dirección de carreras y les contaré lo que hablaron ayer delante del box de Dancer. Con su honrado entrenador y su chamana.

—Así nunca lo conseguirá, señora Wallett.

Le dio la cazadora y ella se la puso sin vacilar.

—Señora Wallett, la denunciaré en cuanto salga por la puerta…

Vivian oyó que Neptuno y Mortimer salían con sus cuidadores. Ahora solo Dancer esperaba a su jinete en el box.

—¡Adelante!

Vivian salió del cuarto y giró la llave en la cerradura. Antes había comprobado si se podía girarla y había engrasado un poco la cerradura. El cuarto de los alimentos no estaba cerrado por lo general, la llave estaba puesta. En ese momento, en cambio, giró fácilmente en la cerradura de la pesada puerta de madera. Aunque volvieran enseguida los mozos de cuadra en lugar de ver la carrera, la probabilidad de que vieran a Samson antes de que los caballos arrancaran era mínima.

Se escondió el pelo debajo de la gorra de Samson. El jinete tenía la cabeza más grande que ella, así que le resultó fácil. Le quedaba bastante suelta, pero no se preocupó más por eso. Entró resuelta en el box a buscar a Dancer.

Joe, su cuidador, la miró extrañado, pero no dijo nada cuando le dio las riendas. Era de una complexión muy parecida a la de Samson, el jinete también era menudo y de extremidades delicadas, aunque ella se movía de otra manera, claro…

—Podría ayudarme a subir a la silla —dijo, y corrió el riesgo de delatarse frente al mozo de cuadra.

Joe debió de reconocer su voz, algo que como mínimo sospechaba. Entonces sonrió.

—¡Claro, señor Samson! ¡Y que tenga mucha suerte en la carrera!

Con un hábil impulso ayudó a Vivian a subir a la silla en cuanto salieron de los establos. Ella agarró las riendas y él la soga. Con suerte en el cerco la gente se fijaría más en los caballos que en los jinetes.

Vivian se hundió la gorra en la frente y procuró no llamar la atención mientras Joe guiaba a Dancer detrás de los demás caballos. El animal jugaba animado con las orejas. También entendía que esta vez no era Samson quien ocupaba la silla, pero esperaba que el caballo recordara a su anterior amazona. Entonces vio a Jean-Luc en el borde de la zona de exhibición. Debía de haber bajado a buscarla y, por supuesto, su atuendo no lo engañó ni un segundo. Conocía demasiado bien su postura, la silueta… Vivian buscó su mirada y vio sorpresa, admiración, pero también inquietud en su rostro. Ya sintió miedo por ella en la carrera de amazonas. Le sonrió para animarlo y poco después también distinguió a Elinor Torrence entre los espectadores. Tampoco la engañó, pero no parecía que desaprobara la artimaña de Vivian. Al contrario, sonrió y le hizo la señal de la victoria. Robert Winchester, que estaba a su lado, no se dio cuenta

de nada, aunque no era de extrañar porque solo tenía ojos para su joven semental, que participaba por primera vez en una carrera. ¿Y Ross? También tenía que estar en alguna parte y conocía a sus jinetes. Algo en su actitud podía llamarle la atención, puede que tuviera costumbre de intercambiar unas palabras con Samson antes de la carrera…, pero ese día el entrenador estaba muy ocupado con Neptuno. El joven caballo estaba muy nervioso, movía la cabeza y se encabritaba, y Ross procuraba calmarlo tanto a él como a su jinete.

Entonces los caballos salieron de la zona de exhibición hacia la salida. Vivian le pidió a Joe con el corazón acelerado que retirara la soga del animal. Había llevado sola a Dancer a la salida en todos los entrenamientos, no le daba miedo la carrera, a diferencia de muchos otros caballos. En ese momento se movía irritado, pero luego aceptó la ayuda de Vivian. Ella se alegró, aunque no pretendía influir mucho en su caballo durante la carrera. Dancer tenía que correr por diversión. No lo iba a frenar ni a fustigar.

Ahí estaban, en fila delante de la cinta de salida, a la derecha de Dancer el caballo de Winchester, y a la izquierda uno que no conocía. Mejor, los jinetes de Neptuno o de Mortimer podrían haberla reconocido… Sonó el disparo de salida antes de que Vivian se hubiera colocado bien. Estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Dancer salió a toda velocidad. Se agarró asustada a la crin, de manera que aflojó las riendas aún más, y Dancer aprovechó su libertad. Galopó a saltos largos y potentes que facilitaron que Vivian recuperara la postura. Mientras dejaba atrás a los primeros caballos, se apoyó en los estribos y disfrutó de la velocidad, que iba aumentado por momentos.

Dancer pasó volando junto al caballo de Winchester, y superó a Mortimer y Neptuno. Pasados los primeros cien metros ya iba en cabeza y corría como una exhalación por la pista. Vivian le susurraba palabras de ánimo, estaba feliz, como embriagada, y el caballo parecía sentir lo mismo.

La amazona y el caballo formaban una unidad, compartían el puro júbilo, igual que Vivian y Jean-Luc participaban juntos de su felicidad cuando bailaban. Y lo viviría una y otra vez, mientras que esa carrera con Dancer debía ser una experiencia única. Vivian la saboreó a fondo y se rio cuando perdió la gorra en la recta final y el cabello quedó suelto al viento. En ese momento todo el mundo vio que no era Samson Limmerick quien montaba al caballo color canela, sino una mujer joven cuyos rizos conjuntaban a la perfección con él. Se acercaron volando a la línea de meta, oyeron gritos de júbilo y palabras de ánimo entre las filas de espectadores. En algún lugar muy por detrás de ellos Neptuno, Mortimer y la yegua negra luchaban por el segundo puesto. Para Dancer y Vivian ya era indiferente. El semental atravesó al galope la meta, Vivian le ordenó parar sintiéndolo mucho y abrazó el cuello de su caballo cuando la obedeció. Se sentía rodeada de gente, pero solo quería notar a su caballo, el pellejo empapado por el sudor, el calor y la cercanía. Cuando por fin levantó la cabeza, vio a Ross, que le decía algo, pero llevaba escrito en el rostro, además del enfado, el franco entusiasmo. Lo había visto así antes, cuando su vida en común aún era una aventura única. Dos días antes, en el establo, fingía con ella, pero en ese momento su expresión era sincera.

La carrera había terminado, y el presentador anunció el orden de llegada: First Dance, Neptuno, Dark Wendy y Mortimer cuarto.

—Sin embargo, debido a una infracción grave y notable de las reglas, no se puede considerar el resultado final —añadió a continuación—. Las ganancias de las apuestas se pagarán según la notificación oficial del ganador. La dirección de la carrera se reunirá de inmediato para deliberar sobre cómo proceder.

A Vivian le daba igual. Respiró aliviada cuando vio a Joe entre los jinetes, entrenadores y propietarios de caballos exaltados que tenían acceso a la zona. Se acercó a ella, le colocó la soga a Dancer y puso todo su empeño en sacar a la amazona y el caballo del bullicio de personas que gritaban de júbilo, pero también protestaban a voces. Al final llegaron al establo, donde reinaba la calma.

—¡Ha sido una carrera increíble, señora Wallett! —exclamó el mozo de cuadra y le quitó la silla al caballo—. Debería montarlo usted siempre, nunca lo había visto así.

—Ha sido su última carrera —repuso Vivian—. Y también la mía. ¡Pero ha sido maravilloso! ¿Le importaría… le importaría dejarnos solos, Joe? Seguro que aún habrá mucho jaleo, y yo…

Joe asintió y se fue. Vivian solo llevaba una zanahoria encima, se la había guardado en el bolsillo de los pantalones de montar. Dancer se la cogió de la mano y luego dejó que lo restregara con un cepillo de paja en largas caricias. El animal disfrutó del trato, le temblaba el labio superior de placer, y amazona y caballo pusieron fin a su aventura en absoluta armonía.

9

La calma no les duró mucho. Al cabo de unos minutos entró Ross Wallett en el establo y se plantó delante del box de Dancer.

—¿A qué ha venido eso, Vivian? ¡Me has convertido en el hazmerreír de la gente!

—¿De qué gente? Yo no he visto que nadie se riera. Claro, se reirán un poco de Samson, seguramente ya sabes que lo he encerrado en el cuarto de las escobas. Pero por mí podemos decir que ha cedido el testigo por voluntad propia. Porque quería montar sin falta mi caballo antes de que volviera al criadero. Y no lo he hecho mal, ¿no? —Sonrió.

Ross se frotó la frente.

—Lo has hecho de maravilla —reconoció—. Pero tú… las mujeres no pueden participar en carrera, pero en nuestra propia casa, con nuestro criadero de caballos, ¡podrías entrenarlos tú! Vivian, he sido un idiota. Jamás debería haberte dejado, juntos lo habríamos conseguido. De algún modo habríamos hecho realidad nuestros sueños, tú y yo. Era nuestro destino, no podía ser de otra manera, y podemos hacerlo ahora, ¡debemos hacerlo! ¡Vuelve conmigo, Vivian, por favor! No le devuelvas el caballo a Jane Parson, comprémonos nuestra finca, abramos nuestro propio criadero, ¡como siempre quisimos! Estamos hechos el uno para el otro. ¡Tú sientes lo mismo!

Vivian lo miró con frialdad.

—¿Y Giselle? —le preguntó para provocarlo—. Como siempre, sigues sin pensar en que tienes una hija. Ah, sí, claro, ahora la atraerás con un poni y con lo de que quieres enseñarle a montar. Eso, Ross Wallett, hace mucho que lo dices, pero yo no veo ningún poni por aquí. Por suerte, tampoco lo va a echar de menos. Ni al caballito ni a ti, Ross. Porque ya tiene un padre. Uno que no es un estafador, ni necesita engaños ni adivinar el futuro para lograr el éxito. ¡Quiero el divorcio, Ross! Sin más dilación. ¡O haré público lo que oí aquí ayer!

A Ross se le cambió esa cara que suplicaba amor.

—¿Nos… nos oíste? ¿Por eso todo este numerito? ¿Querías… dejarme en evidencia?

—He tenido el detalle de renunciar a eso —apuntó Vivian—. Puedes quedarte con tu establo de carreras, no voy a delatarte. Habéis salido bien parados. Puede que Samson tenga el orgullo un poco herido, y tu Kinmitu tendrá que admitir un error. Quizá hayáis perdido todos algo de dinero, habréis hecho que vuestros hombres de paja apuesten por Neptuno. Por lo demás, podéis seguir como hasta ahora. No os molestaré más. Me iré con mi caballo. Y ahora, disculpa. Jean-Luc me estará esperando.

Vivian quiso hacer una salida triunfal, pero, cuando se volvió hacia la entrada del establo, apareció un mozo de cuadra con Neptuno, que había quedado segundo en la carrera. Tras el precioso ejemplar vio a su dueño, que hablaba con Kinmitu hecho una furia. Estaba fuera de sí.

—¡Me dijo que ganaría Neptuno! —le reprochó a la joven, con el rostro ancho rojo de la rabia—. Hemos apostado dinero por él. Y ahora… ¡un miserable segundo puesto!

Kinmitu, un poco atribulada, procuraba mantener la compostura y quiso contestar cuando Samson apareció por detrás de los dos.

—¡Tenemos la resolución de la dirección de la carrera! Han explicado las consecuencias de la flagrante infracción de las reglas por parte de la señora Wallett. First Dance ha sido descalificado. Han declarado ganador a Neptuno.

El dueño de Neptuno lo miró irritado.

—Pero es innegable que el caballo de la señora Wallett ha sido más rápido.

Kinmitu se irguió. Le lanzó una mirada tan digna como de reprobación a sus clientes.

—Señor Hollander, yo no le dije que Neptuno sería más rápido que los demás. Los espíritus no me hablaron de eso. Solo me dijeron que ganaría. Debería hacer preguntas detalladas si quiere saberlo con tanta precisión.

Ross también se volvió hacia él con una sonrisa.

—Ya la ha oído. Nuestra chamana es infalible. ¿Celebramos la victoria?

Vivian aún se reía cuando llegó al palco de propietarios para reunirse con Jean-Luc. Unos cuantos espectadores se dieron la vuelta al verla, otros aplaudieron. Robert Winchester y Elinor Torrence se acercaron a ella. Elinor la felicitó, Winchester parecía un poco molesto.

—Una carrera fantástica, señora Wallett —afirmó aun así—. ¡Pero ya sabía dónde se estaba metiendo! Ahora pierde el importe del premio y, si ha apostado por Dancer, tampoco verá ese dinero.

Vivian le restó importancia con un gesto.

—Sabía lo que hacía. Algún día se lo contaré, y a ti, Elinor. Pero antes agradecería poder llevar a Dancer a casa lo antes posible, al criadero, con su hija. Antes de que le pase algo más. Hoy he hecho enfadar a mucha gente.

Winchester quiso hacer más preguntas, pero Vivian los dejó a él y a Elinor Torrence con un breve gesto de disculpa cuando vio a Jean-Luc.

Se arrimó a él y se deleitó en su sonrisa.

—¡Vamos! ¡Larguémonos! —le pidió antes de que pudiera decir nada.

Él la miró con ternura.

—¿No quieres cambiarte primero? —le preguntó—. Esta vez no hay un incendio. ¡No hace falta que huyas con la ropa de baile!

Vivian se miró molesta y comprobó que aún llevaba la cazadora de montar de Samson con los colores de Ross Wallett.

—Me temo que mi vestido está en una despensa —confesó—. Ahí he encerrado al jinete al que…

—¿Has metido a ese tipo en una despensa? —Jean-Luc soltó una carcajada—. Eres increíble. Aunque la cazadora te queda bien. —Recuperó la seriedad—. Pero ¿no estarás pensando en llevar esos colores más a menudo en un futuro?

Vivian frunció el entrecejo.

—¿Los colores de correr de Ross Wallett? ¡Eso seguro que no!

Jean-Luc la escudriñó con la mirada.

—¿Y otros colores? ¿Los tuyos? ¿A lo mejor hay hipódromos donde admiten que las mujeres sean amazonas? Hoy parecías muy feliz con tu caballo. ¿Tantas ganas tenías de volver a participar en

una carrera que tenías que dinamitar todos los puentes con tus amigos del hipódromo? Al fin y al cabo, sabías que jamás ibas a volver a poner un pie aquí si forzabas tu participación. ¿Por eso llorabas tanto ayer?

Vivian le agarró de la mano y lo apartó hasta donde no pudieran oírles los demás dueños de los caballos. Solo quedaba la cocina anexa al palco donde se preparaban las pequeñas delicias que se servían con el champán y el vino. Dos cocineras y un camarero los miraron confusos, pero Vivian no se dejó amedrentar.

—Necesitamos un rincón muy tranquilo —aclaró—. ¿Tienen algo como… un cuarto de escobas?

—¡Pero no nos cierren! —rogó Jean-Luc cuando, en efecto, encontró una despensa donde podían retirarse un ratito—. Será mejor que dejes la puerta con una rendija, o pensarán…

—¡Me da igual lo que piensen! —repuso Vivian con contundencia —. Solo me importa lo que pienses tú. —Luego le contó lo que había oído el día antes en el establo—. Por eso lo he hecho, por eso he montado a Dancer. Porque no quería dejarlo pasar, que Ross y su Kinmitu se fueran de rositas con otro engaño. Aunque… ¡ella lo ha vuelto a conseguir! —Le contó la actuación de Kinmitu con el dueño de Neptuno, y Jean-Luc se echó a reír de nuevo.

—¡Tómatelo por el lado divertido! —le recomendó—. Kinmitu y tu Ross, ¡están hechos el uno para el otro! Ella encaja mucho mejor con él que tú.

—¿En qué sentido? —le preguntó Vivian a la defensiva—. ¿Crees que yo no tendría visiones? ¿Que no lo habría apoyado? Yo… compartíamos nuestros sueños…

Jean-Luc sacudió la cabeza.

—No, mi amor, no me refiero a eso, porque Ross nunca tuvo sueños. Tiene deseos, eso sí. Y tú te esforzaste mucho en cumplirlos, mientras que él nunca fue un apoyo para ti. Por suerte, tampoco le necesitas, a diferencia de Kinmitu. Ella lo necesita. Los dos se aprovechan el uno del otro, se complementan.

—¿Como nosotros dos? —le preguntó Vivian en tono conciliador.

Jean-Luc asintió y le acarició la mejilla.

—Kinmitu siempre fue muy inquieta —prosiguió—. No tenía tiempo para sueños. Por eso tampoco era buena bailarina. Pero creo que quiere a Ross.

Vivian frunció los labios.

—Y cumple sus deseos gracias a sus visiones. Tienes razón. Se merecen el uno al otro. Entonces ¿me concedes unos cuantos sueños?

—Espero que compartas los míos —dijo él con calma.

Vivian buscó en su mente la imagen que ya la embelesaba en la época lejana en que discutió con su padre. *La sílfide*. El baile con su príncipe.

Jean-Luc le leyó el pensamiento porque supo interpretar la luz en su rostro.

—¿El *pas de deux* del primer acto de *La sílfide*? —preguntó con ternura—. Te oigo tararear la música a menudo. El baile es maravilloso. Pero tendrás claro que aún queda mucho camino…

Victoria
Temporada 1869/1870

La temporada empezó en el París con un ballet que duraba toda la velada, todo un evento en Victoria, en toda la Columbia Británica de hecho. El folleto del programa y los artículos de prensa que anunciaban el espectáculo no escatimaban en superlativos:

¡Por primera vez en Canadá!

La sílfide, el ballet romántico en dos actos, compuesto por Jean-Madeleine Schneitzhoeffer, con la coreografía de Filippo Taglioni, preparada por Jean-Luc Dimarche.

El teatro París se atreve en este inicio de temporada con un espectáculo como los que solo se suelen ver en los epicentros del ballet como París, Londres, San Petersburgo y Milán. La señorita Vivian Wallett interpreta el papel protagonista, y todos sus solos y los *pas de deux* corresponden a la coreografía original.

«Solo con el elenco de los papeles secundarios hemos tenido que adaptar la coreografía a la limitada capacidad de nuestra compañía», aclara Jean-Luc Dimarche, director del teatro, que interpretará el papel protagonista de James. «Así, no habrá grandes bailes en grupo, pero la acción principal se conserva del todo».

—¿No queríais interpretar solo una escena? —preguntó Colleen al entrar con su marido el día antes del estreno.

Los dos llegaron en barco, había sido un viaje bastante complicado durante varios días. Vivian los fue a buscar al puerto y se alegró mucho de volver a ver a sus amigos, aunque en su fuero interno se preguntaba si no era un gasto demasiado elevado: ¿un viaje del Yukón a la Isla de Vancouver por un solo espectáculo de ballet?

—¡Bueno, ya que veníais de tan lejos, queríamos ofreceros algo! —comentó Vivian, y esbozó una sonrisa lo más relajada que pudo. Estaba nerviosa, nunca había sentido semejante miedo escénico como antes de esa actuación histórica—. ¿Cuándo tenéis que volver?

Colleen miró a su marido de reojo, con cierta picardía.

—Pensábamos quedarnos un poco más —contestó—. Tenemos quien cuide de los perros, nuestros empleados son muy capaces, y el Yukón es…

—¡El Yukón es fantástico! —terminó la frase Teacher—. Los paisajes, la amplitud…

—Pero falta algo de civilización —añadió Colleen—. En todo caso no es un sitio donde me gustaría criar a un niño.

—¿Un niño? —Vivian olvidó de inmediato todo su miedo escénico —. Colleen, ¿estás embarazada? Pero pensaba que…

Colleen siempre había insistido en que no quería hijos. Prefería vivir con libertad en plena naturaleza, y en la vida de un trampero y guía canino no encajaba una familia.

—Hemos cambiado de opinión. Tu Giselle… Bueno, tampoco fue siempre fácil, pero lo has conseguido. Cuando nos fuimos… ¡la echábamos de menos! —Colleen se llevó la mano a la barriga con ternura.

—Y el niño no se criará junto a la hoguera —dijo Teacher, que sin duda estaba pensando en la primera época con la minúscula Giselle en el campamento de buscadores de oro—. Tenemos una casa estable de madera, bien caldeada, un poco apartada de la población más cercana, pero nos parece bien.

—Las ciudades de buscadores de oro junto al Yukón son un poco más salvajes que cuando estuvimos en Barkerville y en Yale. —Colleen miró a su marido y se rio—. Ahí nuestro hijo no debe tomar ejemplo. ¡Pero cuéntanos, Viv! ¿Cómo va ahora la relación entre Ross y Giselle? ¿Mantiene el contacto? Ya no vas al hipódromo, ¿verdad? ¿Qué le pasó a tu caballo?

Vivian asintió con cierta lástima.

—Jean-Luc y yo en persona fuimos a devolver a Dancer al criadero. Sigue siendo mío, puedo ir a visitarlo cuando quiera, y voy mucho. Sin embargo, casi siempre es Jane Parson quien se ocupa de él, regenta con su marido el criadero. Ahora estamos esperando su primera generación de potros… —Pensar en las crías de caballo le devolvió la sonrisa—. Con Ross ya no tenemos relación. Nunca tuvo verdadero interés en su hija. Solo quería recuperarme. Aun así… —Hizo una pausa dramática antes de seguir hablando—… parece que el destino se la va a devolver ahora. Mi amiga Elinor, que aún tiene sus caballos en el hipódromo, dice que Kinmitu está embarazada…

—¿Kinmitu? —Colleen, que ya se había dado la vuelta hacia el coche donde Teacher estaba cargando su equipaje, se volvió asombrada y divertida—. ¿Kinmitu y Ross? Entonces ¿se casará con ella?

—Elinor cree que sí —siguió chismorreando Vivian entusiasmada —. No puede hacer otra cosa. Ella ya lo va contando por todas

partes, perdería la buena reputación si la dejara en la estacada.

—Y sus espíritus lo perseguirían —se burló Colleen.

—Deben de estar más tranquilos. Elinor me contó que no reconoceríamos a Kinmitu. Ya no lleva vestidos de cuero, sino falda y blusa castas, y, en vez de tocar el tambor, lee las cartas del tarot. El resultado es el mismo, desde luego, sigue prediciendo las clasificaciones de los caballos, y luego Ross y sus jinetes se encargan de hacerlas realidad.

—Ese Ross es un canalla y un estafador —gruñó Teacher—. Estás mejor con tu Jean-Luc. Aunque a mí todos esos bailecitos me parecen un poco afeminados. ¿De verdad lleva leotardos?

—¡Y una falda escocesa! —Vivian se rio al ver su gesto de estupefacción—. En todo caso no perjudica en nada su virilidad. Recuerdo muy bien cómo mecías a Giselle cuando yo me iba a bailar y Ross se olvidaba de ella. ¿No le cantabas incluso canciones de cuna, Teacher?

—Puede que haya tarareado una o dos veces algo como «Clementine» —murmuró el trampero—. Para calmar a las mulas. Siempre se ponían muy nerviosas cuando la bebé lloraba…

Teacher llevaba un traje de tres piezas cuando la noche siguiente entró en el teatro con Colleen, y ella se había comprado un vestido a la moda, como cuando intentó convertirse en una dama acaudalada y mecenas. Como comentó con Vivian, esto último incluso lo había conseguido. El teatro existía solo gracias a sus inversiones, aunque Jean-Luc y Vivian le hubieran devuelto el dinero ya hacía tiempo. Colleen y Teacher compartieron un palco con Lona y Giselle, que

también era la primera vez que veían el ballet completo, con escenografía y música de orquesta. Habían asistido a muchos ensayos, pero en el teatro Vivian y Jean-Luc no habían querido que su hija estuviera presente antes del estreno.

—Eso le quitaría la magia —aclaró Jean-Luc—. Una actuación así debe verla desde el auditorio. Tiene que ver que el ballet es más que trabajo y sudor.

Ahora estaba sentada nerviosa entre Lona y Colleen, preciosa con un vestidito de encaje blanco sobre el que caían los suaves rizos oscuros.

—Parece una pequeña hada —comentó Colleen cuando apareció un presentador en el escenario y saludó a los espectadores.

—¡Hoy serán testigos de una historia de fábula! Adéntrense con nosotros en un bosque mágico de Escocia y conozcan a un hada de carne y hueso que atrae a un hombre hasta una tierra donde las personas son ingrávidas porque la música las transporta…

Después no habló nadie más, sonó la música y a continuación Vivian flotó con su vestido blanco, su diadema y sus alas de hada sobre el escenario, sedujo y atrapó a Jean-Luc, que bailaba en el papel de James. Vivian se perdió del todo en la música y su sueño hecho realidad. Se movía con tal naturalidad sobre las puntas que parecía no haber hecho otra cosa en la vida, delicada y ligera. Jean-Luc deslumbró en sus variaciones e imprimió tal fuerza y virilidad a su danza que ni a los buscadores de oro más rudos se les habría ocurrido calificar su actuación de afeminada.

Las dos jóvenes bailarinas interpretaron los papeles de la hechicera y Effie, así que la trama se entendió bastante bien. Además, en la pausa entre actos un presentador la explicó.

Al final Vivian y Jean-Luc saludaron de la mano, y los espectadores aplaudieron cuando él la besó.

Giselle lo había presenciado todo desde el palco conteniendo la respiración. Se había criado viendo la danza de su madre, y había disfrutado de la atención y las indicaciones de Jean-Luc cuando ella practicaba en la barra. ¡Pero ahora estaba entusiasmada! ¡No había visto nada tan bonito en toda su vida como esa obra! De pronto, lo que más deseaba del mundo era formar parte de ese cuento.

Algún día ella también quería bailar así.

Nota de la autora

La primera inspiración para esta historia fue el reportaje sobre la caravana histórica de los Overlander, varios grupos de personas que atravesaron todo Canadá para ir a los yacimientos de oro en la Columbia Británica. De hecho, esa gente, tanto europeos como canadienses, cayó en el engaño de la British Columbia Transfer Company, que les prometió un viaje sencillo que duraría solo cinco semanas. En realidad la empresa solo trasladaba a los europeos hasta Quebec, donde la única manera de continuar el viaje era organizarse ellos. La gente reaccionó de distintas maneras: algunos se las arreglaron y se quedaron en Quebec, otros al principio siguieron la ruta, pero luego en algún momento la abandonaron y se asentaron en una de las muchas poblaciones que atravesaban. El núcleo duro aguantó, logró llegar a Fort Garry y luego atravesar las Montañas Rocosas hasta Barkerville o Yale. En vista de las escasas perspectivas de hacer fortuna allí con el oro, algunos volvieron enseguida, otros montaron granjas y otros siguieron adelante.

Una de las escasas mujeres que iban en los grupos era Catherine Schubert, que viajaba con su marido y tres hijos y dio a luz al cuarto en un pueblo de nativos en plena caravana. Es una de las mujeres que me inspiró para crear los personajes femeninos de este libro.

Pero antes veamos otros hechos históricos que subyacen a esta historia:

En la época que nos ocupa, en Francia todos los chicos jóvenes a partir de los diecinueve años vivían bajo la amenaza de que el ejército los llamara a filas durante siete años. Lo decidía el destino, daba igual la profesión que aprendieran y ejercieran los muchachos. Era imposible negarse o eludir el llamamiento, salvo que presentaran un reemplazo, es decir, se enrolara alguien dispuesto a ocupar el puesto del convocado y fuera a la batalla por voluntad propia. Sin embargo, eso era caro. Una familia normal no podía permitirse exonerar así a sus hijos. Solo les quedaba la opción de huir, como le ocurre a mi Jean-Luc, y no siempre salían adelante, ni mucho menos.

He descrito las ciudades de buscadores de oro de Barkerville y Yale con la máxima autenticidad posible, aunque lo que más me divirtió fue investigar para mi salón de baile. Es cierto que había locales donde mujeres y chicas honradas podían ganar un dinero bailando con buscadores de oro solitarios. Los propietarios vigilaban que todo fuera decente y velaban por la seguridad de las mujeres. De todas formas, ese tipo de locales de baile no eran la norma, en Yale y Barkerville prosperaba la prostitución.

En cuanto al incendio que en mi historia arrasa por completo la ciudad de Yale, me guie por la descripción de uno ocurrido el 16 de septiembre de 1868 en Barkerville. También quedó destruido el noventa por ciento de la ciudad, pero sus optimistas habitantes la reconstruyeron en cuestión de pocos meses. En las dos poblaciones hubo fuegos, pero en momentos anteriores o posteriores. Al fin y al cabo, se construía prácticamente solo con madera sin tener muy en cuenta la protección ni la prevención de incendios.

Victoria era una ciudad pequeña, culta y con un aire muy inglés, y había varios teatros parecidos al París; uno de ellos de hecho estaba en una antigua iglesia, y otro, como el París de Vivian y Jean-Luc, en una antigua cochera.

En el texto se ofrece un relato detallado y correcto de cómo surgió la danza en puntas. En la época en que transcurre mi historia llevaba unos treinta años practicándose y solo se representaba en unos cuantos centros del ballet con regularidad. Por tanto, también era incipiente el desarrollo de las zapatillas de punta que facilitan a la bailarina la danza *en pointe*. Hoy en día los modelos están más trabajados, pero la técnica sigue requiriendo muchos años de práctica intensiva antes de que la bailarina pueda brillar de verdad.

Para los amigos del pueblo irlandés debo añadir un dato sobre la canción «The Braes of Balquidder», predecesora de la famosa «Wild Mountain Thyme». Se escribió e interpretó por primera vez entre 1820 y 1822. Quizá tardara en llegar hasta Canadá, aunque no lo sabemos, por supuesto, pues había muchos irlandeses y escoceses en los yacimientos de oro. Además, Jean-Luc vivió mucho tiempo en Nueva York y pudo oír ahí esa canción tan pegadiza. Para quien quiera escucharla, es fácil encontrarla en internet.

Los expertos en las carreras de caballos seguro que encontrarán algunos «errores» en mi historia. Sin embargo, debo recordar que se trata de los primeros hipódromos en una tierra que acababa de estrenarse en el deporte y la cría de purasangres. Podía ocurrir que un caballo llegara tan tarde a la pista como Dancer, y seguro que las estafas en las apuestas eran más habituales que en la actualidad. No sé hasta qué punto hubo personajes tan ambiguos como Kinmitu en el mundo de los purasangres. Teniendo en cuenta que hoy en día el

sector ecuestre sigue siendo propenso a todo tipo de supersticiones, yo le auguraría un gran éxito incluso ahora. Puede que no en el hipódromo, pero en los establos para dar paseos a caballo abundan los curanderos, los que se comunican con los animales y charlatanes de ese tipo.

Asimismo, en Canadá hubo muchas mujeres con un papel importante en esa época en las que me inspiré para mis personajes femeninos:

Una fue Belinda Mulrooney (1872-1967), que, gracias a su habilidad para los negocios, sobre todo con la importación de lencería a las ciudades de los buscadores de oro, acumuló una gran fortuna. Ella también empezó en la gastronomía, como Colleen. Más tarde aumentó su fortuna, como mi Elinor Torrence, ayudando a los jóvenes buscadores de oro en cuyas concesiones invertía. Por desgracia se enamoró de un impostor que se hizo pasar por un conde francés y luego la abandonó y se llevó gran parte de su dinero.

Un personaje deslumbrante fue también Kate Ryan (aprox. 1860-1916). Se mantuvo firme en un mundo de hombres trabajando primero como correo para la Policía Montada del Noroeste del Yukón y luego siendo una de las primeras aduaneras entre Canadá y Alaska. Entretanto le apasionaba conducir trineos de perros, durante cientos de kilómetros y con temperaturas de hasta cincuenta grados bajo cero.

El modelo de la carrera de Vivian es Lotta Crabtree (1847-1924), una célebre cantante, bailarina y actriz durante la fiebre del oro americana y canadiense. Con su madre Mary de representante, actuó ya de niña en los campamentos de los buscadores de oro,

entre otras en la región de Cariboo. Los datos sobre el salario de Vivian de cantante, que a algunas lectoras les parecerá elevadísimo, proceden de las investigaciones sobre sus ingresos.

Los fuegos artificiales que ella encendía sobre el escenario me sirvieron de ejemplo para las actuaciones de Kinmitu en el espectáculo de variedades, aunque en sus números no había nada siniestro.

El personaje de Kinmitu también se apoya en Shaaw Tláa (Kate Cormack, aprox. 1857-1920). Fue una mujer tagish de las Naciones Originarias del Canadá que desempeñó un papel crucial en el primer hallazgo de oro en Klondike. Se atribuye oficialmente a su marido George, y según fuentes muy fiables sucedió cuando recogía agua para el café en Rabbit Creek. ¿De verdad el marido se dedicaba a las tareas domésticas? Con la riqueza recién acumulada, la pareja se fue a Seattle, donde George se separó de Kate y se llevó el dinero. Le reprochó a su esposa que lo malgastara, igual que hace Ross con Kinmitu en mi historia. Kate regresó al Yukón y vivió empobrecida con los tagish.

Otra famosa artista fue Kathleen Eloise Rockwell (según la fuente nació en 1873, 1876 o 1880; murió en 1957), conocida como Kate de Klondike. Siendo mujer soltera recorrió el duro camino junto al Yukón, pero no encontró oro como había previsto, sino que se ganó una reputación como bailarina y animadora. Después conoció a Alexander Pantages en Dawson City, un famoso empresario teatral con el que mantuvo una relación profesional y personal.

Una de las grandes damas del *dance hall*, es decir, las damas que movían el esqueleto con los buscadores de oro a cambio de dinero, fue Gertie Lovejoy, cuya carrera alcanzó su punto álgido en la

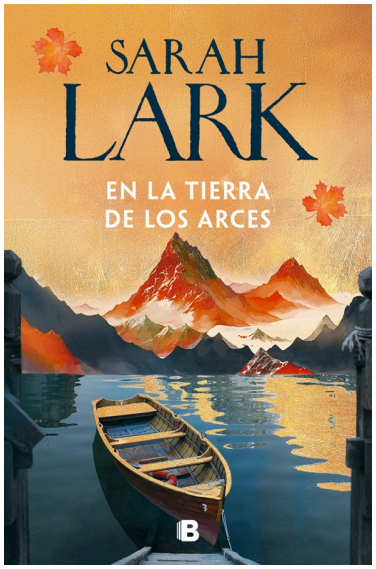
década de 1890 en Dawson City. Más tarde se casó con C. W. Taber, un célebre abogado y destacado conservador, y así alcanzó cierta notoriedad.

Por supuesto, es solo una selección de las mujeres que enriquecieron la vida de las ciudades de la fiebre del oro en esa época y aportaron algo de luz a la triste vida de la mayoría de los buscadores.

Mi historia es un homenaje a todas ellas.

SARAH LARK

Una saga épica de amor, aventura y coraje sobre una mujer que desafió su destino para conquistar una vida propia en un territorio indómito.



Inglaterra, 1861. Vivian, hija de un lord inglés, sueña con ser bailarina y vivir lejos de la rigurosa etiqueta británica. Lord Altham, su padre, no acepta que el futuro de su hija esté en los escenarios de un teatro, pero Vivian no está dispuesta a aceptar que nadie escriba su destino. Impulsada por el amor y el deseo de aventura, huye con Ross, el caballerizo mayor de su padre, rumbo a Canadá, donde la fiebre del oro promete fortuna y libertad en la Columbia Británica. Un viaje de miles de kilómetros que pondrá a prueba mucho más que su valentía. En un mundo salvaje, hermoso y despiadado, Vivian deberá descubrir quién es cuando el amor falla,

la tierra le exige valor y solo el baile parece recordarle el camino de regreso a sí misma.

Sarah Lark es el seudónimo de una exitosa autora alemana que reside en Almería. Durante muchos años trabajó como guía turística, gracias a lo cual nació su amor por Nueva Zelanda, cuyos paisajes asombrosos han ejercido desde siempre una atracción casi mágica sobre ella. Ha escrito diversas sagas, como la Trilogía de la Nube Blanca, la Trilogía del Árbol Kauri o la Trilogía del Fuego, de las que ha vendido, en total, más de dos millones de ejemplares en lengua española. Sus últimas novelas, *Bajo cielos lejanos*, *El año de los delfines*, *El secreto de la casa del río*, *Allí donde nace el día* y *La estrella de la Isla Norte*, así como las series La Veterinaria y Las Mujeres Hard, han recibido también el favor del público.



Título original: *Tanz der Ahornblätter*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Bastei Lübbe AG
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ana Guelbenzu de San Eustaquio y Laura Manero Jiménez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Bastei Lübbe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8524-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

En la tierra de los arces

Nacidos con suerte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

El sorteo decide

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Montes y valles

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Con zapatos de príncipe...
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

La mina de oro
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Lencería
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Recta final
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Victoria. Temporada 1869/1870
Nota de la autora
Sobre este libro
Sobre Sarah Lark
Créditos